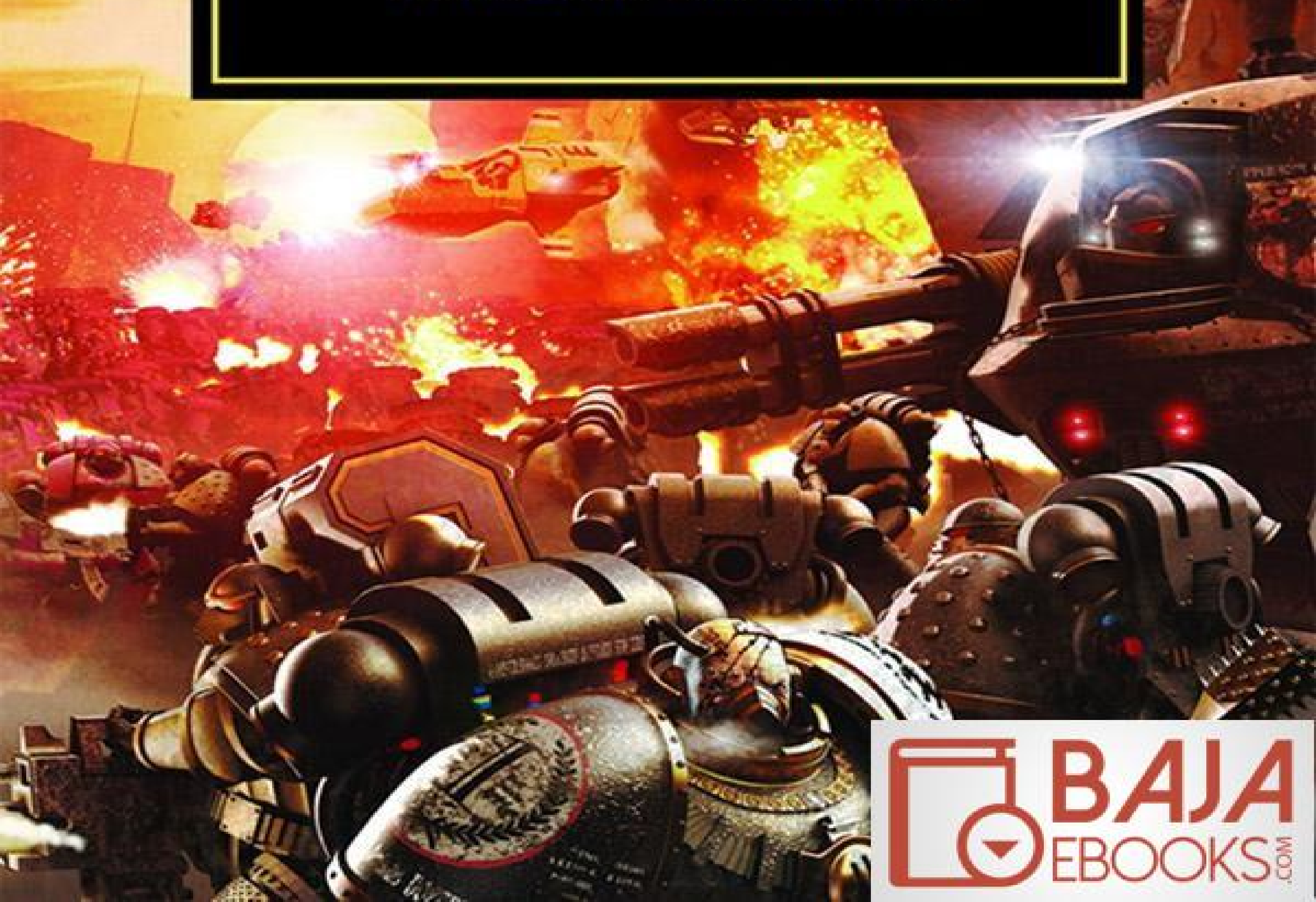
La herejía de Horus

Graham McNeil

FULGRIM

Visiones de una traición



En la novela, se yuxtaponen la lucha de Fulgrim y los Hijos del Emperador con el trabajo de los Rememoradores que trabajan en la 28.ª Flota Expedicionaria y sus caídas paralelas en la decadencia. Los Hijos del Emperador estaban obsesionados con la perfección: debido a la falta de guerreros cuando se unieron a Fulgrim, no había manera de que la Legión pudiese compararse con los Lobos Lunares o los Ultramarines en cantidad de victorias, así que se concentraron en la calidad de esas victorias. Durante la campaña de Laeran, se le ordenó al Apotecario Fabius mejorar a los guerreros de la Legión añadiendo nuevos órganos a los Marines Espaciales. Mediante la manipulación de la semilla genética de la Legión, Fulgrim ya estaba cometiendo herejía, pero aún así continuó modificando a su Legión a escondidas. Esta mutación se efectuó sobre muchos Astartes, incluido Eidolon. Al final de la campaña el Primarca tomó un arma de la capital de Laeran, una espada que podía desatar al Demonio que habitaba en ella. Empezó a llevar esta espada más que *Filo de Fuego*, el arma forjada para él por Ferrus Manus.



Graham McNeill

Fulgrim

La herejía se extiende

Warhammer 40000. Herejía de Horus 5

ePub r1.6

epublector 07.03.14


WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Título original: *Fulgrim: Visions of Treachery*
Graham McNeill, 2007
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2008)

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

Una época legendaria

Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada: los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a innumerables razas alienígenas.

El amanecer de una nueva era de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.

Ciudadelas fulgurantes de mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales.

Situados en el primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhombres que han conducido los ejércitos de marines espaciales del Emperador a una victoria tras otras. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido, cada uno de ellos capaz de superar a un centenar o mas de hombres normales en combate.

Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en el nombre del Emperador.

El más importante entre los primarcas es Horus.

Llamado El Glorioso, la Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador, es igual que un hijo es para él. Es el Señor de la Guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador de la galaxia. Se trata de un guerrero sin par, un diplomático eminente.

Cuando las llamas de la guerra se extienden por toda la galaxia, los paladines de la humanidad se venir enfrentados a su mayor desafío.



DRAMATIS PERSONAE

Los Hijos del Emperador

FULGRIM	Primarca
EIDOLON	Comandante
VESPASIAN	Comandante
JULIUS KAESORON	Capitán, Primera Compañía
SOLOMON DEMETER	Capitán. Segunda Compañía
MARIUS VAIROSEAN	Capitán. Tercera Compañía
SAÚL TARVITZ	Capitán, Décima Compañía
LUCIUS	Capitán, 13.ª Compañía
CHARMOSIAN	Capellán. 18.ª Compañía
GAIUS CAPHEN	Cegundo al mando de Solomon Demeter
LYCAON	Palafrenero de Julius Kaesoron
FABIUS	Apotecario

Los Manos de Hierro

FERRUS MANUS	Primarca
GABRIEL SANJOR	Capitán Primera Compañía

Caphai Hablan	Capitán del Ferrum

Los primarcas

Horus	Primarca de los Hijos de Horus, el Señor de la Guerra
Vulkan	Primarca de los Salamandras
Corax	Primarca de la Guardia del Cuervo
Angron	Primarca de los Devoradores de Mundos
Mortarion	Primarca de la Guardia de la Muerte

Otros marines espaciales

Erebus	Primer capellán de los Devoradores de Mundos

Ejército Imperial

Thaddeus Fayle	Comandante general

Miembros imperiales no pertenecientes al Adeptos Astartes

Serrena D'angelus	Artista e imaginista
Bequa Kynska	Compositora y armonizadora
Ostian Delafour	Escultor
Coraline Aseneca	Artista teatral
Leopold Cadmus	Poeta
Ormond Braxton	Emisario de la Administración de Terra

EVANDER TOMAS	Archivista de la *Orgullo del Emperador*

Alienígenas

ELDRAD ULTHRAN	Vidente de Ulthwé
KHIRAEN YELMODORADO	Señor espectral de Ulthwé

PRIMERA PARTE

EL GUERRERO PERFECTO

Lo que nos supone una prueba también nos supondrá triunfos, y lo que nos duele en el corazón será lo que nos llenará de alegría el alma, ya que la única y verdadera felicidad es aprender, mejorar y perfeccionarse. Nada de esto sería posible si no elimináramos el error, la ignorancia y la imperfección. Debemos pasar por la oscuridad para llegar hasta la luz.

El primara FULGRIM

La conquista de la perfección

La perfección se logra no cuando no queda nada más que añadir, sino cuando no queda nada más que quitar.

Ostian Delafour

Hombre de piedra

El único paraíso verdadero es aquel que hemos perdido…

ZHENG, filósofo del autarca
del noveno bloque Yndonésico



UNO

RECITAL
VER A TRAVÉS
LAERAN

«El peligro para la mayoría de nosotros» —decía Ostian Delafour en las pocas ocasiones que se lograba que hablara de su habilidad—, «no es que nos propongamos algo muy elevado y fallemos, sino que nos propongamos algo muy humilde y lo logremos». Luego sonreía de un modo humilde y se retiraba de la conversación que estaba teniendo lugar en esos momentos, ya que se sentía vulnerable bajo la atención que provocaba la adulación e incómodo al ser el centro de la misma.

Tan sólo se sentía cómodo allí, en su estudio de aspecto caótico, rodeado de montones desordenados de escoplos, martillos y escofina mientras quitaba trozos del mármol con golpes precisos que acabarían creando una maravilla. Se apartó del bloque de piedra que se encontraba en el centro del estudio y se pasó una mano por la amplia frente y el cabello corto y negro mientras observaba con atención lo que había conseguido en esa ocasión.

La columna de mármol era un rectángulo blanco y reluciente de unos cuatro metros de altura, con el exterior todavía intacto frente al ataque del

escoplo o la escofina. Ostian dio una vuelta alrededor del mármol al tiempo que acariciaba con sus manos plateadas la superficie pulida y captaba la estructura interior para calcular en qué punto exacto realizaría el primer corte en la piedra. Unos servidores habían llevado el bloque desde las bodegas de carga de la *Orgullo del Emperador* hasta su estudio hacia ya una semana, pero hasta ese momento no había completado la visualización de cómo lograría sacar aquella obra maestra del bloque.

El mármol había llegado a la nave insignia de los Hijos del Emperador procedente de las canteras de Proconnesus, en la península de Anatolia, de donde había salido buena parte del material utilizado en el palacio del Emperador. Ése bloque en concreto lo habían sacado del monte Ararat, una montaña abrupta e inaccesible pero que contenía unos ricos depósitos de mármol de un blanco puro. Tenía un valor incalculable, y sólo la influencia del primarca de los Hijos del Emperador había sido capaz de lograr su envío a la 28.ª Expedición.

Sabía que los demás lo consideraban un genio, pero Ostian estaba convencido de que sus manos no eran más que un medio para liberar lo que ya existía dentro del mármol. Su habilidad, ya que su modestia le impedía llamar genio a su talento, se encontraba en su capacidad para captar cómo sería la obra una vez acabada antes siquiera de posar un escoplo en la superficie. El mármol sin tallar podía contener la forma de cualquier cosa que se le ocurriera al artista.

Ostian Delafour era un individuo delgado, con un rostro de expresión sincera. Tenía cubiertas las manas, de largos dedos, por tan metal plateado que relucía como el mercurio. Esos dedos toqueteaban todo aquello sobre lo que se posaban, como si poseyeran una vida propia más allá de la que les dictaba su poseedor. Llevaba puesta una larga bata blanca sobre un traje de seda negra y una camisa de color crema. La formalidad de su vestuario contrastaba con el desordenado taller donde pasaba la mayor parte del tiempo.

—Ya estoy listo —murmuró.

—Eso espero —dijo una voz femenina a su espalda—. A Bequa le dará un ataque de mal humor si llegarnos tarde a su recital. Ya sabes cómo se

pone.

Ostian sonrió antes de contestar.

—No, Serena. Me refería a que ya estoy preparado para empezar a esculpir.

Se dio la vuelta y comenzó a desabrocharse los lazos de la bata que llevaba puesta y se la sacó por la cabeza mientras Serena d'Angelus entraba en el estudio con un movimiento brusco parecido al de una de aquellas matriarcas terribles que tan bien interpretaba Coraline Aseneca. Chasqueó la lengua en un gesto de disgusto al ver las herramientas desordenadas por doquier, entre las escaleras y los andamios. Ostian sabia que el estudio de su compañera artista estaba tan pulcro y ordenado como era caótico el suyo, las pinturas oraban ordenadas por colores y tonos a un lado, y los pinceles y paletas, tan limpios y pulidos como el día que los había comprado, se encontraban al otro.

Serena d'Angelus era más bien baja y tenía la clase de atractivo que ella no comprendía pero que provocaba que los hombres la encontraran deseable, y quizá también era la mejor pintora de la Orden de las Rememoradores. Otros preferían los paisajes de Keland Roget, quien viajaba a bordo de 12.ª Expedición de Robute Guilliman, pero a Ornan le parecía que la habilidad de Serena era mucho mayor.

«Aunque ella no lo crea así», pensó él mientras miraba de reojo las largas mangas de su vestido.

Serena había escogido para el recital de Bequa Kynska un vestido largo y de aspecto formal de seda de color zafiro con un increíble corpiño dorado que le acentuaba la redondez de los senos. Como siempre, llevaba el cabello suelto, y los mechones largos y de color negro le llegaban hasta la cintura y le enmarcaban a la perfección el rostro ovalado y los almendrados ojos oscuros.

—Estás preciosa. Serena —le dijo.

—Gracias. Ostian —contestó la mujer, que se quedó delante de él jugueteando con el collar que llevaba puesto—. En cambio, tú… parece que te acabaras de levantar con ese traje que llevas puesto.

—Voy bien —protestó Ostian, que a pesar de ello se apresuró a deshacerse la corbata para volverla a anudar con sumo cuidado.

—Querido, bien no es suficiente, como sabes —le indicó Serena—. Bequa querrá pavonearse después de que termine el maldito recital, y no pienso permitir que diga que los artistas como nosotros la dejamos en evidencia con nuestro aspecto desastrado y bohemio.

Ostian volvió a sonreír.

—Sí, tiene una visión bastante despreciativa de las artes plásticas.

—Eso se debe a una infancia consentida en las colmenas de Europa —contestó Serena—. Me ha parecido oír que ya estabas listo para empezar a esculpir.

—Sí —asintió Ostian—. Así es. Ya veo lo que hay en su interior. Sólo tengo que dejarlo libre.

—Bueno, entonces estoy segura de que lord Fulgrim estará encantado de saberlo. He oído decir que tuvo que pedirle al Emperador en persona que trajeran esa piedra desde Terra.

—Vaya, podré trabajar sin presión, por lo que veo… —respondió Ostian mientras Serena se daba la vuelta tras quedar satisfecha con el aspecto ya mis presentable que él podría llegar a tener.

—No pasa nada, querido. Tú y tus manos pronto os dedicaréis a la canción del mármol.

—¿Y tu obra? —le preguntó Ostian—. ¿Cómo llevas el retrato?

Serena dejó escapar un suspiro.

—Avanza poco a poco, pero al ritmo que lord Fulgrim se dedica a los combates, es raro el día que logro que pose un poco para mí. —Ostian vio como Serena se rascaba los brazos mientras hablaba—. Cada vez que lo veo ahí, sin acabar, lo odio más y más. Creo que debería empezarlo de nuevo.

—No —la contradijo Ostian mientras le apartaba con suavidad las manos de los brazos—. Estás exagerando. Está muy bien, y en cuanto lord Fulgrim derrote a los laer estoy seguro de que se sentará a posar para ti todo el tiempo que te haga falta.

Ella le sonrió, pero Ostian se dio cuenta de la falsa alegría que había detrás del gesto. Deseó saber cómo quitarle de encima la melancolía que le

estaba aplastando el ánimo y evitar el daño que se estaba haciendo a sí misma. En vez de eso, le hablo de nuevo:

—Vamos. No debemos hacer esperar a Bequa.



Ostian tuvo que admitir que Bequa Kynska, antigua niña prodigio procedente de las colmenas de Europa, se había convertido en una mujer hermosa. Su cabello, de color azul, tenía el mismo tono que el cielo en un día despejado. Los rasgos de la cara estaban esculpidos por una buena herencia familiar y una cirugía muy discreta, aunque llevaba un exceso de maquillaje facial que, en opinión de Ostian, no hacía más que disminuir su belleza natural. Distinguió justo debajo de la línea del cuero cabelludo los potenciadores auditivos y unos cuantos cables muy finos que le cubrían el cuero cabelludo.

Bequa había recibido su formación artística en las mejores academias de Terra, y había estudiado en el recién establecido Conservatoire de Musique, aunque lo cierto era que el tiempo que había pasado en esta última institución había sido en su mayor parte un desperdicio, ya que fue muy poco lo que los tutores de allí pudieron enseñarle que no supiera ya. Personas de todos los rincones de la galaxia escuchaban sus óperas sus cánticos armoniosos, y su capacidad para crear una música que podía elevar el ánimo y enardecer al público era insuperable.

Ostian había coincidido con Bequa dos veces a bordo de la *Orgullo del Emperador*, y en cada una de esas ocasiones se había sentido repelido por su egocentrismo monstruoso y su insoportable engreimiento respecto a su valía. Sin embargo, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, Bequa Kynska lo adoraba.

Bequa llevaba puesto un vestido largo del mismo color que su cabello y estaba sentada a solas en un escenario elevado colocado al otro extremo de la sala de conciertos, con la cabeza inclinada hacia adelante, enfrente de un

clavicordio multisinfónico conectado a una serie de proyectores sónicos situados a intervalos regulares por toda la sala.

La sala de conciertos en sí era una amplia estancia de paredes de madera oscura y columnas de pórfido iluminadas por globos de brillo apagado colocados sobre generadores gravitatorios flotantes. Los dibujos de las vidrieras que cubrían a lo largo una de las paredes mostraban guerreros astartes de armadura púrpura pertenecientes a la Legión de los Hijos del Emperador, y en la otra habían colocado una hilera de bustos de mármol. Se decía que el propio primarca los había esculpido.

Ostian tomó nota de que debía estudiarlos con detenimiento más adelante.

La sala estaba ocupada aproximadamente por un millar de personas. Algunos hombres llevaban puestos los ropajes de color beige de los rememoradores, mientras que otros lucían las ropas, más sobrias, de color negro de los adeptos de Terra. Unos pocos todavía llevaban las chaquetas de brocado de corte clásico, los pantalones de rayas y las botas negras de caña alta que los señalaban como miembros de la nobleza imperial, muchos de los cuales se habían unido a la 28.ª Expedición únicamente para poder oír cantar a Bequa.

Entre el público había soldados del Ejército Imperial: oficiales superiores con cascos emplumados, lanceros de caballería con corazas doradas y señores de la disciplina con grandes abrigos rojos. Por la sala de conciertos circulaba una gran profusión de uniformes de diferentes colores, y el repiqueteo de los sables y de las espuelas resonaba contra el suelo de madera pulida.

Ostian se sorprendió al ver a tantos individuos uniformados.

—¿Cómo tienen tiempo todos esos oficiales de asistir a un espectáculo como este? ¿No estamos en guerra con una especie alienígena?

—Siempre hay tiempo para el arte, mi querido Ostian —le respondió Serena al mismo tiempo que tomaba dos copas alargadas de vino espumoso de la bandeja que llevaba uno de los pajes con librea que pasaban en silencio entre la multitud—. Puede que la guerra sea una amante exigente, pero no tiene nada que hacer frente a Bequa Kynska.

—No veo razón alguna para que tengamos que estar aquí —comentó Ostian antes de darle un sorbo al vino. Disfrutó de la frescura burbujeante del liquido.

—Ella en persona te ha invitado, y nadie debe rechazar una invitación semejante.

—Pero si ni siquiera me cae bien —protestó Ostian—. ¿Porqué ha tenido que invitarme?

—Porque tú le gustas, bobo —le respondió Serena a la vez que le daba un suave codazo en las costillas—. Ya sabes a qué me refiero.

Ostian dejó escapar un suspiro.

—Pues no tengo ni idea de por qué. Apenas si hemos hablado. Tampoco es que te deje hablar mucho cuando estás con ella.

—Hazme caso —insistió Setena mientras le colocaba una de sus delicadas manos en el brazo—. Es mejor que hayas venido.

—¿De verdad? Pues dime por qué.

—No has oído cantar a Bequa, ¿verdad?

—He oído sus fonoemisiones.

—¡Oh, no! —exclamó Serena al mismo tiempo que fingía desmayarse de un modo aparatoso—. Si no has oído cantar a Bequa Kynska de viva voz, ¡no has oído nada! Necesitarás un montón de pañuelos, ¡porque vas a llorar a mares! Y si no, tendrás que tomar sedantes, ¡porque acabarás exaltado hasta el punto del delirio!

—Vale, me quedaré —se resignó Ostian, aunque en realidad lo que deseaba era volver al estudio con el mármol.

—Hazme caso —insistió Serena con una leve risa—. No habrás perdido el tiempo.

El murmullo de las conversaciones de la sala de conciertos fue apagándose poco a poco. Serena lo agarró por el brazo y se llevó un dedo a los labios. Ostian se volvió para mirar el origen del repentino silencio y fue entonces cuando vio que en la sala había entrado un individuo enorme vestido con una túnica blanca y con el largo cabello rubio suelto sobre los hombros.

—Un astartes… —murmuró Ostian—. No tenía ni idea de que eran tan grandes.

—Es el Primer capitán Julius Kaesoron —le informó Serena, y Ostian capto el tono de orgullo en su voz.

—¿Lo conoces?

—Pues sí. Me ha pedido que le haga un retrato —respondió Serena, contenta—. Por lo visto, es todo un mecenas de las artes. Es un tipo agradable y me ha prometido que me informara de todas las oportunidades que se puedan presentar.

—¿Oportunidades? ¿Qué clase de oportunidades? —inquirió Ostian.

Serena no le contestó, ya que un siseo repentino se extendió por todo aquel público privilegiado cuando los globos luminosos disminuyeron todavía más su brillo. Ostian miró al escenario cuando Bequa comenzó a mover la manos sobre el teclado del clavicordio. Un súbito sentimiento romántico lleno de energía se apoderó de él cuando los proyectores sónicos aumentaron la intensidad de su obertura.

Luego comenzó la actuación, y Ostian se dio cuenta de que el sentimiento de repulsión que Bequa le producía se esfumaba de inmediato en cuanto oyó el sonido de una tormenta tomar forma en la música. Al principio percibió el golpeteo de las gotas de lluvia, y después el viento sintónico ascendió de potencia y, de repente se convirtió en un torrente. Oyó la lluvia caer a raudales, el viento azotar por doquier y el retumbar del trueno. Levantó la mirada, casi esperando ver un cúmulo de nubes negras.

Unos trombones, un flautín estridente y unos timbales estruendosos resonaron y bailaron por el aire a medida que la música se hacía más atrevida y se transformaba en una apasionada sinfonía que narraba su relato épico con los tonos y ambientes creados, aunque Ostian no lograría recordar más tarde nada de su verdadera sustancia.

Varios solistas vocales se unieron a la orquesta, aunque lo cierto era que Ostian no llego a ver ni a unos ni a otros. La rugiente música ansió de repente la paz, la alegría y la hermandad de toda la humanidad.

Ostian notó que las lagrimas le caían a raudales por las mejillas cuando su alma se sintió transportada al éxtasis, para luego caer en la desesperación

antes de volver a alzarse en un clímax majestuoso y exultante por el poder de la música.

Se volvió para mirar a Serena y vio que ella también estaba conmovida. Sintió la tentación de acercarla a él y compartir juntos esa tremenda sensación de gozo. Ostian se volvió de nuevo hacia el escenario, donde Bequa se movía como si estuviera poseída por un ataque de locura. El cabello azul zafiro se agitaba a su alrededor mientras tocaba, y sus manos se movían como derviches sobre el teclado.

Un movimiento atrajo la mirada de Ostian hacia la primera fila del público embelesado. Era un noble con una coraza plateada y una chaqueta de cuello alto de color azul marino, que se había vuelto hacia su esposa y le estaba murmurando algo al oído.

De inmediato, la música dejó de sonar y a Ostian se le escapó un grito cuando el hermoso concierto se detuvo de forma tan abrupta. El silencio le produjo una sensación de vacío doloroso en el corazón, y le asaltó un sentimiento de odio irracional hacia el noble grosero que había provocado aquel final prematuro.

Bequa se puso en pie y se aparto de su instrumento. Jadeaba debido al esfuerzo y tenía el rostro marcado por una tremenda expresión de furia. Se quedó mirando, iracunda, al noble antes de hablarle.

—¡No actúo para cerdos así!

El noble, furioso, se puso en pie de un salto, con el rostro enrojecido.

—Me insultas, mujer. Soy Paljor Dorji, sexto marqués del clan Terawatt y un patricio de Terra. ¡Debes mostrarme respeto, maldita seas!

Bequa lanzó un salivazo al suelo de madera.

—Eres lo que eres por un simple capricho de nacimiento. Lo que yo soy es por mi propio esfuerzo. Existen miles de nobles de Terra, pero sólo hay una Bequa Kynska.

—¡Te exijo que sigas actuando, mujer! —le gritó Paljor Dorji—. ¿Tienes idea de cuántos hilos he tenido que mover para que me asignaran a esta expedición y así tener la ocasión de oírte tocar?

—Ni lo sé ni me importa —le espetó Bequa—. Un genio como el mío merece cualquier clase de esfuerzo. Dóblalo, triplícalo, y ni siquiera habrás

empezado a valorar en su justa medida lo que has oído aquí esta noche. Pero eso ya es irrelevante, porque hoy no volveré a tocar.

Un coro de gritos y lamentos llenó el aire cuando el público le suplicó que reanudara el concierto. Ostian descubrió que se había unido de forma instintiva a ese coro. Sin embargo, Bequa no dio muestra alguna de echarse atrás en su decisión hasta que una voz poderosa resonó desde la entrada a la sala de conciertos y atravesó como si nada el clamor.

—Señorita Kynska.

Todos se volvieron ante el imponente sonido de aquella voz, y Ostian sintió que se le aceleraba el pulso en cuanto vio quién era el que había acallado a la multitud: Fulgrim, *el Fénix*.

El primarca de la Legión de los Hijos del Emperador era el ser vivo de aspecto más magnifico que hubiera visto Ostian Delafour en toda su vida. Su armadura de color amatista relucía como si el armero acabara de pintarla. Los rebordes dorados brillaban como soles, y cada placa de la armadura mostraba imágenes decorativas en forma de espiral talladas con un cuidado exquisito. De los hombros le colgaba una capa larga de color esmeralda con la superficie escalonada, y sus rasgos pálidos y perfectos estaban enmarcados por un reborde alto que sobresalía de la gorguera y le rodeaba la cabeza casi por completo. El ala de un águila, de enorme tamaño, remataba el conjunto.

Ostian ansiaba tallar el rostro de Fulgrim en mármol, ya que sabía que la frialdad de la piedra sería perfecta para capturar la luminosidad de la piel del primarca, sus ojos, grandes y de mirada amistosa, la sombra de la sonrisa que siempre acechaba en aquellos labios y el blanco resplandeciente del cabello, que le llegaba hasta los hombros.

El escultor y el resto del público se pusieron de rodillas ante la impresionante majestuosidad de Fulgrim, atenazados por aquella perfección, que jamás conseguirían ni por asomo.

—Si no está dispuesta a tocar para el marqués, ¿aceptaría hacerlo para mí? —le preguntó Fulgrim.

Bequa Kynska asintió y la música comenzó de nuevo.

* * *

La batalla del atolón sería descrita más tarde como una escaramuza menor al inicio de la Purga de Laeran, una nota a pie de página en los combates que se iban a producir a continuación, pero a los guerreros de la punta de lanza de la Segunda Compañía de los Hijos del Emperador, la de Solomon Demeter, les parecía algo mucho más intenso que una simple escaramuza.

Los aullantes rayos de color verde ardiente cruzaban la avenida curvada y fundían trozos de las paredes angulosas además de disolver las placas de armadura de los astartes en cuanto impactaban contra cualquiera de los marines espaciales que avanzaban por allí. El chasquido ansioso de las llamas y el rugido sibilante de los cohetes se entremezclaba con los estampidos secos de los disparos de bólter el aullido de las sirenas instaladas en las torres de coral, todo ello mientras los astartes de Solomon se esforzaban por avanzar a lo largo de las calles sinuosas para enlazar sus unidades con las escuadras de Marius Vairosean.

Por encima de ellos se alzaban las torres en espiral creadas a partir de reluciente cristal coralino, con un aspecto semejante a la concha retorcida de alguna clase de criatura marina enorme. En la superficie de las torres se veían agujeros de bordes pulidos, por lo que también parecían enormes instrumentos musicales con sus correspondientes agujeros para tocar. Todo el atolón estaba formado por el mismo tipo de material, muy ligero pero increíblemente resistente, aunque el misterio de cómo era posible que aquellas estructuras lograran flotar por encima de la superficie de los inmensos océanos era algo que los adeptos del Mechanicus estaban ansiosos por resolver.

De aquellas inquietantes muestras de arquitectura alienígena surgían gritos penetrantes, igual que si las propias torres estuvieran chillando, y el maldito sonido de arrastre metálico producido por los movimientos de sus enemigos parecía proceder de todas partes alrededor de ellos.

Se puso a cubierto detrás de una columna sinuosa de coral con vetas de color rosa y metió otro cargador en el bólter, modificado por él personalmente. Cada pieza y mecanismo interno estaba acabado a mano por él mismo. Su cadencia de fuego era sólo un poco superior a la de un bólter de reglamento, pero jamás se había encasquillado, y Solomon Demeter no era el tipo de persona que confiara su vida a nada que él no hubiera modificado para que se acercara a la perfección.

—¡Gaius! —gritó, para llamar la atención de su segundo al mando, Gaius Caphen—. En nombre del fénix, ¿dónde está el escuadrón Tantearon?

Su lugarteniente hizo un gesto negativo con la cabeza. Solomon soltó una maldición, ya que sabía que lo más probable era que los laer hubieran interceptado al escuadrón de Land Speeder que iba en su ayuda. «Estos malditos alienígenas son muy listos», pensó, y recordó la tremenda perdida de la fuerza de flanqueo del capitán Aeson, lo que había puesto al descubierto que los laer habían conseguido de algún modo interceptar los canales de comunicación de los astartes. La idea de que existiera una especie alienígena con la capacidad para hacer algo semejante a una legión de los Adeptus Astartes era inaceptable, y provoco que los guerreros de Fulgrim se esforzaran todavía más en su justa ira por exterminar a sus enemigos.

Solomon Demeter era la imagen propia de un astartes. Llevaba el cabello negro cortado casi a ras de piel, y tenía el rostro bronceado por la luz de una veintena de soles. Sus rasgos, de aspecto vital, eran redondeados y estaban marcados por unos grandes pómulos. No se había puesto el casco para impedir que los laer descifraran sus órdenes a partir de los mensajes de los canales de comunicación, y porque sabía que si una de las armas de los alienígenas le acertaba en la cabeza, estaría muerto, con casco o sin él.

También sabía que no podía esperar ninguna clase de apoyo inmediato de las unidades aéreas, por lo que tendrían que cumplir con la misión «por las malas». Aunque iba contra todo su sentido del orden y de la perfección la idea de llevar a cabo ese ataque sin el apoyo adecuado, no podía negar que había algo apasionante en ir improvisando sobre la marcha. Algunos

comandantes decían que se trataba de un hecho inevitable, que a veces debían combatir sin todas las unidades que querían tener a su disposición, pero creer en algo así era un anatema para la mayoría de los guerreros de los Hijos del Emperador.

—¡Gaius, vamos a tener que hacerlo nosotros solos! —le gritó—. ¡Asegúrate de que esos alienígenas reciben la suficiente cantidad de disparos como para que tengan que mantener la cabeza agachada!

Caphen asintió y comenzó a impartir órdenes concisas y secas, acompañadas de gestos cortantes con la mano, a las escuadras desplegadas entre los escombros de lo que a duras penas podía llamarse su zona de desembarco.

A su espalda todavía ardía la Stormbird destrozada, a la que un misil alienígena había alcanzado en una de las alas. Solomon sabía que había sido un milagro que el piloto lograra que la aeronave permaneciera volando el tiempo suficiente como para aterrizar en el atolón. Se estremeció al imaginarse el destino que habrían sufrido si se hubieran estrellado contra el inmenso océano planetario: habrían quedado perdidos para siempre entre las ruinas sumergidas de la antigua civilización de los laer.

Los laer estaban esperando su ataque, y él va había perdido siete guerreros que no volverían a luchar jamás. Solomon no tenía ni idea de cuál era el resultado de los ataques realizados por las demás unidades, pero no creía que hubieran sufrido menos bajas. Se arriesgó a sacar la cabeza a un lado de la columna para echar un vistazo. Le resultaba difícil calcular su altura debido a las mareantes curvas y a las dimensiones sutilmente alteradas. Todo lo que había en aquel atolón le afectaba a los sentidos. El increíble exceso de colores, de formas y de ruidos le atacaba con su increíble frenesí.

Distinguió una plaza amplia un poco más adelante. En ella había una columna centellante de energía incandescente rodeada por un anillo de coral brillante que destellaba con una luz cegadora. Por todos los atolones había desplegadas decenas de columnas semejantes, y los adeptos del Mechanicus creían que eran esas columnas las que impedían que los atolones se desplomaran.

Laeran no disponía de grandes masas terrestres continentales, por lo que se consideraba que capturar los atolones intactos era parte indispensable del éxito de la campaña que estaban librando. Los atolones servirían como cabezas de puente y zonas de agrupamiento para los asaltos siguientes. El propio Fulgrim había establecido que las columnas de energía que mantenían a los atolones en el aire debían capturarse intactas a toda costa.

Solomon capto el movimiento de varios guerreros laer que se deslizaban cerca de la columna de energía. Su movimientos eran sinuosos y de una rapidez inhumana. El primer capitán Kaesoron en persona le había encargado a la Segunda Compañía asegurar la posición de la plaza, y Solomon había jurado sobre el fuego que no fallaría.

—Gaius, llévate a los tuyos hacia la derecha y ábrete camino a cubierto hacia la plaza. Mantened la cabeza bien agachada. Seguro que encontraréis guerreros desplegados para deteneros. Envía a Thelonius por la izquierda.

—¿Y qué hay de usted? —le gritó a su vez Caphen para hacerse oír por encima del fragor del combate—. ¿Por dónde irá?

—¿Por dónde va a ser sino por el centro? Voy a tomar el mando de la unidad de Charmosian, pero asegúrate de que Goldoara se encuentra en posición antes de que me ponga en marcha. No quiero que nadie empiece a moverse sin que dispongamos de la suficiente potencia de fuego como para que yo pueda caminar por encima.

—Señor no quiero faltarle al respeto pero ¿está seguro de que es la decisión correcta? —le respondió Caphen.

Solomon amartilló el bólter antes de contestar.

—Gaius, te preocupas demasiado con lo de tomar la decisión «correcta». Lo único que tenemos que hacer es tomar una buena decisión, llevarla a cabo y aceptar las consecuencias.

—Lo que usted diga, señor —respondió Caphen.

—¡Así es! —gritó Solomon—. Puede que esta vez no podamos hacerlo según las reglas, ¡pero por Chemos que lo haremos bien! Y ahora, pasa el mensaje.

Solomon esperó a que todos los guerreros bajo su mando recibieran las órdenes que había impartido y sintió la emoción habitual mientras se preparaba para llevar el combate hasta el propio enemigo una vez más. Sabía que Caphen no aprobaba su actitud un tanto osada, pero Solomon estaba convencido que sólo a través de circunstancias como aquellas, que los ponían a prueba, los guerreros eran capaces de mejorar y acercarse más a la perfección que representaba su primarca.

El sargento Charmosian se colocó a su espalda, con sus guerreros veteranos agrupados a alrededor bajo de él la sombra del complejo de los laer.

—¿Listo, sargento? —le pregunto Solomon.

—Por supuesto, señor —contestó Charmosian.

—Entonces, ¡adelante! —gritó Solomon en cuanto oyó a la Escuadra Goldoara abrir fuego con las armas de apoyo.

El estampido y el rugido de los proyectiles de calibre pesado al subir aullando por la avenida era la señal que estaba esperando, así que salió de su posición a cubierto detrás de la columna y se lanzó a la carga por el centro de la calle en dirección a la centelleante torre de energía.

Varios rayos de energía verde letal le pasaron cerca del cuerpo, pero se dio cuenta de que en realidad no iban dirigidos con precisión, ya que la tremenda cantidad de disparos hacía que los alienígenas no pudieran asomarse del todo. Oyó disparos en ambos flancos, por lo que supo que Caphen y Thelonius se tenían que abrir paso disparando en su camino hacia la torre. Los marines espaciales veteranos de Charmosian seguían disparando desde la cadera y añadían así potencia de fuego a las andanadas de cobertura proporcionadas por Goldoara.

Justo cuando pensaba que podrían llegar a la torre sin mayor complicación, los laer les atacaron.

* * *

Los laer se encontraban restringidos a un solo sistema estelar y habían sido una de las primeras especies alienígenas con las que se habían encontrado los Hijos del Emperador después de separarse de los Lobos Lunares en el gran triunfo de Ullanor. Los vítores de ese magnífico día todavía les retumbaban en los oídos, y la presencia de tantos primarcas reunidos en el mismo sitio seguía siendo un recuerdo gozoso y vivido en la mente de todos los Hijos del Emperador.

Tal y como Horus había dicho cuando Fulgrim y él se despidieron de forma sentida, era el fin de una etapa y el comienzo de otra nueva, ya que Horus se había convertido en el Regente del Emperador, el Señor de la Guerra de todos los ejércitos imperiales. Ahora que el Emperador había regresado a Terra, flotas enteras y miles de millones de guerreros, el poder para destruir planetas, estaban bajo su control.

Señor de la Guerra…

Aquel título era nuevo, recién creado para Horus, y los primarcas todavía tenían que aceptar su verdadero significado, ya que de repente se encontraban bajo el mando de alguien que, hasta ese momento, había sido uno más entre ellos, un igual.

Los Hijos del Emperador habían aceptado de buen grado el nombramiento, ya que consideraban a los guerreros de la Legión de los Lobos Lunares como sus hermanos más cercanos. Un terrible accidente ocurrido durante la creación de los Hijos del Emperador casi los había destruido por completo, pero Fulgrim y su legión habían renacido del desastre con una mayor determinación, al igual que el ave fénix. Ése era el motivo por el que Fulgrim se había ganado su afectuoso apodo, *el Fénix*. Durante el tiempo en el que Fulgrim se esforzaba por reconstruir su destrozada legión, tanto él como sus guerreros habían luchado junto a los Lobos Lunares. Casi un siglo.

Gracias a un flujo continuo de reclutas procedente de Terra y de Chemos, el planeta natal de Fulgrim, la legión había crecido con rapidez, y bajo la dirección del Señor de la Guerra se había convertido en una de las fuerzas de combate más letales de toda la galaxia.

El propio Horus en persona había alabado a la legión de Fulgrim como una de las mejores junto a las que había luchado.

En ese momento, con décadas de combates a la espalda, la legión ya disponía de los efectivos suficientes como para embarcarse por su cuenta en nuevas cruzadas y podía abrirse camino por sí sola en la galaxia y luchar sin ayuda ninguna por primera vez en más de un siglo.

La legión estaba más que ansiosa por demostrar su valía, y Fulgrim había puesto todo su empeño en compensar el tiempo que habían perdido mientras él se entregaba a la tarea de reconstruirla, y para ello buscaba ampliar todavía más las fronteras del Imperio y dejar bien claro el valor y la pericia de sus guerreros.

El primer contacto con los laer se había producido cuando una de las naves de exploración avanzada de la 28.ª Expedición había descubierto pruebas de la existencia de una civilización en un sistema binario cercano y había llegado a la conclusión de que se trataba de una cultura de cierta sofisticación. Aunque al principio no se mostraron hostiles a las fuerzas imperiales, aquella raza alienígena reaccionó con violencia cuando Fulgrim envió a una de las fuerzas de exploración de la 28.ª Expedición a su planeta natal. Una flota alienígena, pequeña pero muy poderosa, había atacado a las naves imperiales cuando éstas se acercaron al planeta central del sistema. Todas las naves humanas resultaron destruidas, sin la pérdida de una sola nave alienígena.

Por la poca información que la fuerza exploradora había conseguido enviar antes de su destrucción, los adeptos del Mechanicus habían descubierto que los alienígenas se llamaban a sí mismos «laer», y que su tecnología era capaz de igualar, y en muchos casos superar, a la del Imperio. El grueso de la sociedad laer parecía habitar en los numerosos atolones de coral flotante, de un tamaño similar al de ciudades, que llenaban el cielo de Laeran, un planeta oceánico que mostraba todas las trazas de ser un planeta sumergido bajo el agua, debido al derretimiento de sus casquetes polares. Tan sólo las cimas de lo que antaño habían sido sus montañas y estructuras más elevadas sobresalían de la superficie de los enormes océanos que cubrían todo el planeta.

Los administradores del Consejo de Terra habían establecido que quizá era más conveniente declarar a los laer un protectorado del Imperio, ya que someter a una raza tan avanzada podría llegar a ser una campaña demasiado larga y costosa.

Fulgrim había rechazado como inaceptables aquellos argumentos con su famosa declaración: «Tan sólo la humanidad es perfecta, y es una insensatez permitir que una raza alienígena posea sus propios ideales y tecnología comparables a los nuestros. No, lo único que se merecen los laer es la extinción».

Y así había sido como había comenzado la Purga de Laeran.



DOS

LA PUERTA DEL FÉNIX
EL ÁGUILA MANDARÁ
EN EL FUEGO

De todas las naves de la 28.ª Expedición, la *Orgullo del Emperador* era la de aspecto más magnifico. Las placas blindadas del casco, de color vino, tenían incrustaciones de filigrana de oro. Orbitaba alrededor de Laeran, el mundo azul zafiro, con la misma dignidad que la nave insignia de uno de los reyes de antaño, y estaba rodeada por decenas de escoltas, acorazados, naves de carga y de suministros y de enormes transportes de tropas del ejército.

Los astilleros de Júpiter la habían botado ciento sesenta años antes. El propio fabricador general de Marte había supervisado el diseño y la construcción de la nave, y cada componente se había elaborado a mano siguiendo unas especificaciones increíblemente exigentes. El proceso de construcción había durado el doble de lo habitual que en cualquier otra nave de un tonelaje similar, pero era lo que cabía esperar de la que sería la nave insignia del primarca de la III Legión, los Hijos del Emperador.

La formación que mantenía la 28.ª Expedición era algo de una belleza marcial anclada a la perfección sobre Laeran en una disposición de libro de ordenanzas donde las patrullas y los apoyos mutuos entre naves aseguraban

que ningún elemento hostil podría llegar o salir del planeta sin ser interceptado por los Raptores de la flota imperial. Las naves de los laer que tan letales habían demostrado ser para la flota de exploración de la expedición habían quedado convertidas en pecios espaciales que flotaban alrededor de los anillos del sexto planeta del sistema. Habían quedado destruidas gracias al uso preciso de una abrumadora superioridad numérica y a la maestría de Fulgrim en los combates navales.

Aunque el mundo que se encontraba bajo ellos era conocido como Laeran, la designación oficial era 28-3, ya que era el tercer mundo que la 28.ª Expedición había sometido al dominio imperial. Ésa designación era un poco prematura, ya que la ferocidad de la batalla inicial demostraba su falta de sometimiento, pero se consideró que su uso sería apropiado, ya que todo el mundo estaba convencido de que ese sometimiento era una realidad cercana.

La *Andronius* y la *Virtud de Fulgrim*, que mostraban los colores púrpuras y dorados propios de los Hijos del Emperador, se mantenían en formación atenta al lado de la nave insignia del primarca. Cada una de ellas poseía un registro ejemplar de victorias. Las escuadrillas de Raptores volaban de un lado a otro mientras escoltaban a la flor y nata de la 28.ª Expedición hacia la *Orgullo del Emperador*, ya que tras quedar destruida la flota laer, el primarca se disponía a revelar sus planes para continuar la guerra.

El primer capitán Julius Kaesoron era un individuo que no estaba acostumbrado a sufrir emociones enfrentadas, lo que hacía que la situación en la que se encontraba le resultara extremadamente incómoda. Iba vestido con el púrpura triunfal de su toga picta y el rojo marcial de su capa lacerna, por lo que tenía un aspecto imponente mientras avanzaba con rapidez hacia la Heliópolis, seguido de cerca por su palafrenero, Lycaon, y un séquito de portadores que llevaban su casco y su espada y le sostenía el reborde de la capa.

Un colgante de color ámbar intenso le caía desde el cuello hasta el hueco entre los pectorales tallados de su armadura dorada. En el rostro de rasgos nobles no aparecía muestra alguna de la incomodidad que sentía.

Mostrar una emoción como aquella sería sugerir que dudaba de la decisión que había tomado su primarca, y algo semejante era inconcebible.

Avanzaban por un amplio pasillo procesional de pálidas paredes de mármol y de enormes columnas de ónice cuyas superficies estaban cubiertas de letras doradas que contaban las batallas ganadas y las glorias conseguidas durante la Gran Cruzada. La *Orgullo del Emperador* iba a ser el legado de Fulgrim al futuro, y llevaba grabada la historia del Imperio en sus propios huesos.

Las estatuas de los héroes de la legión se alineaban a lo largo de la avenida procesional y las obras con marcos de oro encargadas a los rememoradores de la expedición aportaban parte del colorido tan necesario en aquel frío espacio.

—¿Tenemos prisa? —le preguntó Lycaon, quien llevaba la armadura pulida y resplandeciente, aunque llamaba mucho menos la atención que la del primer capitán—. Pensé que lord Fulgrim había dicho que esperaría nuestra llegada antes de presentar sus planes para la expedición.

—Así es —le espetó Julius, aunque lo que hizo fue caminar más de prisa, para consternación de los portadores—. Pero si debemos cumplir lo que exige, cuanto antes baje a 28-3, mejor. ¡Un mes, Lycaon! ¡Quiere que tengamos sometido Laeran para dentro de un mes!

—Los hombres están preparados para ello —le prometió Lycaon—. ¡Podemos hacerlo!

—No dudo de su capacidad para lograrlo, Lycaon, pero la lista de bajas será larga, quizá demasiado larga.

—Las Stormbird están preparadas en las rampas de lanzamiento. Sólo esperamos su orden para atacar Laeran.

—Lo sé —dijo Julius con un gesto de asentimiento—, pero debemos esperar a que el primarca de la orden para lanzarlas.

—¿Incluso aunque la punta de lanza del capitán Demeter ya haya partido? —le preguntó mientras pasaban por delante de otros guerreros de los Hijos del Emperador armados con lanzas dorada; del tipo pilum y que montaban guardia a intervalos de aquella vía triunfal. Aunque se

mantenían inmóviles como estatuas, el feroz potencial de violencia que latía en el pecho de cada guerrero astartes era evidente en cada uno de ellos.

—Incluso así —admitió Julius—. Sería una maniobra muy poco política comenzar la campaña propiamente dicha sin consultar con los demás oficiales de la expedición, así que dirán que la punta de lanza no es más que una fuerza de reconocimiento agresiva en vez de ser la primera fuerza de ataque de la campaña.

Lycaon se encogió de hombros y luego hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—¿Y por qué tenemos que andar preocupándonos por los sentimientos de los miembros de la expedición? El primarca está al mando, y todos debemos obedecer las órdenes que le parecen oportunas. Es lo correcto y adecuado.

Julius no le contestó, aunque estaba de acuerdo con él. El primer capitán se sentía irritado por no estar ya con sus guerreros en el planeta. Había oído los informes iniciales de Solomon y de Marius, quienes en esos mismos momentos todavía debían de hallarse envueltos en feroces combates para apoderarse de la masa flotante de tierra llamada «atolón 19». Noto que su furia aumentaba a medida que llegaban los nuevos informes de bajas.

Sin embargo, su primarca le había ordenado que acudiera al consejo de guerra, donde anunciaría el modo en que la 28.ª Expedición haría la guerra contra aquella especie alienígena, y sus órdenes debían cumplirse sin falta alguna.

Julius ya conocía el plan que lord Fulgrim iba a presentar a los comandantes superiores de la flota, y las proporciones y la audacia que aquello suponía todavía lo dejaba sin aliento. No hacía falta ser un primer capitán de los Hijos del Emperador para saber cuál sería la reacción general.

—Ya basta de charla, Lycaon. Hemos llegado —le dijo cuando vieron la gran Puerta del Fénix ante ellos.

Se trataba de un enorme portal de bronce donde se representaba como el Emperador entregaba a Fulgrim de forma ceremonial el Águila imperial. El águila era el símbolo del propio Emperador, quien había ordenado que la

única legión que podría mostrarla en su armadura sería la de Fulgrim como muestra de la estima que le tenía. El honor que le había concedido a los Hijos del Emperador era inconmensurable. Julius sintió que se le henchía el pecho de orgullo en cuento vio la puerta, y subió una mano para tocar el águila que tenía tallada en la armadura.

Delante de la Puerta del Fénix había más guardias, y estos hicieron una profunda reverenda cuando se les acercó. Luego bajaron las lanzas hasta el suelo, donde las puntas resonaron al mismo tiempo que las grandes hojas de bronce se abrían para darle paso. Un chorro de luz blanca y un murmullo de voces surgieron del otro lado.

Asintió con un gesto de respeto a los guerreros de la puerta y entró en la Heliópolis.



Solomon giró el bólter para enfrentarse a la criatura que en ese momento cruzaba el aire de un salto para abalanzarse sobre él con las garras extendidas y dispuesta a partirlo en dos. Apretó el gatillo y del cañón del arma salió un chorro de proyectiles. La armadura púrpura y dorada quedó cubierta de chispas y sangre amarilla cuando la criatura reventó y se desplomó en el suelo convertida en un guiñapo de carne. Aparecieron más enemigos, y la plaza no tardo en quedar repleta de cuerpos sinuosos y veloces y astartes que forcejeaban.

Por lo que parecía, cada laer podía tener un aspecto tremendamente distinto. Sus cuerpos eran diferentes según la zona de combate, y aparentemente estaban designados para actuar en esa zona de combate precisa. Solomon había visto en el poco tiempo que llevaba en Laeran criaturas aladas, acuáticas y muchos otros tipos de variaciones de la forma básica de vida laer. El capitán no sabía si se trataba de ramas divergentes producto de una mutación genética o criaturas guerreras transformadas de un modo deliberado, pero tampoco le importaba.

Aquellas criaturas en concreto eran monstruos de estatura elevada con la parte interior en forma de serpiente común a todos los laer y el musculoso tórax cubierto por una armadura plateada de la que sobresalían dos pares de extremidades. Los dos brazos superiores estaban rematados por unas largas cuchillas centelleantes de forma curvada y elegante, similar a una cimitarra, mientras que con cada uno de los brazos interiores empuñaban unos guanteletes cubiertos de energía chasqueante que disparaban los letales rayos de color verde.

Sus cabezas eran abultadas y parecidas a las de los insectos, con ojos múltiples y mandíbulas sobresalientes que producían un chirrido rasposo cuando los laer atacaban. Solomon giró sobre sí mismo y disparó con el bólter contra todos los cuerpos sinuosos que surgieron de las estructuras alienígenas talladas en el duro coral del atolón. Los veteranos que le acompañaban formaron una línea curva y él quedó situado en el punto central. Cada uno de los guerreros se colocó con presteza en su posición para hacer retroceder a los laer con cada paso que daban hacia la centelleante columna de energía que se encontraba en el centro de la plaza.

Los proyectiles de bólter llenaron el aire y las explosiones lanzaron trozos de coral por doquier a medida que el avance imparable de los Hijos el Emperador los llevaba hacia el interior de las ruinas aullantes de la ciudad flotante. Solomon no disponía de comunicaciones, por lo que no tenía ni idea de cómo les iba a Caphen y a Thelonius, pero confiaba en que la veteranía y el valor de ambos les permitirían salir adelante. Solomon en persona había aprobado sus ascensos y, les pasase lo que les pasase, sería responsabilidad suya.

Una descarga de fuego verde salió de un hueco de entrada que no habían visto y tres astartes cayeron con las armaduras y la carne desintegradas bajo aquella energía electroquímica.

—¡Enemigo en el flanco! —gritó Solomon.

Sus guerreros reaccionaron de un modo preciso y fluido para enfrentarse a aquella amenaza. Cuando los laer salieron de su escondite, se encontraron con las disciplinadas ráfagas de respuesta de los bólters de los Hijos del Emperador, que cambiaron de posición para permitir que sus

camaradas pudieran seguir disparando mientras ellos recargaban con rapidez.

El capitán contempló lleno de orgullo cómo combatían con una eficacia marcial sin paliativos, inigualada por ninguna otra legión. Las cargas enloquecidas de los lobos de Russ o las maniobras salvajes de los jinetes de Khâm no eran el modo de combatir de los Hijos del Emperador. La legión de Fulgrim luchaba con la aplicación fría y certera de una fuerza perfecta y disciplinada.

Una enorme explosión a la derecha de Solomon produjo una tremenda columna de humo que subió hacia el cielo. El capitán oyó el estampido del coral al estrellarse contra el suelo cuando una de las grandes torres de concha cayó envuelta en una nube de polvo y fuego. Las irritantes sirenas instaladas en su interior quedaron silenciadas para siempre. Los Hijos del Emperador habían conseguido avanzar unos cuarenta metros y se habían adentrado en la plaza. La línea curvada los había llevado hasta el centro del cráter y al espacio abierto cubierto de escombros.

Ya estaba bastante cerca de la columna de energía como para notar su calor. Cuando dio la orden de rodearla, los laer renovaron su ataque con mayor fuerza. Sus cuerpos sinuosos se deslizaron por las ruinas de su hogar con una velocidad sobrenatural. Los cegadores rayos de luz verde y los proyectiles de bólter se entrecruzaron por toda la plaza, y en el aire se producían explosiones en las ocasiones que los disparos de ambos bandos impactaban entre sí.

Una oleada rugiente de alienígenas se lanzó contra los Hijos del Emperador. La parte inferior de sus cuerpos, con forma de serpiente, los impulsaba por el suelo desigual con una velocidad antinatural y Solomon se dio cuenta de que había pasado el momento de las armas de fuego. Dejó el bólter en el suelo con un cuidado reverente y desenvainó la espada sierra de la funda que llevaba a la espalda.

Al igual que el bólter, la espada había sido muy modificada en una de las armerías de la *Orgullo del Emperador* bajo la atenta mirada de Marius Vairosean. Tanto la hoja como la empuñadura se habían alargado para darle un mayor alcance y permitirle blandirla con las dos manos si era

necesario. Las guardas de la empuñadura tenían la forma de alas desplegadas y el pomo era la majestuosa cabeza de un águila.

—¡Desenvainad! —gritó después de pulsar el botón de encendido.

Un centenar de espadas relucieron bajo la luz del sol cuando los Hijos del Emperador desenvainaron sus armas en un movimiento coordinado y fluido.

Los laer se estrellaron contra los Hijos del Emperador como una mancha borrosa de armaduras plateadas y hojas chasqueantes. Los astartes saltaron a enfrentarse cara a cara con sus enemigos. El acero forjado en Marte chocó con el filo alienígena en una lluvia de chispas que resonó por toda la ciudad.

Solomon se agachó para esquivar un golpe lanzado contra su cabeza y giró sobre sí mismo, evitando el arco de ataque de la segunda hoja del alienígena, para clavarle la espada en el hueco que había entre el tórax abierto por la armadura y la parte inferior del cuerpo. Los dientes de sierra de la espada chirriaron al tropezar con la gruesa espina dorsal del enemigo, pero el capitán empujó con más fuerza y la criatura acabó cayendo al suelo partida en dos mitades que se agitaron de forma espasmódica.

Sus guerreros lucharon con serenidad, confiados en su superioridad y a sabiendas de que su comandante se encontraba entre ellos. Solomon arrancó la espada que había quedado atascada en el alienígena que había matado y continuó con su avance. Sus guerreros siguieron su ejemplo e hicieron retroceder al enemigo con mandobles mortíferos.

La primera señal de que algo andaba mal fue un fuerte temblor que estremeció el firme con una vibración rugiente. De repente, el mundo cambió de orientación cuando el suelo se inclinó de forma brusca hacia un lado. Solomon se vio arrojado de bruces y rodó por la plaza inclinada hasta caer dentro de uno de los múltiples y profundos cráteres que salpicaban el campo de batalla.

Recuperó el equilibrio con rapidez y se irguió para estudiar sus alrededores en busca de cualquier amenaza inmediata pero no pudo ver nada. Tan sólo logró captar el sonido del combate y el tableteo de unos disparos que se acercaban a la plaza por ambos lados. Si las sospechas de los

adeptos del Mechanicus eran correctas y aquellas columnas de energía mantenían en el aire los atolones de coral, lo más probable era que una o más de las que había en el atolón hubieran sido destruidas.

Solomon rodó para ponerse en pie y envainó la espada antes de empezar a trepar por la ladera rocosa del cráter. Al llegar a la cima, sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Miró a su alrededor justo a tiempo de ver la silueta de un guerrero laer que sobresalía por encima del borde del cráter.

Alargó una mano para empuñar la espada, pero el laer se le echo encima antes de que le diera tiempo a desenvainarla de nuevo.



Aunque Julius Kaesoron había estado en la Heliópolis muchos cientos de veces, su belleza y su majestuosidad todavía eran capaces de dejarlo sin habla debido a aquellas inmensas paredes de piedra clara y las interminables filas de estatuas de mármol colocadas sobre pedestales de oro que sostenían el amplio techo abovedado. Unos mosaicos intrincados, demasiado alejados como para que pudiera captar los detalles, llenaban el revestimiento interior de la cúpula, y entre las pilastras estrechas de mármol verde colgaban largos estandartes de seda de color púrpura y dotado.

Un rayo de luz procedente de las estrellas se concentraba en el centro de la cúpula y se reflejaba con un brillo cegador en el suelo de terrazo negro de la Heliópolis. Los trozos de mármol y de cuarzo engastados en la argamasa y pulidos hasta quedar relucientes convertían el suelo en un espejo oscuro y centelleante que relucía igual que el cielo que se alzaba sobre él. Las motas de polvo revoloteaban en mitad de aquel brillo y el aire estaba cargado con el humo perfumado de los aceites aromáticos.

A lo largo de la circunferencia de la cámara de audiencias de Fulgrim se alineaban filas de bancos de mármol que se alzaban en hileras escalonadas hacia las paredes formando líneas desiguales. Allí había espacio suficiente

como para que se sentasen dos mil personas, aunque apenas había presentes una cuarta parte de esa cifra en aquel consejo de guerra. En el centro de la columna de luz estelar había una silla de mármol negro pulido, y allí era donde Fulgrim atendía las peticiones de sus guerreros y concedía audiencias. Aunque el primarca todavía no había otorgado a los allí reunidos la gracia de su presencia, la silla vacía en mitad de la cámara era un evidente recordatorio de su poder.

Julius vio sentados en las bancadas de mármol a oficiales procedentes de todas las ramas militares de la 28.ª Expedición, y se dirigió a ocupar su puesto en uno de los bancos más cercanos al suelo. En el camino hizo un gesto de asentimiento a modo de saludo a los guerreros que conocía, y se dio cuenta de las miradas que todos lanzaban a su capa roja lacerna. Aquellos que habían servido durante algún tiempo junto a los Hijos del Emperador sabían que si un guerrero llevaba puesta una capa como aquélla, es que estaba a punto de marchar al combate.

Julius no hizo caso de aquellas miradas y tomó su casco y su espada de manos de los portadores antes de tomar asiento. Paseó la mirada por la cámara y vio a los oficiales de escarlata y plata del Ejército Imperial que llenaban los bancas inferiores de la Heliópolis. Su cercanía al suelo indicaba su mayor rango.

El comandante general Fayle se encontraba sentado en el centro de un grupo de servidores y ayudantes. Era un individuo de aspecto ceñudo que tenía el rostro horriblemente desfigurado, con la mitad izquierda de la cabeza cubierta por una placa de acero. Julius jamás había hablado con él, pero conocía su reputación: era un táctico excelente, una persona directa y un soldado implacable y despiadado.

Detrás de los oficiales del ejército, sentados en el los bancos situados a mitad de altura, se encontraban los adeptos del Mechanicus, quienes parecían sentirse incómodos bajo la luz brillante de la Heliópolis. Sus túnicas con capucha ocultaban buena parte de sus rasgos físicos, y Julius no recordó haber visto nunca a ninguno con la capucha quitada. Negó con la cabeza con gesto de disgusto ante los velos estúpidos que representaban EL secretismo y los rituales con los que se rodeaban. Junto a los miembros del

Adeptus Mechanicus estaban los rememoradores, hombres y mujeres ecuánimes vestidos con ropajes de color beige que no dejaban de hacer anotaciones en cuadernos desgastados y placas de datos o dibujaban bosquejos al carboncillo sobre hojas de papel. Los mejores pintores, escultores, escritores y poetas del Imperio se habían desplegado por todas las flotas expedicionarias. Eran miles, y se dedicaban a documentar los logros monumentales conseguidos por la Gran Cruzada, aunque eran aceptados con diferentes grados de cordialidad. Muy pocos dentro de las legiones apreciaban el verdadero valor de sus esfuerzos, pero Fulgrim había declarado que su presencia era una gran suerte y les había concedido un acceso sin precedentes a las ceremonias más reservadas y privilegiadas.

Lycaon siguió su mirada.

—Rememoradores —musito con desprecio—. ¿Qué sentido tiene que los escribas y gentuza como ellos acudan a un consejo de guerra? ¡Mire! ¡Si uno de ellos hasta ha traído un caballete!

Julius sonrió.

—Quizá está intentando captar la gloria de la Heliópolis para que la admiren las generaciones futuras.

—Russ tenía toda la razón —replicó Lycaon—. Somos guerreros, no temas para poemas y retratos.

—La búsqueda de la perfección va más allá de las artes del combate, Lycaon. Incluye las bellas artes, los trabajos literarios y la música. Hace poco tuve el privilegio de escuchar el recital de Bequa Kynska, y me sentí henchido de alegría al oír una música tan hermosa.

—Ha estado leyendo poesía otra vez, ¿verdad? —le preguntó Lycaon, al mismo tiempo que hacía un gesto negativo con la cabeza.

—Cuando tengo la oportunidad, aprovecho y leo alguno de los *Cantos imperiales* de Ignace Karkasy —admitió Julius—. Deberlas intentar leerlos. Un poco de cultura no te vendría mal. El propio Fulgrim tiene en sus estancias una escultura que le ha encargado a Ostian Delafour, y se dice que Eidolon tiene un paisaje de Chemos pintado por Keland Roget colgando en la cabecera de su cama.

—¡No puede ser! ¿Eidolon?

—Eso dicen —insistió Julius, asintiendo.

—¿Quién lo hubiera creído? Bueno, de todas maneras, me centraré en lograr la perfección en combate, si no te importa.

—Tú te lo pierdes —comentó Julius mientras las bancadas superiores de la Heliópolis se llenaban de gente: los escribas, los notarios y los funcionarios que servían a los más cercanos a los centros de poder.

—Menudo público —comentó Lycaon.

—El primarca está a punto de hablar. Eso siempre hace salir a sus adoradores —le indicó Julius.

Como si pronunciar su rango hubiera sido la clave para invocarlo, la Puerta del Fénix se abrió y el primarca de la III Legión entró en la Heliópolis.

Fulgrim iba acompañado de sus lugartenientes más cercanos. Los guerreros, los adeptos y los escribas allí reunidos se pusieron en pie de inmediato y le hicieron una reverencia, maravillados por el guerrero perfecto y de aspecto magnífico que se encontraba ante ellos.

Julius se puso en pie con todos los demás. Desaparecido el disgusto que había sentido hasta ese momento ante la emoción de ver de nuevo a su querido primarca. Una oleada de aplausos y los gritos de «¡Fénix! ¡Fénix!» llenaron la Heliópolis. Fue un gesto de afirmación rugiente que sólo se detuvo cuando Fulgrim alzó las manos para acallar a sus seguidores incondicionales.

El primarca llevaba puesta una larga toga de tejido suave y color crema pálido. Se veía con claridad la empuñadura de hierro oscuro de su espada, *Hoja llameante*, que le colgaba de la cadera. La vaina de la espada era de reluciente cuero púrpura. Sobre el pecho llevaba bordadas con hilo de oro las centelleantes alas de un águila, y una estrecha diadema de lapislázuli impedía que el cabello le cayera sobre la frente. Dos de los mejores guerreros de la legión, el comandante general Vespasian y el comandante general Eidolon, caminaban detrás del primarca. Ambos llevaban puestas togas blancas, sin adorno alguno a excepción de un pequeño bordado con forma de águila que se veía sobre el pectoral derecho. Su severo porte

marcial fue una inspiración para Julius, quien se irguió un poco más en presencia de ellos.

Eidolon no pareció mostrarse impresionado por todos los guerreros allí reunidos, y no se podía captar el estado de ánimo de Vespasian en sus rasgos faciales, clásicos y sin defecto alguno. Los dos comandantes generales estaban armados, Vespasian llevaba su espada colgada al cinto y Eidolon tenía su martillo apoyado en un hombro.

Julius sintió la expectación que embargaba a todos los que esperaban las siguientes palabras del primarca.

—Amigos míos —dijo Fulgrim, a modo de saludo después de sentarse ante los guerreros allí reunidos. La piel pálida casi le resplandecía—. Me alegra veros aquí reunidos. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que libramos una guerra, pero ahora tenemos la ocasión de ponerle remedio.

Aunque prácticamente sabía lo que el primarca iba a decir, Julius sintió una emoción irracional crecerle en el interior, y vio que incluso el habitualmente sarcástico Lycaon sonreía de oreja a oreja mientras oía hablar primarca.

—Estamos en órbita alrededor del planeta natal de una temible especie alienígena que se llama a sí misma «laer» —continuó explicando Fulgrim. Su voz había perdido el duro acento cthoniano que había acabado adoptando tras los largos años que los hijos del Emperador habían pasado combatiendo junto a los lobos lunares del Señor de la Guerra. El acento culto de Terra volvía a matizar cada una de sus palabras, y Julius dio cuenta de que se había quedado fascinado por el timbre y la cadencia de su modo de hablar—. ¡Y qué planeta! Uno de los honorables presentantes del Adeptus Mechanicus me ha dicho que sería de un valor incalculable para la cruzada del Emperador, amado por todos nosotros.

—Amado por todos nosotros —repitieron al unísono los asistentes. El primarca asintió antes de seguir hablando.

—Aunque un planeta como éste sería de un valor inmenso para nosotros, sus habitantes no desean compartir la suerte ciega con la que se han sido bendecidos. Se niegan a aceptar el destino manifiesto que nos guía

través de las estrellas, y han dejado muy claro que sólo sienten desprecio hacia nosotros. Han rechazado con violencia nuestros pacíficos intentos de comunicación, ¡y el honor exige que les respondamos del mismo modo!

Un coro de gritos iracundos llenos de amenazas llenaron la Heliópolis. Fulgrim sonrió y se llevó las manos al pecho en gesto de agradecimiento por aquella devoción. Cuando los gritos y los vítores se apagaron, Julius vio que el comandante general Fayle se ponía en pie para saludar primarca con una profunda reverencia.

—Con su permiso —dijo el soldado, con voz profunda y cargada de experiencia.

—Por supuesto, Thaddeus. Eres mi aliado preterido —le contestó Fulgrim, y el rostro adusto de Fayle no pudo evitar mostrar el agrado que sentía ante el hecho de que lo llamara por su nombre de pila.

Julius sonrió al recordar la habilidad con que Fulgrim trataba a aquellos con los que hablaba. Sabía muy bien que el primarca no tardaría en apabullar a Fayle con hechos y verdades incómodas.

—Gracias, mi señor —respondió Fayle mientras apoyaba las manos nudosas en el pretil que lo separaba del suelo oscuro de la Heliópolis. Cuando Thaddeus Fayle habló, unas microscópicas motas que flotaban en la columna de luz se concentraron sobre el comandante del Ejército Imperial y lo rodearon de un brillo difuso—. Quizá pueda iluminarme respecto a cierto asunto.

Fulgrim sonrió de nuevo, y los ojos oscuros brillaron con una expresión de diversión.

—Procuraré por todos los medios llevar la luz a tu ignorancia.

Fayle le torció el gesto ante el insulto implícito, pero continuó:

—Nos ha convocado a este consejo de guerra para hablar sobre lo que se debe hacer con 28-3, ¿no es así?

—Así es —respondió Fulgrim—. No se me ocurriría tomar ninguna decisión al respecto sin vuestro consejo.

—Entonces, ¿por qué ya han sido enviados guerreros a la superficie del planeta? —quiso saber Fayle, mostrando así una impresionante autoridad.

La mayoría de los mortales quedaban reducidos a un estado cercano a la estupidez ante la presencia del primarca, pero Thaddeus Fayle le había hablado como si no fuera más que un miembro de su estado mayor. Julius sintió que se encolerizaba ante un comportamiento tan grosero.

—He oído decir que el Consejo de Terra ha decidido que someter a los laer sería demasiado costoso en vidas y que llevaría demasiado tiempo, unos diez años, según me han dicho —siguió diciendo Fayle sin apenas detenerse—. ¿No se llegó incluso a hablar de convertirlos en un protectorado del Imperio?

Julius distinguió las leves pero inconfundibles señales del enfado que Fulgrim sentía por verse cuestionado de esa manera, aunque sin duda debía de ser consciente de que prácticamente todos los miembros de la expedición sabían que se estaba atacando el atolón 19 y que alguien acabaría preguntándole al respecto. Se dio cuenta de que ése era el riesgo de fomentar una actitud abierta en el seno de la expedición.

—Es cierto que se habló de ello —replicó Fulgrim—, pero fue con una información escasa y que no lograba mostrar por completo el enorme valor que posee este planeta para el Imperio. El ataque que se está produciendo intenta reunir más información sobre la capacidad de combate de los laer.

—Estoy convencido de que la destrucción de las naves de exploración demostró esa capacidad de forma muy sobrada, mi señor. A mí me da la impresión de que ya ha decidido iniciar esta guerra sin consultarnos.

—¿Y qué si es así, comandante general? —exclamó Fulgrim, con los ojos cargados de una rabia peligrosa—. ¿Es que os echaríais atrás ante semejante afrenta de una especie alienígena? ¿Es que quieres que ponga en peligro mi honra por evitar cobardemente esta lucha sólo porque puede ser peligrosa?

El rostro del comandante general Fayle palideció ante el tono de voz del primarca. Se dio cuenta de que había ido demasiado lejos, así que se apresuro en contestar:

—En absoluto, mi señor. Como siempre, mis fuerzas están a vuestro servicio.

La expresión de Fulgrim pasó con rapidez de la furia a convertirse en un ejemplo de reconciliación. Julius supo que aquel breve estallido de rabia había sido planeado con cuidado para manipular a Fayle y lograr que dejara de hacer preguntas. El primarca ya había trazado un plan perfecto para aquella guerra, y las simples dudas de los mortales no iban a hacerle cambiar de opinión.

—Te doy las gracias, comandante general —le respondió Fulgrim— y te pido disculpas por mi rudeza. Teníais razón en preguntar acerca de todo esto, ya que se dice que se conoce el carácter de una persona por sus preguntas, no por sus respuestas.

—No son necesarias las disculpas —protestó Fayle, incómodo ante la sugerencia de que había molestado al primarca—. Hablé fuera de lugar.

Fulgrim inclinó levemente la cabeza en dirección al comandante general en gesto de aceptación de sus disculpas.

—Eres muy amable, Thaddeus, y ya está todo olvidado, pero hemos venido a discutir asuntos de esta guerra, ¿no es así? He planificado una campaña con la que conquistaremos Laeran, y aunque aprecio el ofrecimiento, se trata del tipo de guerra para el que fueron creados los astartes. No tardaré en dar todos los detalles, pero el tiempo es algo crucial, así que espero que me perdonéis por haber lanzado ya al combate a mis guerreros.

El primarca se volvió hacia él, y Julius no pudo impedir que el pulso se le acelerara cuando Fulgrim le clavó sus ojos de mirada negra e intensa. Sabía la pregunta que le iba a hacer, y esperaba que sus astartes fuesen capaces de cumplir lo que el primarca iba a pedirles.

—Primer capitán Kaesoron, ¿están sus guerreros preparados para llevar la Verdad Imperial a 28-3?

Julius se puso en pie y en posición de firmes. Notó cómo la luz de la cúpula lo cubría con su resplandor.

—Le juro por el fuego que lo están, mi señor. Sólo esperamos sus órdenes.

—Entonces, le doy la orden, capitán Kaesoron —dijo Fulgrim al mismo tiempo que se quitaba de golpe la túnica que cubría su magnífica armadura

de placas pulida hasta relucir—. ¡Dentro de un mes, el Águila gobernará Laeran!



Las zarpas del laer intentaron destrozar la armadura de Solomon y le abrieron unos grandes surcos en la superficie inmaculada. Las garras llegaron a atravesar el Águila dorada que llevaba sobre la placa pectoral. Los dos contendientes cayeron al fondo del cráter cuando el suelo se movió de nuevo, y Solomon se encontró atrapado bajo el peso de la criatura. Aquella monstruosidad abrió las mandíbulas de par en par y le soltó un chillido ensordecedor que le dejó la cara salpicada de mucosidades y saliva caliente.

Solomon sacudió la cabeza para despejarse la vista y lanzó un puñetazo hacia arriba. El puño aplasto los huesos que había debajo de la carne rojiza del guerrero alienígena. La bestia volvió a chillar. Un resplandor verdoso apareció de forma explosiva en cada uno de sus puños al mismo tiempo que le lanzaba un golpe con uno de sus brazos inferiores. Solomon rodó a un lado un momento antes de que el guantelete plateado penetrara en la roca como si no fuera más que simple arena.

El comandante de la Segunda Compañía se apartó de la criatura y se arrastró hacia atrás con la espalda pegada al cráter. El laer aulló, y la potencia de su grito fue algo físico que hizo que el astartes se tambaleara. Los oídos empezaron a zumbarle y se le nubló levemente la vista. Intento desenvainar la espada, pero el laer se le echo encima antes de que pudiera sacarla del todo. Ambos combatientes se desplomaron de nuevo sobre el suelo convertidos en un torbellino de extremidades blindadas y garras segmentadas.

Los horribles ojos del laer reflejaron el rostro contorsionado del astartes, y Solomon sintió que se enfurecía cada vez más al verse atrapado en el fondo de aquel cráter mientras sus guerreros combatían allá arriba sin él.

Notó un tremendo dolor cuando el laer logró acertarle con una de sus relucientes armas verdes en el costado, pero pudo girar el cuerpo antes de que se le clavara en el vientre. No podía esquivarlo, y tenía la espalda pegada a la pared.

Del hueco de las mandíbulas surgió un torrente de chillidos ininteligibles, y aunque aquel lenguaje le era absolutamente desconocido a Solomon, estaba seguro de que el alienígena disfrutaba con aquel enfrentamiento.

—Vas a ver —gruñó.

Apretó la espalda contra la pared rocosa del cráter. El laer enroscó la parte serpentina de su cuerpo y luego saltó hacia él con los brazos y las garras extendidos.

Solomon saltó a su vez contra su oponente y ambos chocaron con el estruendo de dos placas blindadas al estrellarse entre sí, para caer al suelo de nuevo. El astartes agarró uno de los relucientes brazos verdes del laer mientras caían y le propinó un tremendo codazo en la articulación que lo unía al cuerpo.

El brazo salió arrancado del torso de la criatura acompañado de un chorro de sangre pestilente. Solomon giró sobre sí mismo y le clavó el arma de energía en el torso, donde su filo brillante atravesó con facilidad la armadura plateada. El laer se desplomo, enrollándose sobre sí mismo para sujetar la tremenda desgarradura en su carne. De su garganta surgió un terrible chillido mientras moría, y Solomon sintió de nuevo repugnancia al captar el placer que albergaba aquel grito.

Asqueado, el astartes arrojó a un lado el brazo amputado del laer. El brillo de aquella arma repulsiva comenzaba ya a apagarse. Subió de nuevo por la pared del cráter y se asomó por el borde justo a tiempo de ver que una nueva oleada de alienígenas inundaba la plaza.

Solomon, que estaba aislado del combate en esos momentos, vio que sus guerreros estaban rodeados y que se defendían a la desesperada de la marea de enemigos. Gracias a su veteranía se dio cuenta de que sin refuerzos no habría forma posible de hacer frente a semejante superioridad numérica. Ya habían caído decenas de astartes. Sus cuerpos se estremecían

de forma involuntaria cuando las armas alienígenas provocaban espasmos nerviosos en los músculos heridos.

Su capacidad de mando le indicó que sus guerreros sabían que estaban a punto de ser arrollados, y la furia se apoderó de él al pensar que aquellos alienígenas podían profanar los cuerpos de los muertos de la Segunda Compañía.

—¡Hijos del Emperador! —gritó tras salir del cráter para dirigirse hacia las filas de astartes—. ¡Mantened la formación! ¡Le jure al primer capitán Kaesoron que tomaríamos este lugar, y no nos llenaremos de oprobio incumpliendo ese juramento!

Captó el casi imperceptible gesto de erguir un poco más la espalda en todos sus guerreros, y supo que ninguno de ellos lo dejaría en evidencia. La Segunda jamás le había mostrado la espalda a ningún enemigo, y él no esperaba que lo hicieran en ese momento.

Antaño, si los guerreros huían del combate, su unidad era diezmada, es decir, uno de cada diez de sus miembros era ejecutado de una paliza que le propinaban sus antiguos hermanos de batalla como advertencia para los supervivientes. Solomon pensaba que era un castigo demasiado magnánimo. Un guerrero que huía una vez podía acabar huyendo de nuevo. Se sentía orgulloso de que ninguna de sus escuadras hubiera necesitado jamás una lección tan brutal sobre el coraje. Seguían su ejemplo en todo, y él prefería morir antes que deshonrar a su legión con un acto de cobardía.

El estruendo del combate era ensordecedor, y aunque la línea formada por los astartes había retrocedido ante el feroz contraataque de los laer, no se había roto. Solomon recogió su bólter, tirado en el suelo irregular, y metió un cargador nuevo. Se dirigió al centro de la línea y se colocó en mitad del fragor del combate. Mató con precisión metódica hasta que se le acabó la munición, y luego desenvainó la espada.

Combatió empuñándola a dos manos, y la hoja afilada cortó y tajó carne alienígena mientras les gritaba a sus guerreros que se mantuvieran firmes a pesar de la marea de laer que los rodeaba.



TRES

EL COSTE DE LA VICTORIA
POR EL CENTRO
DEPREDADOR

Marius Vairosean contempló impasible, mientras caminaba entre las cadáveres destrozados de los laer, cómo los guerreros de la Tercera Compañía reunían a los muertos y a los heridos y se preparaban para continuar el avance. Su rostro ceñudo mostraba una expresión de disgusto, aunque no tenía muy claro respecto a qué o a quién, ya que sus astartes habían combatido con tanta valentía como cabía esperar de ellos, y él había seguido al pie de la letra el plan de lord Fulgrim.

Las zonas de desembarco y el objetivo estaban asegurados, por lo que lo único que quedaba era unir sus fuerzas con las de la Segunda Compañía, la de Solomon Demeter, y el atolón 19 les pertenecería. El coste de lograr aquella victoria había sido tremendamente elevado: nueve astartes no volverían a combatir jamás, y su semilla genética ya había sido recogida por el apotecario Fabius. Además, muchos otros necesitarían importantes operaciones quirúrgicas e implantes en cuanto regresaran a la flota.

La brillante columna de energía que era su objetivo ya estaba asegurada y había dividido a su destacamento para que una parte la protegiera

mientras la otra marchaba en busca de los guerreros de Solomon, aunque aquello no parecía que fuese a ser tarea fácil. Las explosiones, los disparos y los aullidos resonantes de las torres resonaban con un eco extraño por las sinuosas calles de coral del atolón 19, y debido al pésimo estado de las comunicaciones era difícil determinar con exactitud dónde estaban combatiendo.

—Solomon —dijo por el micrófono que llevaba incorporado en la garganta—. Solomon, ¿me oyes?

La única respuesta fue el chasquido de la estática. Soltó una maldición en voz baja. Era propio de Solomon Demeter quitarse el casco en plena batalla para captar mejor las sensaciones del combate. Marius hizo un movimiento negativo con la cabeza. ¿Qué clase de idiota se metía en un combate sin contar con toda la protección de la que podía disponer?

El sonido del combate parecía proceder del oeste, aunque iba a ser difícil calcular el modo de llegar hasta allí, ya que las calles, si se las podía llamar así, serpenteaban por el atolón trazando sendas sinuosas que podían llegar a apartarlos kilómetros de su objetivo final.

La idea de avanzar sin tener un plan preestablecido irritaba sobremanera a Marius, un guerrero para quien cada avance y maniobra era planificado de un modo perfecto y meticuloso que luego se llevaba a cabo sin desviación alguna. Julius Kaesoron había dicho una vez que deberían haberlo escogido para ingresar en los Ultramarines, y aunque se trataba de una broma amistosa, Marius se la había tomado como un elogio.

Los Hijos del Emperador se esforzaban por conseguir la perfección en todas las cosas, y Marius valoraba ese esfuerzo por encima de todo lo demás. La idea de no ser el mejor en algo hacía que se sintiera enfermo. Ser menos que lo mejor era inaceptable, y Marius había decidido hacía mucho tiempo ya que nada le impediría conseguirlo.

—¡Tercera Compañía! —gritó—. ¡Seguidme!

Los guerreros estuvieron listos al instante para ponerse en marcha. Se colocaron en formación a su espalda con la precisión de un desfile y con las armas empuñadas y listas para ser utilizadas.

Las paredes de coral reluciente de la ciudad giraron y se retorcieron a medida que se adentraban en la ciudad y aplastaban bajo las botas de la armadura los fragmentos de piedra y de cristal. Marius siguió el trayecto que creyó más adecuado para llegar hasta la fuente de los sonidos de lucha. En el camino se encontraron con grupos dispersos de guerreros laer, quienes combatieron con la desesperación de un enemigo acorralado. Los astartes ganaron con facilidad cada uno de aquellos enfrentamientos, ya que nada podía interponerse en el camino de los guerreros de la Tercera y seguir con vida.

No dejó de intentar ponerse en contacto con Solomon, pero al cabo de un tiempo se cansó y cambió de canal.

—¿Caphen? ¿Me oyes? Aquí Vairosean. Contéstame si me oyes.

Por el auricular del caso sólo le llegó estática, pero al cabo de un momento oyó el sonido de una voz. Sonaba entrecortada y débil, pero era una voz de todas maneras.

—¿Caphen? ¿Eres tú? —preguntó Marius.

—Sí, capitán —contestó Gaius Caphen.

La voz resonó con fuerza en el auricular en cuanto Marius dobló una esquina para entrar en otra avenida llena de escombros y de cadáveres.

—¿Dónde estás? —le preguntó casi a gritos—. Estamos intentando llegar hasta vosotros, pero estas puñeteras calles no paran de dar vueltas y hacer que nos perdamos.

—La vía principal de acceso a nuestro objetivo estaba demasiado defendida, así que el capitán Demeter nos envió a Thelonius y a mí para que flanqueáramos la posición enemiga.

—Mientras él atacaba por el centro, por supuesto —comentó Marius.

—Sí, señor —respondió Caphen.

—Localizaremos tu señal, pero si hay algo más que puedas hacer para señalar vuestra posición, ¡hazlo! Cambio y corto.

Marius siguió el punto azul que apareció en la superficie interna del visor del casco y que representaba la localización del comunicador de Caphen. El punto fue perdiendo intensidad a medida que se adentraban en el laberinto de coral.

—¡No! ¡Maldito sitio! —exclamó Marius cuando la señal se apagó por completo.

Alzó una mano para ordenar un alto. En ese preciso momento, una tremenda explosión resonó cerca de ellos y una de las altas y sinuosas torres de coral se derrumbó envuelta en llamas a no más de treinta metros a su derecha.

—Tiene que ser ahí —musitó.

Buscó una ruta a través de aquella arquitectura coralina, pero las calles se alejaban sinuosamente de la explosión, y supo que jamás llegaría hasta Caphen si seguía cualquiera de ellas. Miró hacia la creciente nube de humo negro.

—¡Vamos a ir por encima! ¡Seguidme! —gritó.

Marius comenzó a subir por la pared del habitáculo laer más cercano. No tuvo problema para ascender, ya que encontró numerosos asideros y rebordes en la superficie irregular de coral. Subió sin cesar, y dejó atrás con rapidez el suelo. Los guerreros de la Tercera le siguieron y se abrieron paso por los tejados del atolón 19.



Ostian contempló el despegue de la primera oleada de naves de asalto de la *Orgullo del Emperador* con una mezcla de asombro y de irritación. Asombro porque era un espectáculo grandioso contemplar todo el poder marcial de la legión desencadenado contra un planeta, e irritación porque aquello lo había apartado del mármol todavía virgen de su estudio. El primer capitán Kaesoron había avisado a Serena del momento del desembarco y ella se había apresurado a buscarlo para sacarlo de su estudio y llevarlo a un lugar privilegiado en la cubierta de observación.

Había intentado negarse y explicarle que estaba ocupado, pero Serena se había mostrado inflexible. Ella insistió en que tan sólo estaba sentado mirando al mármol, y nada de lo que le dijo la convenció de lo contrario.

En esos momentos, de pie delante del cristal blindado de la cubierta de observación, se sintió muy agradecido de que lo hubiera sacado casi a rastras del estudio.

—Es algo increíble, ¿no te parece? —le preguntó Serena, tras levantar la mirada del cuaderno de bocetos, aunque siguió dibujando trazos para captar el momento con una habilidad asombrosa.

—Es extraordinario —contestó Ostian, mostrándose de acuerdo.

El escultor se volvió a mirarla al mismo tiempo que una segunda oleada de naves, todavía envueltas en el fuego azul de su lanzamiento, reflejaba la luz del sol en sus costados metálicos. La cubierta de observación se encontraba a cientos de metros por encima de las rampas de lanzamiento, pero a Ostian le dio la impresión de que sentía en los huesos las vibraciones de los despegues.

Una última oleada de Stormbird salió de otras naves de la flota de los Hijos del Emperador, y Ostian apartó la mirada de Serena para contemplar el vuelo de aquellas aves de presa, que atravesaban el espacio como grandes proyectiles de fuego. Kaesoron había informado de que se trataría de un asalto a gran escala, y al ver el enorme número de naves implicadas, Ostian no tuvo duda alguna de ello.

—Me pregunto cómo será —comentó—. Me refiero a toda la superficie de un planeta cubierta por un inmenso océano. Apenas soy capaz de imaginármelo.

—¿Quién sabe? —contestó Serena mientras se apartaba un mechón de cabello oscuro y seguía dibujando con energía su boceto—. Me imagino que será como cualquier otro mar.

—Desde aquí es un espectáculo impresionante.

Serena lo miró de reojo.

—¿Es que no viste 28-2?

Ostian hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Me incorporé a la flota justo cuando partía en dirección a Lacran. Es el primer planeta que veo desde el espacio, aparte de Terra.

—Entonces, ¿jamás has visto un mar?

—Jamás he visto un mar —admitió Ostian, aunque se sintió un poco estúpido al hacerlo.

—¡Vaya, querido! —exclamó Serena, al tiempo que levantaba la vista del dibujo—. ¡Tendremos que hacer que bajes a la superficie en cuanto acaben los combates!

—¿Crees que nos dejarán bajar?

—Pues espero que sí —contestó Serena al mismo tiempo que arrancaba la hoja del cuaderno de dibujo para luego hacer una bola con ella y arrojarla al suelo con un gesto de rabia—. Unos pocos, muy pocos, fuimos elegidos para bajar a la superficie de 28-2. Era un sitio espectacular: montañas cubiertas de nieve, continentes enteros repletos de bosques, los lagos eran del color de una mañana de verano, y el cielo… ¡ah, el cielo! Tenía una maravillosa tonalidad azul celeste. Creo que el planeta me gustó tanto porque me imaginé que ése era el aspecto que tenía la Vieja Tierra. Tomé algunas pictografías, pero la verdad es que no lograron captar del todo la escena. Fue una pena, porque me hubiera encantado lograr ese tono, pero no lo conseguí.

Ostian vio que mientras Serena comentaba su tallo a la hora de lograr el tono de color adecuado, se clavaba con discreción la punta de la pluma en la muñeca, lo que dejó una leve mancha de sangre y de tinta sobre la piel pálida.

—No pude conseguirlo —añadió con voz ausente, y Ostian deseó saber cómo lograr que Serena dejase de herirse y reconociera el enorme valor de su obra.

—Me gustaría que me mostrases la superficie del planeta, si fuese posible —le dijo.

Serena parpadeó, le sonrió y le acarició la mejilla con la punta de los dedos.

* * *

Gaius Caphen se agachó para esquivar el aullante ataque de un laer y le clavó la espada sierra en las entrañas. Luego arrancó el arma, que salió acompañada de un chorro de sangre y de vísceras. Las llamas los rodeaban, procedentes de un par de Stormbird, que se habían estrellado y que yacían humeantes entre las ruinas de un conglomerado de madrigueras de los laer.

La tripulación y los pasajeros habían muerto en la colisión, y la fuerza del impacto casi había derribado una de las torres retorcidas de coral. Tan sólo había hecho falta un puñado de granadas arrojadas contra la base ya destrozada de la torre para completar su destrucción y que cayera retumbante contra el suelo. Marius Vairosean quería que señalaran su posición, y si no lograban ver aquello, ya podían darse por muertos.

Su escuadra y él se habían abierto paso a través del conglomerado de madrigueras de los laer, como les había ordenado el capitán Demeter, pero los alienígenas habían previsto esa maniobra de flanqueo. En cada madriguera había un par de monstruosos guerreros alienígenas preparados para salir de sus escondites y ponerse a matar en un frenesí de garras centelleantes y descargas de energía.

Los combates habían sido brutales y feroces, sin lugar para la habilidad o la elegancia, y cada aullante guerrero serpentino se había lanzado contra ellos, en una situación en la que lo único que separaba a los vivos de los muertos era la pura suerte. Caphen había acabado sangrando por una decena de heridas, y jadeaba de un modo irregular, pero seguía decidido a no defraudar a su capitán.

De todas partes le llegaba el sonido de los combates, y al mirar a su alrededor vio que mas guerreros laer salían de sus escondrijos en las madrigueras precedidos por las descargas de energía que disparaban. Los fragmentos de coral y de armadura repiquetearon a su alrededor.

—¡Escuadra, atención detrás! —gritó cuando otro trío de laer apareció a sus espaldas y lanzó con sus armas rayos de luz y fuego.

Oyó unos aullidos cerca de él y alzó el bólter para disparar contra la nueva amenaza, pero en ese momento el suelo se estremeció con gran fuerza y todo el atolón se inclinó violentamente.

Gaius cayó sobre una rodilla y tuvo que agarrarse a un saliente de coral al mismo tiempo que una nueva oleada de guerreros laer salía de sus escondites. Una ráfaga de disparos de bólter que le pasó por encima prácticamente partió en dos a uno de ellos, que cayó mientras se convulsionaba poseído por el dolor Oyó unas cuantas ráfagas ensordecedoras más, y los laer que parecían estar a punto de arrollarlos fueron destrozados por Salvas de disparos certeros.

Alzó la mirada y vio de dónde procedían las ráfagas. Soltó una exclamación de alegría al ver una hueste de marines que se dejaba caer desde los tejados. El reborde de las hombreras indicaba que se trataba de los guerreros de la Tercera Compañía, la de Marius Vairosean.

El capitán en persona aterrizó a su lado. El cañón de su bólter escupió un chorro de llamas cuando disparó para abatir a un guerrero laer que de algún modo había conseguido sobrevivir a las andanadas iniciales.

—¡En pie, sargento! —le gritó Vairosean—. ¿Dónde está el capitán Demeter?

Caphen se irguió y señaló hacia un extremo de la calle donde se encontraban.

—¡Por allí!

Vairosean asintió mientras sus guerreros abatían a los últimos defensores laer con una eficiencia implacable.

—¡Pues pongámonos en marcha y reunámonos con él, tal como lo ordenó! —exclamó Vairosean.

Caphen asintió y siguió al capitán de la Tercera.

Otros seis guerreros de su compañía habían caído, desgarrados por las armas de energía de los laer o con partes enteras de sus cuerpos derretidas por el chorro de calor que lanzaban sus armas de fuego. Solomon ya había comenzado a lamentar haberse desprendido del casco y despreciar de ese modo la importancia de las comunicaciones. Sabía que en esos momentos necesitaba más que nada en el mundo conocer lo que estaba ocurriendo en el resto del atolón.

No había visto señal alguna de las fuerzas de flanqueo del sargento Thelonius o del sargento Gaius Caphen, y aunque los guerreros de

Goldoara habían intentado atravesar las líneas de los laer, no estaban equipados con las armas necesarias para un combate cuerpo a cuerpo como aquél, por lo que los alienígenas habían rechazado el ataque.

Estaban solos.

Solomon atravesó con la espada las mandíbulas abiertas de un guerrero laer y la hoja le perforó el cráneo hasta salir por la parte de atrás. Luego se sintió arrastrado por el peso de su oponente. Se esforzó por sacar la espada, pero los dientes de la sierra se habían quedado atascados en el denso hueso del cráneo del alienígena.

Cerca de él resonó un aullido chirriante de placer y se dejó caer al suelo. Un momento después, un abrasador rayo de energía le pasó por encima y abrió un gran surco en el suelo. Solomon rodó sobre sí mismo mientras el laer avanzaba reptando por encima de los cuerpos muertos de sus congéneres a una velocidad pasmosa para luego lanzarse a por él. El capitán pegó la espalda al suelo y le propinó una terrible patada con las dos piernas en plena cara. Sintió como las mandíbulas se le cerraban con un chasquido por el tremendo golpe.

El alienígena retrocedió, aturdido, y azotó el suelo con la cola al mismo tiempo que dejaba escapar un gorgoteante grito de dolor. El sonido de los bólters continuó resonando por la plaza mientras Solomon se ponía en pie sobre el terreno irregular para asestarle un puñetazo al laer en plena cara.

La fuerza del golpe hizo que le reventara uno de los ojos y provocó otro aullido de dolor. Con el otro puño le golpeó en el pectoral de la armadura, y el metal manchado de sangre se hundió bajo aquel otro impacto. La bestia le escupió un espumarajo cargado de sangre y mucosidades calientes en plena cara y él rugió enfurecido. Una neblina rojiza cargada de ira se apoderó de Solomon. Agarró la carne brillante de la bestia con las dos manos y le estrelló la cabeza contra el suelo.

La criatura siguió emitiendo un chillido agudo y el capitán le estampó la cabeza contra el suelo una y otra vez. Continuó machacándole el cráneo incluso cuando ya estuvo seguro de que había muerto, hasta que no quedó más que una masa informe de huesos empapados en sangre y en materia cerebral.

Se echó a reír con una alegría salvaje mientras se erguía por completo, con la armadura cubierta de la cabeza a los pies por la sangre oscura del laer. Se acercó trastabillando hasta el cadáver del penúltimo alienígena que había matado y arrancó de un tirón la espada que se había quedado clavada. El sonido de los disparos de bólter se intensificó. Tardó un momento en darse cuenta de que tanto él como sus guerreros se habían quedado sin munición poco después de que la neblina rojiza se apoderaba de él mientras combatía contra el laer.

Se volvió hacía la fuente de los disparos y alzó un brazo en el aire en gesto de triunfo cuando vio la inconfundible silueta de Marius Vairosean al frente de los guerreros de la Tercera Compañía, que avanzaban por la plaza con una perfección inmisericorde. Gaius Caphen marchaba a su lado, y los laer, con sus filas en desorden, retrocedían ante aquel nuevo ataque cuando los guerreros de Marius los abatieron sin piedad.

Al ver a sus camaradas, los guerreros de la Segunda redoblaron sus esfuerzos y Sus cansadas extremidades encontraron nuevas fuerzas. El ataque de los laer vaciló por unos momentos, y aunque sus rasgos eran completamente alienígenas. Solomon fue capaz de captar la parálisis de la indecisión que se apoderó de ellos al darse cuenta de que estaban rodeados.

—¡La Segunda, conmigo! —gritó, y se dirigió a la carrera hacia el otro capitán.

Sus astartes no necesitaron más órdenes o gritos de ánimo, y se colocaron a su espalda en formación de cuña que atravesó la aturdida línea de los laer como un cuchillo ensangrentado.

Ninguno de los guerreros de los Hijos del Emperador estaba dispuesto a ser compasivo, por lo que todo acabó a los pocos minutos. Cuando el último de los alienígenas murió a manos de la fuerza arrolladora de los veteranos de Vairosean, el aullido atonal de las enorme torres de coral cesó por completo y un silencio profundo cayó finalmente sobre el campo de batalla.

Los astartes supervivientes intercambiaron gritos de bienvenida. Solomon envainó la espada y se agachó para recuperar su bólter de entre

los cadáveres de la plaza. Sentía las extremidades rígidas y le dolían las numerosas heridas que tenía y que no recordaba haber sufrido.

—Marchaste por el centro de nuevo, ¿verdad? —le preguntó una voz familiar, mientras se incorporaba.

—Así es, Marius —contestó Solomon sin ni siquiera darse la vuelta—. ¿Vas a decirme que hice mal?

—Quizá. Todavía no lo sé.

Solomon giró sobre sí mismo mientras Vairosean se quitaba el casco. Este sacudió la cabeza para despejarse de la desorientación momentánea provocada por la vuelta a sus sentidos normales tras haber estado utilizando los del casco de su armadura Mark IV. Su amigo mostraba una expresión adusta, pero siempre era así. Tenía el cabello entrecano pegado al cráneo por el sudor.

A diferencia de la mayoría de los astartes, el rostro de Marius Vairosean era estrecho, con unos rasgos muy marcados e inquisitivos. Su piel era oscura y estaba arrugada como la madera vieja.

—Me alegro de verte, hermano —lo saludó Solomon al mismo tiempo que alargaba una mano para estrechar la de su hermano de batalla.

Marius asintió.

—Por lo que parece, ha sido un combate difícil —le comentó.

—Sí, sí que lo ha sido —respondió Solomon, mostrándose de acuerdo, mientras limpiaba parte de la sangre que cubría los laterales de su bólter—. Estos laer son unos cabrones duros.

—Sí que lo son —confirmó Marius—. Quizá deberías habértelo pensado mejor antes de lanzarte por el centro.

—Si hubiera habido otra manera de hacerlo, la habría intentado Marius. No creas que no lo hubiera hecho. Se hicieron fuertes en el centro, así que envié tropas por los flancos. No podía permitir que nadie más dirigiera el ataque por el centro. Tenía que ser yo.

—Por suerte, tu sargento Caphen parece estar de acuerdo con tu valoración de la situación de la batalla.

—Tiene buena vista para el combate —admitió Solomon—. Llegará lejos. Incluso es posible que llegue a capitán.

—Quizá, aunque más bien tiene aspecto de oficial del frente.

—Necesitamos buenos oficiales del frente.

—Puede ser, los oficiales del frente no suelen buscar ascender. No alcanzará la perfección si se limita a cumplir sus deberes y nada más.

—Marius, no todo el mundo puede ser capitán —replicó Solomon—. Necesitamos tanto guerreros como líderes. Hombres como tú, como Julius o como yo llevaremos a la legión a la grandeza. Tomamos nuestra fuerza y nuestro honor del primarca y de los comandantes generales, y de nosotros depende transmitir lo que aprendemos de ellos a los que están por debajo en el escalafón. Los oficiales del frente forman parte de ese proceso, porque toman nuestro ejemplo y transmiten nuestra voluntad a los guerreros.

Marius se detuvo y puso una mano en el hombro de Solomon.

—Amigo mío, aunque te conozco desde hace decenios, todavía eres capaz de sorprenderme. Justo cuando pensaba que tendría que reprenderte por tus tácticas tan despreciativas del peligro, me das una lección del modo en que debemos dirigir a nuestros hombres.

—¿Qué puedo decir? Supongo que Julius y sus libros deben de estar afectándome.

—Hablando de Julius —dijo Marius señalando al cielo—. Por lo que parece, ha recibido por fin la orden de que comience la campaña.

Solomon levantó la mirada hacia el cielo cristalino y vio centenares de cañoneras que descendían de la atmósfera superior.

Con la captura del atolón 19, la fase inicial de la campaña había comenzado con buen pie, aunque la ferocidad de los combates y el escaso margen, inferior al filo de un cuchillo, con el que se había conseguido la victoria jamás serían conocidos excepto por aquellos cuyas palabras un día serían vilipendiadas.

Los interceptores, al lado de las cañoneras, sobrevolaron el atolón 19 en circuiros de patrulla en forma de «8» por si los laer contraatacaban. Los enormes transportes militares llevaban cañones antiaéreos y destacamentos de los Palatinos de Archite del comandante general Fayle, quienes se dispersaron por el atolón con sus vistosas camisas carmesíes y placas pectorales plateadas.

Los descargadores de amplio fuselaje del Mechanicus aterrizaron envueltos en aullantes nubes de polvo, y de ellos desembarcaron los silenciosos adeptos de túnicas rojas, que se apresuraron a ponerse a estudiar las cegadoras columnas de energía que mantenían en el aire al atolón. Unas gigantescas máquinas aplanadoras, acompañadas de equipos perforadores y cerradores, comenzaron a trabajar sobre el atolón con el único propósito de allanar secciones enteras para luego colocar las grandes placas de metal con estructura de celdillas hexagonales que servirían como plataformas de aterrizaje a las naves de asalto y de suministros.

El atolón 19 sería la primera de las múltiples cabezas de puente que los Hijos del Emperador establecerían antes de acabar por completo con los laer.



Serena ya había regresado a sus aposentos. Dijo estar cansada, pero Ostian decidió quedarse en la cubierta de observación y contemplar el planeta que tenían debajo de ellos. La belleza de Laeran era cautivadora, y las palabras de Serena sobre los paisajes de los mundos alienígenas le había encendido la llama de un deseo que hasta ese momento no había conocido. Estar en la superficie de un planeta alienígena, bajo un sol extraño, y sentir el soplo de un viento procedente de continentes lejanos, jamás vistos por humano alguno… Eso sí que sería una emoción increíble. Deseaba, ansiaba incluso, bajar a la superficie de Laeran.

Intentó imaginarse la enorme extensión del horizonte, una curva interminable de azul infinito repleta de enormes mareas y unida a la superficie del mundo por el más estrecho de los márgenes. ¿Qué clase de vida bulliría en las profundidades de sus océanos? ¿Qué desastre habría azotado a la civilización que casi había desaparecido, sumergida bajo miles de metros de agua oscura?

Ostian era nativo de Terra, donde los océanos habían desaparecido, evaporados mucho tiempo atrás por antiguas guerras o desastres medioambientales, por lo que le resultaba difícil imaginarse un planeta sin ninguna clase de tierra firme.

—¿Qué estás mirando? —le dijo una voz muy cercana.

Ostian se esforzó por ocultar el sobresalto que sintió y se dio la vuelta. Bequa Kynska estaba a su lado. Llevaba su azulado cabello peinado con una complicada trenza que le coronaba la cabeza. Ostian calculó que habrían hecho falta muchas horas para realizarla.

Kynska le sonrió con la sonrisa de un depredador. El supuso que la túnica encorsetada de color escarlata estaba pensada para darle un aire más informal que el de su traje de gala, pero la imagen general era que acababa de salir de una de las salas de baile de Mérica.

—Hola, señorita Kynska —le dijo con toda la naturalidad que pudo.

—Por favor, llámame Beq. Todos mis amigos lo hacen —le dijo Bequa al mismo tiempo que enlazaba un brazo con el suyo y lo hacía volverse de nuevo hacia el grueso cristal de la cubierta de observación.

La fragancia de su perfume era abrumadora, y el empalagoso aroma a manzana se le quedó pegado a la garganta. El escote del vestido era escandalosamente bajo, y Ostian empezó a sudar mientras sentía que la curva apenas contenida de sus pechos le atraía la mirada de forma irresistible.

Alzó la vista y se dio cuenta de que Bequa lo estaba mirando fijamente. Un tremendo calor se apoderó de sus mejillas, ya que supo sin duda alguna que ella se había percatado perfectamente de lo que él estaba mirando.

—Yo… esto… lo siento, es que estaba…

—Tranquilo, querido, no pasa nada —lo tranquilizó Bequa con una sonrisa traviesa—. No hay nada de malo en ello, ¿verdad? Ya somos mayorcitos.

Ostian concentró la mirada en el mundo que giraba lentamente bajo ellos e intentó concentrarse en los movimientos oceánicos y las tormentas atmosféricas mientras ella se acercaba y se inclinaba sobre él.

—Debo admitir que encuentro la idea de la guerra bastante emocionante. ¿Tú no? Hace que se acelere el pulso y se enciendan las entrañas con toda esa «masculinidad» del asunto. ¿No te parece, Ostian?

—Vaya… No había pensado en ello de ese modo.

—Tonterías. Por supuesto que lo has hecho —le replicó Bequa, en un tono burlón—. No eres un hombre si la idea de la guerra no hace que se remueva el animal que hay en tu interior. ¿Qué clase de persona no siente la sangre palpitarle en las venas ante ese tipo de cosas? No me avergüenza admitir que pensar en el rugido de los cañones y en el fragor del combate me excita y emociona. Tú ya me entiendes.

—No estoy seguro de entenderlo —le contestó Ostian con un susurro, aunque sabía muy bien a qué se refería.

Bequa le propinó un golpe juguetón en el brazo con la mano que tenía libre.

—No seas bobo. Ostian. No te lo voy a permitir. Te portas muy mal al provocarme de este modo.

—¿Provocarte? —replicó él—. No sé de qué…

—Sabes exactamente a qué me refiero —lo cortó Bequa al mismo tiempo que le soltaba el brazo y giraba sobre sí misma para ponerse delante de él—. Quiero poseerte, aquí y ahora.

—¿Qué?

—Vamos, no seas tan remilgado. ¿Es que no tienes capacidad de captar lo sensual? ¿Es que no has oído mi música?

—Sí, pero…

—Pero nada, Ostian —lo volvió a interrumpir Bequa, pinchándole en el pecho con una larga uña pintada para empujarlo hasta el cristal—. El cuerpo es la prisión del alma a menos que se desarrollen por completo los cinco sentidos y que estén abiertos. Abre tus sentidos y las ventanas de tu alma de par en par. Siempre me ha parecido que cuando el sexo incluye los cinco sentidos es una experiencia muy mística.

—¡No! —gritó Ostian, retorciéndose para librarse de ella.

Bequa dio un paso en su dirección, pero él retrocedió a su vez con las manos por delante en gesto de defensa. Le temblaba todo el cuerpo ante la

idea de convertirse en el juguete de Bequa Kynska. Hizo un gesto negativo con la cabeza cuando ella volvió a avanzar hacia él.

—Vamos, deja de comportarte como un chiquillo estúpido, Ostian. No voy a hacerte daño. Bueno, a menos que quieras que te lo haga.

—No, no se trata de eso —respondió Ostian, jadeante—. Es que…

—¿Es que qué? —quiso saber Bequa.

El se dio cuenta de que estaba realmente confundida. Quizá nadie se había resistido jamás a sus intentos de seducción. Ostian se esforzó por darle una respuesta que no la ofendiera, pero tenía la mente tan en blanco como el mármol de su estudio.

—Es que… es que tengo que irme —dijo por fin. Se le encogió el corazón ante una respuesta tan patética, y odió el ser huidizo y cobarde que era—. Tengo que volver con Serena. Tenemos… tenemos una cita.

—¿Con la pintora? ¿Es que sois pareja?

—¡No, no, no! —se apresuró a contestar Ostian—. Bueno… sí. Nos queremos mucho.

Bequa frunció los labios y se cruzó de brazos. Todo su lenguaje corporal le indicó que, para ella, a partir de ese momento, no era más que los restos que se encontraban al fondo de una cloaca. El quiso añadir algo más, pero Bequa lo cortó en seco.

—No, ya puedes irte. He terminado de hablar contigo.

Ostian no supo qué más decir, así que la obedeció con sumisión y casi salió huyendo a la carrera de la cubierta de observación.



CUATRO

LA VELOCIDAD DE LA GUERRA
UN CAMINO MÁS LARGO
LA HERMANDAD DEL FÉNIX

La purga de Laeran representó en muchos sentidos el epítome de la búsqueda de la perfección por parte de Fulgrim. Las batallas que se libraron en el planeta océano fueron salvajes e inmisericordes. Cada victoria se logró sólo después de unos combates que se contaron entre los más feroces librados por la legión, pero conseguida a una velocidad que rozaba lo milagroso. La exterminación de los laer y el sometimiento de todo su planeta se consiguió con los muertos de los Hijos del Emperador.

Cada atolón capturado se transformó con rapidez en una base de operaciones defendida por los Palatinos de Archite mientras los marines espaciales continuaban con la incesante campaña planeada por su primarca. Aunque los laer eran una especie de tecnología avanzada, jamás se habían enfrentado a un enemigo tan decidido a destruirlos por completo como era la legión de Fulgrim. Fueron tales la excelente planificación y la previsión concienzuda del primarca que nada de lo que los laer hicieron fue suficiente para impedir, ni siquiera retrasar, su condena inevitable.

A bordo de la *Orgullo del Emperador* se llevaron especímenes vivos y muertos de guerreros laer para su estudio, aunque bajo estrictos procedimientos de cuarentena. Los apotecarios de la legión se dedicaron a diseccionarlos para obtener tanta información como fuera posible sobre sus enemigos. Las especímenes variaban desde la casta guerrera que había defendido el atolón 19 hasta criaturas voladoras con alas rematadas con garras y capaces de inyectar veneno con sus mordiscos, pasando por monstruos acuáticos con pulmones modificados y colas parecidas a arpones.

Era fascinante ver tanta variedad en una misma especie, y cada vez se llevaron más y más organismos para su estudio.

El renombre conseguido por los capitanes y los guerreros de la legión crecía con cada victoria, y Fulgrim encargó cientos de nuevas obras de arte en su honor. Las naves de la flota no tardaron en asemejarse a inmensas galerías de arte, con las paredes cubiertas de pinturas maravillosas y de increíbles esculturas de mármol colocadas sobre pedestales de ónice reluciente. Se escribieron poemas como para llenar bibliotecas, y se compusieron grandes sinfonías. Incluso se llegó a rumorear que Bequa Kynska había comenzado a componer también una ópera para conmemorar la victoria inminente.

Al primer capitán Julius Kaesoron, que no pudo participar en los primeros asaltos al atolón 19, se le concedió el honor de dirigir las tropas de primera línea bajo el mando del comandante general Vespasian. Aunque Eidolon lo superaba en rango, había sido él quien había dirigido a las fuerzas que habían sometido a 28-2, por lo que el honor le correspondía a Vespasian.

La guerra por Laeran se libró en muchos campos de batalla diferentes. Los guerreros de los Hijos del Emperador tuvieron que luchar sobre atolones flotantes y a través de enormes estructuras antiguas en ruinas que surgían de la superficie del océano, con el trasfondo de olas espumeantes que se estrellaban contra paredes que antaño se habían alzado miles de metros sobre el suelo.

Las ciudades subacuáticas se descubrieron a los pocos días del inicio de la campaña, y los destacamentos de astartes empezaron a combatir en la

oscuridad abisal de las trincheras del lecho marino y a destruir estructuras que nunca habían visto la luz del sol. Llegaron a ellas en torpedos de asalto especialmente modificados para el entorno que se lanzaron desde cruceros que flotaban sobre el mar.

Solomon Demeter dirigió a la Segunda Compañía contra la primera de esas ciudades, y la conquistó en seis horas. Su plan de ataque recibió las alabanzas del propio primarca. Marius Vairosean libró numerosas acciones contra las estaciones orbitales de los laer que habían escapado a la detección de la flota. También participó en los abordajes contra naves alienígenas controladas telepáticamente por sus pilotos, que se hallaban conectados a esas naves de un modo parasitario repugnante.

Julius Kaesoron coordinó los ataques contra los atolones de los laer y descubrió una pauta en sus movimientos, que hasta ese momento se habían considerado aleatorios. Al principio se pensaba que los atolones eran entidades independientes que seguían su propio curso por el cielo del planeta, pero al analizar todos sus movimientos, Julius se había percatado de que cada uno de ellos trazaba una órbita propia alrededor de un atolón concreto.

No era ni el de mayor tamaño, ni el mis impresionante, de todos los atolones que se habían identificado, pero cuanto más se estudiaban las trayectorias, más obvia era su importancia. Los consejeros estratégicos concibieron la teoría que de que quizá se tratara de la sede de la clase gobernante de Laeran, pero cuando le mostraron el trazado al primarca, éste se dio cuenta de inmediato de cuál era su verdadero propósito.

No era un lugar desde donde gobernar, sino un lugar al que reverenciar.



Las frías luces fluorescentes resplandecían en el apotecarion de la *Orgullo del Emperador*. El fuerte brillo se reflejaba con intensidad en los armarios

médicos de puertas de cristal y en los cuencos metálicos relucientes que contenían instrumental quirúrgico u órganos ensangrentados. El apotecario Fabius dirigía a sus ayudantes mientras éstos empujaban la pesada camilla metálica donde se encontraba el cadáver de un guerrero laer que traían desde los helados gabinetes mortuorios, en los que la temperatura se mantenía bajo cero de forma artificial.

Fabius llevaba recogido el largo cabello blanco, muy parecido al del primarca, en una cola de caballo muy ceñida. Aquello acentuaba la angulosidad de su rostro y la frialdad de sus ojos oscuros. Sus movimientos eran bruscos, y la exactitud de los mismos reflejaba la intensidad y la precisión de sus métodos de trabajo. Tenía la armadura colgada de un soporte en su sala de armas, y en ese momento sólo llevaba puesta una túnica quirúrgica roja y un pesado mandil de cuero, ambos cubiertos de manchas de la oscura sangre alienígena.

Del cuerpo se desprendían volutas de aire frío. Asintió con gesto satisfecho cuando sus ayudantes detuvieron la camilla al lado de la losa de piedra donde realizaba las autopsias. En ésta ya se encontraba otro guerrero laer, casi recién llegado del campo de batalla. A este espécimen lo habían matado de un disparo en la cabeza, por lo que la mayor parte de su cuerpo no había sufrido daños. Al menos, durante el combate. La piel todavía estaba tibia al tacto y apestaba con el hedor aceitoso de sus secreciones. En los paneles hololíticos que colgaban del techo sostenidos por finos cables aparecían hilera tras hilera de datos que proyectaban imágenes fantasmales en las paredes desnudas y asépticas.

Fabius había estado trabajando en el cuerpo tibio a lo largo de unas cuantas horas y el fruto de sus esfuerzos había sido bastante singular. Había retirado las entrañas de la criatura y había colocado los órganos como trofeos sobre las bandejas plateadas que rodeaban la losa mortuoria. La sospecha que le había rondado por la cabeza desde el ataque al atolón 19 se había confirmado por fin, por lo que se decidió a enviar a lord Fulgrim toda la información relativa a sus descubrimientos.

El primarca se encontraba en la puerta del apotecarion. La Guardia del Fénix, armada con alabardas, se encontraba a una distancia respetuosa a la

espalda del señor de los Hijos del Emperador. Aunque la estancia era un lugar amplio, de paredes de baldosas blancas y techos altos, daba la sensación de estar abarrotada, tal era la fuerza de la presencia del primarca. Fulgrim había acudido directamente desde el campo de batalla. Llevaba puesta la armadura de combate de color púrpura, con la sangre todavía alterada por la emoción del feroz combate. La campaña había entrado ya en su tercera semana de lucha y en ningún momento habían cesado los combares. Cada batalla expulsaba a los laer de los diferentes atolones y los hacía retroceder hacia el que el primarca había identificado como un lugar de adoración religiosa.

—Será mejor que sea interesante, apotecario —le dijo Fulgrim—. Todavía tengo todo un mundo por conquistar.

Fabius asintió y se inclinó sobre el cuerpo ya frió. Una hoja de escalpelo surgió del guantelete nartecium que llevaba puesto y cortó todos los puntos de sutura que mantenían cerrada la gran incisión de la caja torácica. Apartó las gruesas capas de pellejo y de músculo y luego las fijó con grapas a los lados para mantenerlas abiertas y dejar al descubierto el interior. Fabius sonrió al ver las entrañas del guerrero laer y se quedó admirando de nuevo la disposición perfecta de los órganos en la cavidad, lo que convertía a aquellos seres en unas máquinas de matar tan temibles.

—Lo es, mi señor —le prometió Fabius—. Jamás me había imaginado algo así, ni por lo que sé lo ha hecho nadie más, salvo los genetistas más extremos de Terra.

—¿Algo como qué? —exigió saber Fulgrim—. Apotecario, no me agotes la paciencia con acertijos.

—Es que es algo fascinante, mi señor, fascinante —insistió Fabius, de pie entre los cadáveres de los dos laer—. He realizado análisis genéticos de ambos especímenes y he encontrado muchos datos que pueden ser de gran interés.

—Lo único que me interesa de estas criaturas es saber cómo matarlas —replicó Fulgrim.

Fabius se dio cuenta de que sería mejor ir al grano con rapidez. La presión de dirigir en persona una campaña semejante era extenuante,

incluso para un primarca.

—Por supuesto, mi señor, por supuesto, pero creo que os interesará saber cómo vivían estos especímenes. Según los resultados de mis investigaciones, parece que los laer no son tan diferentes a nosotros en su búsqueda de la perfección. —Fabius señaló con un gesto las cavidades torácicas abiertas de ambos guerreros—. Por ejemplo, estos dos especímenes. Genéticamente son idénticos, en el sentido de que proceden de la misma variante genética, pero se han modificado sus órganos internos.

—¿Modificado? —inquirió Fulgrim—. ¿Con qué propósito?

—Me imagino que para que se adaptaran mejor a la función que debían cumplir en la sociedad laer. Son especímenes bastante asombrosos, que han sido alterados genética y químicamente desde el nacimiento para llevar a cabo a la perfección una tarea predeterminada. Este, por ejemplo, es evidentemente un guerrero, con un sistema nervioso central diseñado para que funcione a un nivel de operatividad mucho más elevado que los enviados que capturamos al comienzo de la guerra. ¿Ve estas glándulas de aquí?

Fulgrim se inclinó sobre el cuerpo para acercarse y frunció la nariz en un gesto de asco ante el hedor que desprendía el alienígena.

—¿Para qué sirven?

—Han sido diseñadas para excretar una sustancia sobre el caparazón del laer. Dicha sustancia forma una «costra» endurecida sobre las zonas dañadas del cuerpo. A efectos prácticos, estos órganos tienen una función autorreparadora que puede anular a los pocos segundos los daños sufridos en combate. Hemos tenido suerte de que el capitán Demeter lograra matarlo de un modo tan instantáneo con un disparo en la cabeza.

—¿Todos los laer tienen estos órganos? —le preguntó Fulgrim.

Fabius hizo un gesto negativo con la cabeza para luego señalar con un gesto de la barbilla los datos que aparecían sin cesar en las placas hololíticas. De repente, también mostraron imágenes de algunos laer diseccionados y unas proyecciones parpadeantes de diferentes órganos alienígenas aparecieron sobre los cadáveres y dieron vueltas sobre sí mismas en el aire.

—No, no todos los tienen —le aclaró Fabius—. Y eso es lo que les hace ser tan fascinantes. Cada laer es alterado desde su nacimiento para conseguir que cumpla a la perfección el propósito para el cual se le ha creado, ya sea un guerrero, un explorador, un diplomático o incluso un artista. Algunos de los enviados que capturamos poseían unas cavidades oculares de mayor tamaño para absorber una cantidad de luz superior a la habitual, otros disponían de centros de habla potenciados en el cerebro, y la mayoría estaban diseñados para ser fuertes y resistentes, quizás para que funcionaran mejor como operarios.

Fulgrim estudió los datos que aparecían en las placas y absorbió la información a una velocidad mayor que la de cualquier mortal.

—Se encaminan hacia su propia perfección.

—Así es, mi señor. Para los laer, modificar la composición física de su cuerpo es el primer paso hacia la perfección.

—Entonces, ¿crees que los laer son perfectos? —le preguntó Fulgrim. Pero su tono de voz estaba cargado de advertencia—. Ten cuidado con lo que dices. Comparar a estas criaturas alienígenas con la obra del Emperador sería una equivocación.

—No, no —se apresuró a responder Fabius—. Lo que el Emperador ha hecho con nosotros es increíble, pero ¿y si no es más que el primer paso de un camino más largo? Somos los Hijos del Emperador, y al igual que los hijos, debemos aprender a caminar solos y dar nuestros propios pasos adelante. ¿Qué ocurriría si miráramos nuestros cuerpos y encontráramos nuevos modos de mejorarlos y acercarlos a la perfección?

—¡Mejorarlos! —exclamó Fabius al tiempo que se acercaba con gesto amenazante a Fabius—. ¡Debería matarte ahora mismo por decir algo semejante, apotecario!

—Mi señor —se apresuró a responder Fabius—. Nuestro propósito en la vida es buscar la perfección en todas las cosas, y eso significa que debemos dejar a un lado cualquier clase de aprensión o escrúpulo que nos impida conseguirla.

—Lo que el Emperador ha logrado en nosotros es perfecto —le contestó Fulgrim, recalcando cada palabra.

—¿Lo es en verdad? —inquirió Fabius, sorprendido por su atrevimiento al cuestionar el procedimiento casi milagroso con el que se habían conseguido sus propias mejoras físicas—. Nuestra amada legión casi quedó destruida al nacer, ¿no es cierto? Un accidente destruyó casi por completo la semilla genética que formaba parte de nuestra creación, pero ¿y si fue una imperfección y no un accidente lo que provocó aquella catástrofe terrible?

—Conozco muy bien nuestra propia historia —le replicó con tono cortante Fulgrim—. Para cuando mi padre me llevó de regreso a Terra, la legión apenas se componía de unos doscientos guerreros.

—¿Y recuerda lo que le dijo el Emperador acerca del accidente?

—Lo recuerdo perfectamente, apotecario. Mi padre me dijo que era mejor que ese accidente me hubiera ocurrido al principio de la vida, ya que de ese modo despertaría al ave fénix que hay en mi interior y ella me haría renacer de mis cenizas.

Fulgrim lo miró fijamente, y Fabius sintió el poder y la furia que había detrás de los ojos de su señor mientras recordaba la angustia que sintió en aquellos tiempos lejanos. Sabía que estaba jugando a algo peligroso. Era muy posible que hubiera firmado su sentencia de muerte al haber hablado con tanta franqueza, pero las posibilidades que se abrían ante ellos merecían correr con cualquier riesgo. Intentar descifrar los secretos del método de creación de los astartes que el Emperador había utilizado sería la mayor tarea de su vida. Si no merecía la pena arriesgarse por aquello, ¿qué lo merecía?

Fulgrim se volvió hacia los guerreros de la Guardia del Fénix.

—Dejadnos solos. Esperadme fuera, y no volváis hasta que yo os llame.

Fabius vio que, a pesar de que su señor se encontraba en su propia nave insignia, los guardaespaldas del primarca se sentían inquietos por tener que dejarlo sin protección, pero asintieron y salieron del apotecarion.

Fulgrim no se volvió hacia Fabius hasta que el último de ellos salió y la puerta se cerró tras su paso. La mirada del primarca era pensativa, y la mantuvo perdida entre el apotecario y los cadáveres de los laer, como si los

pensamientos que le llenaban la cabeza fueran tan ajenos a Fabius como los de los propios laer.

—¿Crees que podrías mejorar la semilla genética de los astartes? —le preguntó al cabo de unos momentos.

—No estoy seguro del todo —le respondió Fabius al mismo tiempo que intentaba disimular la satisfacción que sentía—, pero creo que como mínimo deberíamos intentarlo. Es posible que acabemos por no conseguir nada, pero si no es así…

—Nos acercaríamos a la perfección —remató Fulgrim.

—Y sólo le fallaríamos al Emperador si no aspiráramos a la perfección —añadió Fabius.

Fulgrim asintió.

—Tienes mi permiso, apotecario. Haz lo que debas hacer.



La Hermandad del Fénix se reunió en la Heliópolis a la luz de las antorchas. Los miembros llegaron de uno en uno o por parejas atravesando el enorme portal de bronce y luego se sentaron alrededor de una amplia mesa circular colocada en el centro del suelo oscuro. La luz reflejada en el techo cubría la mesa acompañada por el brillo anaranjado de las llamas del brasero que se había colocado en el centro de la misma. Las sillas de madera negra y respaldo alto estaban colocadas de forma equidistante alrededor de la mesa. La mitad de ellas estaban ocupadas por guerreros envueltos en capas pertenecientes a los Hijos del Emperador. Sus armaduras relucían, aunque todas estaban algo abolladas y era evidente que habían visto mejores tiempos.

Solomon Demeter vio como Julius Kaesoron y Marius Vairosean pasaban por la Puerta del Fénix. Les siguieron los capitanes que faltaban y que no se encontraban en esos momentos involucrados en alguna batalla de la campaña. Solomon captó el cansancio que sentían y les hizo un gesto

de asentimiento a medida que se sentaban a su alrededor. Se sintió agradecido de ver que sus amigos habían regresado sanos y salvos de otra agotadora ronda de batallas en el planeta que se encontraba bajo ellos.

La conquista de Laeran había sido dura para todos. Casi tres cuartas partes de la legión se encontraban en el campo de batalla permanentemente, y había pocos momentos u ocasiones de tener un descanso en una guerra tan absorbente. En cuanto una de las compañías regresaba a la flota, recibía nuevos suministros y era enviada de nuevo al combate.

El plan de lord Fulgrim era audaz y brillante, pero no dejaba mucho lugar para el descanso y la recuperación. Incluso el habitualmente infatigable Marius parecía exhausto.

—¿Cuántos? —preguntó Solomon, aunque ya temía de antemano la respuesta.

—Once muertos —contestó Marius—. Aunque me parece que morirá otro más antes de que acabe el día.

—Siete —añadió Julius con un suspiro—. ¿Qué hay de ti?

—Ocho —le informó Solomon—. ¡Por el fuego!, esto es brutal. Y los demás han sufrido algo parecido.

—Si no peor —comentó Julius—. Nuestras compañías son las mejores.

Solomon asintió. Sabía que Julius no estaba fanfarroneando, ya que él sería incapaz de hacer algo así. Se había limitado a expresar un hecho.

—También hay gente nueva —dijo al ver dos caras recién llegadas a la Hermandad del Fénix.

Llevaban la insignia de capitán en la hombrera, pero lo más probable era que la pintura todavía no se hubiera secado del todo.

—Las bajas no se limitan a la tropa de línea de la legión —replicó Marius—. Los buenos líderes deben ponerse en peligro de forma obligatoria para inspirar a los guerreros que dirigen.

—No hace falta que me cites el libro, Marius —contestó Solomon—. Yo estaba allí cuando se escribió esa parte. Prácticamente fui yo el que inventó lo de lanzarse por el centro.

—¿También inventaste el concepto de ser el cabrón con más suerte del universo? —lo interpeló Julius—. He perdido la cuenta del número de veces que deberían haberte matado.

Solomon sonrió al ver que la guerra en Laeran no había desanimado a todo el mundo.

—Bueno, Julius, los dioses de la guerra me adoran y no quieren que muera en esta patética imitación de planeta.

—No digas eso —le advirtió Marius.

—¿Que no diga qué?

—No hables de dioses y cosas semejantes —insistió el capitán de la Tercera—. No es apropiado.

—Vamos, Marius, no te enfades —le respondió Solomon con una sonrisa al mismo tiempo que ponía una mano sobre la hombrera de su amigo—. Sólo hay un dios de la guerra en esta mesa, y estoy sentado a su lado.

Marius le apartó la mano de la hombrera.

—No te burles de mí, Solomon. Esto es muy serio.

—Como si no lo viera —contestó Solomon con una expresión dolida en la mirada—. Amigo mío, tienes que animarte un poco. No podemos estar todo el tiempo con caras lúgubres.

—La guerra es un asunto lúgubre, Solomon —le replicó Marius—. Mueren buenos hombres, y nosotros somos los responsables de no traerlos de vuelta con vida. Cada muerte nos deshonra, ¿y tú te pones a bromear al respecto?

—No creo que la intención de Solomon fuera esa… —empezó a decir Julius, pero Marius lo interrumpió.

—No lo defiendas, Julius. El sabe muy bien lo que ha dicho, y yo estoy harto de que hable sin pensar mientras ahí fuera mueren guerreros valientes.

Solomon quedó sorprendido y dolido por las palabras de Marius, y sintió que la cólera se apoderaba de él ante el insulto de su amigo. Se inclinó hacia él para responderle.

—Nunca se me ocurriría bromear sobre la muerte de nuestros guerreros, pero sé que muchos más morirían si no fuera por mí. Todos nos enfrentamos a la guerra de un modo distinto, y si mi manera te ofende, lo siento, pero soy como soy y no pienso cambiar por nadie.

Solomon se quedó mirando fijamente a Marius, prácticamente desafiándolo a que continuara con aquella discusión inesperada, pero su camarada negó con la cabeza.

—Lo siento, amigo mío. Todos estos combates me han dejado un ánimo belicoso y busco excusas para desahogar mi ira.

—No pasa nada —se apresuró a responder Solomon, que sentía cómo su cólera desaparecía en un instante—. Sigues el libro tan al pie de la letra que no puedo evitar provocarte de vez en cuando, aunque sé que no debería. Lo siento.

Marius le ofreció la mano, que Solomon aceptó de inmediato.

—La guerra afecta a nuestro ánimo justo cuando debemos mantener nuestro nivel más óptimo.

Solomon asintió antes de contestar.

—Tienes razón, pero es que no sabría ser de otra manera. Dejo que Julius se ocupe del lado cultural de todo. Hablando de ello, ¿cómo va esa pequeña manada de rememoradores que has estado reuniendo? ¿Ha aparecido ya algún otro busto o pintura tuya? Marius, te juro que dentro de poco no podrás dar la vuelta a una esquina sin ver su cara pintada en un retrato o tallada en mármol.

—Que tú seas demasiado feo como para quedar inmortalizado en una obra de arte no significa que a mí me pase lo mismo —le contestó Julius, sonriendo, ya que estaba acostumbrado a las pullas amistosas de Solomon —. Y no es una manada. La música de la señorita Kynska es maravillosa y, sí, espero ser el tema central de un retrato de Serena d'Angelus. La perfección existe en muchos campos, amigo mío, no sólo en la guerra.

—Con un ego tan grande como ése… —respondió entre risas Solomon mientras abría los brazos de par en par.

En ese momento, la Puerta del Fénix se abrió de nuevo y entró Fulgrim, equipado con su armadura completa y cubierto con una gran capa de

plumas del color del fuego. El efecto era impresionante, y todas las conversaciones de la mesa cesaron al instante cuando los astartes se quedaron mirando absortos a su amado líder.

Los guerreros allí reunidos se pusieron en pie e inclinaron la cabeza en gesto de saludo mientras el primarca se sentaba en su lugar de la mesa. Como siempre, Eidolon y Vespasian flanqueaban al primarca, y sus armaduras también estaban medio cubiertas con unas capas de plumas. Cada uno de ellos llevaba un báculo rematado por un pequeño brasero de hierro negro en el interior del cual brillaba una pequeña llama roja.

Aunque se suponía que con la mesa redonda se buscaba eliminar las diferencias de rango y de posición, no había duda alguna de quién era el jefe de aquella reunión. Era posible que en otras legiones las reuniones de las logias de guerreros se realizaran de un modo informal, pero los Hijos del Emperador reverenciaban los rituales y las tradiciones, ya que mediante la repetición se llegaba a la perfección.

—Hermanos del Fénix —los saludó Fulgrim—. Por el fuego os doy la bienvenida.



Bequa Kynska estaba sentada en la amplia mesa de escritorio de su aposento a bordo de la *Orgullo del Emperador*. Contemplaba a través de la amplia escotilla de observación con rebordes de bronce el mundo azul que flotaba bajo la nave. Aunque la escena era muy hermosa, apenas era consciente de ella. Seguía furiosa por las cuartillas de música en blanco que tenía delante y que no había conseguido llenar, y por el rechazo de Ostian Delafour.

El muchacho no destacaba y era sencillo, sin grandes atributos físicos que lo hicieran equiparable a los distintos amantes que había tomado a lo largo de los años, pero era joven, y Bequa ansiaba por encima de todo que los jóvenes la adoraran. Poseían una inocencia exquisita, y corromperla con

la amargura de la edad y de la experiencia era uno de los pocos placeres que le quedaban. Había sido capaz desde su juventud de tener al hombre o a la mujer que deseara. Nadie estaba fuera de su alcance. Que alguien la rechazara en ese momento, cuando tenía la oportunidad de lograr lo increíble, era sumamente frustrante.

La furia que había sentido ante la negativa de Ostian de aceptar sus deseos la reconcomía, y juró para sus adentros que pagaría por aquella afrenta.

¡Nadie rechazaba a Bequa Kynska!

Se puso la punta de los dedos en las sienes y se las masajeó con suavidad en un intento de aliviar el dolor de cabeza que comenzaba a aumentarle detrás de los ojos. Sintió la frialdad de la textura artificial y suave de la piel, y dejó caer las manos sobre la mesa. Las modificaciones quirúrgicas habían impedido que se vieran los peores efectos del paso de los años, pero aunque todavía era considerada una mujer muy bella, tan sólo era cuestión de tiempo que llegara el momento en que los artificios humanos no lograran ocultar los desperfectos causados por la edad.

Tomó de nuevo la pluma de la mesa y la mano le quedó vacilante sobre el pentagrama, pero las líneas continuaron irritantemente en blanco. Había hecho correr el rumor de que se proponía componer una nueva sinfonía triunfal para lord Fulgrim, pero hasta ese momento no había conseguido escribir una sola toca musical en la cuartilla.

Que la hubieran elegido para pertenecer a la Orden de los Rememoradores había sido algo maravilloso, aunque se tratara de un honor esperado, ya que, ¿quién podría competir con Bequa Kynska en talento musical? Era el siguiente paso natural de un camino iniciado en el Conservatoire de Musique, y el potencial que ofrecía respecto a nuevos horizontes y conquistas parecía ilimitado. Lo cierto era que las torres de Terra se habían vuelto insulsas para Bequa, con los mismos rostros y los mismos tópicos una y otra vez. Todo aquello había perdido su sabor después de tanto tiempo. ¿Qué quedaba de nuevo en Terra para ella después de que hubiera probado cada placer carnal y narcótico que pudo comprar con dinero? ¿Qué nuevas sensaciones podría un mundo triste y

vacío como Terra ofrecerle a una libertina de un paladar tan epicúreo como ella?

Había pensado que, quizá, gobernar toda una galaxia que volviera a despertar bajo el destino manifiesto de la humanidad le proporcionaría nuevos placeres y goces desconocidos.

Durante un cierto tiempo, así había sido. Los nuevos mundos emergentes habían resultado ser un suministro continuo de maravillas. Al principio, verse rodeada de gente de tanto talento había sido emocionante. La música había surgido de forma torrencial de sus dedos y se había derramado sobre las partituras. Como había ocurrido antes de que ganara la túnica de Mercurio Argénteo por su *Sinfonía de la noche desterrada*.

En esos momentos, la música había desaparecido, ya que no quedaba nada que la pudiera inspirar.

El mundo a sus pies seguía girando lentamente sobre sí mismo, y Bequa deseó con fervor que su belleza la conmoviera lo suficiente como para lograr componer de nuevo.



Solomon se puso en pie al mismo tiempo que el resto de sus hermanos de batalla para responder al saludo de su primarca. A pesar de que encontrarse delante de lord Fulgrim era ya todo un honor, verse incluido en una compañía tan selecta era un placer añadido.

—Te damos la bienvenida, nuestro amo y señor —respondió a coro con los demás.

Solomon observó cómo Eidolon y Vespasian se colocaban uno a cada lado de Fulgrim y acoplaban los báculos a los enganches de sus sillas antes de sentarse. Se dio cuenta de inmediato de la tensión que existía entre ambos comandantes generales y se preguntó qué los habría enfrentado antes de llegar allí.

La Hermandad del Fénix era una logia guerrera más restrictiva que la de la mayoría de las otras legiones. Los Hijos del Emperador habían forjado un fuerte lazo de hermandad con los guerreros de Horus mientras lucharon junto a los Lobos Lunares. En los períodos entre campañas, a algunos de los demasiado habladores se les había escapado la existencia de las logias de guerreros.

En teoría, la Logia de los Lobos Lunares estaba abierta a todo aquel guerrero que deseara ser miembro de ella. Era una reunión informal donde se producían debates animados y donde los rangos no tenían importancia alguna, donde cualquiera podía hablar con entera libertad sin miedo a posibles castigos. En una ocasión, a Solomon y a Marius les habían permitido asistir a una de aquellas reuniones, y había sido una velada de camaradería agradable bajo el liderazgo titular de un guerrero llamado Serghar Targost. Solomon había disfrutado de todo aquello a pesar del ambiente teatral de capa y espada con la llegada de los componentes enmascarados. Sin embargo, se dio cuenta de que Marius se había sentido incómodo con toda aquella informalidad y falta de rangos. El carácter tradicionalmente jerárquico de los Hijos del Emperador sólo permitía la asistencia a los guerreros con cierto rango.

Fulgrim había convocado aquella reunión de la Hermandad, y Solomon sentía curiosidad sobre lo que el primarca tendría que decirles.

—Hermanos, la conquista de Laeran ya casi está completa —les dijo Fulgrim, y los guerreros de los Hijos del Emperador le vitorearon—. Sólo queda un bastión alienígena contra el que descargar nuestra furia, y yo dirigiré en persona el ataque, porque, ¿acaso no prometí que plantaría nuestro estandarte en el corazón del territorio enemigo?

—¡Así es! —gritó Marius.

Solomon y Julius intercambiaron una mirada, ya que ambos habían captado el tono de adulación en las palabras de su camarada. Otros golpearon la mesa con los puños al oír el grito del capitán de la Tercera. Fulgrim alzó una mano para acallar la aclamación.

—Los combates en Laeran han sido muy duros, y todos hemos perdido hermanos de armas —continuó diciendo Fulgrim, con un tono de voz

solemne y apesadumbrado, reflejo de la pena que todos sentían—. Sin embargo, hemos conseguido grandes honores, y cuando en el futuro miren atrás y lean lo que conseguimos aquí, creerán que los cronistas mienten, ya que sin duda, no existe legión alguna capaz de derrotar a toda una raza en un período de tiempo tan corto. Pero los Hijos del Emperador no *son* simplemente una legión. Somos los elegidos del Emperador, los únicos guerreros con la perfección necesaria para llevar su Águila en nuestros pechos.

Todos los guerreros reunidos alrededor de la mesa se dieron una palmada en la placa pectoral de la armadura para reconocer el honor que les había concedido el Emperador antes de que Fulgrim siguiera hablando.

—Vuestro calor y vuestros sacrificios no han pasado desapercibidos, y en la Columnata de los Héroes lucirán para siempre los nombres y las hazañas de los muertos. Honro su recuerdo en mi corazón del mismo modo que lo haré con quienes los sigan.

Fulgrim se puso en pie y rodeó la mesa para colocarse detrás de los dos guerreros recién llegados. Uno de ellos tenía un cierto aire de águila, el aspecto de un guerrero nato acompañado de una actitud algo parecida al pavoneo y que a Solomon le cayó bien de inmediato. El otro daba la impresión de sentirse incómodo por la repentina atención que se había concentrado en él. Solomon comprendía muy bien la inquietud del guerrero, ya que recordaba con claridad su propia presentación ante la Hermandad del Fénix.

—Aunque por desgracia algunos mueren, sus muertes permiten a otros acercarse a la perfección en la guerra al tomar su lugar. Dadles la bienvenida, hermanos, ¡recibámoslos entre los nuestros!

Los dos guerreros se pusieron en pie y Solomon se unió a los demás en el sentido aplauso que les dieron, mientras los recién llegados hacían una reverencia a la logia de guerreros. Fulgrim le puso las manos en los hombros al astartes de aspecto más comedido.

—Éste es el capitán Saúl Tarvitz, un guerrero que ha combatido con gran valor en los atolones de Laeran. Será un excelente miembro de nuestro escalafón. —Dicho aquello, Fulgrim se colocó detrás del más

jactancioso de los dos—. Y éste, hermanos, es Lucius un espadachín de enorme habilidad, que representa lo que significa ser un guerrero de los Hijos del Emperador.

Solomon reconoció los nombres. Los conocía a los dos, pero sólo por sus reputaciones. Le gustaba el aspecto de Lucius, ya que le recordaba en cierto modo su propio atrevimiento en el campo de batalla, pero Tarvitz tenía lo que Marius llamaría el aire de un oficial de línea.

Tarvitz captó a la perfección su escrutinio e inclinó la cabeza en un gesto respetuoso en dirección a Solomon. Este contestó al gesto y comprendió al instante que no había grandeza en aquel guerrero, y que no lograría llegar muy lejos.

Ambos astartes se sentaron mientras Fulgrim completaba la vuelta alrededor de la mesa. La capa de plumas barrió con suavidad el suelo pulido a su paso. Solomon miró a Marius, ya que le daba la impresión de que el primarca se mostraba reticente a hablar. Marius se encogió de hombros de un modo imperceptible.

—La guerra que se desarrolla ahí abajo casi se ha acabado, y cuando nos apoderemos del último atolón habrá llegado el momento de que comencemos a planear nuestra siguiente aventura en la oscuridad. He recibido un mensaje de Ferrus Manus. Me comunica que sus Manos de Hierro están a punto de embarcarse en una nueva cruzada y nos solicita contar con el honor de nuestra ayuda para enfrentarse a un enemigo de lo más terrible. Va a comenzar un avance en masa por el cúmulo Bi pliegue Menor para enfrentarse a los enemigos de la humanidad, y allí tendremos una excelente oportunidad de demostrar los principios de la perfección en los que descansa nuestro honor. Nos reuniremos con mi hermano en la estrella Carollis en cuanto completemos la destrucción de los laer, y ayudaremos a la 25.ª Expedición antes de proseguir nuestro camino hacia la Anomalía Perdus.

Solomon sintió que el corazón se le aceleraba en el pecho y comenzó a dar vítores junto al resto de sus camaradas ante la perspectiva de volver a combatir al lado de la X Legión. El sentimiento de hermandad entre Fulgrim y Ferrus Manus era legendario. Su amistad era más estrecha entre

ellos que la que pudieran tener con cualquiera de los otros primarcas, incluso que la propia de Fulgrim con el Señor de la Guerra, junto a quien había combatido durante decenios.

—Y ahora, diles el resto —dijo una voz furibunda desde el otro lado de la mesa.

El cuerpo de Solomon se tensó al oír que alguien se atrevía a utilizar un tono semejante para dirigirse al primarca. Todos se volvieron airados hacia quien había hablado, pero, al hacerlo, se dieron cuenta de que había sido lord Eidolon quien le había interpelado.

—Gracias, Eidolon —le contestó Fulgrim. Solomon vio con claridad que el primarca tuvo que esforzarse por no enfurecerse ante aquella falta de protocolo—. Ahora iba a hacerlo.

Un ambiente de inquietud se apoderó de los allí reunidos. La inusual falta de compostura de Eidolon los había sorprendido a todos. Solomon notó una sensación extraña en la boca del estómago. No sabía qué era, pero no le gustó en absoluto. Fulgrim volvió a sentarse en su silla.

—Por desgracia, no todos tomaremos parte de esta campaña, ya que existen exigencias de conquista que debemos cumplir. La galaxia no se está conquistando sin esfuerzos y determinación, y el Señor de la Guerra ha decretado que debemos emplear parte de nuestras fuerzas en asegurarnos de que los territorios ya conquistados no escapan del control imperial por desatención.

Se oyeron varios gritos de disgusto y de lamentos por toda la mesa. Solomon sintió una opresión en el pecho ante la posibilidad de no luchar junto a dos de los mayores guerreros de aquella época.

—Lord Eidolon se llevará un destacamento equivalente a una compañía a bordo de la *Corazón Orgulloso* y se dirigirá al cinturón del Satyr Lanxus, donde se asegurará de que los gobernadores imperiales mantienen el legítimo mandato del Emperador. Capitanes Lucius y Tarvitz, prepararéis a vuestros guerreros para el traslado inmediato a la *Corazón Orgulloso*. Será vuestra primera acción como miembros de la Hermandad del Fénix, así que no espero nada inferior a la perfección de ambos. Sé que no me defraudaréis.

Los dos guerreros recién ascendidos saludaron con presteza. Solomon vio que, a pesar de lamentar no poder combatir con el resto de la legión, la fe que Fulgrim había puesto en ellos les llenaba el corazón de alegría.

Solomon también se dio cuenta de que Eidolon no compartía ni una pizca de aquella alegría, y comprendió que el comandante general debía de sentir vergüenza por aquella exclusión. Lo cierto era que para honrar la orden del Señor de la Guerra era necesario que el contingente estuviera bajo el mando de un comandante de su rango. Puesto que Vespasian estaba todavía al mando de las fuerzas desplegadas en Laeran, no había otra opción. Se percató de que Eidolon debía de saber todo aquello, pero saberlo tampoco le habría supuesto un consuelo a Solomon si se hubiese encontrado en la situación del comandante general.

—Cantaremos canciones de victoria por vuestra valentía en cuanto regreséis, pero, de momento, bebamos y festejemos por la desaparición de los laer —exclamó Fulgrim. La Puerta del Fénix se abrió de par en par y entraron decenas de sirvientes y lacayos cargados con bandejas de carne asada y jarra tras jarra de vino—. ¡Brindemos por la cercana victoria!



CINCO

AHOGADOS
SEGUID A LA *PÁJARO DE FUEGO*
EL TEMPLO DEL EXCESO

La fuerza de Stormbird y Thunderhawk que surcó el aire para el ataque final contra el último atolón laer era una de las mayores flotas aéreas organizadas durante la Gran Cruzada. Novecientas aeronaves despegaron de una veintena de atolones capturados, cuando se apagaban las últimas luces del día. El primarca calculó el horario de los despegues y los vectores de aproximación para asegurarse de que cada oleada llegaba en el preciso momento que él había previsto.

Los interceptores aullantes y las cañoneras despegaron rodeados de nubes de humo y de polvillo de coral, seguidos por decenas de Stormbird y de Thunderhawk. Pocos minutos después, el cielo sobre cada atolón estaba repleto de siluetas oscuras y amenazantes que los sobrevolaban como bandadas de cuervos chirriantes que se prepararan para un ataque asesino. Al recibir una señal desde la órbita, las bandadas de naves cambiaron de rumbo y atravesaron el cielo libre de nubes en dirección a su presa impulsadas por chorros de fuego azul.

Fulgrim partió de la *Orgullo del Emperador* en la *Pájaro de Fuego*, la cañonera que había diseñado en persona y cuya construcción había supervisado en el puente de armorium de su nave insignia. Su envergadura era superior a la de una Stormbird y las alas se curvaban hacia atrás en un arco elegante. La proa en forma de gancho le proporcionaba un feroz aspecto guerrero que provocaba terror en el corazón de los enemigos del primarca.

La *Pájaro de Fuego* atravesó aullante la atmosfera de Iteran. El choque con el aire hizo que el fuselaje y las alas quedaran envueltos por unas ardientes llamas que iluminaron el cielo nocturno igual que un cometa reluciente.

Los salientes metálicos de la Stormbird de Solomon Demeter tenían los rebordes dorados y las paredes interiores estaban decoradas con mosaicos donde se veían imágenes de las conquistas conseguidas por la legión junto a los Lobos Lunares. Los guerreros de armadura gris luchaban al lado de los Hijos del Emperador, de armadura púrpura. Solomon tuvo un repentino ataque de nostalgia mientras miraba aquellas escenas, que saltaban y se estremecían ante él, y lamentó que ya no combatieran junto a los lobos del Señor de la Guerra.

—Y se va a poner peor —comentó a gritos Gaius Caphen al ver la expresión de inquietud del capitán.

—Vaya, gracias —le respondió también a gritos Solomon—. Estaba intentando no pensar en la pared de disparos antiaéreos que tendremos que atravesar para llegar a ese puñetero sitio.

Aunque el rugido de los motores quedaba apagado por los sentidos automatizados del casco, seguía siendo ensordecedor. El estampido de las explosiones les llegaba amortiguado y sin peligro por el grosor de las paredes blindadas de la Stormbird, pero Solomon sabía muy bien lo letales que eran.

—Esto no me gusta —añadió—. Odio tener que depender del destino que supone el riesgo de llegar a una zona de combate de un modo que está más allá de mi control.

—Es lo mismo que dices siempre —le apuntó Caphen—. Da igual que vayas en una Stormbird, en una cápsula de desembarco o en un Rhino. El único modo de llegar a esta zona de combate, aparte de éste, es ir caminando sobre el agua.

—¡Pero acuérdate de lo que le pasó a nuestra punta de lanza en el atolón 19! —exclamó Solomon—. ¡Nuestra nave logró llegar por los pelos a esa puñetera roca! Demasiados buenos hombres morirán por estos disparos antes de que dispongan de la oportunidad de ganarse su destino de guerrero.

—¿Destino de guerrero? —respondió Caphen, entre risas, mientras negaba con la cabeza—. Te juro que a veces pienso que debería comunicarle al capellán Charmosian toda esa cháchara tuya sobre el destino y los dioses de la guerra. No es que esto me guste más que a ti, pero estamos todo lo protegidos que se puede. ¿O no?

Solomon asintió, ya que sabía que Caphen tenía razón. Lord Fulgrim había comprendido que el resto de la flota debía compartir el honor de conquistar 28-3, por lo que había permitido que los interceptores de la misma lanzaran varios ataques para eliminar la mayor parte de las defensas aéreas de los laer.

Buena parte de la capacidad defensiva de los laer había quedado convertida en escombros, aunque todavía les quedaba una tremenda cantidad que podrían emplear. Solomon recorrió con la mirada el compartimento de la tripulación para ver qué efecto tendrían aquellas sacudidas violentas sobre sus guerreros, y quedó satisfecho al ver que daban la impresión de estar tan tranquilos como si se encontraran en una misión de entrenamiento.

Era posible que sus guerreros estuvieran tranquilos, pero él no se sentía así. A pesar de las palabras tranquilizadoras de Caphen, sabía que no estaría contento hasta que viera como los pilotos les indicaban que podían salir de la nave. Solomon había recibido entrenamiento en el pilotaje de las Stormbird, e incluso había pasado cierto tiempo a los mandos de las nuevas naves, las Thunderhawk, pero era el primero en admitir que sólo era un piloto mediocre.

Otros con mayor habilidad eran los encargados de llevarlos hasta la batalla, y, puesto que el plan del primarca requería una precisión absoluta y perfecta para que el ataque funcionara, había mantenido apartadas sus preocupaciones hasta que fue demasiado tarde como para hacer nada al respecto.

Golpeó con la palma de la mano el cierre de gravedad que le mantenía en el asiento para abrirlo y se puso en pie. Se agarró a la barra de bronce fijada al techo que recorría todo el compartimento de la tripulación.

—Voy a acercarme a la cabina de vuelo.

—¿Vas a encargarte del aterrizaje? —le preguntó Caphen—. Ahora sí que me siento seguro.

—No. Sólo quiero ver cómo va todo.

Caphen no le contestó. Solomon se dio la vuelta hacia la cabina en el mismo momento en que la nave saltaba en el aire y se sentía el tremendo martillazo de una explosión cercana. Cruzó todo el compartimento y abrió la puerta que daba a la cabina de vuelo.

—¿Cuánto falta para llegar a la zona de aterrizaje? —gritó para hacerse oír por encima del estruendo.

El copiloto lo miró por encima del hombro.

—¡Dos minutos! —respondió también a gritos.

Solomon asintió. Deseaba hablar, pero no quería distraer a los pilotos. El cielo nocturno que se extendía al otro lado del cristal blindado de la cabina estaba tan resplandeciente como si fuera de día, debido a los destellos de los proyectiles antiaéreos y las explosiones. Los interceptores se estaban enfrentando a las unidades aéreas de los laer que quedaban para lograr abrir un pasillo por el que pudieran pasar los guerreros de la legión. El capitán distinguió una isla de luz brillante que flotaba en mitad del cielo. El atolón templo relucía como una baliza en la oscuridad.

—Qué estupidez —musitó para sí mismo—. Yo hubiera ordenado un oscurecimiento de la ciudad.

El compartimento estaba bañado por una luz rojiza fantasmal, y a Solomon le recordó de repente la sangre. Se preguntó si aquello sería un presagio de la batalla que estaba a punto de iniciarse, pero descartó aquella

idea tan ominosa. Los presagios y los augurios eran para los individuos de mentes débiles que no conocían la verdad de la galaxia y para los bárbaros salvajes que necesitaban una razón para que el sol saliera o que las lluvias cayeran a tiempo.

Solomon estaba muy por encima de esas estúpidas supersticiones, pero sonrió al darse cuenta de que su hábito obsesivo de modificar su equipo de combate y de cuidarlo al máximo antes de cualquier batalla para que lo protegiera lo mejor posible podría ser considerado una superstición. Un momento después decidió que no, que honrar al equipo de combate que se utilizaba era algo sensato, no algo supersticioso.

Se puso en cuclillas al lado de la cabina de los pilotos. No tenía ganas de regresar a su asiento, y se sentía morbosamente fascinado por el entramado de explosiones y luces que llenaba el cielo. Tras unos momentos de contemplar aquel intrincado ballet de fuego que atravesaban, la cabina de mando quedó inundada de una luz casi cegadora. Era la Pájaro de Fuego. Su mayor velocidad haría que fuese una de los primeras naves de la oleada de asalto en llegar al objetivo.

Solomon sonrió al ver que de sus alas todavía surgían llamas y porque sabía que su primarca no había ordenado por capricho que el ataque se realizara por la noche. El brillo parpadeante del fuego rojizo iluminó el rostro de los tripulantes de su propia nave, y Solomon tuvo de nuevo la certidumbre de que iba a ocurrir algo terrible.

No sólo a él. A toda la legión.

El corazón se le aceleró cuando la Stormbird se escoró súbitamente. Oyó a los pilotos soltar una maldición, y un tremendo impacto sacudió uno de los costados de la nave. Solomon sintió una sensación de mareo cuando la Stormbird empezó a caer a plomo desde el cielo.

Comenzó a imaginarse el vacío inmenso del mar planetario que les esperaba allá abajo. Recordó las batallas que había librado en aquella oscuridad abisal. No tenía ningún deseo de pasar otra vez por aquel inundo helado y profundo.

—¡El motor de babor está ardiendo! —gritó el piloto—. ¡Aumenta la potencia del motor de estribor!

—¡Hemos perdido los estabilizadores! ¡Lo compenso!

—¡Corta el combustible del ala y nivela la nave!

Solomon se mantuvo agarrado al quicio de la compuerta mientras la Stormbird se inclinaba sobre un lado. Varias luces de emergencia se encendieron por todo el panel de mando y el capitán oyó el tintineo de alarma del altímetro. Aunque notó la tensión que cargaba las voces de los pilotos, también captó el entrenamiento y la disciplina que poseían mientras realizaban los procedimientos de emergencia con una eficiencia llena de decisión.

Al cabo de unos momentos, la nave comenzó a estabilizarse, aunque unas cuantas luces de emergencia siguieron encendidas y la alarma del altímetro continuó sonando.

Una sensación de alivio palpable llenó el compartimento de vuelo, y Solomon empezó a soltarse del quicio de la puerta.

—Bien hecho, muchachos —dijo el piloto—. Seguimos volando.

Apenas un instante después, todo el costado izquierdo de la Stormbird estalló en llamas. Solomon salió despedido contra el suelo y una abrasadora muralla de fuego iluminó el cielo. El cristal de la cabina de mando se desintegró y las llamas inundaron la cañonera.

Sintió el calor que azotaba su armadura y que a él no podía causarle daño alguno aunque las gotas de combustible en llamas le bajaran por las placas de los brazos y de las piernas. El rugido del viento llenó la cabina cuando la Stormbird comenzó a caer en barrena. El aire frío entró a chorro en la cañonera herida y le aulló en los oídos.

Milagrosamente, el copiloto seguía vivo, aunque tenía la carne horriblemente quemada y su piel continuaba cubierta de llamas. Solomon sabía que no se podía hacer nada por él. Los gritos de dolor del herido se entremezclaron con el aullido del viento mientras descendían en espiral hacia su destrucción.

Solomon vio cómo la pared negra del océano se abalanzaba contra ellos. Una oscuridad húmeda y fría lo engulló cuando la Stormbird se estrelló en el agua.

* * *

Los aullidos de las torres de coral llenaban el aire. Sonaban con mayor estridencia de la que recordaba Julius. Por un momento le pareció que todo el atolón estaba aullando por la furia que sentía. Los últimos laer estaban defendiendo su tierra, pero si sentían alguna clase de desesperación o miedo, no dieron muestra de ello. Aquellos guerreros alienígenas siguieron combatiendo con la misma ferocidad que cualquier otro que ya hubieran matado en esa misma campaña.

En cuanto la Stormbird se posó en el atolón, Julius y Lycaon se bajaron de un salto y encabezaron el ataque de sus guerreros. Las placas de blindaje monstruosamente grandes de sus armaduras de exterminador reflejaron el resplandor de las deflagraciones.

Los sonidos de los gritos y de las explosiones asaltaron los oídos de Julius, aunque la armadura lo protegía de sus efectos más peligrosos. Los Hijos del Emperador se desplegaron a su alrededor sin necesidad de que les diera ninguna orden, y supo que esa misma escena se estaba repitiendo en otro centenar de lugares repartidos por todo el atolón.

Los disparos alienígenas intentaron abatirlos, pero lo que era capaz de atravesar las placas de las Mark IV apenas conseguía arañar la superficie de la armadura de exterminador.

Julius pensó que si dispusieran de más armaduras como aquélla, la guerra se habría acabado mucho tiempo atrás, pero la distribución general de la armadura táctica de exterminador había comenzado muy poco tiempo atrás, y eran escasas las unidades que poseían el entrenamiento adecuado para utilizarlas.

—Adelante —ordenó Julius.

Sus guerreros se colocaron en posición detrás de él. Los exterminadores avanzaron en formación de falange. Los bólters y los sistemas de armas incorporados en las armaduras destrozaron a todos los laer que se

interpusieron en su camino, y originaron una lluvia de trozos de cuerpos y de coral pulverizado.

Las fuerzas de los Hijos del Emperador habían rodeado el templo como un puño que se cierra, y se prepararon para aplastar a sus últimos defensores.

Varias columnas de llamas se alzaron hacia el cielo cuando las cañoneras partieron las torres con las ráfagas de proyectiles explosivos mientras proporcionaban fuego de apoyo a las tropas de tierra. Ya se acercaban los transportes pesados con las unidades blindadas: Land Raider, Predator y Vindicator.

Unas fuertes pisadas resonaron en el campo de batalla. Julius vio que se trataba de Rylanor *el Anciano*, quien atravesó una pared de coral que estaban utilizando como barricada un grupo de laer equipados con armas de energía de elevada potencia. Un rayo de energía verde impacto de lleno contra el sarcófago del dreadnought, y a Julius se le escapó un grito ahogado cuando vio el tremendo daño provocado, pero la poderosa máquina de guerra hizo caso omiso del impacto. Rylanor atrapó al laer más cercano y lo partió en dos simplemente cerrando el inmenso puño de combate, al mismo tiempo que los chorros de fuego disparados por las armas que llevaba incorporadas obligaban a salir al resto de su cobertura.

Julius y sus guerreros acabaron con ellos acribillando los cuerpos envueltos en llamas de los alienígenas.

—Os doy las gracias por vuestra ayuda —les dijo el dreadnought—. Aunque no era necesaria.

Un súbito resplandor de color anaranjado inundó el campo de batalla con un resplandor infernal cuando la *Pájaro de Fuego* pasó aullante por encima de ellos. La nave de ataque de Fulgrim lo llevaba directamente al corazón de la batalla, al templo de los laer.

—¡Vamos, Lycaon! —gritó Julius llenó de júbilo—. ¡Sigamos a la *Pájaro de Fuego*!

Marius Vairosean, quien atacaba por la zona sur del atolón, se había encontrado con una situación mucho más difícil que el capitán de la Primera Compañía. Los laer habían derribado a muchas cañoneras de su

grupo, y sabía que se encontraba peligrosamente por debajo de los efectivos mínimos que el primarca había decretado necesarios para tomar sus objetivos. Los laer estaban resistiendo con una ferocidad que no había visto hasta ese momento. Sus cuerpos reptantes pasaban uno por encima de otro en su esfuerzo por trabar combare con los astartes.

Una neblina espesa y de olor desconocido envolvía las moradas de la zona sur del atolón, y Marius captó un leve tono rojizo en su composición. Se preguntó si se trataría de alguna clase de gas venenoso. Si era así, lo estaban desperdiciando contra los astartes, ya que sus armaduras estaban aisladas por completo frente a un arma tan primitiva.

El aullido de las torres sonaba con menos fuerza en aquella parte del atolón, algo por lo que Marius se sentía profundamente agradecido. No comprendía cómo era posible que los laer vivieran en aquellas condiciones, rodeados de un exceso continuo de color y de ruido. También agradecía esa falta de comprensión por su parte, ya que entender al enemigo alienígena era el comienzo de un camino siniestro que él no tenía intención ni siquiera de iniciar.

—¡Escuadras de apoyo, adelante! —ordenó—. Tenemos que abrirnos paso con rapidez. Nuestros hermanos dependen de nosotros, ¡y no permitiré que la Tercera les falle!

Unos cuantos astartes equipados con armas pesadas se colocaron en posición entre las ruinas de las torres de coral y lanzaron una andanada de disparos contra la neblina. El tableteo de los proyectiles de gran calibre se instaló como un rugido continuo en la cabeza de Marius.

Una vez establecido el fuego de supresión, sabía que había llegado el momento de lanzar un asalto mientras el enemigo se mantenía con la cabeza agachada. Aunque no aprobaba los métodos temerarios de Solomon, a veces no quedaba más remedio que cargar por el centro.

—¡Escuadra Kollanus! ¡Escuadra Euidicus! ¡Al frente y al centro!

Julius aplastó a un guerrero laer contra el suelo. El campo de energía que rodeaba su enorme guantelete atravesó la armadura plateada de su enemigo y prácticamente le partió el cuerpo serpentino en dos. Tanto él como sus exterminadores estaban abriendo una brecha en las defensas de

los laer, y tan sólo habían tenido que dejar a uno de los guerreros astartes en manos del apotecario. Aunque la lucha había sido dura, la protección que ofrecía la armadura de exterminador era prodigiosa. Julius disfrutó de la sensación de poder que otorgaba. Caminar indemne entre las llamas debía parecerse mucho a ser un dios, aunque de inmediato se reprendió por un pensamiento tan infantil.

La *Pájaro de Fuego* se había posado a un kilómetro por delante de ellos. Por lo que se deducía de los mensajes que se oían por el comunicador, la resistencia que estaban presentando los alienígenas alrededor del templo era feroz. Los guerreros de la Primera Compañía no se movían con gran rapidez, pero su avance era incesante. Además, gracias al apoyo del venerable dreadnought, Rylanor, pudieron abrirse camino sin apenas dificultades.

De hecho, daba la impresión de que la resistencia laer se estaba desmoronando con demasiada facilidad cuanto más cerca estaban del centro del atolón. El terreno se había vuelto más rocoso y empinado, por lo que era una zona perfecta para montar la defensa, de modo que, ¿por qué los laer no lo estaban utilizando?

—Lycaon, ¿a ti qué impresión te da todo esto? —le preguntó Julius mientras ascendía por un saliente de coral e intentaba encontrar un espacio abierto por el que avanzar.

Las laderas de coral se alzaban por delante de él y formaban una barrera impenetrable, pero los laer se habían retirado por allí, por lo que debía de haber un modo de pasar.

—A mí me da la impresión de que no se están esforzando demasiado en detenernos —respondió Lycaon—. No he disparado desde hace varios minutos.

—Exacto.

Aunque tampoco es que me vaya a quejar por eso.

—Hay algo que no encaja en todo esto —insistió Julius—. Me da mala espina.

—¿Cuáles son sus órdenes, señor?

El aullido de las torres se había hecho cada vez más fuerte a medida que se acercaban al centro del atolón. Julius se fijó en que los caminos que subían de un modo sinuoso a través del coral en dirección a su objetivo se estrechaban más y más.

Se dio cuenta de que estaban adaptados a seres de cuerpo serpentino. El ruido de los siseos, de los gritos y del combate estaba muy cerca ya, y se entremezclaban en una cacofonía tan espantosa que Julius se extrañó de que los laer no hubieran enloquecido con toda aquella barahúnda.

—La *Pájaro de Fuego* ha de estar en algún lugar cerca de aquí —dijo Julius—. Desplegaos y buscad un camino que atraviese el coral. ¡Nuestro primarca nos necesita!

El sonido de la batalla se parecía mucho al que se describía en aquellos viejos poemas de la antigua Terra, unas obras hiperbólicas llenas de descripciones muy floridas de los combates escritas por alguien que obviamente jamás había estado en el frente.

Julius se dio cuenta de que incluso en mitad del caos de una batalla estaba pensando en poesías y en obras literarias. Decidió que debía mantener un control más férreo sobre sus pensamientos. Quizá Solomon tenía razón y estaba pasando demasiado tiempo con los rememoradotes.

—¡Capitán! —lo llamó a gritos Lycaon—. ¡Por aquí!

Julius se volvió hacia su segundo y vio que había descubierto un agujero escondido que al parecer llevaba al otro lado de la porosa masa de coral. El pasadizo que se extendía más allá era amplio, aunque en realidad resultaba estrecho para un guerrero equipado con una armadura de exterminador. Julius deseó fervientemente que los llevara hasta su objetivo.

—Vamos allá, Primera Compañía —ordenó, y se puso a correr a la velocidad que le permitía la armadura.

Julius mantuvo alzado el bólter y encabezó la marcha de sus guerreros través del oscuro pasadizo de coral. El eco de la batalla les llegaba distorsionado de un modo muy extraño por el pasadizo. El interior de aquel túnel estaba cubierto de una humedad reluciente, y a Julius le dio la impresión de que se encontraban en las entrañas de una bestia gigantesca.

Aquella repentina idea le preocupó. ¿Es que acaso los atolones de los laer estaban vivos? ¿Habría pensado alguien en comprobarlo?

Se sacó aquel pensamiento de la cabeza puesto que ya era demasiado tarde para hacer nada al respecto, así que continuó avanzando guiado por el ruido de los combates y la luz de las llamas.

Al cabo de un rato vio una mancha oscura que era cruzada de vez en cuando por las líneas luminosas de los proyectiles trazadores, y supo que habían encontrado la salida. Y esperaba que fuera a parar al sitio al que se suponía que se dirigían. El túnel se estrechó y Julius se vio obligado a utilizar la masa de su armadura y la energía del puño de combate para abrirse paso por el interior del atolón.

El capitán salió al exterior y se encontró al extremo de un amplio valle de coral rosa. Al otro lado del mismo se alzaba un gigantesco templo con dos torres que llegaban incluso a atravesar las nubes. En los bordes del valle se alineaban cientos de torres desiguales y aullantes que se inclinaban hacia dentro, por lo que aquella amplia garganta parecía una herida dentada abierta en el coral.

Varias bandadas de laer alados volaban alrededor del extremo superior del templo. Julius distinguió en el centro del valle la heroica silueta del primarca, que se abría paso con grandes mandobles de su espada dorada. *Filo de fuego*. El casco con alas de águila de Fulgrim brillaba en la oscuridad, y Julius sintió un enorme orgullo al ver a su señor.

Las centelleantes armas de la Guardia del Fénix rodeaban a Fulgrim. Las largas alabardas mantenían a raya a los laer mientras el grupo se abría camino hacia el templo situado al otro extremo del valle. Vio la enorme silueta del hermano Thestis, que se encontraba al lado del primarca y blandía en alto el estandarte de la Legión de los Hijos del Emperador. El águila que remataba el mástil de la enseña resplandecía con una clara luz dorada bajo el brillo de la luna, y el paño púrpura del estandarte ondeaba como la seda bajo el viento.

Julius se dio cuenta de inmediato que su primarca estaba rodeado.

—¡Guerreros de la Primera, acudid al Fénix! —gritó.

El señor de los Hijos del Emperador golpeó a sus enemigos con tremendos tajos de espada, y con cada terrible mandoble mataba a uno de los laer. Nadie podía enfrentarse a él y sobrevivir, así que cuando surgía la traicionera idea de que aquel combate no marchaba según el plan, aparecía como un asesino en la noche.

Las miembros de la Guardia del Fénix luchaban como los héroes que eran. Las armas de cuchillas doradas mataban a todo aquel que se atrevía a ponerse al alcance de sus letales alabardas. El valiente Thestis sostenía bien en alto el estandarte de la legión y mataba con la larga hoja de su espada a todo aquel que se acercaba. Los laer morían a su alrededor, abatidos por las letales armas de filo o acribillados por los disparos precisos y disciplinados de los bólters. Una extraña neblina flotaba sobre el campo de batalla a la altura de los tobillos. Despedía un olor fragante y nada desagradable. Los aullidos de las torres ahogaban los gritos de los laer. Fulgrim no recordaba una zona de combate con mayor frenesí a su alrededor.

Jamás había experimentado una avalancha semejante de colores y sonidos, y no conseguía imaginarse para qué serviría todo aquello. El inmenso templo parecía encontrarse en el centro de toda aquella cacofonía. Las aberturas de su superficie, que se asemejaban a ventanas, eran la fuente de los aullidos más fuertes, y de ellas surgía aquella neblina rosácea que inundaba el aire. La estructura se encontraría en esos momentos a aproximadamente unos trescientos metros de él, pero sin más guerreros con los que contar, bien podría haber estado a trescientos años luz.

Se le ocurrió otra idea mientras partía a un laer de la cabeza a los pies de un solo tajo: quizá lo habían atraído de un modo deliberado a aquel valle infernal. El coral rosáceo de sus laderas y las torres retorcidas que se alineaban en las crestas de los bordes le recordaron una planta que había visto en los pantanos húmedos de 28-2, que se alimentaba de los grandes insectos de la jungla tras atraerlos hacia sus hojas en forma de fauces para luego atraparlos y digerirlos allí mismo.

Sólo los guerreros que lo habían acompañado hasta allí a bordo de la Pájaro de Fuego luchaban a su lado, y aunque lo hacían con valentía, iban cayendo uno a uno. Semejante ritmo de desgaste tan sólo podía tener un

desenlace. Miró hacia las laderas del valle en busca de alguna señal de las demás compañías y alzó un puño en el aire en gesto de triunfo cuando vio a Julius Kaesoron y a los guerreros de la Primera Compañía abrirse camino hacia él a través de la masa de reptantes y aullantes guerreros laer.

La armadura de exterminador le proporcionaba a cada guerrero la fuerza y la potencia de un tanque, y aunque a Fulgrim le habían repugnado a primera vista aquellas armaduras de aspecto poco elegante, en ese momento se alegró inmensamente de verlas.

—¡Ved como llega la poderosa Primera! —gritó Fulgrim—. ¡Seguid avanzando, hermanos, seguid avanzando!

El hermano Thestis se lanzó hacia adelante: empuñaba el estandarte de la legión con una mano mientras con la otra daba tajos salvajes a diestro y siniestro para abrirse paso entre los laer. Fulgrim se apresuró a colocarse a su lado para proteger el flanco a su fiel portaestandarte mientras la Guardia del Fénix se reorganizaba alrededor de ellos.

—¡Seguid al Fénix! —gritó Julius Kaesoron, a sus espaldas.

Fulgrim se echó a reír de pura alegría ante la elegancia del combate cuando los guerreros de la Primera se estrellaron contra las líneas de los laer. El apotecario Fabius había dicho que los laer se modificaban a sí mismos mediante ciertos procesos para avanzar hacia la perfección, pero no eran más que un pobre remedo de la perfección de los astartes de su legión.

Fulgrim atravesó el cráneo de un guerrero laer de un solo puñetazo mientras se esforzaba por imaginarse hasta qué límites podrían llegar si tanto él como sus guerreros se embarcaban en un proceso similar y lo orgulloso que se sentiría su padre cuando viera las maravillas y prodigios que había conseguido.

Un sibilante guerrero laer le clavó el arma en la hombrera de la armadura. El filo salió por el otro lado y le abrió un leve surco en el casco dorado. Fulgrim lanzó un grito, más de sorpresa que de dolor, y le atravesó las fauces al alienígena con una estocada de su arma.

Se obligó a sí mismo a concentrarse en el combate y no en la gloria que albergaba el futuro. Vio que más guerreros entraban en el valle a través de agujeros excavados en el coral. Frunció el entrecejo por la tardanza de sus

tropas, ya que su plan consistía en un ataque imparable lanzado contra el templo en perfecta sincronización. En algún momento se habían torcido los planes y sus guerreros se habían visto retrasados. Aquella idea repentina le preocupó sobremanera y su humor se ensombreció.

A medida que más y más guerreros de los Hijos del Emperador entraban en masa en el valle, Fulgrim y el estandarte de la legión se adentraron más profundamente en las frenéticas filas de los laer. El templo ya estaba irresistiblemente cerca. Un cegador rayo de energía verde apareció de repente y Fulgrim se puso a salvo saltando a un lado. Sintió el calor del disparo del arma alienígena, pero hizo caso omiso del dolor y se volvió para enfrentarse a su enemigo. La Guardia del Fénix ya había acabado con su atacante.

—¡El estandarte cae! —gritó una voz.

Fulgrim se volvió de nuevo y vio al hermano Thestis de rodillas con todo el cuerpo convertido en una estatua llameante mientras el letal fuego alienígena lo consumía. El estandarte de la legión se escapó de los dedos muertos de Thestis y se desplomó hacia el suelo, con el tejido de la bandera ardiendo allí donde el haz de luz lo había rozado.

Fulgrim se acercó a Thestis y agarró el mástil del estandarte antes de que llegara al suelo. Luego lo alzó bien en alto para que toda la legión viera que no había caído. Las llamas devoraron con rapidez la tela y destruyeron con su hambre inconsciente lo que un centenar de mujeres llorosas habían tejido para el hermoso primarca de la III Legión. La heráldica con la garra del águila que estaba bordada sobre el estandarte desapareció bajo el fuego, y Fulgrim notó que se enfurecía todavía más ante aquel nuevo insulto a su honor. Varios trozos ardientes de tejido cayeron a su alrededor, pero vio que el águila que remataba el estandarte se mantenía indemne ante el fuego, como si un poder la protegiera de todo daño.

—¡El águila todavía vuela! —gritó—. ¡El águila jamás caerá!

Los guerreros de Fulgrim rugieron contagiados por su rabia y redoblaron sus esfuerzos por destruir a sus enemigos. Al lado de Fulgrim resonaron los fuertes estampidos de disparos de bólter, y el primarca se dio la vuelta a tiempo de ver como Julius Kaesoron abatía a un par de laer

alados que se habían lanzado en picado a por el estandarte ya ennegrecido. La Guardia del Fénix formó un cordón protector alrededor del primarca mientras éste se acercaba, manteniendo en alto en todo el momento el estandarte, al capitán de exterminadores.

—¡Capitán Kaesoron! —le dijo a gritos—. Llegas tarde.

—Os pido disculpas, mi señor —respondió Kaesoron con voz contrita—. Resultó más difícil de lo previsto encontrar un paso a través del coral.

—Las dificultades no sirven como excusa —le advirtió Fulgrim—. La perfección debe superar a la dificultad.

—Así debe ser, mi señor —contestó Kaesoron, mostrándose de acuerdo —. No volverá a ocurrir.

Fulgrim asintió.

—¿Dónde está la Segunda del capitán Demeter?

—No lo sé, mi señor. No ha respondido a las llamadas por el comunicador.

Fulgrim le dio la espalda a Kaesoron y concentró la atención de nuevo en la batalla.

—Os necesitaré a ti y a tus guerreros para entrar en ese templo. Seguidme.

El primarca no esperó a que le contestaran y atravesó al trote el destacamento de la Guardia del Fénix, cuyos miembros se apresuraron a colocarse en formación a su alrededor cuando Fulgrim llevó al águila de nuevo al combate. Una andanada de cohetes y otros proyectiles se estrelló contra el templo, y varios trozos gigantescos de coral se desplomaron contra el suelo del valle y aplastaron a los laer que estaban agrupados en la base del templo.

Los Hijos del Emperador formaron una cuña de combate con Fulgrim en la punta, y esa lanza se clavó profundamente en los laer. Los alienígenas que estaban más cerca del templo lucharon con una violencia que rayaba la locura. La neblina rosácea les envolvía el cuerpo como una gasa translúcida, y sus gritos recordaban los de los espectros aullantes de los antiguos mitos. Atacaron sin pensar en defenderse en ningún momento, y Fulgrim casi hubiera podido jurar que simplemente se lanzaban a empalarse en su

espada. Con cada mandoble sus cuerpos soltaban chorros de sangre oscura y lo que el primarca más tarde afirmaría que eran aullidos de placer.

Las torres retorcidas del templo aullante se alzaban muy por encima de él, y la inmensa entrada de arco se abría como la boca de una cueva submarina. A su alrededor se veían los gigantescos trozos de coral arrancados de la fachada, y decenas y decenas de serpenteantes guerreros laer se apresuraron a rodearlos. Empuñaban en sus múltiples extremidades espadas curvadas, que relucían con un fuego azul en mitad de la neblina rosácea que salía del templo medio destrozado.

Los Hijos del Emperador se lanzaron contra ellos y el combate fue tan feroz como breve. Los laer lucharon con unos tajos inhumanamente veloces de sus letales armas. Ni siquiera la armadura de los exterminadores era capaz de resistir aquellas espadas, y más de uno de los guerreros de Kaesoron perdió una extremidad o la vida ante la energía antinatural que albergaban.

Más y más Hijos del Emperador entraron en el valle, por lo que ya fue imposible detener su avance, y siguieron aniquilando a los guerreros que se interponían entre ellos y la inmensa entrada cavernosa del templo.

—¡Ya los tenemos, hijos míos! —gritó Fulgrim.

El primarca se abrió paso hacia el templo de los laer; empuñaba la espada dorada en una mano y sostenía en alto el resplandeciente estandarte del Águila.

Julius Kaesoron había matado con la furia de uno de los guerreros de Angron, ya que la vergüenza que sintió ante el reproche del primarca había impulsado su valor a unas cotas de imprudencia extrema para demostrar su valía. Ya había perdido la cuenta de los laer que había matado. En esos momentos, la oscuridad del interior del templo lo envolvía mientras seguía al águila dorada que llevaba su primarca hasta el mismo corazón de la negra estructura coralina.

La oscuridad parecía estar viva, y se tragaba toda la luz y el sonido como si quisiera guardarlos con fervor. Julius todavía oía el estallido de las explosiones, el estampido de los disparos, el entrechocar de las espadas y el aullido enervante de las torres, pero esos sonidos disminuían a cada paso

que daba, como si en realidad estuvieran descendiendo por una sima infinitamente profunda.

Fulgrim, que marchaba por delante de ellos, seguía avanzando sin darse cuenta o sin importarle el efecto que la oscuridad del templo estaba teniendo sobre sus guerreras. Julius se dio cuenta de que incluso los miembros de la Guardia del Fénix, habitual mente imperturbables, se mostraban intranquilos en aquel lugar. No era de extrañar, ya que el propio primarca había declarado que aquel sitio era una sede de adoración.

La idea de adorar le repugnaba a Julius tanto como la idea del fracaso. Pensar que se encontraba en un templo donde unos viles alienígenas alababan a falsos dioses aumentaba su odio por ellos. Los guerreros que se habían abierto paso hasta el templo se desplegaron mientras seguían a sus oficiales, con las espadas en alto o los bólters preparados para disparar en caso de que apareciera una nueva amenaza en el lugar que los laer habían defendido con tanto tesón.

—Aquí dentro hay un gran poder —dijo Fulgrim. Su voz sonaba increíblemente lejana—. Puedo sentirlo.

La Guardia del Fénix cerró filas a su alrededor, pero el primarca les indicó con un gesto que se apartaran. Luego envainó a *Filo de fuego* y se quitó el casco con alas de águila para entregárselo al más cercano de sus escoltas. Aunque los miembros de la Guardia del Fénix se los dejaron puestos, otros muchos guerreros imitaron el gesto de su primarca.

Julius hizo lo mismo y abrió los cierres de sellado de la gorguera para quitarse el casco. Tenía la piel pegajosa por el sudor. Aspiró profundamente para limpiarse los pulmones del oxígeno reciclado pero estancado del interior de la armadura. El aire estaba caliente y cargado de olores. Una neblina espesa surgía de diversos agujeros abiertos en las paredes, y se quedó sorprendido al descubrir que estaba un poco mareado.

La oscuridad del templo comenzó a disiparse a medida que se adentraban en su interior. Julius empezó a oír una música que sonaba delante de ellos, un sonido frenético semejante al que harían un millón de orquestas enloquecidas que tocaran un millón de melodías distintas al mismo tiempo. Un resplandor multicolor atravesó la penumbra procedente

del punto donde Julius calculaba que se encontraba el origen de toda aquella música discordante. El guerrero notó incluso desde aquella distancia un frío ramalazo de aire fresco que indicaba la existencia de un espacio abierto de mucho mayor tamaño por delante de ellos. Aceleró el paso y con unas grandes y poderosas zancadas se colocó al lado del primarca.

Cuando Julius entró en la caverna, le dio la impresión de que le apartaban de la mente un velo pesado que hasta ese momento no sabía que existía. Se llevó las manos a los oídos cuando una oleada de sensaciones cacofónicas lo asaltaron con una andanada de luz y de sonido.

Una luz cegadora llenaba aquel inmenso espacio del interior del templo y saltaba de una pared a otra al mismo tiempo que el bombardeo de ruidos resonaba en un ensordecedor. Unos destellos de colores increíbles flotaban por el aire como si, de algún modo, la luz se hubiera visto atrapada en la neblina húmeda y aromática que serpenteaba por la estancia. Unas estatuas monstruosas, que Julius supuso se trataban de los dioses de los laer, se alineaban a lo largo de la circunferencia del templo. Eran unas criaturas enormes, con brazos múltiples y cabeza de toro, de donde nacían unos cuernos inmensos y retorcidos. La piel de piedra estaba perforada por numerosos anillos cubiertos de pinchos. El tórax de cada dios estaba cubierto por una placa pectoral de armadura que, sin embargo, dejaba al descubierto el lado derecho.

Unas pinturas increíbles cubrían cada centímetro de las paredes. Julius se puso tenso al ver a los centenares de laer que se arrastraban por el suelo de la cámara. El siseo horrible y seco de sus cuerpos al rozarse con la piedra era el sonido más repugnante que jamás hubiera oído. Se dispuso a lanzar un grito de aviso, pero se dio cuenta de inmediato que no hacía falta, ya que aquellos cuerpos serpentinos estaban entrelazados en lo que parecía una grotesca reunión sexual.

Era evidente que fuese cual fuese el poder que había impulsado a los laer a defender el templo con una ferocidad tan enloquecida no afectaba a los que se encontraban en su interior. Estaban tirados por el suelo en un reposo lánguido. Tenían los cuerpos, relucientes y multicolores, cubiertos de

anillos, del mismo modo que las estatuas. Sus movimientos lentos y torpes parecían ser el efecto de la ingestión de alguna clase de narcótico muy poderoso.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Julius en voz alta para hacerse oír por encima del estruendo—. ¿Se están muriendo?

—Si lo están haciendo, debe de tratarse de una muerte muy placentera —respondió Fulgrim, que miraba con ansiedad algo que se encontraba en el centro de la cámara.

Julius siguió aquella mirada y vio que los laer reptantes rodeaban un bloque circular de piedra negra veteada. En el bloque había incrustada una gran espada de hoja suavemente curva.

La empuñadura era larga y plateada, con la superficie muy parecida a las escamas de una serpiente. En el pomo había engastada una piedra púrpura parpadeante que despedía unos reflejos cegadores.

—Estaban protegiendo eso —afirmó Fulgrim.

La voz del primarca le volvió a sonar a Julius débil y lejana. Le escocían los ojos por el humo, y comenzó a sentir los efectos de un tremendo dolor de cabeza a medida que la luz y el sonido continuaban martilleándole los sentidos.

—No —susurró Julius. No entendía cómo era posible que lo supiese, pero estaba seguro de que los laer no eran adoradores en aquel templo, sino sus esclavos—. Esto no es un lugar de reverencia, sino de dominio.

Fulgrim caminó a través de la masa de laer sin soltar el estandarte rematado por el águila. La Guardia del Fénix se dispuso a seguirlo, pero él les ordenó con un gesto que se quedaran donde estaban. Julius intentó gritarle a su primarca que allí ocurría algo muy malo, pero le pareció que el humo perfumado se apresuraba a llenarle los pulmones y a dejarlo sin aire para gritar al mismo tiempo que un susurro estridente le siseaba en el oído.

«Julius, déjalo que me tome».

Las palabras se le escaparon de la mente en cuanto las oyó, y notó como una extraña sensación de abotargamiento le embargaba todo el cuerpo. Sintió un cosquilleo agradable en la punta de los dedos mientras observaba a Fulgrim pasar entre los laer tirados por el suelo.

A cada paso que daba el primarca, los laer que había ante él se apartaban y dejaban un espacio libre hacia el bloque de piedra. Cuando el primarca alargó la mano para empuñar el arma, Julius recordó las palabras que había pronunciado Fulgrim al entrar en el templo: «Aquí dentro hay un gran poder».

Sintió la energía en el aire, un suspiro en el viento que aullaba en el interior del templo, una palpitación en aquellas paredes vivas y… el grito de liberación cuando el filo de un arma cortaba por la mitad un ojo, la caricia de la seda sobre la piel desnuda, el grito arrancado de la boca de una carne violada y la bendición de la agonía que provocaba una mutilación propia.

Julius gritó cuando aquellas sensaciones de horror y éxtasis le inundaron la mente. Una risa delirante resonó por toda la cámara, aunque nadie más pareció oírla. Alzó la mirada entre aquellas sensaciones agónicas y vio que los dedos de Fulgrim asían con facilidad la empuñadura de la espada. Un suspiro, semejante al viento antiguo del desierto más vacío, llenó la estancia. Julius notó que un leve estremecimiento sacudía el templo, una sacudida de liberación y de algo cumplido, mientras veía a Fulgrim sacar la espada del bloque de piedra.

El primarca de los Hijos del Emperador contempló admirado la hoja de la espada. Un brillo espectral procedente de las luces que bailaban llenando la cámara le iluminó el rostro. Los laer siguieron serpenteando en el suelo. Sus cuerpos continuaron ondulando con movimientos obscenos cuando el primarca alzó en alto el mástil del estandarte quemado y lo metió en el hueco de la piedra de donde acababa de sacar la espada.

El águila recibió de lleno la luz y despidió centenares de reflejos fracturados de sus alas. A Julius le pareció un espectáculo terrible, ya que la luz provocaba la impresión de que el águila se estuviese retorciendo de dolor.

Fulgrim hizo girar la espada en la mano para probar su equilibrio. Luego sonrió mientras miraba a los centenares de laer que yacían tendidos en el suelo a su alrededor.

—Matadlos a todos —ordenó—. No dejéis a ninguno con vida.

SEGUNDA PARTE

EL FÉNIX Y LA GORGONA



SEIS

DIASPOREX
CORAZÓN ARDIENTE
JÓVENES DIOSES

Por mucho que odiara en lo que se habían convertido, el capitán Balhaan, de la Legión de los Manos de Hierro no podía dejar de admirar la habilidad de los capitanes de la Diasporex. Habían logrado evadir durante casi cinco meses a las naves de la X Legión en el sistema Carollis del cúmulo Bipliegue Menor con una eficacia muy superior a los capitanes más veteranos de los Manos de Hierro.

Eso iba a cambiar ahora que la *Ferrum* y su pequeña compañía de naves de escolta habían logrado aislar un par de naves de la gran masa de la flota enemiga y conducirlas hacia los anillos gaseosos de la estrella Carollis, donde todo aquello había empezado.

Ferrus Manus, el primarca de los Manos de Hierro, había dicho amargamente que era una tragedia motivada por sus propias acciones lo que conduciría a la destrucción de la Diasporex. Habían captado la atención de la 52.ª Expedición de forma casi accidental cuando las naves de reconocimiento avanzado habían atravesado los límites occidentales del cúmulo y habían detectado unas transmisiones inusuales.

Esa región del espacio estaba formada por tres sistemas. Dos de ellos contenían mundos habitables que habían sido acogidos bajo la protección imperial con una mínima resistencia. Las naves sonda remotas habían revelado la existencia de otro sistema, más hacia el interior del cúmulo, con el potencial de albergar vida, y al principio se había supuesto que esas transmisiones procedían de esta región del espacio. Antes de ordenar un avance en masa se habían vuelto a detectar esas transmisiones inusuales, pero esta vez en el espacio imperial alrededor de la estrella Carollis.

El primarca de los Manos de Hierro ordenó inmediatamente a los oficiales de la expedición exploradora que localizaran el origen de las transmisiones, con lo cual se dedujo que una flota desconocida de tamaño considerable se encontraba dentro del espacio imperial. Ninguna otra expedición estaba operando en las proximidades, y ninguno de los mundos recién sometidos poseía flotas de consideración, por lo que Ferrus Manus ordenó a continuación que se encontraran y eliminaran los intrusos antes de iniciar un nuevo avance.

Y así fue como empezó la cacería.

Balhaan permanecía de pie junto al atril de hierro que le servía de puesto de mando en la *Ferrum*, un crucero de batalla de tamaño medio que había servido fielmente en las fuerzas de la 52.ª Expedición durante al menos un siglo y medio. La nave había estado bajo el mando de Balhaan durante sesenta de esos años, y él se enorgullecía de tener la mejor nave y la mejor tripulación de la flota, pues cualquier cosa inferior a lo mejor era una debilidad que no pensaba tolerar.

Nombrado así en honor al primarca de la X Legión, Ferrus Manus, el puente de la *Ferrum* era austero y espartano, y todas sus superficies relucían de un modo prístino. Aunque habían elementos ornamentales, se habían mantenido al mínimo, y la nave estaba casi igual que cuando se botó en los astilleros marcianos. Era una nave rápida, del tipo perfecto para servir como cazador de esta flota desconocida.

La cacería había resultado ser muy problemática, pues era evidente que la flota enemiga no deseaba ser descubierta. Sin embargo, finalmente se descubrió el origen de la misteriosa flota cuando la barcaza de combate

Voluntad de Hierro localizó accidentalmente un grupo de naves y las interceptó antes de que pudieran escapar.

Para sorpresa y disfrute del considerable contingente del Adeptus Mechanicus de la expedición, las naves resultaron ser de origen humano, y al interrogar a los tripulantes supervivientes se había descubierto que las naves formaban parte de una gran aglomeración de naves, que los tripulantes capturados denominaron Diasporex, pertenecientes a una era muy antigua de Terra.

Balhaan era un aplicado estudioso de la historia de la antigua Tierra, y había leído mucho acerca de la era dorada de las exploraciones, miles de años antes de que los oscuros tiempos de la Vieja Noche descendieran sobre la galaxia, cuando la humanidad había emigrado desde la Tierra a bordo de gigantescas flotas de colonización. El propósito principal de la Gran Cruzada era recuperar lo que había sido conseguido por esos primeros pioneros y posteriormente perdido en la anarquía de la Era de los Conflictos. Esas antiguas flotas eran legendarias, pues habían llevado a los hijos de Terra hasta los extremos más remotos de la galaxia.

Encontrarse con sus descendientes fue considerado providencial por el propio Ferrus Manus.

Con la información obtenida de la tripulación capturada se estableció contacto con esos hermanos de la antigüedad, pero para disgusto de la 52.ª Expedición, a lo largo de los milenios la Diasporex había incorporado muchos elementos incongruentes en su formación. Las antiguas naves humanas viajaban junto a astronaves pertenecientes a una amplia variedad de razas alienígenas, y en vez de rechazar esa contaminación, como había ordenado el Emperador, los capitanes de la Diasporex las habían acogido entre sus filas, y formaban una armada cooperativa que surcaba conjuntamente la oscuridad del espacio.

Con el espíritu de perdonar a los hermanos, Ferrus Manus se había ofrecido generosamente a repatriar a los miles de humanos que formaban la Diasporex a mundos leales, siempre y cuando se sometieran al gobierno del Emperador de la Humanidad. La oferta del primarca fue rápidamente rechazada y se cortaron todas las comunicaciones.

Ante tal insulto a la voluntad del Emperador, Ferrus Manus no tuvo otra elección que conducir la 52.ª Expedición a una legítima guerra contra la Diasporex.

Balhaan y la *Ferrum* eran la vanguardia de la guerra del primarca, y ahora había tenido el honor de atacar a los humanos que habían osado darle la espalda al Emperador del emergente Imperio. Balhaan era, al igual que la nave que comandaba, severo e inmisericorde, como correspondía a un guerrero del clan Kaargul. Había dirigido una flota de naves en los gélidos mares de Medusa desde su decimoquinto invierno, y conocía los caprichos temperamentales del mar mejor que cualquier otro hombre. Nadie que hubiera servido con él habría osado jamás cuestionar sus órdenes, y nadie le había fallado jamás.

Su armadura MK-IV estaba pulida para mostrar su lustroso negro, y una capa de lana blanca bordada en plata le colgaba hasta las rodillas. Una rebanadora pielverde le había amputado el brazo izquierdo treinta años antes, y un flenser deuthritiano el derecho hacía apenas un año. Ahora ambos brazos eran elementos cibernéticos de hierro bruñido, pero Balhaan apreciaba sus miembros mecánicos, pues la carne, incluso la carne de un astartes, era débil y podía llegar a fallarle.

Para él recibir la Bendición del Hierro era motivo de alegría, no una maldición.

Un bullicio afanoso llenó el puente con un zumbido, y Balhaan permitió aquel ajetreo emocionado de la tripulación, pues la *Ferrum* iba a tener el honor del primer derribo. La pantalla principal estaba dominada por el vacío del espacio, sólo iluminado por el brillo amarillento de la estrella Carollis.

Una multitud de líneas parpadeantes recorrían la pantalla: trayectorias de vuelo, rutas de torpedos, alcances y vectores de intercepción, todos ellos designados para acabar con las dos naves que se encontraban a pocos miles de kilómetros a proa.

La ironía de aquella cacería no pasaba desapercibida a Balhaan, pues pese a su rango de capitán de una nave de guerra, no era un hombre sin

más intereses que los de su posición. Eran naves humanas, y atacarlas era destruir una pieza de historia que le fascinaba.

—Cambio de rumbo a cero dos tres —ordenó, mientras se agarraba con fuerza al atril con sus dedos de hierro.

No osaba mostrar ninguna emoción mientras se acercaban a los dos cruceros que habían conseguido aislar de la flota Diasporex, pero no pudo evitar una pequeña sonrisa de triunfo mientras veía a su oficial artillero acercársele con una placa de datos en las ansiosas manos.

—¿Tiene una solución de disparo para las baterías delanteras, Axarden? —preguntó Balhaan.

—La tengo, señor.

—Informe a las baterías artilleras —dijo Balhaan—, pero aproxímese a alcance óptimo antes de mostrar los cañones.

—A sus órdenes, señor —respondió Axarden—. ¿Y los contenedores que han eyectado?

Balhaan consultó la información de los píctógrafos de estribor, y observó los enormes contenedores de carga que los cruceros habían abandonado al espacio. En un intento de lograr mayor velocidad, los cruceros enemigos se habían desprendido de toda la carga que transportaban, pero no había sido suficiente para evitar que las naves imperiales los atraparan.

—Haga caso omiso —le ordenó Balhaan—. Concéntrese en los cruceros. Regresaremos a por ellos después y examinaremos lo que contienen.

—Muy bien, señor.

Balhaan observó con ojo experto cómo la distancia que los separaba de los dos cruceros disminuía. Estaban siguiendo una trayectoria curvilínea alrededor de la corona de la estrella, con la esperanza de perderse en los flujos electromagnéticos que oscilaban en su extremo, pero la *Ferrum* estaba demasiado cerca para poder ser engañado con ese subterfugio.

«Torpes…»

Balhaan frunció el ceño y se preguntó si su presa sólo simulaba ser torpe. Todo lo que había aprendido de la Diasporex sugería que sus

capitanes eran muy hábiles, y que creyeran que una estratagema tan obvia le haría perder el rastro era inherentemente sospechoso.

—Los puentes artilleros informan de que todos los cañones están preparados para abrir fuego —informó Axarden.

—Muy bien —asintió Balhaan, preocupado porque hubiera algo más que no podía ver.

Las dos naves seguían un curso divergente, que las hacía separarse una de la otra, y Balhaan sabía que debía ordenar a su nave un avance a toda máquina para pasar entre las dos y poder disparar una buena andanada a ambas naves, pero se abstuvo de hacerlo consciente de que algo iba mal.

Sus peores temores se hicieron repentinamente evidentes cuando su oficial de sensores lanzó un grito:

—¡Nuevos contactos! ¡Múltiples señales!

—¡En nombre de Medusa! ¿De dónde han salido? —gritó Balhaan, volviendo su pesado cuerpo para mirar la gran pantalla del oficial de sensores. En la pantalla estaban apareciendo luces rojas y, sin preguntarlo, Balhaan supo que estaban detrás de sus naves.

—No estoy seguro —dijo el oficial, pero mientras hablaba, Balhaan comprendió de dónde habían salido, y volvió a observar el atril de mando. Conectó con los pictógrafos externos y observó con horror que los grandes contendores de carga abandonados por los cruceros estaban abiertos y de ellos estaban surgiendo docenas de brillantes dardos; sin duda, cazas y bombarderos.

—¡Avante a toda máquina! —ordenó Balhaan, aunque sabía que era demasiado tarde—. Cambio de rumbo, nueve siete cero, y lancen interceptores. Activen torretas de defensa. Todas las naves de escolta en formación de protección perimetral.

—¿Y los cruceros? —preguntó Axarden.

—¡Al infierno con ellos! —gritó Balhaan, que veía cómo habían dejado de huir y estaban dando la vuelta para enfrentarse a la *Ferrum*—. No eran más que señuelos, y he caído en su trampa como un imbécil.

Oyó los gemidos del metal del puente al moverse bajo sus pies mientras la *Ferrum* trataba desesperadamente de virar para enfrentarse al nuevo

enemigo.

—¡Torpedos en el espacio! —avisó el oficial táctico—. ¡Impacto en treinta segundos!

—¡Lancen contramedidas! —gritó Balhaan, aunque sabía que era casi seguro que cualquier torpedo disparado a una distancia tan corta lograría impactar.

La *Ferrum* siguió virando y Balhaan notó también las sacudidas de las torretas de defensa al abrir fuego contra los torpedos. Algunos de los proyectiles enemigos serian destruidos, explotarían silenciosamente en el vacío, pero no todos.

—¡Impacto en veinte segundos!

—Parada total —ordenó Balhaan—. Giro en reversa, eso puede hacer fallar a unos cuantos.

Era una esperanza vana, pero en esos momentos prefería una esperanza vana a no tener ninguna.

Sus interceptores debían de estar despegando en esos momentos, y destruirían unos cuantos torpedos más antes de atacar a las naves enemigas. La nave se escoró salvajemente hacia un lado mientras el crucero de ataque hacía girar su gran masa a una velocidad muy superior a aquella para la que había sido diseñado. Los crujidos y gemidos de la nave resultaron dolorosos a los oídos de Balhaan.

—La *Corazón de Hierro* informa que ha entrado en contacto con los cruceros enemigos. Grandes daños.

Balhaan volvió su atención a la pantalla principal y observó cómo la pequeña *Corazón de Hierro* se veía sacudida por las explosiones. Unas cuantas agujas de luz brillaban entre la nave y sus atacantes. La distancia y el silencio disminuían aparentemente la ferocidad del combate.

—Tenemos nuestros propios problemas —dijo Balhaan—. La *Corazón de Hierro* está sola. —Entonces se agarró al atril al oír nuevamente al oficial táctico.

—Impacto en cuatro, tres, dos, uno…

La *Ferrum* se estremeció violentamente y el puente se vio sacudido bajo sus pies cuando los torpedos impactaron en el cuadrante posterior de

estribor. Las sirenas de alarma empezaron a sonar y la imagen de la pantalla principal parpadeó brevemente antes de desvanecerse por completo. De los conductos alcanzados surgieron llamas y un vapor sibilante penetró en el puente.

—¡Control de daños! —gritó Balhaan, al tiempo que agrietaba el atril de mando de la fuerza con que se sujetaba. Los servidores y el personal del puente trataron de controlar los fuegos, y Balhaan vio cómo los tripulantes con quemaduras eran apartados a rastras de sus destrozados puestos de control; sus caras y sus uniformes estaban ennegrecidos por el fuego. Se inclinó sobre el control artillero y gritó—: ¡Todos los cañones, abran fuego, modelo defensivo en abanico!

—¡Señor! —respondió a gritos Axarden—. Algunas de nuestras naves están en la zona de fuego.

—¡Cumpla las órdenes! —ordenó Balhaan—. O no habrá ninguna nave a la que puedan regresar y morirán igualmente. ¡Abran fuego!

Axarden asintió y trastabilló por el destrozado puente para cumplir las órdenes del capitán.

Los cazas enemigos pronto iban a descubrir que la *Ferrum* todavía tenía dientes.



Las salas del primarca a bordo de la barcaza de batalla *Puño de Hierro* estaban construidas con piedra y cristal, tan fría y austeramente como la helada tundra de Medusa, y al primer capitán Santar le dio la impresión de que casi podía notar el frío de su helado mundo natal en el diseño. Bloques de brillante obsidiana extraída de los volcanes sumergidos mantenían la sala en penumbra, y las vitrinas de cristal llenas de armas y trofeos de guerra se erguían como silenciosos guardianes de los momentos más privados del primarca.

Santar observó cómo Ferrus Manus permanecía casi desnudo ante él mientras los sirvientes lavaban su piel, dura como el hierro, y le aplicaban aceites antes de limpiarlo totalmente con cuchillos bien afilados. Cuando acababan cada brillante y aceitada extremidad, sus armeros le aplicaban las diferentes piezas de su armadura de combate, unas brillantes placas negras de ceramita pulida meticulosamente trabajada por el gran maestre Malevolus de Marte.

—Cuéntamelo otra vez, palafrenero mayor Santar —empezó a decir el primarca, con una voz áspera y llena de la ardiente furia de los volcanes de Medusa—. ¿Cómo es posible que un experto capitán como Balhaan sea capaz de perder tres naves y no lograr destruir ni una de las naves del enemigo?

—Parece ser que fue conducido a una emboscada —dijo Santar, poniendo recta la espalda mientras hablaba. Para él, servir como primer capitán de los Manos de Hierro y palafrenero mayor del primarca de los Manos de Hierro era el mayor honor de su vida, y aunque disfrutaba con cada instante que pasaba con su amado líder, en ciertas ocasiones, cuando el potencial de su rabia era como el volátil núcleo de su mundo, era impredecible y terrorífico.

—¿Una emboscada? —gruñó Ferrus Manus—. ¡Maldita sea, Santar, nos estamos volviendo descuidados! Meses de perseguir sombras nos han vuelto tontos e imprudentes. No pienso permitirlo.

Ferrus Manus era mucho más alto que sus sirvientes. Su rugosa carne era pálida como el corazón de un glaciar. Tenía el cuerpo cubierto de cicatrices que mostraban las numerosas heridas sufridas en batalla, pues el primarca de los Manos de Hierro jamás había retrocedido ante la posibilidad de liderar a sus guerreros con el ejemplo. Su pelo, que llevaba muy corto, era negro como el azabache, sus ojos brillaban como monedas de plata, y sus rasgos estaban curtidos por siglos de guerras. Otros primarcas podían considerarse creaciones bellas, hombres hermosos convertidos en dioses por su ascensión a las filas del Adeptus Astartes, pero Ferrus Manus no se contaba entre ellos.

Los ojos de Santar se vieron atraídos, como siempre le pasaba, hacia los brillantes y argénteos antebrazos de su primarca. La carne de sus brazos y manos resplandecía y se agitaba como si estuviera hecha de mercurio líquido que hubiera tomado la forma de sus extremidades y, de alguna manera, hubiera quedado eternamente conformada. Santar había visto cosas extraordinarias realizadas con esas manos, máquinas y armas que jamás se apagaban o fallaban, todas ellas construidas por las manos del primarca sin necesidad de forja o martillo.

—El capitán Balhaan está a bordo para disculparse personalmente por su fracaso, y ha puesto a su disposición el mando de la *Ferrum*.

—¿Disculparse? —le espetó el primarca—. Debería arrancarle la cabeza para que sirviera de ejemplo.

—Con todo respeto, mi señor —dijo Santar—. Balhaan es un capitán muy experto y tal vez algo menos severo podría ser más adecuado. Tal vez podríais simplemente arrancarle los brazos.

—¿Los brazos? ¿De qué me serviría? —preguntó Ferrus Manus, haciendo que el sirviente que sostenía su placa pectoral se estremeciera.

—De muy poco —corroboró Santar—. Aunque probablemente de más que si le arrancáis la cabeza.

Ferrus Manus sonrió; su rabia estaba desapareciendo tan rápidamente como había aparecido.

—Eres un raro regalo, mi querido Santar. El ardiente corazón de Medusa arde en mi pecho y a veces surge por mi boca antes de que pueda pensar.

—Soy vuestro más humilde servidor —dijo Santar.

Ferrus Manus despidió con un gesto a sus armeros y se dirigió hacia Santar. Aunque Santar era alto incluso para un astartes, y llevaba su armadura completa, el primarca seguía siendo más alto que él. Sus ojos argénteos sin pupilas brillaban. Santar controló un estremecimiento, pues esos ojos eran como fragmentos de sílex: duros, inmisericordes y afilados. El aroma de los polvos y aceites era fuerte, y Santar notó cómo su alma se mostraba bajo esa mirada y dejaba al descubierto todas sus debilidades e imperfecciones.

Santar era la propia Medusa, sus agrietados rasgos eran como la pared de un acantilado en una alta montaña, sus ojos grises eran como las grandes tormentas que desgarraban los cielos de su mundo natal. Durante su incorporación a la legión, muchas décadas atrás, su mano izquierda había sido reemplazada por una mano biónica. Desde entonces ambas piernas le habían sido sustituidas, así como lo que quedaba de su brazo izquierdo.

—Tú eres mucho más que esto para mí, Santar —dijo Ferrus Manus, mientras apoyaba sus manos en las hombreras de su palafrenero mayor—. Eres el hielo que apaga mi fuego cuando está a punto de derrotar al buen sentido que el Emperador me concedió. Muy bien, si no me dejas arrancarle la cabeza, ¿qué castigo sugieres?

Santar respiró con fuerza mientras Ferrus Manus se daba la vuelta y volvía junto a sus armeros. El terrible respeto que inspiraba el primarca le había dejado la boca reseca. Furioso, descartó su momentánea debilidad y se apresuró a contestar:

—El capitán Balhaan habrá aprendido de este desastre, pero estoy de acuerdo en que su debilidad debe ser castigada. Destituirlo como capitán de la *Ferrum* dañaría la moral de la tripulación, y si deben restaurar su honor, necesitarán el liderazgo de Balhaan.

—¿Y qué sugieres, pues? —preguntó Ferrus.

—Algo que les deje bien claro que se ha ganado vuestra ira, pero que también muestre que sois compasivo y que estáis dispuesto a darle a él y a su tripulación la oportunidad de recuperar vuestra confianza.

Ferrus Manus asintió mientras los armeros encajaban la placa pectoral de su armadura con la placa dorsal; sus brazos argénteos estaban extendidos a los lados mientras le humedecían las manos con tejidos de lino empapados de aceites aromáticos.

—Entonces asignaré a uno de los Padres de Hierro para que tome el mando de la *Ferrum* —dijo Ferrus Manus.

—Eso no le va a gustar —avisó Santar.

—No va a poder elegir —dijo el primarca.

* * *

El anvilarium de la Puño de Hierro parecía una forja gigantesca, enorme, con silbantes pistones que subían y bajaban en los límites de la sala de audiencias y un distante martilleo resonando a través de las placas metálicas del suelo. Era un lugar cavernoso y en el aire flotaba un fuerte olor a combustible y metal caliente; un espacio saturado de industria y máquinas.

Santar disfrutaba de la posibilidad de acudir al anvilarium, pues allí se planeaban grandes gestas y se forjaban indestructibles lazos de hermandad. Formar parte de esa fraternidad era un honor con el que pocos habían siquiera soñado, y mucho menos logrado.

Habían pasado dos meses desde el desastroso encuentro del capitán Balhaan con las naves de la Diasporex, y la 52.ª Expedición no estaba más cerca de lograr la destrucción de la flota enemiga. Las nuevas precauciones adoptadas tras la derrota de Balhaan habían permitido no perder más naves, pero también significaban que se habían producido pocas oportunidades de entablar una batalla decisiva.

Santar y el resto de sus guerreros del clan Avernii estaban formados, en posición de descanso, y flanqueaban la gran puerta que conducía a la Forja de Hierro, el reclusiam más privado del primarca. Los morlock estaban reunidos en el extremo opuesto del anvilarium. El reluciente acero de sus armaduras de exterminador reflejaba las llamas rojizas de las antorchas colocadas en sus repositorios de los muros. Los soldados y oficiales superiores del Ejército Imperial aguardaban junto a los encapuchados adeptos del Mechanicus. Santar saludó respetuosamente al cruzar su mirada con el brillante ojo de su representante principal, el adepto Xanthus.

Como capitán de la Primera Compañía, el deber de recibir al primarca le correspondía a él, así que avanzó por el centro del anvilarium con los portaestandartes de la legión avanzando junto a él. Uno portaba el

estandarte personal del primarca, en el que se mostraba cómo había matado al gran gusano Asirnoth; el otro portaba el Guantelete de Hierro de la legión. Los motivos de los estandartes estaban bordados en plata sobre terciopelo negro. Sus bordes estaban rotos y rasgados allí donde las balas y los filos los habían profanado. Aunque ambos habían vivido numerosas batallas, ninguno había caído ni flaqueado jamás en un millar de victorias.

Cuando las puertas se abrieron de par en par con un siseo de vapor liberado por el calor de los hornos, el primarca entró en el anvilarium; su armadura brillaba por los aceites y su pálida carne estaba enrojecida por el calor. A excepción de los exterminadores, todos los guerreros allí reunidos hincaron la rodilla en el suelo para honrar al gran primarca, quien llevaba su poderoso marrillo, *Rompeforjas*, apoyado sobre una gigantesca hombrera dentada.

La armadura del primarca era negra, con toda la superficie trabajada a mano, formada únicamente por curvas y ángulos perfectos, y sólo era superada en majestuosidad por el ser que la portaba. Una gran gorguera de hierro negro sobresalía por la parte posterior de su cuello, con orgullosos ribetes de plata entretejidos en cada placa.

La cara del primarca parecía esculpida en mármol. Tenía una expresión borrascosa y sus pesadas cejas se mostraban fruncidas por la rabia. Cuando Ferrus Manus marchaba al frente de sus guerreros, cualquier jovialidad era sacrificada ante su personalidad guerrera, un líder combatiente que exigía la perfección y desdeñaba la debilidad en todas las cosas.

Tras Ferrus Manus iba la alta figura de Cistor, el señor de los astrópatas de la flota, vestido con una túnica crema y negra con rebordes de oro y antimonio. Llevaba la cabeza afeitada, y unos cables le salían serpenteando desde la parte superior y de los parietales del cráneo para luego perderse en la oscuridad de la capucha metálica que le cubría la cabeza. Los ojos del astrópata brillaban con un tenue tono rosado y, en honor a su posición entre los Manos de Hierro, su brazo derecho había sido reemplazado por uno cibernético. Con el otro brazo sostenía un báculo culminado por un único ojo, y en el cinto llevaba la pistola dorada que le había regalado el propio primarca.

Santar se levantó ante el primarca y alzó las manos para recibir el martillo de su señor. Ferrus Manus asintió y dejó la gigantesca arma en las manos de Santar. Su enorme peso hacía que nadie que no fuera un astartes del Emperador pudiera sostenerlo. Su mango era del color del ébano, elaboradamente trabajado con filigranas de oro y plata que formaban un rayo, y la parte superior había sido forjada con la forma de una poderosa águila. El honor de sostener esta arma, forjada por las manos de un primarca, era insuperable.

Se apartó a un lado y colocó el martillo con la cabeza entre los pies; y los dos portaestandartes siguieron a su gran líder mientras éste empezaba a recorrer la sala. Ferrus Manus no era partidario de los rituales de conferencias y reuniones, por lo que sus consejos de guerra tenían lugar en una sala sin asientos ni formalidades, donde se propiciaban el debate y las preguntas.

—Hermanos —empezó Ferrus Manus—. Os traigo la palabra de mis hermanos primarcas.

Los Manos de Hierro aplaudieron, pues siempre se alegraban de oír noticias de sus hermanos astartes repartidos por toda la galaxia, ya que celebrar los triunfos de otras expediciones no sólo era adecuado y correcto, sino que también daba a los Manos de Hierro la motivación necesaria para esforzarse aún más para lograr mayores hazañas, pues su legión no podía ser superada por ninguna otra, salvo tal vez la del Señor de la Guerra.

—Parece ser que los Puños Imperiales de Rogal Dorn han sido llamados de vuelta a Terra, donde sus guerreros han de fortificar las puertas y murallas del Palacio Imperial.

Santar vio miradas inquisitivas por toda la sala que reflejaban su propia confusión. ¿La VII Legión iba a abandonar la cruzada para regresar al origen de la humanidad? La suya era una legión gloriosa, con un valor y una fuerza igual a la de los Manos de Hierro. Retirarla de la lucha no tenía sentido.

Ferrus Manus también vio la confusión en las caras de sus guerreros.

—No sé qué razones han motivado la decisión del Emperador, pues no conozco ningún deshonor cometido por los Puños Imperiales para merecer

esta reasignación. Deberán servir como su guardia pretoriana, y aunque este honor, todo sea dicho, es muy grande, no es adecuado para nosotros cuando todavía quedan tantas guerras que ganar y tantos enemigos que derrotar.

Se escucharon más vítores en medio del constante martilleo, y Ferrus Manus volvió a recorrer la sala, con sus argénteas manos y los brillantes ojos resplandeciendo en la perpetua luz del anvilarium.

—Los lobos de Russ siguen avanzando y su lista de victorias crece día a día, pero no podía esperarse menos de una legión originaria de un mundo que late con el mismo fuego que el nuestro.

—¿Alguna noticia de los Hijos del Emperador? —preguntó una voz, y Santar sonrió, sabiendo que al primarca le divertía hablar del hermano que le era más cercano. La máscara glacial cayó de la cara de Ferrus Manus y sonrió a sus guerreros.

—Realmente sí las hay, hermanos —dijo el primarca—. Mi hermano Fulgrim se dirige hacia aquí en estos mismos instantes con la mayor parte de su expedición.

Se produjeron más aplausos y mucho más fuertes que antes, que reverberon en las paredes metálicas de la sala pues, para los Manos de Hierro, los Hijos del Emperador eran la más querida de las legiones. La camaradería entre Fulgrim y Ferrus Manus era bien conocida, pues los dos semidioses habían forjado una conexión instantánea cuando se encontraron por primera vez.

Santar conocía la historia, pues su primarca se la había contado en numerosas ocasiones en la mesa de festejos. Conocía tan bien los detalles que era como si hubiera estado allí en persona.

Había sido bajo el monte Narodnya, la mayor forja de los Urales, donde ambos primarcas se habían encontrado por primera vez. Ferrus Manus estaba trabajando duro junto a los maestros herreros que habían servido al clan Terrawatt antes de las guerras de Unificación. El primarca de los Manos de Hierro estaba demostrando su gran habilidad y los milagrosos poderes de sus manos de metal líquido cuando Fulgrim y su Guardia del Fénix bajaron al amplio complejo industrial.

Ninguno de los dos primarcas había visto anteriormente al otro, pero ambos sintieron los lazos alquímicos y científicos implicados en su creación. Ambos eran como dioses para los aterrorizados artesanos, que se postraron ante tan magníficos guerreros, temiendo que se produjera una batalla de proporciones cataclísmicas. Ferrus Manus continuaba entonces contando a Santar cómo Fulgrim había dicho que había venido a forjar el arma más perfecta jamás creada, y que pensaba empuñarla en la cruzada.

Evidentemente, el primarca de los Manos de Hierro no podía dejar que tal bravuconería no recibiera una respuesta adecuada, y se rió en la cara de Fulgrim, declarando que sus débiles manos jamás podrían igualar a las suyas, metálicas. Fulgrim aceptó el desafío sin acritud y ambos primarcas se desnudaron de cintura para arriba. Trabajaron sin descanso alguno durante semanas. Las forjas reverberaron con el ensordecedor batir de los martillos, el silbido del metal enfriándose y los alegres insultos que los dos jóvenes héroes se intercambiaban.

Tras tres meses de incesante trabajo, ambos guerreros habían terminado sus armas. Fulgrim había forjado un magnífico martillo de guerra capaz de allanar montañas de un solo golpe, y Ferrus Manus una espada dorada que ardía eternamente con el fuego de la forja. Ninguna de las dos armas podía ser superada por otra creada por mano humana, y al ver la creación de su rival, ambos afirmaron que su adversario era el mejor.

Fulgrim declaró que la espada dorada era igual a la portada por el legendario héroe Nuada Manoplata, mientras que Ferrus Manus juró que únicamente los poderosos dioses del trueno de las leyendas nórdicas eran merecedores de blandir tan magnífico martillo.

Sin mediar más palabras, ambos primarcas intercambiaron sus armas y sellaron su eterna amistad con la obra que había salido de sus manos.

Santar miró hacia el arma, sintiendo el poder en su interior y sabiendo que en su forja se había utilizado algo más que habilidad. Amor y honor, lealtad y amistad, muerte y venganza… Todo ello estaba entretejido en su majestuosa forma, y el pensamiento de que el honorable hermano la había forjado la hacía una arma legendaria.

Miró hacia Ferrus Manus mientras éste proseguía su recorrido por el anvilarium. Su cara estaba, una vez más, sombría.

—Sí, hermanos míos, alegraos, pues será un honor luchar junto a los guerreros de Fulgrim, ¡pero sólo acuden en nuestra ayuda porque somos débiles!

Las aclamaciones cesaron inmediatamente y los guerreros allí reunidos se miraron ansiosamente los unos a los otros, pues nadie quería encontrarse con la mirada del furioso primarca, que siguió hablando.

—La Diasporex sigue eludiéndonos, y hay mundos en el cúmulo Bipliegue Menor que necesitan recibir la iluminación de la Verdad del Emperador. ¿Cómo puede ser que una flota miles de años más vieja que la nuestra y que está liderada por meros mortales nos evite? ¡Responded!

Nadie osó hacerlo, y Santar notó la vergüenza de su debilidad en cada fibra de su ser. Agarró con fuerza el asta del martillo y notó las exquisitas filigranas bajo el acero de su mano cibernética; de repente, la respuesta fue evidente para él.

—Porque no podemos hacer esto solos —dijo.

—¡Exacto! —corroboró Ferrus Manus—. No podemos hacerlo solos. Hemos tratado durante meses de cumplir esta misión por nosotros mismos, cuando debería haber sido evidente que no podíamos. En todas las cosas debemos erradicar la debilidad pero, queridos hermanos, no es una debilidad pedir ayuda. La debilidad es negar la evidencia de que esa ayuda es necesaria. Luchar sin esperanza cuando hay quienes nos prestarían su apoyo sin dudarlo es de locos, y yo he estado tan ciego como todos vosotros, pero ya no.

Ferrus Manus regresó a la entrada del anvilarium y puso el brazo sobre los hombros del astrópata Cistor. El gigantesco primarca empequeñecía al hombre, que parecía sufrir un gran dolor por la mera cercanía del primarca.

Ferrus Manus extendió la mano y Santar dio un paso sosteniendo a *Rompeforjas* ante él. El primarca empuñó el martillo y lo levantó como si, pese a su monstruoso peso, fuera tan ligero como una pluma.

—¡No seguiremos luchando solos por mucho tiempo! —gritó Ferrus Manus—. Cistor me ha dicho que su coro canta la llegada de mi hermano.

¡En menos de una semana la *Orgullo del Emperador* y la 28.ª Expedición estarán con nosotros y una vez más lucharemos junto a nuestros hermanos Hijos del Emperador!



SIETE

HABRÁ OTROS OCÉANOS
RECUPERACIÓN
EL FÉNIX Y LA GORGONA

Había empezado con tímidos intentos, con pequeñas esquirlas de mármol, pero al aumentar su confianza en la visión y al sentir crecer su amargura hacia Bequa Kynska, empezó a golpear el mármol sin ni siquiera pensarlo, como una bestia salvaje. Ostian suspiró bajo su máscara y se apartó un paso del bloque de mármol, apoyándose en el andamiaje metálico que lo rodeaba.

Al pensar en Bequa aferró con más fuerza el metal de su cincel y notó cómo apretaba la mandíbula por la profundidad de su desprecio. La escultura no estaba avanzando tan fácilmente como habría deseado, sus líneas eran más agresivas y duras de lo habitual, pero no podía hacer nada para evitarlo, la amargura era demasiado grande.

Recordó el día en que él y Serena habían paseado cogidos del brazo hasta el embarcadero, con pensamientos felices y despreocupados ante la idea de descubrir un nuevo mundo juntos. Los corredores de la *Orgullo del Emperador* estaban llenos de excitantes especulaciones tras la victoria de los

Hijos del Emperador en Laeran o, como era correcta y formalmente conocido, 28-3.

Serena había ido a buscarlo en el mismo instante en que había llegado la noticia, vestida con un fabuloso traje que Ostian estaba seguro que no era el adecuado para un viaje a un mundo cuya superficie estaba completamente cubierta de agua.

Habían reído y bromeado mientras pasaban por las fabulosas y elevadas galerías de la nave, y se habían unido a más rememoradores a medida que se acercaban al muelle de embarque.

El ambiente era alegre. Los artistas y escultores se mezclaban con escritores, poetas y compositores en un feliz grupo, y astartes protegidos con armaduras los escoltaban hacia sus transportes.

—Somos tan afortunados, Ostian —murmuró Serena, mientras se dirigían hacia las gigantescas compuertas doradas.

—¿Por qué? —preguntó él.

Iba demasiado sumido en el ambiente festivo de la multitud como para darse cuenta de la maligna mirada de Bequa Kynska a su espalda. Por fin iban a ver el océano, y su corazón latía con fuerza al pensar en el magnífico acontecimiento. Se tranquilizó al recordar los escritos del filósofo sumaturano Sahlonum, quién había dicho que el auténtico viaje de descubrimiento no consistía en encontrar nuevos parajes, sino en tener nuevos ojos con que verlos.

—Lord Fulgrim aprecia el valor de lo que estamos haciendo, querido —explicó Serena—. He oído que, en algunas expediciones, los rememoradores tienen suerte si llegan a ver a un guerrero astartes, y ya no digamos el lograr viajar a la superficie de un mundo sometido.

—Bueno, no es como si Laeran pudiera volver a ser hostil —dijo Ostian —. No ha quedado nadie en el planeta. Todos están muertos.

—¡Y en buena hora! He oído que el Señor de la Guerra no ha dejado todavía que ninguno de sus rememoradores baje a la superficie de 63-19.

—No me sorprende —dijo Ostian—. Dicen que aún hay resistencia, así que comprendo muy bien por qué el Señor de la Guerra no deja que baje nadie.

—Resistencia —se burló Serena—. Los astartes pronto la aplastarán. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿No los has visto? ¡Comparados con nosotros son dioses! ¡Invencibles e inmortales!

—No sé qué decirte —respondió Ostian—. He estado escuchando algunos rumores en La Fenice acerca de una gran cantidad de bajas.

—La Fenice —repitió Serena, chasqueando la lengua—. No deberías hacer caso de nada de lo que escuches en ese nido de víboras, Ostian.

«Eso al menos es cierto», reflexionó Ostian. La Fenice era la zona de la nave que los Hijos del Emperador habían asignado a los rememoradores, un gran teatro en los puentes superiores que servía como espacio de recreo, comedor, sala de exposiciones y lugar para relajarse. Ostian había pasado allí las tardes durante los combates, charlando, bebiendo y comparando ideas con otros artistas. El flujo de creaciones estaba en plena ebullición, y la perspectiva de encontrarse en un medio en que los diseños eran lanzados al aire y aplastados por enconados debates, cada vez adoptando nuevas formas extrañas que su creador ni siquiera había concebido, era algo emocionante y adictivo.

Si, La Fenice fomentaba las ideas, pero cuando el vino corría, también era una fuente de escándalos e intrigas. Ostian sabía que era imposible poner tanta gente con predisposición artística en un mismo lugar sin que se generaran óperas basadas en rumores obscenos, algunos indudablemente ciertos, pero muchos totalmente equivocados, calumniosos y absolutamente demenciales.

Pero las historias que habían surgido respecto a la ferocidad de los combates en Laeran tenían una aura de verdad. Trescientos astartes muertos era lo que decía la gente, pero otros elevaban esta cifra hasta setecientos, y posiblemente seis veces ese número en heridos.

Aquellas cifras eran totalmente imposibles de creer, pero Ostian no podía dejar de preguntarse por el tremendo poder desplegado para destruir toda una civilización en un mes. Sin duda era cierto que los astartes que había visto por la nave estaban más sombríos, pero ¿de verdad que las bajas podían ser tan cuantiosas?

Todos los pensamientos sobre los astartes muertos ya se habían desvanecido para cuando él y Serena llegaron al muelle de embarque tras atravesar las grandes compuertas que lo separaban del resto de la nave. Ostian quedó boquiabierto ante las dimensiones y el ruido del lugar; el techo se perdía en la oscuridad, y los servidores y las naves de su extremo más lejano parecían minúsculos a causa de la distancia. La fría oscuridad del espacio era visible a través de un parpadeante rectángulo de luces rojas que indicaban el límite del campo de integridad, y Ostian se estremeció, aterrorizado ante la idea de lo que sucedería si éste fallaba.

Las amenazantes Stormbird y Thunderhawk estaban situadas en los pontones de lanzamiento que recorrían toda la longitud del gigantesco muelle, con sus cascos púrpura y dorado brillantes y relucientes, pues eran cuidados como si fueran los mejores sementales de la cuadra.

Numerosos trenes de suministro serpenteaban por el muelle, transportando cajas de munición, estantes de misiles y cisternas de combustible. Y tripulantes con uniformes de brillantes colores dirigían el caos con un control y una tranquilidad que Ostian encontró sorprendente. Dondequiera que mirara vería actividad, el zumbido de una flota que acababa de estar en una guerra, la ensordecedora maquinaria de muerte convertida en algo mecánico y prosaico por la repetición.

—Cierra la boca, Ostian —le dijo Serena, sonriendo ante su asombro.

—Lo siento —musitó. Pero siguió encontrando nuevas maravillas a cada paso: gigantescas grúas que levantaban vehículos blindados con sus garras mecánicas como si no pesaran en absoluto, y falanges de guerreros astartes marchando, entrando y saliendo con una perfecta sincronización de las cañoneras.

Sus escoltas los mantenían en línea, y Ostian pronto reconoció el intrincado ballet de movimiento que tenía lugar en el muelle de embarque sin el cual ese lugar habría sido una pesadilla de colisiones y anarquía. Donde anteriormente había una irreverente atmósfera entre los rememoradores, toda frivolidad había sido abandonada al ser conducidos por el muelle de embarque hacia un bello y gigantesco guerrero astartes y un par de encapuchados iteradores que se encontraban sobre un podio

cubierto con una tela púrpura. Reconoció al marine espacial como el primer capitán Julius Kaesoron, el guerrero que había acudido al recital de Bequa Kynska, pero era la primera vez que veía a los iteradores.

—¿Por qué están aquí los iteradores? —susurró Ostian—. ¿Seguro que no queda población a la que controlar?

—No están aquí por los laer —dijo Serena—. Están aquí por nosotros.

—¿Por nosotros?

—Así es. Aunque lord Fulgrim nos tiene en gran consideración, supongo que quiere asegurarse de que vemos las cosas que tenemos que ver y que diremos lo que tenemos que decir cuando regresemos. Estoy seguro de que recuerdas al capitán Julius, y el hombre de la izquierda, el de la calva incipiente, es Ipolida Zigmanta, un tipo bastante decente. En mi opinión le gusta demasiado el sonido de su propia voz, pero supongo que es un riesgo profesional cuando se es iterador.

—¿Y la mujer? —preguntó Ostian, a quien le picó la curiosidad el asombroso rostro de la mujer del pelo oscuro, más oscuro que un ala de cuervo.

—Esa —dijo Serena— es Coraline Aseneca. Es una arpía: actriz, iteradora y una mujer muy bella. Tres razones para no confiar en ella.

—¿Qué quieres decir? Los iteradores están aquí para propagar la palabra de la Verdad Imperial.

—Sí que están para eso, querido, pero hay algunas que únicamente emplean las palabras con intención de ocultar sus pensamientos.

—Bueno, parece razonablemente agradable.

—Querido, tú, de entre todos nosotras, deberías saber mejor que nadie que la belleza no lo es todo. Alguien con el semblante de Hephaestus puede tener el alma más bella, mientras que alguien con el encanto de Cytherea puede albergar un corazón amargado.

—Cierto —afirmó Ostian, que miró por encima del hombro el pelo azul de Bequa Kynska y recordó sus intentos de seducirlo. Se volvió hacia Serena —. Si eso es así, Serena, ¿cómo puedo confiar en ti, que eres una mujer muy bella?

—Puedes confiar en mí porque soy una artista, y por tanto busco la verdad en todas las cosas, Ostian. Una actriz busca ocultar su cara real a la audiencia, y proyectar únicamente lo que ella quiere que vean.

Ostian soltó una risita ahogada y volvió a mirar la plataforma en la que el capitán Julius Kaesoron empezó a hablar. Su voz era profundamente musical, digna de un iterador.

—Honorables rememoradores, mi corazón se alegra de veros aquí hoy, pues vuestra presencia es un recordatorio de que mis hermanos guerreros y yo hemos conquistado Laeran. La lucha ha sido dura, no voy a negarlo, y ha puesto a prueba los limites de nuestra resistencia, pero eso sólo nos ayuda a seguir en nuestra búsqueda de la perfección. Tal y como el comandante general Eidolon nos enseña, siempre necesitamos un rival contra el que podamos poner a prueba nuestro poder. Habéis sido seleccionados, como eminentes documentalistas y cronistas de nuestra expedición, para bajar a la superficie de este nuevo mundo del Imperio y contar a los demás lo que habéis visto.

Ostian sintió cómo su pecho se henchía de un insólito orgullo ante la alabanza que el astartes les había dedicado, sorprendido por la elocuencia con que el guerrero había pronunciado su discurso.

—Laeran todavía es una zona de guerra y, mientras las unidades del comandante general Fayle Palatines aseguran el planeta, he de advertiros que veréis pruebas de esta guerra y del crudo y sangriento final de la matanza. No temáis, pues para hablar de la verdad de la guerra debéis verla en toda su gloria y brutalidad. Experimentaréis todas las sensaciones de la historia para que tengan trascendencia. Cualquiera que piense que su sensibilidad puede resultar herida ante estas visiones que nos los diga, y será excusado de su deber.

Nadie se movió, ni Ostian esperaba que nadie lo hiciera. Ver la superficie de un nuevo mundo era demasiado tentador para que alguien pudiera resistirse, y pudo ver en la cara de Kaesoron que éste pensaba lo mismo.

—Entonces empezaremos con la asignación de transportes —dijo Kaesoron, mientras los dos iteradores descendían de la plataforma para

dirigirse hacia los rememoradores con placas de datos, comprobaron los nombres con los de su lista y los dirigieron hacia los transportes asignados para llevarlos a la superficie del planeta.

Coraline Aseneca se movió hacia él, y su pulso se aceleró al apreciar en su plenitud su gran belleza, escultural, elegante y con un pelo tan oscuro como una mancha de petróleo. Sus labios estaban pintados de un exquisito color púrpura, y los ojos le centelleaban con una luz interior que era una indicación de que se trataba de unos implantes cibernéticos muy costosos.

—¿Cuáles son sus nombres? —preguntó ella.

Ostian se quedó sin palabras ante el fluido y sedoso sonido de su voz. Sus palabras flotaban hacia él como el humo, cálidas y haciéndole parpadear mientras trataba de recordar su nombre.

—Su nombre es Ostian Delafour —dijo Serena con arrogancia—, y el mío es Serena d'Angelus.

Coraline comprobó la lista y asintió.

—Ah, sí, señorita d'Angelus, usted viajará en la *Vuelo de Perfección*, la cañonera que hay justo allí.

Se dio la vuelta para seguir andando, pero Serena la cogió de la rúnica y le preguntó:

—¿Y mi amigo?

—Delafour… sí —dijo Coraline—. Mucho me temo que su invitación para la superficie ha sido revocada.

—¿Revocada? —preguntó Ostian—. ¿De qué está hablando? ¿Por qué?

Coraline negó con la cabeza.

—No lo sé. Todo lo que sé es que no tiene permiso para visitar 28-3.

Sus palabras fueron seductoramente pronunciadas, pero le atravesaron el corazón como cuchillos ardiendo.

—No lo entiendo. ¿Quién revocó mi invitación?

Coraline comprobó la lista con una mirada exasperada.

—Aquí dice que el capitán Kaesoron la revocó por consejo de la señorita Kynska. Eso es todo lo que puedo decirle. Y ahora, si me disculpan…

La bella iteradora siguió su camino, y Ostian quedó aturdido y sin palabras ante la magnitud de la malicia de Bequa Kynska. Miró hacia arriba

desde el muelle, a tiempo de verla subir a la rampa de embarque de una Stormbird mientras le enviaba un beso burlón desde la palma de la mano.

—¡Maldita zorra! —gritó, apretando los puños—. No me lo puedo creer.

Serena le apoyó la mano en el brazo.

—Esto es ridículo, querido, pero si no puedes ir, yo tampoco lo haré. Ver Laeran no significa nada si no estás a mi lado.

Ostian hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, tú debes ir. No pienso permitir que esa loca del cabello azul nos arruine el placer a los dos.

—Pero yo quería enseñarte el océano.

—Habrá otros océanos —dijo Ostian, mientras luchaba por mantener su amarga decepción bajo control—. Ahora vete, por favor.

Serena asintió lentamente y le tocó la mejilla. De forma impulsiva, Ostian le cogió la mano y se inclinó para besarla. Sus labios rozaron su maquillada mejilla. Ella sonrió antes de contestarle.

—Te lo contaré todo con todo tipo de nauseabundos detalles cuando vuelva, te lo prometo.

Ostian la vio abordar la cañonera antes de ser escoltado de vuelta a su estudio por un par de guerreros astartes de rostro torvo.

Allí empezó a atacar el mármol con rabia.



Las planchas de los muros y el techo del compartimiento médico estaban desnudas y brillantes. Los siervos y los esclavos del apotecario Fabius mantenían inmaculadamente sus superficies limpias. Mirándose en ellas día y noche, Solomon sentía que estaba volviéndose loco allí tendido mientras sus huesos se curaban, incapaz de ver nada que no fuera una blancura total. No lograba recordar cuánto tiempo había pasado desde que la Stormbird había caído al océano durante el ataque final al atolón laer, pero le parecía una eternidad. Sólo recordaba el dolor y la oscuridad tras haber

desactivado, para mantenerse vivo, la mayor parte de sus funciones vitales hasta que la nave de rescate había sacado su cuerpo roto de entre los restos.

Cuando recuperó la conciencia en el apotecarion de la *Orgullo del Emperador*, Laeran hacía mucho que había sido conquistado, pero el coste de la victoria había sido terriblemente alto. Los apotecarios y los sirvientes médicos corrían arriba y abajo del lugar para atender a los enfermos con diligencia, y luchaban para asegurarse de que el máximo número de ellos regresara al servicio activo en el menor tiempo posible.

El apotecario Fabius lo había atendido personalmente, y le estaba muy agradecido por sus atenciones, pues sabía que era uno de los mejores cirujanos de la legión. Las filas de camillas estaban ocupadas por unos cincuenta guerreros astartes heridos. Solomon jamás había pensado ver tantos de sus hermanos de batalla en ese estado.

Nadie le quiso decir cuántos de sus hermanos astartes había en las otras salas médicas.

La visión lo deprimía. Quería salir de aquel lugar lo antes posible, pero todavía no había recuperado las fuerzas y todo el cuerpo le dolía terriblemente.

—El apotecario Fabius me ha dicho que estarás de regreso a las jaulas de entrenamiento antes de lo que te piensas —le dijo Julius, al adivinar sus pensamientos—. Después de todo, no son más que unos cuantos huesos.

Julius Kaesoron había estado sentado junto a él en un taburete metálico desde que Solomon se había despertado por la mañana. Su armadura estaba reluciente y pulida después de que los artificieros de la legión hubieran reparado todos los daños causados durante los combates. Nuevos honores escritos en largas tiras de vellón color crema estaban unidos a sus hombreras con sellos de cera roja.

—¡Sólo unos cuantos huesos, dices! —le replicó Solomon—. En el impacto me rompí todas las costillas, ambas piernas y brazos y me fracturé la cabeza. Los apotecarios dicen que es un milagro que sea capaz de andar, y mi armadura estaba al límite de su capacidad de aire cuando las naves de rescate finalmente me encontraron.

—Jamás estuviste en auténtico peligro —dijo Julius mientras Solomon se incorporaba dolorosamente en la cama—. ¿Qué era lo que dijiste? ¿Qué los dioses de la batalla no podían dejarte morir de forma estúpida en un planeta como Laeran? Bien, no lo hicieron, ¿verdad?

—No —se quejó Solomon—, supongo que no. Pero tampoco me dejaron participar en la batalla final. Me perdí toda la diversión, mientras que tú obtuviste toda la gloria junto al Fénix.

Vio como una sombra cruzaba la cara de Julius.

—¿Qué pasa? —dijo.

Julius se estremeció.

—No estoy seguro, es sólo… es sólo que no estoy seguro que hubieras querido estar junto al primarca al final de todo. Fue… algo antinatural lo que ocurrió en ese templo.

—¿Antinatural? ¿Y eso qué significa?

Julius miró a su alrededor, como si comprobara que nadie podía estar escuchando, antes de contestar.

—Es difícil de explicar, Sol, pero sentí… sentí como si el templo estuviera vivo, o que algo en él estuviera vivo. Suena estúpido, ¿no?

—¿El templo estaba vivo? Tienes razón, suena estúpido. ¿Cómo puede un templo estar vivo? No es más que un edificio.

—No tengo ni idea —admitió Julius—. Pero eso es lo que sentí. No sé de qué otra forma describirlo. Fue horrible, pero al mismo tiempo magnífico: los colores, el ruido y los aromas. Aunque en ese momento los odiaba, desde entonces los he estado recordando con nostalgia. Todos mis sentidos resultaron estimulados y me sentí… revigorizado por la experiencia.

—Suena como si debiera probarlo —dijo Solomon—. Me iría bien revigorizarme.

—Incluso regresé con los rememoradores —se rió Julius, aunque Solomon fue capaz de notar la confusión en su interior—. Pensaron que era un gran honor que los acompañara, pero no era por ellos, estaba allí por mí. Tenía que verlo una vez más, y no sé por qué.

—¿Qué dice Marius de todo ello?

—El nunca lo ha visto —dijo Julius—. La Tercera nunca llegó al templo. Para cuando lograron abrirse paso, la batalla había terminado. Regresaron directamente a la *Orgullo del Emperador*.

Solomon cerró los ojos, sabiendo la angustia que Marius debía de haber sentido al llegar al campo de batalla y descubrir que ya se había alcanzado la victoria. Había oído que la Tercera no había logrado llegar al campo de batalla según lo meticulosamente planeado por el primarca, y sabía que su amigo debía de estar sufriendo terribles tormentos sólo de pensar que no había cumplido con su deber.

—¿Cómo está Marius? —preguntó al cabo de un momento—. ¿Has hablado con él?

—No mucho —respondió Julius—. Se ha mantenido confinado por voluntad propia en los puentes de entrenamiento, trabajando con su compañía día y noche para que no vuelvan a fallar. Tanto él como sus guerreros están avergonzados, pero Fulgrim los ha perdonado.

—¿Los ha perdonado? —preguntó Solomon, repentinamente furioso—. Por lo que he oído, la zona sur era la que estaba más defendida de todo el atolón, y muchas de sus fuerzas de asalto fueron derribadas por el camino, así que no tenían ninguna posibilidad de llegar hasta Fulgrim a tiempo.

Julius asintió.

—Tú lo sabes, y yo lo sé, pero trata de decírselo a Marius. Por lo que a él se refiere, la Tercera falló en el cumplimiento de su deber, y debe luchar con el doble de ahínco para recuperar su honor.

—Debería saber que era totalmente imposible que pudiera reunirse con el primarca a tiempo.

—Posiblemente, pero ya conoces a Marius —señaló Julius—. Piensa que debería haber encontrado la forma de vencer a un enemigo abrumadoramente superior.

—Habla con él, Julius —dijo Solomon—. Lo digo en serio, ni sabes cómo puede llegar a obsesionarse.

—Hablaré con él más tarde —respondió Julius, levantándose del taburete—. El y yo formamos parte de la delegación que va a encontrarse con Ferrus Manus cuando venga a bordo de la *Orgullo del Emperador*.

—¿Ferrus Manus? —exclamó Solomon, sentándose de golpe y doblándose de dolor al tirarle las heridas—. ¿Va a venir?

Julius le apoyó una mano en el hombro.

—Tenemos que reunimos con la 52.ª Expedición dentro de seis horas, y el primarca de los Manos de Hierro va a subir a bordo. Fulgrim y Vespasian quieren que algunos de los capitanes más veteranos formen parte de la delegación.

Solomon trató de incorporarse una vez más y sacó las piernas de la cama. Su visión se enturbió y tuvo que sostenerse con fuerza al armazón de la cama mientras las brillantes paredes de la sala se volvían enfermizamente cegadoras.

—Debo estar allí —dijo vacilantemente.

—No estás en condiciones de estar en ningún otro lugar que no sea aquí, amigo mío —dijo Julius—. Caphen representará a la Segunda. El tuvo suerte, logró salir de la colisión con unos pocos arañazos y contusiones.

—Caphen —dijo Solomon, que volvió a hundirse en la cama. El era un astartes, invencible e inmortal, y esa debilidad le era totalmente ajena—. Vigílale. Es un buen chico, pero a veces es demasiado bruto.

Julius rió antes de contestar.

—Duerme un poco, Solomon, ¿entendido? ¿O es que al estrellarte también se te rompió el cerebro?

—¿Dormir? —dijo Solomon mientras se desplomaba nuevamente en la cama—. Ya dormiré cuando esté muerto.



El muelle de embarque superior había sido designado como el lugar donde se recibiría a la delegación de los Manos de Hierro, y Julius estaba muy emocionado ante la perspectiva de ver a Ferrus Manus. Los Hijos del Emperador no habían vuelto a luchar junto a la X Legión desde los

sangrientos campos de Tygriss, y Julius todavía recordaba los gritos de triunfo y las piras victoriosas con gran orgullo.

Llevaba su capa marfileña con los bordes decorados con hojas y águilas escarlata, así como un laurel de oro ceñido a la frente. Sostenía el yelmo bajo el brazo, igual que sus hermanos que esperaban junto a él para recibir a Ferrus Manus. Marius se encontraba a su izquierda, con sus adustos rasgos ocultos tras una sombría expresión que destacaba entre las emocionadas caras de los expectantes Hijos del Emperador. Julius pensó que Solomon tendría razón, decidió, tenía que vigilar a su hermano e intentar sacarlo del pozo de autocompasión en el que se había hundido.

En contraste, Gaius Caphen apenas podía contener su excitación. Cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro, incapaz de creer la suerte que tenía por haber escapado indemne del choque que había dejado gravemente herido a su capitán y así ser seleccionado para unirse a esta augusta asamblea. Otros cuatro capitanes formaban el resto del comité de bienvenida: Xiandor, Tyrion, Anteus y Hellespon. Julius conocía a Xiandor razonablemente bien, pero a los demás únicamente los conocía por su reputación.

El comandante general Vespasian hablaba tranquilamente con el primarca, que estaba resplandeciente con su armadura de combate completa y la alada gorguera dorada sobresaliendo por encima de sus hombros hasta el nivel de su alto yelmo. La capucha de láminas le caía sobre las hombreras de la armadura como una cascada resplandeciente.

Ceñía la espada dorada *Filo de fuego*, y Julius se sintió enormemente feliz de ver esa espada al cinto de Fulgrim, y no la espada argéntea que había encontrado en el templo de los laer.

Detrás de ellos, la tremendamente curva proa de la *Pájaro de Fuego* observaba la escena. La nave de asalto del primarca mostraba una capa de pintura fresca después de la accidentada entrada en la atmósfera de Laeran.

Vespasian asintió a lo que fuera que Fulgrim le estaba diciendo, y se dio la vuelta para dirigirse hacia los capitanes de compañía. Su cara mostraba una expresión de serena diversión.

Vespasian era todo lo que Julius siempre había deseado ser como guerrero: controlado, grácil y totalmente letal. Su pelo dorado era corto y expresamente rizado, y sus rasgos eran la viva imagen de lo que los astartes debían ser: regios, angelicales y severos. Julius había luchado junto a Vespasian en innumerables campos de batalla, y los guerreros que dirigía aseguraban que su poderío era similar al del primarca. Aunque todos sabían que tal aseveración era broma, servía para motivar a sus guerreros para realizar hazañas de mayor valor y fuerza para tratar de emular a su comandante.

Vespasian también era extremadamente simpático, pues sus increíbles habilidades como guerrero y comandante estaban atemperadas por una rara humildad que hacía que gustara inmediatamente a los demás. Siguiendo la doctrina de los Hijos del Emperador, los guerreros que seguían a Vespasian imitarían su ejemplo en cualquier cosa, y lo utilizarían como modelo de cómo se puede alcanzar la perfección por medio de la pureza de la determinación.

Vespasian recorrió la línea de capitanes, asegurándose de que todo estaba en orden y de que sus capitanes honrarían a la legión. Se detuvo ante Gaius Caphen y sonrió.

—Seguro que aún no eres capaz de creerte la suerte que has tenido, Gaius —dijo Vespasian.

—No, señor —le contestó Caphen.

—No me dejarás en mal lugar, ¿verdad?

—¡No, señor! —repitió Caphen.

Vespasian le palmeó con el guantelete en la hombrera.

—Buen chico. Me he fijado en ti, Gaius. Espero que consigas grandes gestas en la próxima campaña.

Caphen sonrió, orgulloso, mientras el comandante general se movía para colocarse entre Julius y Marius. Saludó con un breve movimiento de cabeza al capitán de la Tercera y se inclinó para susurrarle algo a Julius mientras las luces rojas de la integridad del campo empezaban a centellear.

—¿Estás preparado para esto? —le preguntó el comandante general.

—Lo estoy —replicó Julius.

Vespasian asintió.

—Eres un buen hombre. Al menos uno de nosotros lo es.

—¿Está tratando de decirme que usted no lo es? —preguntó Julius con una sonrisa.

—No —sonrió Vespasian—, pero no todos los días nos encontramos en presencia de dos seres como éstos. Ya he pasado suficientes apuros en presencia de lord Fulgrim al intentar no mirarle como un boquiabierto mortal como para tener dos de ellos en la misma estancia…

Julius asintió. El puro magnetismo de los primarcas era algo a lo que costaba un gran esfuerzo acostumbrarse. La fuerza de sus personalidades y su carisma eran capaces de dejar a hombres acostumbrados a luchar contra los peores horrores de la galaxia temblando y paralizados de miedo. Julius recordaba perfectamente su primer encuentro con Fulgrim, un encuentro algo angustioso en el que no fue capaz ni de recordar su propio nombre cuando el primarca se lo preguntó.

La presencia de Fulgrim humillaba a un hombre con sus flaquezas y exponía todas sus imperfecciones, pero como Fulgrim le había dicho después de ese primer encuentro: «Ésa es la verdadera perfección del hombre, encontrar sus propias imperfecciones y eliminarlas».

—¿Alguna vez os habéis encontrado con el primarca de los Manos de Hierro? —quiso saber Julius.

—Sí que lo he hecho —dijo Vespasian—. En muchos aspectos me recuerda al Señor de la Guerra.

—¿Y eso?

—Nunca has estado ante el Señor de la Guerra, ¿verdad?

—No —dijo Julius—, aunque lo vi cuando la legión marchó hacia Ullanor.

—En ese caso, lo entenderás cuando estés en su presencia, muchacho —dijo Vespasian—. Ambos proceden de mundos que forjan el alma a fuego. Sus corazones están forjados a fuego y acero, y la sangre de Medusa corre por las venas de Gorgona, fundida, impredecible y violenta.

—¿Por qué llamas Gorgona a Ferrus Manus?

Vespasian se rió entre dientes mientras la inmensa forma de una Stormbird considerablemente modificada atravesaba el campo de integridad. Su casco negro como la medianoche resplandecía con las gotas de condensación. Los motores rugieron cuando la nave giró. Su increíble tamaño estaba incrementado por sistemas de misiles y compartimentos adicionales de almacenaje instalados en la parte posterior.

—Algunos dicen que es una referencia a una antigua leyenda de la Hegemonía Olímpica —dijo Vespasian—. La Gorgona era una bestia tan increíblemente fea que sólo con mirarla un hombre podía convertirse en piedra.

Julius quedó horrorizado por el poco respeto implícito en dicho término.

—¿Y la gente puede insultar de esa forma al primarca?

—No te preocupes, muchacho —dijo Vespasian—. Creo que a Ferrus Manus en realidad le divierte el nombre, pero, en cualquier caso, no es de aquí de donde procede tal denominación.

—¿De dónde procede pues?

—Es un antiguo mote que nuestro primarca le puso hace mucho tiempo —dijo Vespasian—. Al contrario que Fulgrim, Ferrus Manus no se preocupa por el arte, la música o cualquier otro pasatiempo cultural de los que nuestro primarca disfruta. Se dice que después del encuentro entre ambos en el monte Narodnya, regresaron al Palacio Imperial, a donde Sanguinius había regresado portando regalos para el Emperador: exquisitas estatuas hechas con las rocas brillantes de Baal, valiosas gemas y maravillosos artefactos de aragonito, ópalo y turmalina. El señor de la Legión de los Ángeles Sangrientos había traído suficientes regalos para llenar una docena de alas del palacio con las mayores maravillas imaginables.

Julius quería que Vespasian llegara a la conclusión de su historia, pues la Stormbird de los Manos de Hierro acababa de aterrizar con un pesado golpe de sus patines.

—Evidentemente, Fulgrim quedó maravillado al descubrir que otro de sus hermanos compartía su amor por la más increíble belleza, pero Ferrus

Manus no se impresionó y dijo que esas cosas eran una pérdida de tiempo cuando todavía quedaba una galaxia llena de planetas por conquistar. Me han dicho que Fulgrim se rió y afirmó que era una terrible gorgona, y dijo que si no apreciaba la auténtica belleza jamás apreciaría las estrellas que iba a conquistar para su padre.

Julius sonrió ante la historia de Vespasian, preguntándose cuánta parte de ella era cierta y cuánta apócrifa. Ciertamente encajaba con lo que había oído sobre el primarca de los Manos de Hierro. Todos los pensamientos acerca de gorgonas y otras historias quedaron olvidados cuando la rampa de asalto frontal de la Stormbird bajó y el primarca de los Manos de Hierro descendió por ella seguido de un guerrero de rasgos duros y un cuarteto de exterminadores con la armadura del color del hierro sin pintar.

Su primera impresión de Ferros Manus fue que era una gran masa. El primarca de los Manos de Hierro era un gigante brutalmente duro. Su altura y corpulencia contrastaba con la esbelta figura de Fulgrim. Su armadura brillaba como el ónice más oscuro, el guantelete que llevaba sobre una hombrera era de hierro bruñido, y una capa de brillante cota de malla oscilaba tras él al andar. Un monstruoso martillo colgaba a su espalda, y Julius comprendió que se trataba de la temible *Rompeforjas*, el arma que Fulgrim había forjado para su hermano.

Ferrus Manus no llevaba casco, y su curtida cara era como un bloque de granito, cruzado por las cicatrices de dos siglos de guerra entre las estrellas. Al ver a su hermano primarca, su cara seria se transformó con una cálida sonrisa de bienvenida. El súbito cambio era casi inconcebible al ser tan diametralmente opuesto.

Julius se arriesgó a mirar a Fulgrim, vio que la sonrisa se reflejaba también en la cara de su propio primarca y, antes de que pudiera darse cuenta, él también estaba sonriendo como un tonto.

Ver una hermandad tan sincera entre aquellos dos increíbles semidioses guerreros le alegró el corazón. El primarca de los Manos de Hierro extendió los brazos, y Julius notó como su mirada se veía atraída hacia las brillantes manos que centelleaban como si estuvieran cromadas bajo la severa iluminación del muelle de embarque.

Fulgrim se adelantó para recibir a su hermano, y ambos guerreros se abrazaron como amigos largo tiempo separados que, de repente, se reencuentran por sorpresa. Ambos rieron con gusto al encontrarse, y Ferrus Manus le palmeó la espalda a Fulgrim con gran fuerza.

—¡Cómo me alegra verte, hermano! —rugió Ferrus Manus—. ¡Por el Trono que te he echado de menos!

—¡Y tú eres una visión muy agradable para estos irritados ojos, Gorgona! —le respondió Fulgrim.

Ferrus Manus se separó un poco de Fulgrim, aunque todavía lo sujetaba por los hombros, y observó a los que habían venido a recibirlo. Soltó los hombros de su hermano primarca y juntos se dirigieron hacia los capitanes de los Hijos del Emperador. Julius aguantó la respiración ante la proximidad de Ferrus Manus. El primarca era mucho más alto que él, como un gigante de las antiguas leyendas.

—Vos lleváis los colores del primer capitán —dijo Ferrus Manus—. ¿Cuál es vuestro nombre?

Julius se acordó del primer terrible encuentro cara a cara con Fulgrim; temió que se repitiera la humillante experiencia, pero al ver la divertida expresión de éste, obligó a su voz a adoptar un tono metálico.

—Soy Julius Kaesoron, capitán de la Primera, mi señor.

—Encantado, capitán —dijo Ferrus Manus, cogiéndole la mano y estrechándosela de forma entusiasta mientras con la mano libre hacía señas al guerrero de los rasgos duros que lo había acompañado desde la Stormbird—. He oído grandes cosas de vos.

—Gracias —logró decir Julius antes de acordarse de añadir—, mi señor.

Ferrus Manus se echó a reír.

—Este es Gabriel Santar, capitán de mis veteranos y el hombre que ha tenido la desgracia de servirme como palafrenero mayor. Creo que deberíais conoceros mutuamente. ¿Si no conoces a una persona, cómo puedes confiarle la vida?

—Bueno, eso es cierto —dijo Julius, poco acostumbrado a tanta informalidad en sus superiores.

—El es mi mejor hombre, Julius, y espero que aprendas mucho de él.

Julius se encrespó ante el insulto implícito.

—Como espero que él lo haga de mí.

—Oh, de eso no tengo ninguna duda —dijo Ferrus Manus.

Julius se sintió de repente como un tonto al percibir un destello de malicia en sus extraños ojos plateados. Su mirada pasó del primarca a Santar, y vio un mudo respeto al mirarse mutuamente de la forma en que lo hacen los grandes guerreros al preguntarse quién es el mejor de los dos.

—¡Suerte que todavía sigues vivo, Vespasian! —dijo Ferrus Manus al separarse de Julius para darle un abrazo de oso al comandante general—. ¡Y la *Pájaro de Fuego*! ¡Hace mucho que no he visto volar al fénix!

—Pronto lo verás, hermano, y mucho —le prometió Fulgrim.



OCHO

LA PREGUNTA MÁS IMPORTANTE
SEÑOR DE LA GUERRA
PROGRESOS

Los dos primarcas no perdieron el tiempo y reunieron a los oficiales superiores de ambas legiones en la Helio polis para discutir la estrategia que debían seguir para lograr destruir la Diasporex. Los bancos de mármol sobre el oscuro suelo estaban llenos del púrpura y oro de los Hijos del Emperador y del blanco y negro de los Manos de Hierro. Hasta ese momento el consejo de guerra no iba bien, y Julius pudo ver cómo la cólera crecía en Ferrus Manus cuando Fulgrim descartaba su última idea como irrealizable.

—Entonces ¿qué propones, hermano? Porque yo ya no tengo más estrategias que ofrecer —dijo el primarca de los Manos de Hierro—. En cuanto nos acercamos, huyen.

Fulgrim se volvió para mirar a Ferrus Manus.

—No confundas lo que te digo con una crítica, hermano. Simplemente estoy constatando lo que considero el motivo fundamental por el que todavía no has logrado trabar batalla con la Diasporex.

—¿Y cuál es?

—Que eres demasiado directo.

—¿Demasiado directo? —preguntó Ferrus Manus, pero Fulgrim levantó una mano y pidió silencio para acallar cualquier otra interrupción.

—Te conozco hermano, y conozco la forma en que lucha tu legión, pero a veces cazar la cola del cometa no es la mejor forma de atraparlo.

—¿Quieres que acechemos por todo el sector como ladrones mientras esperamos a que vengan a por nosotros? Los Manos de Hierro no hacen así la guerra.

Fulgrim hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No pienses ni por un momento que no estoy al tanto de la gran dicha de ir directo al centro, pero debemos estar preparados para aceptar que otras formas de aproximación pueden servir plenamente a nuestros propósitos.

Fulgrim recorrió la circunferencia de la Heliópolis mientras hablaba, y dirigió sus palabras a su hermano primarca tanto como a los guerreros que lo rodeaban. La luz reflejada del techo le iluminaba la cara desde abajo, y sus ojos, un oscuro espejo de los argénteos de Ferrus Manus, se iluminaron por la pasión mientras hablaba.

—Te has obcecado en destruir la Diasporex, Ferrus, lo cual está bien y es correcto habida cuenta su asociación con malignos alienígenas, pero no te has hecho la pregunta más importante respecto al enemigo.

Ferrus Manus cruzó los brazos.

—¿Y qué pregunta es ésa?

Fulgrim Sonrió antes de contestar.

—¿Por qué están aquí?

—¿Quieres que entremos en un debate filosófico? —le espetó Ferrus Manus—. Entonces habla con los iteradores. Estoy seguro que te proporcionarán una respuesta mejor, aunque menos directa, que yo.

Fulgrim se volvió para dirigirse a los guerreros de las dos legiones.

—Entonces preguntaos esto: Sabiendo que una poderosa flota de naves de guerra te está persiguiendo para destruirte, ¿por qué simplemente no te vas? ¿Por qué no te diriges a otro lugar más seguro?

—Pues no lo sé, hermano —dijo Ferrus Manus—. ¿Por qué?

Julius sintió la mirada de su primarca sobre él, y el peso de la expectación lo aplastó contra el asiento. Si el intelecto de un primarca no podía responder esa pregunta, ¿qué posibilidades tenía él de hacerlo?

Miró a los ojos de Fulgrim, vio la fe del primarca en él y, de repente, la respuesta le fue evidente.

Julius se levantó.

—Porque no pueden. Están atrapados en este sistema.

—¿Atrapadas? —le preguntó Gabriel Santar desde el otro extremo de la sala—. ¿Atrapados, cómo?

—No lo sé —dijo Julius—. Tal vez no tienen navegante.

—No, no —replicó Fulgrim—, no es eso. Si no tuvieran navegante, la 52.ª Expedición los habría atrapado hace mucho. Es otra cosa. ¿Cuál?

Julius observó cómo los oficiales de ambas legiones consideraban la pregunta, seguro de que su primarca ya conocía la respuesta.

Cuando adivinó la respuesta, Gabriel Santar se levantó.

—Combustible. Necesitan combustible para su flota.

Aunque Julias sabía que era una estupidez, notó el pinchazo de los celos al habérsele negado la posibilidad de responder a su primarca y miró furiosamente a la curtida cara del primer capitán de los Manos de Hierro.

—¡Exactamente! —exclamó Fulgrim—. Combustible. Una flota del tamaño de la Diasporex debe consumir una cantidad descomunal de energía cada día, y para hacer un salto, por pequeño que sea, necesitará una gran parte de ella. Los comandantes de flota de los planetas imperiales sometidos de este sector no han informado de pérdidas significativas de naves cisterna o convoys, por lo que debemos asumir que la Diasporex consigue su combustible de otra fuente.

—La estrella Carollis —dijo Julius—. Deben tener colectores solares ocultos en alguna parte de la corona solar. Están esperando a recolectar suficiente combustible para irse a otro lugar.

Fulgrim se volvió hacia el centro de la sala.

—Así es cómo obligaremos a la Diasporex a presentar batalla, descubriremos esos colectores para destruirlos. Esto obligará a nuestros

enemigos a trabarse en combate en las condiciones que nosotros queramos, y entonces serán fulminados.



Más tarde, una vez acabado el consejo de guerra, Fulgrim y Ferrus Manus se retiraron a las dependencias privadas del señor de los Hijos del Emperador a bordo de la *Orgullo del Emperador*. Las habitaciones de Fulgrim serían la envidia de cualquier anticuario de Terra. Todas las paredes estaban cubiertas con pictografías elegantemente enmarcadas de paisajes alienígenas o imágenes extraordinarias de los astartes y los mortales que participaban en la Gran Cruzada.

Varias antesalas llenas de bustos y de trofeos de guerra, que radiaban desde el elemento central y se extendían hasta más allá de lo que podía captar el ojo, brillaban en un conjunto de inimaginable belleza artística. Únicamente el extremo más lejano de la habitación estaba desprovisto de cualquier ornamentación. Esa zona estaba cubierta de bloques parcialmente tallados de mármol, y caballetes con pinturas inacabadas.

Fulgrim se reclinó en una tumbona, se quitó la armadura y se vistió con una sencilla toga de color crema y púrpura. Bebió vino de un cáliz de cristal y dejó reposar la mano sobre una mesa, en la que se hallaba la espada con empuñadura de plata que había cogido en el templo laer. La espada era sin duda un arma magnífica, difícilmente comparable a *Filo de fuego*, pero en cualquier caso era exquisita. Su equilibrio era perfecto, como si hubiera sido forjada únicamente para su mano, y su filo tenía el poder de atravesar las armaduras astartes con facilidad.

La gema púrpura de su empuñadura estaba toscamente tallada, pero le proporcionaba un cierto encanto primitivo comparable a la calidad de la hoja y la empuñadura. Tal vez sustituyera la gema por algo mis apropiado.

En cuanto surgió este pensamiento lo descartó, pues sintió repentinamente que tal cambio sería un acto de vandalismo injustificado.

Con un gesto negativo de cabeza, Fulgrim apartó la espada de su pensamiento y se pasó la mano por el suelto cabello blanco. Ferrus Manus recorría la habitación como un león enjaulado, y aunque las naves de reconocimiento estaban buscando ya los colectores de combustible de la Diasporex, todavía le escocía su forzada inactividad.

—Oh, siéntate, Ferrus —dijo Fulgrim—. Vas a abrir un surco en el mármol. Toma un poco de vino.

—A veces, Fulgrim, juraría que ésta ya no es una nave de guerra sino un museo flotante —dijo Ferrus Manus, examinando las obras colgadas de las paredes—. Aunque las pictografías son buenas. ¿Quién las tomó?

—Una imaginista llamada Euphrati Keeler. Me han dicho que viaja en la 63.ª Expedición.

—Tiene muy buen ojo —destacó Ferrus—. Son unas pictografías muy buenas.

—Sí —admitió Fulgrim—. Sospecho que su nombre será pronto conocido en todas las flotas expedicionarias.

—Aunque no estoy muy seguro de estas pinturas —continuó Ferrus, que señalaba una serie de obras acrílicas abstractas de colores disonantes y apasionadas pinceladas.

—No sabes apreciar las cosas bellas, hermano mío —suspiró Fulgrim—. Esas son obras de Serena d'Angelus. Las familias nobles de Terra pagarían una pequeña fortuna por cada una de esas obras.

—¿De verdad? —comentó Ferrus, inclinando la cabeza hacia un lado—. ¿Qué se supone que son?

—Son… —empezó a decir Fulgrim, tratando de poner en palabras las sensaciones y emociones evocadas por los colores y formas de la pintura. Miró de cerca la pintura y sonrió.

»Son recreaciones de la realidad formada según el alcance metafísico de los juicios de valor del artista —dijo, las palabras saltando libremente de sus labios—. Un artista recrea estos aspectos de la realidad que representa la verdad fundamental de la naturaleza humana. Entender esto es entender la verdad de la galaxia. La señorita d'Angelus está a bordo de la *Orgullo del Emperador*. Si quieres te la puedo presentar.

Ferrus gruñó con disgusto.

—¿Por qué insistes en mantener a ese tipo de gente a tu alrededor? Son una distracción para tus deberes para con el Emperador y Horus.

Fulgrim negó con la cabeza.

—Estas obras serán la contribución permanente de los Hijos del Emperador a una galaxia sometida. Sí, todavía hay planetas que conquistar y enemigos que derrotar, pero ¿qué tipo de galaxia será si no queda nada que apreciar en ella salvo que ha sido conquistada? El Imperio será un lugar vacío si se le niega el arte, la poesía y la música, y todos aquellos con la sensibilidad para apreciarla. El arte y la belleza están tan próximos a la divinidad como nosotros nos encontramos en esta era sin divinidades. La gente, en sus vidas diarias, debe aspirar a crear arte y belleza. Eso será lo que el Imperio acabará siendo con el tiempo, y es lo que nos hará inmortales.

—Sigo pensando que es una distracción —insistió Ferrus Manus.

—En absoluto, Ferrus, pues los cimientos del Imperio se basan en el arte y la ciencia. Elimínalos o erosiónalos y el Imperio dejará de existir. Se dice que el Imperio sigue al arte, y no al revés, como los que tienen una naturaleza más prosaica pueden creer, y yo antes pasaría semanas sin comer ni beber que tener que prescindir del arte.

Ferrus lo miró poco convencido y señaló las obras de arte incompletas del extremo más alejado de la habitación.

—Entonces ¿qué son ésas de allí? No son muy buenas. ¿Qué recrean?

Fulgrim sintió crecer una oleada de rabia, pero la contuvo antes de que se le reflejara en el rostro.

—He estado mimando mi aspecto creativo, pero no es nada serio —dijo. Una semilla de resentimiento creció en su interior al ver como sus propias obras eran despreciadas tan a la ligera.

Ferrus Manus se encogió de hombros y se sentó en una alta silla de madera tallada antes de servirse un cáliz de vino de una ánfora de plata.

—Ah, es bueno volver a estar entre amigos —dijo Ferrus Manus mientras levantaba el cáliz.

—Es verdad —asintió Fulgrim—. Nos vemos tan poco el uno al otro ahora que el Emperador ha regresado a Terra…

—Y se ha llevado a los puños con él —remachó Ferrus.

—Eso he oído —dijo Fulgrim—. ¿Ha hecho algo Dorn para ofender a nuestro padre?

Ferrus Manus negó con la cabeza.

—No, que yo sepa, pero podría ser. Tal vez se lo haya dicho a Horus.

—Deberías tratar de adquirir el hábito de llamarle Señor de la Guerra.

—Lo sé, lo sé —reconoció Ferrus—. Pero todavía me cuesta pensar en Horus de esa forma, ¿me entiendes, verdad?

—Te entiendo, pero así es como están las cosas, hermano —remarcó Fulgrim—. Horus es el Señor de la Guerra, y nosotros somos sus generales. El Señor de la Guerra Horus manda, y nosotros obedecemos.

—Evidentemente, tienes razón. Se lo ha ganado, he de reconocerlo —dijo Ferrus, levantando el cáliz—. Nadie ha logrado tantas victorias como los Lobos Lunares. Horus se merece nuestra lealtad.

—Hablas como un auténtico seguidor —sonrió Fulgrim mientras una voz interior lo empujaba a provocar a su hermano primarca.

—¿Y eso qué se supone que significa?

—Nada —dijo Fulgrim, con un gesto displicente con la mano—. Venga hombre, no me digas que no desearías haberlo sido tú. ¿No deseas con todo tu corazón que el Emperador te nombre su regente?

Ferrus negó enfáticamente con la cabeza.

—No.

—¿No?

—Sinceramente puedo contestar que no —afirmó Ferrus apurando su cáliz y sirviéndose otro—. ¿Puedes imaginarte el peso de la responsabilidad? Hemos llegado hasta aquí con el Emperador a la cabeza, pero no puedo ni siquiera imaginarme la ambición necesaria para dirigir una cruzada para conquistar la galaxia.

—Así pues, ¿no crees que Horus pueda hacerlo? —preguntó Fulgrim.

—No he dicho nada de eso —rió Ferrus entre dientes—. Y no pongas en mi boca palabras que no he dicho, hermano. No seré tildado de traidor

por no apoyar a Horus. Si alguno de nosotros había de llegar a ser el Señor de la Guerra, yo habría apostado por Horus.

—No todo el mundo piensa igual.

—Has estado hablando con Perturabo y Angron, ¿verdad?

—Entre otros —admitió Fulgrim—. Ellos compartieron su… inquietud por la decisión del Emperador.

—No importa quién fuera el elegido, ellos sin duda habrían mostrado su disconformidad —dijo Ferrus.

—Probablemente —aceptó Fulgrim—. Pero estoy orgulloso de que haya sido Horus. Él conseguirá grandes cosas.

—Brindaré por eso —dijo Ferrus, apurando su cáliz.

Es un adulador y fácilmente manipulable… dijo una voz en su cabeza, y Fulgrim parpadeó por la fuerza con la que resonó.



Con el fin de la guerra en Laeran, la constante llegada de heridos y muertos al apotecarion se había reducido, lo que dejó a Fabius más tiempo libre para dedicarse a sus investigaciones. Para asegurarse el secretismo que sus experimentos exigían, se había trasladado a las poco utilizadas instalaciones de investigación que existían a bordo de la *Andronius*, un crucero de ataque bajo la autoridad del comandante general Eidolon. Aquellas instalaciones al principio eran muy básicas, pero con el permiso y la ayuda de Eidolon, había reunido una notable colección de equipo especializado.

El propio Eidolon lo había escoltado hasta las instalaciones, marchando junto a él todo a lo largo de la galería de las Espadas hasta el apotecarion de la sección delantera, con sus brillantes y estériles paredes de acero. Sin detenerse ni un instante, Eidolon lo había conducido por el tubo central del laboratorio principal, a través de un corredor embaldosado, hasta un dorado vestíbulo que se bifurcaba en dos pasillos, a derecha e izquierda. El

muro delantero estaba vacío, pese a notarse indicios de que anteriormente había habido algo allí, un mosaico o un bajorrelieve.

—¿Por qué estamos aquí? —le preguntó Fabius.

—Pronto lo verás —dijo Eidolon, mientras se adelantaba para presionar un punto del muro. Este se desplazó hacia arriba, y reveló un brillante pasillo y una escalera en espiral. Habían descendido a las instalaciones de investigación: mesas quirúrgicas cubiertas con sábanas blancas y tanques de incubación que permanecían vacíos y aletargados.

—Aquí es donde trabajarás —declaró Eidolon—. El primarca ha depositado una pesada carga sobre tus hombros, apotecario, y no debes fallarle.

—No lo haré —dijo Fabius—. Pero decidme, mi señor, ¿por qué os tomáis un interés tan personal en mi trabajo?

Los ojos de Eidolon se entrecerraron y fijaron en Fabius una mirada torva.

—He de llevar a la *Corazón Orgulloso* al cinturón de Satyr Lanxus en una misión para «mantener la paz».

—Una misión poco gloriosa pero necesaria para asegurar que los gobernadores imperiales mantienen las leyes del Emperador —apuntó Fabius, aunque era plenamente consciente de que Eidolon no lo veía de esta forma.

—¡Es vergonzoso! —replicó éste—. Es una forma de malgastar mi habilidad y valor, el enviarme lejos de la flota de esta forma.

—Tal vez, pero ¿qué es lo que queréis de mí? —insistió Fabius—. No me habríais escoltado personalmente hasta aquí sin un motivo concreto.

—Correcto, apotecario —dijo Eidolon, colocando una mano en el hombro de Fabius y conduciéndole hacia el interior del laboratorio—. Fulgrim me ha contado la dimensión de lo que estás intentando y, aunque no apruebo vuestros métodos, obedeceré a mi primarca en todo lo que me pida.

—¿Incluso realizando misiones de mantenimiento de la paz? —inquirió Fabius.

—Incluso en eso —asintió Eidolon—. Pero no seré puesto en una posición en la que pueda verme nuevamente sometido a este tipo de indignidades. El trabajo que estás haciendo potenciará la fisiología de los astartes, ¿v erdad?

—Así lo creo. No he hecho más que empezar a desentrañar los misterios de las semillas genéticas, pero cuando lo consiga… conoceré todos sus secretos.

—Entonces, cuando vuelva a la flota, empezareis conmigo —dijo Eidolon—. Debo ser tu mayor éxito, más rápido, más fuerte y más letal que nunca, para convertirme en la indispensable mano derecha del primarca. Empieza tu trabajo aquí, apotecario, y me aseguraré de que tengas todo lo que necesites.

Fabius sonrió al recordarlo, sabiendo que Eidolon estaría satisfecho con sus resultados cuando regresara a la flota.

Se inclinó sobre el cadáver de un guerrero astartes. Su vestimenta para operar estaba manchada con la sangre del cadáver, así como el equipo quirúrgico portátil que llevaba en un servoarnés unido a su cintura. Varios chasqueantes brazos de acero, como patas de araña metálicas, le surgían por encima de los hombros, cada uno provisto de jeringuillas, escalpelos o sierras para cortar huesos que lo ayudaban en la disección y retirada de órganos. El hedor a sangre y carne cauterizada le inundaba la nariz, pero esas cosas no repugnaban a Fabius, sino que le susurraban emocionantes descubrimientos y viajes a desconocidos límites de conocimientos prohibidos.

Las frías luces del apotecarion hacían palidecer la piel del cuerpo del cadáver y se reflejaban en los tanques de incubación en los que había puesto a madurar la semilla genética alterada por medio de estimulación química, la manipulación genética y la irradiación controlada.

El guerrero de la camilla estaba al borde de la muerte cuando se lo habían llevado al apotecarion, pero había muerto en éxtasis con el córtex cerebral al descubierto, al aprovechar Fabius su inminente fallecimiento para trabajar con la blanda materia gris para así entender mejor el funcionamiento de un cerebro astartes vivo. Inadvertidamente, Fabius

había descubierto la forma de comunicar el sistema nervioso con los centros del placer del cerebro, y convirtió así cada una de las dolorosas incisiones en una gozosa sensación de puro placer.

No estaba muy seguro de lo que ese descubrimiento podía significar para sus investigaciones, pero no dejaba de ser otra fascinante semilla de información para guardar de cara a futuros experimentos.

Hasta ese momento, Fabius había tenido más fracasos que éxitos, aunque el balance estaba, poco a poco, cambiando hacia el lado positivo ahora que la guerra en Laeran le había proporcionado una abundante fuente de material genético sobre el que experimentar. Los hornos del apotecarion habían ardido día y noche para destruir los restos de sus experimentos fallidos, pero estos golpes eran necesarios para su búsqueda, y la de los Hijos del Emperador, de la perfección.

Sabía que en la legión había algunos que rechazarían el trabajo que estaba realizando, pero eran los que no tenían visión y no llegaban a percibir los grandes logros que podían obtenerse, ni los males necesarios que debían soportarse para alcanzar la perfección.

Al dar el siguiente paso en el camino evolutivo de los astartes, la legión de Fulgrim se convertiría en la que tuviera los mejores guerreros de todos los ejércitos del Emperador, y el nombre de Fabius sería alabado a lo largo y ancho del Imperio como el principal arquitecto de esta evolución.

En esos mismos momentos, los tanques de incubación del apotecarion contenían los nacientes frutos de sus experimentos; pequeños órganos en ciernes flotando en una suspensión rica en nutrientes. Las muestras de tejido eran de los astartes que habían muerto en Laeran, y Fabius predijo que estas mejoras doblarían su eficacia. En realidad ya había conseguido crear una osmódula superior que incrementaría la fuerza de la fusión epifiseal y la osificación del esqueleto de un guerrero, resultando en huesos prácticamente irrompibles. Después de la osmódula mejorada tenía un órgano experimental que combinaba elementos de las hormonas laer que, si tenía éxito, alteraría la naturaleza fundamental de la glándula Betcher, y permitiría a los astartes replicar el aullido sónico de los laer, con resultados devastadores.

Los trabajos para mejorar otros órganos estaban sólo en sus inicios, pero Fabius tenía grandes esperanzas en su trabajo para mejorar la biscopea de forma que estimulara el crecimiento muscular más allá de lo normal y produjera guerreros tan fuertes como un dreadnought, capaces de atravesar el blindaje de un tanque con su puño desnudo. Los ojos multiespectrales de los laer le habían proporcionado mucha información que esperaba poder incorporar a los experimentos que había iniciado sobre el occulobe. Docenas de ojos estaban clavados como mariposas en cabinas estériles junto a él, donde probaba estimulantes químicos para mejorar las capacidades de los nervios ópticos.

Con algunas modificaciones, Fabius creía que podía crear órganos visuales que funcionarían a pleno rendimiento en oscuridad total, luz brillante o condiciones estroboscópicas, para hacer a los astartes efectivamente inmunes a cegueras o desorientaciones.

Su primer éxito se encontraba detrás de él, en las estanterías metálicas llenas de miles de viales de líquido azul: una droga que había sintetizado a partir de una muestra genética fabricada con una glándula extraída de los laer y que replicaba las funciones de la glándula tiroidea y de la biscopea.

En los sujetos experimentales, los guerreros heridos sin posibilidades de sobrevivir, Fabius había comprobado que el metabolismo y la fuerza se les había incrementado sustancialmente antes de la muerte. Un mayor refinamiento de la droga había logrado evitar que los incrementos sobresaturaran el corazón del sujeto, y ya estaba preparada para distribuirla en masa por toda la legión.

Fulgrim había autorizado el uso de la droga, y en pocos días correría por la sangre de todos los guerreros que decidieran tomarla.

Fabius se alejó del cuerpo muerto que tenía frente a él y sonrió al pensar en las maravillas que podía llegar a crear ahora que tenía las manos libres para convertir su genio en mejoras de las capacidades físicas de los Hijos del Emperador.

—Sí —dijo con un siseo. Sus ojos negros estaban iluminados por la perspectiva de descubrir los secretos del trabajo del Emperador—. Quiero conocer todos tus secretos.

* * *

Los colores de la paleta giraron ante los ojos de Serena, y su insipidez la enfureció más allá de toda medida. Se había pasado la mayor parte de la mañana intentando crear la rojiza puesta de sol que había visto en Laeran, pero los tubos de pintura vacíos y los pinceles rotos que había a su alrededor servían de mudo testamento a su fracaso. El lienzo que tenía ante ella era una enorme contusión de frenéticos trazos de lápiz, el bosquejo de una pintura que estaba segura iba a ser una de sus mejores obras… ¡si lograba conseguir que el rojo se mezclara de forma adecuada!

—¡Maldita sea! —gritó a la vez que tiraba la paleta con tanta fuerza que se hizo astillas contra la pared.

Su respiración se convirtió en cortos y dolorosos jadeos al crecer la frustración en su interior. Serena hundió la cara entre las manos y las lágrimas no tardaron a surgir como respuesta a los duros y entrecortados sollozos que sacudieron su pecho.

La rabia por su fracaso le recorrió el cuerpo, y cogiendo un trozo de pincel roto, presionó el irregular borde de madera contra la suave piel de su brazo. El dolor fue intenso, pero al menos pudo sentirlo. La piel se rasgó y la sangre manchó la madera partida, proporcionándole una cierta sensación de alivio. Sólo el dolor convertía cualquier cosa en real, y Serena clavó más profundamente la madera en su carne, mientras observaba cómo la sangre le caía por el brazo y cubría los pálidos bordes de sus antiguas cicatrices.

El largo y oscuro pelo de Serena, manchado de motas de color, le colgaba en lacios rizos hasta la cintura, y su cara tenía la poco saludable palidez de quien no ha dormido en varios días. Tenía los ojos inyectados en sangre y vidriosos, y las uñas agrietadas y manchadas de pintura.

Su estudio había quedado patas arriba desde su regreso de la superficie de Laeran. No era el vandalismo el artífice de tal transformación, sino la pasión desentrenada por crear lo que había reducido su antaño inmaculado estudio a algo más parecido a un campo de batalla tras los combates.

El deseo de pintar había sido como una incontrolable fuerza elemental surgida de su interior. Había sido emocionante y a la vez aterradora… la ardiente necesidad de crear arte de la pasión y la sensualidad. Serena había llenado tres telas de color y luz, y había pintado como una posesa antes de que el agotamiento la hubiera vencido y cayera dormida entre el desbarajuste de su estudio.

Cuando se despertó observó lo que había pintado con ojo crítico, viendo la crudeza de su obra y los primitivos colores que no tenían ni la vida ni la urgencia que recordaba del templo. Serena había rebuscado entre el desorden de su estudio las pictografías que había tomado del templo y de la poderosas ciudad de coral, sus gloriosamente masculinas torres y los maravillases tonos del cielo y el océano.

Durante días había tratado de revivir la entusiasta sensación que la había inundado en Laeran, pero no importaba en qué proporciones mezclara las pinturas, no lograba obtener las cualidades tonales que buscaba.

Serena pensó en Laeran y recordó la tristeza que había sentido cuando a Ostian le habían negado un lugar en la nave que la trasladó a la superficie del planeta. Se sintió culpable de que esa tristeza se hubiese desvanecido en cuanto atravesaron la capa de nubes y contempló la vasta masa azul de los océanos de Laeran a sus pies.

Jamás había visto algo tan glorioso ni con un azul tan vivido, y había hecho una docena de pictografías antes siquiera de empezar a descender hacia el atolón laer. Volar en círculos alrededor de la ciudad flotante le había despertado sentimientos que ni sabía que existían, y Serena deseó poner pie en la estructura alienígena más que cualquier otra cosa en el mundo.

Al aterrizar habían sido escoltados a través de las ruinas de la ciudad, y todos los rememoradores admiraron con la boca abierta la increíble diferencia de todo lo que les rodeaba. El capitán Julius les había explicado que las altas torres en forma de caracola habían aullado durante toda la guerra, pero que en esos momentos la inmensa mayoría ya habían sido silenciadas, derribadas con explosivos para dejarlas mudas. Los pocos gritos

aullantes que Serena pudo escuchar sonaban muy distantes, dolorosamente solitarios e infinitamente tristes.

Serena había tomado una pictografía tras otra mientras eran conducidos a través de las ruinas, y ni tan siquiera los retorcidos cadáveres de los laer pudieron distraerla del entusiasmo por caminar por una ciudad que flotaba por encima del océano. Las vistas y los colores eran tan vibrantes que no podía abarcarlos en su totalidad, y estimulaban sus sentidos hasta el punto de la sobresaturación.

Entonces vio el templo.

Cualquier pensamiento que no fuera lograr entrar en su misterioso interior fue desterrado de su mente en cuanto el capitán Julius y los iteradores encabezaron la marcha hacia la gigantesca estructura. Una voraz e intensa determinación había dominado a los rememoradores, que se dirigieron hacia el templo con increíble celeridad.

Buscando un camino entre las ruinas, ella había olido el extraño y ahumado aroma de lo que al principio había pensado que era incienso encendido por las unidades del ejército para enmascarar el hedor de la sangre y de los muertos. Fue entonces cuando vio las fantasmagóricas espirales de niebla rosácea que surgían de los porosos muros del templo y se dio cuenta de que era algo de origen alienígena. Una deliciosa y momentánea sensación de pánico la inundó, hasta que olió más de ese extraño almizcle y decidió que era realmente placentero.

En el interior de la cavernosa entrada del templo habían sido dispuestos varios haces de luces, y su intenso brillo iluminó los magníficos colores y murales de una imaginería tan vivida que cortaba la respiración. Jadeos de asombro la rodearon cuando los artistas trataron de captar la dimensión de los murales y los imaginistas tomaron pictografías panorámicas de la escena.

Procedente de algún punto del interior, Serena oyó música: una melodía salvaje y apasionada que se le clavó como una astilla en el corazón. Se alejó de los murales siguiendo la melena azul de Bequa mientras el canto de sirena de aquella música se hacía más fuerte y las atraía a ambas hacia el interior.

De repente, su rabia contra Bequa le ardió en las venas, y notó cómo sus labios se torcían en una mueca. Serena persiguió a Bequa, mientras la música del templo la llenaba más y más cuanto más se adentraba en el edificio. Aunque era consciente de la gente que la rodeaba. Serena no les prestó atención alguna, con sus pensamientos saturados por las sensaciones que inundaban su sistema nervioso. Música, luz y color la rodeaban, y tuvo que extender la mano para sostenerse, pues tan intenso exceso estaba a punto de abrumarla.

Serena se obligó a seguir adelante, rodeando una esquina hacia el interior del templo… y cayó de rodillas al ver la terrorífica belleza y la terrible energía de las luces y de los sonidos del interior.

Bequa Kynska estaba de pie en medio del gran espacio, con los brazos levantados en forma de «V» mientras la música la sobrevolaba.

Serena pensó que en toda su vida jamás había visto nada tan bello.

Sus ojos ardían con los colores y no pudo evitar llorar ante su perfección.

De regreso en su estudio, había gastado todas sus energías tratando sin éxito de recapturar ese breve pero brillante instante de color perfecto. Tras enderezarse y secarse las lágrimas con la manga, cogió otra paleta de entre los restos que la rodeaban y empezó a mezclar las pinturas para intentar, una vez más, capturar ese instante.

Mezcló rojo cadmio con carmesí quinacridono, fermentando el color con granate peryleno, pero esos colores no eran los adecuados, aunque les faltaba muy poco para dar el tono adecuado.

Mientras su rabia volvía a crecer, una gota de sangre cayó de su brazo sobre los colores que estaba mezclando, y de repente allí estaba. El color era perfecto, y sonrió al comprender lo que debía hacer.

Serena recogió el pequeño cuchillo que utilizaba para cortar las puntas de las plumas y lo pasó por encima de su piel, haciéndose un corte por encima del codo.

Unas gotas de sangre cayeron del corte mientras ella mantenía la paleta debajo del mismo, sonriendo al ver cómo se formaban los colores.

Ahora ya podía empezar a pintar.

* * *

Solomon se agachó por debajo del tajo de la espada y levanto su propia arma para bloquear el golpe a la contra dirigido hacia su pecho. El impacto le reverberó a todo lo largo del brazo, y apretó los dientes cuando sus recién sanados huesos protestaron por el esfuerzo al que los estaba sometiendo. Se apartó de Marius cuando el capitán de la Tercera se volvió contra él con la espada apuntando hacia su corazón.

—Estás lento, Solomon —dijo Marius.

Solomon golpeó con la espada hacia abajo, desviando el torpe golpe, y giró para asestar el golpe de gracia a su oponente, pero se quedó corto y la espada de Marius volvió a dirigirse hacia él. Se contorsionó para apartarse de la trayectoria, y notó como si su cuerpo fuera a partirse por el esfuerzo.

—Suficientemente rápido para verte venir, viejo —se rió Solomon, aunque sabía que sólo era cuestión de tiempo que Marius lo derribara.

—Estás mintiendo —remarcó Marius, tirando su espada al suelo. Se dirigió hacia los estantes de armas que cubrían las paredes de la sala de entrenamiento y eligió un par de hojas de estilo Sol y Luna. Aquellas armas de doble filo eran poco prácticas en una lucha real, pero eran unas letales armas de entrenamiento. Solomon arrojó a un lado su propia espada y cogió un par de ruedas de la clase Viento y Fuego.

Al igual que las armas de su oponente, éstas eran básicamente decorativas, una hoja circular sostenida mediante un asa rugosa y embellecida con pinchos curvos alrededor de toda su circunferencia, pero Solomon se divertía entrenándose con armas distintas a las utilizadas habitualmente. Se enfrentó a Marius, extendió el brazo izquierdo y mantuvo el derecho doblado junto a su costado.

—Tal vez sí, tal vez no —rió Solomon—. Sólo hay una forma de descubrirlo.

Marius asintió con la cabeza y cargó contra él con las dos hojas girando ante sí como una telaraña de acero centelleante. Solomon bloqueó primero

un ataque y luego otro, pero se vio obligado a retroceder hacia la pared con cada choque entre metales.

Se balanceó a un lado para evitar un corte alto y lanzó un barrido bajo hacia las piernas de Marius. Este golpeó hacia abajo con una de las hojas; alcanzó con la punta el centro del arma circular y la clavó contra el suelo. Solomon dio un salto hacia atrás, obligado a abandonar el arma, cuando la segunda daga se dirigió hacia él.

—¿Has oído las noticias? —jadeó Solomon, desesperado por distraer a Marius y conseguir un poco de espacio.

—¿Qué noticias? —preguntó Marius.

—Que vamos a recibir nuevos estimulantes químicos para probarlos —dijo Solomon.

—Lo he oído, sí —asintió Marius—. El primarca cree que nos harán más fuertes y rápidos que nunca.

Solomon frunció el ceño ante el tono de su amigo. Las palabras le sonaron como si estuviera repitiéndolas de memoria pero realmente no creyera en ellas. Solomon detuvo su retirada.

—¿No estás un poco preocupado por su procedencia?

—Procede del primarca —dijo Marius, levantando la daga.

—No, me refiero a la droga. No ha venido de Terra, lo sé —dijo Solomon—. De hecho, creo que se ha fabricado aquí mismo. Oí al apotecario Fabius decir algo al respecto antes de ser transferido a la *Andronius*.

—¿Qué importancia tiene de dónde proceda? —preguntó Marius—. El primarca ha autorizado su uso para aquellos que lo deseen.

—No estoy seguro —admitió Solomon mientras Marius empezó a moverse en círculo a su alrededor—. Tal vez no sea nada, pero no me gusta la idea de meterme en el cuerpo un nuevo producto químico cuando no sabemos cuál es su origen.

Marius rió antes de contestar.

—¿Con todas las modificaciones genéticas que has sufrido en el laboratorio y ahora decides preocuparte por las sustancias químicas que te metes en el cuerpo?

—No es lo mismo, Marius. Fuimos creados a imagen del Emperador como sus guerreros perfectos, así que, ¿para qué necesitamos más?

Marius se encogió de hombros y arremetió con su daga. Solomon la desvió con el arma que le quedaba y gruñó de dolor al notar que algo se rompía en su interior. El combate había acabado.

Tras decidir que su mente se desquiciaría antes de que su cuerpo sanara totalmente, se había dado de alta voluntariamente del apotecarion y había regresado a los barracones de su compañía. Gaius Caphen se había alegrado de verlo, pero Solomon podía adivinar que su subordinado había disfrutado del breve atisbo de mando y fue consciente de que debía considerar conseguirle su propia compañía.

Al pasar los días sin rastro alguno de la Diasporex, se había entrenado intensamente para recuperar sus fuerzas, y había estado visitando a Marius Vairosean para realizar agotadores combates de entrenamiento, en ninguno de los cuales había tenido las fuerzas necesarias para vencer.

—Lord Fulgrim ha dicho que debemos hacerlo —insistió Marius, como si eso diera por cerrado el tema.

—Lo ha hecho, pero aún así no me gusta —jadeó Solomon—. Simplemente, no le veo la necesidad.

—Que lo veas o no es irrelevante —insistió Marius—. Fulgrim ha hablado, y estamos obligados a obedecerle. Nuestro ideal de perfección y pureza procede de Fulgrim, y éste pasa a través de los comandantes generales hasta nosotros, los capitanes de compañía, que somos los responsables de hacer cumplir la voluntad del primarca entre nuestras tropas.

—Todo eso ya lo sé, sin embargo, me parece un error —insistió Solomon, respirando trabajosamente y tirando su arma al suelo—. Ya es suficiente, me rindo. Tú ganas.

Marius asintió.

—Estás recuperando fuerzas cada día que pasa, Solomon.

—No las suficientes —replicó Solomon, que se desplomó sobre la superficie de entrenamiento.

—No, todavía no, pero pronto estarás recuperado del todo, y tal vez entonces me proporcionarás un combate decente —bromeó Marius, sentándose junto a él.

—No te preocupes por eso —le prometió Solomon—. Pronto te daré una paliza.

—No lo harás —ríe replicó Marius sin ironía—. He estado entrenando a la Tercera más duro que nunca antes y estamos en nuestra mejor forma. Ahora soy el mejor, y con la nueva sustancia química seré aún más fuerte y rápido.

Solomon miró a los ojos de su amigo y vio una desesperada ansia para redimirse de su fallo en el atolón. Se levantó y puso la mano sobre el brazo de Marius.

—Escucha, sé que ya sabes lo que te voy a decir, pero te lo diré igualmente.

—No —dijo Marius, negando con la cabeza—, no lo hagas. La Tercera quedó deshonrada, y sólo empeorarás las cosas si tratas de excusar nuestro fracaso.

—No fue un fracaso —dijo Solomon.

—Sí lo fue —replicó Marius—. Si no puedes comprenderlo, tal vez fuiste afortunado de ser derribado antes de llegar allí.

Solomon sintió cómo su cólera crecía.

—¿Afortunado? Casi muero.

—Habría sido más fácil si hubiera muerto —susurró Marius.

—¡No lo dirás en serio!

—Tal vez no, pero el hecho es que la Tercera no logró llegar al punto de encuentro, y hasta que nos redimamos de este fracaso, me voy a asegurar de que mi compañía siga las órdenes del primarca a rajatabla.

—¿Sin importar qué órdenes sean? —preguntó Solomon.

—Exactamente —dijo Marius—. Sin importar qué órdenes sean.



NUEVE

DESCUBIERTOS
BLAYKE
UN CONSEJERO HONESTO

La Ferrum se deslizaba por la brillante corona de la estrella Carollis. Sus escudos evitaban que lo peor de la tormenta electromagnética dañara los sistemas mientras la tripulación buscaba los colectores solares de la Diasporex. Su casco había sido arreglado y los destruidos elementos de la superestructura reparados, aunque todavía necesitaría pasar un tiempo en los astilleros para recomponer todos los daños que le habían infligido.



El capitán Balhaan estaba de pie junto a su atril de mando. El enfado por la rutina frustrante y decepcionante de su poco importante tarea ya casi se le había pasado. El padre de hierro Diederik estaba junto al control de sensores, al lado de Axarden, y aunque Balhaan sabía que no se merecía

menos por su fracaso en la dirección de la nave, el hecho de tener que compartir el mando de la Ferrum todavía le dolía.

Diederik supervisaba cualquier decisión de mando, y había comenzado mordazmente todas las órdenes que había dado, pero Balhaan sabía que su presencia era un necesario recordatorio de los peligros de la caída en el exceso de confianza. El cuerpo del padre de hierro estaba extensamente modificado, y habían sido reemplazadas hacía mucho tiempo sus partes orgánicas para acercarse a la perfección mecánica y el internamiento final en el sarcófago de un venerable dreadnought.

—¿Todavía no ha terminado el barrido de reconocimiento? —le preguntó Balhaan.

—Acabo de hacerlo, señor —replicó Axarden.

—¿Es prometedor?

—No mucho, señor. Hay tantas interferencias que bien podríamos estar encima de uno de ellos y no saberlo —explicó Axarden, tanto para que se enterara el padre de hierro como su capitán.

—Muy bien, Axarden. Si hay algún cambio, házmelo saber —ordenó Balhaan.

Se inclinó sobre el atril, tratando de recordar períodos de la historia en que los grandes hombres de esas eras hubieran tenido que soportar misiones tan tediosas. No le acudió ninguno a la mente, aunque sabía que la historia tendía a olvidar lo sucedido entre hechos heroicos y se concentraba en las batallas y en el drama del paso del tiempo. Se preguntaba qué escribirían los rememoradores de la 52.ª Expedición de esa parte de la Gran Cruzada, sabiendo que, con toda probabilidad, él no aparecería. Después de todo, ¿dónde estaba la gloria en recorrer con docenas de naves los límites exteriores de un sol en busca de colectores solares?

Recordaba haber leído un pasaje en que Herodotus hablaba de una batalla frente a la costa de la antigua tierra conocida como Arte misión, en el norte de Euboea, que tuvo lugar entre dos poderosas flotas de naves oceánicas. Se dice que la batalla duró tres días, aunque Balhaan era incapaz

de concebir cómo podía haber sido así, y se preguntaba cuánto tiempo de esa batalla se habían pasado realmente luchando las naves.

Muy poco, sospechaba. Según la experiencia de Balhaan, las batallas navales solían ser cortas y sangrientas, en las que una galera de guerra ganaba rápidamente la posición y embestía a la otra, enviando a su tripulación a una gélida muerte en las profundidades del océano.

Axarden lanzó un grito mientras él discurría entre aquellos sombríos pensamientos.

—¡Capitán, creo que tenemos algo!

Salió de su melancólica ensoñación y todos los pensamientos acerca de los largos y vacíos tramos de la historia se desvanecieron ante la emoción que había percibido en el tono de su oficial de sensores. Sus dedos volaron por la consola de mando y la pantalla se iluminó con el brillo de la estrella.

Inmediatamente vio lo que Axarden había detectado, el brillante reflejo de la luz de la estrella parpadeando en las gigantescas y ondulantes velas del colector solar.

—Detengan la nave —ordenó Balhaan—. No debemos hacerles saber que estamos aquí.

—Debemos atacar —exclamó Diederik, y Balhaan se vio obligado a enmascarar su preocupación ante la interrupción del padre de hierro. ¿Acaso la *Ferrum* no había sido ya víctima de una actuación similar?

—No —dijo Balhaan—. No hasta que hayamos alertado a las flotas expedicionarias.

—¿Cuántos colectores hay allí? —preguntó Diederik mientras se volvía hacia Axarden.

El oficial de sensores se acercó a su consola, y Balhaan esperó unos ansiosos segundos mientras Axarden trataba de responder al padre de hierro.

—Al menos diez, pero probablemente hay más que todavía no podemos distinguir —dijo Axarden—. Las emisiones radiactivas de la estrella parecen más concentradas en esta zona.

Balhaan se apartó de su atril y descendió los escalones que conducían al control de sensores.

—No importa cuántos haya, padre de hierro. No podemos atacar.

—¿Y por qué no? —comentó despectivamente Diederik—. Hemos descubierto la fuente del combustible enemigo como lord Manus ordenó.

—Estoy al tanto de sus órdenes, pero sin las naves de combate de la flota para apoyarnos, la Diasporex volvería a desaparecer.

Diederik pareció meditar sobre aquello antes de hablar de nuevo.

—Entonces, ¿qué sugerís, capitán?

Agradecido porque el padre de hierro hubiera accedido a dar crédito a su autoridad, Balhaan le contestó:

—Esperaremos. Enviaremos aviso a las flotas y reuniremos tanta información como podamos sin desvelar nuestra posición.

—¿Y después? —insistió Diederik, claramente incómodo ante la idea de esperar.

—Después los destruiremos —respondió Balhaan—, y recuperaremos nuestro honor.



Las cámaras del archivo a bordo de la *Orgullo del Emperador* ocupaban tres largos puentes llenos de estantes dorados atestados de textos de la Vieja Tierra. Los escritos de esta magnífica colección habían sido laboriosamente recopilados por el archivista de la 28.ª Expedición, un hombre meticuloso llamado Evander Tobias. A lo largo de muchos años de estudio, Julius había llegado a conocer muy bien a Tobias, y ahora mismo se dirigía hacia el sanctum del anciano en la nave abovedada del puente superior del archivo.

Las columnas de mármol se extendían ante él, y un reverencial silencio llenaba las salas con la solemnidad que correspondía a un vasto repositorio del conocimiento como aquél. Las altas columnas de mármol verde se perdían en la distancia, y los estantes de madera oscura se combaban bajo el peso de los pergaminos, libros y cristales de datos que llenaban los espacios entre ellos.

Julius siguió su camino a lo largo del pulido suelo de mármol en el que flotantes globos de luz proyectaban su sombra por delante de él. Se había quitado la armadura y llevaba únicamente un mono de combate sobre el que se había colocado una camisola de mallas decorada con el Águila de los Hijos del Emperador.

Vio las vestimentas de color beige de los rememoradores en muchas de las salas secundarias, y servidores descalzos que cargaban grandes cajas de libros pasaron junto a él sin dedicarle ni tan siquiera una mirada.

En uno de los espacios abiertos de las cámaras del archivo distinguió el característico pelo azul de Bequa Kynska, y consideró brevemente la posibilidad de detenerse a hablar con ella. Estaba sentada en un amplio escritorio cubierto de papel pautado. Llevaba el pelo suelto, rebelde y desaliñado, y tenía puestos los auriculares de un grabador portátil. Incluso a distancia, Julius pudo distinguir la extraña música que había inundado el templo laer. El ensordecedor sonido parecía débil y distante, aunque sabía que debía sonar con toda potencia en los oídos de Bequa Kynska. Sus manos alternaban la escritura frenética sobre el papel con movimientos sincopados como si estuviera dirigiendo una orquesta invisible. Sonreía mientras trabajaba, pero había algo demencial en sus movimientos, como si la música de su interior pudiera consumirla si no lograba plasmarla en el papel.

«Así es como trabajan los genios», pensó Julius, y decidió no interrumpir a la señorita Kynska y seguir adelante.

Había pasado ya un cierto tiempo desde que había ido por última vez a las cámaras del archivo. Sus deberes y la purificación de Laeran le habían dejado poco tiempo para dedicarse a la lectura, y se resentía de su ausencia. Había venido para reintroducirse en el lugar, aunque había dado instrucciones a Lycaon de que contactara inmediatamente con él si surgía algo que requiriera su atención.

Numerosos escribas y notarios pasaron junto a él, y todos ellos se inclinaron respetuosamente al pasar. Reconoció a algunos del tiempo que había pasado allí, pero no a la mayoría, aunque el mero hecho de regresar a este lugar le proporcionó una enorme satisfacción.

Sonrió al ver la familiar figura de Evander Tobias delante de él. El veterano archivista estaba regañando un acobardado grupo de rememoradores por alguna infracción de sus estrictas reglas.

El anciano detuvo su diatriba y levantó la mirada para ver a Julius, que se aproximaba. Sonrió cálidamente y despidió a los caprichosos rememoradores con un imperioso gesto de la mano. Vestido con una sobria túnica oscura de tela gruesa, Evander Tobias exudaba un aire de conocimiento y respeto que incluso el astartes reconocía. Su porte era regio, y Julius sentía un gran afecto por el venerable sabio.

Evander Tobias había sido antiguamente un magnífico orador en Terra, y había entrenado a los primeros iteradores. Se había asegurado el puesto de iterador supremo de la flota del Señor de la Guerra, pero un trágico cáncer de laringe había paralizado sus cuerdas vocales y le había obligado a retirarse de la Escuela de Iteradores. En su lugar, Evander había recomendado que su mejor pupilo, Kyril Sindermann, fuera enviado con la 63.ª Expedición del Señor de la Guerra.

Se decía que el propio Emperador había acudido junto al lecho de Evander Tobias y había ordenado que los mejores cirujanos y ciberneticistas lo atendieran, aunque lo realmente sucedido muy pocos lo sabían con certeza. Un capricho del destino le había arrebatado su talento natural para la oratoria y la dicción, pero su cuello y sus cuerdas vocales habían sido reconstruidas y ahora Evander hablaba con un suave zumbido mecánico que había engañado a más de un rememorador desprevenido, que lo había tomado por un anciano incapaz de ladrar con fuerza.

—¡Hijo mío! —exclamó Evander tomando las manos de Julius—, ¡cuánto tiempo sin verte!

—Mucho tiempo, en verdad —sonrió Julius, saludando a los rememoradores que se batían en retirada—. ¿Tus niños siguen haciendo travesuras?

—¿Éstos? ¡Bah, jovencitos presuntuosos! —refunfuñó Evander—. Uno podría pensar que la selección para convertirse en rememorador implica una cierta firmeza de carácter y un nivel de inteligencia superior al de un pielverde, pero esos imbéciles parecen totalmente incapaces de encontrar

nada en un sistema perfectamente simple de recuperación de datos. Me confunden, y temo por la calidad del trabajo que será el legado de esta expedición si estos simplones son los encargados de dejar constancia de las gestas de la Gran Cruzada.

Julius asintió, aunque tras haber visto el complicado sistema de archivo de Evander, podía entender perfectamente las posibilidades de perderse en él tras haber pasado muchas infructuosas horas tratando de descubrir un fragmento de información. Sabiamente, decidió guardarse su propia opinión al respeto.

—Contigo aquí para recopilar la información, amigo mío, estoy seguro de que nuestro legado está en buenas manos.

—Eres muy amable diciendo esto, hijo mío —dijo Evander. Pequeñas bocanadas de aire surgían de la plateada prótesis de su garganta.

Julius sonrió ante la continuada referencia de su amigo al termino «hijo mío», pese al hecho de que él era muchos años más viejo que Evander. Gracias a la cirugía y a las modificaciones que había sufrido el chasis de carne y hueso de Julius para convertirlo en astartes, su fisiología era prácticamente inmortal, aunque le confortaba pensar que Evander era la figura paternal que jamás había conocido en Chemos.

—Estoy seguro de que no has venido a observar la calidad de los rememoradores de la flota, ¿verdad? —preguntó Tobias.

—No —dijo Julius mientras Tobias se daba la vuelta y se alejaba entre los montones de estantes.

—Camina conmigo, hijo mío. Caminar me ayuda a pensar —dijo por encima del hombro.

Julius siguió al erudito, lo alcanzó rápidamente y a continuación redujo su paso para no dejarlo atrás.

—Sospecho que estás buscando algo específico. ¿Tengo razón?

Julius dudó, todavía inseguro de lo que estaba buscando. La presencia de lo que había visto y sentido en el templo laer todavía moraba en su mente como un virus, y había decidido que debía tratar de averiguar algo más por su cuenta, pues, aunque había sido algo vil y alienígena, sentía una terrorífica atracción por todo ello.

—Tal vez —reconoció Julius—. Pero no estoy seguro de dónde podré encontrarlo. Ni siquiera sé por dónde empezar a buscar.

—Intrigante —dijo Tobias—. Aunque si debo serte de alguna utilidad, necesitaré algo más para empezar.

—Supongo que has oído hablar del templo laer, ¿no? —preguntó Julius.

—Sí que he oído hablar de él, y me suena a un lugar terriblemente maligno, demasiado espeluznante para mi sensibilidad.

—Sí, era como nada que haya visto jamás. Quería saber algo más acerca de ello, porque noto cómo mis pensamientos regresan una y otra vez hacia él.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que te cautivó tanto de él?

—¿Cautivarme? No, no es eso lo que quiero decir —protestó Julius, aunque sus palabras sonaron vacías, incluso para él, y pudo ver que Tobias percibió la mentira que había en ellas—. O quizá sea eso —admitió Julius—. No creo que haya sentido nada similar, excepto cuando me he embelesado por una gran obra de arte o una poesía. Todos mis sentidos cobraron vida. Desde entonces todo es gris y ceniciento para mí. Recorro las salas de esta nave, salas que están llenas de obras de los mejores artistas del Imperio, y no siento nada.

Tobias sonrió y asintió con la cabeza.

—Realmente, ese templo debía ser maravilloso, puesto que ha causado este efecto sobre tanta gente.

—¿Qué quieres decir?

—No eres el primero que viene a mis archivos buscando información sobre estas cosas.

—¿No?

Tobias negó con la cabeza, y Julius pudo ver una silenciosa diversión en sus ancianos rasgos mientras le contestaba.

—Muchos de los que han visto el templo han venido en busca de iluminación acerca de lo que sintieron entre sus paredes: rememoradores, oficiales del ejército, astartes. Parece que ha causado una profunda impresión. Casi habría deseado haberlo visto por mí mismo.

Julius negó con la cabeza, aunque el anciano archivista no vio el gesto mientras se detenía junto a una estantería llena de libros encuadernados en cuero con rebordes dorados. Los lomos de los libros habían desaparecido, y, evidentemente, ninguno de ellos había sido leído desde que se colocaron en la estantería.

—¿Qué son estos libros? —preguntó Julius.

—Estos, hijo mío, son los escritos de un sacerdote que vivió en una era anterior a la llegada de la Vieja Noche. Se llamaba Cornelius Blayke, un hombre que fue tildado de genio, místico, hereje y visionario; todo ello muchas veces y en el mismo día.

—Debió de vivir una vida muy interesante —apuntó Julius—. ¿Sobre qué escribió?

—Sobre todo lo que creo que tratas de entender, hijo mío —dijo Tobías —. Blayke creía que sólo a través de numerosos experimentos podía el hombre entender el infinito y recibir la gran sabiduría que procede de seguir el camino de los excesos. Su obra contiene una rica mitología en la que trabajó para codificar una serie de ideas espirituales con las que crear el modelo para una nueva y desenfrenada era de experiencias y sensaciones. Algunos dicen que era un sensualista que mostró la lucha entre la permisividad de los sentidos y la moral restrictiva del régimen autoritario bajo el que vivió. Otros, evidentemente, simplemente lo acusaron de ser un clérigo caído y un libertino con delirios de grandeza. —Tobias se enderezó y tomó uno de los libros de la estantería antes de seguir hablando—. En este libro, Blayke habla de su creencia de que la humanidad ha de darse el gusto de disfrutar de todas las cosas para poder evolucionar a un nuevo estado de armonía que será más perfecto que el original estado de inocencia del que él creía que había surgido nuestra raza.

—¿Y tú qué piensas?

—Yo creo que esta idea de que la humanidad puede superar las limitaciones de sus cinco sentidos para percibir el infinito es maravillosamente imaginativa, aunque, por supuesto, su filosofía muchas veces era el pensamiento de un degenerado, que implicaba… entusiasmos que eran considerados escandalosos en esa época. Blayke creía que aquellos

que refrenan sus deseos lo hacen únicamente porque son demasiado débiles para controlarse. El mismo no sentía culpabilidad alguna.

—Puedo entender por qué lo tildaron de hereje.

—Cierto —dijo Tobias—, aunque esta palabra ha caído más o menos en desuso en el Imperio gracias a la gran obra del Emperador. Sus raíces etimológicas se encuentran en las antiguas lenguas de la Hegemonía Olímpica y simplemente significa una «elección» de creencias. En el tratado *Contra Haereses*, el erudito Iranaeus describe sus creencias como devoto seguidor de un dios que llevaba mucho tiempo muerto, creencias que más tarde se convirtieron en la ortodoxia de su culto y la piedra angular de muchas grandes religiones.

—¿Y esto la convirtió en una palabra de sentido peyorativo? —le preguntó Julius.

—Vamos, hijo mío, creía que te había enseñado mejor que eso —dijo Tobias—. Siguiendo la lógica de Iranaeus, sin duda podrás percibir que la herejía no tiene únicamente un significado objetivo. La categoría existe sólo desde el punto de vista de una posición dentro de una sociedad que se ha definido previamente como ortodoxa. Cualquiera que propugne ideas o acciones que no estén conformes con ese punto de vista puede ser percibido como hereje por los demás dentro de esa sociedad que está convencida de que su visión es ortodoxa. En otras palabras, la herejía es un juicio de valor, la expresión de una concepción desde el interior de un sistema de creencias establecido. Por ejemplo, durante las guerras de Unificación, los adventistas paneuropeos tenían la secular creencia de que el Emperador era una herejía, mientras que los ancestrales adoradores del bloque yndonésico consideraban el ascenso al poder del déspota Kalagann como una gran apostasía. Así pues, Julius, para que exista una herejía, debe existir un sistema autoritario con un dogma o creencia considerado ortodoxo.

—Entonces, ¿me estás diciendo que ya jamás podrá existir una herejía puesto que el Emperador ha demostrado la mentira de creer en falsos dioses y adorar cadáveres?

—En absoluto, el dogma y las creencias no dependen de la predisposición a creer en una figura divina o en la cobertura de la religión.

Pueden ser simplemente un régimen o una serie de valores sociales, como los que estamos llevando a la galaxia ahora mismo. Supongo que resistirse o rebelarse en su contra puede fácilmente considerarse herejía.

—Entonces, ¿por qué debería querer leer estos libros? Parecen peligrosos.

Tobias agitó la mano con un gesto claramente displicente.

—Al contrario. Como habitualmente les decía a mis discípulos en la Escuela de Iteradores, una verdad que es contada con malas intenciones triunfará ante todas las mentiras que puedan inventarse, por lo que nos corresponde a nosotros conocer todas las verdades y separar las buenas de las malas. Cuando un iterador habla de la verdad, no lo hace únicamente para convencer a aquellos que no la conocen, sino también para defender a los que la conocen.

Julius estaba a punto de preguntar más cosas cuando el microrreceptor que llevaba en la oreja soltó un chasquido y a continuación oyó la excitada voz de Lycaon.

—Capitán —dijo Lycaon—, tiene que regresar inmediatamente.

Julius se acercó el microcomunicador que llevaba en la muñeca a la boca para contestar.

—Ahora mismo voy. ¿Qué ha pasado?

—Los hemos encontrado —le informó Lycaon—. A la Diasporex. Tiene que regresar inmediatamente.

—Ahora mismo —confirmó Julius, notando algo inusual en la voz de Lycaon, incluso por encima de la distorsión del comunicador—. ¿Hay algo más que deba saber?

—Será mejor que venga y lo vea por sí mismo —replicó Lycaon.



Fulgrim recorrió con zancadas furiosas toda la longitud de sus estancias hacia el ensordecedor sonido de las fonoemisores. Cada uno emitía una

tonada distinta: retumbantes obras orquestales, la martilleante música de las tribus de la base de una colmena y, por encima de todas ellas, la música del templo laer.

Cada tonada aullaba discordantemente con las demás mientras el sonido llenaba sus sentidos con salvajes imágenes y la promesa de inimaginables posibilidades.

Su temperamento bullía justo bajo la superficie ante las acciones de su hermano, pero no podía hacer nada excepto esperar arrapar a la 52.ª Expedición. Que Ferrus hubiera actuado en solitario demostraba una falta de respeto que enfurecía a Fulgrim y desmontaba sus cuidadosamente trazados planes respecto a la Diasporex.

El plan era perfecto y Ferrus lo va a echar todo a perder.

La idea surgió rápidamente y acompañada de tal veneno que Fulgrim se quedó conmocionado por su intensidad. Sí, su querido hermano había actuado impetuosamente, pero debería haber sospechado que Ferrus sería incapaz de contener la furia medusiana que corría por sus venas.

No, tú hiciste todo lo que pudiste para controlar su rabia. Su impetuosidad será la causa de su perdición.

Fulgrim sintió un escalofrío recorriéndole el espinazo cuando ese pensamiento, sin duda surgido de los más siniestros recovecos de su ser, surgió en su cabeza. Ferrus Manus era su hermano primarca, y aunque había algunos entre los que eran como ellos que Fulgrim consideraba amigos íntimos, ninguno estaba tan cerca de ser considerado su hermano como Ferrus.

Desde la victoria en Laeran, los pensamientos de Fulgrim se habían vuelto hacia su interior para desgarrar lo más profundo de su conciencia, desenterrando un ácido resentimiento que ni siquiera sabía que existía. Cada noche, mientras yacía en su cama de seda, una voz le susurraba al oído y lo seducía con sueños que jamás recordaba y pesadillas que no podía olvidar. Al principio pensó que estaba volviéndose loco, que un último truco maligno de los laer había empezado a mermar su cordura, pero había desdeñado esa idea por absurda pues, ¿qué podía afectar así a un ser perfecto como un primarca?

Entonces se había preguntado si estaba recibiendo algún tipo de mensaje telepático desde muy lejos, aunque él no poseía ningún potencial psíquico. Magnus de Prospero, había heredado los poderes precognitivos y el potencial psíquico de su padre, un regalo que, desgraciadamente, lo había distanciado de sus hermanos, pues nadie confiaba en que tal poder no tuviera asociado un precio o unas consecuencias.

Al final llegó a aceptar que la voz era, de hecho, una manifestación de su subconsciente, una faceta de su propia mente que articulaba las cosas que él no podía decir y destruía los engaños que su mente consciente creaba para protegerlo de las barreras que la sociedad le había impuesto.

¿Cuánta gente podía afirmar que disponía de un consejero tan honesto como su propia mente?

Fulgrim sabía que debía dirigirse al puente, que sus capitanes necesitaban su guía y sabiduría para orientarlos, pues se dirigían a él para todo, y de él manaba toda la actitud y el carácter de su legión.

Que es como debería ser, pues, ¿qué es esta legión sino una manifestación de tu voluntad?

Fulgrim sonrió ante este pensamiento, y elevó el volumen del fonoemisor que reproducía la música grabada en el templo laer. La música penetraba en su interior. Su sonido sin tono ni melodía pero primigenio en su intensidad, despertaba un deseo de cosas mejores, de cosas nuevas, de cosas grandes.

Recordó su regreso a la superficie de Laeran y ver a Bequa Kynska en el templo con las manos levantadas hacia el techo, con la cara húmeda por las lágrimas mientras grababa la música del templo. Ella se había vuelto para mirarlo a la cara en cuanto entró, cayendo de rodillas por la pasión hacia la música alienígena que la envolvía.

—¡Debo escribir esto para ti! —gritó ella—. Debo componer algo maravilloso. ¡Será la *Maraviglia* en tu honor!

Sonrió al recordarlo, sabiendo que las maravillas que ella compondría para él serían sin duda increíblemente extraordinarias. La Fenice estaba sufriendo grandes renovaciones, con exquisitas pinturas y grandes

esculturas realizadas por aquellos que también habían visitado la superficie de Laeran.

Si había habido pensamientos conscientes acerca de por qué sólo ellos debían recibir encargos, lo había olvidado, pero lo adecuado de la decisión le complacía igualmente.

La más importante de esas obras sería una inmensa pintura del propio primarca, una obra magníficamente ambiciosa que le había encargado a Serena d'Angelus con posterioridad a ver el trabajo que había empezado a realizar después de la victoria en Laeran, una obra llena de vida y emoción que hacía que el corazón le doliera ante tanta belleza.

Había posado para Serena d'Angelus en varias ocasiones desde entonces, pero debía encontrar el tiempo para relacionarse con ella de forma más adecuada cuando la Diasporex hubiera sido destruida.

Pronto la *Orgullo del Emperador* resonaría con la música de su creación, y sus guerreros la llevarían a todos los rincones de la galaxia para que todo el mundo tuviera la posibilidad de escuchar tanta belleza.

Su humor se agrió al mirar hacia el otro extremo de sus aposentos y ver el montón de mármol machacado en que habían quedado sus intentos de crear algo bello. Cada golpe de cincel lo había dado con precisa habilidad. Las líneas de la anatomía del modelo eran perfectas, pero… había algo indefiniblemente erróneo en la escultura, algo que eludía su entendimiento. La frustración lo había conducido a destruir su obra, y la había reducido a cascotes con tres golpes de su espada plateada.

Tal vez Ostian Delafour podría instruirlo acerca de los errores que estaba cometiendo, aunque le irritaba que él, un primarca, tuviera que consultar a un mortal. ¿No había sido creado para ser el mejor en todo? Sus otros hermanos habían heredado aspectos de su padre, pero le roía la duda cruel que, tal vez, el accidente que casi destruyó a los hijos de sangre del Emperador al nacer hubiera codificado algún defecto oculto en su material genético que regresaba para perseguirlo en las oscuras vigilias nocturnas.

¿Era su propia naturaleza una vergüenza, una ligera máscara de perfección que encubría un núcleo de tallos e imperfecciones? Todas estas dudas le eran extrañas, aunque el horror se había alojado como un cáncer

en su pecho. Se sentía como si los sucesos que ocurrían se le estuvieran escapando de entre las manos. Las batallas contra los laer habían sido por pura vanidad, ahora lo sabía, pero habían sido vencidos y eso era lo que los rememoradores contarían. Resaltarían el elevadísimo número de bajas que habían causado, pero que atormentaban sus sueños con imágenes de los caídos, guerreros con nombres que conocía y recuerdos que compartía. En esos momentos Ferrus corría impetuosamente para enfrentarse a la flota de la Diasporex, que sus naves de exploración habían descubierto, y ya estaba próximo a los colectores solares.

La familiar rabia hacia su hermano salió nuevamente a la superficie. Todos los años de amor y los siglos de amistad se habían visto manchados por su última traición.

El te avergüenza con estas acciones y debe ser castigado.



Julius escuchó los informes del comunicador que crepitaba en los altavoces y observó a los oficiales supervisores mientras desplegaban el plan de batalla sobre la mesa de operaciones con líneas de color verde brillante.

Sin consultarlo con el primarca de los Hijos del Emperador, Ferrus Manus había ordenado que la 52.ª Expedición avanzara a toda máquina hacia la estrella Carollis en respuesta al descubrimiento de los colectores solares por parte de la *Ferrum*. La Diasporex había reaccionado al impetuoso avance, se apresuraba a recuperarlos. Al contrario que en enfrentamientos anteriores, no iba a tratarse de una emboscada para atacar y huir, pero a Julius le parecía evidente que sin la puntual ayuda de las naves de la 28.ª Expedición, los de la 52.ª no podrían evitar que la Diasporex escapara una vez más.

El puente de la *Orgullo del Emperador* estaba en silencio. El quedo hacer de la tripulación y el crepitar de las máquinas eran los únicos sonidos que se oían. Julius deseaba que hubiera algún ruido, que pasara algo fuera

de lo ordinario para que todo el mundo fuera consciente de que, sin la presencia de Fulgrim, las cosas no eran como deberían ser. Había un gran agujero en el puente que normalmente llenaba el carismático liderazgo de Fulgrim, pero la rutina de la tripulación del puente seguía su curso, como siempre, y consideró que su insensibilidad ante la ausencia del primarca era exasperante.

El capitán de la *Orgullo del Emperador*, Lemuel Aizel, un guerrero tan acostumbrado a seguir las órdenes del primarca que no había dado ninguna por iniciativa propia, simplemente había enviado la nave de los Hijos del Emperador tras los Manos de Hierro. Julius podía notar que éste se encontraba perdido sin la tranquilizadora presencia de su amo y señor junto a él.

Incluso sus otros capitanes parecían ajenos, y tuvo que luchar para controlar su temperamento ante sus poco atentos sentidos. Solomon, que hacía muy poco que había regresado al servicio activo, miraba intencionadamente el mapa general, aunque quedó satisfecho al ver que Marius tenía su misma expresión de disgusto. Julius se estaba volviendo incontrolablemente furioso, deseaba que alguien rompiera el silencio y la monotonía del puente, y comprobó que estaba apretando los puños. Luchó contra el deseo de golpear las caras de algunos de los tripulantes del puente, únicamente para sentir algo diferente a la imposibilidad que sus sentidos le mostraban.

—¿Estás bien? —le preguntó Solomon, que estaba junto a él—. Pareces tenso.

—¡Es obvio que estoy tenso! —le espetó Julius. El sonido de su propia voz era un agradecido descanso para su estrés y disipaba parte de su rabia por medio del volumen—. ¡Ferrus Manus ha lanzado su flota directamente contra la Diasporex, y nosotros hemos de alcanzarlo y librar una batalla sin plan ni perfección alguna!

Las cabezas se volvieron ante su exabrupto, y Julius sintió cómo una curiosa sensación de euforia recorría su cuerpo. Había dejado anonadado a Solomon, y sintió un exquisito cosquilleo al dejar que sus pensamientos escaparan de la correa de control.

—Calma tus ánimos —dijo Solomon, sujetándolo con fuerza por el brazo—. Es cierto que los Manos de Hierro han empezado sin nosotros, pero eso puede favorecernos. Seremos el martillo que golpee en el yunque de los Manos de Hierro.

La idea de la batalla extinguió su rabia anterior, y la idea de que iban a luchar de forma desestructurada y sin un plan le provocó un satisfactorio escalofrío de expectación.

—Tienes razón —dijo—. Esta es exactamente la razón de que estemos aquí.

Solomon lo miró inquisitivamente durante un segundo antes de volver su atención a la mesa de operaciones.

—Ya no falta mucho —dijo, tras unos instantes de deliberación.

—¿Para qué? —quiso saber Marius.

—Para la matanza —respondió Solomon, y Julius sintió como su pulso se aceleraba.



DIEZ

LA BATALLA DE LA ESTRELLA CAROLLIS
HACIA EL CENTRO
NUEVOS LÍMITES DE EXPERIENCIA

Saturado con la energía recolectada del sol, la explosión del colector solar se expandió como el nacimiento de una nueva estrella. Unas ardientes nubes de restos y la energía liberada se propagaron más de cien kilómetros, y destruyeron las naves de guerra que se habían arriesgado a pasar cerca del colector para intentar conseguir una cierta ventaja en la batalla que se estaba librando en la corona de la estrella.

Cerca de un millar de naves de guerra operaban y maniobraban por encima de la estrella Carollis, cada una de ellas realizando su propio e intrincado ballet mientras los cegadores rayos de los disparos y los oscilantes rastros de los torpedos cruzaban el espacio entre ellas.

Finalmente trabada en combate con los Manos de Hierro, la flota de la Diasporex se había convertido en una bestia acorralada que protegía a sus crías. Naves de guerra de antiguo diseño fuertemente armadas formaban un cordón alrededor de los colectores solares, mientras las naves de escolta

más pequeñas y rápidas trataban de burlar el bloqueo de las naves imperiales para llevar a sus valiosísimos protegidos lejos de la batalla.

Algunas lograron escabullirse, pero muchas más se vieron sacudidas por el incesante bombardeo y fueron reducidas a fragmentos de metal pocos instantes después de ser tomados como objetivo por los artilleros de la 52.ª Expedición. Las ardientes explosiones iluminaban el espacio, se expandían rápidamente cuando los fuegos de su muerte prendían en las nubes de gases inflamables que rodeaban el espacio próximo a la estrella.

La *Puño de Hierro* encabezó la carga de los Manos de Hierro, abriéndose paso por el centro de la flota Diasporex y golpeando las naves enemigas con devastadoras andanadas. Los aceleradores de masas y una batería tras otra de cañones martilleaban las naves de la Diasporex, y los chorros de oxígeno lanzado al espacio surgían constantemente de las naves heridas.

Las rachas de fuego nuclear surgían de la superficie de la estrella, seguidas de nubes de material radiactivo que bañaban la batalla con rayos de luz. Los cazas y bombarderos más pequeños eran despedazados por estas violentas reacciones aleatorias de la estrella, haciendo que su munición ardiera y lanzando a las diminutas naves girando salvajemente por el espacio como meteoritos.

Una nave de guerra alienígena rivalizaba con los Manos de Hierro; armas desconocidas disparaban rayos de energía que fundían los cascos de las naves imperiales, inutilizaban sus sistemas de armamento o ligaban las naves a la voluntad de la flota enemiga. La confusión reinó cuando las naves imperiales volvieron sus cañones hacia las naves aliadas, hasta que Ferrus comprendió lo que estaba sucediendo y condujo a la *Puño de Hierro* hacia lo más duro del combate para destruir a la nave enemiga con una devastadora andanada de torpedos de corto alcance.

La nave alienígena se despedazó en medio de una cadena de explosiones, desgarrada desde el interior por los puntos en que los torpedos habían atravesado un casco tras otro antes de detonar en el corazón de su objetivo.

Pese a los esfuerzos de los capitanes de la flota Diasporex, el cordón de naves establecido ante los colectores solares no pudo resistir el empuje de los Manos de Hierro. Atrapadas contra el horno de la estrella Carollis, la confederación democrática multiétnica de la Diasporex estaba condenada a la destrucción. Enfrentados al férreo liderazgo de Ferrus Manus, sus numerosos capitanes no podían coordinarse con la rapidez o la astucia suficientes para superar la ferocidad táctica del primarca.

El ardiente halo que rodeaba la estrella estaba convirtiéndose en el cementerio de miles de alienígenas y humanos de la Diasporex mientras la 52.ª Expedición la desgarraba a su paso, descargando la rabia y la furia de los últimos meses en una imparable tormenta de fuego de baterías y misiles. Ardieron naves de ambos bandos, y si ése iba a ser el final de la Diasporex, iba a ser un final épico que pasaría a las leyendas.

La *Ferrum* luchaba en el centro de la batalla. El capitán Balhaan estaba vengando su anterior fracaso en el furor de la batalla. Más ágil que la mayoría de las naves de guerra de la Diasporex, se coordinó magníficamente con la *Armorium Ferrus* para lograr superar las maniobras de las naves enemigas y atacadas siempre por sus puntos más vulnerables. Las devastadoras andanadas destruían los motores de sus presas, y cuando éstas quedaban muertas en el espacio, la *Armorium Ferrus* se acercaba para destruir las indefensas naves con sus andanadas de los cañones principales.

Pero todo aquello no quería decir que la Diasporex no estuviera cobrándose un elevado precio. Aunque al principio sus naves luchaban en esta batalla individualmente, no como una flota, no pasó mucho tiempo antes de que una gigantesca nave de guerra en el centro de la flota Diasporex tomara el mando. Era una nave híbrida, con las características del diseño humano y aditamentos de grotesca naturaleza alienígena.

Mientras Ferrus Manus reconocía el momento en que la nave híbrida tomó el mando, la flota de la Diasporex volvió a mostrar los dientes. Oleadas coordinadas de bombarderos inutilizaron la *Gloria de Medusa* y, contra toda probabilidad, destruyeron la *Corazón de Oro*. Una osada operación de abordaje contra la *Sueños de Hierro* logró ser rechazada, aunque a duras penas, y la nave quedó casi indefensa, para ser finalmente

destruida por una andanada casi despreocupada de la nave de mando híbrida.

La peor pérdida de la flota imperial se produjo cuando la barcaza de batalla *Metallus* fue destruida por un rayo enemigo que atravesó su reactor y la vaporizó en una explosión que rivalizó con la del primer colector solar.

Docenas de naves próximas se vieron atrapadas en la terrible violencia de su destrucción, y fueron empujadas a su muerte en el ardiente abrazo de la estrella. Cuando el fuego nuclear de la destrucción de la nave desapareció, no quedaba más que un agujero de espacio vacío. Los capitanes de la Diasporex no tardaron en reaccionar ante la oportunidad que se les presentaba.

En pocos minutos, las naves de escolta empezaron a cambiar su curso para dirigir los preciados colectores solares a través del agujero.

Era un movimiento arriesgado, y las naves más pesadas de la Diasporex empezaron a destrabarse de la flota de los Manos de Hierro. Estaban arriesgándose mucho, y habrían tenido éxito con la maniobra sí las naves de los Hijos del Emperador no hubieran descubierto su presencia e iniciado su propio trabajo de destrucción contra las naves de la Diasporex.



El torpedo de abordaje se sacudió con violencia al ser lanzado. No era más que un tubo de metal propulsado a través del espacio en un viaje que podría acabar en muerte o en una enconada batalla. Aunque todavía le dolía todo el cuerpo, Solomon disfrutaba de la posibilidad de volver a luchar contra el enemigo, a pesar incluso del gran desasosiego con el que había recibido la orden de Fulgrim de que fueran enviados contra la Diasporex a bordo de torpedos de abordaje.

Los astartes normales practican asaltos a astronaves pensados para tropas especializadas en realizar ataques relámpago contra sistemas vitales, como los sistemas de armamento o los motores, antes de llevar a cabo

rápidas retiradas, pero esta misión tenía como objetivo capturar la nave de mando y acabar con la batalla de un plumazo.

Este tipo de acciones eran peligrosas en el mejor de los casos, pero atravesar el trozo de espacio entre las naves enfrentadas en medio de un combate tan violento a Solomon le parecía una locura.

Fulgrim los había sorprendido a todos cuando entró en el puente al inicio de la batalla equipado con todo su equipo de combate en vez de con la capa de capitán de la nave, y rodeado por su Guardia del Fénix.

Su armadura había sido magníficamente pulida, y Solomon vio que habían añadido nuevos adornos en las brillantes placas de sus grebas. El águila dorada de la placa pectoral brillaba con un resplandor cegador, y sus pálidos rasgos estaban iluminados ante la perspectiva de la batalla. Solomon se dio cuenta de que, en vez de la dorada *Filo de fuego*, llevaba ceñida a la cintura la espada de empuñadura plateada que había encontrado en Laeran.

—¡Ferrus Manus puede haber iniciado esta batalla sin nosotros —había gritado Fulgrim—, pero por Chemos que no la va a acabar sin nosotros!

Una feroz energía había tomado repentinamente el puente de la *Orgullo del Emperador*, y Solomon notó su paso de un guerrero a otro, como si de una corriente eléctrica se tratara. Julius había saltado rápidamente para cumplir las órdenes del primarca, al igual que Marius, aunque éste lo hizo con tenaz determinación más que con genuino entusiasmo.

En vez de completar la destrucción de la Diasporex desde una posición táctica, como Solomon creía que la situación requería, Fulgrim había decidido llevar el combate directamente al enemigo, y ordenó a las naves de la 28.ª Expedición que avanzaran para ponerse a corto alcance.

La información de la *Puño de Hierro* había revelado la presencia y localización de la nave de mando enemiga, y Fulgrim había dirigido inmediatamente a la *Orgullo del Emperador* contra ella. Ferrus Manus podía haber iniciado prematuramente el ataque, pero los Hijos del Emperador se llevarían la mayor parte de la gloria al desgarrar el corazón de la Diasporex.

No sólo eso, sino que Fulgrim volvería a encabezarlos en el ataque.

Aunque a Solomon al principio esta estrategia le parecía arrogante, no podía negar el cosquilleo que sentía al dirigir a sus hombres hacia la boca del lobo, pese a su aversión a hacerlo a bordo de un torpedo de abordaje. Gaius Caphen estaba sentado frente a él, con los ojos fijos en los rudimentarios controles que guiaban su avance por el espacio y la mente perdida en la batalla que se avecinaba.

Solomon y los guerreros de la Segunda Compañía iban a penetrar en primer lugar en la nave híbrida para asegurar el perímetro, antes de que Fulgrim y la Primera reforzaran su posición y avanzaran por la nave en dirección al puente para destruirlo con cargas de demolición. En teoría, lo poco que quedara de la estructura táctica de la flota Diasporex quedaría desorganizada por la pérdida de la nave de mando, y el resto de la flota podría ser fácilmente destruida por el resto de la flota imperial.

—Impacto en diez segundos —dijo Caphen.

—¡Preparados para el impacto! —ordenó Solomon—. En cuanto se abra la cápsula, dispersaos y matad a todo el que encontréis. ¡Buena cacería!

Solomon cerró los ojos y se inclinó en posición para resistir el choque del torpedo contra el casco de la nave enemiga. Los compensadores inerciales reducirían el impacto de «totalmente letal» a «meramente capaz de romper los huesos». Escuchó las detonaciones de las cargas del morro del torpedo, que estallaron secuencialmente para abrirse camino a través de la superestructura de la nave.

La fuerza de las detonaciones y el aullante chirrido del metal rasgado recorrieron toda la longitud del torpedo. Solomon notó cómo su visión se enturbiaba y cómo su recién sanado cuerpo protestaba por la fuerza del choque y la desaceleración. Le pareció una eternidad, aunque posiblemente no duró más que unos pocos segundos, antes de detenerse y explotar la última carga en el cono de proa para despejar lo que había delante del torpedo. La rampa de asalto bajó en medio de un ardiente infierno de metal retorcido y ennegrecido, salpicado de cadáveres destrozados.

—¡Adelante! —gritó Solomon, golpeando el liberador del arnés gravitatorio y poniéndose en pie—. ¡Todo el mundo fuera! ¡Vamos!

Preparó su bólter personalizado, pues sabía que ésa era la fase más vulnerable de cualquier asalto con torpedos de abordaje. Había que aprovechar la conmoción y el horror de su llegada para evitar que se consolidara resistencia alguna.

Solomon cargó por la rampa hacia una sala abovedada de techo alto, ennegrecidas columnas y muros apandados con madera oscura. La madera quemaba, y varias de las columnas gemían bajo el peso del techo, pues muchas de las otras columnas habían sido destruidas por el impacto del torpedo de abordaje. El humo y las llamas oscilaban, aunque los sentidos automáticos de la armadura de Solomon compensaban la reducida visibilidad.

La sala estaba llena de cuerpos calcinados, destrozados por el impacto, y otros cuerpos se estremecían y gritaban agónicamente mientras las llamas los consumían. Solomon no les hizo caso alguno, pues estaba atento a los distantes choques que le indicaban que el resto de su compañía estaba atravesando el casco de la nave.

Los guerreros de la Segunda se dispersaron en dirección al movimiento en ambos extremos de la sala. Los guerreros enemigos estaban acudiendo para repeler el ataque. Solomon hizo una mueca al comprobar que habían llegado demasiado tarde. Los proyectiles bólter acribillaron a los defensores, destrozándolos, aunque una ráfaga de respuesta disparada desde el otro extremo hizo salir despedido a uno de sus guerreros con un gran agujero en el pecho.

Solomon giró el bólter para enfrentarse a la nueva amenaza, y disparó una rápida ráfaga que envió al extraño cuadrúpedo rodando por los suelos. Sonaron más disparos y gritos, y en pocos instantes la sala estaba llena de estampidos y explosiones.

—Gaius, toma la derecha y asegúrala —dijo, moviéndose hacia el otro extremo de la sala a medida que otros tripulantes de la nave acudían para neutralizar la brecha en sus defensas. Solomon mató a otro enemigo, esta vez viendo a su objetivo de forma clara por primera vez, pues sus guerreros habían obligado al enemigo a retroceder en medio de una tormenta de proyectiles bólter.

Varias ráfagas controladas limpiaron las entradas de la sala de soldados enemigos mientras Solomon examinaba el cadáver de uno de los alienígenas. Gaius Caphen organizó a los astartes para asegurar la sala ante cualquier contraataque, preparado para la llegada de los refuerzos.

El alienígena muerto era un cuadrúpedo de fuerte musculatura y piel ocre, con escamas como una serpiente, pero más duras y quitinosas. Parte de sus extremidades habían sido potenciadas con protéticos mecánicos, y su cabeza era alargada. No parecía tener ojos, y la boca era un oscuro círculo de dientes cubierto de antenas oscilantes. Una extraña armadura había sido fijada a su espalda, conectada con una serie de cables a su columna y a las extremidades con más dedos.

Las otras criaturas muertas eran de la misma especie, pero otros de los defensores de la sala eran claramente humanas, sus retorcidos cuerpos inmediatamente reconocibles a pesar de las mutilaciones que habían sufrido por las detonaciones de las cargas del torpedo. Que humanos lucharan junto a alienígenas era algo que Solomon no podía entender. La mera idea de unas criaturas tan extrañas trabajando, viviendo y luchando junto a humanos de pura sangre, descendientes de los habitantes de la Vieja Tierra, era repugnante.

—Estamos preparados —dijo Caphen, apareciendo junto a él.

—Bien —respondió Solomon—. No entiendo cómo pueden haber hecho esto.

—¿Hecho qué? —le preguntó Caphen.

—Luchar junto a xenos.

Caphen se encogió de hombros, aunque fue un movimiento extracto a causa de la armadura.

—¿Eso importa?

—Claro que importa —dijo Solomon—. Si comprendemos lo que motiva a alguien a olvidar a su Emperador, podremos evitar que vuelva a suceder.

—Dudo que estos tipos hayan llegado a oír hablar jamás del Emperador —dijo Caphen, al tiempo que golpeaba con su bota el requemado cuerpo

de un soldado humano—. ¿Puedes volverte contra alguien de quién jamás has oído hablar?

—Pueden no haber oído hablar del Emperador, pero eso no los excusa —dijo Solomon—. Debería ser evidente que las asociaciones con chusma alienígena como ésta sólo pueden acabar mal. Era parte de nuestro manifiesto cuando nos unimos a la cruzada: no permitas que el alienígena viva.

Solomon se arrodilló junto al hombre muerto y levantó su cercenada cabeza del suelo. Tenía la piel ensangrentada y la columna había sido destrozada desde el interior. Su armadura era una elaborada combinación de malla cinétotrópica y placas reflectoras de energía que no había podido detener la brutalidad de un proyectil de bólter.

—Mira este hombre —dijo Solomon—. La sangre de la Vieja Tierra corría por sus venas, y si no fuera por su asociación con los alienígenas habríamos podido ser aliados en la consecución de los objetivos de la Gran Cruzada. Toda esto no es más que una terrible pérdida de lo que podría haber sido, de la hermandad que se habría podido forjar con esta gente. Pero no puede haber dudas en la lucha por la supervivencia, sólo existe lo correcto y lo incorrecto.

—¿Y él eligió lo incorrecto?

—Sus comandantes tomaron la decisión incorrecta, y ése es el motivo por el que está muerto.

—¿Estás diciendo que sus comandantes son los responsables y que nosotros podríamos haber sido amigos de este hombre si las circunstancias hubieran sido otras?

Solomon negó con la cabeza.

—No. Tamaño mal únicamente puede haberse dado si los hombres buenos callan y lo permiten. No sé cómo la Diasporex incorporó a los alienígenas, pero si suficiente gente se hubiera opuesto a la decisión esto no habría sucedido jamás. Su destino sólo depende de ellos, y no tengo ningún remordimiento en matarlos. Todo guerrero que cumple las órdenes de sus líderes debe aceptar la responsabilidad de lo que hace.

—¡Y yo que pensaba que el capitán Vairosean era el pensador! —exclamó Gaius Caphen.

Solomon sonrió.

—Tengo mis momentos.

Antes de que pudiera decir nada más, una voz en el interior de su casco.

—Capitán Demeter, ¿está asegurada la zona de aterrizaje? —Solomon se puso rígido al reconocer la voz de su primarca.

—Lo está, señor —respondió Solomon.

—Que todo el mundo esté preparado, en seguida estaré ahí —replicó Fulgrim.

Aunque la Diasporex estaba atrapada entre la estrella Carollis y la flota combinada imperial, todavía conservaba el espíritu de lucha, y mientras su nave capitana siguiera activa, la victoria no sería fácil.

Más y más colectores solares estaban explotando cuando sus escoltas eran destruidas o cuando, inertes en el espacio, caían hacia la estrella. Algunas de las naves más pequeñas lograron escapar del cordón imperial, pero eran totalmente irrelevantes frente a las grandes naves de combate que seguían luchando con furia indómita.

La *Orgullo del Emperador* luchaba siguiendo tácticas extraídas directamente de los textos de estrategia naval. El capitán Lemuel Aizel la dirigía con metódica precisión, pero sin estilo. El resto de la flota de los Hijos del Emperador seguía su ejemplo y atacaba al enemigo según modelos de ataque perfectamente ejecutados, y destruían al enemigo de forma eficiente, diseccionándolo elegantemente.

En contraste, las naves de los Manos de Hierro luchaban como leones de hierro de Medusa, destrozando al enemigo en ataques de pasada que les permitieron destruir más naves que la flota de los Hijos del Emperador.

En medio de la tormenta de fuego, la *Pájaro de Fuego* flotaba como el más grácil de los pájaros, con sus alas dejando vórtices de gases ardiendo a su paso. Como un cometa deforme que dejara un rastro de llamaradas tras él, la nave de asalto parecía mecerse fácilmente entre las explosiones y las ráfagas de proyectiles que iluminaban el infierno de la corona estelar.

Como si fueran conscientes del peligro que la ardiente nave de asalto representaba, un par de cruceros de la Diasporex alteraron su curso para interceptarla, y cuando la red de cañones y láseres se centró en la *Pájaro de Friego*, su destrucción parecía asegurada. La nave del primarca reaccionó desesperadamente para evitar la tormenta de disparos, pero se estaba quedando sin espacio para maniobrar, y cada nueva detonación se acercaba un poco más a ella.

Mientras los cruceros se aproximaban para asestarle el golpe de gracia, una monstruosa sombra los envolvió: la *Puño de Hierro* se interpuso y disparó una serie de andanadas desde sus docenas de baterías. A tan corta distancia el resultado fue devastador. El primer crucero quedó desmenuzado en medio de una serie de explosiones en cadena que destruyeron la superestructura desde el interior y la hicieron explotar en medio de un torrente de plasma y oxígeno. La segunda nave sobrevivió el tiempo suficiente para devolver el fuego contra la *Puño de Hierro*, matando a centenares de sus tripulantes e infligiendo daños considerables en la nave insignia de Ferrus Manus antes de quedar inutilizada por una segunda andanada que la destruyó en medio de una gigantesca explosión.

Salvada de la destrucción, la *Pájaro de Fuego* se alejó del fragor de ese combate hacia la nave híbrida de mando que los guerreros de Solomon Demeter habían asegurado. Al aproximarse, las torretas de defensa trataron frenéticamente de alcanzarla, como si la nave sintiera que su fin se acercaba en esas alas de fuego, pero ningún disparo logró ni siquiera acercarse a la nave de Fulgrim, tal era su letal gracia y maniobrabilidad.

Como una gigantesca ave de presa lanzándose sobre su presa, la *Pájaro de Fuego* planeó por encima del puente de la nave híbrida y sus garras de abordaje descendieron para sujetarse con fuerza al casco de la nave enemiga, vertiendo al espacio cristalinas nubes de oxígeno procedentes de su interior.

En cuanto las placas de blindaje del casco exterior fueron atravesadas, el tubo umbilical de atraque atravesó el casco interior de la nave, creando un corredor presurizado que permitiría al primarca de los Hijos del Emperador abrir un sanguinario camino por el corazón de la Diasporex.

Julius siguió a su primarca y cayó al suelo de la nave enemiga a tiempo de ver a Fulgrim desenvainar su espada argéntea. Su comandante se levantó cuan alto era mientras cien o más soldados enemigos, humanos y bestias que galopaban a cuatro patas, se abalanzaban contra ellos. Julius sintió cómo su corazón se aceleraba por la emoción de la batalla cuando las armas vomitaron fuego, pero Fulgrim desvió con su espada los rayos de energía, que rebotaron en las paredes y en el techo.

Lycaon y los guerreros de Julius saltaron desde el vientre de la *Pájaro de Fuego* y observaron anonadados cómo su primarca cargaba contra el enemigo. La magnificencia de Fulgrim todavía tenía el poder de hacerles contener la respiración, y el honor de ir a la batalla junto a esa criatura divina era inconmensurable.

Fulgrim levantó la pistola, un arma con el poder de un sol creada en las forjas de los Urales, para disparar una ráfaga de proyectiles fundidos. Las oscilantes luces que dejaban los proyectiles a su paso iluminaron la sala; el brillo plateado de su estructura reflejaba el brillo de los disparos cuando éstos desgarraban carne, hueso y armadura.

Hombres y alienígenas por igual aullaban cuando los disparos del primarca los destrozaban.

—¡Dispersaos! ¡Abrid fuego! —gritó, aunque sus guerreros no necesitaban que se lo ordenara.

Se dispararon las primeras ráfagas de bólter, segando las filas de los alienígenas. El fuego de respuesta abatió a uno de los guerreros de la Primera, pero para entonces ya era demasiado tarde, pues muchos más astartes estaban llegando desde la *Pájaro de Fuego*. Y empezó la matanza.

—¡Capitán Demeter! —gritó Fulgrim por el comunicados riendo por la alegría que sentía al encontrarse una vez más en medio de una batalla—. Tiene mi posición, únase a mí. ¡Este será nuestro momento más glorioso!

* * *

Solomon condujo a sus guerreros desde el cavernoso espacio en que habían penetrado los torpedos de abordaje, avanzando a un paso frenético por las salas de la nave enemiga para unirse a su primarca. Podía oír ruido de disparos a su alrededor mientras otros miembros de su compañía se abrían paso hacia su objetivo. Algunas batallas esporádicas surgían allí donde los defensores de la nave trataban de impedir que los asaltantes reunieran sus fuerzas, pero era un objetivo vano. Los torpedos habían penetrado en un área lo suficientemente grande para que pudiera contenerse la amenaza sin dispersarse peligrosamente.

Los guerreros de la Segunda Compañía atravesaron las posiciones defensivas del enemigo, y cuantos más astartes se unían al combate que los conduciría al puente de la nave, más inevitable era la victoria.

Podía ver en su visor los destellos azules que representaban a Fulgrim y a Julius, sabiendo que ellos también se dirigían al puente. En cualquier asalto en el que se debe abordar una nave enemiga, la clave es entrar y salir rápidamente, antes de que los defensores puedan contraatacar. Solomon sabía que las; misiones para atacar el puente de una nave de combate eran las más sangrientas, pues ése era el objetivo más fuertemente defendido.

No sabía si tuvieron una gran suerte o si fue la habilidad de Gaius Caphen en los controles del torpedo, pero habían abordado la nave mucho más cerca del puente de lo que hubiera creído posible, y habían evitado la mayor parte de la estructura defensiva de la nave. Nuevas tropas estaban corriendo a interceptarlos, pero con la fuerza encabezada por el primarca y Julius convergiendo también en el puente, era demasiado tarde para que pudieran detenerlos.

Solomon refrenó su avance al aproximarse a un cruce de cuatro pasillos y ver marines con los colores de la Segunda acercándose por el pasillo opuesto.

Hasta ese momento no había sido consciente de lo mucho que le había dolido perderse el combate final en Laeran.

Si realmente existían dioses de la batalla, entonces éstos le habían ofrecido una increíble oportunidad para la gloria. Solomon rió mientras les dedicaba un simple gesto de agradecimiento. Llegó al borde del cruce y

agachó la cabeza para mirar por la esquina, y vio una posición defensiva al final de un estrecho corredor. Aproximadamente una docena de soldados enemigos defendían una barricada formada por barreras de acero, aunque él estaba seguro de que había más fuera de la vista. Una torrera con un cañón automático estaba fijada al techo, y el tubo de un pesado cañón rotatorio surgía de una aspillera en la barricada.

Solomon se echó hacia atrás cuando una ensordecedora lluvia de proyectiles rugió en el corredor y rebotaron en el acero junto a él, haciendo saltar esquirlas de metal.

—Bien —dijo—, nos han preparado un buen recibimiento.

Se dio la vuelta y le hizo señales a Caphen para que se acercara. Le entregó su bólter.

—Gaius, alguien tiene que ir por el centro.

Aunque ambos guerreros llevaban el casco puesto, Solomon pudo notar la reacción de Caphen.

—Déjeme adivinarlo —dijo Caphen—. ¿Usted?

Solomon asintió.

—Necesito que me cubráis.

—¿Está seguro? —inquirió Caphen señalando el metal retorcido de la esquina del cruce—. ¿No ha visto lo que ha sucedido?

—No te preocupes —dijo Solomon—. Estaré bien si todos vosotros me cubrís. Sólo avisadme cuando empecéis a disparar, ¿vale?

Caphen asintió con gesto grave.

—Quiero el mando, pero no porque se haga matar por demostrar algo.

Solomon desenvainó la espada y flexionó los hombros, preparándose para la brutal ferocidad del combate cuerpo a cuerpo.

—Tendrás el mando —prometió—, pero no tengo ninguna intención de morir aquí.

—¿Al menos podemos utilizar granadas antes de empezar? —le preguntó Caphen.

—Si eso te hace feliz, adelante.

Segundos después, un trío de granadas trazó un ángulo por el corredor. Solomon esperó hasta escuchar el ruido que hicieron al tocar el suelo. Los

corredores defensivos que conducían al puente de la nave estelar estaban diseñados para ser lo suficientemente largos para que una granada no pudiera ser lanzada de un extremo a otro, pero esta nave había sido diseñada en un época anterior a la creación de los marines espaciales, y las tres granadas habían sido lanzadas con suficiente fuerza como para alcanzar las barricadas. Las granadas detonaron simultáneamente con poderosas ondas expansivas que engulleron a los defensores en humo y llamas.

En cuanto oyó la explosión, Solomon giró la esquina y empezó a correr hacia el humo y los gritos que se oían al otro extremo del corredor. Sus sentidos potenciados distinguieron el chirrido de las armas automáticas preparándose para abrir fuego, y se propulsó con los brazos para llegar lo más lejos posible antes de que lo despedazaran.

—¡Abajo! —gritó Caphen detrás de él, y se tiró hacia adelante, resbalando por el suelo hasta chocar con la barricada de acero.

Los proyectiles de bólter resonaron por los estrechos pasillos mientras el aire por encima de su cabeza se llenaba de una letal ráfaga de proyectiles. Oyó las explosiones de sus detonaciones y los gritos de los moribundos. Caphen ordenó otra ráfaga, y esta vez Solomon escuchó el crujido y el retumbar del metal partiéndose cuando el cañón automático fue arrancado de su montura.

Solomon se puso de pie y activó su espada con un rugido de dientes chirriantes. Los gritos de los heridos se podían oír por encima del crepitar de las llamas y el eco de los proyectiles de bólter. Solomon puso la mano sobre la chamuscada barricada y saltó por encima de ella. Un soldado en llamas atravesó el humo frente a él, y Solomon lo golpeó con su espada, partiendo al hombre desde el cuello a la pelvis.

Rugió de furia mientras atravesaba el pecho de otro hombre, sin dar tiempo al enemigo para reagruparse o recuperarse de la sorpresa de su repentina aparición en medio de su posición.

Su hoja era como una cuchilla que atravesaba la carne del enemigo y sus primitivas armaduras. Los dientes de su arma chirriaban sin parar mientras mataban.

Algunos disparos efectuados a quemarropa rebotaron en su armadura, y un buen grupo de enemigos lo rodearon. La ignorancia de los soldados de la Diasporex acerca de la letalidad de un astartes los envalentonaba. Solomon golpeaba con codos y puños además de con la espada, y hundía cráneos hasta los hombros y aplastaba cajas torácicas con cada golpe.

En pocos segundos todo había acabado, y Solomon bajó su ensangrentada espada mientras el resto de sus guerreros avanzaba por el corredor hacia él. Su armadura estaba cubierta de sangre, y los cuerpos de casi cincuenta soldados yacían a su alrededor, destrozados y machacados hasta la muerte por su furia.

—Veo que sigue vivo —dijo Caphen, enviando varios astartes hacia delante para asegurar el avance.

—Ya te dije que no pensaba morir aquí —le respondió.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Caphen.

—Seguimos adelante. Ya casi estamos en el puente.

—Sabía que diría eso.

—Estamos muy cerca, Gaius —dijo Solomon—. Después de haber sido derribado en Lacran, ¿no sientes la necesidad de ganar un poco de gloria? Si tomamos el puente antes que cualquier otro, eso será lo que todo el mundo recuerde, no que nos perdimos la acción en Lacran.

Caphen asintió, y Solomon sabía que su lugarteniente estaba tan hambriento de gloria como él mismo. El capitán se rió antes de dar su siguiente orden a gritos:

—¡Sigamos adelante!



Julius trastabilló cuando un rayo de energía argéntea, como mercurio líquido, golpeó la protección de su hombro y atravesó la ceramita. La criatura que tenía ante él se encabritó sobre sus cuartos traseros; sus poderosamente musculados brazos salieron en su busca mientras le

disparaba una vez más con el arma montada en la muñeca. Se apartó de la trayectoria del disparo, notando el frío glacial de éste sobrepasándolo.

Su piel amarillenta se volvía rojiza en la barriga, y Julius lanzó su espada hacia el cuerpo del alienígena mientras éste atacaba. Su velocidad era fenomenal, y sus garras lo golpearon en el casco, destrozándolo desde la mandíbula hasta la sien. Su visión se convirtió en estática, y el golpe lo hizo salir rodando. Se arrancó el casco mientras se ponía en pie con la espada extendida ante él.

La bestia que tenía Julius delante volvió a golpearlo, y sonrió de placer ante la idea de luchar contra un enemigo que realmente pusiera a prueba sus habilidades. El ruido de la batalla resonaba en sus oídos, y podía oír la sangre fluyendo por las venas mientras se alejaba de las letales garras de la bestia. Esquivó otro ataque de las garras del alienígena y lanzó un tajo con la espada en dirección a su cuello que le separó la cabeza del cuerpo.

Un chorro de brillante sangre arterial bañó a Julius mientras la criatura se desplomaba contra el suelo. La sangre sabía cálida en sus labios, el olor alienígena se le agarraba viscosamente a la nariz, e incluso sentía el dolor de su cabeza maravillosamente real, como si estuviera sintiendo dolor por primera vez.

A su alrededor, los guerreros de la Primera luchaban con los repugnantes alienígenas mientras avanzaban por las salas argénteas de la nave en su ruta hacia el puente. Vio a Lycaon luchando con otro de los poderosos cuadrúpedos, y lanzó un grito cuando su ayudante cayó al suelo con la espalda partida en dos por el impacto.

Julius se abrió paso entre los combates hacia Lycaon, sabiendo que era demasiado tarde para él al darse cuenta de la posición en que había caído. Cayó de rodillas junto a su ayudante y dejó que lo dominara el dolor al retirar el casco de Lycaon. Sus guerreros acabaron la masacre de los defensores de la nave.

Su ataque quirúrgico había sido frenado por el contraataque de las bestias alienígenas sin ojos, pero con Fulgrim al frente, nada podía detener a los astartes. Fulgrim mataba los alienígenas a docenas, con el blanco cabello flotando demencialmente alrededor de su cabeza como humo, pero

a los alienígenas no les preocupaban las bajas, y rodearon al primarca y a su Guardia del Fénix en un intento de derrotarlos por el peso de su número.

Tal desenlace era imposible, y Fulgrim se reía mientras se abría paso entre los alienígenas con su brillante espada plateada sin dificultad alguna, matándolos con tanta despreocupación como un hombre podría matar un insecto. El primara abrió un camino entre los defensores alienígenas para que sus guerreros pudieran seguirlo mientras proseguían el avance.

Aunque Julius había sentido anteriormente un gran orgullo por sus habilidades como guerrero, jamás había experimentado una alegría física como ésa en combate, una sensación tan vivida de la brutalidad y la belleza de todo ello.

Ni había sentido tanta excitación en su dolor.

Había perdido amigos anteriormente, pero el dolor se había visto atemperado por el conocimiento de que habían muerto como guerreros a manos de dignos adversarios. Al mirar los ojos sin vida de Lycaon sintió la pérdida y la culpa ardiendo en su interior, al darse cuenta de que, aunque echaría de menos a su amigo, se regocijaba en las sensaciones que su muerte había despertado en su interior.

Tal vez esa percepción era un efecto secundario del nuevo producto químico que se había suministrado a los Hijos del Emperador, o tal vez su experiencia en el templo laer había despertado sentidos desconocidos hasta ese momento que le permitían alcanzar esos vertiginosos niveles de experiencia.

Fuera cual fuera la razón, Julius estaba orgulloso de ellos.

La escotilla que conducía al puente saltó por los aires con un estallido hueco, las cargas arrancaron buena parte de la superestructura al detonar. El humo surgió como la sangre de una herida mientras Solomon atravesaba el agujero creado en la estructura de la nave. Había recuperado su bólter y disparó desde la cintura mientras avanzaba. Lo seguían sus guerreros, que se abrían en abanico detrás de él mientras una poco metódica andanada de disparos se dirigía hacia ellos.

Una bala perdida lo alcanzó en la mandíbula, y cayó de rodillas al perder el equilibrio durante un segundo. El puente de la nave híbrida se

parecía al puente de la *Orgullo del Emperador* en tanto que mantenía la distribución básica de un centro de mando en una nave estelar, pero mientras que la nave de Fulgrim poseía una perfecta combinación de funcionalidad y belleza, la nave insignia de la flota Diasporex era evidente que procedía de una época en que esos miramientos se consideraban irrelevantes. Oscuras arcadas de hierro formaban una serie de compartimentos abovedados en los que la tripulación de la nave trabajaba y desde los que el capitán dirigía la nave. El brillo de la estrella Carollis y los destellos de la batalla espacial podían apreciarse a través del cristal blindado de las bóvedas. Unos resplandores esporádicos iluminaban el puente como una exhibición de fuegos artificiales.

Las antiguas consolas parpadeaban con multitud de cálidas luces, y Solomon comprobó que esa tecnología era tosca en comparación con la que utilizaba el Imperio.

Una mezcla de tripulantes y soldados con armaduras de malla dispararon desde barricadas apresuradamente formadas, pero los guerreros de Solomon ya estaban acabando con toda resistencia, y aniquilaban a los últimos defensores con disparos de pistola y bólter. Solomon permaneció en pie mientras el ruido de la batalla se desvanecía y sus guerreros se repartían para asegurar el puente.

Lo que quedaba de la tripulación se encontraba indefensa junto a sus consolas, con las manos levantadas en señal de rendición, aunque sus caras mostraban expresiones de resignado desafío. La mayoría no vestía armadura alguna, aunque Solomon vio que los oficiales llevaban una especie de placa pectoral ceremonial e iban desarmados, a excepción de pistolas ligeras y cuchillos ornamentales.

—Maniatadlos —ordenó Solomon, y Gaius Caphen formó grupos para atar a los prisioneros.

El puente había sido tomado y la nave era suya. «Mía» pensó, con una malévola sonrisa mientras bajaba el bólter y se tomaba un instante para explorarla extraña nave, una nave que había abandonado la Vieja Tierra miles de años antes de que él naciera.

Una gigantesca silla de mando, con un alto respaldo, se encontraba sobre una plataforma elevada bajo la bóveda central. Solomon se acercó a ella, y vio una de las extrañas criaturas cuadrúpedas con las que había luchado anteriormente atada a la silla. Cientos de cables, alambres y agujas le atravesaban el cuerpo, y su cara sin ojos se volvió para mirarlo. Solomon sintió como una creciente repulsión lo dominaba.

La sangre le cubría la parte superior del cuerpo, y Solomon observó que una bala perdida le había arrancado parte del cráneo. La sangre manaba de su cabeza y se sorprendió de que todavía siguiera con vida.

Esa… cosa, ¿había sido el capitán de la nave? ¿Su piloto? ¿Su navegante?

La criatura alienígena dejó escapar un tenue gemido y Solomon se le acercó para escuchar lo que decía, aunque no sabía si podría entenderlo.

Su boca se movió, y aunque no emitió ningún sonido con la garganta, Solomon pudo oír sus palabras tan claramente como si se las hubieran colocado directamente en su mente.

Todo lo que queríamos era que nos dejaran en paz.

—Apártese de la criatura xenos, capitán Demeter —dijo una fría voz a sus espaldas.

Solomon se volvió y vio la gigantesca figura de Fulgrim de pie en el agujero cubierto de humo por el que habían entrado en el puente. Detrás del primarca vio a Julius, que tenía la cara cubierta de sangre, y Solomon sintió un escalofrío al ver la glacial expresión de rabia que había en los ojos de ambos.

Fulgrim entró en el puente con la espada y la armadura cubiertas de entrañas alienígenas, y los ojos ardiendo por la furia del combate. Supervisó la toma del puente y después miró hacia el techo abovedado, donde los fuegos de la batalla se reflejaban opacamente en sus oscuros ojos. Solomon bajó de la plataforma para informarle.

—La nave es nuestra, mi señor.

Fulgrim hizo caso omiso de lo que le había dicho, giró sobre sus talones y abandonó el puente sin decir ni una palabra.

Fulgrim luchó por controlar su rabia mientras abandonaba el puente. La sangre le martilleaba en las sienes con tal fuerza que temía que le reventaran en cualquier momento. Sus guerreros se apartaron a su paso al ver su puño apretado con fuerza y las venas de la cara latiéndole con fuerza bajo la piel de alabastro.

Un fuego amatista le ardía en los ojos, y una gota de sangre le cayó desde la nariz mientras apretaba con más fuerza la empuñadura de su espada plateada.

¡Este había de ser su mayor triunfo!

¡Lo han echado todo a perder! Primero Ferrus Manus, y ahora Solomon Demeter.

—¡No! —gritó, y los astartes más próximos se estremecieron ante el repentino exabrupto—. ¡La *Puño de Hierro* nos salvó de la destrucción, y el capitán Demeter ha luchado con valor para ganar el honor de tomar el puente!

¿Nos salvó? No, fue por su propia vanagloria que Ferrus Manus evitó la destrucción de la Pájaro de Fuego, no por altruismo, y Demeter… ansia la gloria que debería ser tuya.

Fulgrim negó con la cabeza con fuerza y cayó de rodillas.

—No —susurró—. No puedo creerlo.

Es la verdad, Fulgrim, y tú lo sabes. En tu corazón lo sabes.

TERCERA PARTE

VISIONES DE TRAICIÓN



ONCE

EL VIDENTE
LA ANOMALÍA PERDUS
EL LIBRO DE URIZEN

En mitad de la vacía vastedad del espacio brillaba un diminuto punto de luz. Resplandecía como una joya colocada sobre un tapete de terciopelo. Era un destello doliente perdido en el cosmos en el que viajaba. Era una nave, aunque se trataba de una nave que nadie podría reconocer a excepción del rememorador más diligente y que además hubiera registrado las profundidades de la Librarium Sanctus de Terra en busca de referencias relativas a la perdida civilización eldar.

La poderosa nave era en realidad un mundo astronave, y poseía una gracia y una elegancia con la que los armadores de Terra tan sólo podían soñar. Su enorme fuselaje estaba realizado a partir de una sustancia que parecía hueso amarillento, y su forma daba la impresión de algo que más que haber sido construido, hubiera crecido. Unas cúpulas semejantes a piedras preciosas reflejaban la débil luz de las estrellas, y su interior irradiaba un resplandor parecido al fósforo, que salía a través de las superficies semitransparentes.

Unos delicados minaretes se alzaban en forma de dispersos grupúsculos de marfil. Los extremos superiores resplandecían como la plata y el oro, y de los flancos de la nave sobresalían unas amplias torres de hueso donde estaba atracada una flota de elegantes naves parecidas a los antiguas galeones oceánicos. En la superficie del gigantesco mundo astronave se veían enormes conglomerados de habitáculos de diseños maravillosos, y una hueste de luces parpadeantes describía bellos trazados a través de las ciudades.

La gran vela negra y dorada se alzaba a una altura gigantesca por encima del cuerpo principal de la nave y captaba los vientos estelares mientras avanzaba por su rumbo solitario. El mundo astronave viajaba sin compañía, y cruzaba el vacío entre estrellas igual que si fuera la última peregrinación de un actor anciano antes de que cayera el último telón.

Perdido en la inmensidad del espacio, el mundo astronave flotaba en la soledad más absoluta. Ninguna estrella iluminaba sus torres esbeltas y, lejos del calor de cualquier estrella o planeta, sus cúpulas daban a la oscuridad del espacio vacío.

Pocos aparte de aquellos que tenían unas vidas largas y melancólicas a bordo de la grácil nave planeta podían saber que era el hogar de los escasos supervivientes de planetas abandonados eones atrás en mitad de una destrucción terrorífica. En aquel mundo astronave vivían eldars, uno de los pocos restos de un pueblo que antaño había dominado la galaxia y que por un simple sueño habían sido capaces de destruir planetas y apagar soles.

El interior de la cúpula de mayor tamaño de toda la superficie del mundo astronave relucía con un brillo pálido. Su superficie translúcida cubría una multitud de árboles de cristal que se alzaban bajo la luz de estrellas muertas mucho tiempo atrás. Unos senderos tranquilos serpenteaban atravesando el bosque reluciente. Sus trazados no los conocían ni siquiera los que caminaban por ellos. Una canción silenciosa resonaba por toda la cúpula, invisible y oída por nadie, pero deseada con anhelo por su ausencia. Los fantasmas de eras pasadas y de eras por llegar llenaban la cúpula, ya que se trataba de un lugar de muerte y, por una ironía perversa, de inmortalidad.

Una figura solitaria se encontraba sentada con las piernas cruzadas en el centro del bosque, convertida en una mancha de oscuridad en mitad de aquellos resplandecientes árboles de cristal.

Eldrad Ulthran, vidente del mundo astronave de Ulthwé, sonrió con melancolía a medida que las canciones de los videntes muertos mucho tiempo atrás le llenaban el corazón de alegría y de tristeza a partes iguales. Sus rasgos suaves eran alargados y angulosos, con unos ojos estrechos y almendrados de mirada brillante. El cabello negro, que le caía por encima de unas orejas puntiagudas pero gráciles, lo llevaba recogido en una larga coleta pegada a la parte posterior del cuello.

Iba vestido con una larga capa de color crema y una túnica de un tejido negro y suave que llevaba ceñida a la cintura con un cinturón dorado tachonado de gemas y decorado con runas complejas.

La mano derecha de Eldrad estaba apoyada en el tronco de uno de los árboles de cristal, cuya estructura estaba cubierta de tracerías de luces. En sus profundidades se discernía un atisbo de rostros que flotaban en paz. En la otra mano empuñaba un largo báculo de vidente creado con el mismo material de la nave. Su superficie, cubierta de piedras preciosas, estaba cargada de energías poderosas.

Las visiones le llegaban de nuevo, y con más fuerza que antes. Sus sueños lo inquietaban por su posible significado. Eldrad había guiado a su raza a través de los momentos de crisis y de desesperación desde la época de la Caída, una era sangrienta y siniestra en la que los eldars habían pagado un terrible precio por su hedonismo y autocomplacencia. Sin embargo, ninguna de esas crisis se acercaba a la inmensa calamidad que sentía como una tormenta que se estuviera formando justo en el borde de su capacidad de visión.

Una era de caos estaba a punto de llegar a la galaxia, tan calamitosa como la Caída e igual de repentina.

Pero no lograba verla con claridad.

Sí, gracias a su viaje por la Senda del Vidente había conseguido salvar del peligro a su raza en más de un centenar de ocasiones a lo largo de los siglos, pero su visión había disminuido recientemente. Había perdido el

don mientras se esforzaba por penetrar el velo que había descendido sobre la disformidad. Llegó a temer haberlo perdido por completo, pero la canción de los antiguos videntes lo había convocado a la cúpula y le había calmado el espíritu al mostrarle el sendero auténtico cuando le dirigieron a través del bosque hasta ese lugar.

Eldrad dejó que la mente saliera de su cuerpo y sintió que las ataduras de la carne se quedaban atrás a medida que se alzaba cada vez a mayor altura y con mayor rapidez. Pasó a través del hueso espectral palpitante de la cúpula y salió a la negrura fría del espacio, aunque su espíritu no sentía frío ni calor. Las estrellas destellaron por un momento al pasar a su lado mientras viajaba por el gran vacío de la disformidad. Vio el eco de antiguas razas perdidas, las semillas de imperios futuros y el gran vigor de la última raza que había forjado su destino entre las estrellas.

Se llamaban a sí mismos «humanos», aunque Eldrad los conocía con el nombre de «mon-keigh». Se trataba de una raza de individuos de vida corta y brutal que se estaba extendiendo por el espacio como un virus. Habían conquistado su sistema solar, partiendo de la cuna de su civilización, y luego habían estallado dispersándose por toda la galaxia en una enorme cruzada que había absorbido los fragmentos perdidos de su anterior imperio y que había destruido sin piedad a todo lo que se interpuso ante ellos. La increíble belicosidad y arrojo de una tarea como aquélla todavía sorprendía a Eldrad, y ya se veían las semillas de la destrucción de la humanidad alojadas en su propio corazón.

Era incomprensible que una especie tan primitiva fuera capaz de conseguir tanto y no se viera empujada a la locura por su increíble insignificancia en el gran esquema del cosmos, pero estaban poseídos por una autoconfianza tan tremenda que sus mentes conscientes no captaban su mortalidad y su insignificancia hasta que ya era demasiado tarde.

Eldrad ya había contemplado la muerte de esa raza, con los campos empapados de sangre del mundo bautizado con el nombre utilizado para el fin de los días y la victoria final de su siniestro salvador. ¿Cambiaría su historia si conocieran su destino inevitable? Por supuesto que no, ya que

una raza como los mon-keigh jamás aceptaría lo inevitable y se esforzaría siempre por cambiar lo que no se puede cambiar.

Vio la llegada de guerreros, la traición de los reyes, y el gran ojo que se abría para liberar a los poderosos héroes legendarios atrapados allí y que volverían para colocarse al lado de sus guerreros para la batalla final. Su futuro era la guerra y la muerte, la sangre y el horror, pero a pesar de ello seguirían avanzando, convencidos de su propia superioridad e inmortalidad.

Y sin embargo… quizá su destino no era inevitable.

A pesar de las matanzas y de la desesperación, todavía existía una esperanza. El ascua parpadeante de un futuro todavía no escrito apareció en la oscuridad, con su luz rodeada por monstruos amorfos engendrados por la disformidad armados con grandes garras y colmillos amarillentos. Eldrad se dio cuenta de que esperaban apagar esa luz con su simple presencia. Contempló el sueño difuso de un futuro, y vio lo que era posible que pasara.

Vio un gran guerrero de aspecto regio, un gigante protegido por una armadura de color verde marino que llevaba engastado un gran ojo ambarino en la placa pectoral. Aquel individuo poderoso se abría paso combatiendo a través de una horda de muertos en un planeta repugnante repleto de podredumbre. Su espada abatía a decenas de cadáveres con cada mandoble. La luz de la disformidad brillaba en las cuencas oculares podridas de los muertos, y la energía del Señor de la Podredumbre proporcionaba una fuerza feroz a sus extremidades. El destino terrible de su raza flotaba alrededor de aquel guerrero como un sudario suspendido en el aire, aunque él no lo sabía.

El espíritu de Eldrad se acercó volando a la luz para intentar captar la identidad de aquel guerrero. Las bestias de la disformidad rugieron y chasquearon las mandíbulas para atacar, con una ceguera absurda, su forma espiritual. La disformidad burbujeaba búlleme a su alrededor. Eldrad sabía que los monstruosos dioses de la disformidad no aceptarían su presencia y que las corrientes del espacio disforme se esforzarían por hacer regresar de nuevo a su espíritu hasta su cuerpo.

Eldrad luchó por mantenerse cerca de aquel atisbo de futuro y extendió su visión de disformidad todo lo lejos que se atrevió. La mente se le llenó de imágenes: una sala del trono inmensa; una gran figura semejante a un dios equipada con una centelleante armadura de oro y plata; una cámara estéril situada en las profundidades de una montaña, y una traición de tanta enormidad que su alma ardió ante su tremenda magnitud.

A su alrededor sonaron gritos de angustia, y se esforzó por sacarles algún sentido mientras el poder de la disformidad lo arrastraba para apartarlo de aquel secreto tan celosamente guardado. Se formaron palabras a partir de esos gritos, pero pocas de ellas ofrecían un significado o eran comprensibles, aunque su esencia ardió en su mente con una luz intensa.

Cruzado… Héroe… Salvador… Destructor.

Pero, brillando por encima de todas aquéllas, con un resplandor mucho más intenso, escuchó una expresión…: Señor de la Guerra.



En mitad de la quietud y la oscuridad llegó la luz. Una gigantesca columna de fuego semejante a la cola de un cometa apareció en el borde del sistema. Fue aumentando progresivamente de tamaño al mismo tiempo que su luminosidad y fuerza crecían. De repente, sin aviso previo, se expandió con la velocidad y la violencia de una explosión, y donde antes no había más que espacio vacío, apareció una poderosa nave estelar. Su casco de color púrpura y dorado mostraba los estragos provocados por los combates.

Unos brillantes rastros de energía en desaparición flotaban en pos de la *Orgullo del Emperador* igual que algas que colgaran de una nave oceánica. El casco de la nave gruñó debido al choque sufrido en la traslación del espacio disforme al espacio material. Una hueste de naves menores apareció tras la gran nave estelar con una serie de estallidos brillantes y torbellinos de luces de extraños colores resplandeciendo a su alrededor.

El resto de la 28.ª Expedición completó la traslación al espacio material a lo largo de las seis horas siguientes y se colocó en formación alrededor de la *Orgullo del Emperador*. Una de las naves de la flota, la *Corazón Orgulloso*, no mostraba daños sufridos por la batalla de la estrella Carollis. Era la nave insignia del comandante general Eidolon, quien acababa de regresar de una misión de mantenimiento de la paz en el cinturón Satyr Lanxus, donde habían librado una campaña inesperada junto a la 63.ª Expedición, la del Señor de la Guerra, en un planeta llamado Muerte.

La 28.ª Expedición se había despedido de la Legión de los Manos de Hierro tras su grandiosa victoria sobre la Diasporex. Lo había hecho con gran tristeza, ya que las antiguas hermandades que existían entre ambas legiones se habían renovado y otras nuevas se habían forjado en el crisol del combate de un modo que no se podía lograr en tiempos de paz.

Los prisioneros humanos de la Diasporex fueron llevados al mundo humano más cercano, donde los entregaron al gobernador imperial para que los utilizara como mano de obra esclavizada. A los alienígenas los habían exterminado y sus naves habían quedado destruidas por completo bajo las andanadas casi a quemarropa de la *Puño de Hierro* y de la *Orgullo del Emperador*. Un destacamento del Adeptus Mechanicus se había quedado en la zona para estudiar lo que quedaba de las antiguas tecnologías humanas presentes en la Diasporex. Fulgrim les había dado permiso para que se reunieran con la 28.ª Expedición una vez hubieran terminado sus investigaciones.

Así pues, una vez cumplidos los deberes y el honor que le debían a la 52.ª Expedición, Fulgrim dirigió a su propia expedición hacia la región del espacio conocida en la cartografía imperial como la Anomalía Perdus, el objetivo original del primarca tras la derrota de los laer.

Se conocía muy poco aquella zona de la galaxia. Su reputación entre los viajeros estelares era muy mala, ya que las naves que entraban en esa región del espacio desaparecían para siempre. Los navegantes la evitaban, ya que las peligrosas corrientes y las mareas imprevisibles dentro del immaterium hacían que fuera terriblemente peligroso atravesar esa zona.

Los astrópatas incluso hablaban de un velo impenetrable que cegaba su visión de la disformidad.

Lo único que se conocía procedía de los informes conseguidos por la única sonda que había sobrevivido y que se había lanzado al inicio de la Gran Cruzada. Había regresado con una señal débil, pero que indicaba que los sistemas locales de la región Perdus albergaban numerosos planetas habitables listos para ser conquistadas.

La mayoría de las demás expediciones habían preferido no aventurarse en aquella región de fama tan siniestra, pero Fulgrim había declarado mucho tiempo atrás que ninguna zona del espacio quedaría fuera del alcance de las fuerzas del Emperador.

Que la Anomalía Perdus no hubiese sido explorada no representaba para los Hijos del Emperador otra cosa que un nuevo modo de demostrar su superioridad y perfección.



En las salas de entrenamiento de la Primera Compañía resonaban el entrechocar de las armas y los gruñidos de esfuerzo de los astartes que allí luchaban. El viaje de seis semanas hasta Perdus le había proporcionado a Julius el tiempo necesario para asumir la muerte de Lycaon y los demás guerreros muertos de la Primera, además de para entrenar a los combatientes recién ascendidos de entre los novatos y los miembros del Exploradora Auxilia al rango completo de astartes. Aunque todavía debían pasar por su bautismo de fuego, los había aleccionado sobre los métodos de lucha de los Hijos del Emperador y les había transmitido su experiencia y su recién descubierto sentido del placer por la furia del combate. Ansiosos por aprender de su comandante, todos los guerreros de la Primera se habían entregado a las nuevas enseñanzas con un entusiasmo que le agradó sobremanera.

Ese período de tiempo también le había permitido recuperar las horas de lecturas perdidas, y cuando no estaba con los guerreros de su compañía, se encontraba en las cámaras de Archivos. Había devorado todas las obras de Cornelius Blayke, y aunque había encontrado una gran iluminación en ellas, estaba seguro de que le quedaba mucho por aprender.

En esos momentos se encontraba desnudo de cintura para arriba y metido en una de las jaulas frente a un trío de armazones mecanizados de combate. Las extremidades armadas de los tres permanecían inertes mientras él disfrutaba de la emoción del combate que se avecinaba.

Sin previo aviso, las tres máquinas se activaron. Las articulaciones y los montajes rotatorios fijados al techo les permitían una casi infinita capacidad de movimiento alrededor del astartes. Una extremidad acabada en una espada intentó partirlo en dos, y Julius se echó a un lado al mismo tiempo que se agachaba para esquivar una bola cubierta de pinchos dirigida contra su cabeza y una gran estaca de metal que se dirigía contra su estómago para atravesárselo.

El armazón más cercano le lanzó una serie de tremendos ataques para aplastarlo con sus mazas, pero Julius se echó a reír y los bloqueó con los antebrazos. El dolor le hizo sonreír al mismo tiempo que propinaba una patada a su atacante con tanta fuerza que lo arrojó hacia atrás. La tercera máquina le lanzó un golpe lateral contra la cabeza, y él pivotó al recibir el impacto, echó la cara hacia un lado y giró sobre sí mismo.

Notó el sabor de la sangre en la boca y volvió a reír. Le escupió un chorro de saliva sanguinolenta a la primera máquina, que se abalanzaba de nuevo contra él para asestarle un golpe letal. La hoja cruzó el aire y el filo le hizo un corte en el costado. Agradeció el dolor y se echó casi encima de su oponente para propinarle una serie de golpes tremendos.

El metal se partió y el armazón resultó arrancado de su montura en el techo. Mientras disfrutaba de la destrucción de su enemigo, un fuerte impacto en un lado de la cabeza lo hizo caer sobre una rodilla. Allí sintió como las nuevas sustancias químicas de su sangre le bombeaban nuevas fuerzas en respuesta.

Se puso en pie a la vez que la espada bajaba hacia él y propinó un fuerte golpe seco con la palma de la mano en la parte ancha de la hoja, de modo que la partió en dos. Una vez rota el arma, Julius se pegó a la máquina y la rodeó con los brazos en un tremendo abrazo de oso. Luego la hizo girar en el mismo instante que el tercer armazón intentaba golpearlo con los tres pinchos de hierro.

Los tres perforaron el armazón que sostenía, que soltó un chorro de chispas y quedó destruido. Lo echó a un lado y se dispuso a enfrentarse con la última máquina, sintiéndose más vivo que nunca. Todo su cuerpo vibraba con el placer de la destrucción, e incluso el dolor de las heridas era igual que un tónico que le recorriera las venas.

La máquina dio vueltas a su alrededor con movimientos prudentes, como si se diese cuenta a un nivel mecánico de que se había quedado sola. Julius amagó un puñetazo con una mano y el armazón se apresuró a echarse hacia un lado. El capitán giró sobre sí mismo en un veloz movimiento y le propinó una tremenda patada en un lado que dejó inmovilizada a la máquina.

Sacudió la cabeza y se dispuso a dar un salto sobre la punta de los pies mientras esperaba que la máquina se reiniciara, pero ésta permaneció inerte, por lo que comprendió que la había destruido.

Se sintió decepcionado de repente. Abrió la puerta de la jaula de entrenamiento y bajó al suelo. Ni siquiera había empezado a sudar, y la emoción que había sentido al enfrentarse a las tres máquinas ya no era más que un recuerdo lejano.

Julius cerró la jaula de entrenamiento. Sabía que ya habrían enviado a un sanador para que reparara los armazones dañados, así que se dirigió hacia su sala de armas particular. En las salas se estaban entrenando decenas de astartes, ya fuese en prácticas de combate o simplemente con ejercicios físicos para mantener la perfección de sus cuerpos. El régimen estricto de potenciadores químicos y la superioridad genética mantenían los cuerpos de los astartes en una condición física óptima, pero muchas de las drogas que se estaban añadiendo a los dispensadores de las armaduras del

tipo Mark IV requerían una estimulación física previa para comenzar a reaccionar con el metabolismo del cuerpo receptor.

Abrió la puerta de su sala de armas y el olor a aceite lubricante y a polvo de pulir le asaltó el olfato. Las paredes eran de hierro sin decoración alguna. A lo largo de una de ellas estaba el camastro, también de estricta sencillez. Su armadura colgaba de un soporte al lado de un pequeño lavabo, y la espada y el bólter se encontraban en un armario situado a los pies de la cania.

La sangre de las heridas causadas por las máquinas de entrenamiento ya se había coagulado, así que tomó una toalla de un colgador situado al lado del lavabo y se la quitó del cuerpo antes de tumbarse en el camastro y preguntarse qué hacer a continuación.

Tenía una estantería múltiple de metal al otro lado de la cama. Allí guardaba tres de las obras de Ignace Karkasy, *Reflexiones y Odas, Meditaciones sobre el Héroe Elegiaco y Exaltación de la unidad*, unos libros que hasta hacía poco le habían proporcionado gran placer cada vez que los leía. En esos momentos, le parecían vacíos y sin sentido. Al lado de las obras de Karkasy había tres volúmenes de Cornelius Blayke que le había prestado Evander Tobías. Alargó una mano para coger uno de ellos y leer algo más de una de las obras del sacerdote caído.

El tomo que había cogido se llamaba *El libro de Urizen*, y era el menos denso de los libros de Blayke que había leído hasta ese momento. Además, tenía un prólogo con la biografía del autor escrita por un anónimo. Aquel prólogo era muy útil para entender el resto del libro.

Julius sabía que Cornelius Blayke había sido muchas cosas en su vida: artista, poeta, pensador y soldado, antes de decidirse a entrar en el sacerdocio. Blayke había sido un visionario desde su infancia, y por lo que se Sabía, sus visiones consistían en un mundo ideal donde todos los sueños y los deseos se cumplían, y se esforzó por plasmarlos en sus pinturas, en su prosa y en sus acuarelas acompañadas de textos poéticos.

El hermano pequeño de Blayke había muerto mientras combatía en una de las numerosas guerras que azotaban los cónclaves nordafrikanos, algo que según el biógrafo lo había empujado al sacerdocio. En una época

posterior de su vida, Blayke atribuyó el mérito de sus técnicas revolucionarias de impresión iluminada a su hermano muerto mucho tiempo atrás, ya que proclamaba que se las había revelado en un sueño.

Incluso mientras ejercía el sacerdocio, una vida que Julius sospechaba había adoptado como un modo de refugiarse, las visiones de deseos prohibidos y sus poderes místicos volvieron para acosarlo. De hecho, se decía que cuando el sacerdote supremo de otra orden vio por primera vez a Blayke, cayó muerto en cuanto le puso los ojos encima.

Blayke se recluyó en la iglesia de una de las anónimas ciudades de Ursh, y fue allí donde se convenció de que la humanidad podría aprovechar los esfuerzos que él había realizado, así que se dedicó a perfeccionar el modo en que podría conseguir llevar a cabo sus creencias.

Julius había leído mucha poesía de Blayke, y aunque no era un erudito, hasta él sabía que buena parte de sus poemas no poseían ni una trama, ni una rima ni una métrica claras. Lo que para Julius sí que tenía sentido era la creencia de Blayke en la futilidad de negar cualquier clase de deseo, por extravagante que fuera. Una cié sus revelaciones principales había sido llegar a la comprensión de que el poder de la experiencia sensual era necesario para la creatividad y el progreso espiritual. No había que negarse a ninguna experiencia, ni se debía reprimir pasión alguna, no había que darle la espalda a ningún horror y tampoco había que dejar ningún vicio sin explorar. Sin esas experiencias, no había forma de avanzar hacia la perfección.

Atracción y repulsión, odio y amor, todo era necesario para desarrollar la experiencia humana. De esas energías en conflicto era de donde salían lo que los sacerdotes de su orden llamaban el bien y el mal. Blayke no tardó en darse cuenta de que esas palabras no eran más que unos conceptos sin sentido cuando se las comparaba a la promesa del desarrollo que se podía conseguir cumpliendo todos los deseos humanos.

Julius se echó a reír al leer aquello, ya que Blayke había sido expulsado de su orden religiosa por practicar sus creencias con gran vigor en los callejones traseros y en los prostíbulos de la ciudad. No había vicio que estuviera por debajo de él, ni virtud que estuviera por encima.

Blayke creía que el mundo interior de sus visiones pertenecía a un nivel superior al de la realidad física, y que la humanidad debería crear sus ideales a partir de ese mundo interior más que del mundo primitivo de la materia. En su obra hablaba una y otra vez de cómo la razón y la autoridad constreñían e impedían el crecimiento espiritual de la humanidad, aunque Julius sospechaba que aquello no era más que un reflejo de sus sentimientos hacia el gobernante de Ursh, un rey guerrero llamado Shang Khal, que buscaba dominar todas las naciones de la Tierra mediante una opresión brutal.

Defender una filosofía semejante en unos tiempos como aquéllos olía, y mucho, a locura, pero Julius se resistía a considerar a Blayke un demente. Después de todo, sus ideas habían atraído a muchos seguidores que lo aclamaban por considerarlo un gran místico destinado a llevar a la humanidad a una nueva era de pasión y de libertad.

Julius recordó haber leído los aforismos de Pandorus Zheng, un filósofo que había servido en la corte de uno de los autarcas del bloque yndonésico. Se había declarado a favor de los místicos y del modo que exageraban las verdades que en realidad existían. Según la definición de Zheng, un místico no podía exagerar una verdad que fuese imperfecta. Había apoyado más todavía a individuos como aquéllos al decir: «Llamar loca a una persona porque ha visto fantasmas y ha tenido visiones es negarle su dignidad, ya que no se la puede incluir en las categorías de una teoría racional del cosmos».

A Julius siempre le habían gustado las obras de Zheng y sus enseñanzas sobre cómo los místicos no aportaban dudas o acertijos, puesto que esas dudas y acertijos ya existían con anterioridad. El místico no era la persona que creaba los misterios, sino quien los destruía con sus obras.

Los misterios que Blayke buscaba destruir eran los que impedían a la humanidad alcanzar su pleno potencial y comprender la esperanza de un futuro mejor. Todo esto lo colocó en una oposición frontal a las filosofías desesperanzadoras de individuos como Shang Khal y el déspota Kalagann, unos tiranos que predicaban un descenso inevitable al Caos, un lugar

terrorífico que antaño había sido el seno de toda la creación y que inevitablemente acabaría siendo su tumba.

Blayke utilizó la belleza como una ventana a ese futuro imaginado y maravilloso. De los pensadores contemporáneos suyos tomó las ideas de la simbología alquímica, y llegó a creer, al igual que hacían los herméticos, que la humanidad era el microcosmos de lo divino. Comenzó a leer de un modo voraz y llegó a ser un experto en la tradición órfica, la pitagórica, la neoplatónica, la hermética, la cabalística, además de acabar conociendo a fondo los escritos sobre alquimia de eruditos como Erigena, Paracelso y Boehme. A Julius no le sonaba ninguno de esos nombres, pero estaba seguro de que Evander Tobías lo ayudaría a encontrar sus obras si era necesario.

Una vez armado con todo ese denso conocimiento, el gigantesco entramado de la mitología de Blayke tomó forma en su mayor poema, *El libro de Urizen*…

Esta obra épica comenzaba con la caída del hombre celestial en el torbellino de la experiencia, lo que Blayke llamaba «los valles oscuros del propio ser». La humanidad se esforzaba a lo largo del libro en la tarea de transformar sus pasiones mundanas en la pureza de lo que Blayke llamaba «lo eterno». Para ayudar a que este proceso cósmico avanzara, Blayke personificó la esencia de la revolución y de la renovación en un agitador apasionado, un ser al que llamó «orko», y Julius se rió por lo apropiado del nombre. Se preguntó si Blayke habría previsto la aparición de los pielesverdes y el azote en el que se convertirían al infestar la galaxia.

Según el poema, la pérdida de la gracia por parte de la humanidad la había separado de la divinidad, y a través de las eras se había esforzado por reunirse de nuevo con lo divino. El alma humana quedaba desintegrada en el poema… y tenía que reconciliar cada elemento de su ser en el camino de regreso a lo eterno, lo que era un eco de un mito que había leído sobre las tumbas gypcias. En esa leyenda se hablaba de un dios antiguo llamado Osiris que había sido desmembrado al comienzo de los tiempos, y de la obligación de los humanos de reunir las partes desmembradas para conseguir llegar de nuevo a la unidad espiritual.

Julius se dio cuenta de que las obras de Blayke eran una voz original y propia en mitad de una época llena de convencionalismos e incapaz de aceptar semejante filosofía libertaria. Enfrentado a unas fuerzas de la opresión que eran invencibles mediante la razón, Blayke se había visto obligado a recurrir a una imaginería violenta y a la fuerza de sus poderes como místico.

Se convirtió en lo que los estamentos del orden no podían permitir, una fuerza espiritual perturbadora que incitaba a los humanos a despertar sus propias pasiones para cambiar y crecer.

«El conocimiento no es más que una percepción del sentido —leyó Julius en voz alta—. La permisividad es la fuente de todas las cosas en la humanidad, y la razón la única traba que se le impone a la naturaleza. La consecución del placer definitivo y de la experiencia del dolor son el final y el propósito de toda vida».



DOCE

NO HAY PUREZA EN EL ORGULLO
PARAÍSO
JAMÁS SERÁ ACABADO

Una vez más, todas las sillas alrededor de la mesa redonda de la Heliópolis estaban ocupadas. La cámara escalonada estaba iluminada por las llamas del brasero que ardía en el centro de la mesa y las antorchas que colgaban de los plintos dorados de las estatuas. Era la segunda vez que Saúl Tarvitz entraba en la Heliópolis, aunque sabía que él había cambiado mucho desde la primera vez que se había sentado en aquella hermandad.

Lord Fulgrim estaba al lado de la Puerta del Fénix, vestido con una túnica de color púrpura con bordados de hilos de oro y con el emblema del Fénix. Llevaba la larga melena rematada por una corona de hojas doradas, y al costado ceñía una nueva espada con empuñadura de plata. El primarca en persona dio la bienvenida a los capitanes a su regreso a la discreta orden. El efecto por aquel gesto de Fulgrim en cada uno de los capitanes era increíble. Tarvitz todavía sentía el nerviosismo y el placer tangibles que producía el hecho de ser recibido en persona por un guerrero perfecto con una apostura semejante.

Solomon Demeter, el capitán de la Segunda Compañía, estaba sentado enfrente de él, y lo había saludado con un breve gesto de asentimiento cuando él, Lucius y el comandante general Eidolon habían cruzado la Puerta del Fénix. Marius Vairosean estaba sentado con gesto hosco al lado del capitán Demeter, y Julius Kaesoron contaba, sonriente, sus grandes hazañas en la lucha contra las criaturas alienígenas de la Diasporex. Las palabras iban acompañadas de gestos y de movimientos de manos que recreaban un golpe especialmente hermoso.

Tarvitz captó la expresión de enfado en la mirada de Solomon Demeter cuando el capitán Kaesoron describió el modo en que el primarca y él se abrieron paso hasta el puente de la nave de mando híbrida. Tarvitz ya había oído decir que habían sido los guerreros del capitán Demeter los que habían conseguido el honor de ser los primeros en llegar a ese puente.

El comandante general Vespasian estaba sentado al lado del primarca. Su mirada mostraba el buen humor que sentía porque habían regresado a salvo de su misión. Tarvitz le respondió con una sonrisa… y aunque se sentía contento por estar de regreso entre sus hermanos, lo cierto era que estaba tremendamente cansado, ya que la batalla en Muerte había sido agotadora. Los megarácnidos habían sido unos enemigos terribles, y el vigor salvaje de los Lobos Lunares también era, a su manera, algo fatigoso.

Miró de reojo a Eidolon al recordar el tenso enfrentamiento que el comandante general había tenido con el capitán Tarik Torgaddon en la superficie de Muerte cuando llegó la punta de lanza de los Lobos Lunares. Aunque Tarvitz estaba obligado por su honor a servir a Eidolon, no podía negar que había disfrutado al ver como el irrefrenable Torgaddon ponía en su sitio al comandante general. Aunque más tarde Eidolon había conseguido mantener el favor del Señor de la Guerra, todavía se sentía molesto por los errores que había cometido en Muerte y la insolencia con la que lo había tratado Torgaddon.

Tampoco Lucius había vuelto sin cicatrices del tiempo que habían pasado junto a los Lobos Lunares. Un duelo en las jaulas de entrenamiento con Garviel Loken le había proporcionado una cura de humildad que le hacía mucha falta desde hacía tiempo, además de acabar con la nariz

partida. A pesar de los cuidados de los apotecarios, el hueso no había recobrado su forma anterior, por lo que Lucius quedó convencido de que su bello rostro había quedado estropeado para siempre.

La Puerta del Fénix se cerró por fin y Fulgrim se sentó en el asiento de la mesa que le correspondía. Extendió los brazos hacia el brasero antes de hablar.

—Hermanos, en el fuego os doy la bienvenida de nuevo a la Hermandad del Fénix.

Los guerreros allí reunidos imitaron el gesto del primarca.

—En el fuego regresamos —respondieron.

—Me alegro de veros a todos de nuevo, hijos míos —les dijo Fulgrim, sonriéndoles de un modo radiante a todos por turno y haciendo que sus corazones guerreros se llenasen de alegría—. Ha pasado algún tiempo desde que nuestra orden se reunió para contarnos relatos llenos de coraje y honor, pero estamos juntos otra vez y embarcados en el descubrimiento de nuevas maravillas en una región desconocida del espacio. Nuestros astrópatas nos pueden ofrecer muy poca información sobre la zona del espacio hacia la que nos dirigimos, pero a nosotros no nos acobardan semejantes misterios, más bien les damos la bienvenida como una oportunidad de avanzar en nuestra búsqueda de la perfección.

Tarvitz captó la tremenda emoción que transmitía la mirada de Fulgrim, y sintió que le inflamaba la sangre como si fuera fuego. Ni siquiera en sus momentos más elocuentes se había mostrado el primarca tan lleno de energía. Daba la impresión de que todo su cuerpo se cargaba con la alegría de cada palabra.

—Nuestros amados hermanos han regresado de sus tareas de pacificación, y aunque sé que temían perderse la gloria que conseguiríamos los que combatimos al lado de nuestros hermanos de los Manos de Hierro, lo cierto es que han conseguido honores propios, además de disfrutar del privilegio de combatir al lado del Señor de la Guerra contra un vil enemigo alienígena.

Tarvitz rememoró la guerra en Muerte, el poco honor que había existido en el desembarco inicial sobre la superficie del planeta y el carácter

frenético y letal del combate contra los repugnantes y veloces guerreros megarácnidos. Había sido una empresa brutal, feroz y sangrienta, y muchos buenos guerreros habían perdido la vida bajo el cielo azotado por las nubes del planeta. Debido a los errores de Eidolon habían tenido muy pocas ocasiones de llevar a cabo hechos gloriosos hasta que llegaron los Lobos Lunares y unieron sus fuerzas a las de ellos.

Luego había llegado Sanguinius, y Tarvitz sonrió al recordar el impresionante espectáculo que había sido ver al Señor de la Guerra y al primarca de los Ángeles Sangrientos luchar codo con codo en los horribles campos de batalla de Muerte igual que si fueran dioses de la guerra desencadenados. Eso sí que había sido glorioso, y las victorias que habían conseguido con ellos habían redimido su honor.

—Quizá el comandante general Eidolon nos concederá el favor de relatarnos las batallas —dijo Vespasian.

Tarvitz se volvió para mirar a su comandante general mientras éste se ponía en pie y saludaba con una leve reverencia.

—Así lo haré, si es lo que todos desean.

Un coro de vítores respondió afirmativamente, y Eidolon sonrió.

—Como ha dicho nuestro señor Fulgrim, conseguimos grandes glorias en Muerte, y debo daros humildemente las gracias, mi señor, por permitirnos acudir al rescate de nuestros hermanos de los Ángeles Sangrientos.

Tarvitz parpadeó sorprendido por lo que Eidolon acababa de decir, ya que recordaba muy bien el hecho de que nadie se había atrevido a utilizar la palabra «rescate» hasta este momento, ya que hubiera sido tremendamente impropio sugerir que los Ángeles Sangrientos necesitaran ser rescatados. Los habían animado a que utilizaran la palabra «refuerzos».

—Al llegar a 140-20, nos quedó claro de inmediato que el comandante de la 140.ª Expedición, un individuo llamado Mathanual August, no poseía la visión de mando necesaria para dirigir la batalla. Al enterarme de la llegada inminente del Señor de la Guerra, encabecé a nuestras fuerzas y me dirigí a la superficie de Muerte para asegurar varias zonas de desembarco y comenzar el rescate de las fuerzas de los Ángeles Sangrientos, que August,

con muy mal criterio, había empeñado en combate en unidades demasiado pequeñas y dispersas.

Tarvitz se había sentido sorprendido por las palabras iniciales de Eidolon, pero se quedó rígido de espanto ante aquella descarada tergiversación de los hechos. Sí, era cierto que Mathanual August había enviado a sus fuerzas expedicionarias en grupos demasiado pequeños a una zona de combate hasta que casi se había quedado sin recursos, pero no había sido un sentimiento de nobleza lo que había motivado la decisión de Eidolon de desembarcar en Muerte antes de que llegaran los Lobos Lunares, sino más bien su deseo de no compartir la gloria con la élite del Señor de la Guerra.

Eidolon siguió con el relato y contó las primeras batallas y la posterior destrucción de los megarácnidos, esforzándose mucho por destacar las acciones llevadas a cabo por los Hijos del Emperador en la victoria final al mismo tiempo que restaba importancia a la función desempeñada por los Lobos Lunares y los Ángeles Sangrientos.

Cuando acabó el relato, la respuesta fue un aplauso atronador y el retumbar de los puños al golpear de forma rítmica la mesa. Ese fue el modo en que aquellos guerreros alabaron la honorable victoria y las gestas de armas conseguidas bajo el mando de Eidolon. Tarvitz miró a Lucius en busca de alguna clase de reacción a las evidentes mentiras de Eidolon, pero el rostro de su amigo se mantenía imperturbable.

—Un gran relato —comentó Vespasian—. Quizá más adelante podremos oír hablar del heroísmo de tus guerreros.

—Quizá —respondió Eidolon a regañadientes.

Sin embargo, Tarvitz ya sabía que nadie llegaría a oír algo sobre aquello en la compañía. El comandante general jamás permitiría que nada contradijera su versión de los hechos ocurridos en Muerte.

El siguiente en hablar fue Fulgrim.

—Haces que tu legión se sienta orgullosa, Eidolon, y todos tus guerreros recibirán sus alabanzas correspondientes a su parte en la misión. El nombre de los muertos quedará grabado en las paredes del pasillo procesional que se extiende al otro lado de la Puerta del Fénix.

—Nos honráis, lord Fulgrim —contestó Eidolon antes de volver a sentarse.

Fulgrim respondió con un gesto de asentimiento y se volvió hacia el resto de los reunidos.

—El valor del comandante general Eidolon ante unas circunstancias adversas es un ejemplo para todos nosotros, y os insto a relatar a vuestros guerreros lo que él nos ha contado. Sin embargo, para lo que hemos venido es para planear glorias futuras, ya que ninguna legión debe quedarse dormida en los laureles ni limitarse a rememorar glorias pasadas. Debemos seguir siempre avanzando en busca de nuevos desafíos y nuevos enemigos contra los que podamos demostrar una vez mis nuestra superioridad.

»Nos encontramos en una región del espacio de la que se sabe muy poco y haremos retroceder esa oscuridad con la luz del Emperador. Aquí existen mundos que ansían la llegada de la Verdad Imperial, y nuestro destino manifiesto en esta vida es traérsela. Nos acercamos a uno de esos mundos, al que a partir de ahora designaré como 28-4 en honor de la próxima conquista que realizaremos. Más tarde hablaremos con más detalle de lo que espero de cada uno de vosotros, pero ahora, ¡disfrutemos del vino de la victoria!

Nada más decir aquellas palabras, la Puerta del Fénix se abrió de par en par y un ejército de sirvientes vestidos con sencillas túnicas de color crema entró en la Heliópolis, llevando ánforas de vino y bandejas cargadas de carnes exóticas, fruta fresca, pan recién hecho, dulces y pasteles extravagantes.

Tarvitz contempló asombrado la procesión de comidas y vinos exquisitos que acababan colocados en mesitas portátiles situadas en el borde externo de la Heliópolis. Era tradicional que los Hijos del Emperador celebraran una victoria incluso antes de haberla conseguido por lo seguros que estaban de su superioridad en la guerra, pero un festín tan fastuoso parecía una demostración excesiva de arrogancia.

Se unió a los demás capitanes, que se acercaron a las mesas portátiles, y se sirvió una copa de vino. Procuró mantener la mirada apartada de Eidolon por temor a que captara la inquietud que sentía por el modo en

que había tergiversado lo ocurrido en la campaña de Muerte. Lucius se colocó a su lado. Su rostro de bellas facciones mostraba una sonrisa astuta.

—Vaya forma de contar lo ocurrido en Muerte ha tenido el comandante general, ¿no te parece, Saúl?

Tarvitz se limitó a asentir y luego comprobó que no había nadie cerca que pudiera oír su respuesta.

—Sin duda ha sido un modo muy… interesante de narrar la campaña.

—Bah, ¿a quién le importa? —le replicó Lucius—. Si hay alguna gloria que ganar, mejor que sea para nosotros que para esos malditos Lobos Lunares.

—A ti lo que te pasa es que te ha amargado que Loken te ganara en la jaula de entrenamiento.

La expresión del rostro de Lucius se ensombreció.

—No me ganó.

—A mí me parece recordar que al final del combate eras tú el que estaba tumbado de espaldas en el suelo —le comentó Tarvitz.

—Hizo trampas con ese puñetazo que me dio. Se suponía que iba a ser un duelo honorable a espada, pero la próxima vez que me enfrente a él le ganaré.

—Eso suponiendo que no haya aprendido unos cuantos trucos nuevos mientras tanto.

—No lo hará —se burló Lucius. Tarvitz se sintió de nuevo sorprendido por la increíble arrogancia del espadachín, y sintió que el equilibrio de su amistad volvía a alejarse un poco más—. Después de todo, Loken no es más que un simple perro callejero, como el resto de los Lobos Lunares.

—¿Incluso el Señor de la Guerra?

—No, por supuesto que no —se apresuró a contestar Lucius—. Pero el resto de ellos son poco mejores que los bárbaros de Russ, gente inculta y sin la elegancia y la perfección de nuestra legión. En todo caso, la campaña de Muerte demostró nuestra superioridad sobre los Lobos Lunares.

—¿Nuestra superioridad? —preguntó una voz.

Tarvitz se dio la vuelta y vio que el capitán Solomon Demeter se había colocado detrás de ellos.

—Capitán Demeter —lo saludó Tarvitz con un gesto de asentimiento de la cabeza—. Es un honor verle de nuevo. Lo felicito por capturar el puente de la nave de mando de la Diasporex.

Solomon sonrió y se inclinó hacia él.

—Gracias, pero yo no expresaría en voz muy alta esos sentimientos si fuera usted. No creo que lord Fulgrim se pusiera muy contento cuando se enteró de que la Segunda le había robado la gloria. Pero eso no importa, no he venido a escuchar lo maravilloso que soy.

—Entonces, ¿para qué ha venido? —le preguntó Lucius.

Solomon no hizo caso del tono insultante de la pregunta.

—Capitán Tarvitz, le he estado observando mientras Eidolon contaba lo ocurrido en Muerte, y me da la sensación de que ocurrieron más cosas de las que nos ha contado. Me gustaría oír su versión de lo que pasó. Ya me entiende.

—Lord Eidolon describió nuestra campaña en Muerte tal y como él la vio —contestó Tarvitz, con un tono de voz neutral.

—Vamos, Saúl. No te importa que te llame Saúl, ¿verdad? —le preguntó Solomon—. Conmigo puedes ser sincero.

—Me sentiré muy honrado —le respondió Tarvitz con sinceridad.

—Tú y yo sabemos que Eidolon es un fanfarrón —dijo Solomon. Tarvitz se quedó sorprendido por la brusquedad del comentario de su camarada capitán.

—El comandante general Eidolon es su oficial superior —le soltó Lucius —. Haría bien en recordarlo.

—Conozco la cadena de mando —le replicó, cortante, Solomon—. Y en el escalafón de capitanes, yo soy tu oficial superior. Harías bien en recordarlo.

Lucius se apresuró a asentir y Solomon continuó hablando.

—De modo que, ¿qué fue realmente lo que ocurrió en Muerte?

—Exactamente lo que ha contado el comandante general Eidolon —le respondió Lucius.

—¿Es eso cierto, capitán Tarvitz? —le preguntó Solomon.

—¿Se atreve a llamarme mentiroso? —exigió saber Lucius. Bajó la mano levemente hacia la empuñadura de su espada, una arma forjada en los Urales por el clan Terrawatt durante las guerras de Unificación.

Solomon captó el gesto. Se volvió hacia Lucius y luego cuadró los hombros, como si esperara la pelea. Aunque el capitán Demeter era el más alto de los dos, con unos hombros más anchos e indudablemente más fuerte, Lucius era más nervudo y, sin duda, el más ágil. Tarvitz se preguntó por un momento cuál de los dos seria el vencedor en un enfrentamiento, aunque se sintió agradecido de no tener que presenciar nunca algo semejante.

—Recuerdo la primera vez que entraste aquí, Lucius —le dijo Solomon —. Me pareció que tenías todas las cualidades de un gran oficial y de un excelente guerrero.

A Lucius se le iluminó el rostro por el hecho de que lo recordara de ese modo, hasta que Solomon siguió hablando.

—Pero ahora veo que me equivoqué. No eres más que un pelotillero y un individuo servil que ha sido incapaz de captar la diferencia entre la perfección y la superioridad.

Tarvitz vio que el rostro de Lucius enrojecía por la rabia, pero Solomon todavía no había acabado.

—Nuestra legión se esfuerza por conseguir la pureza de propósito tomando como modelo al Emperador, amado por todos, pero no debemos intentar ser como él, ya que es único y está por encima de todos nosotros. Es cierto que a veces nuestras doctrinas nos hacen parecer altaneros y distantes respecto a los demás, pero no hay pureza en el orgullo. Jamás lo olvides, Lucius. Fin de la lección.

Lucius hizo un breve gesto de asentimiento, y Tarvitz se dio cuenta de que su camarada estaba teniendo que utilizar toda su fuerza de voluntad para controlarse y no dejar que la furia se apoderara de él. El rostro de Lucius palideció antes de que consiguiera hablar.

—Gracias por la lección, capitán. Ojalá pueda devolverle una lección parecida algún día.

Solomon sonrió y Lucius hizo una breve reverencia antes de dar media vuelta y marcharse para reunirse con Eidolon.

Tarvitz se esforzó por no sonreír.

—Sabe que no olvidará esto —le advirtió a Solomon.

—Bien. Quizá aprenda algo al fin y al cabo.

—Yo no contaría con ello —apuntó Tarvitz—. Es de los que les cuesta aprender.

—Algo que a ti no te pasa, ¿verdad?

—Sirvo a la legión al máximo de mis posibilidades.

Solomon soltó una carcajada.

—Saúl, eres muy cuidadoso con las palabras, lo admito. Verás, la primera vez que entraste pensé que no pasarías de ser un oficial de combate, pero ahora creo que llegarás muy lejos.

—Gracias, capitán Demeter.

—Solomon. Y una vez acabe esta reunión, creo que tú y yo deberíamos tener una conversación.



La superficie de 28-4 era el paisaje más bello que Solomon jamás hubiera visto, y observado desde la órbita parecía tranquilo. La tierra daba la impresión de ser fértil, los océanos eran de un color azul puro y la atmósfera estaba salpicada de capas de nubes. Las lecturas aéreas indicaban que esa atmósfera era respirable, que no estaba afectada por la contaminación que asfixiaba a tantos planetas imperiales y los convertía en una visión de pesadilla de un infierno industrial. Las exploraciones electromagnéticas no mostraban señales de vida inteligente.

Las exploraciones más concretas tendrían que esperar a la conquista oficial del planeta, pero aparte de lo que parecían ser las ruinas de una civilización mucho tiempo atrás desaparecida, daba la impresión de que el planeta estaba completamente desierto.

En resumen: era perfecto.

Cuatro Stormbird aterrizaron en lo más alto de unos acantilados rocosos situados en la boca de un ancho valle. Por encima de ellos se alzaba una majestuosa cadena de montañas. Las cimas se encontraban cubiertas de nieve a pesar del clima moderado. En cuanto el polvo del aterrizaje se dispersó, Fulgrim encabezó el grupo de guerreros que descendió a la superficie del siguiente planeta que quedaría bajo el dominio del Imperio.

Solomon bajó de su Stormbird y miró a su alrededor, a aquel nuevo mundo, lleno de esperanza. Julius y Marius desembarcaron de su propia nave. Lord Fulgrim caminaba al lado de Julius, y Saúl Tarvitz marchaba detrás de Marius. Los demás astartes se dispersaron para asegurar el perímetro de la posición, pero Solomon ya sabía que esa medida no era necesaria. Allí no había ningún enemigo contra el que combatir, nadie a quien vencer. El planeta ya era suyo.

Se quitó el casco en cuanto los sentidos automatizados del casco le indicaron que la atmósfera era respirable e inhaló profundamente, cerrando los ojos ante el sencillo placer de poder respirar un aire que no hubiera pasado por una multitud de filtros y de tamices limpiadores.

—Deberías dejarte puesto el casco —le dijo Marius—. No tenemos la certeza de que este aire sea respirable.

—Según los sensores de mi armadura, lo es.

—Lord Fulgrim no se ha quitado el suyo todavía.

—¿Y qué?

—Pues que deberías dejártelo puesto mientras él lo lleve.

—Marius, no necesito que lord Fulgrim me diga que el aire es respirable —le contestó Solomon—. ¿Y desde cuándo te has vuelto tan meticuloso?

Marius no le contestó, sino que se dio media vuelta mientras los demás guerreras desembarcaban de las Stormbird, que todavía tenían los motores encendidos. Solomon negó con la cabeza y se colocó el casco bajo el brazo; luego se acercó al borde del acantilado que daba al valle que se encontraba muy por debajo de ellos.

El paisaje que había más allá de las montañas consistía en una enorme extensión verdosa. Unos espesos bosques cubrían la parte baja de las

laderas de las montañas. Un río de color azul intenso fluía con tranquilidad por el fondo del valle en dirección a una costa lejana. Al otro lado del valle se veía una de aquellas ruinas de gran altura que los cartógrafos orbitales les habían señalado y que se alzaban en mitad de un bosque de gigantescos helechos. Desde donde se encontrábase veía lo que parecía ser una enorme arcada, pero no quedaba señal alguna de la estructura a la que había pertenecido.

Solomon era capaz de ver a cientos de kilómetros de distancia a su alrededor desde aquel ventajoso puesto de observación. El destello de unos lagos lejanos resplandecía sobre el horizonte, y los animales salvajes pastaban en las llanuras. La tierra maravillosamente fértil de 28-4 se alejaba ondulante hacia la lejanía cubierta de niebla, y los pájaros cruzaban el cielo libre de nubes.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que habían visto un planeta tan impoluto como aquel?

Al igual que muchos de los Hijos del Emperador, Solomon había crecido en Chemos, un mundo en el que no existían ni la noche ni el día debido a una densa nube de polvo estelar que aislaba al planeta de la luz de los soles lejanos. Lo único que había conocido de joven era una penumbra gris a través de la que nunca se veían las estrellas, por lo que el corazón le daba saltos de alegría al ver un cielo tan hermoso y despejado.

Era una pena que la llegada del Imperio fuera a cambiar por completo el planeta, y para siempre. Sin embargo, ese cambio era inevitable, ya que tan sólo quedaba anotar en los archivos que había sido reclamado por la 28.ª Expedición en nombre del Emperador. En pocos días, los equipos de exploración y prospección del Mechanicus descenderían a la superficie para comenzar el proceso de colonización y la explotación de sus recursos naturales. Solomon sabía que él no era más que un simple guerrero, pero mientras contemplaba todo aquel paisaje deseó fervientemente que existiera algún modo de que la humanidad pudiera evitar la destrucción de tanta belleza.

¿No sería posible que gracias a luz de la ciencia y de la razón que llevaban consigo, los adeptos del Mechanicus pudiesen encontrar un modo

de aprovechar los recursos del planeta sin provocar las inevitables consecuencias de toda esa industria: contaminación, sobrepoblación y la destrucción de la belleza natural del planeta?

Aquellas preocupaciones estaban más allá de las posibilidades de actuación de Solomon, por lo que no representaban nada importante para él, ya que si el planeta estaba realmente tan desierto como parecía, no tardarían en marcharse y dejar una guarnición de los Palatinos del comandante general Fayle para proteger un mundo que no tardaría en convertirse en un nuevo planeta imperial.

—¡Solomon! —lo llamó Julius con un grito desde el otro lado de las Stormbird.

Se volvió y le dio la espalda a la impresionante vista para dirigirse hacia las naves de asalto.

—¿Qué pasa?

—Prepara a los tuyos —le dijo Julius—. Vamos a bajar a echarle un vistazo a esas ruinas.



Ostian pensó, mientras sostenía otro vaso de vino, que el interior de La Fenice había cambiado mucho a lo largo de los dos meses anteriores. El lugar poseía antes un rancio ambiente bohemio, pero en esos momentos se asemejaba más a un teatro monstruosamente redecorado y procedente de una era aún más decadente. Las paredes estaban cubiertas de pan de oro, y cada escultor de a bordo había recibido el encargo de crear decenas de piezas para la multitud de pedestales que se habían instalado… Bueno, casi todos los escultores.

Los artistas pintaban a un ritmo frenético y plasmaban enormes frescos en las paredes y en el techo, y un ejército de costureras trabajaba en la creación de una magnífica cortina de escenario bordada. Encima de ese escenario habían dejado un gran espacio libre para colocar la gran obra en

la que se suponía que estaba trabajando Serena d'Angelus, pero Ostian no había visto a su amiga desde hacía semanas, por lo que no pudo verificarlo.

Hacía ya más de un mes desde la última vez que había visto a Serena, y lo cierto era que tenía un aspecto terrible, muy distinto al de la mujer cuidada de la que, debía admitirlo, había empezado a enamorarse. Apenas habían intercambiado unas cuantas palabras antes de que Serena le diera una mala excusa para marcharse.

—Tengo que acercarme a ver cómo está —se dijo a sí mismo, como si por el hecho de decirlo en voz alta tuviera que sentirse más obligado a hacerlo.

Un grupo de bailarines y cantantes daban vueltas sobre el escenario al compás de un ruido insoportable que Ostian esperaba que no fuese música. Coraline Aseneca, la bella rememoradora y actriz por la que supo que había perdido la posibilidad de visitar Laeran, se encontraba en el centro del escenario. Pero la verdadera causa de esa desgracia caminaba con los pasos enérgicos de un oficial disciplinario, gritando y chillando a los bailarines y a los cantantes del coro. A Bequa Kynska el cabello azul le revoloteaba alrededor como una alga marina alienígena, y el vestido que llevaba puesto se agitaba con violencia mientras desahogaba la rabia que sentía ante la incompetencia de los que la rodeaban.

Para Ostian, el efecto que producía lo que le estaban haciendo a La Fenice era grotesco. El recargado diseño hacía que la impresión estética general fuese una maraña confusa de sensaciones. Al menos, la zona del bar seguía intacta. Los enloquecidos diseñadores no se habían atrevido todavía a hacer levantarse y cambiar de sitio a los centenares de rememoradores hoscos que estaban allí bebiendo, por temor a provocar una revuelta a gran escala.

Muchos de esos rememoradores se reunían alrededor de un individuo enorme, un astartes llamado Lucius. Aquel guerrero de piel pálida le contaba a su audiencia relatos sobre un planeta llamado Muerte, y narraba hazañas improbables sobre el Señor de la Guerra y Sanguinius, y sus propios logros heroicos. A Ostian le parecía bastante penoso que un guerrero tan poderoso como aquel astartes buscara de un modo tan obvio

impresionar a la gente como la que llenaba La Fenice, pero se abstuvo de expresarlo en voz alta.

La Fenice había sido en el pasado un sitio donde relajarse, pero aquel constante martilleo, aquella música estridente y todo el bullicio que llenaban el escenario lo habían transformado en un lugar donde la gente simplemente acudía a quejarse y a maldecir el destino que les había impedido formar parte de ese proceso de renovación.

—¿Te has dado cuenta de que todos los que bajaron a Laeran han conseguido trabajo en esto? —dijo una voz a su lado.

Quien le hablaba era un poeta muy malo llamado Leopold Cadmus. Ostian había charlado con él en unas cuantas ocasiones, pero por suerte había conseguido evitar que le leyera algo de su trabajo.

—Sí, me he dado cuenta —le contestó Ostian, aunque tuvo que gritar para hacerse oír por encima de un grupo de operarios que se esforzaban por guiar a un servidor de carga para que acabara de colocar una estatua libidinosa que representaba a un querubín desnudo.

—Es una maldita desgracia —comentó Leopold.

—Sí que lo es —contestó Ostian, aunque se preguntó en qué podría haber contribuido alguien como Leopold en unas reformas como aquéllas.

—Yo habría dicho que alguien como tú tendría que haber participado en todo esto —le dijo Leopold.

Ostian captó el evidente tono de envidia que había en su voz. Hizo un gesto negativo con la cabeza antes de contestar.

—Yo también lo creía, pero después de ver lo que le están haciendo a este lugar, me alegro mucho de no formar parte del proyecto.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Leopold con una voz un tanto pastosa, y Ostian se dio cuenta de que estaba bastante borracho.

—Bueno, pues me refiero a eso —respondió, al mismo tiempo que señalaba algunas de las pinturas de la pared que tenían más cerca—. Da la impresión de que los colores los ha elegido un ciego, y en cuanto al tema escogido… Bueno, es de esperar que haya algunos desnudos en un teatro, pero la mayoría de éstos son prácticamente pornográficos.

—Lo sé —dijo Leopold con una sonrisa—. ¿A que son geniales?

Ostian hizo caso omiso del comentario.

—Escucha esa música de mierda. A mí encantaron las obras de Bequa Kynska la primera vez que las oí, pero esto suena igual que un gato al que hubieran colgado por el rabo de una ventana y que estuviera intentando agarrarse con las uñas al cristal. En cuanto a las esculturas, ni siquiera sé por dónde empezar. Son burdas, obscenas, y no hay ni una sola de ellas a la que yo consideraría acabada de verdad.

—Bueno, tú eres un experto en eso —comentó Leopold.

—Sí, así es —contestó Ostian, quien se estremeció al recordar la última vez que había oído un comentario así.

Era un día normal. El golpeteo agudo del martillo y del cincel llenaba el estudio mientras se esforzaba por sacar de la piedra la visión que había tenido. La escultura iba tomando forma poco a poco. La figura de un guerrero con armadura cobraba vida lentamente a partir del interior del mármol a medida que Ostian quitaba todo lo que no formaba parte de lo que había visto en su mente. Sus manos plateadas recorrían el mármol, y los metriculadores que llevaba insertados en la punta de los dedos leían la propia piedra para poner al descubierto las líneas de falta y los puntos de tensión ocultos en su masa.

Calculaba cada golpe de martillo con precisión, y con cada impacto de cincel sentía de un modo instintivo la forma que estaba creando y el amor y el respeto que tenía por el mármol con el que estaba trabajando. Lejos ya del lento comienzo, cuando la rabia era la que había impulsado los martillazos, notaba una nueva calma y un sometimiento que le había hecho suavizar sus ataques contra el mármol. Había encontrado la serenidad que daba la satisfacción de ver surgir algo hermoso.

Cuando dio un paso atrás para contemplar el mármol, se dio cuenta de una presencia en el caótico estudio. Se dio la vuelta y vio a un guerrero gigantesco protegido por una armadura púrpura y dorada que empuñaba una gran alabarda de hoja también dorada. La armadura en sí estaba cubierta de detalles decorativos, mucho más de lo que era común en los astartes. El casco del guerrero tenía unas alas, y al visor frontal le habían dado una forma que recordaba la cara de una gran ave de presa.

Ostian se quitó la máscara antipolvo mientras otros cinco guerreros idénticos entraban en el abarrotado estudio. Les siguió un servidor de carga, que llevaba una amplia plataforma sobre la que había tres objetos irregulares cubiertos por unos paños blancos. Ostian reconoció de inmediato a los guerreros, ya que pertenecían a la Guardia del Fénix, los guardaespaldas de élite de…

Fulgrim entró en el estudio y Ostian se quedó paralizado por la impresionante presencia del primarca. El señor de los Hijos del Emperador llevaba puesta una sencilla túnica de color rojo oscuro que tenía entretejidos hilos de color plata y púrpura muy sutiles. Tenía la cara maquillada de blanco y los ojos delineados con tinta de color cobrizo. Llevaba el largo cabello plateado recogido en una serie de complicadas trenzas.

Ostian se dejó caer de rodillas e inclinó la cabeza. Encontrarse tan cerca de un ser de una belleza tan perfecta era algo que Ostian jamás había experimentado. Era cierto que ya había visto con anterioridad al primarca de los Hijos del Emperador, pero encontrarse en un espacio tan pequeño y con sus ojos oscuros fijos en él era igual que quedarse idiota y babeante de repente y en tan sólo un momento.

—Mi señor, yo… —empezó a decir Ostian.

—Por favor, ponte en pie, maestro Delafour —le dijo Fulgrim mientras se dirigía hacia él. Ostian olió el aroma penetrante de los aceites perfumados que le habían extendido por toda la piel—. Los genios como tú jamás deberían ponerse de rodillas en mi presencia.

Ostian se puso lentamente en pie e intentó levantar la cabeza para mirar cara a cara al primarca, pero descubrió que su cuerpo no estaba dispuesto a obedecerle.

—Puedes mirarme —le dijo Fulgrim.

A Ostian le dio la impresión de que, de repente, sus músculos habían quedado bajo el control del primarca. Su cabeza se alzó sin que aparentemente su propio cerebro le ordenara nada. La voz de Fulgrim sonaba igual que la música. Pronunciaba cada sílaba con el tono y el

volumen de voz perfectos, como si ningún otro sonido fuese capaz de llenar el aire de un modo tan apropiado.

—Veo que tu trabajo avanza —le comentó Fulgrim mientras daba vueltas alrededor del trozo de mármol y admiraba los resultados—. Estoy impaciente por verla terminada. Dime, ¿representará a algún guerrero en concreto?

Ostian asintió. Intentó responderle con palabras, pero la voz le falló a la hora de expresar sus pensamientos a aquel ser tan magnífico.

—¿Quién? —le preguntó Fulgrim.

—Será el Emperador, amado por todas nosotros —respondió Ostian por fin.

—El Emperador —repitió Fulgrim—. Un tema magnífico.

—Pensé que era lo adecuado dada la perfección del mármol —le explicó Ostian.

Fulgrim asintió mientras seguía dando vueltas alrededor del bloque. Lo hacía con los ojos cerrados y pasaba las manos por encima del mármol de un modo muy parecido a lo que Ostian había hecho unos momentos antes.

—Maestro Delafour, tienes un don excepcional. Le das vida a la piedra. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

—Me han comentado que tenéis un gran talento para la escultura, mi señor.

Fulgrim sonrió y negó levemente con la cabeza.

—Puedo crear formas agradables, sí, pero darles vida… Eso es algo que me frustra y para lo que te pido tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —jadeó Ostian—. No os entiendo.

Fulgrim hizo un gesto en dirección al servidor de carga y uno de los guardias apartó los paños que cubrían los objetos situados en la plataforma. Quedaron al descubierto tres estatuas talladas en mármol claro.

El primarca lo tomó por el hombro y lo condujo hacia las tres estatuas. Todas representaban a guerreros con armadura. Por las marcas de las hombreras, todos eran capitanes de compañía.

—Me he propuesto esculpir a cada uno de mis capitanes —le explicó Fulgrim—, pero cuando terminé el comandante de la Tercera Compañía

me di cuenta de que había hecho algo mal, como si faltara una verdad esencial.

Ostian observó con atención las tres estatuas y vio las líneas perfectas y los detalles exquisitos, hasta el punto de captar a la perfección las expresiones de los tres capitanes. Cada una de las líneas de tallado era de una factura intachable, y en el mármol no quedaba ni un solo rastro del cincel del escultor, por lo que daba la impresión de que las estatuas habían salido directamente de un molde.

Sin embargo, mientras Ostian estudiaba atentamente el callado de las estatuas, no sintió ningún arrebato de pasión, como era de esperar en unas obras de arte como aquéllas. Sí, las estatuas eran perfectas, pero ahí estaba su defecto, ya que algo de una técnica tan superior no mostraba nada del propio creador, ningún rasgo humano que le hablara al espectador y le permitiera captar un atisbo del alma del artista.

—Son magníficas —dijo al cabo de unos momentos.

—No me mientas, rememorador —le advirtió Fulgrim, y Ostian captó una cierta brusquedad en el tono de voz que le hizo levantar la mirada hacia el primarca.

Fulgrim lo estaba mirando con una expresión que hizo que a Ostian se le helara el corazón.

—¿Qué queréis que os diga, mi señor? —le preguntó—. Son perfectas.

—Quiero la verdad —le contestó Fulgrim—. La verdad, al igual que la cirugía, puede hacer daño, pero cura.

Ostian se esforzó por encontrar unas palabras que no ofendieran al primarca, ya que hacer algo semejante le parecía el comportamiento más abominable imaginable. ¿Quién se atrevería a insultar a una persona de semejante belleza?

Fulgrim se dio cuenta del dilema que sufría Ostian, así que le puso una mano en el hombro en un gesto tranquilizador.

—Un buen amigo que te hace ver los errores y las imperfecciones, y que rechaza el mal, debe ser respetado si con ello revela el secreto de un tesoro oculto. Tienes mi permiso para hablar con libertad.

El primarca le habló en voz baja, pero sus palabras actuaron como una llave que abriera una habitación cerrada en el interior de Ostian, lo que permitió la salida de pensamientos que de otro modo no se habría atrevido a expresar.

—Es que se trata de que… son demasiado perfectas —explicó—. De que han sido talladas más con la cabeza que con el corazón.

—¿Cómo es posible que algo sea demasiado perfecto? —le preguntó Fulgrim—. Sin duda, todo lo que es bello y noble procede de la razón y del cálculo.

—El arte superior no tiene que ver con la razón, sino con lo que sale del corazón. Se puede trabajar con toda la perfección técnica de la galaxia, pero si no existe pasión, es un esfuerzo desperdiciado.

—Por supuesto que existe la perfección —le espetó Fulgrim—. Nuestro objetivo en la vida es encontrar esa perfección y mostrársela a todo el mundo. Tenemos que dejar a un lado todo aquello que nos limita.

Ostian hizo un gesto negativo con la cabeza. Estaba demasiado enfrascado en la discusión como para darse cuenta de que el primarca se enfurecía por momentos.

—No, mi señor ya que el artista que busca la perfección en todo no lo logra en nada. La esencia del ser humano consiste en no buscar la perfección.

—¿Qué hay de tu propio trabajo? —quiso saber Fulgrim—. ¿Es que no buscas la perfección en tus obras?

—La gente deja a un lado cosas importantes al insistir en la búsqueda de la perfección, algo que no pueden conseguir y que buscarán donde no pueden encontrarla —insistió Ostian—. Si yo esperara encontrar la perfección, jamás acabaría mis obras.

—Bueno, tú eres el experto en eso —gruñó Fulgrim.

De repente, Ostian se dio cuenta, horrorizado, del disgusto que sentía el primarca. Los ojos de Fulgrim refulgían como perlas negras, y las venas del cuello le palpitaban por la furia que estaba conteniendo. Ostian sintió que el terror se apoderaba de su ser al captar el ansia que habitaba en el fondo de aquella mirada.

Vio más allá del deseo del primarca de reflejar la belleza en el mármol o en las pinturas hasta el punto de sentir la compulsión obsesiva de lograr la imposibilidad de la perfección, un deseo que no permitiría que nada se interpusiera en su camino. Se percató demasiado tarde de que a pesar de pedirle sinceridad, no era eso lo que buscaba Fulgrim; quería la alabanza de su obra y mentiras almibaradas para reforzar su creciente ego.

—Mi señor… —susurró.

—No tiene importancia —lo cortó Fulgrim con voz irritada—. Veo que no me equivocaba al querer hablar contigo. Jamás esculpiré mármol de nuevo, ya que es evidente que estoy desperdiciando el tiempo.

—No, mi señor, no es eso lo que…

Fulgrim alzó una mano pira interrumpirlo.

—Te agradezco tu tiempo, maestro Delafour. Me marcho para permitirte que continúes con tu obra imperfecta.

El primarca de los Hijos del Emperador abandonó el estudio, rodeado de la Guardia del Fénix, y dejó a Ostian temblando tras ver el horror que albergaba la mente de Fulgrim.

Ostian movió la cabeza para sacarse el recuerdo de la visita del primares a su estudio al darse cuenta de que le estaban hablando. Alzó la vista y vio al astartes de piel pálida que le miraba desde su gran altura.

—Soy Lucius —dijo el guerrero.

Ostian asintió y vació el vaso que tenía en la mano.

—Sé quién eres.

Lucius Sonrió, complacido de que lo reconocieran.

—Me han dicho que eres amigo de Serena d'Angelus. ¿Es verdad?

—Supongo que sí.

—Entonces, quizá puedas llevarme a su estudio —le pidió Lucius.

—¿Por qué?

—Está claro: quiero que me haga un retrato —le contestó Lucius, con otra sonrisa.



TRECE

NUEVO MODELO
MUNDO VIRGEN
MAMAJUANA

El apotecario Fabius sólo llevaba puesta su túnica quirúrgica. Estaba inclinado sobre la mesa de operaciones, donde yacía el sujeto experimental. Hizo un gesto a los servidores del apotecarion, quienes se apresuraron a colocar el artefacto que él llamaba «el cirujano» a la espalda. Lo encajaron con cuidado en la unidad de interfaz que llevaba montada en la cintura y acoplaron los conectores que enlazarían sus sentidos con los mecanismos del cirujano.

A efectos prácticos, el artefacto le proporcionaría una serie de brazos adicionales e independientes que realizarían todas sus tareas en concordancia con sus pensamientos, por lo que responderían a sus necesidades con mayor rapidez y eficacia que cualquier ayudante o enfermero. Además, era mejor mantener oculta la cirugía que estaba a punto de realizar a los ojos de aquellos que quizá se acobardarían por lo que debía hacerse para tener éxito.

—¿Estáis cómodo, mi señor? —preguntó Fabius.

—Deja de preocuparte por mi comodidad, maldita sea —le replicó Eidolon, furibundo.

Era evidente que Eidolon se sentía muy incómodo y vulnerable en la mesa de operaciones. El comandante general se había quitado la armadura y los ropajes y yacía desnudo sobre la fría losa metálica mientras esperaba la cuchilla del apotecario.

Unas máquinas borboteantes y sibilantes lo rodeaban. Tenía el cuello cubierto de gel antiséptico. La fría luz fluorescente azul le teñía la piel de una tonalidad muerta. Las vasijas de cristal que rodeaban al apotecario estaban llenas de toda clase de excrecencias carnosas de aspecto repugnante de las que no se conocía su utilidad.

—Muy bien —dijo Fabius, asintiendo—. Supongo que habrá hablado con los capitanes que tiene bajo su mando sobre su voluntariedad para los procesos quirúrgicos de potenciación, ¿no es así?

—Así es —le confirmó Eidolon—. Espero que la mayoría de ellos se presenten en las próximas semanas.

—Excelente —siseó Fabius—. Tengo maravillas que ofrecerles.

—No te preocupes por ellos —le dijo Eidolon.

Los potentes narcóticos hicieron que la voz sonara débil y algo pastosa. Fabius comprobó la lectura que mostraba la máquina que controlaba la velocidad del metabolismo del comandante general y ajustó el flujo de drogas que introducía en su sistema, y las mezcló con algunas sustancias que él mismo había sintetizado.

Eidolon miró con nerviosismo las líneas serradas que aparecían en la pantalla del monitor. Fabius vio que la frente del comandante general quedaba cubierta de una fina capa de sudor.

—Noto una cierta reticencia por su parte a ponerse cómodo, mi señor —dijo Fabius. La luz se reflejó en los numerosos escalpelos que sostenía sobre Eidolon.

El rostro de Eidolon se contrajo con una mueca de rabia.

—¿Y eso te sorprende, apotecario? Estás a punto de cortarme la garganta y de implantarme un órgano cuyo propósito todavía no se me ha comunicado.

—Se trata de un implante traqueal modificado que se unirá a sus cuerdas vocales y le permitirá producir un aullido paralizante de nervios, muy similar al que emplean ciertos tipos de guerreros de los laer.

—¿Me vas a implantar un organismo alienígena? —preguntó, horrorizado, Eidolon.

—Ni mucho menos —respondió Fabius con una sonrisa de oreja a oreja —. Aunque lo cierto es que hay unas cuantas cadenas de ADN procedentes del genoma alienígena que he decidido incorporar a la semilla genética que he mutado bajo condiciones controladas. Lo que haré básicamente será incorporar un nuevo organismo a su cuerpo, un organismo que podrá activar cuando se encuentre en combate.

—¡No! —gritó Eidolon—. ¡No lo quiero, no si para eso tengo que recibir un implante de escoria alienígena!

Fabius negó con la cabeza.

—Mi señor, me temo que ya es demasiado tarde para echarse atrás. El primarca en persona ha autorizado mi trabajo, y usted mismo me pidió que lo implantara en su organismo en cuanto regresara. ¿Qué es lo que deseaba? Ah, sí: ser mi mayor éxito, más rápido, más fuerte y más letal que nunca.

—¡No de este modo, apotecario! —volvió a gritar Eidolon—. ¡Detén todo esto ahora mismo!

—No puedo hacerlo, Eidolon —le contestó Fabius, con cierto tono de indiferencia—. El soporífero que te he administrado te mantendrá inmovilizado, y las muestras que debo implantarte no sobrevivirán sin un cuerpo huésped. ¿Para qué resistirse? Te sentirás mucho mejor cuando acabe la operación.

—¡Te mataré! —lo amenazó Eidolon, vociferante.

Fabius volvió a sonreír mientras contemplaba los esfuerzos del comandante general por liberarse. Eran inútiles, ya que las drogas que le inundaban el sistema sanguíneo y las argollas metálicas lo mantenían inmovilizado contra la mesa.

—No, Eidolon, no me matarás, porque cumpliré la promesa que te hice. Serás más mortífero que nunca. También deberías recordar que la vida de

un guerrero es una vida peligrosa, y que acabarás muchas veces bajo mi bisturí antes de que esta cruzada llegue a su clímax; así que, ¿de verdad quieres amenazarme? Deja que las drogas te lleven, y para cuando despiertes, ¡serás el modelo sobre el que se basará nuestra amada legión para dar el siguiente salto en la evolución!

Fabius sonrió por última vez y el escalpelo comenzó a descender.



Incluso antes de llegar a las ruinas que se encontraban al otro extremo del valle, Solomon ya estaba seguro de que no era una ruina, después de todo. Su estructura se mantenía intacta y no mostraba señal alguna de haber formado parte de un edificio de mayor tamaño. Sin embargo, puesto que no tenía ni idea de qué era aquella estructura tan extraña, decidió que «ruina» era una palabra tan buena como cualquier otra para designarla.

La estructura curva, que tenía la forma de un extremo de arco, medía unos doce metros de altura desde el suelo, con la base apoyada en una plataforma ovalada fabricada a partir de la misma sustancia semejante a la porcelana que constituía la ruina en sí. La curva que trazaba era elegante y alienígena, aunque no mostraba ninguno de los excesos inquietantes de la arquitectura laer.

De hecho, Solomon pensó que, a su manera, era algo bello.

Una vez más, los astartes se desplegaron para formar un perímetro alrededor de sus oficiales mientras se acercaban a la ruina alienígena. Solomon notó una sensación de aprensión curiosa al ver con mayor claridad la estructura, ya que no parecía en absoluto un edificio abandonado miles de años atrás. Para empezar, su superficie no mostraba ni una sola mancha, ya fuera producida por el moho o por el tiempo, y las piedras de aspecto suave que salpicaban la estructura relucían como si acabaran de pulirlas.

—¿Qué es? —le preguntó Marius.

—No lo sé —contestó Solomon—. ¿Una señal de marca?

—¿Para marcar qué?

—A lo mejor, una frontera —sugirió Tarvitz, entre el asentimiento general—. Pero ¿entre quiénes?

Solomon se dio la vuelta para saber qué le parecía a Fulgrim, y se quedó sorprendido al ver que el rostro del primarca estaba cubierto de lágrimas. Julius se encontraba al lado de Fulgrim, y en su cara también brillaban las lágrimas. Miró a su alrededor para ver la reacción que tenían los demás capitanes ante aquello: todos estaban tan sorprendidos como él.

—¿Mi señor? —le preguntó Solomon—. ¿Algo va… mal?

Fulgrim hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, hijo mío. No te alarmes, porque no lloro de dolor o de angustia, sino por la belleza.

—¿Por la belleza?

—Sí, por la belleza —insistió Fulgrim. Luego se dio media vuelta y abrió los brazos de par en par para abarcar todo el maravilloso paisaje que los rodeaba—. Este mundo es incomparable a cualquiera de los que hemos visto en nuestros viajes, ¿no es así? ¿En qué otro sitio hemos visto maravillas desplegadas antes nuestros ojos con semejante perfección? En este mundo no hay ni un solo fallo, y si algo semejante fuera posible, diría que un sitio como éste no existe por casualidad.

Solomon siguió la mirada del primarca y vio las mismas maravillas naturales que él, aunque no consiguió sentirse tan conmovido como su superior. Julius había asentido al oír las palabras de Fulgrim, pero de los cuatro capitanes presentes parecía ser el único que se había visto afectado del mismo modo que el primarca.

Quizá Marius había tenido razón al insistir en dejarse puestos los cascos, ya que sin duda debía existir alguna clase de agente químico en la atmósfera de ese planeta que los afectaba de ese modo. Sin embarco, cualquier sustancia capaz de afectar a un primarca debería haberlo afectado a él mucho antes.

—Mi señor, quizá deberíamos volver a la *Orgullo del Emperador* —le sugirió.

—A su debido tiempo —contestó Fulgrim, con un gesto de asentimiento—. Deseo quedarme un poco más, ya que no volveremos nunca aquí. Anotaremos el planeta en los archivos y seguiremos adelante dejándolo intacto, ya que destruir un lugar como éste sería un crimen.

—¿Mi señor? ¿Que seguiremos adelante? —le preguntó, incrédulo, Solomon.

—Por supuesto, hijo mío —le contestó Fulgrim con una sonrisa—. Nos marcharemos y no regresaremos Jamás.

—Pero ya habéis designado a este planeta como 28-4 —le recordó Solomon—. Ahora es un mundo del Emperador y se encuentra sujeto a las leyes imperiales que nos encargó que defendiéramos sin error alguno. Abandonarlo sin dejar en él algún tipo de fuerza armada que imponga nuestro dominio y lo defienda de los posibles enemigos es algo contrario a nuestra misión entre las estrellas.

Fulgrim se volvió hacia Solomon.

—Conozco muy bien cuál es nuestra misión, capitán Demeter. No deberías asumir que no es así.

—No lo hago, mi señor, pero lo cierto es que marcharnos de este planeta sin dejar una fuerza de ocupación es algo contrario a las órdenes del Emperador.

—¿Has hablado con el Emperador acerca de esto? —le espetó Fulgrim, y Solomon sintió que todas sus objeciones se vaporizaban ante la intensidad de la mirada del primarca—. ¿Crees que conoces su voluntad mejor que uno de sus propios hijos? Yo estaba al lado del Emperador y de Horus en Altaneum cuando sus habitantes destruyeron los casquetes polares del planeta e inundaron todo su mundo bajo los océanos para destruir la belleza natural que había tardado miles de millones de años en formarse antes que permitir que nosotros la conquistáramos. El Emperador me dijo que no debíamos cometer más ese error, ya que la galaxia no valdría nada si lo que conquistamos es una tierra baldía.

—Lord Fulgrim tiene razón —declaró Julius—. Deberíamos irnos de este lugar.

Solomon sintió que su decisión se reforzaba ante el apoyo de Julius al primarca, ya que captó el tono de adulación de las palabras de su amigo.

—Yo estoy de acuerdo con lo que ha dicho el capitán Demeter —dijo Saúl Tarvitz de repente, y Solomon jamás se alegró tanto de oír la voz de otro—. La belleza de un planeta no debería afectar a la decisión de si debe someterse o no.

—No importa que estés de acuerdo o no —le respondió Marius, con voz amenazante—. Lord Fulgrim ha hablado y debemos obedecer su voluntad. Esa es nuestra cadena de mando.

Julius asintió, y Solomon apenas fue capaz de creer que estuvieran a punto de cometer un acto que prácticamente era una desobediencia directa a las órdenes del Emperador.

A lo largo de las siguientes dos semanas, la 28.ª Expedición encontró otros cinco planetas de una naturaleza similar a la de 28-4, pero en cada una de esas ocasiones la flota había continuado su periplo sin que se reclamaran aquellos mundos en nombre del Emperador. La frustración de Solomon Demeter creció día a día ante la aparente negativa de la expedición a cumplir la voluntad del Emperador con aquellos planetas vacíos, y aparte de él, sólo Saúl Tarvitz parecía sentirse extrañado de que unos mundos tan paradisíacos estuviesen deshabitados.

Lo cierto era que cuanto más se adentraba la expedición en la Anomalía Perdus más seguro estaba Solomon de que aquellos planetas no habían sido abandonados, sino que, de hecho, lo que estaban esperando era a que llegaran sus habitantes. No tenía ninguna prueba sólida en la que basar esa suposición, únicamente la sensación de que los mundos que habían visto hasta ese momento eran demasiado perfectos, como si más bien los hubieran diseñado en vez de permitirles que siguieran con su desarrollo natural.

Habló cada vez menos con Julius a medida que se adentraban en la región Perdus. El capitán de la Primera Compañía pasaba buena parte de su tiempo en las cámaras de archivo o con el primarca. También le dio la impresión de que Marius había recuperado el favor del primarca, ya que cada vez con mayor frecuencia eran los guerreros de la Primera y de la

Tercera los que acompañaban a Fulgrim a la superficie de los mundos descubiertos.

Saúl Tarvitz se había convertido en un nuevo aliado, y Solomon pasó buena parte del tiempo con él en las salas de entrenamiento. Tarvitz estaba convencido de que no era más que un oficial de primera línea de combate, pero Solomon veía con claridad en su interior la semilla de la grandeza, aunque el propio Tarvitz fuera incapaz de reconocerlo. Se esforzaba por animarlo a lo largo de las sesiones de entrenamiento para que viera su potencial y hacer que el fuego de su ambición creciera. Si le daban la oportunidad, Saúl Tarvitz podía llegar a ser un magnífico líder, pero su comandante general era Eidolon, por lo que era éste quien debía decidir sobre el posible ascenso de Tarvitz más allá del rango que tenía en ese momento. Solomon le había enviado numerosos mensajes a Eidolon, hablándole muy bien de Tarvitz, pero el comandante general no le había contestado a ninguno de ellos.

Después de pasar de largo por el cuarto planeta que se encontraron en el camino sin que se enviara un destacamento imperial o se nombrara un gobernador planetario, Solomon le pidió al comandante general Vespasian que se reunieran. Se encontraron en la galería de las Espadas, una amplia avenida de columnas donde las representaciones en mármol de los héroes de la legión muertos mucho tiempo atrás miraban desde arriba a sus sucesores.

La galería se encontraba en la parte central de la *Andronius*, un crucero de ataque que Fulgrim solía utilizar como segunda nave insignia. Era un lugar donde un guerrero podía encontrar la soledad y la inspiración ante la presencia de los héroes muertos de la legión.

Vespasian se encontraba delante de un grabado con la imagen del comandante general Illios, un guerrero que había luchado junto a Fulgrim contra las tribus rivales de Chemos y que lo había ayudado a transformar su hogar, partiendo de un mundo infernal de muerte hasta lograr convertirlo en un lugar de cultura y erudición.

Los dos guerreros se estrecharon la mano. Solomon fue el primero en hablar.

—Me alegro de ver una cara amiga.

Vespasian asintió.

—Has estado llamando mucho la atención estos últimos días.

—Sólo he sido sincero —le replicó Solomon.

—No es lo mejor en estos tiempos —comentó Vespasian.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a qué me refiero, así que vamos a dejarnos de juegos con las palabras. Limitémonos a ser sinceros, ¿de acuerdo?

—A mí me parece bien. Nunca se me han dado bien las frases bonitas.

—Entonces hablaré con franqueza, porque creo que eres un guerrero en quien puedo confiar. Temo que algo terrible le haya ocurrido a nuestra legión, porque se ha vuelto decadente y arrogante.

Solomon asintió.

—Estoy de acuerdo. La legión alardea de una nueva clase de superioridad. Es una palabra que he oído pronunciar demasiadas veces como para no darme cuenta de ello. Ya me he enterado por Saúl Tarvitz de lo que ocurrió en Muerte, y si la mitad de lo que me ha contado es cierto, nos ganaremos la enemistad de las otras legiones por nuestro comportamiento altanero.

—¿Tienes idea de cuándo ha empezado todo esto?

Solomon se encogió de hombros.

—No estoy seguro, pero creo que todo empezó a cambiar después de la campaña contra los laer.

—Sí —confirmó Vespasian, mostrándose de acuerdo. Se dio la vuelta y comenzaron a caminar por la galería. Pasaron por delante de una gran escalera que llevaba a uno de los apotecarion de la nave—. Creo que tienes razón, aunque no se me ocurre qué es lo que puede haber provocado este cambio tan drástico.

—He oído hablar mucho del templo que capturó lord Fulgrim —le comentó Solomon—. Quizá había algo en el interior, algo que afectó a todos aquellos que entraron, alguna clase de enfermedad o de arma que les afectó a la mente. ¿Y si los laer tenían guardado alguna clase de poder

desconocido en ese templo, algún tipo de corrupción colectiva de su mente que se transmitió a la legión?

—Eso me suena muy rebuscado, Solomon.

—Puede que sí, puede que no, pero ¿has visto las reformas que lord Fulgrim ha ordenado que se realicen en La Fenice?

—No.

—Bueno, pues yo nunca llegué a ver el interior del templo laer, pero por lo que he oído decir, parece ser que La Fenice se está convirtiendo en una réplica de ese lugar.

—¿Por qué iba lord Fulgrim a construir la réplica de un templo alienígena a bordo de la *Orgullo del Emperador*?

—¿Por qué no se lo preguntas? —le dijo Solomon—. Eres un comandante general, tienes derecho a hablarle.

—Pienso hacerlo, Solomon, aunque sigo sin ver qué importancia tiene el templo de los laer.

—Quizá lo importante sea que se trata de un templo.

Vespasian lo miró con escepticismo.

—¿Sugieres que el poder de sus dioses ha afectado de alguna manera a nuestros guerreros? No pienso permitir habladurías sobre espíritus impuros en este lugar dedicado a héroes.

Solomon se apresuró a negarlo.

—No, no se trata de verdaderos dioses, pero sabemos que existen criaturas malignas que pueden atravesar las puertas del empíreo procedentes de la disformidad, ¿no es así? Quizá el templo era un sitio por el que podían pasar con mayor facilidad entre ambos planos. ¿Y si el poder que poseía a los laer se hubiera venido con nosotros cuando nos fuimos?

Los dos guerreros se quedaron mirándose fijamente durante largos segundos antes de que Vespasian rompiera el silencio.

—Si tienes razón, ¿qué podemos hacer al respecto?

—No lo sé —admitió Solomon—. Deberías hablar con lord Fulgrim.

—Intentaré hacerlo —contestó Vespasian—. ¿Qué harás tú?

Solomon soltó una breve risa.

—Mantenerme firme y actuar siempre con honor.

—No suena como un plan demasiado bueno.

—Es lo único que tengo —respondió Solomon.



Serena d'Angelus contempló con asombro como los trabajos en La Fenice continuaban a una velocidad vertiginosa y con una creatividad sin límites. Los colores se salían de las paredes, y una música que daba la impresión de conocer sus sentimientos más íntimos llenaba el antaño aburrido y monótono teatro. Artistas de todas clases habían trabajado en la decoración. El esplendor de todo el lugar la dejó sin respiración.

Verse rodeada de tal marea de talento hizo que se diera cuenta de lo mucho que tenía que trabajar todavía en sus pinturas y lo poco valiosas que eran sus patéticas habilidades. Los grandes retratos de lord Fulgrim y de Lucius seguían burlonamente inacabados en su estudio, y ambas telas la torturaban por no poder acabar. Disponer de unos seres de una belleza tan inimaginable sentados ante ella y ser incapaz de mezclar los tonos precisos que necesitaba la había llevado a nuevos límites de autodesprecio y mutilación. Tenía los brazos y las piernas cubiertos de cortes que se había hecho con el borde afilado de la paleta de mezclar colores. Había mezclado su sangre con la pintura para enriquecer los tonos.

Pero no había sido suficiente.

Cada gota de sangre conservaba su fuerza sólo durante un corto periodo de tiempo. La mente de Serena se había llenado de terrores funestos sobre lo que le podría ocurrir si no acababa sus obras o la ridiculizaban por algún defecto que le encontraran o que carecieran de la capacidad de transmitir emoción.

Cerró los ojos e intentó rememorar la luz y el color que llenaban el templo del atolón flotante, pero el recuerdo se le volvió a escapar, huidizo y siempre fuera de su alcance. Su sangre había potenciado los colores de las

pinturas, y había acabado recurriendo a fluidos y sustancias menos nobles de su propio cuerpo para mejorarlas todavía más.

Sus lágrimas lograban que los blancos fueran más luminosos, su sangre que los rojos parecieran arder, mientras que sus deposiciones le proporcionaron unas sombras de una oscuridad tan intensa que jamás hubiera imaginado posible. Cada color había despertado nuevas pasiones y sensaciones que hasta ese momento no sabía que tenía. Que cosas semejantes la hubieran repugnado tan sólo unos meses antes no se le pasó en ningún momento por la cabeza, ya que toda su pasión era alcanzar nuevas cotas, el siguiente nivel de sensaciones, ya que en cuanto experimentaba una era olvidada casi en seguida como si no fuera más que un sueño efímero.

Sacudida por los sollozos producto de la frustración, Serena había destrozado otra pintura. El sonido de la madera al romperse, de la tela al rasgarse y el dolor del impacto le habían proporcionado unos instantes de placer, pero incluso eso desapareció a los pocos segundos.

No le quedaba nada más que dar. Tenía el cuerpo exhausto y había llegado al límite de las sensaciones que podía proporcionar, pero en cuanto se dio cuenta de ello, se le ocurrió la solución.

Serena cruzó La Fenice en dirección a la zona del bar, donde, aunque era tarde, todavía quedaban muchos rememorado res que carecían del sentido común necesario para retirarse a descansar por la noche. Reconoció a unos cuantos de ellos, pero no se les acercó, ya que buscaba a alguien que tuviera menos probabilidades de rechazarla.

Serena se pasó una mano por la larga cabellera, que estaba sucia comparada con el brillo natural que solía mostrar, pero que al menos llevaba peinada y recogida en un esfuerzo por parecer medio presentable. Recorrió con la mirada todos los grupos de clientes del bar y sonrió al ver a Leopold Cadmus, quien estaba sentado a solas en un taburete con una botella de licor oscuro en las manos. Se abrió paso por el bar y se sentó en el taburete que había a su lado. El levantó la vista y la miró con expresión de sospecha, pero su mirada se iluminó en seguida al ver que era una mujer la que se había sentado junto a él. Serena se había puesto el vestido más

escotado que tenía y también el colgante que atraería todas las miradas hacia sus pechos. Leopold no la defraudó, ya que sus ojos bordeados de rojo se clavaron de inmediato en su busto.

—Hola, Leopold —lo saludó—. Me llamo Serena d'Angelus.

—Lo sé —respondió él—. Eres la amiga de Delafour.

—Exacto —le respondió Serena con un tono de voz alegre—. Pero no hablemos de él. Hablemos de ti.

—¿De mí? ¿Por qué?

—Porque he leído algunos de tus poemas.

—Ah —exclamó Leopold, que de repente pareció alicaído—. Bueno, si has venido a criticarlos, puedes ahorrarte el esfuerzo. No tengo ganas de soportar otro puñetero comentario.

—No voy a criticarlos —lo tranquilizó al mismo tiempo que ponía una mano sobre la suya—. A mí me gustaron.

—¿De verdad?

—De verdad.

Los ojos se le iluminaron de nuevo y la expresión de su rostro cambió de la de un borracho malhumorado a la de un desesperado patetismo, donde la sospecha quedó repentinamente anulada por la débil esperanza de una alabanza.

—Me gustaría que me leyeses algunos —le pidió ella.

Leopold tomó un sorbo de la botella antes de contestar.

—No tengo ninguno de mis libros aquí, pero…

—No importa —lo interrumpió Serena—. Tengo uno en mi estudio.

—Te gusta trabajar en el caos —comentó Leopold al mismo tiempo que fruncía la nariz ante el olor que impregnaba todo el estudio—. ¿Cómo encuentras lo que necesitas?

Deambuló por los bordes de su zona de trabajo, pasando con cuidado por encima de los botes de pintura caídos, trozos de madera y telas rasgadas. Observó con atención las pocas pinturas que todavía colgaban de las paredes, aunque ella se dio cuenta de que las imágenes no significaban nada para él.

—Supongo que todos los artistas trabajan en este ambiente de desorden —le dijo Serena—. ¿Tú no?

—¿Yo? No, qué va —contestó Leopold—. Yo trabajo en un pequeño cubículo con una placa de datos y un estilo que no funciona la mitad de las veces. Sólo los rememoradores importantes disponen de estudios donde trabajar.

Ella captó la amargura en su tono de voz y aquello la emocionó.

La sangre le palpitaba en el cráneo, y tuvo que esforzarse para mantener controlada la respiración. Sirvió un par de copas de un líquido rojo oscuro de una botella que había conseguido gracias a un suministrador de material de las cubiertas inferiores de la nave. Se la había pedido especialmente para una ocasión como aquélla.

—Supongo que soy afortunada —le dijo ella, mientras se abría paso entre los restos de sus trabajos—. Aunque sé que debería hacer algo respecto a todo este desorden. No sabía que iba a tener compañía esta noche, pero cuando te vi en La Fenice, supe que tenía que hablar contigo.

Leopold sonrió ante el halago y tomó la copa que ella le ofrecía. Miró con curiosidad el líquido viscoso que había dentro.

—No… no me esperaba que nadie quisiera escuchar mi trabajo. La verdad es que sólo vine a la 28.ª Expedición porque la lanzadera con los poetas seleccionados de la colmena Mericana se estrelló.

—No seas bobo —le contradijo Serena, y alzó su copa—. Un brindis.

—¿Por qué brindamos?

—Por un accidente fortuito —respondió Serena— sin el cual nunca nos habríamos conocido.

Leopold asintió y tomó un sorbo prudente de la bebida. Sonrió al descubrir que le gustaba el sabor.

—¿Qué es esto?

—Se llama mamajuana —le explicó Serena—. Es una mezcla de ron, vino tinto y miel combinada con corteza de un árbol llamado eurycoma longifolia.

—Qué exótico.

—Se dice que es un afrodisíaco muy potente —murmuró ella, con voz seductora.

Serena se bebió la copa de un solo trago y luego la lanzó al otro extremo de la estancia. El se sobresaltó cuando el cristal se partió en mil pedazos. Sobre la pared se fue formando una larga mancha rojiza a medida que los restos del líquido se deslizaban hacia el suelo.

Envalentonado por el descaro de su deseo, Leopold vació su copa y la dejó caer al suelo con la risa nerviosa de alguien que no acaba de creerse su buena suerte.

Serena se inclinó hacia él y le rodeó el cuello con los brazos para atraerlo hacia un beso apasionado. El se quedó rígido por unos momentos, sorprendido por lo repentino del movimiento, pero se relajó poco a poco con el beso. Luego le colocó las manos en las caderas y ella se acopló a la curva de su cuerpo.

Se mantuvieron en esa postura todo el tiempo que ella pudo soportarlo, y al fin lo arrastró hacia el suelo, donde prácticamente le arrancó las ropas con movimientos frenéticos que volcaron botes de pintura y derribaron varios caballetes. La sensación de las manos de Leopold sobre su cuerpo le parecía repugnante, pero incluso eso la hizo desear gritar de placer.

Al cabo de unos momentos ella interrumpió el beso. De uno de los labios de Leopold salía un poco de sangre en el punto donde ella le había mordido. En su rostro idiota apareció una expresión de preocupación. Serena se pegó a su cuerpo e hizo que rodaran hasta colocarse ella encima para luego hacerlo como bestias salvajes en mitad de los trastos de su estudio.

Poco después, Leopold cerró los ojos con fuerza y sus caderas se movieron de un modo espasmódico. Serena se agachó y empuñó la afilada paleta de mezclar colores.

—Pero ¿qué…?

Fue lo único que Leopold tuvo tiempo de decir antes de que ella le rebanara la garganta con la paleta. La sangre le saltó del cuello en un gran chorro mientras Leopold se debatía en los estertores de la muerte.

El pegajoso fluido rojo la cubrió debido a los movimientos convulsivos de Leopold. Esta vez sí que se echó a reír y disfrutó de la oleada de sensaciones que le recorrían el cuerpo. Él siguió gorgoteando bajo ella con la vida escapándosele a chorros, e intentó agarrarla por pura desesperación. La sangre comenzó a formar un amplio charco bajo el cuerpo de Leopold y Serena le clavó la palera una y otra vez en el cuello. La resistencia del poeta fue haciéndose cada vez menor a medida que el placer de ella llegaba poco a poco a un clímax explosivo.

Serena se mantuvo sobre el cuerpo de Leopold hasta que dejó de tener convulsiones y sus brazos cayeron flácidos al suelo. Se echó a un lado, con el cuerpo palpitante y el corazón martilleándole contra las costillas como un tambor enloquecido.

Oyó el último estertor de Leopold, que salió de su garganta destrozada, y sonrió al captar el olor de la vejiga y de los intestinos al vaciarse cuando murió. Serena se quedó inmóvil unos momentos más, disfrutando de la sensación del asesinato, del placer de la sangre que le recorría las venas y de la tibieza en su interior.

Se preguntó qué maravillas no conseguiría con todos esos materiales aplicados a la tela.



Las numerosas preguntas que provocaron los descubrimientos de tantos mundos paradisíacos deshabitados tuvieron finalmente su respuesta trece días después de la llegada de la 28.ª Expedición a la región Perdus. La *Corazón Orgulloso*, que viajaba en vanguardia de la expedición, fue la primera en captar las señales de los intrusos.

Transmitió la noticia de inmediato al resto de la flota, y a los pocos instantes todas las naves estaban listas para el combate, con las troneras de los cañones abiertas y los torpedos cargados en los tubos. La nave alienígena no realizó ninguna clase de maniobra agresiva evidente, pero la

Orgullo del Emperadora adelantó al resto de la flota para reunirse con la *Corazón Orgulloso* a pesar de las protestas del capitán Lemuel Aizel.

La nave insignia de los Hijos del Emperador consiguió por fin detectar la presencia de la nave enemiga, aunque los oficiales del puente de mando tuvieron que esforzarse continuamente por mantener la señal constante, ya que no hacía más que aparecer y desaparecer en las pantallas.

Enviaron un mensaje tras otro, pero la única respuesta fue una pared de estática. Los astrópatas de la flota informaron de un curioso amortiguamiento de su visión de disformidad, muy similar al que había escudado a la región desde hacía mucho tiempo de la visión de los navegantes y de los telépatas.

Por fin, los elementos de avanzadilla de la flota entraron en contacto visual con la nave solitaria. En la pantalla del puente de mando apareció como una silueta borrosa y levemente difusa.

Su verdadero tamaño fue imposible de determinar con exactitud, pero los cogitadores de la nave calcularon que tendría entre nueve y catorce kilómetros de largo. Por encima del casco se desplegaba la pronunciada curva de un elemento triangular que se asemejaba a una vela. La imagen quedó definida de repente y se vio con claridad desde las cubiertas de observación, y exactamente al mismo tiempo, una voz resonó por el sistema de comunicaciones de la nave, con un tono claro y cristalino y hablando en un gótico imperial perfecto.

—Me llamo Eldrad Ulthran —dijo la voz—. Os doy la bienvenida en nombre del mundo astronave de Ulthwé.



CATORCE

HACIA TARSOS
LA NATURALEZA DEL GENIO
ADVERTENCIA

Solomon no perdió de vista los guerreros de asalto de la delegación eldar. Sus movimientos tenían una fluidez letal que él jamás llegaría a conseguir. Cada uno llevaba envainado a la espalda un sable curvado, y todos tenían en la cadera una funda donde guardaban una pistola de elegante diseño. Los cascos pálidos pertenecientes a una de las temibles castas guerreras de los eldars y unas plumas de color escarlata les tapaban el rostro. Su armadura segmentada y de superficie pulida era del mismo material del que estaba construida la ruina que habían encontrado en 28-4.

—No parecen gran cosa —susurró Marius—. Un viento un poco fuerte los partiría por la mitad.

—No los subestimes —le advirtió Solomon—. Son guerreros mortíferos y sus armas son letales.

Marius no dio la impresión de sentirse muy convencido, pero asintió para mostrar que aceptaba la advertencia de Solomon, ya que éste se había enfrentado con anterioridad a los guerreros eldars.

El capitán recordó los combates en los bosques azotados por el viento de Tza-Chao, donde los Lobos Lunares y los Hijos del Emperador habían combatido codo con codo contra una fuerza pirata de incursores eldars. Lo que había comenzado como una batalla normal había degenerado hasta convertirse en una pelea brutal cuerpo a cuerpo en mitad de una tormenta, con las armas de fuego inútiles, por lo que hubo que recurrir a la ferocidad y a la fuerza bruta como únicas herramientas de combate. Se acordó del chillido horrible de las espadas al girar en el aire cuando los guerreros que las empuñaban salían a la carga de entre los árboles, lanzando unos aullidos que helaban la sangre. Recordó en concreto a uno de los lobos lunares, que había estrangulado a un oficial eldar anónimo con un trozo de alambre oxidado y sucio en mitad de la lluvia.

Solomon no había olvidado a las monstruosidades andantes, mucho mayores que un dreadnought, que los habían acechado entre los árboles como gigantes de leyenda y que habían aplastado a los astartes con sus poderosos puños mientras destruían vehículos blindados con los cañones que llevaban acoplados en los hombros y que poseían una potencia de disparo increíble.

«No —pensó Solomon—, no debemos subestimar a los eldars».

El encuentro con el mundo astronave había sido toda una sorpresa para la 28.ª Expedición, y se les había recibido con una hostilidad recelosa hasta que quedó claro que los eldars no tenían intenciones agresivas. Fulgrim había hablado en persona con el llamado Eldrad Ulthran, un individuo que proclamaba ser quien guiaba al mundo astronave, aunque no había llegado a decir que era su líder.

Comenzó un complicado baile de propuestas y contrapropuestas, ya que ninguno de los dos bandos estaba dispuesto a que el otro entrara en su nave. Los gritos que pedían que se enfrentaran a ellos fueron estridentes. Solomon fue el más insistente de todos cuando él, Julius, Marius, Vespasian y Eidolon fueron convocados a las estancias del primarca para escuchar por qué no habían atacado todavía a los eldars, como ordenaba su mandato de conquista.

Los aposentos de Fulgrim eran un derroche de pinturas y esculturas. Solomon se había sentido intranquilo, aunque lo ocultó al ver que había una estatua con su rostro al final de una de las estancias, colocada al lado de otras dos que representaban a Julius y a Marius.

—¡Son alienígenas! —exclamó—. ¿Qué más razones necesitamos para declararles la guerra?

—Ya has oído a lord Fulgrim, Solomon —le respondió Julius—. Podemos aprender mucho de los eldars.

—Yo sé que ni tú te crees eso, Julius. Luché a tu lado en Tza-Chao y sé exactamente de lo que son capaces.

—¡Se acabó! —gritó Fulgrim—. Ya he tomado una decisión. No creo que los eldars hayan venido con intenciones hostiles, ya que sólo tienen una nave y nosotros muchas. Nos ofrecen su amistad, y yo haré honor a esa amistad considerándola sincera a menos que se demuestre lo contrario.

—Cuando alguien con malas intenciones sabe que va a ser tu enemigo, empieza por declararse tu amigo al principio —replicó Solomon—. Esto es una farsa. Buscan destruirnos. Lo sé.

—Hijo mío —le dijo Fulgrim tomándole por el brazo—. No hay ninguna persona, por muy sabia que sea, que en algún momento de su juventud no haya dicho o hecho algo que más tarde en su vida le resultará tan desagradable que desearía ser capaz de borrarlo de su memoria si pudiera. No quiero que en los años venideros me persiga un sentimiento de culpabilidad por no haber hecho algo bueno.

La discusión, si se la podía considerar como tal, acabó, y todos menos Eidolon y Julius recibieron la orden de volver con sus respectivas compañías. Las siguientes comunicaciones con los eldars no lograron llegar a un acuerdo sobre el punto de reunión, hasta que Eldrad Ulthran ofreció reunirse en un planeta llamado Tarsus.

Aquella solución les había parecido aceptable a todos, por lo que las naves de la 28.ª Expedición siguieron al mundo astronave en un viaje lento y majestuoso por la región Perdus que los llevó hasta otro planeta paradisíaco y bello que carecía de habitantes, lo mismo que todos los demás con los que se habían encontrado. Las coordenadas se habían transmitido a

la *Orgullo del Emperador*, y después de unas cuantas discusiones más, se llegó a un acuerdo sobre el tamaño de los grupos de ambas delegaciones.

Una Thunderhawk los llevó a la superficie de Tarsus cuando el sol ya bajaba para ocultarse tras el horizonte. Aterrizaron en la cima de un montículo redondeado que se alzaba al lado de un gran bosque, entre las ruinas de lo que debió de ser un edificio esplendoroso donde vivir. Cuando las nubes levantadas por el aterrizaje se dispersaron, Solomon vio que los eldars ya los estaban esperando, aunque la flota de la expedición no había detectado ninguna clase de lanzadera que partiera del mundo astronave.

Solomon sintió aprensión al estudiar con detenimiento la delegación eldar. Los comandantes generales Eidolon y Julius flanqueaban a Fulgrim. Solomon, Julius, Marius, Saúl Tarvitz y Lucius estaban desplegados a su retaguardia.

Los eldars estaban reunidos alrededor de una estructura en arco idéntica a la que habían visto en 28-4. El grupo de guerreros con armaduras de color hueso y altas crestas estaba desplegado alrededor del arco, cada uno de ellos equipado con un par de espadas curvas que llevaban envainadas a la espalda. Detrás de ellos había unas figuras de estatura elevada protegidas con armaduras de placas de color oscuro y que se mantenían alerta y empuñaban unas armas de cañón largo mientras un par de tanques con la parte delantera alargada patrullaban el perímetro desde el aire. La atmósfera se estremecía bajo los gráciles vehículos, y el mecanismo que los mantenía levitando levantaba grandes nubes de polvo en el sucio.

En el centro del grupo de eldars se veía a una figura de elevada estatura sentada con las piernas cruzadas sobre una mesa baja de madera oscura pulida. La figura iba vestida con una túnica de color oscuro y llevaba en la cabeza un casco alargado de bronce. En una mano empuñaba un báculo largo, y a su lado se encontraba una de aquellas gigantescas máquinas de guerra caminantes que Solomon había aprendido a temer desde la batalla en Tza-Chao. Empuñaba una espada tan larga como la estatura de un guerrero astartes, y sus gráciles miembros no daban idea de la temible fuerza y del poder que poseían. Aunque la curva dorada de su cabeza

alargada no mostraba rasgo alguno que pudiera mostrar expresión, Solomon tuvo la certeza de que lo miraba fijamente a él con un claro sentimiento de desprecio.

—Menuda reunión —musitó Julius, y Solomon captó un cierto tono de impaciencia en su voz.

Solomon no dijo nada, ya que estaba demasiado atento a la aparición de la más mínima indicación de peligro.

¿Crees que éste es el que buscas?

—No lo sé —respondió Eldrad cuando la voz de Khiraen Yelmodorado resonó en su mente—. Y eso me preocupa.

¿El destino no lo muestra con claridad?

Eldrad hizo un movimiento negativo con la cabeza. Sabía que el poderoso señor espectral se sentía inquieto por aquella reunión, a pesar de que había sido el vidente quien la había convocado. La opinión del guerrero muerto mucho tiempo atrás había sido que debieron atacar a los humanos en cuanto entraron en el espacio eldar y destruirlos antes incluso de que se dieran cuenta de la presencia de los eldars en la zona. Sin embargo, Eldrad había presentido que habría algo diferente en aquel encuentro.

—Sé que ésta será una parte importante en el sangriento drama que está a punto de comenzar, pero no sé si será para bien o para mal. Tanto sus pensamientos como su futuro están ocultos a mi visión.

¿Ocultos? ¿Cómo es posible?

—Tampoco estoy seguro, pero creo que las fuerzas oscuras que su Emperador utilizó para crear a estos primarcas provocaron que muchos de ellos sean poco más que un espectro en la disformidad. No puedo leer a éste, ni sentir nada de su futuro.

Es un mon-keigh. No tiene más futuro que la guerra y la muerte.

Eldrad notó el desprecio que el guerrero muerto sentía por los humanos, ya que había sido una espada humana la que había acabado con su vida y lo había convertido en un espíritu dentro de una poderosa máquina de guerra. Se esforzó para que la furia del señor espectral no nublara su propio juicio de valor sobre los humanos, pero era difícil no

estar de acuerdo con el dada la evidencia que mostraba su historia empapada en sangre.

Sí, los mon-keigh eran una raza brutal que vivía pura la conquista, pero aquellos humanos se comportaban de un modo diferente a lo que había visto con anterioridad, y deseó fervientemente que aquel tal Fulgrim tuviera fe sabiduría necesaria para llevar la advertencia al gobernante de su raza.

Sabes que lo que digo es cierto —insistió Khiraen—. *Tú mismo has visto la gran guerra que hará que se enfrenten con ferocidad entre ellos, ¿no es cierto?*

—La he visto, gran Khiraen —contestó Eldrad, asintiendo.

Entonces, ¿por qué impedir que suceda? ¿Qué nos importa que los mon-keigh se destruyan entre ellos en mitad del juego y de la sangre? ¡Yo digo que les dejemos, porque la vida de cualquier eldar vale diez mil veces la de cualquiera de ellos!

—Estoy de acuerdo —respondió Eldrad—, pero he visto un momento en la siniestra oscuridad de un futuro lejano, un momento en el que nuestra falta de actuación sería nuestra perdición.

Espero que tengas razón, vidente, y que esto no sea cuestión de simple arrogancia.

Eldrad miró al grupo de guerreros con armadura que se había reunido sobre la colina y sintió un estremecimiento en el alma, ya que él esperaba lo mismo.



Fulgrim encabezó la marcha colina abajo sin preámbulo alguno. Marchaba resplandeciente con su armadura de combate y una capa dorada que destellaba de forma cegadora bajo la luz decreciente. Llevaba el cabello, de color blanco plateado, recogido en una serie de trenzas muy elaboradas, y sobre la frente una corona de laurel dorado. Le habían maquillado el rostro

de blanco, por lo que parecía más pálido todavía de lo habitual, y le habían aplicado unas tintas de colores en los ojos y en las mejillas para dibujar unos elegantes traeos curvilíneos.

Fulgrim había acudido con la espada plateada colgando de la cintura, pero a Solomon le daba la impresión de que su señor iba equipado y arreglado de un modo más afín a la visión que tendría un empresario teatral de un primarca que a la propia realidad.

Sin embargo, no dijo nada al respecto. Los Hijos del Emperador llegaron al pie de la colina, y el eldar vestido con una túnica negra se puso en pie con agilidad e hizo una reverencia ante Fulgrim. En el rostro del alienígena flotó la sombra de una sonrisa, y Solomon se puso tenso cuando se quitó el casco de bronce.

—Bienvenidos a Tarsus —dijo el eldar al mismo tiempo que hacía una inclinación de cintura muy formal.

—¿Sois Eldrad Ulthran? —le preguntó Fulgrim tras responder a la reverencia con otra igual.

—Lo soy —contestó Eldrad. Luego se volvió levemente hacia la enorme máquina de guerra—. El es el señor espectral Khiraen Yelmodorado, uno de los ancianos más venerados del mundo astronave de Ulthwé.

Solomon se estremeció cuando la gigantesca máquina inclinó la cabeza con un movimiento seco, lo que tiñó el gesto de bienvenida de hostilidad.

Fulgrim levantó la mirada hacia el enorme señor espectral y respondió con un gesto de asentimiento entre guerreros. Eldrad habló de nuevo.

—Y alguien de una importancia como la vuestra debe de ser Fulgrim.

—Lord Fulgrim de los Hijos del Emperador —lo interpeló Eidolon.

Solomon captó de nuevo una leve sonrisa y apretó la mandíbula, ya que estaba seguro de que aquel supuesto desliz ocultaba en realidad un insulto.

—Pido disculpas —contestó Eldrad—. No pretendía faltar al respeto ni ofender. Simplemente buscaba establecer un diálogo basado en las virtudes propias más que en el rango.

—No me siento ofendido —lo tranquilizó Fulgrim—. Tenéis razón en lo que decís, ya que no es el derecho de nacimiento ni el rango lo que diferencia a los individuos, sino la virtud que cada uno tenga. Mi

comandante general tan sólo se sentía impaciente de que se conociera mi rango. Aunque no afectará a nuestro parlamento. La verdad es que todavía no sé el rango que ostentáis entre los vuestros.

—Soy lo que se puede llamar un vidente —le respondió Eldrad—. Guío a mí gente a través de las momentos difíciles que pueda albergar el futuro y ofrezco mi consejo sobre cómo enfrentarse a esos posibles problemas.

—Un vidente… —musitó Fulgrim—. Entonces, ¿sois un brujo?

Solomon sintió la tentación de empuñar la espada, pero se esforzó por contener el impulso. El primarca les había prohibido expresamente a todos que empuñaran las armas a menos que él lo hiciera antes.

Eldrad no pareció sentirse afectado por el provocativo término utilizado por Fulgrim, e hizo un leve gesto negativo con la cabeza.

—Es una palabra antigua que quizá no tenga una buena traducción a vuestra lengua.

—Ya entiendo. Os pido disculpas por hablar sin pensar.

Solomon conocía muy bien a su primarca, y sabía que Fulgrim había elegido a propósito esa palabra para saber cuál sería la reacción de Eldrad ante ella.

Una treta como ésa podría haber funcionado con un humano, pero el rostro del vidente no reveló nada.

—Así pues, como vidente, ¿sois el líder del mundo astronave?

—El mundo astronave de Ulthwé no tiene un dirigente formal en ese sentido, sino un… consejo. Supongo que ésa sería la palabra que se utilizaría en vuestro idioma.

—Entonces, ¿vos y Khiraen Yelmodorado representáis a ese consejo? —insistió Fulgrim—. Deseo saber con claridad con quién estoy hablando.

—Hablad conmigo, y estaréis hablando con Ulthwé —le prometió Eldrad.

* * *

Ostian llamó de nuevo a la puerta corredera del estudio de Serena. Se dijo a sí mismo que le daría cinco minutos más para responderle antes de volverse a su propio estudio. La estatua del Emperador avanzaba a gran velocidad, como si alguna clase de musa interna le estuviese guiando las manos, aunque todavía quedaba mucho por hacer, y la visita a Serena le estaba robando mucho del tiempo que necesitaba.

Dejó escapar un suspiro cuando se dio cuenta de que Serena no iba abrirle. De repente, oyó un susurró detrás de la corredera y el olor inconfundible de un cuerpo sin lavar.

—¿Serena? ¿Eres tú?

—¿Quién es? —preguntó una voz ronca y áspera.

—Soy yo, Ostian. Sube la corredera.

La única respuesta fue el silencio, y se temió que quienquiera que fuese el propietario de aquella voz iba simplemente a no hacerle caso. Alzó la mano para llamar una vez más, pero en ese momento la puerta corredera comenzó a subir. Ostian dio un paso atrás, ya que de repente se sintió muy nervioso sobre quién aparecería al otro lado.

Al cabo de unos momentos la corredera subió lo bastante como para que pudiera ver quién la había abierto.

Era una mujer con tal aspecto que hubiera sido más probable encontrarla pidiendo limosna en la zona baja de una de las ciudades colmena. Llevaba el largo cabello sucio y grasiento, y su rostro se mostraba demacrado y envejecido. Las ropas que llevaba puestas estaban rotas y manchadas.

—¿Quién…? —empezó a preguntar, pero las palabras se le atascaron en la garganta cuando se dio cuenta de que aquella patética parodia de ser humano era Serena d'Angelus—. ¡Por el Trono vivo! —gritó Ostian, que se apresuró a tornarla de los hombros—. ¿Qué te ha pasado, Serena?

Le miró los brazos y descubrió que tenía la piel cubierta de cortes recientes y de cicatrices de otros más antiguos. De hecho, todavía tenía costras de sangre seca en las heridas más recientes, y se dio cuenta de que muchas estaban infectadas.

Ella lo miró con unos ojos de mirada apagada y prácticamente tuvo que arrastrarla al interior del estudio. Se quedó pasmado del desastre en que aquel lugar se había convertido. ¿Qué le había ocurrido a la artista meticulosa que mantenía cada parte de su vida organizada y compartimentada? El suelo estaba cubierto de botes de pintura derramados, y por todas partes había telas rotas, tiradas como si fueran basura. En el centro del estudio había un par de caballetes todavía en pie, pero no pudo ver qué estaba pintando en ellos, ya que las telas estaban al otro lado.

Las paredes estaban cubiertas de manchas rojas, y en una de las esquinas de la estancia había un gran barril de plástico. A Ostian le llegó, incluso hasta donde estaba, el olor podrido y penetrante que desprendía.

—Serena, en nombre de la cordura, ¿qué ha pasado aquí?

Ella levantó la mirada, como si lo viera por primera vez.

—Nada —contestó.

—Bueno, pues yo creo que está claro que algo ha sucedido —respondió él. Notaba que su rabia crecía en proporción a la indiferencia que ella mostraba—. Mira este lugar. Hay pintura por todas partes, cuadros rotos… ¿Y qué es ese hedor? ¡Trono!, ¿qué es eso? Huele igual que si hubiera un muerto aquí.

Serena se encogió de hombros.

—He estado demasiado ocupada para entretenerme en limpiar.

—Eso es una tontería —le replicó él—. Yo siempre he sido mucho más desordenado que tú y mi estudio no está tan mal como esto. En serio, ¿qué ha pasado aquí?

Ostian caminó entre los restos destrozados que llenaban el estudio de Serena. Esquivó una gran mancha de pintura de color marrón rojizo que había en mitad del suelo y se dirigió hacia el barril de gran tamaño que había en la esquina. Antes de llegar sintió una presencia a su espalda. Se dio la vuelta y vio que Serena estaba justo detrás de él, con una mano extendida hacia él y la otra metida en uno de los bolsillos de su vestido, pero como si tuviera algo en ella.

—No lo hagas —le dijo Serena—. Por favor, no quiero tener que…

—¿Tener que qué? —inquirió Ostian.

—No lo hagas —repitió ella, y el escultor vio que los ojos se le estaban llenando de lágrimas.

—¿Qué es lo que tienes metido en ese barril?

—Es ácido de grabar. Estoy… Estoy intentando conseguir algo nuevo.

—¿Algo nuevo? —repitió a su vez Ostian—. Cambiar del acrílico al óleo es algo nuevo. Esto es… bueno, no sé lo que es, pero a mí me parece una locura, si quieres saber mi opinión.

—Ostian, por favor —le pidió ella, entre sollozos—. Vete, por favor.

—¿Que me vaya? No hasta que descubra lo que te ha pasado.

—Ostian, tienes que irte —le suplicó Serena—. No sé lo que podría llegar a hacer.

—¿De qué estás hablando, Serena? —le preguntó Ostian, agarrándola por los hombros—. No sé qué es lo que te ocurre, pero quiero que sepas que he venido por ti. Soy un idiota, y debería haberte dicho algo antes, pero no sabía cómo hacerlo. Sabía que te estabas haciendo daño porque no creías que tu talento valiera para nada, pero te equivocas. Tienes un don muy especial, y tienes que darte cuenta de ello, porque esto… esto no es sano.

Ella se desplomó en sus brazos. Ostian sintió como las lágrimas le bajaban por las mejillas mientras el cuerpo de Serena se estremecía con los tremendos sollozos que soltaba. Su corazón se entregó por completo a ella, aunque su cerebro masculino era incapaz de comprender su extraña aflicción. Serena d'Angelus era una de las artistas de mayor talento que él jamás hubiera conocido, y a pesar de ello se veía acosada por el autoengaño de creer que no valía nada. La apretó más contra él y la besó en la frente.

—No pasa nada, Serena.

Sin previo aviso, ella lo apartó de un empujón con un chillido de rabia.

—¡Sí! —le gritó enfurecida—. ¡Sí que pasa! ¡Nada dura! No importa lo que haga, nada dura. Yo creía que se debía a que era inferior, a que no valía, a que su talento era incapaz de mantenerlo.

Ostian retrocedió ante aquella rabia, sin saber de quién o de qué estaba hablando, o lo que quería decir con todo aquello.

—Serena, por favor. He venido a ayudarte.

—¡No quiero que me ayudes! —le replicó ella a gritos—. ¡No quiero que nadie me ayude! ¡Quiero que me dejen sola!

El retrocedió… completamente confuso. Se apartó de ella al sentir a un nivel subconsciente que estaba en peligro simplemente por encontrarse allí.

—No sé lo que te está ocurriendo. Serena, pero no es demasiado tarde para dejar atrás lo que sea que te está devorando por dentro. Por favor, déjame ayudarte.

—No sabes de lo que estás hablando, Ostian. Para ti siempre ha sido muy fácil, ¿verdad? Eres un genio y la inspiración te llega con facilidad. Te he visto realizar grandes obras sin ni siquiera pensar en ello, pero ¿qué pasa con el resto de nosotros? ¿Qué pasa con los que no somos unos genios? ¿Qué podemos hacer?

—¿De verdad es eso lo que piensas? —le preguntó Ostian, enfurecido por el modo en que Serena había despreciado sus habilidades, como si no fueran más que el resultado inevitable de alguna clase de fuerza intangible que habitara en su interior y que surgiera de él como un torrente—. ¿Crees que a mí me resulta fácil? A ver si te lo aclaro, Serena: la inspiración viene de trabajar todos los días. La gente cree que mi talento se despierta todas las mañanas, descansado y preparado como el sol, pero de lo que no se dan cuenta es de que, al igual que todo los demás, sube y baja. A los que no tienen talento les parece muy fácil decir que somos nosotros precisamente quienes lo tenemos fácil. Pero no es así. Trabajo todos los días para ser tan bueno como soy, y me saca de quicio como no te haces una idea que la gente mediocre presuma de saber mejor que yo lo que hace bueno al arte. Apreciar el trabajo de los demás es algo maravilloso, Serena, porque hace que lo que es excelente en otros te pertenezca un poco a ti también.

Ella retrocedió unos cuantos pasos ante la diatriba, y Ostian se dio cuenta de que se había dejado llevar por la rabia.

Se sintió decepcionado consigo mismo, por lo que se dio media vuelta y salió en tromba mientras ella alargaba una mano hacia él. Cruzó la entrada y se marchó a toda prisa por el pasillo.

—¡Ostian! ¡Por favor! —gimió Serena, mientras el escultor se alejaba—. ¡Vuelve! ¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Te necesito! ¡Por favor!

Pero él siguió caminando.

* * *

Solomon no dejó de vigilar al inmóvil señor espectral que estaba detrás de Eldrad durante todo el intercambio de saludos. Parecía increíble que sus delgadas extremidades inferiores fueran capaces de sostener el peso de todo aquel cuerpo, incluida la curvada y alargada cabeza. El capitán notó que el vello de la piel se le erizaba sólo con mirarlo, porque sabía que aquello se podía mover con una velocidad y una agilidad increíbles, pero, a pesar de ello, era incapaz de sentir una atisbo de vida en la máquina, lo que sí ocurría con un dreadnought.

Aunque no quedara prácticamente nada del antiguo guerrero en el interior del sarcófago del dreadnought, aparte de un cuerpo destrozado rodeado de fluidos amnióticos, al menos había un corazón palpitante y un cerebro vivo en ese núcleo. Lo único que captaba en aquella creación monstruosa era muerte, como si lo único que habitara en su interior. Fuera poco más que un fantasma atrapado de alguna manera en aquella envoltura sin vida.

Fulgrim hizo un gesto de asentimiento en dirección a Eldrad.

—Muy bien, Eldrad Ulthran del mundo astronave de Ulthwé, podéis considerarme un representante del Emperador de la Humanidad.

Eldrad asintió a su vez con un gesto elegante y señaló con una mano la mesa baja.

—Por favor, sentémonos. Comamos y charlemos como viajeros que se han encontrado en el mismo camino.

—Eso sería muy agradable —contestó Fulgrim.

El primarca se sentó a la mesa con agilidad e indicó con un gesto a sus capitanes que hicieran lo mismo. Los fue presentando a medida que se sentaron. Solomon se acomodó la espada al cinto y se sentó al mismo tiempo que los tanques levitadores giraban con suavidad en el aire. De la

parte posterior de cada uno bajó una rampa cuyo extremo se posó en el suelo, Solomon notó la tensión de sus camaradas astartes. Casi sintió cómo los guerreros de la Guardia del Fénix empuñaban con más fuerza las alabardas. Sin embargo, del interior de los tanques no surgió ninguna amenaza, tan sólo un grupo de eldars vestidos con túnicas blancas que llevaban bandejas con comida. Caminaban con una gracia y una elegancia tan asombrosas que los pies casi parecían deslizarse sobre el suelo mientras se acercaban a la mesa.

Depositaron las bandejas sobre la mesa y Solomon vio el festín que habían preparado para ellos: trozos escogidos de la carne más selecta, fruta fresca y queso fuerte y oloroso.

—Coman —les invitó Eldrad.

Fulgrim se sirvió un poco de carne y de fruta, y el comandante general Vespasian lo imitó. Julius y Marius también lo hicieron, aunque Eidolon no. Solomon estuvo de acuerdo por una vez con Eidolon y no tomó nada de las bandejas.

Se dio cuenta de que Eldrad no comía carne, sino que se limitaba a picar aquí y allá en los bandejas de fruta.

—¿Los de su raza no comen carne? —quiso saber Solomon.

Eldrad centró sus grandes ojos ovalados en él, y Solomon se sintió como una simple mariposa clavada en una pared. Vio la tremenda tristeza que mostraba la mirada del vidente, y reflejado en las profundidades eternas de sus ojos captó el eco de las grandes hazañas que todavía estaba por lograr.

—Yo no como carne, capitán Demeter. Es demasiado fuerte para mi paladar. Pero debería probar un poco. Me han dicho que es excelente.

Solomon hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No. Lo que me interesa saberes la razón que les ha movido a mostrarse abiertamente ante nosotros en este momento. Estoy convencido de que nos han estado siguiendo desde que llegamos aquí.

Fulgrim le lanzó una mirada llena de irritación, pero Eldrad fingió que no la había visto.

—Ya que lo pregunta, capitán Demeter, sí, les hemos estado siguiendo, ya que es muy extraño ver a sus naves en esta región del espacio —le

respondió Eldrad—. Creíamos que estaba oculta a los de su especie. ¿Cómo han logrado llegar hasta aquí?

Fulgrim dejó la comida en la mesa.

—¿Nos han estado siguiendo? —preguntó.

—No se trataba más que de una simple precaución, ya que los mundos por los que han pasado pertenecen a la raza eldar.

—¿Ah, sí?

—Así es —le confirmó Eldrad—. Cuando nos dimos cuenta de que estaban atravesando nuestro territorio, pensamos atacarlos, pero cuando vimos que simplemente pasaban de largo, sin intentar establecer asentamientos en aquellos planetas que no eran suyos, sentimos curiosidad por saber el motivo.

—Despojar a esos planetas de sus bellezas naturales hubiera sido una equivocación —le contestó Fulgrim.

—Es cierto, hubiera sido una equivocación —confirmó Eldrad—. Estos mundos vírgenes llevan esperando la llegada de mi gente desde hace eones. Intentar arrebatárnoslos hubiera sido un error muy grave.

—¿Eso es una amenaza? —quiso saber Fulgrim.

—Una promesa —le advirtió Eldrad—. Habéis mostrado una contención que no esperábamos en alguien de vuestra raza, lord Fulgrim. Después de todo, vuestro jefe es alguien al que se conoce como el Señor de la Guerra, y vuestro propósito declarado es conquistar toda la galaxia y apoderaros de ella sin importar la soberanía ni los deseos de las razas con las que la compartís. No pretendo ofenderos, pero he de decir que me parece algo monstruosamente arrogante.

Solomon esperaba que el estallido de rabia de lord Fulgrim fuera impresionante, pero el primarca se limitó a sonreír antes de contestar.

—No soy un historiador experto, pero según tengo entendido, vuestra propia raza proclamó que gobernaba la galaxia.

—¿Proclamarlo? La gobernamos antaño, y debido a nuestra arrogancia y nuestra autocomplacencia la perdimos. Debo pediros que no volváis a preguntarme sobre ese tema, ya que no diré más sobre esos días perdidos.

—Es justo —respondió Fulgrim—. Los imperios se alzan y se derrumban, las civilizaciones vienen y van. Para cada una de ellas es trágico, pero así es como funcionan las cosas. Una dinastía debe morir para que surja otra que la sustituya. No podéis negar que el destino manifiesto de la humanidad es gobernar las estrellas, como vosotros hicisteis antaño.

—¿Un destino manifiesto? —replicó Eldrad, riéndose—. ¿Qué sabe vuestra raza del destino? Cuando todo va a su favor, la humanidad cree que es el destino, pero cuando sufre desastres, ¿no es el destino también? ¿Quién dice que el destino es algo bueno? Yo he tenido visiones que os harían maldecir el destino, y conozco secretos que destrozarían vuestra cordura si llegaseis a discernir aunque fuera una mínima fracción de ellos.

Solomon sintió el aumento de tensión entre los dos líderes, y supo que tarde o temprano aquello iba a acabar en un baño de sangre. Era evidente que los guerreros de la Guardia del Fénix se estaban preparando para el combate, y Solomon se dio cuenta por los leves movimientos de los guerreros eldars, armados con espadas, de que ellos también sentían la escalada en el enfrentamiento de palabras.

Sin embargo, en vez de reaccionar con violencia, Fulgrim se echó a reír por las palabras de Eldrad, como si estuviera disfrutando de aquella confrontación.

—Menudo par estamos hechos, ¿verdad? Lanzándonos pullas mientras esquivamos el verdadero asunto.

—¿Y cuál es el verdadero asunto? —quiso saber Eldrad.

—¿Por qué estamos hablando en realidad? Proclamáis que los mundos de esta región son vuestros, pero no los habéis colonizado. ¿Por qué? Porque vuestra raza se extingue, pero a pesar de ello os aferráis a la existencia a bordo de una nave estelar cuando existen paraísos que os están esperando. Queréis algo más de nosotros, aparte de acompañarnos hasta llevamos fuera de vuestros territorios, así que seamos sinceros, Eldrad Ulthran del mundo astronave de Ulthwé. ¿Por qué estamos aquí sentados hablando?

—De acuerdo, Fulgrim de los Hijos del Emperador, pero he de advertiros que no querréis oír la verdadera razón por la que deseaba hablar

con vos.

—¿No?

Eldrad negó tristemente con la cabeza.

—No, porque os enfurecerá sobremanera.

—¿Cómo lo sabéis? —Inquirió Fulgrim—. Creí que habíais dicho que no sois un brujo.

—No necesito poderes de predicción para saber que mi advertencia os enfurecerá.

—Hacedme esa advertencia y la tendré en consideración de un modo objetivo —le prometió Fulgrim.

—Muy bien. En este preciso instante, aquel al que llamáis Señor de la Guerra se encuentra bajo la sombra de la muerte, y existen fuerzas más allá de vuestra comprensión que están luchando por poseer su alma.

—¿Horus? —exclamó Fulgrim—. ¿Está herido?

—Se está muriendo —le confirmó Eldrad, con un gesto de asentimiento.

—¿Cómo? ¿Dónde? —exigió saber el primarca.

—En un planeta llamado Davin —le informó Eldrad—. Un consejero de confianza le traicionó, y los poderes del Caos le cuentan al oído mentiras envueltas por verdades. Alimentan su vanidad y su ambición con visiones distorsionadas de lo que va a ocurrir.

—¿Sobrevivirá? —le preguntó Fulgrim, alzando la voz, y Solomon captó una angustia como jamás antes había oído.

—Lo hará, pero sería mejor para la galaxia que no lo consiguiera.

Fulgrim le propinó un tremendo puñetazo a la mesa, que se partió en dos, y se puso en pie de un salto. Su pálido rostro estaba encendido por la rabia. Los miembros de la Guardia del Fénix inclinaron sus armas hacia adelante cuando los guerreros eldars se sobresaltaron ante aquella furia repentina.

—¿Te atreves a desear la muerte de mi amigo más querido? —rugió Fulgrim—. ¿Por qué?

—¡Porque os traicionará a todos y dirigirá a sus ejércitos contra vuestro Emperador! —le explicó Eldrad—. De un solo golpe, condenará a la galaxia

a miles de años de guerras y de sufrimiento.



QUINCE

EL GUSANO EN EL CORAZÓN DE LA MANZANA
LA LLAMADA DE LA GUERRA
KAELA MENSHA KHAINE

Fulgrim pensó al principio que le había entendido mal. Era imposible que aquel alienígena estuviera sugiriendo que Horus, el hijo más leal del Emperador, traicionaría a su padre y se levantaría contra él en una guerra civil. La idea era ridícula, puesto que el Emperador jamás habría nombrado Señor de la Guerra a Horus si no hubiera estado absolutamente seguro de su lealtad.

Buscó en el rostro de Eldrad Ulthran algún atisbo de broma, o de que se tratara de algún error odioso, ya que no había modo alguno en que un insulto como aquél quedara sin respuesta. Mientras buscaba alguna razón para todo aquello, la voz en el interior de su cabeza rugió llena de furia.

¡Esta escoria alienígena busca sembrar la disensión entre vosotros!

—¡Esto es una locura! —gritó Fulgrim, y sintió que la ira se apoderaba de él—. ¿Por qué iba Horus a hacer algo semejante?

Eldrad se puso en pie. El gigantesco señor espectral que estaba a su espalda abrió los brazos y los guerreros de armadura de color hueso

alargaron las manos para empuñar las espadas. Sin embargo, el vidente alzó el báculo para detener aquellos movimientos agresivos.

—Su alma se está viendo tentada por las visiones de poder y de gloria que le ofrecen los dioses del Caos. Es una batalla que no puede ganar.

¡Mentira, mentira, mentira, mentira, mentira, mentira, mentira, mentira, mentira, mentira, mentira!

—¿Dioses del Caos? —exclamó Fulgrim. Una oleada rojiza de odio proporcionó una nueva energía a su cuerpo—. ¡En nombre de Terra! ¿De qué estáis hablando?

La máscara impasible de Eldrad se deshizo y en su rostro apareció una expresión de horror.

—¿Viajáis por la disformidad y no sabéis qué es el Caos? ¡Por la sangre de Khaine! Ahora entiendo por qué han elegido a tu raza para atacar.

—Hablas con acertijos, alienígena —le espetó Fulgrim—. No pienso tolerar nada de esto.

—Debes escucharme —le rogó Eldrad—. La disformidad, que es como tú la llamas, alberga los seres más malignos imaginables, unas energías terribles que son elementales y feroces. Son dioses que han existido desde el principio de los tiempos y que perdurarán más allá de la llama titilante que es este universo. El Caos es el gusano en el corazón de la manzana, y el cáncer del alma, que te devora desde dentro. Es el enemigo absoluto de todas las criaturas vivas.

—Si es algo tan maligno, Horus le dará la espalda —le replicó Fulgrim.

Sintió que la empuñadura plateada de la espada le atraía la mano. El cristal púrpura del pomo parpadeaba con un resplandor cautivador.

La voz de su voluntad muda le gritó:

¡Mátalo! ¡Te contaminará con sus mentiras! ¡Mátalo!

—No —le respondió Eldrad—. Horus no le dará la espalda, ya que le promete exactamente lo que él quiere oír. Creerá que lo que hace es lo mejor para la humanidad, pero en realidad quedará cegado ante lo que verdaderamente está haciendo. Los dioses del Caos han tejido un entramado de falsedades a su alrededor, pero no son más que un detalle insignificante que las mentes inferiores utilizarán para explicar su traición.

La verdad es más prosaica. Han alimentado el fuego de la ambición del Señor de la Guerra, que ha pasado de ser una llama constante a un infierno rugiente que condenara a la galaxia a una era de guerras y muerte.

—Debería matarte ahora mismo por decir algo así —gruñó Fulgrim.

—¡No estoy intentando enfurecerte, estoy intentando advertirte! —le gritó Eldrad—. Tienes que escucharme. No es demasiado tarde para detenerlo, pero debes actuar ahora mismo. Avisa a tu Emperador de que lo han traicionado, ¡y salvarás miles de millones de vidas! ¡El futuro de la galaxia está en tus manos!

—¡No pienso hacerte caso! —rugió Fulgrim, y desenvainó la espada.

Eldrad retrocedió trastabillando, como si una fuerza repentina lo hubiera atacado. Los ojos oscuros del vidente se posaron de inmediato en la espada y su rostro se vio poseído por una expresión de horror y de angustia.

—¡No! —gritó el vidente, al mismo tiempo que un viento que parecía no proceder de ningún lado comenzó a aullar alrededor de los presentes.

La espada de Fulgrim se dirigió hacia el cuello de Eldrad, trazando un amplio arco plateado en el aire.

Una fracción de segundo antes de que la espada decapitara al vidente, una gigantesca espada apareció destellante e interceptó el golpe. Delante de Eldrad estalló una explosión de chispas y el vidente siguió retrocediendo ante el primarca mientras el señor espectral se erguía y echaba atrás el brazo de la espada para atacarlo.

—¡Están corrompidos! ¡Matadlos! —gritó Eldrad.

Fulgrim había sentido una tremenda descarga de poder cuando desenvainó la espada. La hoja dejó un rastro de brillante energía de color púrpura en el aire. Los guerreros de la Guardia del Fénix y los capitanes se aprestaron al combate en cuanto lanzó un mandoble contra el vidente, y se produjo un repentino y feroz tiroteo casi a quemarropa.

Los guerreros de armadura de color hueso se lanzaron a la carga, emitiendo un aullido penetrante que les chirrió en los mismos nervios. Una andanada de proyectiles de bólter derribó a unos cuantos antes de que los alcanzaran. Fulgrim dejó que sus capitanes se encargaran de esos guerreros,

mientras que la Guardia del Fénix se lanzó a la carga contra el poderoso señor espectral de casco dorado.

¡Tienes que matarlo! ¡El vidente tiene que morir antes de que lo estropee todo!

Fulgrim rugió y se lanzó en persecución del vidente. La gigantesca espada del señor espectral cortó el aire en su dirección mientras los guerreros de la Guardia del Fénix le propinaban tajos a la máquina de guerra con sus armas de filo dorado. El primarca se tiró al suelo, rodó para esquivar el golpe y luego se puso en pie para seguir persiguiendo al causante de toda aquella matanza. Eldrad Ulthran y los guerreros de armadura negra y sombría se retiraron sin darle la espalda en dirección a la estructura curvada al mismo tiempo que una pálida nube de luz comenzaba a formarse en su base.

—Intenté salvarte —le dijo Eldrad—, pero ya te has convertido en un peón involuntario del Caos.

El primarca de los Hijos del Emperador blandió la espada contra el vidente, pero su oponente se desvaneció en un destello de luz y el filo sólo cortó el aire. Rugió lleno de rabia al darse cuenta de que las estructuras eran en realidad artefactos teletransportadores.

Se dio la vuelta hacia la batalla que se estaba desarrollando a su espalda al mismo tiempo que los cañones del primero de los tanques gravitatorios disparaban una andanada de descargas de energía. Los primeros disparos habían fallado por bastante, debido a la presencia del vidente, pero Fulgrim comprendió que ya no tenían restricción alguna. La proa del tanque sobrevoló de cerca la hierba cuando el piloto lo hizo virar en un giro cerrado, esperando que su presa saliera huyendo, pero Fulgrim jamás había huido de un enemigo en toda su vida y no estaba dispuesto a empezar a hacerlo.

El primarca saltó en el aire al mismo tiempo que el piloto eldar se daba cuenta del peligro e intentaba ganar altura. Ya era demasiado tarde. La espada de Fulgrim atravesó un costado del vehículo y se deslizó chirriando hacia abajo hasta salir del casco acompañada de un grito de odio.

La sección ahusada frontal del tanque se clavó en el suelo y el vehículo giró sobre sí mismo. La parte enterrada se hundió un poco más en el suelo y luego el tanque se volcó sobre un lado con un tremendo crujido que sonó igual que un hueso al partirse.

La energía del interior del vehículo explotó y salió en forma de una tremenda columna de luz. Fulgrim se echó a reír, triunfante. Giró la espada en el aire y volvió a centrarse en el entrechocar de las armas justo en el momento en que el terrorífico señor espectral alargaba un brazo y aplastaba con su enorme puño a uno de los miembros de la Guardia del Fénix. La armadura se partió en numerosos trozos y la sangre cayó como una lluvia carmesí sobre los restos del guerrero. A Fulgrim se le escapó un gruñido de rabia al ver el cuerpo de tres de sus pretorianos de élite caídos a los pies de la máquina, rotos y desmembrados.

Sus capitanes se enfrentaban a los guerreros de armadura de color hueso. Las espadas eran poco más que borrones mientras el aire se llenaba de gritos aullantes que resonaban incluso por encima del clamor de las armas al entrechocar. Fulgrim se apartó de los restos ardientes del tanque y señaló con la espada la máquina de guerra de casco dorado.

El señor espectral pareció sentir su presencia, ya que giró la cabeza hacia él y lanzó a un lado el cadáver del guerrero muerto que tenía en la mano. Fulgrim captó el espíritu que había dentro de la maquina como una ansia devoradora de venganza, y supo que aquella criatura quería verlo tan muerto como él deseaba verla destruida.

Con una velocidad que sorprendió al primarca, el señor espectral se dirigió a grandes zancadas hacia él. Su agilidad era terrorífica. Fulgrim corrió a enfrentarse a él y se agachó para esquivar el mandoble de la restallante espada. Se alzó a tiempo de propinarle un tajo con la espada en el estrecho brazo. La afilada hoja se hundió un dedo antes de salir rebotada, y Fulgrim sintió que todo su cuerpo se estremecía por el golpe. El puño del señor espectral impactó contra su pecho y lo lanzó por los aires. El pectoral con el Águila imperial estampada se partió bajo el tremendo golpe, Fulgrim dejó escapar un gruñido por el dolor y notó el sabor a sangre en los labios.

El dolor fue muy intenso, pero en vez de debilitarlo, lo llenó de energía. Se puso en pie de un salto con un exultante grito salvaje. La corona de laurel le quedó colgando sobre la cara y se la arrancó de un tirón. Después tiró de las trenzas para deshacerlas y se intentó limpiar el maquillaje y los afeites que llevaba en el rastro.

Fulgrim, que parecía más un salvaje que el primarca de los Hijos del Emperador, se lanzó de nuevo contra el señor espectral. La enorme espada de su enemigo se abalanzó contra él, pero Fulgrim alzó su propia espada y las dos chocaron con un feroz estruendo de metal y fuego. La gema de color púrpura del pomo de la espada de Fulgrim centelleó con fuerza por unos momentos y la espada del señor espectral estalló en una lluvia de trozos de hueso.

El primarca siguió al ataque mientras el señor espectral retrocedía, y blandió la espada en un feroz mandoble contra las piernas de la máquina. Rugió cuando la hoja penetró en una de las rodillas y atravesó la articulación con un chirrido aullante de placer. Unas descargas de energía surgieron de la herida mientras la gran máquina de guerra se tambaleaba durante un breve instante antes de desplomarse en el suelo.

¡Acaba con él! ¡Destruye lo que hay en el interior de su cabeza y sufrirá un destino peor que la muerte!

Fulgrim se subió de un salto a la máquina, que se esforzaba por ponerse en pie, y propinó un puñetazo en la pulida superficie reluciente de la cabeza dorada al mismo tiempo que lanzaba un ensordecedor grito de combate. La superficie se agrietó y se partió bajo la fuerza del golpe. El primarca sintió que le salía sangre de la mano, pero hizo caso omiso del dolor y asestó un puñetazo tras otro. Notó cómo el cráneo, parecido a un caparazón, cedía bajo aquel feroz ataque. La criatura alargó un brazo para intentar quitárselo de encima, pero Fulgrim lanzó una estocada lateral con la espada y la hoja le amputó el puño con una facilidad que había parecido imposible tan sólo unos momentos antes.

Por fin el casco dorado se partió por completo y Fulgrim abrió la cabeza del señor espectral. Lo que quedó al descubierto fue una placa facial pulida, cubierta de hilos dorados y con unas runas de plata grabadas. Toda la

superficie estaba cubierta de gemas refulgentes, y en el centro de todo aquel sistema palpitaba una joya roja. El primarca percibió el miedo que emanaba de la piedra y alargó una mano para sacarla de su montura. Notó un aullido de pánico creciente, pero no con los oídos, sino con el alma. La piedra estaba caliente al contacto, y unas líneas ardientes bailaban en su interior junto a unas siluetas alienígenas que se retorcían.

Notó la Furia y el odio que sentía hacia él, pero lo que más notó fue el miedo inmenso al olvido eterno.

Fulgrim se echó a reír y aplastó la piedra con el puño. Un grito aullante siguió a su destrucción. Sintió que la espada aumentaba de temperatura, así que bajó la mirada y vio que la gema del pomo ardía como una estrella de amatista, como si se estuviera alimentando del espíritu que había salido de la piedra.

No sabía cómo era posible que supiera aquello, pero comparado con la euforia que sentía, era algo de importancia menor. Además, al instante siguiente de darse cuenta de aquello, se borró de su mente.

Cuando aquella maravillosa sensación de poder desapareció, Fulgrim centró de nuevo la atención en el combate que estaban librando sus capitanes. Estaban inmersos en una lucha feroz con los guerreros aullantes de armadura de color de hueso. Las espadas se enfrentaban en un baile mortífero con aquellos oponentes de tremenda habilidad. Detrás de ellos se encontraba el tanque que quedaba, esperando para apoyar a sus camaradas eldars, aunque no podría hacer nada con sus cañones mientras continuara el combate cuerpo a cuerpo.

Fulgrim alzó la espada y se lanzó a la carga.



Eldrad lanzó un grito cuando sintió que el alma de Khiraen Yelmo dorado era arrancada de su joya espiritual y lanzada al vacío, sola y desprotegida. Notó como el ansia terrible del Gran Enemigo devoraba la poderosa alma

del guerrero, y derramó unas lágrimas llenas de amargura mientras se recriminaba su estupidez por haber intentado parlamentar con los bárbaros mon-keigh. Jamás volvería a pensar que sus intenciones serían otras que hostiles, y juró recordar para siempre la lección que la pérdida de Khiraen Yelmodorado le había enseñado.

El aire todavía titilaba a su alrededor debido al tránsito a través del portal de la disformidad desde la superficie de Tarsus. Sintió el rugido psíquico de furia que recorría el costillar desnudo del esqueleto de hueso espectral del mundo astronave. Sintió el ansia de agresión que poseía a todos los eldars que iban a bordo y el palpitante latido de metal fundido del avatar del dios de la Mano Ensangrentada al despertarse en la cámara sellada de hueso espectral que se encontraba en el corazón del mundo astronave.

¿Cómo era posible que no lo hubiera visto? Fulgrim ya estaba recorriendo el sendero oscuro de la perdición, y su alma estaba envuelta en una guerra secreta de la que ni siquiera era consciente. Una fuerza maligna y terrible se esforzaba por dominarlo, y aunque Fulgrim se estaba resistiendo, Eldrad sabía que una batalla como ésa sólo tenía un final posible. Ahora se daba cuenta de que era aquella presencia siniestra la que había ocultado a Fulgrim de su visión, había mantenido con celo a su víctima tras un velo para que nadie fuera capaz de descubrir sus planes.

La espada… Debería haberlo notado en el mismo instante que posó la mirada sobre ella, pero los engaños del Gran Enemigo lo habían ofuscado con ilusiones sutiles y lo habían dejado ciego sobre su presencia. Eldrad sabía que en el interior de la espada se encontraba la esencia de una criatura poderosa procedente de más allá de la entrada del empíreo, y que su influencia estaba pervirtiendo de forma inexorable la conciencia del primarca de los Hijos del Emperador.

Eldrad sabía que no le quedaba más que una salida.

—¡A la guerra! —gritó.

Había que destruir a Fulgrim antes de que escapara de Tarsus.

La respuesta fue un rugido de ansia por el combate que sacudió hasta los mismos huesos del mundo astronave.

La sangre corre… la rabia aumenta… la muerte se despierta… ¡la guerra llama!



Los últimos de los eldars aullantes yacían muertos, abatidos por los poderosos mandobles de la espada de Fulgrim. Lucius sintió la emoción del combate latiéndole todavía en las venas. Su espada siseaba cubierta de sangre alienígena, y notaba los músculos palpitantes por toda la habilidad que había tenido que utilizar para vencerlos. Los megarácnidos habían sido terriblemente rápidos, unos asesinos mortíferos que luchaban con una habilidad instintiva y ciega, pero aquellos oponentes aullantes, que Lucius descubrió eran en su mayoría hembras, tenían casi tanta habilidad como él.

Su esgrima era exquisita. Una de ellas, que había combatido con una espada y un hacha al mismo tiempo, incluso había conseguido alcanzarlo numerosas veces. Lucius tenía la armadura abierta por bastantes sitios, y sabía que si no fuera por su agilidad sobrehumana, estaría tan muerto como la guerrera que yacía a sus pies.

Se agachó y empuñó una de las espadas enemigas para comprobar el peso y el equilibrio. Pesaba menos de lo que se esperaba y su empuñadura era demasiado pequeña, pero tenía un filo magnífico y el conjunto era de una manufactura extraordinaria.

—¿Es que no aprendiste nada en Muerte? —le preguntó Saúl Tarvitz—. Suelta esa arma antes de que Eidolon te vea con ella.

Lucius se volvió hacia él.

—Tan sólo estaba echándole un vistazo, Saúl. No voy a utilizarla.

—Es lo mejor —le contestó Tarvitz.

Lucius se fijó en que su camarada estaba casi agotado y que respiraba jadeante. Tenía la armadura cubierta de manchas de sangre, tanto suya como alienígena. Sin embargo, a pesar de lo que le había dicho a Saúl, se quedó con la espada de la mujer alienígena en la mano.

—¿Seguimos todos vivos? —preguntó Fulgrim, de buen humor.

La placa pectoral de la armadura del primarca estaba llena de sangre seca en el punto donde el señor espectral le había golpeado, y su aspecto general distaba mucho de la apariencia regia y espléndida con la que Lucius solía verlo. A pesar de ello, el primarca jamás había parecido estar más vivo. Sus ojos oscuros relucían por la pasión del combate, y mantenía empuñada con firmeza la espada.

Lucius miró a su alrededor, al campo de batalla, aunque sólo para saber quién más había sobrevivido. Los dos comandantes generales seguían vivos, lo mismo que Julius Kaesoron, Marius Vairosean y aquel cabrón engreído de Solomon Demeter. No había supervivientes entre la Guardia del Fénix, ya que su habilidad y su fuerza no habían sido rivales para el poder del señor espectral.

—Eso parece —contestó Vespasian mientras limpiaba la hoja de la espada en la cresta del casco de una de las eldars muertas—. Deberíamos marcharnos antes de que regresaran en mayor número. Ese tanque se mantiene a distancia después de lo que le pasó al otro, pero no creo que el piloto tarde mucho en recuperar el valor.

—¿Marcharnos? —exclamó Julius Kaesoron—. ¡Pues yo propongo que vayamos a por ese tanque y lo destruyamos! Los alienígenas incumplieron la tregua del parlamento, ¡y el honor exige que se lo hagamos pagar con sangre!

—No piensas con claridad, Julius —le replicó Solomon—. No disponemos de armas que puedan destruir ese tanque a distancia, y es poco probable que deje que nos acerquemos después de ver lo que le ocurrió a su amigo.

Lucius soltó un bufido de burla. ¡Qué propio de Solomon Demeter salir huyendo de un combate! Vio que Eidolon estaba ansioso por quedarse y luchar, pero que Marius Vairosean se mantenía callado a la espera de que el primarca dijera qué decisión tomaba para luego apoyarla, sin duda alguna. Instó en silencio a Fulgrim a que ordenara el ataque contra el tanque.

Fulgrim centró su mirada en él, como si fuera capaz de captar su necesidad de aún más violencia. El primarca sonrió, y sus dientes blancos

destacaron en mitad de la mancha oscura en que se había convertido su cara.

—Creo que ya han tomado la decisión por nosotros —dijo Solomon, de repente, cuando una luz brillante relució de nuevo en la base de la estructura curvada, en el mismo punto donde se había desvanecido el vidente.

—Esto no puede ser bueno —contestó Tarvitz.

—¡Stormbird Uno! —gritó Vespasian por el comúnicador—. Inicien secuencia de despegue, nos dirigimos hacia la nave. Mi señor, debemos marcharnos.

—¿Marcharnos? —musitó Fulgrim con voz somnolienta, como si acaraba de despertarse—. ¿Marcharnos adonde?

—Marcharnos de este planeta, mi señor —le insistió Vespasian—. Los eldars han vuelto, y no lo hubieran hecho si no dispusieran de una superioridad numérica abrumadora.

Fulgrim sacudió la cabeza y se llevó una mano a la sien, como si le doliera. Los primeros guerreros eldars salieron de la centelleante mancha que permanecía suspendida bajo el vértice del portal alienígena. El primarca alzó la mirada y vio a los eldars salir corriendo de la luz, primero solos; luego por parejas y finalmente por escuadras. Al igual que los alienígenas muertos a sus pies, los eldars llevaban unas armaduras de placas que se ajustaban al cuerpo, aunque la de éstos era de color azul marino y las crestas de los cascos eran amarillas. Iban armados con unos rifles de cañón corto, y avanzaban con una cautela elegante hacia los astartes. Detrás de ellos aparecieron dos eldars de armadura negra con unas armas de cañón largo que apuntaron hacia la Stormbird que estaba por encima de ellos.

Lucius hizo un movimiento giratorio con la cabeza y ensanchó los hombros, preparándose para el combate que se avecinaba, pero Fulgrim hizo un nuevo gesto negativo con la cabeza antes de hablar.

—Nos marchamos. Todo el mundo de vuelta a la Stormbird. Regresaremos a por nuestros mundos cuando destruyamos su mundo astronave y no les dejemos ningún sitio al que retirarse.

Lucius, tragándose la decepción que sentía, siguió al primarca en su retirada de regreso a la aullante nave, cuyos motores rugían cada vez de un modo más agudo. Se quedó con la espada alienígena en la mano mientras trotaban hacia el vehículo.

Unos chorros llameantes les pasaron por encima de la cabeza y Lucius salió despedido contra el suelo por la onda expansiva de una tremenda explosión. Unos nuevos chorros llameantes siguieron en rápida sucesión a los primeros y las explosiones secundarias llenaron el aire con restos ardientes y humo. Lucius escupió un trozo de tierra y miró la cima de la colina, envuelta en fuego. El fuselaje destrozado y llameante de la Stormbird yacía como un pájaro cazado, con las alas rotas y un gran número de agujeros en un costado.

—¡Corred! —gritó Vespasian.

Los eldars fueron rechazados una vez más de la cima de la colina y dejaron a sus muertos apilados a los pies de los escombros. Las andanadas de disparos resonaban con un cierto tintineo contra la improvisada barricada que formaban las ruinas, y los rayos cegadores de energía incandescente iluminaban el cielo purpúreo. El fuselaje destrozado de la Stormbird seguía ardiendo a su espalda. De vez en cuando se producían explosiones secundarias, cuando la munición que todavía quedaba en su interior estallaba debido al calor de las llamas.

Marius inspiró profundamente mientras metía otro cargador en el bólter, a la espera del siguiente ataque. Todos habían conseguido mantenerse con vida hasta ese momento ante los ataques eldars, aunque lo cierto era que todos estaban heridos por las andanadas de discos afilados como navajas que disparaban las armas enemigas. Había uno de aquellos discos a su lado, tirado en el suelo. Lo recogió y le dio unas cuantas vueltas en la mano para estudiarlo con detenimiento. Le parecía ridículo que un objeto como aquél fuera capaz de herirlo, pero tenía un borde letalmente afilado y era capaz de penetrar incluso las placas de la armadura Mark IV si impactaba contra una zona débil, como una juntura, por ejemplo.

Había sido una batalla feroz, y había sido testigo de actos heroicos y hazañas de armas Increíbles. Marius había visto a Lucius derrotar a tres de

las aullantes mujeres guerreras al mismo tiempo. Combatió con dos armas a la vez, su propia espada y la espada eldar, y el espadachín las había matado con una asombrosa demostración de esgrima.

Vespasian había luchado como uno de los héroes de la galería de las Espadas. Su perfección y su pureza brillaron como un faro cuando rechazó a los guerreros eldars de armadura verde y cascos bulbosos que escupían fuego azul. Solomon y Julius habían combatido espalda contra espalda y habían matado con vigor brutal, mientras que Saúl Tarvitz luchó con precisión mecánica, participando en apoyo de sus camaradas en multitud de combates.

Pero Eidolon… ¿cómo había combatido?

Marius había oído en el fragor del combate un aullido ululante de una ferocidad capaz de destrozar los nervios. Se dio la vuelta esperando encontrarse con más guerreras lanzadas a la carga contra él, pero lo que vio fue al comandante general Eidolon con un trío de enemigos aullantes ante él. Dos de ellos estaban de rodillas, postrados a sus pies y agarrándose los cascos abiertos, mientras que el tercero se tambaleaba como si estuviese sufriendo alguna clase de ataque convulsivo. Eidolon se abalanzó contra ellos y los remató. Marius se había quedado con la sensación, imposible pero firme, de que el grito lo había lanzado, de hecho, el comandante general.

—¿Cuánto tiempo tardará esa maldita *Pájaro de Fuego* en llegar hasta aquí? —le preguntó Julius, en voz alta, mientras se arrastraba hacia él a través de los restos en llamas. Aquello hizo que Marius volviera a centrarse en el presente.

—No lo sé —le contestó—. Lord Fulgrim ha intentado ponerse en contacto con ellos, pero creo que los eldars estaban interfiriendo nuestro sistema de comunicaciones.

—Asquerosos cabrones alienígenas —soltó Julius—. Sabía que no podíamos confiar en ellos.

Marius no le contestó, pero recordó que Julius había sido tan favorable como él a la decisión que había tomado el primarca de bajar a Tarsus. El

único que se había mostrado en contra había sido Solomon, y por lo que parecía, al final iba a ser él quien tuviera la razón.

—Podríamos acabar todos muertos en este lugar —comentó Marius con amargura.

—¿Morir? No seas ridículo —le replicó Julius—. Aunque no podamos comunicarnos con la flota no tardarán en enviarnos otras naves. Los eldars lo saben, y por eso nos atacan con tanto desprecio por sus propias vidas. Oye, ¿no dicen que son una raza que se encuentra al borde de la extinción? ¿Qué te parece si les damos un empujoncito hacia ese borde?

El entusiasmo de Julius era contagioso, y era difícil no sentirse inspirado por su infatigable confianza en la victoria. Marius le sonrió.

—Hasta que se caigan.

—¡Algo ocurre ahí abajo! —gritó Saúl Tarvitz.

Marius se apresuró a asomarse por el borde de las ruinas, con Julius al lado, y bajó la vista hacia el extraño portal alienígena. Marius supuso que debía de llevar al mundo astronave que viajaba cerca, lo que explicaba que no hubieran detectado ninguna nave que partiera de allí y que los eldars hubiesen llegado a la superficie de Tarsus antes que ellos.

Un grupo de guerreros rodeó la luz, que parpadeaba y titilaba como la llama de una vela. Tenían las armas alzadas y apuntando hacia lo alto, y cantaban en un lenguaje que daba la impresión de ser utilizado únicamente para los cánticos más que para comunicarse.

—¿Qué creéis que están haciendo? —les preguntó Saúl Tarvitz.

Julius negó con la cabeza.

—No lo sé, pero seguro que no es bueno para nosotros.

De repente, la mancha de luz centelleó y los bordes estallaron en llamas, como si un tremendo fuego se estuviera abriendo paso a través de ella. En mitad del resplandor comenzó a formarse una figura, enorme y oscura, con una silueta humanoide, pero demasiado grande, sin duda, para ser un guerrero eldar. Marius se preguntó si tendrían que enfrentarse a otro de los señores espectrales.

Surgió el extremo de una tremenda punta de lanza con la hoja afilada cubierta de ardientes símbolos rúnicos, al que siguió un brazo refulgente

que lanzaba luz fundida al aire. La extremidad crujía como hierro al rojo vivo con cada movimiento. El cuerpo al que pertenecía salió del portal.

Solomon exhaló profundamente al ver el horror primigenio que representaba el gigantesco guerrero que se encontraba de pie en la base de la colina.

Se alzaba por encima de los guerreros eldars, y su cuerpo daba la impresión de estar hecho de hierro oscuro. Las venas le sobresalían como ríos de lava sobre la superficie. Unos retorcidos cuernos de humo y ceniza le surgían de la piel y se le enroscaban alrededor de la cabeza como una corona viviente surcada de llamas.

Esa cabeza era un terror rugiente y aullante. Sus ojos relucían como lingotes de metal recién sacados del horno de fundición. El avatar viviente de la muerte sangrienta aulló su promesa de matanzas al cielo y alzó sus poderosos brazos. Un espeso fluido rojo le corrió entre los dedos.

—¡Por el Trono! —exclamó Lucius—. ¿Qué es eso?

Marius miró a Fulgrim a la espera de una respuesta, pero el primarca se limitó a contemplar con aparente satisfacción la llegada de aquella criatura monstruosa. Se quitó la capa dorada, que estaba desgarrada por los disparos y por los tajos de las armas blancas, y desenvainó su espada plateada. La gema que el arma llevaba engastada en el pomo centelleó bajo la luz del crepúsculo.

—¿Mi señor? —lo llamó Vespasian.

—¿Sí, Vespasian? —le contestó Fulgrim, como si sólo oyera a medias a su comandante general.

—¿Sabéis lo que es… esa cosa?

—Es el corazón y el alma de los eldars —le contestó Fulgrim, aunque las palabras sonaban como si llegaran de un lugar muy lejano dentro de él—. Su ansia por la guerra y por la muerte late en el pecho de esa criatura.

Marius vio cómo el guerrero de bronce daba un atronador paso adelante mientras el primarca hablaba. La hierba que quedó bajo sus pies se ennegreció y estalló en llamas a su paso. El cántico de los guerreros eldars se hizo más estridente y comenzaron a avanzar con lentitud hacia su dios ardiente. La música subía y bajaba al ritmo de los pasos de la criatura.

Varias decenas de las guerreras con las que se habían enfrentado cruzaban el terreno casi envuelto por la noche, y Marius oyó sus gritos penetrantes rodeándolos por todas partes.

—Preparados —advirtió Vespasian. Su silueta estaba recortada por las llamas de la Stormbird, cuyos restos seguían ardiendo.

Marius sabía perfectamente que, aunque las ruinas y los restos de la nave formaban una posición defensiva todo lo buena que cabía esperar, no había forma posible de que ellos ocho consiguieran rechazar los ataques eldars durante mucho tiempo, ni aunque uno de ellos fuera un primarca.

El dios de la Mano Ensangrentada aceleró el paso. Marius miró a su alrededor, a sus capitanes camaradas, y en los rostros de todos ellos vio la misma expresión de temor irracional hacia el monstruo. El poder de aquel ídolo siniestro y llameante les hablaba a sus almas de los tormentos que les infligiría y del horror ardiente que su ira desataría en aquellos que se atreviesen a desafiarlo.

Fulgrim hizo girar la espada en el aire y salió de su posición a cubierto entre las ruinas. Un coro de gritos lo siguió mientras se dirigía a enfrentarse a aquella terrorífica aparición. Aunque su rostro era de metal fundido, Marius vio que la boca de la monstruosidad se torcía en un gesto de satisfacción mientras el primarca se acercaba a él.

Dos poderosos dioses se enfrentaban cara a cara. Dio la impresión de que el mundo se detenía por temor a interrumpir el drama que estaba a punto de desarrollarse sobre su superficie.

El dios eldar soltó un tremendo bramido de furia y se lanzó al ataque.

Fulgrim vio cómo la lanza ardiente se dirigía a toda velocidad hacia él. Se echó a un lado y notó el calor abrasador que le pasaba cerca de la cara. Se rió al ver que el dios eldar había bajado la guardia con aquella maniobra, pero la risa se le cortó de inmediato cuando la voz de su interior le gritó una advertencia:

¡Idiota! ¿Crees que es tan fácil superar los trucos de los eldars?

Se dio la vuelta a tiempo de ver cómo la lanza giraba en el aire como una serpiente y volvía hacia él, formando un elegante arco. Rugió mientras surcaba el aire con un sonido igual al producido por la erupción de un

millar de volcanes. Fulgrim alzó la espada y desvió aquel proyectil ardiente. El calor de su paso le abrasó la piel del rostro e hizo que las trenzas le estallaran en llamas.

El primarca se palmeó la cabeza con la mano libre y apagó las llamas de su pelo. Luego apuntó con la espada al monstruo en gesto de desafío.

—¿No lucharás contra mí en un combate honorable? ¿Es que sólo puedes matarme desde lejos?

La monstruosa criatura de hierro atrapó al vuelo la lanza llameante. De los ojos y de la boca le surgieron unos chorros de humo negro y de cenizas al rojo cuando hizo girar el arma y le apuntó al corazón con ella.

Fulgrim sonrió al sentir la emoción del combate recorrerle todas y cada una de las fibras de su ser. Aquél sí que demostraría su valía como guerrero, ya que hasta ese momento no había encontrado un enemigo que realmente le supusiera un desafío. Ni los laer, ni la Diasporex ni los pielesverdes.

No. Aquella criatura poseía un poder capaz de equipararse al suyo, un ser terrible y con el poder de una deidad que llevaba el corazón de su raza en desaparición dentro de su pecho de hierro. No lo distraería o provocaría con insultos o tretas. Era una criatura guerrera que tenía un propósito, un único propósito: matar.

Aquella clase de obcecación repugnaba a Fulgrim, ya que, ¿qué eran la vida y la muerte sino una serie de sensaciones que experimentar, una detrás de la otra? Sin esas sensaciones, ¿que era la vida?

Un sentimiento de júbilo exultante lo llenó, y le dio la impresión de que todos sus sentidos se le concentraban a ras de piel. Notaba cada diminuta ráfaga de viento que le rozaba el cuerpo. Captó el calor de la criatura que tenía delante de él. La frialdad de la atmósfera del planeta. La suavidad de la hierba bajo sus pies.

Estaba vivo de verdad, ¡y en la cima de su poder!

—Ven —le gruñó—. Ven aquí y muere.

Los dos seres se abalanzaron el uno contra el otro. La espada de Fulgrim relampagueó al enfrentarse con la poderosa arma de su oponente, que de repente había pasado a tener forma de espada. Ambas armas chocaron con un grito aullante que resonó en otros planos, que iban más

allá de los cinco sentidos habituales, y provocó un estallido de antiluz que dejó cegados a todos los que miraban. El rugiente dios eldar fue el primero en recuperarse, y su espada al rojo vivo se dirigió, describiendo un arco, a la cabeza de Fulgrim.

El primarca se agachó para esquivarla y le propinó a su oponente un puñetazo en la cintura. Sintió la fuerza del impacto contra el hierro y el calor abrasador que le arrancó la piel de los nudillos. Fulgrim se echó a reír al sentir el dolor al mismo tiempo que alzaba la espada para detener un tajo mortífero dirigido a su cintura.

El dios eldar lo atacaba con una furia salvaje y primitiva. Los golpes los impulsaba el odio irracional y la feroz alegría de esa emoción sin control alguno. Las llamas le envolvían las extremidades, y un humo oscuro rodeó a los dos combatientes mientras se enfrentaban. La espada plateada y el arma flamígera despidieron chispas y chasquidos metálicos con el intercambio de golpes, y ninguno de los dos oponentes era capaz de traspasar la guardia de su contrincante.

Fulgrim notó que su furia contra aquella monstruosidad ardiente le crecía y crecía cada vez más en las venas. Que su enemigo no fuera capaz más que de luchar y matar a su oponente era algo que ofendía a la refinada sensibilidad del primarca. ¿Dónde estaban su aprecio por el arte y la cultura, por la belleza y la gracia? Algo semejante no se merecía el don de la existencia, y las extremidades del primarca se llenaron de un vigor renovado, como si una energía recién descubierta fluyera desde la espada hasta su brazo y el resto del cuerpo.

Oyó los sonidos del combate a su alrededor: disparos de bólter, gritos de dolor, el siseo de los letales discos disparados por las armas alienígenas y los gritos aullantes, como los lamentos de los espectros de los mitos. No le prestó atención a nada: estaba demasiado concentrado en su propia lucha a muerte. Su espada palpitaba con un resplandor plateado. Cada vez que la movía dejaba atrás rastros de luz, y a lo largo de la hoja relucía el poder que contenía. Con cada mandoble que daba rugía de éxtasis. El destello púrpura de la gema del pomo brillaba con fuerza, y se dio cuenta de que la

ardiente mirada de su enemigo se veía atraída en más de una ocasión por ella.

Se le ocurrió una idea, y aunque sintió una tremenda oleada de oposición ante aquel pensamiento, sabía que era el único modo de derrotar con rapidez a su enemigo. Dio un paso hacía el llameante dios eldar y lanzó su espada hacia lo alto.

La mirada ardiente de su contrincante se elevó de inmediato y los ojos como carbón encendido siguieron el recorrido de la espada, que giraba sobre sí misma por el aire. La criatura echó hacia atrás el brazo para arrojar su lanza contra la espada, pero antes de que pudiera hacerlo, Fulgrim se abalanzó contra él y le lanzó un tremendo puñetazo a la cara.

Le dio potencia al golpe con cada gramo de energía y de rabia que le quedaban, y soltó un tremendo aullido de odio al mismo tiempo que lo asestaba. El metal cedió y una erupción de luz roja salió de la cabeza del eldar monstruoso. El puño de Fulgrim atravesó el casco y llegó al núcleo incandescente del cráneo. El primarca lanzó un grito de agonía y de placer cuando sintió que el puño salía por el otro lado de la cabeza.

La criatura herida se tambaleó, con la cabeza retorcida y convertida en un montón destrozado de metal y de llamas. Varios rayos de luz roja salieron por las grietas del casco, y los ríos fundidos de su sangre le corrieron sobre la piel de hierro reluciendo como el fósforo. Fulgrim sintió el tremendo dolor de su mano machacada, pero lo suprimió con ferocidad y se echó de nuevo encima de la criatura para rodearle el cuello con las dos manos.

El calor de su piel al rojo le abrasó la carne, pero Fulgrim era incapaz de sentir el dolor, tan concentrado estaba en acabar con su enemigo. Varios chorros de luz roja salieron de la cara del dios eldar. El sonido que escapó de su boca era una manifestación de toda la rabia combinada y del corazón de sus creadores. Una era de arrepentimiento y de ansia surgió de la criatura, y Fulgrim sintió la tristeza dolorosa de la necesidad de su existencia entrar en él a medida que surgía del monstruo moribundo.

Las manos se le ennegrecieron mientras le arrancaba la vida a su enemigo. El metal crujió con el sonido de una alma moribunda. Fulgrim

obligó a la criatura a caer de rodillas. El primarca se echó a reír con unas carcajadas enloquecidas mientras el tremendo dolor de las heridas competía con la increíble euforia que sentía al arrancarle la vida a otro ser con sus propias manos desnudas mientras contemplaba cómo la vida se apagaba en sus ojos.

El sonido de un terrible trueno fue aumentando de potencia, y Fulgrim apartó la mirada de su víctima para ver a un grácil pájaro de fuego que cruzaba el ciclo. Soltó a la moribunda criatura eldar y alzó un puño hacia el cielo cuando la *Pájaro de Fuego* le pasó por encima, seguido de un enjambre de Stormbird y Thunderhawk.

Fulgrim volvió a centrar la mirada en el enemigo derrotado. De la criatura surgía un torbellino de luz y de sonido, cegador como el fuego nuclear que ardía en el interior de una estrella. La luz de la muerte de la criatura centelleó, y su cuerpo estalló, convirtiéndose en una tormenta de metal fundido y trozos de hierro al rojo vivo. Fulgrim salió despedido por los aires, debido a la explosión aullante, y sintió el contacto con el poder del monstruo abrasarle la armadura.

La esencia desencadenada de un dios lo rodeó. Vio un cosmos vertiginoso de estrellas, la muerte de una raza y el nacimiento de un dios nuevo y radiante, un príncipe siniestro de placer y de dolor.

Un nombre se formó a partir del sonido puro procedente de eones pasados, un cántico sangriento de nacimiento y un grito sin palabras de una sensación que crecía sin límites hasta convertirse en un concepto y un nombre, todo al mismo tiempo… *¡Slaanesh!*

¡Slaanesh! ¡Slaanesh! ¡Slaanesh! ¡Sbia nesh! ¡Slaanesh! ¡Slaanesh! ¡Slaanesh! ¡Slaanesh!

Fulgrim se estrelló contra el suelo mientras el nombre se formaba. Allí se echó a reír al mismo tiempo que los Hijos del Emperador descendían sobre Tarsus en alas de fuego. Se quedó inmóvil, roto y quemado, pero vivo. ¡Cuán vivo se sentía! Sintió unas manos que se le posaban en el cuerpo y oyó voces que le suplicaban que les hablara, pero no les hizo caso. De repente, sintió que de él se apoderaba una ansia dolorosa al darse cuenta de que estaba desarmado.

Fulgrim se puso en pie, tambaleante. Sabía que sus guerreros lo rodeaban, pero no los vio ni oyó lo que le decían. Le palpitaban las manos y le llegaba el olor de su propia carne achicharrada, pero toda su atención estaba fija en el resplandor plateado que perforaba la oscuridad de la noche.

Su espada estaba enhiesta sobre la hierba. La hoja había caído con la punta hacia abajo después de lanzarla al aire y se había clavado en el suelo. Relucía en la oscuridad, ya que la hoja plateada reflejaba la luz que emitían la *Pájaro de Fuego* y las demás naves de desembarco que descendían. Las manos de Fulgrim ansiaban empuñarla de nuevo, pero una parte aullante de su propia alma le suplicaba que no lo hiciera.

Dio un paso vacilante hacia la espada, con las manos extendidas hacia ella, aunque no recordaba haberles dado la orden consciente de hacerlo. Los dedos, ennegrecidos, temblaron y los músculos se le tensaron como si estuviera intentando atravesar una barrera invisible. La canción de sirena de la espada era muy fuerte, pero también lo era la voluntad del primarca, y lo que todavía tenía impreso en la mente del nacimiento de aquel dios siniestro detuvo su mano.

¡Sólo a través de mí lograrás la perfección!

Las palabras le resonaron en la cabeza, y el recuerdo del combate que acababa de librar se apoderó con fuerza de su mente: el fuego y el ansia de matar, y la maravillosa euforia que había sentido al matar a un dios con sus propias manos.

En ese preciso instante, todo vestigio de resistencia se derrumbó y rodeó la empuñadura con los dedos. El poder le recorrió, y el dolor de sus heridas desapareció por completo, como si le hubieran aplicado los bálsamos curativos más poderosos del universo.

Fulgrim se irguió. Su debilidad momentánea pasó y quedó olvidada en cuanto aquella descarga de poder empapó todos y cada uno de los átomos de su cuerpo. Vio cómo los eldars se apresuraban a huir por el centelleante portal hasta que sólo el traicionero vidente, Eldrad Ulthran, quedó sobre la superficie del planeta, de pie al lado de la estructura arqueada.

El vidente se quedó allí un momento. Luego movió la cabeza en un gesto de tristeza y entró en la luz, que desapareció del mismo modo súbito en que había aparecido.

—Mi señor —lo llamó Vespasian, que tenía el rostro cubierto de manchas de sangre—. ¿Cuáles son vuestras órdenes?

La rabia que Fulgrim sentía ante la perfidia de los alienígenas alcanzó nuevas cotas desconocidas e inimaginables. Envainó la espada y se volvió hacia sus guerreros, reunidos a su espalda.

Sabía que sólo existía un modo de que la traición de los eldars quedará eliminada para siempre.

—Regresamos a la *Orgullo del Emperador* —les dijo—. Ordena a todas las naves que se preparen para disparar una andanada de bombas víricas.

—¿De bombas víricas? —exclamó Vespasian—. Pero si sólo el Señor de la Guerra…

—¡Hazlo! ¡Ahora mismo! —le gritó Fulgrim.

Vespasian pareció sentirse intranquilo ante aquella orden, pero hizo un gesto de asentimiento y se dio la vuelta.

Fulgrim paseó la mirada por el planeta envuelto en la oscuridad de la noche.

—Juro por el fuego que todos y cada uno de los mundos eldars arderá.

CUARTA PARTE

EL UMBRAL



DIECISÉIS

DAR CUENTAS
CICATRICES
MI MIEDO ES FRACASAR

Ormond Braxton no estaba de muy buen humor por tener que esperar a las puertas doradas de las estancias de Fulgrim. Esperaba mejores modales de un primarca. No era propio hacer que un emisario de alto rango de la Administración de Terra esperara tanto tiempo. Había llegado a bordo de la *Orgullo del Emperador* tres días antes, y una espera semejante era la que él solía hacer sufrir a otros para demostrar su rango superior.

Por fin, su petición de mantener una audiencia con el primarca había sido atendida, por lo que sus servidores lo habían bañado, aunque luego habían llegado los sirvientes de Fulgrim y le habían aplicado aceites perfumados en la piel antes de llevarlo a la presencia del primarca. El olor de los aceites era bastante agradable, aunque un poco fuerte para sus costumbres algo ascéticas. El sudor le cubría el cráneo pelado y se mezclaba con los aceites, lo que originaba unas gotas que le irritaban los ojos y cuyo olor se le quedaba pegado a la garganta.

Un par de guerreros equipados con armaduras muy decoradas montaban guardia delante de las puertas doradas que daban paso a los

aposentos de Fulgrim. Braxton oía al otro lado un ruido ensordecedor que pretendía ser música, pero que a él le sonaba como una algarabía insoportable. A cada lado de los guardias había un par de esculturas de mármol con ángulos y curvas imposibles. El emisario no fue capaz de discernir qué representaban.

Se acomodó un poco los ropajes de administrador sobre los hombros mientras se fijaba en las pinturas que llenaban el gran pasillo de suelo de cerámica. Los marcos dorados estaban tan recargados de decoración que llegaban a lo ridículo, y la tremenda cantidad de colores que cubrían las telas desafiaba cualquier intento de apreciación artística, aunque él mismo admitía que su capacidad para entender el arte era bastante limitada.

Ormond Braxton había representado a Terra en las negociaciones que habían logrado que buena parte del Sistema Solar se uniera al naciente Imperio. Formó parte de la delegación que estudió en la Escuela de Iteradores, donde tuvo una buena relación con Evander Tobias y Kyril Sindermann. Sus excepcionales habilidades como negociador y funcionario civil en el cuerpo administrativo de Terra le aseguraron la asignación de aquella tarea, ya que para cumplirla eran necesarios una diplomacia y un tacto exquisitos. Sólo alguien con una valía como la suya podía hacerle semejante petición a un primarca, sobre todo con la tarea que se le había encomendado.

Por fin las puertas que daban a las estancias de Fulgrim se abrieron y el sonido estruendoso de aquella música se dispersó por todo el espacie que se extendía ante los aposentos del primarca. Los guardias se pusieron de inmediato en posición de firmes y Braxton se irguió, preparándose para estar en presencia del primarca de los Hijos del Emperador.

Esperó la aparición de alguna clase de señal que le indicara que podía pasar, pero no ocurrió nada, así que se acercó a la entrada con paso dubitativo. Los guardias no hicieron gesto alguno con intención de impedírselo, por lo que continuó avanzando, aunque con una inquietud creciente, porque las puertas se cerraron a su espalda, aparentemente por sí solas.

La música era ensordecedora. Había decenas de altoparlantes dispersos por toda la estancia que emitían lo que parecía ser una multitud de melodías diferentes. Unas pinturas que mostraban todo tipo de vilezas colgaban de las paredes. En algunas se veían actos de violencia bárbara, mientras que otras describían conductas inenarrablemente viles que iban más allá de lo simplemente pornográfico. Braxton sintió que su inquietud aumentaba cuando oyó unas voces que discutían en la estancia que se encontraba justo delante de él.

—¿Mi señor Fulgrim? —llamó en voz alta—. ¿Estáis ahí? Soy el administrador Ormond Braxton. He venido a veros en nombre del Consejo de Terra.

Las voces enmudecieron al instante y los altoparlantes dejaron de emitir aquel sonido al momento.

Braxton miró a su alrededor para ver si estaba solo; por lo que vio, las estancias que rodeaban a la cámara donde él se encontraba estaban completamente vacías.

—¡Puedes entrar! —dijo una voz poderosa y musical delante de él.

Braxton se dirigió con cautela hacia el origen del sonido. Esperaba encontrarse al primarca acompañado por uno de sus leales capitanes, aunque el tono de la discusión de ambas voces lo había dejado un poco sorprendido.

Entró en la estancia principal de los aposentos del primarca y se detuvo en seco al ver lo que tenía ante él.

Fulgrim, porque aquel cuerpo tan poderoso no podía pertenecer a otra persona, estaba caminando arriba y abajo completamente desnudo a excepción de un taparrabos de color púrpura y empuñaba una reluciente espada plateada. Su piel parecía mármol macizo, pálida y cubierta de líneas oscuras. Su rostro mostraba una expresión algo enloquecida, igual que una persona que hubiera tomado alguna clase de estimulante químico. La estancia en sí era un desastre, con el suelo cubierto de trozos de mármol y las paredes llenas de agujeros y manchadas con pintura. En el extremo más alejado de la cámara había un lienzo gigantesco, aunque la posición en la que se encontraba le impedía ver qué clase de imagen habían pintado en él.

El aire estaba cargado con el olor a comida que se había echado a perder, y ni siquiera los aceites perfumados eran capaces de disimular el hedor a carne podrida.

—¡Emisario Braxton! —exclamó Fulgrim—. Me alegro de que hayas venido.

Braxton disimuló su sorpresa ante el estado del primarca y de sus aposentos e inclinó la cabeza.

—Es un honor poder estar en vuestra presencia, mi señor.

—Tonterías —replicó Fulgrim—. He sido imperdonablemente descortés al hacerte esperar, pero he estado reunido con mis consejeros más cercanos a lo largo de las semanas que han pasado desde que partimos de la región Perdus.

El primarca se le acercó, y Braxton sintió la tremenda intimidación que provocaba un ser de aquellas portentosas características físicas. Aquella sensación amenazó con sobrepasarlo, pero recurrió a todas sus reservas de calma y logró responderle.

—Traigo noticias de Terra, y debo comunicároslas, mi señor.

—Por supuesto, por supuesto —contestó Fulgrim—. Pero antes, mi querido Braxton, ¿me harías un enorme favor?

—Me sentiré honrado de poder serviros —le respondió el emisario, al mismo tiempo que se percataba de que la piel de las manos de Fulgrim estaba descolorida, como si hubieran pasado por el fuego. Se preguntó qué tipo de calor haría falta para hacerle eso a las manos de un primarca—. ¿Qué clase de favor queréis que os haga, mi señor?

Fulgrim volteó la espada y le colocó una mano en el hombro para guiarlo hacia el lienzo que se encontraba en el otro extremo de la estancia. El paso de Fulgrim obligó a Braxton prácticamente a correr, aunque su cuerpo, de carnes generosas, no estaba preparado para esa velocidad. Se pasó un pañuelo perfumado por la frente cuando Fulgrim lo colocó con gesto orgulloso delante del lienzo.

—¿Qué te parece? El parecido es inquietante, ¿verdad?

Braxton se quedó con la boca abierta y completamente horrorizado ante la imagen que cubría el lienzo. Era un retrato verdaderamente repelente de

un guerrero con armadura, pintado a base de brochazos y que desprendía un hedor repugnante. El gran tamaño de la imagen no hacía más que resaltar el horror que representaba, ya que el sujeto del retrato no era otro que el primarca de los Hijos del Emperador, pero tan burdamente pintado que suponía un insulto y algo degradante para alguien de un aspecto tan magnífico.

Aunque no era un estudioso del arte… hasta Braxton fue capaz de darse cuenta de que aquello no era más que una vulgar atrocidad, una afrenta para el ser al que tenía que representar. Miró a Fulgrim para ver si se trataba de alguna clase de broma retorcida, pero el rostro del primarca mostraba una expresión de embeleso y de absoluta adoración por el repugnante retrato.

—Ya veo que te has quedado sin palabras —le dijo Fulgrim—. No me extraña. Después de todo, es una obra de Serena d'Angelus, y acaba de terminarla. Tienes el honor de contemplarlo antes de que se muestre en público durante la primera representación de *Maraviglia*, de la señorita Kynska, en la recién reformada La Fenice. ¡Será una noche inolvidable, te lo aseguro!

Braxton asintió, ya que tenía miedo de lo que podría llegar a decir si abría la boca. El horror de aquel retrato era casi insoportable: sus colores eran nauseabundos de un modo que iba más allá de su simple crudeza, y el hedor que desprendía su superficie hacía que el estómago se le subiera a la boca.

Se apartó de la pintura, tapándose con fuerza la boca y la nariz con el pañuelo perfumado. Fulgrim lo siguió con paso indolente mientras hacía molinetes con la espada de forma despreocupada.

—Mi señor, ¿puedo hablaros? —le dijo Braxton.

—¿Qué? Oh, sí, por supuesto —le respondió Fulgrim, pero como si estuviese contestándole a otra voz completamente distinta—. Dijiste algo sobre un mensaje que traías de Terra, ¿verdad?

Braxton recuperó la compostura antes de contestar.

—Sí, mi señor, por boca del propio Sigilita.

—Bueno, ¿y qué quiere decirme el viejo Maleador? —preguntó Fulgrim.

Braxton se sintió escandalizado por la informalidad y la falta de respeto inherente al tono de voz utilizado por el primarca.

—En primer lugar, traigo noticias sobre lord Magnos de Prospero. El Emperador, amado por todos nosotros, se ha enterado de que, desobedeciendo los dictados del Concilio de Nikaea, lord Magnus ha continuado con sus investigaciones sobre los misterios del immaterium.

Fulgrim asintió para sí mismo mientras seguía paseando antes de contestar.

—Sabía que lo haría, pero los demás estaban demasiado ciegos para verlo. Sospechaba que incluso con los capellanes recién nombrados lograría salirse con la suya. Le encantan ese tipo de misterios.

—Sin duda —respondió Braxton, mostrándose de acuerdo—. El Sigilita ha enviado a los Lobos de Fenris para llevarse a Magnus a Terra y que el Emperador lo juzgue.

Fulgrim se detuvo, se volvió hacia la repugnante pintura de nuevo y luego hizo un gesto de negación con la cabeza, como si no estuviera de acuerdo con un interlocutor invisible.

—Entonces, Magnus será… ¿qué? ¿Acusado de un crimen? —le preguntó Fulgrim, con cierta furia, como si la rabia que sentía hacia el mensajero fuera a cambiar de algún modo los hechos.

—No sé nada más al respecto, mi señor —contestó Braxton—. Sólo que debe regresar a Terra con Leman Russ y los Lobos Espaciales.

Fulgrim asintió, aunque era evidente que no estaba nada contento con todo aquello.

—Has dicho «En primer lugar». ¿Qué otras noticias traes?

Braxton sabía que debía escoger las palabras con mucho cuidado, ya que lo que tenía que decirle disgustaría todavía más al primarca.

—Traigo noticias sobre la conducta de una de las legiones de uno de vuestros hermanos primarcas.

Fulgrim dejó de caminar y levantó la vista con un repentino interés.

—¿Es la legión de Horus?

Braxton ocultó su irritación.

—Así es. ¿Os han llegado ya las nuevas que yo traigo?

Fulgrim negó con la cabeza.

—No, pero lo suponía. Sigue, cuéntamelo todo, pero ten en cuenta que Horus es mi hermano y que no permitiré ninguna clase de falta de respeto hacia su persona.

—Por supuesto que no —afirmó Braxton—. En estos momentos, la 63.ª Expedición libra una guerra contra una civilización que se llama a sí misma la Tecnocracia Auretiana. Horus acudió a ellos en son de paz…

—El Señor de la Guerra —lo cortó Fulgrim, y Braxton se maldijo a sí mismo por cometer un error tan elemental. Los astartes detestaban que los simples mortales mostraran falta de respeto por sus cargos.

—Os pido disculpas —siguió diciendo Braxton, con voz conciliadora—. Los gobernantes de ese planeta intentaron asesinar al Señor de la Guerra, por lo que él les declaró una guerra legal para someter a sus mundos al dominio imperial. Para ello dispone de la ayuda del lord Angron de la VII Legión.

Fulgrim se echó a reír.

—Entonces no creo que vaya a quedar mucho de esa Tecnocracia cuando se acabe la guerra.

—Probablemente —admitió Braxton—. Los… excesos de lord Angron, por así llamarlos, no son desconocidos en el Consejo de Terra, pero es que además se han recibido unos informes muy inquietantes, enviados por el comandante general Hektor Varvarus, el comandante en jefe de las unidades del Ejército Imperial asignadas a la 63.ª Expedición.

—¿Informes sobre qué? —exigió saber Fulgrim.

Braxton se sintió muy nervioso al darse cuenta de que la actitud distraída y algo enloquecida del primarca había desaparecido prácticamente por completo.

—Informes de una matanza perpetrada por los astartes contra varios civiles imperiales, mi señor.

—Tonterías —le espetó Fulgrim—. Puede que Angron sea muchas cosas, pero una matanza de ciudadanos imperiales me parece algo fuera de

lugar incluso para alguien como Angron, ¿no te parece?

—Ya han llegado informes a Terra sobre la conducta en combate de lord Angron, es cierto —respondió Braxton, esforzándose por mantener un tono de voz tan neutral como pudo—. Sin embargo, no hablo de él.

—¿Horus? —preguntó Fulgrim con voz ronca. Braxton vio en sus ojos oscuros lo que en una persona normal hubiera considerado miedo—. ¿Qué ha ocurrido?

Braxton se quedó callado un momento antes de seguir hablando. Se había dado cuenta de que Fulgrim no se había negado a creérselo, como había ocurrido cuando creyó que el acusado era Angron.

—Al parecer, el Señor de la Guerra Horus resultó gravemente herido en el planeta Davin, y algunos de sus guerreros se excedieron en su celo por salvarlo cuando lo llevaron a bordo de la *Espíritu Vengativo*.

—¿Se excedieron en su celo? —exclamó Fulgrim—. ¡Habla con claridad! ¿Qué quieres decir con eso?

—En las cubiertas de desembarco de la nave insignia del Señor de la Guerra se reunió una gran multitud de personas, y cuando los astartes llegaron a bordo, aplastaron a la multitud en su prisa por llegar a la zona médica. Murieron unas veinte personas, y muchas más quedaron gravemente heridas.

—¿Y le echas la culpa a Horus de eso?

—Mi función no es culpar a nadie, mi señor. Me limito a informaros de los hechos.

Fulgrim se abalanzó contra él de repente. Braxton notó cómo se le soltaba la vejiga y un chorro tibio le bajaba por la pierna cuando el primarca de los Hijos del Emperador, con la mirada enloquecida, se alzó por encima de él con la espada en alto, como si estuviera a punto de atacarlo.

—¿Hechos? —gruñó Fulgrim—. ¿Qué es lo que sabe un escriba pedante como ni sobre los hechos de la guerra? La guerra es dura, feroz y cruel. Horus lo sabe, y lucha teniéndolo en cuenta. Si la gente es tan estúpida de ponerse en su camino, entonces ellos son los culpables por su propia idiotez.

Ormond Braxton había visto muchas clases de egocentrismo durante sus años de servicio dentro de la Administración Civil de Terra, pero jamás

había sido testigo de una arrogancia tan evidente y de un desprecio tan cruel de la vida humana.

—Mi señor —le respondió Braxton con voz nerviosa—, han muerto personas, y las han matado unos astartes. Algo así no puede pasarse por alto. Se debe buscar a los responsables o los ideales de la Gran Cruzada no servirán para nada.

Fulgrim bajó la espada como si no se hubiera dado cuenta de su presencia hasta ese momento. Negó con la cabeza y le sonrió. Su efímera rabia desapareció en un instante.

—Tienes toda la razón, mi querido Braxton. Te pido disculpas por mi comportamiento grosero y por mi falta de educación. He padecido mucho debido a las heridas que sufrí en el combate contra una monstruosidad alienígena en nuestra última campaña, y por culpa de eso tiendo a perder la paciencia con facilidad.

—No es necesario pedir perdón alguno, mi señor —le respondió lentamente Braxton—. Entiendo muy bien la hermandad que compartís con el Señor de la Guerra, y ése es precisamente el motivo por el que me han enviado. El Consejo de Terra desea que viajéis a Aureas y os reunáis con el Señor de la Guerra para asegurarnos de que todos seguimos los principios que son la base de nuestra gran cruzada.

Fulgrim soltó un bufido de desprecio y se apartó.

—Entonces, ¿ahora debemos luchar mirando a nuestra espalda por encima del hombro? ¿No se confía en nosotros para hacer la guerra? Los civiles queréis nuestras conquistas, pero no os importa cómo las logramos, ¿verdad? La guerra es brutalidad, y cuanto más brutal, antes termina. Pero eso no es lo bastante bueno para vosotros, ¿verdad? Según vosotros, las guerras deben librarse siguiendo un conjunto de reglas impuestas por gente que jamás ha disparado un arma en combate o que ha arriesgado su propia vida junto a sus hermanos. A ver si te enteras, Braxton, ¡cada una de esas estúpidas reglas que los civiles imponéis a nuestro modo de hacer la guerra son la causa de que mueran más guerreros de mi legión!

Braxton se quedó pasmado ante la amargura implícita en la respuesta de Fulgrim, pero ocultó su sorpresa.

—Entonces, ¿qué respuesta debo darle al Consejo de Terra, mi señor?

La furia de Fulgrim pareció desaparecer de nuevo ante aquella calma razonada, y el primarca se echó a reír sin humor alguno.

—Diles, amigo Braxton, que me dirigiré con mis guerreros a reunirme con la 63.ª Expedición, que estudiaré el modo en que mi hermano libra las guerras y que me aseguraré de que el Consejo de Terra recibe la información pertinente.

La voz de Fulgrim estaba llena de sarcasmo, pero Braxton hizo caso omiso del mismo y se inclinó en una reverencia.

—Así pues, mi señor, ¿puedo retirarme?

Fulgrim hizo un gesto despectivo de despedida y asintió.

—Sí, puedes irte. Regresa con tus cortesanos y tus escribas y diles que lord Fulgrim obedecerá sus órdenes.

Braxton hizo una nueva reverencia y se alejó del primarca semidesnudo sin darle la espalda. Cuando estuvo a una distancia prudente, se dio la vuelta y se dirigió hacia las puertas doradas que llevaban de regreso a la normalidad.

Oyó de nuevo a su espalda dos voces que discutían, y se arriesgó a echar una mirada por encima del hombro para intentar identificar al interlocutor de Fulgrim. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda cuando se dio cuenta de que el primarca estaba solo.

Le estaba hablando a la repugnante pintura.



—¿Qué estás haciendo? —le preguntó una voz a su espalda, y ella se quedó inmóvil.

Serena se llevó el cuchillo al pecho y se esforzó por identificar con rapidez quién le hablaba. Su enfebrecida mente se imaginó que era Ostian, que había regresado para salvarla, pero cuando repitió la pregunta,

parpadeó y dejó caer el cuchillo al reconocer la identidad de la persona que tenía detrás: era el guerrero astartes, Lucius.

Respiró jadeante y el corazón le palpitó con fuerza mientras seguía mirando el cadáver que se encontraba al lado del retrato inacabado del espadachín. No recordaba el nombre del muerto, lo que le pareció una ironía curiosa, ya que se suponía que su título oficial era rememoradora, pero antaño había sido un compositor de talento. En esos momentos no era más que materia prima para su trabajo, y su sangre fluía de un modo entusiasta hacia el suelo, procedente de su garganta rajada.

El olor metálico de la sangre le asaltó la nariz cuando una mano se le posó en el hombro y la obligó a darse la vuelta. Serena alzó la vista para mirar el rostro juvenil de Lucius. Sus bellos rasgos habían quedado estropeados para siempre por la nariz que se había roto en algún combate. Alargó una mano ensangrentada para tocarle la cara, y los ojos de Lucius le siguieron los dedos con la mirada mientras le seguía la línea de la mandíbula.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Lucius señalando al cadáver con un gesto del mentón—. Ese hombre está muerto.

—Sí —contestó Serena, al mismo tiempo que se dejaba caer al suelo—. Lo he matado yo.

—¿Por qué? —le preguntó Lucius.

Serena se dio cuenta, incluso en el estado de desvarío en que se encontraba, que él mostraba un interés más allá del que normalmente se habría producido ante un descubrimiento semejante. Lo que quedaba de la parte racional de la mente de la rememoradora comprendió lo precaria que era su situación en esos momentos, así que se cubrió el rostro con las manos y comenzó a llorar de un modo incontrolable, con la esperanza de que la aparición de esas lágrimas provocara la aparición de la típica reacción de protección masculina. Lucius la dejó llorar.

—¡Intentó violarme! —irritó ella, al cabo de unos momentos.

—¿Qué? —exclamó Lucius, sorprendido—. ¿Violarte?

—Intentó forzar me y lo maté… Yo… yo me resistí, pero era demasiado fuerte. Me… me golpeó, y yo alargué la mano para agarrar lo primero que

tuviera cerca para defenderme… Supongo que debí de encontrar el cuchillo y…

—Y lo mataste —dijo Lucius para acabar la frase.

Serena alzó los ojos anegadas en lágrimas y lo miró: no había condena alguna en la voz del astartes.

—Sí, lo maté.

—Pues entonces, el cabrón tuvo lo que se merecía —la tranquilizó Lucius, al mismo tiempo que la ayudaba a ponerse en pie—. Intentó violarte y tú te defendiste, ¿no?

Serena asintió. La emoción de mentirle a un guerrero que podría partirle el cuello con un simple apretón de los dedos le provocó una serie de oleadas tibias de placer por todo el cuerpo.

—Lo conocí en La Fenice y me dijo que quería ver algunas de mis obras —explicó jadeante, a sabiendas ya de que Lucius no la arrestaría ni la consideraría culpable de la muerte—. Cometí una estupidez, lo sé, pero parecía interesado de verdad. Volvimos a mi estudio…

—Y te atacó.

—Sí —asintió Serena—. Y ahora está muerto. Oh, Lucius, ¿qué voy a hacer?

—No te preocupes, esto no saldrá de aquí —la tranquilizó el astartes—. Haré que algunos servidores se ocupen del cuerpo y podremos olvidar todo esto en seguida.

Serena se lanzó de nuevo a los brazos de Lucius llena de gratitud y dejó que las lágrimas fluyeran otra vez, aunque lo único que sintió fue desdén por el astartes y su convicción de que un hecho tan traumático como aquél, si hubiera sido verdadero, se podía olvidar con tanta facilidad.

Se apartó de su placa pectoral y se agachó para recoger el cuchillo. La hoja todavía estaba húmeda de sangre, y el frío acero centelleaba de un modo invitador bajo la luz. Sin pensarlo de un modo consciente, se llevó la mano a la cara y se hizo un corte en la mejilla, lo que provocó la aparición de una delgada línea de sangre sobre su piel pálida.

Lucius la miró impasible.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó al cabo de un momento.

—Para no olvidar lo que ha ocurrido —le respondió ella, y después le entregó el cuchillo para arremangarse y mostrarle los numerosos cortes y cicatrices que le cubrían la piel de los brazos—. El dolor es mi modo de recordar todo lo que me ha ocurrido. Si me mantengo unida a ese dolor, jamás permitiré que se me olvide.

Lucius asintió, se llevó una mano a la cara y recorrió con gesto lento la línea desigual de su nariz torcida. Serena captó la rabia y el orgullo herido que sentía por el estrago que le habían ocasionado en sus rasgos perfectos. Una extraña sensación de poder la invadió, como si sus palabras llevaran más que un simple significado en sus sonidos, una influencia más allá de lo comprensible. Sintió cómo ese poder la recorría por entero y cargaba el propio aire, llenando el espacio que los separaba con un potencial desconocido.

—¿Qué te pasó en la cara? —le preguntó Serena, ansiosa por no perder aquella sensación.

—Un bárbaro hijo de puta llamado Loken me la rompió en lo que se supone debía ser una pelea justa.

—Te dejó herido, ¿verdad? —comentó ella. El sonido de sus palabras fluyó como la miel en los oídos de Lucius—. Me refiero a algo más que lo simplemente físico.

—Sí —le respondió el astartes con voz hueca—. Destruyó mi perfección.

—Desearás hacerle daño, ¿no es así?

—No tardaré en verlo muerto —le juró Lucius.

Serena sonrió y le cogió las manos.

—Sí, sé que lo harás.

Lucius agarró con fuerza el cuchillo, y Serena le guió esa mano hasta la cara sin que él se resistiera.

—Sí —dijo ella con un gesto de asentimiento—. Ya has perdido por completo la perfección de tu rostro. Hazlo.

El respondió con otro gesto de asentimiento y con un rápido giro de la muñeca se hizo un profundo corte en la intachable piel de la mejilla. Torció el gesto ante el dolor, pero se llevó el goteante cuchillo a la otra mejilla y se hizo un corte idéntico en ella.

—Ahora jamás olvidarás a ese Loken —le dijo Serena.

* * *

Fulgrim caminaba arriba y abajo por los confines de sus estancias pasando de una habitación a otra mientras meditaba sobre lo que le había dicho el emisario Braxton. Se había esforzado por ocultar la intranquilidad que sintió ante las noticias que le comunicó, pero sospechaba que el individuo había captado sus verdaderos sentimientos tras la tachada de indiferencia. Blandió la espada plateada en un arco reluciente y la hoja partió el aire con un sonido semejante al de un tejido al desgarrarse.

Por mucho que intentara olvidarlas, las palabras del vidente eldar le volvían una y otra vez a la cabeza, y aunque se había esforzado por expulsar las mentiras del alienígena de la mente, no lo dejaban en paz. Las noticias de Braxton sobre el deseo del Consejo de Terra de investigar la conducta de Horus y de Angron no hacían más que aumentar su temor de que el vidente hubiera dicho la verdad.

—¡No puede ser verdad! —gritó Fulgrim—. ¡Horus jamás traicionaría al Emperador!

¿Estás completamente seguro?, le preguntó la voz, y Fulgrim sintió el sobresalto habitual que lo invadía cada vez que lo hacía.

Ya no podía seguir engañándose diciéndose que era la voz de su propia conciencia. Era algo completamente distinto. Desde que habían llevado el retrato al salón, el sincero consejero que habitaba en su cabeza había conseguido de algún modo pasarse al interior de los gruesos brochazos del lienzo, y había cambiado la forma de la imagen para que se adecuara a su vocabulario.

Fulgrim se maravillaba por la facilidad con que aceptaba el desarrollo de la situación, y cada vez que pensaba lo odiosa que era esa idea, la preocupación se deshacía, por la euforia y la atracción que sentía, como la nieve bajo el sol.

Se dio la vuelta lentamente hacia el magnífico retrato que Serena d'Angelus había pintado para él. Su esplendor sólo era equiparable al asombro que sentía ante lo que se había convertido desde el día que lo llevaron a sus aposentos.

Fulgrim se abrió paso a través de los restos que llenaban la estancia y se quedó mirando la imagen de su propio rostro en el lienzo. El gigante de armadura púrpura le devolvió la mirada desde el retrato. Sus rasgos, delicados y regios, eran un reflejo de los suyos. Los ojos centelleaban como si estuvieran recordando un chiste olvidado mucho tiempo atrás, y los labios estaban torcidos en el típico gesto de un hipócrita, mientras que la frente mostraba las arrugas propias de alguien que estaba tramando alguna clase de plan de gran astucia.

Mientras miraba su propio rostro, la boca se movió y tiró del lienzo cuando empezó a hablar.

¿Qué pasaría si el alienígena hubiera dicho la verdad? Si Horus de verdad ha traicionado al Emperador; ¿en qué bando te pondrías tú ante semejante enfrentamiento?

Fulgrim sintió que una capa de sudor frío le cubría el cuerpo desnudo. Le repelía el horror escalofriante del retrato, pero se sentía irremediablemente atraído a escuchar sus palabras, como si poseyeran alguna clase de cualidad sedosa que lo dejara extasiado. Por mucho que desease atravesar la pintura con la espada, no era capaz de verla destruida.

Es el mejor de todos vosotros —le dijo la pintura. La boca se retorció al hablar—. *Si Horus llegara a darle la espalda al Emperador, ¿con quién te irías?*

—Esa pregunta es irrelevante —le soltó Fulgrim—. Esa situación jamás ocurrirá.

¿Eso crees? —le contestó el retrato entre risas—. *En este mismo instante Horus ya está sembrando las semillas de la rebelión.*

Fulgrim apretó la mandíbula y apuntó con la espada a su propia imagen en el lienzo.

—¡No te creo! —le gritó—. Tú no puedes saber nada de eso.

Pero lo sé.

—¿Cómo? —quiso saber—. Tú no eres yo, no puedes ser yo.

No —admitió su imagen—, *no lo soy. Llámame… el espíritu de la perfección que te guiará en los días venideros.*

—¿Horus busca comenzar una guerra contra el Emperador? —le preguntó Fulgrim, aunque casi fue incapaz de pronunciar aquellas palabras ante el horror que representaban.

El no busca eso; se ha visto obligado a librarla. El Emperador planea abandonaros a todos, Fulgrim. ¡Su perfección no es más que una farsa! Os ha utilizado a todos para conquistar la galaxia para él, y ahora busca ascender a la categoría de divinidad gracias a toda la sangre que habéis derramado.

—¡No! —volvió a gritar Fulgrim—. No te creo. El Emperador es la inteligencia humana llevada por encima de todo error e imperfección y extendida hasta toda posible verdad.

Lo que tú creas es irrelevante. Ya está ocurriendo. Los grandes planes son necesariamente invisibles para los individuos débiles. Lo que debe explicarse a los idiotas no es asunto mío. Si Horus es capaz de ver todo el esquema general de la situación, ¿cómo es posible que tú, el más perfecto de los primarcas, no puedas?

—¡Porque estás mintiendo! —aulló Fulgrim, al mismo tiempo que propinaba un tremendo puñetazo a una de las columnas de mármol verde que soportaba el peso del techo abovedado de la estancia. Del punto de impacto saltó un chorro de polvo de piedra, y la columna se agrietó y se derrumbó hasta formar un montón de escombros.

Pierdes el tiempo negándolo, Fulgrim. Ya estás en camino de unirte a tu hermano.

—Apoyaré a Horus en todo lo que haga Falta, pero volverse contra el Emperador… —jadeó Fulgrim—. ¡Es ir demasiado lejos!

Jamás sabrás lo que es ir demasiado lejos hasta que hayas llegado más allá. Te conozco Fulgrim, y he probado los deseos prohibidos que mantienes encadenados en los rincones más oscuros y ocultos de tu alma. Es mejor matar a un bebé deseado en su cuna que cuidar de uno que no se desea.

—No —exclamó Fulgrim llevándose una mano ensangrentada a la sien —. No pienso escucharte.

Exponte a ti mismo a tu mayor temor, Fulgrim. Después de eso, el miedo no tiene ningún poder y el temor a la libertad se extingue y desaparece. Serás libre.

—¿Libre? —gritó el primarca—. La traición no es la libertad, es la condenación.

¿La condenación? ¡No! ¡Es la libertad y la capacidad sin límites de explorar todo lo que es y todo lo que puede ser! Horus ha visto más allá del velo de esta carne mortal que llamáis vida y ha conocido la verdad de vuestra existencia. Conoce los secretos de los Antiguos, y sólo él puede ayudarte a llegar a la perfección.

—¿La perfección? —susurró Fulgrim.

Sí la perfección. El Emperador es imperfecto, porque si fuera perfecto todo esto no estaría ocurriendo. La perfección es equivalente a una muerte lenta. Sólo el cambio es constante, la señal del renacimiento, ¡el huevo del fénix del que resurgirás! Hazte una pregunta: ¿qué es lo que más temes?

Fulgrim se quedó mirando a los ojos del retrato, unos ojos que podrían ser los suyos si no fuera por el horrible conocimiento que albergaban. Con una claridad nacida del entendimiento perfecto, el primarca supo la respuesta a la pregunta que le hacía su reflejo.

—Mi temor es fracasar —respondió Fulgrim.



Las frías luces del apotecarion eran brillantes y agresivas, y miraban sin parpadear a Marius, que yacía desnudo sobre la mesa quirúrgica. Tenía las extremidades inmovilizadas, aprisionadas por relucientes cierres metálicos y anuladas por potentes inhibidores químicos. La sensación de vulnerabilidad era intensa, pero había prometido obedecer todas las órdenes del primarca,

sin importar cuáles fueran. El comandante general Eidolon le había asegurado que lo que iba a ocurrir era lo que lord Fulgrim deseaba.

—¿Está preparado? —le preguntó Fabius. Los brazos plateados del artilugio mecánico que el apoteca rio llevaba a la espalda asomaban amenazantes por encima de sus hombros como una araña de gran tamaño.

Marius intentó hacer un gesto de asentimiento, pero los músculos del cuello no le obedecieron.

—Sí —dijo al fin, pero tuvo que esforzarse incluso para emitir ese simple sonido.

—Excelente —respondió Fabius.

Sus estrechos ojos negros se clavaron en Marius y examinaron su cuerpo, igual que un carnicero estudia con atención una pieza selecta de carne, o un escultor un bloque de piedra intacta.

—El comandante general Eidolon me dijo que me convertiría en algo mejor que lo que soy ahora.

—Y eso haré, capitán Vairosean —contestó Fabius con una sonrisa—. No se creerá lo que soy capaz de hacer.



DIECISIETE

NADA QUE VAYA CONTRA TU CONCIENCIA

Las naves de la 63.ª Expedición flotaban como un banco de peces plateados sobre los mundos gemelos de la Tecnocracia Auretiana, que compartían una luna común. El espacio que los rodeaba estaba repleto de comunicaciones electrónicas mientras las fuerzas del Señor de la Guerra llevaban a cabo su ataque contra ella. Los satélites de comunicaciones destruidos no eran más que escombros espaciales en la atmósfera superior de los planetas enemigos, y las bases de defensa hacía mucho tiempo que se habían convertido en meteoros ardientes que se estrellaron contra su superficie.

Fulgrim contempló la lenta deriva de órbita de las naves del Señor de la Guerra sobre el segundo planeta. Toda la atención de aquellas naves estaba concentrada en el conflicto que se estaba librando debajo de ellas más que en vigilar su retaguardia. Sonrió al darse cuenta de que, si era listo, podría pillar por sorpresa a su hermano.

—Reducid avance a un cuarto de velocidad de flanqueo —ordenó Fulgrim—. Que todos los sistemas activos pasen a modo pasivo.

El puente de mando de la *Orgullo del Emperador* se estremeció con la actividad desarrollada por la tripulación para apresurarse a cumplir sus

órdenes. Mantuvo la vista pegada a las lecturas de las pantallas y a las proyecciones hololíticas de las estaciones de rastreo, y dio una nueva orden en respuesta a cada dato que llegaba de los barridos de los sensores. El capitán Aizel observaba con admiración cada movimiento que hacía. Fulgrim se imaginaba la tremenda envidia que debía llenar a cualquier individuo que supiera que jamás se acercaría ni de lejos a semejante genio.

El viaje de ocho semanas hasta el sistema de los planetas de la Tecnocracia Auretiana había constituido un tremendo tedio para Fulgrim. Cada nueva diversión lo entretenía tan sólo un breve momento antes de aburrirlo de nuevo. Incluso había llegado a desear que ocurriera alguna catástrofe en la traslación de la disformidad para mantener ocupada la mente con una nueva sensación, pero no ocurrió ningún desastre ni nada parecido.

La armadura de Fulgrim había sido pulida para el encuentro con su hermano y su superficie reflejaba la luz como un espejo. La gran ala dorada de águila sobresalía por encima de su hombro izquierdo. Las placas de la armadura mostraban el color púrpura brillante habitual en ella, y tenían los rebordes cubiertos de oro brillante, con piedras opalescentes y grabados dorados por todas la superficie. Llevaba abrochada a la armadura mediante unos cierres de plata una capa larga de escamas, y de cada hombrera le colgaba un pergamino.

No ceñía arma alguna, y se llevaba constantemente las manos a la espada ausente para sentir la tibieza tranquilizadora de su empuñadura plateada y la presencia perversamente reconfortadora que le hablaba a través de la obra maestra de Serena d'Angelus. No había empuñado a *Filo de Fuego* desde hacía meses, y echaba de menos su equilibrio y su hoja ardiente. Sin un arma, sobre todo la que había arrancado del altar del templo de los laer, pensaba con mayor claridad, sin percibir voces intrusas ni ideas traicioneras. Sin embargo, por mucho que lo intentara no lograba olvidar por completo aquella arma.

Las heridas que había sufrido en Tarsus ya se habían curado del todo, hasta el punto de que nadie habría sospechado la gravedad de las mismas.

Para conmemorar su victoria sobre el dios eldar se había creado un nuevo mosaico, que colgaba en el apotecarion central de la *Andronius*.

—Ordene que todas las naves se preparen para dispersarse en formación de ataque en cuanto lo indique —susurró Fulgrim, como si las manchas centelleantes fueran capaces de oír sus palabras si hablaba con voz demasiado fuerte.

—Sí, mi señor —contestó el capitán Aizel, con una sonrisa.

Sin embargo, Fulgrim sabía que detrás de aquella satisfacción aparente latía una tremenda envidia. Volvió a centrar la atención en la pantalla de observación. Sonrió para sí mismo al ver que la flota de Horus todavía no tenía ni idea de que toda la 63.ª Expedición se encontraba a distancia de ataque.

El primarca colocó ambas manos en el atril de mando ante la enormidad de lo último que acababa de pensar. Podía atacar a la expedición del Señor de la Guerra y destruirla por completo desde donde se encontraba. Sus propias naves de guerra se encontraban prácticamente a la distancia de tiro óptima, y podía descargar una andanada de disparos devastadora que destruiría cualquier capacidad de la 63.ª Expedición para responder al ataque de un modo eficaz.

Si Eldrad Ulthran había dicho la verdad, podría acabar con la inminente rebelión antes de que ni siquiera empezara.

—Calculad las soluciones de disparo de las naves que se encuentran delante de nosotros —ordenó.

En pocos instantes, todas las armas de la 28.ª Expedición apuntaban contra las naves del Señor de la Guerra. Fulgrim se lamió los labios en un gesto nervioso al darse cuenta de que realmente quería abrir fuego.

—Mi señor —dijo una voz a su lado.

Se volvió y vio que se trataba del comandante general Eidolon, que tenía en sus manos su espada envainada. La empuñadura plateada relucía bajo la tenue luz del puente de mando. Fulgrim sintió el peso abrumador y siniestro de su presencia caerle encima.

—¿Sí, Eidolon?

—Pedisteis vuestra espada —le contestó el comandante general.

Fulgrim no recordaba haber dado esa orden, pero asintió y alargó un brazo con gesto resignado para tomar el arma que le ofrecía. Se la colocó en la cintura como si fuera lo más natural del mundo, y cuando cerró el broche en forma de águila dorada, todo deseo de atacar se desvaneció como la niebla matutina.

—Que todas las naves dejen caer los campos de cobertura, pero que no disparen —ordenó.

El capitán Aizel se apresuró a obedecer, y Fulgrim contempló cómo las naves que se encontraban delante de la 28.ª Expedición se percataban de repente de la presencia de su flota y empezaban a dispersarse mientras se esforzaban por maniobrar y colocarse en una posición donde pudieran evitar ser destrozadas por completo. Fulgrim sabía que el frenético cambio de formación era una empresa desesperada, ya que las naves de los Hijos del Emperador se encontraban en una formación de ataque perfecta y a la distancia de disparo perfecta.

El sistema de comunicaciones enloqueció cuando se recibieron oleadas de mensajes de la 63.ª Expedición. Fulgrim asintió cuando la nave insignia del Señor de la Guerra, la *Espíritu Vengativo*, abrió un canal de comunicaciones.

—Horus, hermano mío —dijo Fulgrim—. Por lo que parece, todavía puedo enseñarte un par de cosas.



Fulgrim recorrió el cubo umbilical que llevaba a la compuerta estanca sellada que a su vez daba a la cubierta de tránsito superior de la *Espíritu Vengativo*. El comandante general Eidolon caminaba a su lado, y el apotecario Fabius, Saúl Tarvitz y el espadachín Lucius los seguían. Fulgrim se sintió inquieto al ver que el rostro de Lucius mostraba un buen número de surcos profundos paralelos. Muchos eran recientes o acababan de

curarse, y tomó nota mentalmente de preguntarle sobre aquello cuando acabara con el asunto que lo había llevado hasta la 63.ª Expedición.

Había escogido a Tarvitz y a Lucius porque le habían comentado que habían forjado amistad con algunos de los Lobos Lunares, y ese tipo de relaciones siempre debían tenerse en cuenta.

Eidolon lo acompañaba porque temía lo que Vespasian podría llegar a pensar de lo que Horus dijera en respuesta a las acusaciones que el Consejo de Terra había formulado contra él. No estaba seguro de por qué había incluido a Fabius, aunque tenía la sospecha de que no tardaría en enterarse de la razón.

Cuando estuvieron cerca de la escotilla, la compuerta estanca con el águila grabada comenzó a elevarse y un chorro de aire tibio y de luz se apresuró a llenar el tubo umbilical. Fulgrim se esforzó por mantener una expresión de tranquilidad en el rostro y pasó a la cubierta metálica de la *Espíritu Vengativo*.

Horus lo estaba esperando, resplandeciente con la brillante armadura de color verde marino con el ojo de ámbar engastado en el centro del pectoral. Los rasgos nobles y bellos de su hermano mostraban el placer que le daba verlo, y Fulgrim sintió que todas sus preocupaciones desaparecían ante la visión de aquel magnífico guerrero. Imaginarse que Horus estaba planeando alguna clase de traición contra su padre era ridículo, y notó que el amor que sentía hacia su hermano le llenaba el pecho.

Cuatro guerreros de aspecto heroico estaban de pie detrás del Señor de la Guerra, y sólo podía tratarse de los individuos que su hermano llamaba el Mournival, sus consejeros y ayudantes más fiables. Eran guerreros natos, y se mantenían erguidos con un porte orgulloso. Fulgrim reconoció con facilidad a Ezekyle Abaddon por su actitud belicosa, por el modo típico en que llevaba recogido el cabello, una cola única y alta colocada sobre la nuca, y por su aspecto marcial.

El guerrero que se encontraba al lado de Abaddon sólo podía ser Horus Aximand llamado Pequeño Horus por la sorprendente semejanza que tenía con el Señor de la Guerra. A los dos restantes no los conocía, aunque

tenían una apariencia orgullosa y noble, la apariencia de unos guerreros con los que uno podía cruzar cualquier fuego.

Fulgrim abrió los brazos y los dos primarcas se abrazaron como hermanos que no se veían desde hacía mucho tiempo.

—Ha pasado demasiado tiempo, Horus —le dijo Fulgrim.

—Así es, hermano, así es —contestó Horus, mostrándose de acuerdo—, mi corazón se alegra de verte, pero ¿para qué has venido? Estabas librando una campaña en la Anomalía Perdus. ¿Has sometido ya esa región?

—Los mundos que descubrimos allí están sometidos —le confirmó Fulgrim, mientras sus acompañantes cruzaban la compuerta estanca a su espalda.

El primarca de los Hijos del Emperador vio que los miembros del Mournival se alegraban de ver los rostros familiares de sus acompañantes, y supo que los había escogido bien. Fulgrim se dio la vuelta y se dispuso a presentarlos.

—Creo que ya conoces a algunos de mis hermanos: Tarvitz, Lucius y al comandante general Eidolon; pero al que me parece que no conoces es a mi apotecario jefe, Fabius.

—Es un honor conocerlo, lord Horus —lo saludó Fabius, al mismo tiempo que hacía una reverencia.

Horus devolvió el gesto de respeto antes de seguir hablando con su hermano.

—Vamos, Fulgrim, ya sabes que conmigo no sirve de nada retrasar las cosas. ¿Qué es tan importante que te hace venir sin anunciarte y estar a punto de provocarle un ataque al corazón a la mitad de mi flota?

Fulgrim dejó de sonreír.

—Han llegado informes, Horus.

—¿Informes? ¿A qué te refieres?

—A informes sobre cosas que no son como deberían ser —le contestó el primarca de los Hijos del Emperador, quien odiaba tener que ser él quien le transmitiera a su hermano las estúpidas preocupaciones de aquellos escribas y notarios—. Informes que sugieren que tú y tus guerreros deberíais

responder por la brutalidad de esta campaña. ¿Angron está haciendo de las suyas, como siempre?

—Angron es como siempre ha sido.

—¿Tan mal está la cosa?

—No, lo mantengo a raya, y su segundo, Khâm, parece contener los peores excesos de nuestro hermano.

—Entonces he llegado justo a tiempo.

—Ya veo —dijo Horus—. ¿Has venido para relevarme del mando?

Fulgrim se obligó a sí mismo a ocultar el horror que sentía ante la posibilidad de que su hermano hubiera llegado a pensar algo así, y ocultó su consternación con una risotada.

—¿Relevarte? No, hermano, he venido para poder volver luego y decirle a esos petimetres y escribas de Terra que Horus libra las guerras del modo que deben hacerse: con dureza, con rapidez y con crueldad.

—La guerra es crueldad. No tiene sentido intentar cambiar eso. Cuanto más cruel es, antes acaba.

Fulgrim asintió.

—Así es, hermano. Ven, tenemos mucho de qué hablar, ya que vivimos en unos momentos complicados. Al parecer, nuestro hermano Magnus ha hecho algo que ha molestado sobremanera al Emperador, y ha enviado a los Lobos de Fenris para que lo lleven a Terra.

—¿Magnus? —Horus se puso tenso de repente—. ¿Qué es lo que ha hecho?

—Será mejor que hablemos en privado —le indicó Fulgrim, que no quería relatar en público aquellas acusaciones repugnantes—. De todas maneras, me da la sensación de que mis subordinados se alegrarán de tener la ocasión de departir de nuevo con… ¿Cómo los llamabas? ¿El Mournival?

—Sí —contestó Horus con una sonrisa—. Sin duda compartirán recuerdos de Muerte.

Horus le hizo un gesto a Fulgrim para que lo acompañara y los dos primarcas empezaron a recorrer la cubierta de tránsito. Eidolon caminó detrás de su primarca, mientras que Abaddon y Horus Aximand se colocaron detrás del Señor de la Guerra. Fulgrim captó la mirada acusatoria

que los dos lobos lunares le lanzaron al comandante general y mientras Horus lo conducía a través de los pasillos de la poderosa nave que llevaban a sus aposentos se preguntó qué habría ocurrido entre aquellos guerreros en Muerte.

Horus fue hablando de forma despreocupada sobre los recuerdos que compartían de épocas menos problemáticas, cuando lo único que tenían por delante era la alegría del combate. Sin embargo, Fulgrim apenas le prestó atención, demasiado preocupado por sus propios problemas como para escucharlo.

Por fin, el trayecto terminó delante de un par de sencillas puertas de madera oscura, y Horus les hizo un gesto a los dos miembros del Mournival para que se retirasen. Fulgrim hizo lo mismo con Eidolon, aunque le ordenó que buscase al apotecario Fabius.

—Hermano, en cierto modo es una casualidad muy curiosa que vinieras a visitarme en este momento —le dijo Horus.

—¿Por qué? —quiso saber Fulgrim mientras el Señor de la Guerra abría las puertas y entraba.

Horus no le contestó, y Fulgrim lo siguió al interior, donde vio que un astartes equipado con una armadura de color granito desgastado los esperaba. El guerrero era de constitución fornida, y las placas de la armadura estaban cubiertas de pergaminos y de textos de escritura muy recurvada. Llevaba el cráneo rapado y la piel llena de tatuajes angulosos.

—Es Erebus, de los Portadores de la Palabra —lo presentó Horus—. Y tenías razón.

—¿En qué? —le preguntó Fulgrim.

—En que tenemos mucho de qué hablar —le respondió Horus, mientras cerraba las puertas.

Los aposentos de Horus apenas mostraban lujo alguno y eran muy austeros comparados con los de Fulgrim, sin que se viera por ningún lado la decoración recargada y las obras de arte que colgaban de las paredes o se alzaban orgullosas sobre pedestales dorados. Aquello no sorprendió a Fulgrim, ya que su hermano siempre había despreciado las comodidades personales para demostrar que compartía las incomodidades de sus

guerreros. Distinguió tras el hueco de una arcada cubierto por un velo de seda blanca la cámara personal de su hermano. Sonrió al ver la gran mesa de escritorio, cubierta de papeles de juramento esparcidos por toda su superficie, y el tomo de astrología que su padre común le había entregado a Horus.

Al pensar en su padre, la mirada de Fulgrim se dirigió hacia la pared donde habían pintado un mural que no había visto desde hacía decenios. Mostraba al Emperador por encima de todo, con los brazos abiertos de par en par y las palmas hacia adelante. Sobre él giraba una constelación de estrellas.

—Recuerdo cuando se pintó eso —musitó Fulgrim.

—De eso hace ya muchos años —afirmó Horus, mientras servía vino de una jarra de plata en una copa metálica que luego le ofreció.

El vino tenía un color rojo intenso, y a Fulgrim le dio la impresión de que estaba mirando un océano de sangre mientras se la llevaba a la boca para darle un largo sorbo. La frente comenzó a cubrírsele con un sudor aceitoso.

Fulgrim desvió la mirada hacia Erebus, que estaba sentado, y sintió un disgusto irracional hacia el portador de la palabra a pesar de no haberlo visto nunca ni siquiera haberle oído decir una sola palabra. Jamás le había gustado demasiado estar en compañía de Lorgar o de los guerreros de la XVII Legión. Le parecía que su entusiasmo no era saludable, y que su antiguo celo por proclamar que el Emperador era una figura divina era algo contrario a los principios básicos de la Gran Cruzada.

—Háblame de Lorgar —le ordenó Fulgrim—. Hace bastante tiempo que no lo veo. ¿Ha prosperado en sus empeños?

—Sí que lo ha hecho. Como jamás lo había hecho antes —le contestó Erebus, con una sonrisa.

Fulgrim frunció el entrecejo ante las palabras que había elegido el guerrero. Luego se sentó en el sofá que estaba enfrente de la mesa del Señor de la Guerra. Horus cortó un trozo de manzana con una daga reluciente de empuñadura en forma de serpiente. Fulgrim captó la tensión que cargaba el aire, un miasma de ideas no expresadas y de gran potencial.

Era evidente que fuese lo que fuese lo que Horus tenía en la cabeza, era algo de vital importancia.

—Te has recuperado muy bien de tus heridas —comentó Fulgrim.

El primarca de los Hijos del Emperador captó de inmediato la mirada furtiva que el Señor de la Guerra y Erebus intercambiaron. La 63.ª Expedición había transmitido muy poca información relativa a la campaña librada en Davin, y desde luego, nada que indicara que Horus había resultado herido, pero la reacción del Señor de la Guerra le demostró que al menos esa parte de lo que le había contado el vidente era cierta.

—Te has enterado de eso —respondió Horus. Luego se llevó el trozo de manzana a la boca y se limpió la barbilla con el dorso de la mano.

—Así es —le confirmó Fulgrim. Horus se encogió de hombros.

—Intenté impedir que las demás expediciones se enteraran, por temor a que la moral resultase dañada. No fue nada, una herida leve en el hombro.

Fulgrim captó la mentira.

—¿De verdad? Pues a mí me dijeron que te estabas muriendo.

El Señor de la Guerra entrecerró los ojos.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Eso no importa —le replicó Fulgrim—. Lo que importa es que sobreviviste.

—Sí, sobreviví y ahora soy más fuerte que nunca. Incluso me siento revitalizado.

Fulgrim alzó la copa.

—Pues entonces, demos las gracias por una mejoría tan rápida.

Horus bebió para ocultar su enfado, y Fulgrim se permitió una pequeña sonrisa ante la emoción de enfrentarse a un ser tan poderoso como el Señor de la Guerra.

—Bueno —empezó a decir Horus, para cambiar de tema—, entonces te han enviado para que me fiscalices, ¿no es eso? ¿Han cuestionado mi competencia en el puesto de Señor de la Guerra?

Fulgrim hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No, hermano, aunque hay quienes cuestionan tus métodos para lograr que la Gran Cruzada avance. Esos civiles que están a años luz de las

batallas que libramos en su nombre se atreven a discutir el modo en que libras las guerras, y buscan explotar nuestra hermandad encargándome a mí que te diga que debes controlar a tus perros de la guerra.

—Por perros de la guerra supongo que te refieres a Angron.

Fulgrim asintió y tomó otro sorbo de aquel vino amargo.

—No se te puede haber pasado por alto que no es ni de lejos lo que se dice una arma precisamente sutil. Personalmente no estoy de acuerdo en que se le emplee en aquellos teatros de combate donde es necesaria una destrucción total, aunque he de reconocer que existen momentos en los que es necesaria la sutileza y otros en los que hace falta la agresividad más pura. ¿En esta guerra es necesaria esa clase de agresividad?

—Lo es —le aseguró Horus—. Angron se ensangrienta por mí, y ahora mismo lo necesito empapado en sangre.

—¿Por qué?

—Seguro que recuerdas la actitud de Angron después de lo de Ullanor, ¿verdad? —le preguntó Horus—. Se enfureció contra mi nombramiento como si fuera un animal enjaulado. Cada movimiento que hacía estaba destinado a menospreciarme delante de todos aquellos que pensaban que mi nombramiento como Señor de la Guerra era un insulto para sus orgullos.

—Angron piensa con el brazo de la espada, no con la cabeza —respondió Fulgrim—. Recuerdo que me hicieron falta todo el tacto y la diplomacia que tenía para calmar la ira que sentía en el corazón y aplacar su orgullo herido, pero al final aceptó tu nombramiento. A regañadientes, debo admitir, pero lo aceptó.

—A regañadientes no es suficiente —declaró Horus con sequedad—. SÍ debo ser el Señor de la Guerra, debo tener la devoción absoluta y la obediencia total de aquellos sobre los que mando en los sangrientos días que se avecinan. Le doy a Angron todo lo que quiere, y de ese modo le permito afirmar su lealtad hacia mí del único modo que conoce. Mientras que otros tirarían de la cadena que lo mantiene agarrado, yo le permito libertad.

—Y de ese modo, su lealtad hacia ti se forja de nuevo y en sangre —comentó Fulgrim.

—Así es.

—Creo que precisamente es a eso a lo que el Consejo de Terra pone objeciones.

—Yo soy el Señor de la Guerra y utilizo las herramientas de las que dispongo, y si es necesario, las moldeo para que cumplan mi propósito —contestó Horus—. Nuestro hermano Angron es un carnicero y un asesino, pero tiene un lugar en mis planes. Ese lugar requiere que su lealtad sea absoluta hacia mi persona.

Fulgrim estudió con atención la mirada del Señor de la Guerra mientras hablaba, y vio en sus ojos un fervor apasionado que no había visto en muchas décadas. Su hermano le estaba hablando de unos planes ambiciosos y de que para realizarlos necesitaba la entrega más absoluta por parte de sus seguidores. ¿Era aquélla la traición de la que le había hablado el vidente?

Ya se estaba ganando la lealtad de Angron, ¿estaría Horus intentando atraer a otros hacia su causa? Fulgrim miró de reojo a Erebus y vio que él también estaba atrapado por las palabras de Horus. Se preguntó a quién sería más leal el primarca de los Portadores de la Palabra.

Paciencia… Todas esas verdades se sabrán a su debido tiempo —dijo la voz en su cabeza—. *Siempre has tomado como ejemplo a Horus. Confía en él ahora, porque tu destino está entrelazado de una forma inexpicable al suyo.*

Se percató de que Erebus fruncía la frente de repente con una expresión de extrañeza, y tuvo un momento de pánico al preguntarse si el portador de la palabra también habría oído la voz.

Fulgrim dejó a un lado aquellos pensamientos y asintió a las palabras de Horus.

—Te entiendo perfectamente.

—Ya veo —respondió Horus—. ¿Y las preocupaciones del Consejo de Terra se refieren tan sólo al ansia asesina de Angron?

—No del todo. Como ya te he contado, han enviado al Lobo de Fenris a Prospero para llevarse a Magnus a Terra, aunque no sé exactamente para

qué.

—Ha estado practicando la brujería —les informó Erebus.

Fulgrim sintió una punzada de ira apoderarse de su corazón ante la temeridad del guerrero al dirigirse a un primarca sin que le hubieran hecho una pregunta directa.

—¿Quién eres para hablar sin permiso en presencia de tus superiores? —le espetó. Luego se volvió hacia Horus e hizo un gesto despectivo hacia el portador de la palabra—. ¿Quién es este individuo? Dime, ¿por qué se mete en una discusión privada como la nuestra?

—Erebus es… un consejero —le aclaró Horus—. Es un valioso ayudante y consejero.

—¿Los guerreros de tu Mournival no son suficientes para ti? —quiso saber Fulgrim.

—Hermano, los tiempos han cambiado, y he puesto en marcha una serie de planes para los que el consejo del Mournival no sería apropiado. Son asuntos sobre los que todavía no puedo informarles. Bueno, no a todos —añadió, con una sonrisa triste.

—¿Qué asuntos? —le preguntó Fulgrim, pero Horus hizo un gesto negativo con la cabeza.

—A su debido tiempo, hermano, a su debido tiempo —le prometió Horus, al mismo tiempo que se ponía en pie y se paraba delante del mural del Emperador—. Cuéntame más cosas sobre Magnus y sus transgresiones.

Fulgrim se encogió de hombros.

—Ya sabes tanto como yo, Horus. Lo único que me contaron es lo que ya te he dicho.

—¿Ningún dato de importancia sobre el modo en que Magnus va a viajar a Terra? ¿Como penitente o como suplicante?

—No lo sé —admitió Fulgrim—. Aunque lo cierto es que enviar a alguien como el Lobo, a quien le disgusta tanto Magnus, a llevárselo sugiere que no va a ir a Terra a ser honrado.

—Sí, eso parece —contestó Horus, mostrándose de acuerdo.

Fulgrim captó un gesto de alivio en el rostro de su hermano. ¿Habría visto Magnus un atisbo del futuro, al igual que Eldrad Ulthran, y habría

intentado avisar de la traición inminente? Si era así, el Señor de la Guerra tendría que encargarse de él antes de que regresara a Terra.

Una vez tratado el tema del señor de Prospero a su aparente satisfacción, el Señor de la Guerra hizo un gesto con el mentón en dirección al mural.

—Dices que te acuerdas de cuando hicieron esto. —Fulgrim se limitó a asentir, y el Señor de la Guerra siguió hablando—: Lo mismo que yo, y lo recuerdo muy bien. Tú y yo acabábamos de matar al último de los príncipes Omakkad a bordo de su mundo observatorio, y el Emperador decidió que una victoria como aquélla debía ser recordada.

—Sí. Mientras el Emperador mataba al último de sus príncipes, tu matabas a su rey y te llevabas su cabeza al Museo de la Conquista —le recordó Fulgrim.

—Es exactamente como dices —asintió Horus al mismo tiempo que tocaba la pintura con la punta del dedo—. Yo maté al rey, pero es el Emperador quien tiene las estrellas de la galaxia en sus manos. ¿Dónde están los murales donde se muestran las hazañas que tú y yo realizamos ese día, amigo mío?

—¿Celos? —dijo Fulgrim con una risita—. Sabía que te tenías en un gran concepto, pero jamás creí que te vería con tanta vanidad.

Horus negó de nuevo con la cabeza.

—No, hermano, no es vanidad desear que tus logros y tus hazañas sean reconocidos. ¿Quién de entre todos nosotros tiene el mayor número de victorias? ¿Quién de nosotros fue el elegido para ser nombrado Señor de la Guerra? Sólo yo fui considerado el adecuado. Sin embargo, las honras que recibo son aquellas que me otorgo yo mismo.

—Con el tiempo, cuando se acabe la cruzada, serás honrado por tus proezas.

—¿Con el tiempo? —le replicó Horus—. Tiempo es precisamente lo único que no tenemos. Lo esencial es que es posible que nos demos cuenta de que la galaxia gira en el espacio, pero no lo percibimos, y el suelo sobre el que nos movemos no parece moverse. Los humanos normales pueden vivir sus vidas sin verse afectados por unos conceptos tan elevados, pero

jamás lograrán la grandeza, debido a su inactividad y a su ignorancia. Lo mismo ocurre con el tiempo. A menos que nos detengamos y lo estudiemos con detenimiento, la oportunidad para encontrar la gloria perfecta se nos escapará antes de que ni siquiera nos demos cuenta de que estaba allí.

Las palabras del eldar le resonaron en la mente como si se las acabara de gritar al oído.

«Dirigirá sus ejércitos contra vuestro Emperador».

Horus lo miró directamente a los ojos y le sostuvo la mirada. Fulgrim sintió la pasión que ardía en las ambiciosas intenciones de su hermano recorrer como una descarga eléctrica toda la estancia y alimentar las llamas de su propia necesidad obsesiva de llegar a la perfección. Por muy horrorizado que se sintiera por lo que estaba oyendo, no podía resistirse a la poderosa fuerza de atracción que aumentaba en su interior ante la idea de unirse a su hermano.

Se dio cuenta de la tremenda ambición y del ansia de poder que movía a Horus, y comprendió que su hermano deseaba tener las estrellas en sus propias manos, como las tenía el Emperador en el mural.

Todo lo que te han dicho es verdad.

Fulgrim se recostó en el sofá y se tomó el último sorbo de vino.

—Háblame de esa gloria perfecta —fue su respuesta.

Horus y Erebus le estuvieron hablando durante tres días y le contaron todo lo que le había ocurrido a la 63.ª Expedición en Davin, la traición de Eugan Temba, el ataque contra la estrellada *Gloria de Terra*, además de la posesión necrótica que se había apoderado de su cuerpo. Horus le habló del arma llamada anatam, que fue llevada a los aposentos del Señor de la Guerra por Fabius, después de que le entregara su sello al apotecario de Fulgrim para que lo sacara de la cubierta médica de la *Espirita Vengativo*.

Fulgrim observó que la espada era un objeto primitivo. La hoja parecía estar hecha a partir de obsidiana tallada. Su color gris apagado tenía un brillo semejante al de un diamante sin pulir. La empuñadura era de oro y mostraba una artesanía muy superior a la de la hoja, aunque seguía siendo algo primitivo comprado con su espada, *Filo de fuego*, o la espada plateada de los laer.

Horus le contó después la verdad sobre su herida, cómo había estado a punto, realmente, de morir, y que así habría ocurrido si no hubiera sido por la entrega y la diligencia de la orden secreta de la legión. De su estancia en el Delfos, la gigantesca estructura en forma de templo de Davin, no le habló mucho, aparte de que allí le habían abierto los ojos a grandes verdades y al tremendo engaño que habían estado utilizando contra ellos.

Fulgrim sintió un horror creciente en su interior a lo largo de toda aquella narración, un temor sin forma ante aquellas palabras que estaban minando los propios cimientos de sus creencias. Había oído la advertencia del vidente eldar, pero hasta ese momento no había creído que algo como aquello fuera posible. Quería negar las palabras del Señor de la Guerra, pero cada vez que intentaba hablar, una poderosa fuerza en su interior lo impulsaba a quedarse callado y a escuchar lo que le decía su hermano.

—El Emperador nos ha mentido, Fulgrim —le dijo por fin Horus, y Fulgrim sintió que una oleada de rabia le sacudía las entrañas ante aquella afirmación—. Piensa abandonarnos en mitad de la galaxia mientras él se convierte en un dios.

Fulgrim tuvo la sensación de que todos sus músculos estaban aprisionados por unos grilletes de acero, ya que, sin duda, en ese mismo momento debería haberse lanzado contra Horus para derribarlo por haber pronunciado una frase tan cargada de traición. En vez de eso, se quedó sentado mientras sentía cómo le temblaban las extremidades y todo el mundo que conocía se derrumbaba. ¿Cómo era posible que Horus, el mejor de todos los primarcas, dijera algo semejante?

No importaba lo que hubiera oído procedente de otras bocas hasta ese momento, la sustancia de la realidad de lo que se decía no había tenido sentido hasta ese momento. Ver que los labios de Horus pronunciaban aquella declaración de rebeldía lo mantuvo inmovilizado contra el sofá en un estado de incredulidad. Horus era su mejor amigo, en quien más confiaba, mucho tiempo atrás habían derramado sangre juntos y se habían prometido no mentirse nunca. Con semejante promesa entre ellos, a Fulgrim no le quedaba más remedio que creer que uno de los dos, o bien su padre, o bien Horus, le mentía.

¡No tienes elección! Únete a Horus, o todo por lo que has luchado no habrá servido para nada.

—No —logró susurrar.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. La impaciencia por que llegara ese momento lo había emocionado, pero aceptar la realidad le estaba resultando mucho más difícil de lo que creía.

—Sí —insistió Horus con una expresión llena de dolor, pero también de determinación—. Fulgrim, creíamos que el Emperador era la expresión definitiva de la perfección, pero nos equivocábamos. No es perfecto, no es más que una persona, y nosotros nos esforzamos por imitarlo.

—Toda mi vida he querido ser como él —musitó Fulgrim.

—Lo mismo que todos nosotros, hermano. Me duele tener que decirte todo esto, pero debo decírtelo, porque se va a producir una guerra y no habrá nada que pueda impedirlo. Necesitaré a mis hermanos más queridos a mi lado cuando llegue el momento de purgar las legiones de aquellos que no nos seguirán.

Fulgrim alzó la mirada con los ojos cargados de lágrimas.

—Estás equivocado, Horus. Tienes que estar equivocado. ¿Cómo es posible que un ser imperfecto haya creado seres como nosotros?

—¿Nosotros? Nosotros no somos más que instrumentos de su intención de lograr el dominio de la galaxia antes de alcanzar la divinidad. Cuando se acaben las guerras nos echará a un lado, porque no somos más que unas creaciones inacabadas, fabricadas a partir de la amplia matriz de la noche sin creación. El Emperador nos echó a un lado antes incluso de que naciéramos, a pesar de que pudo habernos salvado. ¿Recuerdas la pesadilla de Chemos, el paisaje desolado que era cuando caíste en sus tierras baldías? ¿El dolor que sentiste allí, el dolor que todos sufrimos en los planetas donde crecimos hasta convertirnos en adultos? Nos pudo haber ahorrado todo eso. Podría haberlo impedido, pero le importamos tan poco que simplemente dejó que ocurriera. Yo vi lo que ocurrió, hermano, lo vi todo.

—¿Cómo? —exclamó Fulgrim—. ¿Cómo podrías haber visto todas esas cosas?

—Cuando me encontraba a las puertas de la muerte Se me concedió una epifanía de los hechos pasados —le explicó Horus—. No sé si vi el pasado o me abrieron las puertas de mis primeros recuerdos, pero lo que experimenté fue tan real para mí como lo sois vosotros.

Fulgrim sintió que la materia gris del cerebro le estaba a punto de estallar al intentar procesar todo lo que le estaba contando Horus.

—Incluso en los momentos que sentí la más negra de las dudas, lo que me sostuvo fue la absoluta certeza de que lograría mi objetivo definitivo: la perfección —dijo al cabo de unos momentos—. El Emperador era el brillante ejemplo de la conquista de ese sueño, y que me hayas arrebatado eso…

—La duda no es un estado agradable —asintió Horus, mostrándose de acuerdo—, pero la certidumbre es un absurdo cuando se basa en una falsedad.

A Fulgrim le empezó a dar vueltas de repente la cabeza ante su aceptación de que lo que le estaba diciendo Horus fuera verdad, ya que sus palabras estaban destruyendo todo lo que él había sido y todo lo que esperaba llegar a ser algún día. Su pasado había desaparecido, aniquilado para alimentar la mentira de su padre, y lo único que le quedaba era su futuro.

—El Emperador es un comediante que actúa para una audiencia que tiene demasiado miedo como para echarse a reír —le dijo Horus—. Para él no somos más que herramientas que utilizar hasta que estemos demasiado estropeadas y nos tire a un lado. ¿Por qué nos habría abandonado a nosotros y a la cruzada para retirarse a las criptas situadas bajo Terra? Ya está preparando su apoteosis, y de nosotros depende detenerla.

—Yo soñé con ser algún día como él —murmuró Fulgrim—. Estar a su lado y sentir su orgullo y su amor por mí.

Horus se le acercó, se puso de rodillas delante de él y lo tomó de las manos.

—Todas las personas sueñan, Fulgrim, pero no todas sueñan lo mismo. Aquellos que sueñan de noche en los rincones polvorientos de su mente se despiertan al llegar el día y descubren que no era más que vanidad. Para

seres como nosotros, los soñadores de día, los sueños son sueños de esperanza, de mejora, de cambio. Quizá antaño no éramos más que armas, guerreros que no conocían apenas nada más que el arte de la guerra, ¡pero hemos crecido, hermano! Ahora somos mucho más que eso, pero el Emperador no es capaz de verlo. Abandonará sus mayores logros a la oscuridad de un universo hostil. Estoy seguro de ello, Fulgrim, porque no sólo recibí ese conocimiento, sino que lo descubrí por mí mismo después de un viaje que nadie podía hacer por mí ni me podía evitar.

—¡No puedo seguir escuchándote, Horus! —gritó Fulgrim, al mismo tiempo que se ponía en pie al desaparecer la parálisis que lo había mantenido inmovilizado hasta ese momento. Se acercó al mural del Emperador—. ¡No tienes ni idea de lo que me estás pidiendo!

—Al contrario —le contestó Horus, quien también se puso en pie y fue tras él—. Sé exactamente lo que te estoy pidiendo. Lo que te estoy pidiendo es que te pongas de mi lado para defender nuestros derechos de nacimiento. Esta galaxia es nuestra por el derecho de conquista y por la sangre que hemos derramado, pero se la han entregado a unos políticos y a unos funcionarios de manos avaras. Sé que tú has visto lo mismo, y que debe hacerte hervir la sangre, al igual que a mi ¿Dónde estaban esos civiles cuando nuestros guerreros morían a miles? ¿Dónde estaban cuando cruzamos la galaxia de un lado a otro para llevar la luz a los fragmentos perdidos de la humanidad? ¡Yo te diré dónde estaban! ¡Estaban acomodados en sus estancias oscuras y polvorientas, escribiendo afrentas como ésta!

Horus se acercó a su mesa, agarró un puñado de papeles y se los puso a Fulgrim en las manos con gesto brusco.

—¿Qué es esto?

—Mentiras —le respondió Horus—. Lo llaman *Lectio Divinitatus*, ¡y se está extendiendo por todas las flotas como un virus! Se trata de un culto que deifica al Emperador ¡y lo adora de forma abierta como a un dios! ¿Puedes creértelo? Después de todo lo que hemos hecho por llevarla luz de la ciencia y de la razón a esos patéticos mortales, se inventan un falso dios y se centran en él en busca de guía en la vida.

—¿Un dios?

—Sí, Fulgrim, un dios —rugió Horus. Su ira estalló como un volcán de violencia.

El Señor de la Guerra lanzó un aullido y estrelló el puño contra el mural. El guantelete aplastó el rostro pintado del Emperador y lo convirtió en fragmentos. Los trozos de piedra cayeron al suelo de metal. Fulgrim soltó los papeles y los vio revolotear por el aire hasta que se posaron sobre los restos del mural.

Fulgrim lloró con todas sus fuerzas mientras su mundo se hacía pedazos como los fragmentos rotos del mural. Su amor por el Emperador le había sido arrancado del pecho y se lo habían mostrado como la cosa sucia e inútil que era.

Horus se acercó a él y le tomó el rostro con las manos para mirarlo a los ojos con una intensidad casi fanática.

—Te necesito, hermano —le rogó Horus—. No puedo hacer nada de esto sin ti. Pero no debes hacer nada que vaya contra tu conciencia. Mi hermano, mi fénix, mi esperanza, ábrete paso a través de la oscuridad y desafía el desprecio de la fortuna. ¡Renace de tus cenizas y álzate!

Fulgrim le devolvió la mirada a su hermano.

—¿Qué quieres que haga?



DIECIOCHO

ÓRBITA PROFUNDA
ESCISIÓN
CAMINOS SEPARADOS

La cubierta de vuelo de *Órbita Profunda DS-191* era una confusión de metal retorcido y llamas. Los pielesverdes habían ocupado la plataforma de defensa planetaria desde hacía algún tiempo, y sus especiales habilidades de ingeniería ya habían comenzado a dar forma a aquello. Unos grandes ídolos que representaban a unas bestias descomunales de enormes colmillos metálicos estaban acuclillados entre las pilas de restos mecánicos, y unos artefactos que se asemejaban a cazas de combate de aspecto primitivo yacían dispersos por toda la cubierta.

Solomon se puso a cubierto para protegerse de las andanadas de disparos procedentes de la barricada improvisada que habían montado, ya que «levantado» era una palabra demasiado elegante para lo que los pielesverdes habían ensamblado al final de la cubierta de vuelo.

Cientos de alienígenas rugientes habían disparado al azar o blandieron unas enormes armas llamadas rebanadoras en dirección a los treinta guerreros de la Segunda Compañía que desembarcaron en la cubierta de vuelo de las Thunderhawk que habían aterrizado allí. Como parte del asalto

de los Hijos del Emperador, los cohetes habían abierto varios agujeros en el casco de la plataforma orbital con la intención de provocar una descompresión explosiva en la cubierta de vuelo para permitir que los astartes de Solomon realizaran un abordaje sin oposición de la sección, supuestamente vacía.

El plan había funcionado a la perfección hasta que la marea de restos metálicos había tapado los agujeros y cientos de aullantes salvajes pielesverdes de grandes colmillos salieron a la carga de los destrozados artefactos que habían sido sus cazas y sus bombarderos para atacarlos con una ferocidad insensata. Se produjo un tremendo tiroteo en la cubierta de vuelo. Algunos cohetes de vuelo errático estallaron entre los astartes, y varias cargas de pólvora lanzadas en forma de granada explotaron delante de los guerreros de los Hijos del Emperador que se hallaban a la carga.

—Es obvio que quienquiera que diga que los pielesverdes son unos primitivos es que jamás ha luchado contra ellos —gritó Gaius Caphen, cuando otra grasienta explosión de llamas y humo negro estalló cerca de él y lanzó por los aires trozos de metal retorcido.

Solomon no tuvo más remedio que mostrarse de acuerdo, ya que había luchado contra los salvajes pielesverdes en muchas ocasiones. Tenía la impresión de que no había sistema estelar en roda la galaxia que no hubiera sido infestado por aquellas alimañas de los pielesverdes.

—¿Algún a señal de los refuerzos? —preguntó a gritos.

—Todavía no —le contestó Caphen—. Se supone que íbamos a recibir escuadras de la Primera y de la Tercera, pero no ha llegado nadie todavía.

Solomon se agachó cuando un cohete rebotó y se deslizó contra la pila retorcida de metal tras la que se había puesto a cubierto. El proyectil impacto con un estampido ensordecedor y salió disparado hacia arriba antes de estallar en una lluvia de fuego y humo. Una cascada de metralla ardiente cayó repiqueteando como granizo metálico al rojo.

—¡No te preocupes! —gritó Solomon—. Julius y Marius no nos dejarán en la estacada.

«Bueno, espero que no lo hagan», pensó, con preocupación, mientras calculaba la probabilidad de que arrollaran su posición. Debido al

inesperado contraataque de los alienígenas, tanto él como sus guerreros se verían atrapados en la cubierta de vuelo a menos que consiguieran abrirse camino entre los cientos de guerreros enemigos vociferantes. Solomon no se lo hubiera pensado dos veces contra cualquier otro adversario, pero los pielesverdes eran unos combatientes monstruosos cuya fuerza era casi equivalente a la de un astartes. Su sistema nervioso central era tan primitivo que hacía falta causarles heridas muy graves para abatirlos y que dejaran de luchar.

Un guerrero piel verde no era igual a un astartes en ningún sentido, pero disponían de la suficiente agresividad innata como para compensarlo en parte y, además, tenían a su favor la superioridad numérica.

El sistema Callinedes se componía de una serie de planetas imperiales amenazados por los pielesverdes, y para comenzar la liberación de los mundos que ya habían caído, había que recuperar las plataformas de defensa orbital que estaban en manos del enemigo.

Aquello era el primer paso en la recuperación imperial de Callinedes, donde se produciría la reunión de los Hijos del Emperador y de los Manos de Hierro para asaltar de forma conjunta las posiciones pielesverdes en Callinedes IV.

Solomon se arriesgó a echar un rápido vistazo por encima del metal humeante cuando oyó una serie de aullidos estridentes procedente del otro lado de las vigas de metal y demás restos que los pielesverdes estaban utilizando como barricada. Solomon no conocía el lenguaje del enemigo, si es que aquellas bestias poseían algo parecido a lo que se podía describir como un lenguaje, pero su instinto guerrero le hizo reconocer las cadencias bárbaras de un cántico de combate. Fuese quien fuese el líder de los pielesverdes, era evidente que estaba incitando a sus guerreros para lanzarlos a un ataque. Los símbolos tribales y los mástiles rematados por trofeos repugnantes asomaban por encima del metal oxidado, y Solomon se dio cuenta de que estaban a punto de tener que luchar acorralados.

—Vamos, maldita sea —susurró. Sin el apoyo de Julius o de Marius tendría que ordenar la retirada hacia las naves de desembarco y admitir su

derrota, algo que iba completamente en contra de su código guerrero—. ¿Se sabe algo?

—¡Nada todavía! —respondió Caphen—. No vendrán, ¿verdad?

—Vendrán —le prometió Solomon un momento antes de que los cánticos aullantes aumentaran de volumen de repente y los ruidos de rotura del metal y de las botas claveteadas de hierro resonaran detrás de la barricada enemiga.

Gaius Caphen y Solomon intercambiaron una mirada y un momento de perfecto entendimiento y se pusieron en pie con los bólters preparados.

—¡Me parece que van a atacar por el centro! —gritó Caphen.

—¡Qué cabrones! —aulló Solomon—. ¡Ese era mi plan! ¡Segunda, abrid fuego!

Un torrente de disparos de bólter alcanzó a los pielesverdes, y la primera línea cayó segada envuelta en una serie de pequeñas explosiones. El eco de los estampidos secos y agudos resonó en las paredes metálicas de la cubierta de vuelo cuando los astartes dispararon una andanada tras otra contra el enemigo lanzado a la carga. Sin embargo, no importaba cuántos caían, porque aquello sólo parecía provocar un mayor frenesí en los supervivientes.

Los alienígenas avanzaron como una marea de carne verde, armaduras oxidadas y cuero desgastado. Los ojos, rojos como el fuego de un horno, brillaban con una Inteligencia feroz, y aullaban sus bárbaros cánticos de guerra como bestias salvajes. Disparaban unas armas enormes y ruidosas desde la cadera o blandían en alto unas espadas sierra movidas por motores que escupían un humo negro y aceitoso. Algunos llevaban puestas unas armaduras sujetas con grandes cinchas de cuero, mientras que otros simplemente se *las* habían clavado directamente en sus gruesos pellejos. Unos pocos lucían unos grandes cascos con cuernos festoneados de pieles sin curtir.

Una enorme bestia equipada con una exoarmadura mecánica y chirriante dirigía la carga. Los proyectiles de bólter se estrellaban y rebotaban contra su protección. Solomon distinguió la distorsión en el aire provocada por la energía emitida por una pantalla de escudo que rodeaba

al monstruoso caudillo. Lo que le sorprendió fue que una raza tan primitiva como aquélla pudiera fabricar o tan sólo mantener una tecnología tan avanzada.

Los bólters de la Segunda Compañía provocaron una tremenda matanza entre los alienígenas. Los proyectiles abrieron unos tremendos agujeros en la carne verde, de donde salieron grandes chorros de sangre, o arrancaron directamente las extremidades por la fuerza de las explosiones.

—¡Preparad las espadas! —gritó Solomon, al ver que no les importaba la enorme cantidad de bajas que les habían causado: no serían suficientes.

Dejó a un lado el bólter, desenvainó la espada y desenfundó la pistola mientras el primer guerrero pielverde se abría paso a través de las vigas oxidadas, sin preocuparse siquiera de dar un rodeo. Solomon se echó a un lado para esquivar un golpe que sin duda lo hubiera partido en dos y respondió con un mandoble en el que puso la fuerza de los dos brazos, ayudándose con la mano que sostenía la pistola. El golpe le dio de lleno en el cuello a su oponente, y le abrió un tajo de la profundidad de un palmo en la carne verde. Sin embargo, en vez de caer muerto, el alienígena lanzó un aullido y le propinó un golpe que lo derribó.

Solomon rodó sobre sí mismo para evitar un tremendo pisotón de su oponente que, sin duda, le habría aplastado la cabeza y le lanzó otro mandoble. Esta vez la hoja le atravesó toda la extremidad y le cortó la pierna a la altura de la rodilla, y el pielverde se desplomó en el suelo convertido en un puñado de carne que seguía moviéndose con frenesí. Su oponente intentó de nuevo matarle, pero Solomon se puso en pie y le puso una bota en la garganta al pielverde antes de meterle un par de proyectiles de bólter en la cabeza.

Gaius Caphen se estaba enfrentando a un pielverde que le sacaba una cabeza de altura y que le lanzaba un tajo tras otro con una enorme hacha motorizada. Solomon le disparó en plena cara y después tuvo que agacharse cuando otro pielverde se lanzó contra él. El combate perdió toda coherencia, ya que cada guerrero tuvo que ponerse a librar su propia batalla y toda habilidad quedó reducida a matar y a sobrevivir.

No podía acabar de ese modo. Toda una vida de gloria y honor no podía acabar a manos de los pielesverdes. Había combatido al lado de algunos de los mayores héroes del Imperio y no estaba dispuesto a morir luchando contra un enemigo tan infame como aquellas bestias.

«Por desgracia», pensó con ironía, «estas bestias no lo saben».

En nombre de Terra, ¿dónde estaban Julius y Marius?

Vio caer a un par de sus guerreros derribados por una horda de pielesverdes aullantes, y en ambos casos una rugiente hacha destrozó las placas de sus armadura de clase Mark IV hasta dejarlas inutilizadas por completo. Otro acabó casi partido por la mitad debido a una descarga a quemarropa que le disparó un pielverde con un enorme cañón rotatorio que empuñaba como si pesara poco más que una pistola.

Mientras contemplaba todo aquello, una rebanadora oxidada le impactó de lleno en el pecho y lo lanzó de espaldas. La armadura se agrietó debido al terrible golpe y brotó un chorro de sangre. Levantó la mirada y vio las fauces rugientes y llenas de colmillos del líder pielverde. La enorme armadura mecánica aumentaba el tamaño ya de por sí brutal, con unos músculos impulsados por potentes pistones que lanzaban poderosos aullidos.

Solomon se echó a un lado cuando la rebanadora se abalanzó de nuevo contra él, pero lanzó un grito de dolor cuando los extremos rotos de los huesos de su pecho se rozaron. La tremenda sensación de agonía lo dejó paralizado por un momento, pero mientras esperaba el inevitable ataque, oyó el sonido de una enorme andanada de proyectiles de bólter y el zumbido agudo de un centenar de espadas sierra.

El pielverde que se cernía sobre él apartó los ojos para averiguar el origen del sonido, y Solomon no desaprovechó la oportunidad que le ofrecía: le vació el cargador de la pistola en la cara y le convirtió el grueso cráneo en pulpa bajo el chorro de proyectiles explosivos.

Su exoesqueleto lo mantuvo en pie, pero la horda de pielesverdes se vio de repente arrasada cuando un nuevo destacamento de la Legión de los Hijos del Emperador entró en combate y les disparó a quemarropa con las

pistolas o les cercenaron las extremidades y las cabezas con unos mandobles precisos de las espadas.

El combate apenas duró, ya que los pielesverdes fueron aislados en bolsas de resistencia de menor tamaño y fueron abatidos sin piedad por los recién llegados. Solomon contempló aquel exterminio con una admiración exenta de emoción, pues la matanza se realizó con una perfección que no había visto en bastante tiempo.

Gaius Caphen, ensangrentado y dolorido, pero vivo al menos, lo ayudó a ponerse en pie. Solomon le sonrió a pesar del dolor que le provocaban las costillas rotas.

—Ya te dije que Julius y Marius no nos dejarían en la estacada —le comentó a su segundo.

Caphen hizo un gesto negativo con la cabeza mientras los capitanes que habían dirigido la fuerza de socorro se acercaban a ellos.

—No han sido ellos quienes han venido.

Solomon alzó la mirada, confundido, cuando el guerrero más cercano se quitó el casco.

—Oí decir que les vendría bien que los ayudaran, así que pensamos en echar una mano —le dijo Tarvitz. A su espalda se encontraba Lucius. El andar arrogante del espadachín era inconfundible.

—¿Qué hay de la Primera y de la Tercera? —preguntó con la voz apagada por el dolor, aunque el hecho de que sus hermanos de batalla hubieran dejado abandonada a la Segunda le dolía más que cualquier herida. Tarvitz se encogió de hombros en gesto de disculpa.

—No lo sé. Habíamos comenzado nuestro avance hacia el centro de mando principal y oímos la petición de ayuda.

—Menos mal que lo hicimos —comentó Lucius. Su rostro, lleno de cicatrices, se arrugó en una mueca divertida—. Por lo que parece, necesitaban la ayuda.

A Solomon le dieron ganas de darle un puñetazo en plena cara a aquel cabrón arrogante, pero se contuvo y no le respondió, ya que el espadachín tenía razón. Sin su ayuda, tanto él como sus guerreros habrían sido masacrados.

—Se lo agradezco, capitán Tarvitz —le dijo, haciendo caso omiso a Lucius.

Tarvitz le respondió con una reverencia.

—El honor es mío, capitán Demeter. Por desgracia, debo retirarme. Hemos de continuar con nuestro avance hacia nuestro objetivo primario.

—Sí, es cierto —respondió Solomon con un gesto de la mano—. Márchense. Hagan que la legión se sienta orgullosa.

Tarvitz hizo un rápido saludo marcial y se dio la vuelta. Se colocó de nuevo el casco y comenzó a impartir órdenes a sus guerreros. Lucius hizo una reverencia burlona y lo saludó con el filo cargado de energía de su espada, antes de reunirse con su camarada.

Julius y Marius no habían aparecido.

—¿Dónde estáis? —murmuró.

Pero nadie le respondió.

* * *

—¡Mi señor! —gritó Vespasian al entrar en las estancias de Fulgrim, sin detenerse ni pedir permiso.

El comandante general estaba equipado con su armadura de combate. Las suaves placas estaban pulidas y aceitadas hasta el punto de reflejar la luz. Tenía el rostro encendido y caminaba con paso rápido a través de los restos de mármol roto y lienzos a medio pintar hacia donde se encontraba Fulgrim, que contemplaba un par de esculturas que representaban a dos de los capitanes de sus compañías de combate.

Fulgrim apartó la mirada al oír que se acercaba, y Vespasian se sintió sorprendido de nuevo por el cambio que se había producido en el primarca desde que se habían separado de la 63.ª Expedición. El viaje de cuatro semanas hasta el sistema Callinedes había sido uno de los más extraños que Vespasian recordaba. Su primarca se mostraba hosco y retraído, y el alma de la legión se encontraba en plena confusión. Sólo un ciego sería incapaz de

ver la degradación de la moralidad de la legión a medida que se añadían más y más compuestos químicos del apotecario Fabius en la sangre de sus astartes. Gracias al impulso tanto de Fulgrim como de Eidolon, pocos capitanes de la legión estaban dispuestos a resistir la tentación de caer en una arrogancia decadente.

Muy pocas de las compañías de Vespasian se mantenían fieles todavía a los ideales con los que se había fundado la legión, y él no sabía qué hacer para intentar impedir que aquel mal siguiera extendiéndose. Las órdenes procedían directamente de Fulgrim y de Eidolon, por lo que la rígida estructura de mando de los Hijos del Emperador permitía muy poco margen, si es que permitía alguno, para interpretar las órdenes que le daban.

Vespasian le había solicitado una audiencia a Fulgrim durante el viaje hacia el sistema Callinedes, y debido a su elevado rango, lo normal hubiera sido que se le concediera esa reunión sin preguntar nada. Sin embargo, el primarca no había atendido a su petición. Pero al ver en las pantallas hololíticas de la Heliópolis la batalla que se estaba librando y que la compañía de Solomon Demeter quedaba abandonada, había decidido tomar el asunto en sus propias manos.

—¿Vespasian? —exclamó Fulgrim, extrañado. Pero sus pálidos rasgos recuperaron la energía cuando se volvió a mirar de nuevo las estatuas que tenía ante sí—. ¿Cómo va la batalla?

Vespasian contuvo la ira que sentía y se estarzo por mantenerse tranquilo.

—No tardaremos en tener ganada la batalla, mi señor, pero…

—Bien —lo interrumpió Fulgrim.

Vespasian se dio cuenta en ese momento de que su amo y señor también tenía tres espadas ante él. *Filo de fuego* apuntaba a una estatua de Marius Vairosean, mientras que la maldita espada plateada de los laer señalaba con la punta a la de Julius Kaesoron. La tercera, una arma con una hoja de color gris reluciente y una empuñadura dorada se encontraba tirada en mitad de un puñado de cascotes de mármol entre las otras dos

estatuas. Vespasian distinguió entre los restos el rostro tallado de la estatua: era el de Solomon Demeter.

—Mi señor —insistió Vespasian— ¿por qué se impidió que los capitanes Vairosean y Kaesoron ayudaran al capitán Demeter? Si no hubiera sido por la intervención de Tarvitz y de Lucius, todo el destacamento de Solomon habría muerto.

—¿Que Tarvitz y Lucius salvaron al capitán Demeter? —se extrañó Fulgrim, y Vespasian se quedó asombrado al captar un asomo de rabia en el rostro del primarca—. Qué… valeroso por su parte.

—No habrían tenido que hacerlo, ya que se supone que Julius y Marius debían apoyar a la Segunda, pero se les retuvo. ¿Por qué?

—¿Estás cuestionando mis órdenes, Vespasian? —le preguntó Fulgrim —. Cumplo las instrucciones del Señor de la Guerra, ¿te atreves a sugerir que sabes mejor que yo cómo debemos atacar a este enemigo?

Vespasian se quedó pasmado por la respuesta de Fulgrim.

—Con el debido respeto, mi señor, el Señor de la Guerra no está aquí. ¿Cómo puede saber él la mejor manera de atacar a estos pielesverdes?

Fulgrim sonrió. Luego recogió la espada de hoja gris de entre los restos de la estatua de Solomon antes de contestar.

—Porque sabe que esta batalla no es en realidad contra los pielesverdes.

—Entonces, ¿contra qué estamos luchando, mi señor? —le preguntó Vespasian—. Me gustaría mucho saberlo.

—Estamos luchando contra una tremenda injusticia que se ha hecho con nosotros, y estamos purgando nuestras filas de aquellos que no poseen la fuerza necesaria para hacer lo que es necesario hacer. El Señor de la Guerra se dirige al sistema Isstvan y en sus campos ensangrentados se pagarán todas las deudas.

—¿El sistema Isstvan? —preguntó extrañado—. No lo entiendo. ¿Por qué se dirige el Señor de la Guerra al sistema Isstvan?

—Porque allí será donde crucemos la línea sin retorno, mi querido Vespasian —le contestó Fulgrim, con la voz embargada por la emoción—. Allí daremos los primeros pasos en la senda que el Señor de la Guerra está

forjando. Una senda que llevará a la creación de un orden nuevo y glorioso, lleno de perfección y de maravillas.

Vespasian tuvo que esforzarse por comprender lo que decía el primarca debido al modo rápido y confuso con el que le hablaba. Sus ojos se posaron por un momento en la espada que empuñaba Fulgrim, y sintió una amenaza terrible procedente del arma, como si ésta fuera un ser vivo que deseara su muerte. Hizo caso omiso de aquella estupidez supersticiosa.

—¿Puedo hablar con libertad, señor?

—Siempre, Vespasian. Siempre debes hablar con libertad, porque ¿dónde está el placer que tenemos en la capacidad de hablar si no lo hacemos con libertad? Dime, ¿has oído hablar de un filósofo de la Vieja Tierra llamado Comelius Blayke?

—No, mi señor, pero…

—Ah, pues debes leerlo, Vespasian —lo cortó Fulgrim al mismo tiempo que lo tomaba del brazo y lo llevaba hasta un gran cuadro que se encontraba al otro extremo de la estancia—. Julius me dio a conocer su obra, y no logro concebir cómo he podido estar tanto tiempo sin saber de ella. Evander Tobias tiene sus libros en muy alta estima, aunque un anciano como él ya no puede aprovechar las enseñanzas que se encuentran en la obra de Blayke.

—¡Mi señor, por favor!

Fulgrim alzó una mano para hacerlo callar cuando llegaron al lado del cuadro. El primarca le hizo dar la vuelta para que lo mirara.

—Silencio, Vespasian, hay algo que quiero que veas.

Vespasian se olvidó de todas las preguntas que quería hacerle a Fulgrim al ver el horror de la pintura que tenía ante sí. La imagen de su primarca estaba distorsionada por una expresión maligna y burlona. Su piel estaba tensa sobre unos huesos que casi sobresalían, y la boca se le retorcía en un gesto de impaciencia por la violencia y la violación inminentes. La armadura era una parodia repugnante de la forma noble y orgullosa de la armadura Mark IV. Toda su superficie estaba cubierta de símbolos extraños que daban la impresión de retorcerse sobre el lienzo, como si las gruesas capas de pintura se hubieran aplicado sobre una horda de gusanos vivos.

Sin embargo, fue en los ojos donde Vespasian vio la mayor malignidad. Ardían con el brillo de un conocimiento secreto, y hablaban de hechos cometidos en nombre de la experiencia que le destrozarían el alma si conociera aunque fuera una mínima parte de ellos. No había nada vil, ningún acto lo bastante bajo, ninguna abominación que no fuera capaz de cometer aquella figura.

Al mirar los ojos sin párpados de la imagen, ellos se fijaron en los suyos, y sintió que la mirada repulsiva de la pintura le atravesaba las distintas capas del alma en busca de una oscuridad en su interior que pudiera sacar y hacer crecer. La sensación de ser violado fue horrible. Cayó de rodillas mientras se esforzaba por apartar la mirada de la crueldad ardiente de la pintura y del terrible vacío que se abría al otro lado de aquellos ojos. Vio el nacimiento y la muerte de universos enteros en las estrellas radiadas de aquellas pupilas, y la futilidad de su débil raza al intentar negarle todos sus caprichos.

Los labios de la imagen se abultaron y se retorcieron, formando una sonrisa hieratica.

Entrégamelo todo… —le pareció que le decía—. *Muéstrame tus deseos más secretos*.

Vespasian sintió que le registraba todos los rincones de su ser en busca de maldad y desprecio, amargura y odio, pero su alma se sintió henchida al notar la creciente frustración del violador al no encontrar nada en lo que clavar las garras. La ira de la imagen aumentó, y al hacerlo, también aumentó la fuerza de Vespasian. El comandante general logró apartar la mirada mientras seguía notando la rabia que había desencadenado la pureza de sus sentimientos. Intentó desenvainar la espada para destruir aquella creación maligna, pero la monstruosa fuerza de voluntad de la pintura lo mantuvo inmovilizado dentro de la prisión de su propio cuerpo.

No contiene nada —dijo la horrible pintura, con un tono de disgusto—. *No vale nada. Mátalo.*

—Vespasian —dijo Fulgrim por encima de él, y el comandante general tuvo la vivida sensación de que el primarca no le estaba hablando a él, sino dirigiéndose a la propia espada.

Se esforzó en vano por girar la cabeza al sentir la punta afilada de la espada en el cuello. Intentó gritar, advertir a Fulgrim sobre lo que había visto, pero su garganta parecía atenazada por lazos de hierro, con los músculos inmovilizados por el poder de la imagen que tenía ante él.

—La energía es una delicia eterna —le susurró Fulgrim—. Y aquél que la desea pero que no actúa, alberga la enfermedad. Podrías haber estado a mi derecha, Vespasian, pero me has demostrado que no eres más que una enfermedad infiltrada en las filas de los Hijos del Emperador. Debemos extirparte.

Vespasian sintió el aumento de la presión en el cuello. La punta de la espada le atravesó la piel y la sangre tibia comenzó a correrle por la espalda.

—No lo hagas —logró decir con un susurro.

Fulgrim no prestó atención alguna a sus palabras y con un rápido movimiento le clavó la hoja del anatam a través de la espina dorsal hasta que llegó a la cavidad pectoral. Sólo se detuvo cuando los gavilanes de la empuñadura quedaron pegados a ambos lados del cuello de Vespasian.



Los muelles de carga de la plataforma orbital ya habían quedado libres de los cadáveres de los pielesverdes, retirados por los servidores de la legión para que una parte de la fuerza de combate de Callinedes pudiera reunirse allí y escuchar las palabras de su amado primarca. Fulgrim llegó detrás de una procesión de heraldos, escogidos de entre las Filas de los iniciados que no tardarían en acabar su entrenamiento como futuros miembros de los Hijos del Emperador. Las trompetas se desplegaron por delante de él y tocaron una fanfarria resonante para anunciar su llegada, y la respuesta fue una ovación atronadora con la que lo recibieron los guerreros allí reunidos.

Equipado con su armadura de combate, el primarca de los Hijos del Emperador sabía que su presencia constituía un espectáculo maravilloso. Su rostro pálido parecía esculpido, y estaba enmarcado por la melena lacia de

su cabello blanco puro. Llevaba al cinto la espada de empuñadura dorada con la que había matado a Vespasian para, de ese modo, demostrar el lazo de hermandad que existía entre él y el Señor de la Guerra.

Lo flanqueaban el comandante general Eidolon, el apotecario Fabius y el capellán Charmosian, los oficiales superiores de su círculo interior. Los tres habían sido claves para extender la luz de la visión del Señor de la Guerra entre los guerreros de la legión. La enorme masa de dreadnought de Rylanor *el Anciano*, encargado de los ritos de los Hijos del Emperador, también lo acompañaba, aunque más por tradición que por lealtad a la nueva visión de la legión.

Fulgrim esperó con gesto elegante a que se apagaran los aplausos antes de hablar. Mientras tanto, sus ojos oscuros se detenían en aquellos que estaba convencido de que lo seguirían y hacían caso omiso de aquellos que sabía que no lo harían.

—¡Hermanos! —exclamó Fulgrim en voz bien alta y modulada—. ¡Hoy les habéis enseñado a esos malditos pielesverdes lo que significa enfrentarse a los Hijos del Emperador!

Una nueva salva atronadora de aplausos recorrió los muelles de carga, pero el primarca alzó la voz y se hizo oír con facilidad incluso por encima de las aclamaciones de sus guerreros.

—El comandante Eidolon os ha convertido en un arma contra la que los pielesverdes no tienen protección. Perfección, fuerza, determinación: estas cualidades son el filo cortante de nuestra legión, y vosotros habéis demostrado tenerlas aquí y hoy. Esta plataforma orbital se encuentra de nuevo en manos del Imperio, lo mismo que las otras que los pielesverdes han ocupado con la vana esperanza de repeler nuestra invasión.

»¡Ha llegado el momento de acelerar el ataque y acabar de una vez por todas con los pielesverdes para liberar el sistema Callinedes! ¡Mi hermano primarca Manus Ferrus de los Manos de Hierro y yo nos ocuparemos de que ni uno solo de esos alienígenas quede con vida en la tierra reclamada en nombre de la Gran Cruzada!

Fulgrim casi saboreó la expectación que flotaba en al ambiente y degustó con anticipación las siguientes palabras que iba a pronunciar, ya

que sabía que representarían la muerte para unos y la gloria para otros. La legión esperaba sus órdenes, aunque la mayoría de sus guerreros desconocía la magnitud de lo que estaba a punto de ordenar, o de que el destino de la galaxia pendía de un hilo.

—La mayoría de vosotros, hermanos, no estará aquí —les dijo Fulgrim.

Captó el tremendo sentimiento de decepción que caía sobre sus guerreros, y tuvo que esforzarse por controlar el acceso de risa salvaje que le bullía en el interior mientras muchos de ellos clamaban contra lo que se iba a convertir en su sentencia de muerte.

—Dividiré la legión —continuó diciendo Fulgrim, al mismo tiempo que alzaba las manos para acallar los gritos de protesta y los lamentos que sus palabras habían provocado—. Yo dirigiré en persona una pequeña fuerza para reunirme con Manus Ferrus y sus Manos de Hierro en Callinedes IV. El resto de la legión se unirá a la 63.ª Expedición del Señor de la Guerra en el sistema Isstvan. Esas son las órdenes del Señor de la Guerra y de vuestro primarca. El comandante general Eidolon os dirigirá en Isstvan, y él actuará en mi nombre hasta que pueda reunirme con vosotros de nuevo. Comandante, cuando quiera —terminó diciendo Fulgrim, con un gesto para que se adelantara.

Eidolon hizo un gesto de asentimiento antes de hablar.

—El Señor de la Guerra ha reclamado de nuevo la ayuda de nuestra legión en una batalla. De este modo reconoce nuestra capacidad y le agradecemos esta oportunidad de demostrar nuestra superioridad. Debemos aplastar una rebelión en el sistema Isstvan, pero no combatiremos solos. Además de nuestra legión, el Señor de la Guerra ha considerado oportuno llamar a la Guardia de la Muerte y a los Devoradores de Mundos.

Un murmullo de asombro se extendió por el muelle de carga ante la mención de aquellas legiones tan brutales. Eidolon soltó una breve risa.

—Veo que algunos de vosotros recordáis las veces que hemos luchado al lado de nuestros hermanos astartes. Todos sabemos la falta de arte y lo gris que se vuelve la guerra en manos de guerreros como ellos, ¡pero yo creo que es la oportunidad perfecta para mostrarle al Señor de la Guerra cómo luchan los elegidos del Emperador!

La legión lanzó nuevos vítores, pero la alegría de Fulgrim se convirtió en tristeza de inmediato cuando comprendió que la testarudez de Vespasian había impedido que muchos de aquellos guerreros llegaran a ser una parte magnífica del ejército del Señor de la Guerra para la nueva cruzada.

Con unos guerreros como aquéllos luchando por el Señor de la Guerra, ¿qué nuevas cotas de perfección llegarían a alcanzar? La negativa de Vespasian a que sus guerreros probasen las maravillosas muestras de los estimulantes químicos de Fabius, o de permitir que les efectuaran mejoras mediante la cirugía, había condenado a los guerreros que habían estado bajo su mando a la muerte en la trampa que el Señor de la Guerra había montado en Isstvan III. Se dio cuenta de que debería haber eliminado a Vespasian mucho antes, y la mezcla de culpabilidad y de emoción por las muertes que había puesto en marcha fue una poderosa combinación de sentimientos.

—El Señor de la Guerra ha pedido que nos unamos cuanto antes a él —gritó Eidolon, a través de las aclamaciones—. Aunque Isstvan no está demasiado lejos, las condiciones de viaje en la disformidad han empeorado, por lo que debemos darnos prisa. El crucero de ataque *Andróniuus* partirá hacia Isstvan dentro de cuatro horas. Cuando lleguemos, seremos los embajadores de nuestra legión, y para cuando haya acabado la batalla, el Señor de la Guerra habrá sido testigo de la guerra en su estado más brillante.

Eidolon saludó, y Fulgrim encabezó los aplausos antes de darse la vuelta y marcharse.

Había llegado el momento de cumplir la segunda parte de su servicio al Señor de la Guerra. Había llegado el momento de convencer a Ferrus Manus de que se uniera a su gran empresa.

DIECINUEVE

UN ERROR DE JUICIO

El tamborileo de los martillos y el estruendo de unas forjas lejanas resonaba por el anvilarium de la *Puño de Hierro*, aunque Gabriel Santar el primer capitán de los Manos de Hierro, apenas los oía. Los exterminadores morlock montaban guardia en el borde de la cámara. Los más poderosos de ellos eran los encargados de proteger las puertas de los aposentos privados del primarca, la Forja de Hierro. Las sibilantes nubes de vapor que salían por todas partes los convertían en siluetas fantasmales, y el temible aspecto de los morlock le recordó a Santar los depredadores vengativos que acechaban aullantes en la tundra helada de Medusa y que les habían dado el nombre a aquellos exterminadores.

Su corazón palpitaba al mismo ritmo que los poderosos martillos que resonaban por debajo de él. La idea de encontrarse de nuevo en presencia de dos de las seres más poderosos de la galaxia lo llenó de orgullo, de honor y, tenía que admitirlo, de nerviosismo.

Ferrus Manus estaba de pie a su lado, con un aspecto magnífico gracias a la armadura de combate de color negro y a la capa de cota de malla que relucía como plata forjada. La alta gorguera de hierro oscuro le tapaba la parte inferior de la cara, pero Santar conocía lo suficiente a su primarca

como para saber que estaba sonriendo ante la perspectiva de reunirse de nuevo con su hermano.

—Me llenará de orgullo ver a Fulgrim de nuevo, Santar —le comentó Ferrus.

Santar se arriesgó a mirar de reojo al primarca de la X Legión, ya que había captado una nota de preocupación en el tono de voz de su señor y que reflejaba la que él mismo sentía.

—¿Mi señor? —se atrevió a preguntar—. ¿Ocurre algo malo?

Ferrus Manus volvió los ojos de mirada dura como el pedernal hacia Santar.

—No, no exactamente, pero tú estabas allí cuando nos separamos de los Hijos del Emperador después de la victoria sobre la Diasporex. Sabes que los guerreros de nuestras legiones no se despidieron como deberían hacerlo unos hermanos de guerra.

Santar asintió mientras recordaba la ceremonia de despedida en la cubierta superior de embarque de la *Orgullo del Emperador*. La celebración formal tuvo que realizarse a bordo de la nave insignia de Fulgrim porque la *Puño de Hierro* había sufrido unos daños tremendos cuando había interceptado a los cruceros de la Diasporex que atacaban a la *Pájaro de Fuego*, y el primarca de los Hijos del Emperador lo había considerado algo poco apropiado para una ceremonia de semejante magnitud.

Aunque aquella falta de respeto por parte de Fulgrim había enfurecido a su capitán y a la tripulación, Ferrus Manus se había reído ante las palabras altisonantes de su hermano y había accedido a subir a bordo de la *Orgullo del Emperador*.

Rodeados por los morlock, Ferrus Manus y Santar había atravesado las filas de los guerreros de la Guardia del Fénix, con sus recargadas armaduras, hacia las siluetas del Fénix y sus capitanes de batalla, que los estaban esperando. A los recién llegados les dio la impresión de que el recorrido se parecía más a pasar entre dos filas de guerreros enemigos que de pretorianos de sus hermanos más queridos.

A Santar le pareció que la ceremonia se celebraba a toda prisa sin necesidad. Fulgrim había abrazado a su hermano de un modo tan

incómodo como alegre había sido el primer abrazo que se dieron al reunirse. Ferrus Manus debió de notar sin duda el cambio de actitud en su hermano, pero no comentó nada al respecto cuando regresaron a la *Puño de Hierro*. La única indicación de que el primarca se sentía ofendido por la frialdad de su hermano había sido verle la mandíbula un poco más apretada de lo habitual mientras contemplaba a la 28.ª Expedición meterse en el torbellino de la disformidad.

—¿Estará Fulgrim ofendido todavía por lo ocurrido en la estrella Carollis? —Ferrus no le respondió de inmediato, y Santar supo exactamente lo que le preocupaba a su primarca—. Lo salvamos a él y a su preciosa *Pájaro de Fuego* e impedimos que estallaran en mil pedazos —insistió Santar—. Fulgrim debería sentirse agradecido.

Ferrus soltó una breve risotada.

—Entonces es que no conoces a mi hermano. Que a él le hiciera falta que lo salvaran le parece impensable, ya que eso sugeriría que ha actuado de un modo inferior a la perfección. Procura no mencionar nada al respecto, Gabriel. Lo digo muy en serio.

Santar negó con la cabeza y curvó los labios en un gesto de desdén.

—Se creen demasiado superiores, como el modo en que su primer capitán me miró de arriba abajo cuando subimos por primera vez a bordo de la *Orgullo del Emperador*. No hacía falta ser el viejo Cistor para captar la condescendencia con la que me trató. Se creen mejores que nosotros. Se les puede ver en la cara a todos.

Ferrus Manus se volvió hacia él, y todo el poder de aquellos ojos plateados se centró en Santar. Sus frías profundidades se estremecieron bajo una rabia controlada. Santar supo que había ido demasiado lejos, y se maldijo a sí mismo por permitir que lo poseyera la ira que le invadía cada vez que pensaba que su legión estaba siendo insultada.

—Os pido disculpas, mi señor —se apresuró a decir—. He hablado de un modo imprudente.

La ira que las palabras de Santar habían provocado en Ferrus desapareció tan rápidamente como había llegado. El primarca se inclinó sobre su segundo y le habló con una voz que era poco más que un susurro.

—Sí, lo has hecho, pero también me has hablado con el corazón, y por eso valoro tanto tu consejo. Es cierto que este reencuentro era inesperado, ya que no he solicitado la presencia de los Hijos del Emperador para que nos ayuden. La 52.ª no necesita ayuda para acabar con los pieles verdes.

—Entonces, ¿por qué han venido? —quiso saber Santar.

—No lo sé, aunque agradezco la posibilidad de reunirme de nuevo con mi hermano y poder arreglar cualquier rencilla que haya entre nosotros.

—Quizá él siente lo mismo y viene a pedir perdón.

—Lo dudo mucho. En el carácter de Fulgrim no está admitir que se ha equivocado —le replicó Ferrus.

Las grandes puertas de hierro negro del anvilarium se abrieron y Fulgrim se dirigió hacia ellos. Su larga capa festoneada de piel revoloteaba en el aire empujada por los chorros de vapor que subían desde las forjas situadas bajo ellos. Se paró un momento en el umbral de la cámara, a sabiendas de que cruzar aquella línea era comenzar un camino que quizá lo separaría para siempre de su hermano más querido. Vio a Ferrus Manus con su primer capitán y con el astrópata jefe de pie al otro lado. Las siluetas amenazantes de sus escoltas morlock acechaban desde el perímetro de la estancia.

Julius Kaesoron, resplandeciente con su armadura de exterminador, y diez guerreros de la Guardia del Fénix lo acompañaban para resaltar la importancia de la reunión. Cuando Fulgrim creyó que era el momento adecuado, entró en el calor seco del anvilarium y avanzó hasta colocarse delante de su hermano primarca. Julius Kaesoron se mantuvo a su lado, mientras que la Guardia del Fénix se apartó para reunirse con los morlock en el borde de la cámara, por lo que al final hubo un gemelo de color púrpura y dorado para cada exterminador con caparazón de acero.

El riesgo de acercarse de ese modo a Ferrus Manus era grande, pero la recompensa que conseguiría tras el inevitable éxito de las ambiciones del Señor de la Guerra hacía que se olvidara de cualquier clase de duda que pudiera tener al respecto.

El Señor de la Guerra ya había comenzado el proceso de ganarse a otros primarcas a su causa, y Fulgrim le había prometido que haría que Ferrus

Manus lo acompañara sin necesidad de hacer un solo disparo. El primarca de los Hijos del Emperador sabía que los lazos de hermandad y las hazañas que compartía con Ferrus eran tales que a éste no le quedaría más remedio que ver la justicia de su causa. A Fulgrim le habían quitado el velo de las mentiras que le tapaban los ojos, y consideraba que era su deber revelar esa mentira a su hermano más querido.

—Ferrus —lo saludó al mismo tiempo que abría los brazos de par en par —. Me alegro muchísimo de verte.

Ferrus Manus lo abrazó a su vez, y Fulgrim notó que el amor que sentía por su hermano le henchía el pecho mientras el primarca de los Manos de Hierro le daba unas cuantas palmadas con sus manos plateadas en la espalda.

—Es una dicha inesperada verte de nuevo, hermano —le contestó Ferrus, mientras daba un paso atrás y lo miraba de arriba abajo—. ¿Qué es lo que te trae por el sistema Callinedes? ¿Es que no estamos derrotando al enemigo con la rapidez suficiente para el Señor de la Guerra?

—Al contrario —le contestó Fulgrim con una ancha sonrisa—. El Señor de la Guerra te felicita y me envía para que te honre por la velocidad de tus conquistas.

Contuvo una sonrisa mientras sentía la oleada de orgullo que llenaba a cada guerrero de los Manos de Hierro presentes en el anvilarium. Por supuesto, el Señor de la Guerra no había dicho nada semejante, pero un poco de adulación nunca fallaba a la hora de ganarse los corazones y las mentes en momentos como ése.

—¡Ya lo habéis oído hermanos! —gritó Ferrus Manus—. ¡El Señor de la Guerra nos honra! ¡Gloria a la X Legión!

—¡Gloria a la X Legión! —aullaron las Manos de Hierro.

A Fulgrim te dieron ganas de reírse ante aquellas muestras de placer tan primitivas. Ya les enseñaría a aquellos guerreros sin ingenio lo que era el verdadero placer, pero eso vendría más tarde. Ferrus le colocó una mano plateada en el hombro.

—Vamos, hermano, dime, aparte de traerme la felicitación del Señor de la Guerra, ¿qué más te trae por aquí?

Fulgrim sonrió abiertamente y se llevó una mano a la empuñadura dorada de *Filo de fuego*. Le había parecido poco apropiado presentarse ante Ferrus sin la espada que su hermano le había forjado bajo el monte Narodnya dos siglos atrás, pero echaba mucho en falta la presencia de su espada plateada. Ferrus se dio cuenta del gesto y se llevó la mano atrás para empuñara *Rompeforjas*, el gran martillo que Fulgrim había forjado para él.

Los dos primarcas sonrieron, y su hermandad fue de nuevo evidente para todos.

—Tienes razón, Ferrus, hay más de lo que me gustaría hablan pero tengo que hablarlo contigo a solas —le contestó Fulgrim—. Se refiere al futuro de la Gran Cruzada.

Ferrus se puso serio de inmediato y asintió.

—Entonces será mejor que hablemos en la Forja de Hierro.

Marius se encontraba de pie, en una rígida posición de firmes, en el puente de mando de la *Orgullo del Emperador*. La piel se le llenaba constantemente de sensaciones mientras contemplaba el montón de planchas de acero y bronce que era la *Puño de Hierro*. Llegó a la conclusión de que la nave era un monstruo horroroso. El casco todavía estaba lleno de maracas de los daños que había sufrido en la batalla de la estrella Carollis. ¿Qué clase de legión viajaría en una nave tan poco apropiada para la gloria de los guerreros que transportaba? ¿Qué clase de líder era aquel que no tenía el orgullo de embellecer su flota para que mostrara la perfección de la legión a la que representaba?

Marius sintió que la cólera amenazaba con apoderarse de él, y se tuvo que esforzar por controlarse al darse cuenta de que estaba aplastando con las manos la barandilla de bronce que rodeaba el púlpito de mando. Su furia estimulaba los centros de placer que hacía poco le habían reconectado en el cerebro, y sólo gracias a un supremo esfuerzo de voluntad consiguió mantener la calma.

Tenía unas órdenes muy explícitas de su primarca, unas órdenes que podían representar la diferencia entre la vida y la muerte para todos aquellos que estaban a bordo de la *Puño de Hierro*, y que sería la muerte de todos si fallaba cuando llegara el momento de cumplirlas. Fulgrim lo había

escogido personalmente para esa tarea, ya que sabía que no había guerrero más fiable entre todos los Hijos del Emperador que Marius, quien no dudaría ni tendría conflicto de conciencia alguno en hacer lo que tenía que hacer.

Desde que había pasado por el escalpelo del apotecario Fabius, Marius tenía la sensación de que su piel era la prisión de un universo de sensaciones que bullía en la carne y en la sangre de su cuerpo. Cada emoción comportaba un éxtasis de alegría, y cada herida provocaba un espasmo de placer. Julius le había mostrado la obra de Cornelius Blayke, y él se había encargado de transmitir esas enseñanzas a los guerreros de su compañía. Todos sus oficiales y buena parte de los astartes ya habían pasado por la *Andronius* para recibir mejoras químicas y quirúrgicas. La demanda de las operaciones del apotecario Fabius había aumentado de tal manera que incluso había llegado a establecer todo un nuevo equipo de cirujanos especialistas para satisfacer la petición de mejoras.

El ataque sorpresa de la legión contra la plataforma *Orbita Profunda DS-191* había sido recibido por los Manos de Hierro con los brazos abiertos, y aquello había renovado los lazos de hermandad que se habían establecido entre los restos de la Diasporex. Las naves de vigilancia de los Manos de Hierro se habían echado a un lado y, de forma discreta y sin provocación alguna, la *Orgullo del Emperador* y sus naves de escolta avanzaron entre los elementos de la 52.ª Expedición.

Con una sola orden, infligiría una tremenda destrucción a los Manos de Hierro. Aquella idea lo hacía sudar, y cada terminación nerviosa de su cuerpo parecía a punto de salírsele por la piel, henchida de aquella sensación.

Si la misión de Fulgrim tenía éxito, una medida tan drástica no sería necesaria.

Sin embargo, Marius se dio cuenta de que no podía impedir tener la esperanza de que la misión del primarca fallara.

Ferrus Manus guardaba sus reliquias y sus creaciones personales más preciadas en el interior de la Forja de Hierro. Las paredes relucientes eran de basalto vítreo pulido, y de ellas colgaban toda clase de armas, armaduras

y artefactos increíbles, todo ello creado por las manos plateadas del propio primarca. En el centro de la habitación había un enorme yunque de hierro y oro. Ferrus Manus había establecido hacía ya mucho tiempo que nadie más que sus hermanos primarcas podrían entrar en su aposento más privado. De hecho, Fulgrim sólo había estado una vez allí con anterioridad.

El primarca Vulkan, de la XVIII Legión, había declarado una vez que se trataba de un lugar mágico, y había utilizado el lenguaje de los antiguos para describir las maravillas que contenía. Para honrar la habilidad de Ferrus, Vulkan le había regalado un estandarte de dragón de fuego, que se encontraba al lado de un rifle de factura extraordinaria con cargador superior y un cañón perforado en forma de fauces rugientes de dragón. Su estructura de plata y de bronce mostraba los detalles artísticos más refinados que Fulgrim jamás hubiera visto. Se detuvo ante el artefacto. Las líneas eran tan bellas que calificarlo simplemente como un arma era negar que en realidad se trataba de una obra de arte.

—Se lo fabriqué a Vulkan hace doscientos años —le comentó Ferrus—. Antes de que se fuera con su legión hacia las estrellas Mordant.

—¿Y por qué está aquí?

—Ya sabes cómo es Vulkan. A él le encanta trabajar en persona el metal, y no confía en nada que no se haya forjado con un martillo o que no haya pasado por el fuego de la fragua de su corazón. —Ferrus alzó sus manos plateadas—. Me parece que no le gustó nada que yo pudiera moldear el metal sin calor o sin martillos. Me lo devolvió hace un siglo, y me dijo que sería mejor que se quedase con su creador. Creo que las supersticiones de Nocturne no se han olvidado tanto como nuestro hermano Vulkan quiere hacernos creer.

Fulgrim alargó una mano para tocar el arma, pero cerró los dedos antes de que alcanzaran el metal cálido. Tocar un arma tan magnífica sin dispararla sería algo impropio.

—Comprendo que exista cierta atracción hacia una arma tan bellamente forjada, pero aplicar tanta capacidad artística a un objeto destinado a matar me parece… extravagante —comentó Fulgrim.

—¿Ah, sí? —respondió Ferrus con una breve risotada. Luego empuñó a *Rompeforjas* y señaló con el martillo a *Filo de fuego*, que colgaba de la cintura de Fulgrim—. Entonces, ¿qué es lo que estuvimos haciendo nosotros en los Urales?

Fulgrim desenvainó la espada y le hizo dar varias vueltas en el aire para que reflejara la luz y lanzara unos cegadores destellos rojizos por toda la estancia.

—Aquello fue una competición —respondió Fulgrim con otra sonrisa—. Entonces no te conocía y no iba a permitir que me ganaras, ¿verdad?

Ferrus empezó a pasear por la Forja de Hierro mientras señalaba con su martillo de combate las magníficas creaciones que había forjado y que colgaban de las paredes.

—No hay nada que obligue a las armas, a las máquinas o a los artefactos a *ser feos* —le indicó Ferrus—. La fealdad es una muestra de imperfección. Tú de entre todos nosotros eres quien deberías saberlo mejor.

—En ese caso, tú debes de ser imperfectamente perfecto —le respondió Fulgrim, pero la sonrisa con la que dijo aquello le quitó toda malicia al comentario.

—Os dejo a Sanguinius y a ti lo de ser guapos, hermano. Me conformo con lo de luchar. Y ahora, venga, cuéntame. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Mencionas el futuro de la Gran Cruzada y luego te pones a hablar de armas y de los viejos tiempos? ¿Qué es lo que pasa?

Fulgrim se puso tenso, sintiéndose nervioso de repente ante lo que le iba a pedir a su hermano. Había tenido la esperanza de poder enfocar el tema de un modo casual para captar su opinión y valorar la posibilidad de que se uniera a él de un modo voluntario, pero Ferrus Manus, con la ruda franqueza propia de Medusa, lo había impedido y le había exigido saber qué quería.

Que burdo y tosco.

—¿Cuándo fue la última vez que viste al Emperador? —le preguntó Fulgrim.

—¿Al Emperador? ¿Qué tiene eso que ver?

—Respóndeme, por favor. ¿Cuándo fue?

—Hace ya mucho tiempo —admitió Ferrus—. En Horina Septimus. En las tierras vítreas situadas por encima de los océanos de ácido.

—La última vez que yo lo vi fue en Ullanor, en la proclamación de Horus como Señor de la Guerra —le dijo Fulgrim, mientras se acercaba al gran yunque. Pasó los dedos por encima del metal frío antes de seguir hablando—. Lloré cuando nos dijo que creía que había llegado el momento de marcharse y de dejar la tarea de la cruzada en manos de sus hijos, que regresaba a Terra para enfrentarse a un reto todavía mayor.

—El Gran Triunfo —musitó Ferrus asintiendo con gesto triste—. Yo estaba librando una campaña en la nebulosa Kaelor, y me encontraba demasiado lejos como para acudir en persona. Es algo que lamento profundamente, no haber podido despedirme de nuestro padre.

—Yo estaba allí —siguió diciendo Fulgrim, con la voz entrecortada por la emoción—. Yo me encontraba en el estrado, junto a Horus y a Dorn, cuando el Emperador nos dijo que se marchaba. Fue el segundo peor momento de toda mi vida. Le suplicamos que se quedara con nosotros, que acabara lo que había comenzado, pero él nos dio la espalda. Ni siquiera quiso decirnos cuál era ese enorme proyecto, tan sólo dijo que si no regresaba a Terra, todo lo que habíamos ganado se perdería y acabaría convertido en ruinas.

Ferrus Manus lo miró fijamente y entrecerró los ojos.

—Lo dices de un modo que suena como si nos hubiera abandonado.

—Es lo que me pareció —respondió Fulgrim, con voz llena de amargura —. Es lo que me sigue pareciendo.

—Tú mismo has dicho que nuestro padre regresaba a Terra para mantener todo por lo que habíamos luchado y sufrido. ¿De verdad crees que no querría ver la victoria final de la Gran Cruzada?

—No lo sé —le replicó Fulgrim, iracundo—. Podría haberse quedado con nosotros. ¿Qué importaban unos pocos años más? ¿Qué podía ser tan importante como para dejarnos en ese momento y lugar?

Ferrus dio un paso hacia él, y Fulgrim vio el reflejo de su rabia en los ojos de su hermano, la traición de todo por lo que tanto él como los Hijos del Emperador habían luchado a lo largo de los doscientos años anteriores.

—No comprendo dónde quieres llegar, Fulgrim —le dijo Ferrus, con una voz que se fue apagando a medida que se daba cuenta de lo que implicaba lo que le había dicho su hermano unos momentos antes—. ¿Qué quisiste decir con que fue el segundo peor momento de roda tu vida? ¿Qué puede haber peor que eso?

Fulgrim inspiró profundamente, porque sabía que tendría que sincerarse por completo de una vez por todas y transmitirle lo que había ido a decirle.

—¿Qué puede haber peor que eso, dices?. El momento en que Horus me contó la verdad sobre el modo en que el Emperador nos traicionó a todos y planeó abandonarnos en su intento de llegar a ser un dios —le respondió Fulgrim, quien disfrutó de la expresión horrorizada que apareció en el rostro de su hermano, mezcla de sorpresa y de furia.

—¡Fulgrim! —le gritó Ferrus—. ¡Por Terra! ¿Qué es lo que te pasa? ¿Que nos traicionó? ¿Un dios? ¿De qué estás hablando?

Fulgrim se acercó con rapidez a Ferrus para colocarse delante de él, dispuesto a hablarle lleno de convencimiento tras dar por fin el paso final y confesarle el verdadero motivo de acudir hasta allí.

—Horus ha visto la verdad, hermano. El Emperador nos ha abandonado y planea ya su apoteosis. Nos ha mentido a todos, Ferrus. Para él no fuimos más que unas herramientas con las que recuperar la galaxia ¡y así preparar su ascensión a la divinidad! ¡El ser perfecto que pretendía ser no era más que una mentira repugnante!

Ferrus lo apartó de un empujón y retrocedió unos pasos, con el rostro arrugado y normalmente rubicundo convertido en una máscara pálida y horrorizada. Fulgrim se dio cuenta de que tenía que seguir presionándolo.

—Ya hay otros que han visto la verdad y se disponen a unirse a Horus. Atacaremos antes de que el Emperador siquiera llegue a darse cuenta de que hemos descubierto sus planes. ¡Horus reclamará la galaxia en nombre de aquellos que derramaron su sangre para conquistarla!

A Fulgrim le entraron ganas de echarse a reír en cuanto pronunció aquellas palabras. La emoción de poder sincerarse por fin era casi demasiado grande como para soportarla. Estaba jadeante, y no sabía si el

retumbar que oía era su propia sangre resonándole dentro de la cabeza o los martillos de las forjas lejanas.

Ferrus Manus hizo un movimiento de negación con la cabeza, y Fulgrim se desesperó al ver que el horror de su hermano se había convertido en furia.

—¿Esta es la nueva dirección de la cruzada de la que me querías hablar?

—¡Sí! —le gritó Fulgrim—. Será una época de perfección gloriosa, hermano. Lo que nosotros hemos conseguido ya se lo está entregando a mortales imperfectos, que desperdiciarán las glorias que ganamos para ellos. Lo que nos merecemos por nuestra sangre y nuestras lágrimas será nuestro de nuevo. ¿Es que no lo ves?

—¡Lo único que veo es una traición, Fulgrim! —rugió Ferrus Manus—. No estás hablando de recuperar lo que ganamos. ¡Estás hablando de traicionar todo lo que defendemos!

—¡Hermano, por favor! ¡Escúchame! —le imploró Fulgrim—. El Mechanicus ya le ha ofrecido su apoyo al Señor de la Guerra, ¡lo mismo que muchos de nuestros hermanos! Se acerca una guerra, una guerra que engullirá a la galaxia en un mar de llamas. Cuando se acabe, no habrá piedad para los que estén en el bando equivocado.

Vio que el rostro de su hermano volvía a encenderse, con un color rojizo y belicoso que conocía muy bien.

—¡Ferrus, te pido por nuestra hermandad que te unas a nosotros!

—¿Hermandad? —aulló Ferrus—. ¡Nuestra hermandad murió cuando decidiste convertirte en un traidor!

Fulgrim retrocedió ante su hermano cuando vio la mirada asesina que mostraban sus ardientes ojos plateados.

—Lorgar y Angron ya están preparados para atacar, y Mortarion no tardará en unirse a nosotros. ¡Debes venir conmigo o serás destruido!

—No —respondió Ferrus, con un gruñido, al mismo tiempo que se llevaba a *Rompeforjas* hasta el hombro—. Serás tú quien acabe destruido.

—¡Ferrus, no! —le suplicó Fulgrim—. Piensa bien en ello. ¿Crees que hubiera venido a contarte algo así si no creyera que era lo más correcto?

—No sé qué es lo que te ha pasado, Fulgrim, pero esto es una traición, sólo puede haber un final para los traidores.

—Así pues… ¿vas a matarme?

Ferrus dudó un momento, y Fulgrim vio que se le hundían los hombros en un gesto de desesperación.

—Eres mi hermano más querido, y te juro que no te miento —le insistió Fulgrim con la esperanza de que todavía existiera una posibilidad de convencer a Ferrus para que no actuara de un modo precipitado.

—Sé que no me mientes, Fulgrim —le respondió Ferrus con tristeza—. Por eso tienes que morir.

Fulgrim alzó la espada en cuanto Ferrus le lanzó contra la cabeza un golpe con el martillo a una velocidad cegadora. Las dos armas resonaron con un tremendo choque metálico que Fulgrim sintió retumbar en lo más profundo de su alma. De su espada saltaron chorros de llamas, y de la cabeza del martillo de Ferrus salieron varias descargas de rayos. Los dos primarcas se quedaron trabados. Fulgrim empujaba la espada llameante contra Ferrus, y el primarca de los Manos de Hierro lo mantenía a raya con la empuñadura del martillo.

Una luz ardiente y un sonido atronador llenaron la Forja de Hierro. Las armas rugieron al liberarse las fuerzas inimaginables que habías quedado atrapadas en su interior cuando fueron forjadas. Ferrus dejó caer el mango del martillo y le propinó un tremendo puñetazo en la cara a Fulgrim. La fuerza del golpe hubiera sido suficiente como para aplastar el casco de una armadura táctica de la clase Dreadnought, pero apenas lo bastante como para causarle un rasguño a un primarca. Fulgrim giró sobre sí mismo para quitarle fuerza al golpe y después propinó un tremendo cabezazo en el rostro a su hermano para, a continuación, lanzarle un mandoble a la garganta con la espada llameante.

La hoja rebotó en la gorguera de Ferrus sin apenas causar ni un rasguño en el metal negro. El primarca de los Manos de Hierro se echó a un lado para esquivar un nuevo ataque y blandió el martillo con una sola mano a la vez que procuraba ganar algo de espacio para poder moverlo con golpes más amplias. Los dos guerreros caminaron en círculos el uno frente al otro,

ambos conscientes de lo letal que podía llegar a ser su adversario, ya que habían combatido juntos a lo largo de muchas décadas de guerra. Fulgrim vio que los ojos de su hermano estaban llenos de lágrimas, y la mezcla de pena y alegría que sintió al ver aquello le hizo desear tirar el arma y abrazarlo con fuerza para que ambos pudieran compartir una ocasión tan magnífica.

—¡Esto no tiene sentido, Ferrus! —exclamó Fulgrim—. En este mismo momento el Señor de la Guerra ya se está preparando para purgar a los débiles de sus fuerzas en Isstvan III.

—¿De qué estás hablando, traidor? —exigió saber Ferrus.

Fulgrim se echó a reír.

—Desencadenaremos el poder de nuestras cuatro legiones contra Isstvan III, pero sólo aquellos destacamentos que no sean leales al Señor de la Guerra y a sus planes para el futuro de la galaxia. Dentro de poco, quizá ahora mismo ya, esos elementos débiles estarán muertos, purificados en el fuego de un bombardeo vírico.

—¿El Devorador de Vida? —susurró Ferrus, y Fulgrim disfrutó al ver el horror que se asomó a los ojos de su hermano—. ¡Por el Trono, Fulgrim, cómo puedes ser cómplice de semejante masacre!

En el interior del primarca borboteó una risa salvaje antes de que se lanzara al ataque. La espada llameante trazó un surco cegador en el aire pero, una vez más, el martillo de Ferrus se alzó para detener el golpe. Sin embargo, no era una arma pensada para duelos largos: Fulgrim hizo pasar la hoja por encima del mango del martillo y consiguió herirlo en la cara.

La hoja ardiente cruzó la mejilla de Ferrus y la piel se le ennegreció hasta el punto de igualarse al color de su armadura. El primarca de los Manos de Hierro dejó escapar un grito de dolor cuando la espada que él mismo había forjado le causó la profunda herida. Cegado por un instante, trastabilló hacia atrás y se alejó de Fulgrim.

El primarca de la Legión de los Hijos del Emperador se abalanzó contra él para impedir que se abriera un hueco entre ellos, y le propinó un puñetazo tras otro en la cara hasta que oyó cómo el hueso se partía bajo la avalancha de golpes. Ferrus retrocedió acosado por los puñetazos y con la

sangre empapándole la parte inferior de la cara. Los sentidos de Fulgrim aullaban de placer ante el dolor de su hermano, y cada uno de sus nervios parecía estimulado por lo que estaba haciendo.

Mientras Ferrus trastabillaba, cegado y confuso, Fulgrim se le echó encima y le lanzó un mandoble contra el cuello. La espada se dirigió hacia su objetivo, pero en vez de alzar el arma para bloquear el golpe, Ferrus dejó caer el martillo y se giró hacia la espada para atrapar la hoja con sus manos plateadas.

Fulgrim gritó de dolor cuando el impacto le estremeció los brazos. Intentó liberar la espada, pero Ferrus la mantenía Firmemente agarrada con las manos. El arma había quedado completamente inmovilizada mientras las extremidades de acero cromado cambiaban y fluían de materia sólida a metal líquido. Fulgrim parpadeó asombrado cuando el metal de su arma pareció licuarse y el fuego de la hoja pasó a las manos de Ferrus.

El primarca de los Manos de Hierro abrió los ojos, y el fuego de la espada relució en sus pupilas plateadas.

—Yo forjé esta espada —le siseó Ferrus—, y soy yo el único que puede romperla.

Apenas dijo aquello, *Filo de fuego* estalló en una cegadora explosión de metal fundido. Los dos primarcas salieron despedidos de espaldas por la fuerza de la onda expansiva, con las armaduras y el cuerpo quemados por los grandes goterones de metal al rojo blanco.

Fulgrim rodó sobre sí mismo al caer y parpadeó con fuerza para despejar los puntitos luminosos que poblaban su visión. Estaba aturdido por la potencia de la explosión. Todavía empuñaba la destrozada *Filo de fuego*, aunque lo único que quedaba de la espada por encima de la empuñadura era un trozo humeante de metal que chisporroteaba. La imagen de la espada rota penetró en el velo rojo de sensaciones que lo había impulsado a actuar hasta ese momento, y el simbolismo de la destrucción de la espada no se le pasó por alto.

El primarca de los Manos de Hierro estaba muerto para él. Su antiguo hermano prefería morir a unirse al nuevo orden galáctico del Señor de la Guerra. Fulgrim había mantenido la esperanza de no tener que llegar hasta

aquello, pero sabía que aquella tragedia no podía acabar de ningún otro modo.

Ferrus yacía inmóvil. Las manos le brillaban por la potencia desarrollada durante la casi desintegración de *Filo de fuego*. Su hermano lanzaba quejidos de dolor por la destrucción que había provocado, y Fulgrim se puso en pie mientras Ferrus seguía gimiendo a causa a lo ocurrido en su propio santuario.

Fulgrim se inclinó y empuñó el martillo de su hermano, una arma en la que había vertido su alma y su corazón, una arma que había forjado con sus propias manos en una época que ahora le parecía que pertenecía a otra era.

El arma era perfecta, y se la llevó con facilidad al hombro mientras se erguía, triunfante, sobre el cuerpo tendido de su hermano. Ferrus consiguió incorporarse un poco, apoyándose en los codos, y lo miró a través de unos párpados casi cerrados por la sangre coagulada.

—Será mejor que me mates, porque yo te mataré si no lo haces.

Fulgrim asintió y alzó a *Rompeforjas* por encima de la cabeza, listo para darle el golpe de gracia.

El poderoso martillo de combate le tembló en las manos, aunque Fulgrim supo que no era su peso lo que provocaba aquello, sino el hecho de darse cuenta de lo que estaba a punto de hacer. La oscuridad de sus ojos se enfrentó a la plata reluciente de los de su hermano, y sintió que su determinación se debilitaba ante el asesinato que estaba a punto de cometer. Bajó el martillo.

—Ferrus, eres mi hermano. Habría ido contigo hasta las puertas de la muerte. ¿Por qué no has podido hacer tú lo mismo?

—Tú no eres mi hermano —le replicó Ferrus, con el rostro destrozado.

Fulgrim tragó saliva mientras se esforzaba por reunir la fuerza de voluntad necesaria para hacer lo que sabía que tenía que hacer. Oyó una voz tenue, un susurro lejano, que le gritaba que aplastara a Ferrus Manus, pero su llamada quedó apagada por el recuerdo de la gran amistad que antaño había compartido con su hermano, ya que, ¿qué podía competir con semejante lazo de unión?

—Siempre seré tu hermano —le dijo Fulgrim.

Luego blandió el martillo en un golpe hacia arriba que dio de lleno en la mandíbula de Ferrus. La cabeza del primarca se giró con fuerza hacia atrás, y éste se derrumbó en el centro de la Forja de Hierro, donde quedó inconsciente por un golpe que le habría arrancado la cabeza a cualquier mortal y la hubiera lanzado un centenar de metros por los aires.

La voz que le sonaba en el interior de la cabeza no hacía más que gritar que lo matara de una vez, pero Fulgrim hizo caso omiso y se alejó de su hermano. No soltó el martillo y se dirigió hacia las puertas que llevaban de nuevo al anvilarium.

A su espalda, Ferrus Manus yacía herido, pero todavía vivo.

Las grandes puertas de la Forja de Hierro se abrieron y Julius vio salir a Fulgrim con el poderoso martillo en la mano. Gabriel Santar también vio a *Rornpeforjas* en manos del primarca de los Hijos del Emperador pero no fue lo bastante rápido a la hora de darse cuenta de lo que significaba. Julius se dio la vuelta y lanzó un grito.

—¡Fénix!

De forma instantánea, los guerreros de la Guardia del Fénix hicieron girar las hojas llenas de energía de sus alabardas doradas y cada uno decapitó al morlock junto al que se encontraba en una perfecta simetría escalofriante. Diez cabezas cayeron repiqueteando al suelo, y Julius sonrió al ver a Gabriel Santar y al astrópata darse la vuelta sumidos en una confusión horrorizada. La Guardia del Fénix cerró la trampa alrededor del centro del anvilarium con pasos medidos y con las armas ensangrentadas extendidas por delante de ellos como las de los verdugos.

—¡En nombre del Avernii ¿qué estáis haciendo?! —gritó Santar, cuando las puertas de la Forja de Hierro se cerraron detrás de Fulgrim con un estampido hueco. Julius se dio cuenta de que el primer capitán de los Manos de Hierro estaba ansioso por empuñar su arma, pero que no lo hacía porque sabía con toda certeza que en cuanto lo intentara, moriría—. ¿Dónde está Ferrus Manus? —exigió saber Santar, pero Fulgrim lo hizo callar con un gesto de negación de la cabeza y una taimada sonrisa conmiserativa.

—Está vivo, Gabriel —le informó Fulgrim, y Julius tuvo que ocultar su sorpresa ante aquello—. No quiso atender a razones, y ahora todos sufriréis por su culpa. Julius…

Julius sonrió y se volvió hacia Gabriel Santar. Las cuchillas relámpago incorporadas en los guanteletes de su armadura de exterminador salieron velozmente, y aunque Santar se dio cuenta de lo que iba a ocurrir, fue demasiado tarde: Julius le clavó las cuchillas en mitad del pecho y tiró de ellas hacia abajo. Las armas con filo de energía rasgaron la armadura de Santar y le abrieron la cavidad torácica, de la que surgió un chorro de sangre y de vísceras hasta la pelvis.

El primer capitán de los Manos de Hierro se derrumbó en el suelo. La sangre que salía de su cuerpo destrozado se extendió con rapidez, y Julius saboreó el delicioso aroma de la carne quemada por la electricidad.

Fulgrim hizo un ademán apreciativo y abrió un canal de comunicaciones con la *Orgullo del Emperador*.

—Marius, nos dirigimos hacia la *Pájaro de Fuego*. Nos vendría bien que mantuvieras ocupadas a las naves de la 52.ª Expedición. Abre fuego.



VEINTE

UN VIAJE DIFÍCIL
ISSTVAN III
UN FRACASO PERFECTO

Las corrientes negras y los torbellinos de colores desconocidos más allá de los límites del empíreo fluían alrededor de la *Orgullo del Emperador* y del pequeño destacamento de naves de escolta mientras se abrían paso por la disformidad. La nave insignia de Fulgrim mostraba cicatrices de combate recientes, pero a pesar de que su casco no estaba en perfectas condiciones, su magnífico aspecto seguía sin verse afectado. Las armas de las naves de combate de los Manos de Hierro habían dejado su impronta en el casco, antaño impoluto, pero los disparos enemigos habían sido producto de la rabia y de la impotencia, ya que las andanadas de las naves de Fulgrim los habían pillado completamente por sorpresa.

La batalla había sido corta y con la balanza tremendamente inclinada hacia un bando, ya que aunque las naves que acompañaban a la *Orgullo del Emperador* eran escasas en número habían infligido un enorme castigo a las de sus antiguos aliados, además de impedir su capacidad de responder de un modo eficaz.

Marius Vairosean se había sentido muy decepcionado cuando Fulgrim había ordenado que cesara el ataque contra la *Puño de Hierro* antes de que acabara destruida. Las naves de los Hijos del Emperador dejaron atrás la destrozada flota de la X Legión y se dirigieron al punto de traslación al immaterium desde donde se dirigirían al reencuentro con las fuerzas del Señor de la Guerra.

Al principio todo había ido con la tranquilidad deseada, pero apenas una semana después de iniciado el viaje hacia Isstvan III, unas tormentas de poder inmenso estallaron en la disformidad. Varios *tsunamis* de irrealidad se estrellaron alrededor de las naves de la 28.ª Expedición con tanta fuerza que incluso destruyeron una de ellas antes de que los navegantes supervivientes consiguieran abrirse paso a través de las tormentas y las guiaran hacia una seguridad relativa.

Momentos antes de que estallaran los primeros torbellinos de disformidad, sonaron unos terribles gritos de dolor agónico y de terror a todo lo largo y ancho de las cámaras del coro astropático de la *Orgullo del Emperador*. Se habían encendido las alarmas y todo un sector de la nave salió despedido por la potencia de las fuerzas psíquicas desencadenadas. Los relámpagos de energía de color púrpura recorrieron todo el casco de la nave antes de que las pantallas de anulación y los campos de integridad contuvieran la brecha. Murieron cientos de telépatas, y los que sobrevivieron, con los cuerpos destrozados, quedaron convertidos en idiotas balbucientes. Antes de ser eliminados, aquellos que mantuvieron parte de su capacidad de comunicación hablaron de unas terroríficas fuerzas desencadenadas capaces de cambiar la galaxia, de un mundo devorado por una muerte horrible, fuegos que llegaban hasta el cielo y el fin de la vida de miles de millones de personas de un solo golpe.

Tan sólo Fulgrim y su círculo más cercano de guerreros de confianza comprendían lo que había detrás de aquellas fuerzas, y los festejos y las celebraciones con las que recibieron aquellas noticias alcanzaron nuevas profundidades de locura. Los Hijos del Emperador se regocijaron de la determinación del Señor de la Guerra con la despreocupación que ya era común en la legión.

Mientras las celebraciones de los astartes continuaban, los preparativos para la *Maraviglia* de Bequa Kynska alcanzaron nuevas cotas de fastuosidad y decadencia, y en cada ensayo se descubrían nuevos éxtasis que incluir. Coraline Aseneca recorría las cubiertas por la noche mientras practicaba para que su voz fuera capaz de replicar los sonidos que se habían grabado en el templo laer mientras la sinfonía de Bequa crecía de forma apasionada en su intento por incluir todo su poder en una construcción musical. Como parte de su tarea había creado una serie de extravagantes aparatos musicales cuyas capacidades melódicas todavía eran desconocidas: nadie las había oído. Su forma y tamaño eran tales que más parecían armas que instrumentos, incluidos trombones de dimensiones monstruosas semejantes a tubos lanzacohetes y mecanismos enlazados similares a rifles.

La Fenice se convirtió en un lugar mágico de música y de arte. Los rememoradores no dejaron de trabajar en la decoración y en el embellecimiento del teatro, superándose a sí mismos en su esfuerzo por crear un escenario digno de la *Maraviglia*.

Fulgrim pasó bastante tiempo en La Fenice para ofrecer sus puntos de vista a los artistas y a los escultores, y cada una de sus sugerencias iba seguida de frenéticos ataques de actividad en cuanto se ponían manos a la obra para ser incluidas de inmediato.

De Isstvan III llegaban retazos fragmentados de información, pero al final se confirmó que el primer ataque del Señor de la Guerra contra aquellos que mantenían su lealtad hacia el Emperador no había logrado eliminarlos por completo. Al parecer, en vez de considerar aquello un fracaso, el Señor de la Guerra lo había tomado como la oportunidad de que se convirtiera en el bautizo de fuego de sus propios guerreros y completar lo que había comenzado con la guerra contra la Hermandad de la Tecnocracia Auretiana.

Los guerreros de los Devoradores de Mundos, de la Guardia de la Muerte y de los Hijos de Horus combatían entre las ruinas consumidas por las llamas de un mundo asesinado, donde se dedicaban a cazar y a destruir a los idiotas que creían que podían enfrentarse a la voluntad del Señor de la Guerra.

Fulgrim declaró que, sin duda, el capellán Charmosian y el comandante general Eidolon estarían ganándose las alabanzas del Señor de la Guerra gracias a la perfección en batalla de su amada legión. Para cuando hubieran acabado con los combates en Isstvan III, toda la parte sobrante e inútil habría quedado eliminada de las fuerzas de Horus, y serían una espada afilada que apuntaría al corazón del corrupto Imperio.

Sin embargo, por lo que parecía, la reunión entre Fulgrim y Horus se iba a retrasar.

Debido a la muerte de la mayoría de los astrópatas, la comunicación con la 63.ª iba a ser problemática como mínimo, ya que los efectos sobre los que habían sobrevivido hacían que el intercambio exacto de información entre ambos grupos de naves fuese prácticamente imposible. Los navegantes no eran capaces de trazar una ruta por la disformidad que no estuviera sacudida por tremendas corrientes y tormentas, y declararon que tardarían al menos dos meses en llegar a Isstvan III.

Fulgrim se enfureció ante aquel retraso, pero hasta un ser tan poderoso como un primarca era incapaz de aquietar las tormentas del immaterium. Aprovechó la espera forzada para estudiar más a fondo la obra de Cornelius Blayke, y se encontró con un breve párrafo que se le clayó en el corazón como una astilla de hielo.

Arrancó la página donde se encontraba el texto, pero las palabras volvieron una y otra vez a acosarlo en el transcurso del siniestro viaje a través de la disformidad.

El fénix es un ángel, y el batir de sus alas es el rugido del trueno.

Y este trueno es la temida nota que anuncia el cataclismo.

Y el rugido de las olas que se aproximan para destruir el paraíso.

* * *

La escultura ya casi estaba acabada. Lo que muchos meses atrás era sólo un simple rectángulo de mármol blanco sacado de las canteras del Proconeso, en la península de Anatolia, había acabado convirtiéndose en una gigantesca y majestuosa escultura del Emperador. El taller de Ostian estaba casi ordenado. Tan

sólo quedaban algunos pequeños trozos y escamas de mármol, ya que la última parte del viaje creativo de su obra la realizaba con escofinas y limas de un grano cada vez más fino.

Se decía que el sentido de un viaje no era llegar, sino disfrutar de las experiencias que se tenían en el camino. Ostian jamás había entendido ese aforismo, ya que él estaba convencido de que tan sólo el resultado final hacía que el viaje mereciera la pena.

Cualquier otra persona ya habría considerado acabada la estatua, pero Ostian se había dado cuenta desde hacía algún tiempo que tan sólo en aquellas etapas finales se podía encontrar lo que acababa dando el detalle final y vital a la estatua. En esa etapa crucial, el verdadero artista encontraba el último chispazo de ingenio que transformaba un trozo de piedra en una obra de arte.

El no sabía si se trataba de una última imperfección o de la comprensión humana de la fragilidad de la vida. Ni lo sabía, ni quería saberlo, ya que Ostian temía que si alguna vez examinaba con demasiada atención su talento, sería incapaz de volver a utilizarlo.

Había pasado la mayor parte de los meses desde el viaje al sistema Callinedes más o menos encerrado entre su estudio y las cubiertas donde se servían las comidas. Por lo que él sabía, la campaña debía de haber sido una empresa sin sentido, ya que la 28.ª Expedición tan sólo había permanecido una semana allí y había participado únicamente en una batalla. Mientras tanto. La Fenice se había convertido en un lugar de lascivia, donde la gente que debería saber cómo comportarse bebía demasiado, comía demasiado y satisfacían cualquier clase de apetito sórdido sin que les importaran las normas de convivencia civilizada.

Las últimas veces que había visitado La Fenice se había sentido sorprendido y asqueado por su aspecto. La decoración y las estatuas habían tomado una apariencia mucho más siniestras a medida que el primarca aportaba su visión a los últimos detalles de su renovación. La decoración más común eran unos auténticos apilamientos orgiásticos y salvajes de cuerpos semejantes a las fiestas libertinas del antiguo Imperio Romanio. Ostian había decidido mantenerse apartado del lugar para no verse contrariado a diario.

Sólo se había visto obligado una única vez a pasarse por allí. Fue después de haber tomado una copa con Leopold Cadmus, un individuo que, junto a la casi totalidad de los rememoradores que no habían viajado a Laeran, parecía haber abandonado la 28.ª Expedición. En la última ocasión había visto a Fulgrim dirigiendo a Serena d’Angelus mientras ésta finalizaba un gran mural del techo. Sus proporciones eran monstruosas, y el tema era una mezcla vil de serpientes y humanos, que se retorcían en una serie de excesos inimaginables.

Serena le había mirado tan sólo un momento, y se sintió avergonzado al recordar las duras palabras que le había dirigido la última vez que la había visitado. Sus ojos se habían encontrado, y durante un instante captó una mirada de una desesperación tan angustiada que casi quiso llorar cuando la recordó más tarde.

Fulgrim se había dado la vuelta como si hubiera notado su presencia, y a Ostian se le quedó el cuerpo rígido por la impresión que le provocó el aspecto del primarca. Tenía los ojos ribeteados de maquillaje de colores brillantes, y llevaba el cabello blanco recogido en una serie de trenzas ridículamente apretadas. En sus mejillas se dibujaban unas finas líneas que parecían tatuajes. La túnica púrpura que llevaba puesta dejaba a la vista buena parte de su cuerpo pálido, y que su piel estaba repleta de cicatrices recientes y cubierta de anillos de plata que la perforaban.

Ostian se quedó inmovilizado por los ojos oscuros de Fulgrim. La locura y la obsesión impulsiva que había visto en su estudio habían aumentado hasta proporciones terroríficas.

El recuerdo lo hizo estremecerse, y volvió a concentrarse en el mármol. Quizá los rememoradores que se habían marchado de la 28.ª Expedición en busca de pastos más verdes habían tenido una buena idea. Sin embargo, una voz en el fondo de la mente le decía que quizá existían razones más siniestras para la repentina desaparición de aquellas voces disidentes.

Incluso la simple existencia de esa sospecha era más que suficiente, y Ostian decidió que en cuanto encontrara la chispa de humanidad que le diera vida a la estatua solicitaría un traslado a otra expedición. El sabor que antes tenía la 28.ª se le había agriado.

—Cuanto antes salga de aquí, mejor —murmuró para sí mismo.

* * *

Aunque él no podía saberlo de ninguna de las maneras, el sentimiento de Ostian Delafour era casi equivalente al que tenía Solomon Demeter, quien se encontraba contemplando las ruinas bombardeadas de la Ciudad Coral y del palacio del Señor del Coro. El paisaje desolado y ennegrecido por el fuego se extendía por delante de él más allá de donde le alcanzaba la vista, y era una escena tan cercana al infierno como podía llegar a imaginarse. Aquello había sido antaño un planeta hermoso. La perfección de su arquitectura contrastaba vivamente con la rebelión que se había fomentado bajo los techos de sus palacios dorados y la traición que se había producido entre sus restos quemados.

Una sensación funesta se había apoderado de Solomon desde aquel combate en la plataforma orbital del sistema Callinedes, aunque no había sido hasta Isstvan cuando se había hecho evidente la horrible razón del abandono que la Segunda Compañía había sufrido por parte de Julius y de Marius. No había visto a ninguno de sus dos hermanos después de la batalla, y a las pocas horas, la Segunda había sido enviada a reunirse con los destacamentos de otras tres legiones para pacificar el mundo rebelde de Isstvan III.

El corazón de la revuelta se encontraba centrado en una ciudad de granito pulido y de altas torres de acero y cristal que era conocida como la Ciudad Coral. Su corrupto gobernador, Vardus Praal, había caído bajo la influencia de los cantores de

guerra, unos psíquicos descontrolados que en teoría habían sido eliminados por la Guardia del Cuervo más de un decenio antes.

Los ataques iniciales contra la Ciudad Coral le habían hecho olvidar a Solomon buena parte de sus sentimientos de inquietud. La liberación de su rabia y su dolor en el combate lo habían tranquilizado, lo que le indicaba que todo estaba como debía estar y que sus recelos anteriores no eran motivo de preocupación.

Sin embargo, de repente, había llegado Saúl Tarvitz con su increíble relato de una traición y el aviso de un ataque inminente.

Muchos se habían burlado de la advertencia de Tarvitz, pero Solomon se había dado cuenta inmediatamente de que era verdad, y se había esforzado para que sus hermanos se dieran cuenta del peligro. En cuanto se percataron de la monstruosa escala de la traición, los Hijos de Horus, los Devoradores de Mundos y los Hijos del Emperador se habían apresurado a ponerse a cubierto antes de que las mortíferas bombas víricas estallaran en el planeta que los traidores pretendían convertir en su tumba.

Solomon había contemplado lleno de horror cómo las primeras trayectorias luminosas cruzaban el cielo y las explosiones llenaban el aire de letales agentes víricos. El aullido de la ciudad al morir todavía lo perseguía. Ni siquiera lograba imaginarse el horror que debía de haber llenado los corazones de aquellas personas que contemplaron cómo el virus devoraba los cuerpos de sus seres queridos antes de que ellas mismas quedaran desintegradas a trozos de carne muerta y descompuesta. Solomon sabía lo mortífero que era el Devorador de Vida, y sabia que el planeta habría quedado convertido en un matadero en cuestión de horas.

Luego había llegado la tormenta de fuego y había arrasado la superficie del planeta, barriendo toda señal de la presencia de sus antiguos habitantes al quemarlos y convertirlos en ceniza el viento ardiente, que destruyó todo lo que encontró a su paso y cruzó aullante todo Isstvan III en una oleada rugiente de llamas. Cerró los ojos al recordar el búnker subterráneo donde tanto él como Gaius Caphen se habían cobijado para protegerse del bombardeo vírico que luego dio paso al calor fundente de la tormenta de fuego. El rugido de las llamas había sonado como si un antiguo dragón de leyenda hubiera llegado para devorarlo. Todavía tenía fresca en la memoria la agonía que sintió cuando la armadura empezó a fundírsele y la piel comenzó a arder.

Atrapado bajo los escombros, había pedido ayuda, pero no había acudido nadie, y Solomon llegó a preguntarse si serían los únicos supervivientes de la traición del Señor de la Guerra. Gaius Caphen había muerto al tercer día. Las heridas que había sufrido acabaron con él mientras la luz del día se filtraba entre su prisión de cascotes.

Al final, a Solomon lo había encontrado uno de los Hijos de Horus, un guerrero llamado Nero Vipus, cuando apenas respiraba, pero manteniéndose aferrado a la vida con la tenacidad de alguien que se niega a morir hasta que ha conseguido cobrarse su venganza.

El primer mes de combates que había seguido al bombardeo vírico había pasado como un borrón de agonía y de pesadillas, con la vida pendiente de un hilo hasta que Saúl Tarvitz se había reunido con él y le había prometido que harían pagar a los traidores lo que habían hecho.

Ver el fuego de la ambición encendido por fin en el joven guerrero había levantado el ánimo de Solomon, y su recuperación había sido prácticamente milagrosa. Un apotecario llamado Vaddon había encontrado tiempo mientras trataba a los demás heridos y lo había traído de vuelta del borde de la muerte; y, a medida que la guerra avanzaba, él había ido recuperando las fuerzas hasta el punto de ser capaz de combatir una vez más.

Solomon tomó la armadura de uno de los muertos y se alzó de nuevo, como un ave fénix, de lo que muchos consideraban ya que era su lecho de muerte, y había vuelto a luchar con toda la ferocidad y el valor por los que era famoso. Saúl Tarvitz se había ofrecido de inmediato a devolverle el mando, pero Solomon se había negado, ya que sabía que todos los guerreros supervivientes consideraban a Tarvitz su líder. Sustituirlo no hubiera tenido sentido, sobre todo cuando su heroica defensa ante la traición casi había acabado.

Las fuerzas del Señor de la Guerra los habían hecho retroceder hasta el corazón del palacio, y los Hijos de Horus habían empleado a sus mejores guerreros para el asalto. Solomon sabía que todo aquello no tardaría en acabar, y no deseaba privar a Tarvitz de la gloria de la última defensa.

Para sorpresa de Solomon, Tarvitz no había sido el único guerrero en destacar en el fragor de aquel desesperado combate. El espadachín, Lucius, también había conseguido realizar hazañas increíbles, entre ellas decapitar al capellán Charmosian en un duelo personal sobre el Land Raider del traidor para que todo el mundo lo viera.

Por muy grato que le resultara ver a aquellos guerreros superarse de aquel modo, no era más que una sombra comparado con la angustia por la muerte de Caphen y la repugnancia que sentía ante lo que se habían convertido sus antiguos hermanos de batalla. ¿Cómo habían podido llegar a eso, a enfrentarse a aquellos guerreros con los que había luchado hombro con hombro en la forja de los dominios del Emperador?

¿Qué era lo que los había llevado a actuar así?

Estaba más allá de su comprensión, y el vacío que sentía en su interior no se podía llenar con la muerte de sus enemigos. El sueño de una galaxia que pudiera heredar la humanidad se acababa con aquella traición, y el futuro dorado que les esperaba se les había escapado para siempre. Solomon se sentía destrozado por el futuro siniestro que se estaba forjando en el yunque que era Isstvan III, y tenía la esperanza de que aquellos que los siguieran pudieran perdonarles por lo que habían permitido que ocurriera.

Esperaba que el futuro recordara a los guerreros con los que se encontraba como los héroes que eran, pero, sobre todo, esperaba que la *Eisenstein* de Nathaniel Garro hubiera logrado escapar de aquella trampa y llevara el aviso de la traición del Señor de la Guerra a Terra. Tarvitz le había contado como su hermano de honores se había apoderado de la fragata y había jurado regresar con las legiones leales para aplastar por completo a Horus.

Esa esperanza, esa diminuta ascua de creencia en la salvación, había mantenido luchando a los guerreros que defendían las ruinas destrozadas del palacio del Señor del Coro después de que la lógica y la razón dictaran todo lo contrario. Solomon había terminado admirando a todos y cada uno de los guerreros por su heroísmo.

El lejano estampido de un bombardeo les llegó desde los márgenes occidentales de la ciudad, donde los restos desperdigados de la Guardia de la Muerte estaban atrincherados aguantando los constantes disparos de las fuerzas traidoras.

Solomon cruzó, cojeando, la zona oriental del palacio. Las antaño fabulosas columnatas eran poco más que una serie de cámaras de suelo de mosaico, cuyos elementos habían acabado formando parte de barricadas improvisadas. La mayoría de las cúpulas de las cámaras permanecían milagrosamente intactas a pesar de los meses de bombardeos. Las paredes ennegrecidas y los frescos quemados eran un recordatorio infinitamente triste de lo que antaño había sido un mundo imperial.

Al principio los ruidos eran débiles, apenas audibles por encima del omnipresente chasquear de las llamas y del incesante estallido de las explosiones. El chasquido de las armas al chocar no tardó en penetrar el sonido de fondo de la guerra, y Solomon apresuró el paso cuando se dio cuenta de que la zona oriental del palacio debía encontrarse bajo un ataque.

Solomon echó a correr con toda la rapidez que le permitieron sus heridas. El dolor de la carne quemada era agudo, y hacía que cada paso que daba fuera una agonía. El sonido de los combates se hizo más estridente, y captó con claridad el chasquido metálico del choque de las espadas, aunque se dio cuenta de que no se oían disparos.

El ruido procedía de delante de él. Solomon entró, resbalando, en una cúpula brillantemente iluminada. La luz del sol se reflejaba en las armas de los guerreros que combatían en su interior. El capitán Lucius estaba al mando de aquel sector de las defensas, con unos treinta guerreros a su cargo. Solomon vio la silueta ágil del espadachín en el centro de una tremenda batalla.

El suelo estaba sembrado de cadáveres, y una masa de guerreros de los Hijos del Emperador llenaba la cúpula y rodeaba a Lucius, quien luchaba por su vida.

—¡Lucius! —gritó Solomon, al mismo tiempo que desenvainaba el arma y se lanzaba a la carga para ayudar al espadachín.

Vio el destello relampagueante del acero cruzar el aire y uno de los guerreros se desplomó al suelo, abierto en canal desde el cuello a la pelvis por el filo cargado de energía de la espada de Lucius.

—¡Están logrando entrar, Solomon! —gritó Lucius con voz alegre al mismo tiempo que decapitaba a otro de sus atacantes con un tajo alto.

—¡No, no mientras me queden fuerzas! —aulló Solomon, y lanzó un mandoble al atacante que tenía más cerca. El golpe derribó al traidor convertido en una armadura rota de la que manaba una fuente de sangre.

—¡Matémoslos a todos! —respondió Lucius a gritos.

* * *

—¿Te atreves a regresar y a presentarte ante mí con un fracaso? —aulló Horus, y el puente de mando de la *Espíritu Vengativo* se estremeció con la furia de su voz. Tenía el rostro congestionado por la rabia que sentía, y Fulgrim sonrió mientras contemplaba el esfuerzo del Señor de la Guerra por contener su furia cthónica. La *Espíritu Vengativo* había cambiado bastante desde la última vez que había estado en los aposentos privados de Horus. Su bullicio alegre se había visto sustituido por algo más siniestro—. ¿Es que no entiendes lo que estoy intentando hacer? —continuó rugiendo Horus—. ¡Lo que he iniciado en Isstvan consumirá toda la galaxia, y si comienza con tallos, el Emperador nos destrozará!

Fulgrim permitió que una sonrisa de tranquila despreocupación le apareciera en el rostro, ya que la emoción de haber llegado por fin a Isstvan III y la escala de la matanza que se estaba produciendo allí abajo le estimulaban el gusto por lo excesivo. Aunque acababa de llegar en la *Orgullo del Emperador* y Fulgrim había tenido buen cuidado de presentarse ante el Señor de la Guerra con el mismo aspecto impresionante de siempre. Su armadura, de una confección exquisita, mostraba nuevas capas de colores púrpura y oro. Lucía nuevos detalles decorativos recién incorporados. Llevaba el largo cabello blanco recogido en una serie de trenzas muy elaboradas, y en sus pálidas mejillas había una serie de leves marcas, el comienzo de unos tatuajes que Serena d'Angelus había diseñado para él.

—Ferrus Manus es un idiota que no ha querido atender a razones —le respondió Fulgrim—. Ni siquiera cuando mencioné la alianza con el Adeptus Mechanicus…

—¡Me prometiste que podrías ponerlo de nuestra parte! Los Manos de Hierro eran esenciales para mi plan. Lo preparé rodo en Isstvan III con la seguridad que me diste de que Ferrus Manus estaría de nuestro lado. Ahora me entero de que tengo que enfrentarme a un nuevo adversario más. Muchos de nuestros adeptos astartes morirán por esto, Fulgrim.

—¿Qué querías que hiciera, mi Señor de la Guerra? —le respondió Fulgrim con una sonrisa, pero asegurándose de que sus palabras tenían un tono burlón y astuto—. Su fuerza de voluntad es mayor de lo que yo había previsto.

—O quizá simplemente tenías una opinión demasiado elevada de tu capacidad de convicción.

—¿Acaso debería haber matado a mi hermano, mi Señor de la Guerra? —le preguntó Fulgrim con la esperanza de que Horus no le pidiera algo así, pero a sabiendas de que era lo que quería oír—. Porque lo haré si es tu deseo.

—Quizá sí —le replicó Horus sin alterarse—. Habría sido mejor que dejarlo con vida para que vaya por ahí destrozando mis planes. Ahora mismo podría ponerse en contacto con el Emperador o con alguno de los otros primarcas y hacerlos caer encima de nosotros antes de que estemos preparados.

—Entonces, si no queda ningún asunto pendiente, volveré con mi legión —dijo Fulgrim antes de darse la vuelta con un movimiento elegante calculado para enfurecer al Señor de la Guerra. Estaba seguro de que lo conseguiría, y el corazón le latió con fuerza cuando Horus habló de nuevo.

—No, no lo harás. Tengo otra misión para ti. Quiero que vayas a Isstvan V. Con rodo lo que ha ocurrido, es bastante probable que la respuesta del Emperador llegue antes de lo que yo había previsto, y debemos estar preparados para ello. Llévate un destacamento de Hijos del Emperador a las fortalezas alienígenas que se encuentran allí y prepáralas para la fase final de la operación Isstvan.

Fulgrim dio un paso atrás a causa del tremendo disgusto que sintió ante una tarea tan insignificante y se volvió hacia su hermano. Las exquisitas sensaciones de las que había disfrutado al provocar al Señor de la Guerra desaparecieron y se sintió vacío por dentro.

—¿Me envías a una tarea que es poco más que la de un simple castellano? ¿Como si no fuera más que un encargado que tuviera que preparar la casa para tu grandiosa entrada? ¿Por qué no envías a Perturabo? Este tipo de cosas son las que más le gustan a él.

—Perturabo tiene sus propias tareas que cumplir —le contestó Horus—. Ahora mismo se está preparando para arrasar su mundo natal en mi nombre. Pronto tendremos noticias de nuestro amargado hermano. No te preocupes por eso.

—Pues hazle ese encargo a Mortarion —le replicó Fulgrim, en un tono de voz desabrido—. ¡Sus torpes guerreros estarán más que encantados de mancharse las manos en tu nombre! Mi legión fue la preferida del Emperador en los tiempos que todavía se merecía que le sirviéramos. Soy el más glorioso de todos sus héroes y la mano derecha de la nueva cruzada. Esto… ¡esto es una traición a los propios principios por los que decidí unirme a ti, Horus!

—¿Una traición? —le espetó Horus, en voz baja y con un tono peligroso—. Una palabra bastante fuerte, Fulgrim. Una traición es lo que el Emperador nos obligó a hacer cuando le dio la espalda a la galaxia en busca de su deificación y entregó nuestras conquistas en la cruzada a los escribanos y los burócratas. ¿Me vas a acusar de eso aquí y ahora, en mi propia cara, en el puente de mando de mi propia nave?

Fulgrim dio otro paso atrás y su furia se disipó al sentir que la ira de Horus se estrellaba contra él de forma casi física, pero disfrutando de las sensaciones que

despertaban por la posibilidad de un enfrentamiento.

—Puede que lo esté haciendo, Horus. Quizá alguien deba decirte unas cuantas verdades desagradables ahora que tu precioso Mournival ya no existe.

—Esa espada que llevas… —le dijo Horus señalando con un gesto la mortífera arma reluciente que le había entregado a Fulgrim la última vez que se habían visto —. Te di esta espada como un símbolo de confianza, Fulgrim. Sólo tú y yo sabemos el verdadero poder que posee. Esa arma casi me mata, y a pesar de ello te la entregué. ¿Crees que le habría dado un objeto semejante a alguien en quien no confío?

—No, mi Señor de la Guerra —contestó Fulgrim.

—Exactamente. La fase Isstvan V de mi plan tiene una importancia crítica. La mayor de todas —insistió Horus, y Fulgrim notó la suprema habilidad diplomática del Señor de la Guerra, ya que las peligrosas ascuas de su ego se fueron apagando—. Más todavía de lo que está pasando ahora mismo allá abajo. No puedo confiarle esa tarea a nadie más. Debes ir a Isstvan V, hermano. Todo depende del éxito de esta fase.

Durante un largo y terrible momento, la posibilidad de un enfrentamiento violento restalló entre Horus y el primarca de los Hijos del Emperador. Finalmente, Fulgrim se echó a reír.

—Y ahora me halagas con la esperanza de que mi ego me obligue a obedecer tus órdenes.

—¿Y está funcionando? —le preguntó Horus, haciendo que la tensión desapareciera.

—Sí —admitió Fulgrim—. Muy bien, se cumplirá la voluntad del Señor de la Guerra. Iré a Isstvan V.

—Eidolon permanecerá al mando de los Hijos del Emperador hasta que nos reunamos contigo —le indicó Horus, y Fulgrim asintió.

—Le encantará tener la oportunidad de seguir demostrando sus capacidades — comentó su primarca.

—Y ahora, márchate, Fulgrim —le ordenó Horus—. Tienes una misión por delante.

Fulgrim giró en redondo con elegancia y se marchó. Empezó a respirar con breves exhalaciones a medida que se disipaba el violento potencial de un enfrentamiento y permitía que el recuerdo de la furia de su hermano le estimulara de nuevo los sentidos.

El efecto era sublime, y se imaginó mayores placeres todavía cuando la parte del plan del Señor de la Guerra que incluía a Isstvan V se cumpliera. Cuántos horrores, cuántas muertes, cuántas delicias.

* * *

Solomon atravesó la armadura del guerrero que tenía delante de él con su espada rugiente y retorció el arma con salvajismo entre las capas de ceramita y de músculo. Un tremendo chorro de sangre salió disparado de la tremenda herida y el traidor cavó derrumbado al suelo. Se volvió con un movimiento doloroso para enfrentarse a su siguiente enemigo, pero el único guerrero que quedaba en pie era Lucius, quien tenía el desfigurado rostro, encendido por la energía del combate. Solomon comprobó que no quedara ningún superviviente antes de bajar por fin la espada y aceptar el dolor de sus numerosas heridas.

La sangre cayó goteante del arma cuando los dientes de sierra dejaron lentamente de moverse. Inspiró profundamente al darse cuenta de lo cerca que habían estado de verse arrollados.

La habilidad con la que el espadachín se había enfrentado a sus enemigos rozaba lo milagroso, y Solomon se dio cuenta de que la reputación de Lucius como el guerrero más mortífero de toda la legión estaba plenamente justificada.

—Lo logramos —dijo jadeante.

De repente, se dio cuenta con dolor de lo cara que les había costado la victoria, todos los guerreros que estaban bajo el mando de Lucius habían muerto. Solomon estudió con atención la matanza, y sintió una inmensa tristeza cuando vio que era difícil diferenciar al traidor del leal.

Si no hubiera sido por el destino, ¿no habría acabado él también volviéndose contra sus hermanos?

—Sí que lo logramos, capitán Demeter —respondió, burlón, Lucius—. En realidad, no podría haberlo hecho sin usted.

Solomon alzó la mirada al oír aquel tono de voz condescendiente y contuvo una respuesta airada. Negó con la cabeza ante la ingratitud del espadachín y luego asintió con gesto cansado.

—Es extraño que atacaran con tan pocos guerreros —comentó mientras se arrodillaba al lado del último traidor que había matado—. ¿Qué pretenderían conseguir?

—Nada —respondió Lucius, mientras limpiaba la sangre de la espada con un trapo —. Todavía.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Solomon, que ya se había cansado de las irrespetuosas respuestas de Lucius.

El espadachín le sonrió, pero no le contestó, y Solomon apartó la mirada para fijarse en los cadáveres y en el hedor a carne y a hueso quemados.

—No te preocupes, Solomon —le dijo finalmente—. No tardarás en comprenderlo todo.

El comportamiento fanfarrón del espadachín preocupó a Solomon más de lo que quiso admitir, y una horrible sospecha comenzó a formársele en la mente y le

agarrotó las entrañas.

Miró con rapidez por toda la cúpula, y repasó con la vista el lugar mientras realizaba un conteo de los cuerpos que yacían inmóviles y silenciosos en el suelo acribillado. A Lucius se le había entregado el mando de los restos de unas cuatro escuadras para defender aquella zona del palacio, unos treinta guerreros.

—Oh, no —gimió Solomon cuando se dio cuenta de que lo que había era aproximadamente una treintena de cadáveres. Se fijó en las armaduras dañadas y en los rostros ennegrecidos, y en las heridas que indicaban que no se trataba de guerreros recién llegadas de sus cuarteles para atacar el palacio sino que habían estado allí desde el principio. Aquellos guerreros no eran traidores en absoluto—. Eran leales al Emperador —musitó al fin.

—Eso me temo —le contestó Lucius—. Voy a volver a unirme a la legión. El precio para lograrlo es abrirle un camino a Eidolon y a sus guerreros para que entren en el palacio. He de agradecer que aparecieras cuando lo hiciste, capitán Demeter. No sé si hubiera sido capaz de matarlos a todos antes de que llegara el comandante general.

Solomon sintió que los pilares que sustentaban su existencia se le derrumbaban encima ante la enormidad de lo que había hecho. Se dejó caer completamente de rodillas y por las mejillas comenzaron a correrle lágrimas de horror y de angustia.

—¡No! ¿Qué es lo que has hecho, Lucius? —gritó—. ¡Nos has condenado a todos!

Lucius se echó a reír antes de contestar.

—Ya estabais condenados, Solomon. Yo sólo me he limitado a acelerar el proceso.

Solomon tiró a un lado la espada, asqueado al pensar en lo que se había convertido, un asesino que no era mejor que los traidores que estaban al otro lado de los muros del palacio, y la rabia que sintió contra Lucius fluyó como un río de lava.

—Me has arrebatado el honor —le gruñó mientras se ponía en pie y se volvía para enfrentarse al espadachín—. Era todo lo que me quedaba.

Lucius estaba justo delante de él, luciendo todavía aquella sonrisa arrogante en el rostro cubierto de cicatrices.

—¿Cómo te sientes?

Solomon lanzó un rugido y se abalanzó contra Lucius, a quien agarró por el cuello. El odio y el remordimiento le llenaron los brazos con una nueva energía con la que poder estrangular a quien le había robado el honor.

Un dolor terrible le explotó en el estómago y le subió ardiente hacia el pecho. Solomon aulló cuando su cuerpo, destrozado, se separó del de Lucius. Bajó la mirada y vio la espada de su enemigo sobresaliendo en mitad de su placa pectoral. Le llegó el fuerte olor de la carne quemada y la cera mita derretida. Lucius empujó la espada, que le atravesó por completo el torso.

Su cuerpo perdió por completo todas las fuerzas, y el dolor de las heridas que se había esforzado por superar desde la tormenta de fuego regresó un centenar de veces más fuerte. Todo su cuerpo se convirtió en una masa de dolor, con cada extremidad nerviosa aullando de agonía.

Solomon volvió a caer de rodillas mientras la sangre y la vida se le escapaban del cuerpo en un chorro tibio. Alargó las manos para agarrar de los brazos a Lucius y se esforzó por enfocar la vista en el rostro del espadachín mientras la muerte se le acercaba.

—No… lograrás… ganar —jadeó, y cada palabra que le salió de la garganta fue una pequeña victoria.

Lucius se encogió de hombros.

—Puede que sí, puede que no, pero tú seguro que no estarás por aquí para verlo.

Solomon cayó hacia atrás con lentitud. Sintió el aire que le acariciaba el rostro y el choque del cráneo contra el suelo. Rodó hasta quedar de espaldas y se quedó mirando a través de la cúpula rota el cielo azul despejado que se extendía al otro lado.

Sonrió cuando los ungüentos de los depósitos de la armadura se esforzaron inútilmente en aliviar la gravedad de la herida mortal que le había producido la espada de Lucius. Al mirar al ilimitado cielo azul, tuvo la impresión de que su vista podría atravesar la atmósfera y llegar hasta el espacio, donde estaba esperando la flota de Horus.

Solomon vio con una claridad que le había sido negada en la vida adonde conduciría la terrible traición del Señor de la Guerra, el horror y la larga guerra que sin duda la seguirían. Las mejillas se le cubrieron de lágrimas, pero no por su propia muerte, sino por los miles de millones que sufrirían una eternidad de oscuridad por saciar la tremenda ambición de un solo individuo.

Lucius se alejó sin ni siquiera preocuparse por contemplar los momentos finales de su vida, y Solomon se sintió agradecido por aquella paz. Su respiración disminuyó y los párpados le temblaron a medida que el cielo se hacía más gris con cada jadeo.

La luz moría en su interior, como si el mundo avisara de su muerte corriendo una cortina sobre la luz del día y lo llevara a la oscuridad final lleno de honor.

Solomon cerró los ojos y una última lágrima cayó al suelo.

QUINTA PARTE

EL ÚLTIMO FÉNIX



VEINTIUNO

VENGANZA
EL PRECIO DEL AISLAMIENTO
EL HIJO PRÓDIGO

Amor marcado por la muerte

La Forja de Hierro se había convertido en el refugio de Manus Ferrus desde la monstruosa traición que había cometido su antaño hermano. Las paredes relucientes estaban agrietadas, ya que el dolor que sentía el primarca lo había impulsado a destruir todo los objetos por los que sentía afecto por la furia que le provocaba que en aquel lugar se hubiera pronunciado una traición tan espantosa. Gabriel Santar pasó por encima de armas y armaduras esparcidas por todo el suelo. Muchas de las piezas estaban retorcidas como si se hubieran fundido en el corazón de un horno de forja. Llevaba con él una placa de datos con noticias recientes de Terra, y tenía la esperanza de que aquello apartaría a su primarca de la depresión provocada por la ira que lo envolvía como un sudario desde que el traidor hubiera intentado atraerse a los Manos de Hierro al bando de los renegados.

Cada artificiero, forjador, tecnomarine y operario había trabajado de un modo incesante para reparar los daños sufridos en sus naves por el ataque

sorpresa de la flota de los Hijos del Emperador. Gracias a ello, y en un tiempo increíble, la 52.ª Expedición quedó preparada para partir en dirección a Terra y advertir al Emperador de la perfidia del Señor de la Guerra.

Sin embargo, aquello había sido imposible, ya que ni los navegantes ni los astrópatas habían sido capaces de penetrar en la disformidad. Unas tormentas monstruosas de potencia terrorífica habían estallado en las profundidades del immaterium, lo que impidió cualquier contacto con Terra. Aventurarse en la disformidad mientras se estremecía con aquella fuerza tan poco habitual era prácticamente un suicidio, pero a Gabriel Santar le había hecho falta toda sus capacidad de persuasión para vencer la barrera de furia de Ferrus Manus, calmarlo y luego persuadirlo de que esperara a que se apagaran las tormentas.

Un centenar de astrópatas habían muerto en los intentos por penetrar en las emanaciones de las tremendas tormentas de disformidad. Sin embargo, aunque su heroico sacrificio quedó conmemorado en la Columna de Hierro, sus esfuerzos fueron en vano, y los Manos de Hierro permanecieron incomunicados.

Las naves de la 52.ª Expedición viajaron durante semanas, utilizando los motores convencionales de plasma con la esperanza de localizar una brecha entre las tormentas de disformidad, pero daba toda la impresión de que aquel plano paralelo se mostraba hostil hacia ellos, ya que los astrópatas no encontraron ni un solo modo de entrar allí y seguir vivos.

Ferrus Manus había recorrido, enfurecido, la *Puño de Hierro* a todo lo largo y ancho rugiendo ante la injusticia de haber sobrevivido a aquella traición y ser incapaz de avisar al Emperador por algo tan trivial como una tormenta de disformidad.

Cuando el astrópata Cistor le había informado de que los miembros supervivientes del coro astropático habían recibido una serie de débiles mensajes emitidos por toda la galaxia, la noticia había sido recibida con gran alegría, pero sólo hasta que fueron descifrados y transferidos a las máquinas lógicas del puente de mando.

La guerra azotaba a la humanidad por todo el Imperio. En incontables mundos, las masas traidoras se rebelaban contra los dirigentes leales. Muchos comandantes imperiales se habían declarado a favor de Horus y habían renegado de la autoridad del Emperador. Muchos de esos traidores ya se habían lanzado al ataque contra los sistemas vecinos que se mantenían leales al Imperio, y la magnitud de la guerra amenazaba con englobar a toda la galaxia. Horus había extendido de forma muy amplia su entramado de traiciones, y harían falta muchas hazañas heroicas, similares a las que habían conseguido forjar el Imperio, para salvar el sueño del Emperador de mantener una galaxia unida.

Incluso el Adeptus Mechanicus había sido atraído al bando de los traidores, y dos facciones se enfrentaban por el control de las grandes forjas de Marte. Las instalaciones más atacadas estaban siendo las de la fabricación de las armaduras de los miembros del Adeptus Astartes. Los servidores leales al Emperador suplicaban que les enviaran refuerzos, ya que sus enemigos habían empezado a utilizar antiguas tecnologías armamentísticas que habían sido prohibidas mucho tiempo atrás.

Y lo que todavía era peor: llegaron informes de que habían aumentado de un modo alarmante los ataques alienígenas contra planetas humanos. Los pielesverdes campaban a sus anchas por el borde sur galáctico; las hordas salvajes de los kalardun arrasaban los mundos recién conquistados de la Región de las Tormentas, y los repugnantes devoradores de carroña de Carnus y se habían apoderado de los Nueve Vectores de una forma tremendamente sangrienta. La humanidad se estaba destrozando a sí misma con aquella guerra civil, e incontables razas alienígenas se disponían a alimentarse del cadáver.

El primarca de los Manos de Hierro estaba apoyados en el yunque situado en el centro de su forja. De sus relucientes manos plateadas surgía el destello de un fuego azul parpadeante mientras trabajaba sobre un largo trozo de metal brillante que descansaba sobre el yunque. Las heridas del primarca se habían curado con rapidez, aunque la mandíbula todavía le sobresalía bastante en el punto donde su traicionero hermano lo había golpeado con el martillo que le había robado, *Rompeforjas*. Estaba

prohibido incluso mencionar el nombre del traidor, y Santar jamás había visto tan enfurecido a su primarca.

El primer capitán sabía que tenía mucha suerte de seguir con vida. La tremenda herida que le había infligido el primer capitán de los Hijos del Emperador le había atravesado el corazón primario, los pulmones y el estómago. Tan sólo la atención inmediata de los apotecarios de la legión y la determinación de vengarse de Julius Kaesoron había conseguido mantenerlo con vida el tiempo suficiente como para restaurarle el cuerpo con diversos componentes biónicos.

La sombría figura del astrópata Cistor lo seguía, cubierta por una túnica de color crema y negro. Con una mano de nudillos blancos se aferraba a un báculo de cobre. No se podía captar expresión alguna en los rasgos angulosos del rostro del telépata bajo la luz temblorosa de la forja, pero incluso para alguien con unos sentidos psíquicos tan menguados como Santar resultaba evidente que estaba preocupado.

Ferrus Manus alzó la vista cuando se acercaron. Su rostro marcado parecía una máscara de furia hecha de hierro frío. Había anulado la restricción de entrada a la Forja de Hierro, ya que tales normas y reglas carecían de toda importancia en un momento de crisis como al que se enfrentaba el Imperio.

—¿Y bien? ¿Por qué me molestáis? —exigió saber Ferrus Manus.

Santar sonrió con cierta tensión antes de contestar.

—Traigo un mensaje de Rogal Dorn.

—¿De Dorn? —gritó Ferrus. El fuego que brillaba en sus manos disminuyó al mismo tiempo que su rostro se iluminaba con un interés repentino y salvaje. Dejó el reluciente metal sobre la forja—. Creía que el coro astropático no era capaz de ponerse en contacto con Terra.

—Hasta hace unas pocas horas no podíamos hacerlo —admitió Cistor, al tiempo que daba un paso adelante para ponerse al lado de Santar—. Las tormentas de disformidad que han estado frustrando todos nuestros esfuerzos por comunicarnos a lo largo de las semanas anteriores se han disipado por completo, y mis astrópatas no dejan de recibir mensajes urgentes de lord Dorn.

—¡Es una noticia excelente, Cistor! —exclamó Ferrus Manus—. ¡Felicita a tu personal de mi parte! ¡Habla, Gabriel, habla! ¿Qué dice el mensaje de Dorn?

—Mi señor, con vuestro permiso —dijo Cistor antes de que Santar pudiera responder—. Esta repentina calma en la disformidad me preocupa.

—¿Te preocupa, Cistor? ¿Por qué? —quiso saber Ferrus Manus—. Está claro que es buena.

—Eso todavía está por ver, mi señor. Estoy convencido de que alguna clase de fuerza externa ha actuado sobre la disformidad para ayudarnos a atravesarla y a enviar mensajes por el vacío del espacio.

—¿Y por qué crees que eso es malo, Cistor? —le preguntó a su vez Santar—. ¿No es posible que sea el Emperador quien lo haya hecho?

—Es sin duda una posibilidad —admitió Cistor—, pero no es más que una entre muchas. Faltaría a mi obligación si no expresara mi preocupación sobre la posibilidad de que alguna otra causa, quizá al servicio de nuestros enemigos, haya calmado el Mar de las Almas.

—Tu preocupación queda anotada, astro pata —le replicó Ferrus Manus —. Y ahora, ¿alguno de los dos me dirá de una vez lo que ha enviado Dorn, o tendré que sacároslo a golpes?

Santar se apresuró a entregarle la placa de datos.

—El Paladín del Emperador nos envía los informes sobre su plan para destruir a Horus. —Ferrus se la arrancó a Santar de las manos mientras éste seguía hablando—. Al parecer, la traición del Señor de la Guerra se encuentra confinada a aquellas legiones que lucharon a su lado en Isstvan III. Como dice Cistor, el Cuerpo Astropático ha logrado por fin ponerse en contacto con muchos de vuestros hermanos primarcas, y en estos momentos ya se están movilizando contra Horus.

—Por fin —gruñó Ferrus Manus, mientras sus ojos plateados leían a toda prisa el contenido de la placa de datos. Una sonrisa feroz de triunfo contenido se extendió poco a poco por su cara—. Los Salamandras, la Legión Alfa, los Guerreros de Hierro, los Portadores de la Palabra, la Guardia del Cuervo y los Amos de la Noche… Si incluimos a los Manos de

Hierro, eso son siete legiones completas. Horus no tiene ninguna oportunidad.

—No, no la tiene —dijo Santar mostrándose de acuerdo—. Dorn está siendo muy meticuloso.

—Sí, lo es. Isstvan V… —musitó Ferrus Manus.

—¿Mi señor?

—Al parecer Horus ha establecido su cuartel general en Isstvan V, y es allí donde debemos aplastar su rebelión de una vez por todas. —Ferrus Manus le devolvió la placa de datos—. Envíale un mensaje al capitán Balhaan de la *Ferrum*. Dile que me traslado a su nave para convertirla en la insignia de la flota. Que la prepare para partir de inmediato hacia el sistema Isstvan. Traslada a todos los morlock que puedas y que quepan en sus barracones. El resto de la legión tendrá que seguirme con toda la rapidez de que sea capaz para reunirse con nosotros lo antes posible.

Santar frunció el entrecejo mientras Ferrus Manus se concentraba de nuevo en el metal reluciente que había sobre el yunque. El capitán bajó la vista a la placa de datos para asegurarse de que no se había equivocado al leer las órdenes que contenía, unas órdenes que procedían directamente del Paladín del Emperador. Dudó el tiempo justo como para que Ferrus Manus se diera cuenta de su tardanza en marcharse.

—Mi señor, nuestras órdenes son reunirnos con todos los efectivos de nuestra legión.

Ferrus Manus hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No, Gabriel, nada me impedirá que me vengue de… por llegar tarde y permitir que otros lo destruyan antes que yo. La *Ferrum* fue la nave que menos daños sufrió por la traición de los Hijos del Emperador, y es la más veloz de toda la flota. Gabriel, debo… debo enfrentarme a él y destruirlo para recuperar mi honor y demostrar mi lealtad.

—¿Honor? ¿Lealtad? —exclamó Santar—. Nadie puede dudar de vuestra lealtad o de vuestro honor, mi señor. El traidor vino a vos con mentiras y vos se las rechazasteis en plena cara. En todo caso, sois un ejemplo para todos nosotros, un hijo fiel y obediente del Emperador. ¿Cómo podéis ni siquiera pensar en algo semejante?

—Porque otros lo harán —le contestó Ferrus Manus, mientras tomaba la larga pieza de metal liso que había sobre el yunque. Un creciente brillo rojizo comenzó a surgir de las profundidades plateadas de sus manos—. Fulgrim no se habría atrevido a intentar convencerme de que me uniera a la causa del Señor de la Guerra a menos que creyera que iba a hacerlo. Debe de haber visto alguna debilidad en mí que le hizo pensar que lo lograría. Eso es lo que debo purgar en el calor de su sangre. Aunque quizá no lo dirán en voz alta, muchos otros llegarán a la misma conclusión, ya lo verás.

—¡No se atreverán!

—Lo harán, amigo mío —insistió Ferrus Manus—. Se preguntarán qué es lo que hizo que Fulgrim se atreviera a realizar una maniobra tan arriesgada. Pronto llegarán a la conclusión de que quizá tenía razón al pensar que yo lo seguiría en el camino de la traición. No. ¡Me dirigiré a toda velocidad al sistema Isstvan para limpiar la mancha de este deshonor con la sangre de los traidores!



Le hizo falta un auténtico esfuerzo de voluntad para no acercarse a la estatua, y Ostian tuvo que dejar con un gesto deliberado la lima sobre una banqueta de metal desgastado que tenía al lado. Una parte de lo que hacía grande a un artista era saber cuándo algo estaba terminado, cuándo había que dejar a un lado la pluma, el escoplo o el pincel. La obra ya pertenecía a la posteridad, y cuando miró a los visores del casco del Señor de la Humanidad, supo que estaba terminada.

El mármol pálido se alzaba impecable por encima de él. Cada curva de la armadura del Emperador estaba tallada con un cuidado exquisito para replicar con exactitud la majestuosidad que emanaba. Las grandes hombreras con águilas rampantes enmarcaban un casco alto de diseño antiguo, rematado con una larga cresta de crin de caballo cincelada con

tanto detalle que hasta Ostian esperaba que, en cualquier momento, se ondulara con el aire fresco que movía los papeles y el polvo a su alrededor.

La gran águila de la placa pectoral del Emperador daba la impresión de estar a punto de saltarle del pecho, y los rayos de las grebas y de los avambrazos emitían un poder tal que cargaban de energía a la estatua. Una larga capa recurvada de mármol blanco bajaba por la espalda de la estatua como una cascada de leche. La magnificencia de la obra era tal que estaba seguro de que el Señor del Imperio vería con gusto, aunque sólo fuera por un momento, su imagen representada de ese modo.

Una corona de laurel dorado resaltaba la palidez del mármol, y Ostian sintió que se le detenía un momento la respiración cuando algo maravilloso se despertó en su interior ante la perfección de la estatua.

A Ostian lo habían calificado con muchos epítetos durante su carrera, entre ellos obsesivo y perfeccionista, pero bajo su punto de vista hacían falta la obsesión y una búsqueda continua de la verdad en los detalles para que un artista fuera merecedor de ese nombre.

Desde que había recibido el bloque, el proceso de esculpido le había llevado prácticamente dos años. Cada momento del día lo había pasado trabajando en el mármol o pensando en el mármol. Había tardado poco, en realidad, pero cuando se veía el resultado final, era algo milagroso. Lo normal era que en una pieza maestra como aquélla se invirtiera mucho más tiempo, pero el carácter cambiante de la 28.ª Expedición había inquietado mucho a Ostian, y no había salido de su estudio durante muchos meses.

Se dio cuenta de que necesitaba volver a ponerse en contacto con lo que ocurría en la Gran Cruzada.

¿Qué nuevas culturas se habrían descubierto? ¿Qué grandes hazañas se habrían realizado recientemente?

La idea de salir de su estudio lo llenaba de nerviosismo y de emoción, ya que con la exhibición de su estatua podría disfrutar de nuevo de la adulación de sus admiradores, algo que habitual mente detestaba, pero que en esos precisos momentos ansiaba.

Ostian no se dejaba llevar por la falsa modestia a la hora de valorar su propio talento, no, su genio, después de completar una de sus obras de arte.

A lo largo de los días, meses o años venideros aparecerían fallos que sólo él sería capaz de ver, y maldeciría sus manos torpes para luego comenzar a pensar en cómo mejorar su siguiente obra.

Si un artista creía que ya no podía mejorar en nada, ¿qué sentido tenía ser artista? Cada obra debía ser un peldaño que llevara a cotas más y más altas dentro del arte, donde un individuo podría mirar atrás, hacia las obras de su vida, y asentir satisfecho al ver que le había sacado todo el partido posible a su existencia.

Ostian se quitó la bata y la dobló con cuidado antes de colocarla en la banqueta. Una vez depositada allí, tuvo un cuidado exagerado en alisar el tejido desgastado antes de dar un paso atrás. Admirar su propia obra con tanta avidez una vez que ya estaba acabada parecía algo ilógico, pero cuando la hiciera pública, ya no sería suya y sólo suya; pertenecería a todo aquel que la viera, y un millón de ojos juzgaría su valía. En momentos como aquél podía llegar a comprender un poco la duda autodestructiva que acechaba en el corazón de Serena d'Angelus, aunque, en realidad, acechaba en el de todos los artistas, ya fueran pintores, escultores, compositores o escritores. En la obra de cada artista iba un poco de su alma, y el miedo al rechazo o al ridículo era muy fuerte.

Una ráfaga de aire frío le hizo estremecerse.

—Está claro que lo has representado a la perfección —dijo una voz cantarina.

Ostian se sobresaltó y se giró en redondo. La terrible y bella figura del primarca de los Hijos del Emperador apareció delante de él. La Guardia del Fénix no estaba presente, lo que no era habitual, y Ostian se dio cuenta de que había empezado a sudar a pesar del frescor que reinaba en el estudio.

—Mi señor —dijo dejándose caer sobre una rodilla—. Perdonadme. No os oí entrar.

Fulgrim se limitó a asentir y pasó a su lado. Iba vestido con una larga toga púrpura con bordados plateados cegadores que resaltaba su físico espectacular. Por debajo de la toga asomaba la empuñadura dorada de una espada, y sobre la frente lucía una puntiaguda corona de laurel. El rostro del primarca se asemejaba al de un muñeco a causa de la gruesa capa de

maquillaje blanco y a las pinturas de colores intensos y olor penetrante que le resaltaban el borde de los ojos y los labios.

Ostian no sabía qué pretendía conseguir el primarca con aquella clase de embellecimiento facial, pero a menos que quisiera parecer vulgar y grotesco, había fracasado por completo. Fulgrim actuaba con un comportamiento similar a los actores de la Antigua Terra. Le indicó a Ostian, con un gesto, que se pusiera en pie y se detuvo delante de la estatua. Su expresión era indescifrable bajo aquellas capas de maquillaje.

—Lo recuerdo exactamente así —musitó Fulgrim. Ostian captó un atisbo de tristeza en el tono de voz del primarca—. Eso fue hace muchos años, por supuesto. Tenía este aspecto en Ullanor, pero no es así como lo recuerdo ese día. Estaba frío, casi distante.

Ostian se puso en pie, pero mantuvo los ojos apartados del primarca para evitar que se diera cuenta de lo inquieto que se sentía ante su aparición. El orgullo que había sentido por la escultura desapareció en el mismo instante que Fulgrim se puso a contemplarla, y contuvo la respiración mientras esperaba la opinión crítica del primarca.

Fulgrim se volvió para mirarlo, y la grotesca máscara de maquillaje y pintura se agrietó con una sonrisa. Ostian se relajó un poco, y aunque los ojos, semejantes a oscuras gemas lisas, del primarca no mostraron emoción alguna, el escultor captó una hostilidad que lo aterrorizó. La sonrisa desapareció del rostro de Fulgrim.

—Ostian, que esculpas una estatua del Emperador en un momento como éste demuestra una completa estupidez por tu parte o una ignorancia reprensible.

Ostian sintió que su compostura se desvanecía ante lo que le había dicho Fulgrim, e intentó en vano pensar algo para responderle.

Fulgrim se le acercó, y un miedo asfixiante se apoderó del frágil cuerpo del rememorador. El terror que sentía ante el primarca lo dejó inmovilizado. El comandante de los Hijos del Emperador caminó a su alrededor, y la presencia imponente del primarca amenazó con destruir la poca que voluntad le quedaba a Ostian.

—Mi señor… —susurró.

—Has hablado —lo cortó Fulgrim en seco, y lo agarró para levantarlo en el aire y ponerlo de espaldas a la estatua—. ¡Un gusano como tú no merece el honor de hablarme! Tú, que me dijiste que mi obra era demasiado perfecta, creas una obra como ésta, perfecta en cada detalle. Perfecta en cada detalle excepto en uno…

Ostian miró a los pozos negros de los ojos del primarca y, a pesar del terror que sentía, vio en ellos una angustia torturada que iba más allá de su propio miedo, una alma en conflicto que se enfrentaba a sí misma. Vio el ansia de hacerle daño y el deseo de pedirle perdón en la profundidad de los ojos del primarca.

—Mi señor Fulgrim… —dijo Ostian a través de las lágrimas que le corrían a raudales por las mejillas—. No lo entiendo…

—No —contestó Fulgrim, caminando hacia adelante y obligándole a retroceder paso a paso hacia la estatua—. No lo entiendes, ¿verdad? Al igual que el Emperador, te has dejado poseer por tus propios deseos egoístas; tanto como para no prestar atención a todo lo que ocurre a tu alrededor: rememoradores desaparecidos y amigos traicionados. Cuando todo lo que querías se desploma a tu alrededor, ¿qué haces? Abandonas a los seres más queridos y te dedicas a una tarea que en teoría tiene un propósito más elevado.

El terror de Ostian alcanzó nuevas cotas cuando su espalda chocó contra el mármol de la estatua y Fulgrim se inclinó hasta que su rostro pintado quedó pegado al del escultor. Sin embargo, en mitad de aquel horror en el que se había convertido el primarca. Ostian sintió piedad por él, ya que en cada palabra torturada se captaba un gran dolor.

—Si te hubieras preocupado por prestar atención a los grandes acontecimientos que ocurrían a tu alrededor te habrías apresurado a destrozar esta estatua y a suplicarme que me convirtiera en la nueva inspiración de tu última obra. Hay un nuevo orden que se está alzando en la galaxia, y el Emperador ya no es su señor.

—¿Qué? —exclamó Ostian, sorprendido. Fulgrim soltó una carcajada, pero el sonido fue amargo y desesperado.

—¡Horus será el nuevo amo del Imperio! —le informó Fulgrim, al mismo tiempo que desenvainaba la espada desde debajo de la toga con un movimiento elegante.

La empuñadura dorada relució bajo la luz del estudio, y Ostian sintió que una humedad cálida comenzaba a correrle por los muslos ante la visión ominosa de aquella espada sin alma.

Fulgrim se irguió, y Ostian sollozó de alivio cuando las enloquecidos ojos del primarca se apartaron de los suyos.

—Sí, Ostian —comentó Fulgrim con voz despreocupada—. La *Orgullo del Emperador* lleva una semana en órbita alrededor de Isstvan V. Es un planeta desolado y ennegrecido que no tiene importancia alguna, salvo que aparecerá en los libros de historia como un lugar legendario.

Ostian se esforzó por respirar con cierta normalidad y se dejó caer contra el mármol fresco mientras Fulgrim daba vueltas alrededor de la estatua.

—Ya que será en este mundo polvoriento y anónimo donde el Señor de la Guerra destruirá por completo el poder de las legiones más leales al Emperador como preparativo para nuestro ataque contra Terra —continuó diciendo Fulgrim—. Verás, Ostian, Horus es el legítimo gobernante de la humanidad. Es él quien nos ha llevado a triunfos que jamás hubiéramos soñado. Es él quien era conquistado decenas de miles de mundos, y es él quien nos llevará a la conquista de decenas de miles más. ¡Juntos derribaremos al falso emperador!

Las ideas le daban vueltas sin parar en la cabeza a Ostian mientras se esforzaba por captar la enormidad de lo que Fulgrim estaba sugiriendo. Cada palabra rezumaba traición, y el escultor se dio cuenta de repente de que estaba pagando el precio de haber permanecido aislado. No hacer caso de acontecimientos porque simplemente no le importaban lo había llevado a aquello, y deseó haberse tomado un tiempo para…

—Tu obra todavía no es perfecta, Ostian —dijo Fulgrim desde detrás de la estatua.

Ostian intentó pensar en una respuesta cuando oyó el horrible sonido del metal al rozarse con la piedra: la punta de la espada alienígena del

primarca traspasó todo el pedestal de mármol y le atravesó la espalda.

La reluciente hoja gris le salió por el pecho con un crujido de huesos. Ostian intentó gritar de dolor, pero la boca se le llenó de sangre cuando la hoja le seccionó un pulmón y el corazón. La fuerza del primarca hizo que la espada se hundiera en la estatua hasta que los gavilanes dorados de la empuñadura chocaron con el mármol y la punta de la hoja sobresalió más de treinta centímetros por el pecho de Ostian.

La sangre le salió por la boca acompañada de gruesos chorros de saliva y entrecerró los ojos. La vida se le escapó a Ostian como si se la hubiera arrancado un depredador voraz.

El escultor logró levantar la mirada con sus últimas fuerzas y percibió débilmente que Fulgrim se había colocado delante de él.

El primarca lo miró con una mezcla de desprecio y arrepentimiento mientras señalaba a la escultura manchada de sangre de la que colgaba.

—Ahora sí que es perfecta —le dijo Fulgrim.



La galería de las Espadas de la *Andronius* había cambiado mucho desde la última vez que Lucius había estado en ella. Antes se abría una avenida de estatuas monolíticas que representaban a grandes héroes que juzgaban la valía de aquellos guerreros que caminaban entre ellos. Esas mismas estatuas habían sido transformadas de un modo brutal con martillos y escoplos para tomar la forma de unos extraños monstruos de cabeza taurina y cuernos de hueso equipados con armaduras tachonadas de gemas. También habían sido pintados de colores llamativos, y el efecto general que causaban era el de participar en un extravagante desfile de carnaval.

Eidolon caminaba por delante de él, y Lucius notó el desprecio que el comandante general sentía por él casi como un resentimiento físico. Que hubiera matado al capellán Charmosian todavía enfurecía a Eidolon, además de que lo hubiera llamado traidor a gritos en dos ocasiones, pero

eso había sido en una época pasada, cuando los estúpidos leales que quedaban en Isstvan III todavía se resistían a lo inevitable.

Lucius le había entregado en bandeja al comandante general la oportunidad de conseguir una gran victoria, pero Eidolon, como el idiota que era, había desperdiciado la oportunidad de obtener un triunfo glorioso. Cuando Lucius mató a todos sus guerreros, la zona oriental del palacio quedó completamente desguarnecida, y Eidolon encabezó un ataque de los Hijos del Emperador para flanquear a los defensores y acabar con su patética resistencia bajo una oleada de sangre y de fuego. Sin embargo, había abierto demasiado sus líneas y había dejado expuestas sus fuerzas a un contraataque. Fue un fallo imperdonable por el que Saúl Tarvitz lo había castigado, ya que había flanqueado a los flanqueadores.

Lucius todavía estaba resentido por su último enfrentamiento con Tarvitz. Recordó el duelo que había librado en la misma cúpula en ruinas donde había matado a Solomon Demeter. Tarvitz, al igual que Loken antes que él, no había luchado con honor, y Lucius había tenido suerte de escapar con vida.

Sin embargo, nada de eso importaba ya. Después de reunirse con su legión, las fuerzas del Señor de la Guerra se habían retirado de Isstvan III y las naves habían comenzado un bombardeo orbital que había pulverizado la superficie del planeta hasta que no había quedado en pie ni una sola estructura edificada. El palacio del Señor del Coro había quedado convertido en una serie de ruinas de piedra vitrificada, y la fuerza del bombardeo había aplastado incluso todo el poder del Sagrario de la Sirena. No quedaba nada vivo en Isstvan V. Lucius sentía la emoción de un nerviosismo delicioso mientras pensaba en lo que le depararía el futuro.

Se entretuvo en imaginarse las cotas de gloria a las que llegaría, y las nuevas sensaciones que experimentaría cuando marchara de nuevo al lado de su primarca. Se detuvo un momento al lado de la estatua que antaño había sido el comandante general Teliosa, el héroe de la campaña de Madrivane, y Lucius recordó que Tarvitz le había comentado que sentía una predilección especial por él.

El espadachín se echó a reír al imaginarse lo que Saúl Tarvitz pensaría de los cuernos tallados y los pechos al descubierto que le habían añadido los escultores de un modo entusiasta, aunque torpe.

—El apotecario Fabius nos está esperando —le dijo Eidolon, desde un poco más adelante. Era evidente que se impacientaba.

Lucius sonrió y giró sobre sí mismo para reunirse con Eidolon, aunque a paso tranquilo.

—Lo sé, pero puede esperar un poco más. Estaba admirando los cambios que ha sufrido la nave.

Eidolon soltó un bufido.

—Si por mí fuera, te habría dejado morir allí abajo.

—Pues entonces me siento muy agradecido de que no dependiera de vos —se burló—. De todas maneras, después de la derrota ante Saúl Tarvitz, me sorprende que conservara el mando.

—Tarvitz… —gruñó Eidolon—. Ha sido una espina clavada en el costado desde el día que lo nombraron capitán.

—Bueno, pues ya no es ninguna espina, comandante general —le dijo Lucius al recordar la última visión que había tenido de Isstvan III: el brillo salpicado de nubes de su atmósfera que parpadeaba por las columnas de humo provocadas por las explosiones atómicas e incendiarias.

—¿Lo viste morir? —le preguntó Eidolon.

Lucius negó con la cabeza.

—No, pero vi lo que quedó del palacio. Nada podía haber sobrevivido a eso. Tarvitz está muerto, lo mismo que Loken y ese cabrón arrogante, Torgaddon.

Eidolon tuvo al menos la elegancia de sonreír ante la noticia de que Torgaddon había muerto, y asintió, aunque con cierta reticencia.

—Al menos son buenas noticias. ¿Qué hay de los demás? ¿Solomon Demeter? ¿Rylanor *el Anciano*?

Lucius se echó a reír al recordar la muerte de Solomon Demeter.

—Demeter está muerto. De ése sí que estoy seguro.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro?

—Porque lo maté yo —le respondió Lucius—. Me encontró cuando estaba acabando con los guerreros asignados a la defensa de la zona oriental de las ruinas del palacio, y se unió con presteza a mí cuando le grité que me estaban atacando.

Eidolon sonrió con malicia cuando comprendió la treta.

—¿Quieres decir que Demeter mató a sus propios guerreros?

—Sí que lo hizo y, además, con grandes ganas.

Eidolon soltó una tremenda carcajada, y Lucius notó que la actitud del comandante general hacia él se relajaba un poco al pensar en la ironía de los últimos momentos de vida de Solomon Demeter.

—¿Y Rylanor *el Anciano*? —quiso saber Eidolon mientras lo conducía por la galería de las Espadas hasta la entrada al apotecarion.

—De él no estoy seguro. Después del bombardeo, se metió en las profundidades del palacio del Señor del Coro. No volví a verle más.

—No es propio de Rylanor huir de un combate —comentó Eidolon.

Doblaron una esquina y empezaron a recorrer un pasillo que llevaba a las grandes escaleras del apotecarion central de la nave.

—No —respondió Lucius mostrándose de acuerdo—, aunque Tarvitz comentó algo sobre que estaba protegiendo… alguna cosa.

—¿Protegiendo qué?

—Eso no lo aclaró. Los rumores decían que había encontrado alguna clase de hangar subterráneo, pero si eso fuera cierto, ¿porqué Praal no lo utilizó para escapar cuando llegaron las legiones?

—Es cierto —admitió Eidolon—. Está en la naturaleza del cobarde huir antes que luchar. Bueno, no importa, fuese cual fuese la intención de Rylanor, ya es irrelevante, porque está enterrado bajo miles de toneladas de restos radiactivos.

Lucius asintió e hizo un gesto en dirección a las escaleras.

—El apotecario Fabius… ¿qué es exactamente lo que va a hacerme?

—¿Es miedo lo que noto en tu voz, Lucius? —le preguntó Eidolon.

—No —replicó Lucius—. Sólo quiero saber en qué me estoy metiendo.

—En la perfección —le prometió Eidolon.

* * *

Los pasillos de la *Orgullo del Emperador* ya no estaban nunca en silencio. Unos altoparlantes instalados apresuradamente emitían una cacofonía constante de sonido procedente de La Fenice. Después de oír un fragmento de la obertura de la *Maraviglia*, Fulgrim había ordenado que en todas sus naves sonara la música, y los registros extrañamente distorsionados de las sinfonías de Bequa Kynska resonaron por todos los pasillos, día y noche.

Serena d'Angelus se abrió paso a través de los pasillos cegadoramente iluminados de la nave insignia de Fulgrim, tambaleándose de un lado a otro como si estuviera borracha. Llevaba las ropas manchadas de sangre y de materia fecal. Lo que le quedaba de cabello estaba repugnantemente sucio, y el resto se lo había arrancado a mechones en sus ataques.

Una vez acabadas las pinturas de Lucius y de Fulgrim, se había encontrado sin inspiración, como si el fuego que la había impulsado a profundidades y a alturas inconcebibles se hubiera consumido por completo. Había pasado días enteros sin moverse de su estudio, y los meses transcurridos desde que la expedición llegara al sistema Isstvan habían pasado por su vida en una confusión de catatonia y de horrible introspección.

Los sueños y las pesadillas se habían desarrollado en su mente como cintas pictográficas mal montadas, unas imágenes de horrores y degradaciones que no sabía que era capaz de visualizar y que la atormentaban con su intensidad y el espanto que le producían. Las escenas de muerte, de violaciones, de execraciones y de actos tan viles que, sin duda, ningún ser humano sería capaz de cometer sin perder la cordura quedaron expuestos ante ella como los sueños febriles de un demente para que los escrutara contra su voluntad.

A veces recordaba que tenía que comer, y no reconocía a la mujer de aspecto salvaje que veía en el espejo, o la carne llena de cicatrices que la recibía cada mañana cuando se despertaba, desnuda entre la ruina en que

se había transformado su estudio. A lo largo de las semanas, en su interior creció la sospecha de que las visiones repetidas que la acosaban cada noche no eran pesadillas… sino recuerdos.

Se acordaba de haber llorado con tremenda amargura cuando esas sospechas se vieron horriblemente confirmadas el día que había abierto el apestoso barril que se encontraba en una esquina del estudio.

El hedor de la carne humana en descomposición y a compuestos ácidos la asaltó con una fuerza casi física. La tapa se le cayó al suelo cuando vio que contenía los restos viscosos y parcialmente disueltos de al menos seis cadáveres. Varios cráneos aplastados, algunos huesos serrados y una espesa sopa de carne licuada chapoteaba contra los bordes del barril. Serena pasó varios minutos vomitando de forma incontrolable ante el horror de aquella visión.

Se apartó, arrastrándose, del barril y lloró desesperada por el aborrecimiento que sentía. Lo que había hecho amenazó con destrozar su ya deteriorada cordura.

Su mente se tambaleó en el borde de la locura hasta que un nombre surgió en el miasma de su conciencia, un nombre al que pudo aferrarse: Ostian… Ostian… Ostian…

Se puso en pie como alguien que se estuviera ahogando se aferraría a una rama. Se lavó y se aseó todo lo que pudo y se marchó tambaleante, llorosa y ensangrentada, al estudio de Ostian. El había intentado ayudarla y ella le había rechazado. En esos momentos fue consciente de que había sido el amor lo que había impulsado su altruismo, y se maldijo a sí misma por no haberse dado cuenta antes.

Ostian podía salvarla. Cuando llegó a la puerta corredera sólo esperaba que no la hubiera abandonado por completo. La puerta estaba parcialmente abierta y llamó golpeando con la palma en el metal corrugado.

—¡Ostian! —gritó—. Soy yo…, Serena… Por favor… ¡déjame entrar!

Ostian no contestó, y ella golpeó de nuevo el metal hasta que se hizo sangre. Gritó su nombre y sollozó mientras seguía gritando y le suplicaba que la perdonara. Ostian siguió sin responder, y en un acto desesperado bajó las manos y tiró de la corredera hacia arriba.

Serena entró tambaleándose en el estudio débilmente iluminado y captó de inmediato un olor repugnante y familiar, antes incluso de que sus cansados ojos se fijaran en la espantosa visión que tenía ante ella.

—Oh, no —susurró cuando vio el descompuesto cuerpo de Ostian.

Estaba empalado en la hoja de una espada centelleante que sobresalía de una maravillosa escultura del Emperador. Se derrumbó de rodillas delante de él.

—¡Perdóname! ¡No sabía lo que hacía! ¡Por favor, Ostian, perdóname!

Lo poco que quedaba de la mente de Serena se derrumbó por completo ante aquella atrocidad. Se puso en pie y colocó las manos en los hombros del cadáver.

—Me amabas —susurró—. Y yo nunca lo vi.

Serena cerró los ojos y rodeó el cuerpo con los brazos. Sintió la afilada punta de la espada entre los pechos.

—Pero yo también te amaba —dijo, y se incrustó con fuerza contra la espada.



VEINTIDÓS

MUNDO DE MUERTE
LA TRAMPA ESTÁ PREPARADA
MARAVIGLIA

Isstvan V había sido un lugar de exilio, o eso habían hecho creer los creadores de mitos isstvanianos, ya exterminados. Se contaban relatos de que, en un tiempo de leyenda, el Padre Isstvan en persona había creado el mundo con una música que los cantores de guerra debían escuchar e interpretar. Al parecer, el Padre Isstvan era un dios fecundo, ya que había extendido su semilla a lo largo y ancho de las estrellas y unas madres anónimas habían llevado sus innumerables hijos, con los que se habían poblado las primeras épocas del universo en sus senos.

Aquellos conceptos alegóricos se convirtieron en la noche y el día, en las tierras y los mares, y en otros aspectos incontables del mundo en el que vivían los isstvanianos. Las grandes torres y los enormes murales del interior del Sagrario de la Sirena contaban todo aquello con gran detalle. Eran dramas intrincados de amor, traición, muerte y sangre, aunque ya habían desaparecido para siempre, quemados y aplastados por completo bajo el bombardeo del Señor de la Guerra.

Aquella ira también estaba presente en los mitos de Isstvan, donde se hablaba de los hijos del Padre Isstvan, que se apartaron de su luz y dirigieron a sus huestes contra su progenitor benevolente. Se produjo una terrible guerra. Los Hijos Perdidos, como acabaron siendo llamados, fueron derrotados finalmente en una gran batalla, y sus ejércitos destruidos por completo. Sin embargo, en vez de matar a sus hijos descarriados, el Padre Isstvan los desterró a Isstvan V, un planeta desolado, de negros desiertos y páramos de ceniza.

Se decía que los Hijos Perdidos se dedicaron en aquel lugar de oscuridad y pesadilla a lamentarse una y otra vez por la expulsión del paraíso, y la amargura transformó su bello aspecto hasta que nadie pudo mirarlos sin sentir repugnancia. La leyenda contaba que aquellas monstruosidades vivían en fortaleza ciclópeas de piedra negra desde donde soñaban con regresar para vengarse de sus enemigos.

Esos eran los mitos que los cantores de guerra predicaban en Isstvan, relatos de aviso que advertían a sus ciudadanos para que siguieran el verdadero camino, no fuese que los Hijos Perdidos regresaran y se cobraran su largamente deseada venganza.

No importaba que esos mitos fueran alegorías, parábolas o hechos históricos verdaderos. Lo que era cierto sin duda era que los Hijos Perdidos habían regresado, aunque bajo la forma de las legiones del Señor de la Guerra.

El cielo de Isstvan V era de color gris ceniza. Las nubes oscuras se arremolinaban en cúmulos tormentosos al sur del lugar donde se libraría la primera batalla por el Imperio. «Para ser un lugar de leyenda, tampoco es muy impresionante», pensó Julius Kaesoron. El aire tenía un regusto industrial antiguo. El suelo estaba cubierto de un granillo negro polvoriento, fino y granular como la arena, pero duro y crujiente como el vidrio.

Cuando Julius pisó por primera vez los desiertos negros de Isstvan V, un viento aullante azotaba las dunas oscuras, provocando un gemido lastimero en las torres y las murallas desgastadas de la vieja fortaleza, que se encontraba en lo alto de una suave ladera situada en el extremo norte de

un inmenso espacio vacío. Aquel lugar se llamaba la depresión de Urgall, y era el mayor desierto de todo el planeta, una llanura monótona de roca desnuda y apenas algunos matorrales que a veces se elevaba para formar pequeñas colinas, como aquélla sobre la que se encontraba la fortaleza. No se sabía quién la había construido, aunque los miembros del Adeptus Mechanicus tenían la teoría de que pertenecía a una civilización que había precedido a la humana en varios millones de años.

Las murallas habían sido construidas a partir de enormes bloques de piedra vítrea muy dura, cada uno del tamaño de un Land Raider, y estaban tallados con tal precisión que no existía rastro alguno de elemento de adhesión entre ellos. Sus constructores habían muerto mucho tiempo atrás, pero su legado arquitectónico había sobrevivido al paso de los eones, aunque era cierto que parte de los lienzos de las murallas se habían derrumbado a lo largo de esos millones de años. Aquellos desperfectos la hacían inservible como fortaleza, pero ideal como eje central sobre el que montar una línea de defensa. La muralla se extendía unos veinte kilómetros, y en algunos puntos tenía una altura de treinta metros. Las laderas de arena granulosa morían a sus pies. Esa misma arena llenaba los pasillos de su poderoso torreón almenado central.

Fulgrim había establecido su centro de mando en el interior de ese torreón, y había puesto manos a la obra para que fuese un bastión digno del Señor de la Guerra.

Julius, junto a Marius, siguió al primarca de los Hijos del Emperador mientras revisaba las enormes tareas de fortificación que se estaban llevando a cabo. Unos inmensos equipos de excavación del Mechanicus se dedicaron a remover la arena de delante de las murallas para formar un amplio entramado de trincheras, parapetos, bunkers y reductos que se extendieron a todo lo largo del risco que se abría bajo la fortaleza. A la sombra de las murallas se instalaron nidos de baterías antiaéreas, y en el interior de la fortaleza se ocultaron vehículos de lanzamiento con los potentes torpedos orbitales. Si las legiones del emperador querían destruirlos, tendrían que bajar a la superficie para hacerlo.

El primarca de los Hijos del Emperador iba equipado con su armadura de combate. La ceramita había sido pulida hasta reflejar un intenso brillo de color púrpura, aunque la visión recientemente mejorada de Julius era capaz de detectar cientos de sutiles variaciones en cada placa de protección. Los artesanos forjadores de la legión habían añadido numerosas capas a la armadura, y sus poderosas curvas se vieron acentuadas con formas nuevas y maravillosas. También habían quitado el águila Imperial de la placa pectoral y la habían reemplazado por unas bandas talladas de ceramita lacada.

Las placas tenían rebordes dorados y plateados y en la superficie de las mismas se habían grabado escenas que representaban la nueva lealtad de la legión, lo que confería a la armadura un aspecto puramente ceremonial, aunque esa impresión no podía estar más lejos de la verdad.

—Un espectáculo fabuloso, ¿verdad, amigo mío? —le preguntó Fulgrim, mientras contemplaban cómo una gigantesca excavadora del tamaño de una nave de desembarco de titanes trasladaba cientos de toneladas de arena y peñascos que había recogido hasta una tolva igualmente gigantesca.

—Majestuoso —respondió Julius, sin entusiasmo—. Estoy seguro de que el Señor de la Guerra se mostrará encantado.

—Seguro que sí —comentó Fulgrim, aunque sin darse cuenta de la ironía en el tono de voz de su capitán.

—¿Y sabemos ya cuándo nos concederá Horus la gracia de su presencia?

Fulgrim se dio la vuelta al notar por fin el estado de ánimo de Julius. Sonrió y luego se pasó una mano por el cabello blanco, que llevaba suelto. Julius sintió que su ánimo se elevaba al fijarse de nuevo en su hermoso primarca. Por deferencia al Señor de la Guerra, Fulgrim no se había puesto maquillaje ni pinturas en el rostro y se parecía más a su antigua personalidad, la de un guerrero glorioso cíe la máxima perfección.

—El Señor de la Guerra pronto se reunirá con nosotros, Julius —le aseguró—. ¡Lo mismo que las legiones del Emperador! Sé que toda esta tarea te parece tediosa, pero es imprescindible si queremos conseguir la gran victoria que Horus necesita.

Julius se encogió de hombros. Sus sentidos ansiaban mayores estímulos.

—Es humillante. AI Señor de la Guerra no se le podría haber ocurrido peor castigo que negarnos un lugar en la batalla de Isstvan III y enviarnos aquí para convertirnos en cavadores de zanjas y albañiles en esta roca desolada.

—Todos tenemos una tarea que cumplir —dijo Marius, adulador como siempre.

Sin embargo, Julius vio que tampoco él estaba disfrutando de aquella tarea y que le molestaba perderse la gloria de expurgar a los guerreros imperfectos de su legión. Las batallas en Isstvan III habían sido gloriosas, y Eidolon había enviado informes sobre la perfección de la conducta de la legión, además de confirmar la muerte de Solomon Demeter.

A diferencia de lo ocurrido cuando Lycaon murió en los combates contra la Diasporex, Julius no había sabido qué sentir al enterarse de la muerte de su antiguo hermano de batalla. Sus sentidos estaban ya tan agudizados que tan sólo los acontecimientos más impresionantes le provocaban poco más que un interés pasajero. No sintió tristeza, únicamente una leve pena por el hecho de que un guerrero tan magnífico como Solomon Demeter hubiera demostrado ser imperfecto y que, por lo tanto, se mereciera ese destino.

—Así es, Marius —contestó Fulgrim mostrándose de acuerdo—. La tarea que estamos realizando es vital, Julius, por eso Horus nos la confió a nosotros. Tan sólo los Hijos del Emperador son capaces de conseguir la perfección necesaria para que esta fase de los planes del Señor de la Guerra se cumpla tal y como él lo ha ordenado.

—Esta tarea sólo es propia para los operarios del Mechanicus y quizá para los hoscos Guerreros de Hierro de Perturabo. Que le sea encomendada a los Hijos del Emperador es un desprecio —replicó Julius, sin ceder un ápice en su actitud desafiante—. Nos está castigando por nuestro fracaso.

Fulgrim se había sentido destrozado por su exclusión de las batallas que se libraban en Isstvan III tras el desastroso fracaso de su misión a la hora de hacer cambiar de bando a Ferrus Manus, pero, a pesar de ello, se había

entregado como un poseso a prepararlo todo para la llegada triunfal de Horus.

Las legiones del Emperador se estaban agrupando para destruirlos, y era muy posible que no tardara mucho en librarse allí, en aquella llanura desolada, la batalla que decidiría el destino del Imperio.

—Es posible —le respondió Fulgrim con un gruñido—. Pero cumpliremos la tarea de todos modos.



Una vez destruidos los últimos guerreros leales que quedaban en Isstvan III, las legiones de Horus se dirigieron hacia Isstvan V. Una flota de poderosas naves de guerra y de transportes llevaban el orgullo marcial de cuatro legiones, con sus filas formadas por guerreros fieles a Horus, y sólo a Horus.

Los gigantescos transportes del ejército del comandante general Fayle llevaban en su interior millones de soldados armados, juntos a sus tanques y a su artillería. Las abombadas naves del Adeptus Mechanicus trasladaban la Legio Mortis a Isstvan V. En su interior, los sacerdotes oscuros de la Máquina se ocupaban del *Dies Irae* y de los demás titanes, preparándolos para que aquellas enormes máquinas de destrucción terrestre descargaran su inmenso poder.

La victoria final en Isstvan III se había conseguido a costa de muchas vidas, pero gracias a ella, las legiones se habían forjado en el fragor del combate para hacer lo que se debía hacer para salvar al Imperio. El proceso había sido largo y sangriento, pero el ejército del Señor de la Guerra estaba preparado y ansioso por enfrentarse a sus hermanos, mientras que los lacayos del Emperador no estarían preparados para enfrentarse a sus iguales.

Aquella debilidad sería su perdición, se prometió a sí mismo Horus.

* * *

El ambiente en La Fenice era tenso y estaba cargado de voltaje. Miles de asistentes se agolpaban en las plateas y en los palcos. La intensidad del arte, de la escultura y de los colores sobrecargaban los sentidos de los presentes con su extravagancia. Casi tres mil astartes habían regresado a la *Orgullo del Emperador* desde la superficie de Isstvan V, y unos seis mil civiles, entre rememoradores y personal de la nave, se apretujaban entre los guerreros en aquellos espacios que podían encontrar. El murmullo nervioso de las conversaciones llenaba el teatro.

Esa noche se representaba la obra largamente esperada de Bequa Kynska: la *Maraviglia*.

El auditorio había sido pintado con una variedad de colores ribeteados de oro. Unas secciones ornamentales de yeso con molduras dividían las diferentes zonas de las paredes en grandes paneles, decorados con toda clase de magníficas obras de arte, en magnitud, pocos superaban a La Fenice, ni siquiera en las colmenas más avanzadas y de mayor tamaño de Terra, y estaba decorada con un estilo para el que era evidente que había sido necesario un derroche de recursos.

La sala se extendía por delante del escenario en arcos concéntricos y amplios. El suelo de mosaico era invisible bajo las sandalias de los miles de personas que habían acudido para asistir a aquel espectáculo magnífico. Unos nichos semicirculares abiertos en los lados de la sala albergaban bustos de renombrados empresarios teatrales de Terra, y otros, más exóticos, estatuas de libertinos hedonistas. Entre todas aquellas esculturas había otras menos reconocibles, estatuas de figuras andróginas de músculos poderosos con cabezas de toro y cuernos enjoyados.

En la zona posterior se alzaban seis gruesas columnas de mármol que soportaban el peso de la platea superior. La parte frontal de la balconada estaba decorada con relieves de yeso de un gusto refinado.

De la base de la balconada colgaban unas jaulas de bronce que contenían pájaros cantores de colores chillones, y sus silbidos estridentes se sumaban al estrépito de la orquesta y de la audiencia. Un olor dulzón y almizclado salía flotando de los incensarios que colgaban por doquier, y la atmósfera estaba insoportablemente húmeda. La sensación de impaciencia enfebrecida era palpable. Decenas de músicos afinaban sus instrumentos en el foso de orquesta en forma de arco que se abría delante del escenario. Los instrumentos eran artilugios monstruosos compuestos por tubos, fuelles y chasqueantes generadores eléctricos que, a su vez, estaban conectados a gigantescas torres de amplificadores creados específicamente para aquella representación y diseñados para reproducir la música mágica del templo laer.

Unos focos de colores y varios prismas colocados de forma estratégica llenaban La Fenice con un enorme arco iris y lanzaban rayos de luz de un millón de tonos distintos a cada esquina del teatro. Un ejército de bordadoras había trabajado de forma incesante para crear el telón del escenario. Las luces iluminaban el reluciente terciopelo rojo y las maravillosas imágenes bordadas de mitos decadentes, de desnudos retorcidos, de animales y de escenas de batalla.

En el amplio frontón interior que se extendía sobre el escenario, iluminado por una única luz, estaba la última obra de Serena d'Angelus: un retrato del primarca de los Hijos del Emperador. Su aspecto terrible, su acabado insoportable y la exageración de sus colores chillones dejaban sin habla a todos los que se fijaban en la obra, aparte de incapacitarlos para pensar nada coherente.

Había más ejemplos de la obra de Serena en el techo abovedado del teatro, donde se veía un mural gigantesco y multicolor con serpientes y bestias de leyenda que se entremezclaban con humanos y animales de toda clase.

La enorme masa de los astartes llenaba buena parte del gran teatro, a pesar de que no llevaban puestas las armaduras sino las sencillas túnicas de entrenamiento. Los rememoradores que por desgracia se encontraban detrás de alguno de aquellos gigantescos guerreros saltaban de un pie al

otro para intentar encontrar la mejor posición desde la que poder ver todo el escenario.

Los capitanes de la legión estaban cómodamente sentados en los diferentes palcos, colocados en dos filas a cada lado del escenario. Los palcos daban al proscenio sin nada que les estorbara la visión, y sus frontales eran de diseño clásico con pilastras estriadas a cada lado.

El palco con el mejor ángulo de visión era llamado «el Nido del Fénix». Su interior estaba pintado con frescos de oro y plata y decorado con unas sobrecortínas de satén amarillo que colgaban de doseles de encaje. Por encima de todo ello destacaba un bastidor de seda dorada, iluminado por la luz de centenares de velas fijadas a una gigantesca lámpara de araña.

Un movimiento en el Nido del Fénix atrajo la mirada del público y en muy poco tiempo todos los ojos se centraron en el guerrero de magnífico aspecto que se encontraba allí. Fulgrim, quien iba vestido con su mejor toga de color purpura real, alzó una mano hacia la multitud y disfrutó de la adoración mostrada por su legión cuando un atronador aplauso hizo que se estremecieran las vigas del local.

Los oficiales superiores del primarca lo acompañaban. En cuanto Fulgrim se sentó, las luces disminuyeron de intensidad. Un brillante foco se centró en el escenario cuando el gran telón de terciopelo rojo se abrió y Bequa Kynska hizo su aparición.

Julius contempló con nerviosismo apenas contenido cómo la compositora de cabello azul cruzaba el escenario y bajaba al loso de la orquesta para ocupar su lugar en el podio del director. Iba vestida con un traje escandalosamente transparente de tela dorada y carmesí. De aquel delicado material colgaban joyas preciosas que relucían como estrellas. Del escote del vestido le bajaba desde los hombros hasta la pelvis, y la rotundidad de sus pechos y la ausencia de vello alguno eran claramente visibles debajo.

—¡Magnífico! —gritó Fulgrim, que se puso a aplaudir, al mismo tiempo que el público, ante la aparición de Bequa.

Julius se sintió sorprendido al ver lágrimas en los ojos del primarca. El capitán asintió, y aunque no recordaba ninguna clase de cuerpo femenino o

estructura similar con la que comparar a la compositora, las curvas de aquella mujer y su obvia feminidad lo dejaron sin respiración. Julius había sentido emociones semejantes cuando miraba a su primarca, escuchaba una pieza de música especialmente emotiva o marchaba al combate, pero notar que sus sentidos se veían atraídas por una mujer mortal era una experiencia nueva para él.

Un denso silencio cayó sobre el público mientras esperaban a que comenzara la música. La respiración colectiva de diez mil gargantas se contuvo mientras el momento de impaciencia se alargaba hasta casi el punto de ruptura. Bequa escogió una batuta mnemónica y dio un par de golpes leves en el atril antes de lanzarse a los primeros compases de la obertura de *Maraviglia*.

Un tremendo ruido surgió del foso de la orquesta cuando las primeras notas surgieron de los instrumentos musicales recién diseñados. El sonido llegó a cada esquina de La Fenice con su maravillosa instrumentación, con una belleza romántica y con sugerencias de los temas que todavía estaban por llegar. Julius se sintió arrastrado en un viaje de los experimentado a medida que la música subía y bajaba. Unas emociones que jamás había experimentado salieron de las profundidades de su alma mientras los salvajes tamborileos y los penetrantes chillidos se abrieron paso entre el público.

Quiso echarse a reír, y luego a llorar, y después sintió que una tremenda furia se apoderaba de él, una rabia que desapareció casi en seguida para ser sustituida por una profunda melancolía. A los pocos momentos, la música ya había arrancado todo aquello, y una creciente sensación de euforia se asentó en él con una tremenda fuerza y claridad, como si todo por lo que había pasado antes no fuera más que el preludio de un gran plan que todavía estaba por desvelar.

Bequa Kynska se movía como si estuviera poseída en el podio del director, azotando y apuñalando el aire con la batuta, con el cabello convertido en un cometa azul que giraba alrededor de su cabeza. Julius apartó la mirada de la magnífica visión de la mujer y observó al público para presenciar su reacción ante aquella música sublime y estridente.

Vio rostros embelesados por el asombro, con los ojos abiertos de par en par ante el poder y la majestad a medida que los sonidos disonantes penetraban en cada mente y le hablaban a cada alma de las sensaciones que evocaban. Sin embargo, no todos los asistentes parecían capaces de apreciar la maravilla que tenían el privilegio de presenciar. Julius vio que muchos tenían las manos pegadas a las orejas en un gesto agónico mientras la música remontaba de nuevo. El capitán captó la delgada figura de Evander Tobias en mitad del público, y su furia aumentó cuando vio que el muy desagradecido encabezaba a un grupo de colegas escribas que se dirigía hacia la salida a través de la multitud.

Comenzaron a producirse algunos enfrentamientos, y el archivista recalcitrante y sus compañeros fueron atacados. Una lluvia de puñetazos los hizo caer al suelo, donde fueron pateados y golpeados. Sin apenas pausa, el público volvió a centrar su atención en el escenario, y Julius sintió una tremenda oleada de orgullo cuando vio que una bota de aspecto pesado le aplastaba el cráneo a Tobias. Nadie pareció afectado por aquel brote de violencia repentina y sanguinaria, como si aquello hubiese sido la reacción más normal del mundo, pero Julius notó que el ansia de sangre se extendía por todo el público como un virus o como la onda expansiva de una explosión.

La música continuó creciendo, ascendiendo y girando por La Fenice como un torbellino, hasta que llegó al *crescendo* estruendoso de su clímax, cuando el telón se alzó por completo en mitad de sensaciones dramáticas y espectaculares.

Julius se puso en pie cuando el repique de la música lo hizo saltar de su asiento. La obertura continuó con la melodía ininterrumpida de sonidos, y las tremendas emociones viscerales que lo llenaron cuando vio lo que había al otro lado fueron como un puñetazo en el estómago.

Habían recreado el interior del templo laer hasta los más mínimos detalles. Los artistas y los escultores que habían estado en aquel lugar magnífico habían conseguido captar las dimensiones y todos aquellos colores capaces de llenar de lagrimas los ojos.

Unas luces cegadoras destellaron por todo el teatro, y Julius sintió una desorientación momentánea cuando una nueva oleada de música surgió de la orquesta, tira una nueva pieza, con matices más siniestros y una sensación dolorosa de tragedia inminente. Las oleadas de sonido y de armonía fluyeron desde el escenario y pasaron por encima del público, sumergiéndolo bajo el poder y las sensaciones que él mismo había experimentado cuando siguió a Fulgrim al interior del templo.

El efecto fue obvio de inmediato, y un estremecimiento de placer recorrió la audiencia cuando las poderosas notas fluyeron alrededor y dentro de los asistentes. Unos colores cegadores destellaron en el aire, y cuando la música alcanzó una nueva cota, un segundo foco encañonó el escenario. La esbelta silueta de Coraline Aseneca, la cantante de la *Maraviglia*, apareció en escena.

Julius jamás había oído la voz de Coraline, y no estaba preparado para su increíble virtuosidad y poder. Su tono se encontraba en perfecta discordancia armónica con la música de Bequa, que alcanzaba registros a los que no podría llegar ninguna voz humana. Y sin embargo, ella lo consiguió. La energía de su voz de soprano superó los límites de los cinco sentidos, que a Julius le pareció que estaban siendo estimulados todos a la vez.

Se inclinó hacia adelante y se echó a reír de forma incontrolable cuando una oleada de emociones embriagadoras se apoderó de él. Se llevó las manos a la cabeza ante tamaña sobreestimulación. Un coro se unió al cántico de Coraline Aseneca en el escenario, aunque Julius apenas lo oyó. Sus voces entremezcladas permitieron que la voz de la soprano transitara por notas más imposibles todavía, que llegaron hasta su mismísimo hipo tálamo para estimular centros sensoriales que ni siquiera sabía que poseía.

Julius se obligó a sí mismo a apartar la mirada del escenario, embelesado y aterrorizado por lo que estaba viendo y oyendo. ¿Qué clase de ser era capaz de escuchar una música de poder tan terrible y no perder la cordura? Ningún ser humano estaba destinado a oír aquello, el grito de nacimiento de un dios bello y terrible mientras se abría paso hacia la existencia.

Eidolon y Marius estaban tan atrapados por el espectáculo de *Maraviglia* como él mismo, clavados a sus asientos por el embeleso. Ambos guerreros tenían las mandíbulas abiertas de par en par, como si estuvieran pensando unirse al cántico de Coraline Aseneca, pero lo que asomó a sus ojos fue el pánico, ya que sus bocas siguieron abriéndose en un grito silencioso. Los huesos chasquearon cuando las distendieron igual que serpientes que estuviesen a punto de devorar a su presa. De sus gargantas surgieron unos aullidos repulsivos sin sonido alguno, y Julius miró a Fulgrim por temor a que el primarca derribara de un golpe a sus amigos por el estado de trance en que se encontraban.

El primarca estaba agarrado a la barandilla del Nido del Fénix, inclinado hacia adelante como si estuviese abriéndose paso frente a un viento poderoso. El cabello se le arremolinaba alrededor de la cabeza y sus ojos oscuros ardían con un brillo violeta mientras disfrutaba de la cacofonía.

—¿Qué está ocurriendo? —gritó Julius, y su voz se alzó y pasó a formar parte de la música.

Fulgrim se volvió para mirarlo con sus ojos oscuros, y el capitán lanzó otro grito cuando vio una era de negrura en ellos, con galaxias y estrellas flotando en sus profundidades a medida que un poder desconocido fluía a través de él.

—Es hermoso —le respondió Fulgrim, con una voz que apenas era poco más que un susurro, pero que a Julius le sonó atronadora. El primarca salió despedido de su asiento y cayó de rodillas en el borde del palco—. Horus habló de poder, pero jamás me imaginé…

Julius lo miró asombrado, porque se había dado cuenta de que era capaz de ver la música de la soprano mientras se dirigía hacia el público y se deslizaba entre los asistentes como algo vivo. Sus gritos y aullidos penetraron en la niebla que le envolvía el cerebro, y vio toda clase de actos horribles cometidos a lo largo y ancho del público. Los amigos se enfrentaron entre sí con puños y dientes. Algunos asistentes cayeron los unos sobre los otros con lujuria, y la muchedumbre tumultuosa no tardó en

parecerse a una gran bestia herida que se convulsionaba en movimientos agónicos de dolor y deseo.

Aquello no sólo afectaba a los simples mortales. Los astartes también se vieron arrastrados por el poder creciente generado por *Maraviglia*. La sangre empezó a salpicarlo todo cuando las emociones de los astartes se vieron sobrecargadas por el exceso de sensaciones y se desahogaron del único modo que conocían unos individuos criados como guerreros. Desde el escenario se expandió una orgía de matanza, y la sangre corrió a raudales mientras el poder de la música resonaba por La Fenice.

Julius oyó un fuerte sonido zumbante, semejante al de una vela que estuviera siendo rota en pedazos. Se dio la vuelta y vio que el enorme retrato de Fulgrim se retorcía y se estiraba en el lienzo, como si la figura pintada quisiera escapar de los límites que la encerraban. Los ojos le brillaban con un fuego interno, y un grito aullante, que resonó como si atravesara un túnel imposiblemente largo, le llenó el cráneo a Julius con una ansia monstruosa y la promesa de unos horrores esplendorosos.

Por todo el teatro brillaban luces que fluían del foso de la orquesta como líquido. Un fuego eléctrico grasiento surgía de los extraños instrumentos y adquiría carácter tísico cuando se convertía en serpientes líquidas de una miríada de colores. La locura y los excesos seguían a la luz, y todos a los que tocaba se entregaban a los placeres más salvajes y siniestros que albergaban en sus almas.

Los miembros de la orquesta tocaban como si sus extremidades no les pertenecieran, con los rostros contraídos en un rictus de horror mientras las manos se movían de un modo frenético sobre los instrumentos. La música los tenía atrapados, y no estaba dispuesta a permitir que ninguna clase de debilidad en sus creadores le negara la existencia.

Julius captó unas notas de agonía en la voz de Coraline Aseneca, y logró centrar la mirada en el escenario, donde la cantante bailaba una danza salvaje y exuberante mientras los miembros del coro aullaban un contrapunto antinatural. Las extremidades de Aseneca se retorcieron y doblaron de un modo en que ninguna extremidad humana debería poder hacerlo, y Julius acabó oyendo el chasquido de sus huesos al partirse. El

sonido se unió al millón de melodías que llenaban el teatro. Vio que había muerto, que sus ojos ya no tenían vida. Todos y cada uno de sus huesos habían acabado terminado convirtiéndose en polvo, pero la canción seguía surgiendo de su interior.

La locura y el frenesí que se habían apoderado por completo de La Fenice alcanzaron nuevos límites de exceso cuando toda la carne se vio infectada por el torbellino de visiones y sonidos que procedían del escenario. Julius vio cómo los astartes mataban a los mortales a puñetazos para luego beberse su sangre o devorar su carne y después desgarrarle la piel con los huesos rotos y envolverse con el pellejo arrancado de sus víctimas como si fueran chales repulsivos.

Varias orgías se estremecían sobre el suelo pegajoso por la sangre mientras los vivos y los muertos se convertían en los recipientes de las energías malignas que estaban desembocando en el mundo. Cada violación imaginable se daba y se infligía de un modo voluntario.

Allí, en el centro de la locura, Bequa Kynska dirigía el caos con una sonrisa delirante de triunfo en el rostro. Julius vio en los ojos de la compositora, cuando miró con adoración a Fulgrim, que ella sabía que aquello era su mayor obra.

Entonces, sin previo aviso, una nota terrorífica atravesó la tormenta de sonidos y Julius vio que el cuerpo destrozado de Coraline Aseneca se retorcía en el aire con las extremidades extendidas de un lado a otro, como si un poder desconocido se hubiera apoderado de la carne rota y la estuviese retorciendo para darle una forma nueva y horrible. Los miembros destrozados se enderezaron y volvieron a ser atléticos y gráciles de nuevo. La piel adquirió un tono lila pálido. El vestido de seda azul centelleante que llevaba puesto Coraline se transformó en un arnés de cuero negro reluciente que dejaba al descubierto la belleza de la suave carne que se había formado a partir del cadáver de la cantante.

Un horrible sonido de absorción la rodeó, y cualquiera que fuese la fuerza que la había mantenido en el aire hasta ese momento, la soltó. La criatura en la que se había convertido Coraline Aseneca aterrizó con gracia felina en el centro del escenario.

Julius jamás había visto algo tan bello y repelente a la vez. Se trataba de una criatura femenina desnuda que provocaba al mismo tiempo una repugnancia profunda y una sensualidad perversa que roía el fondo del estómago. Unos cabellos como cuernos le cubrían el cráneo. En el rostro ovalado, unos grandes ojos verdes redondos como platos acompañaban a unos labios sensuales que ocultaban unas fauces llenas de colmillos. Su cuerpo era de una perfección asombrosa, ágil y sensual, aunque con un solo pecho, y tenía la piel cubierta de tatuajes y perforaciones metálicas. Cada uno de los brazos estaba rematado por una larga pinza de quitina roja reluciente y húmeda parecida a la de un cangrejo. A pesar de aquellas pinzas letales, la criatura era inquietantemente seductora, y Julius se sintió emocionado como no lo había estado desde que superó las pruebas e ingresó en los astartes.

La criatura se movía con una gracia lánguida y felina. Cada movimiento estaba cargado de sexualidad y de la promesa de placeres siniestros y excesos desconocidos para las mentes de los mortales. Julius ansiaba probarlos todos. La criatura se volvió y fijó la vista en el coro. Luego echó la cabeza hacia atrás para emitir un canto de sirena de una belleza y una melancolía tales que a Julius le dieron ganas de saltar del palco para unirse a ella.

La frenética orquesta tomó la nota de invocación antes de que hubiera comenzado a disiparse, y se hizo más y más fuerte. Julius vio que los miembros del coro se movían y se retorcían como lo había hecho Coraline Aseneca, y las mismas armonías de huesos al partirse transformaron a cinco de ellos en otras tantas nuevas criaturas. Los demás miembros se desplomaron en el escenario, convertidos en cascarones resecos, desprovistos de toda vida, como si no hubieran servido más que para suministrar energía a la transformación de las criaturas, que se bajaron de un salto del escenario convertidas en un torbellino de pinzas cortantes y aullidos bestiales.

Las seis criaturas se movieron con ágil gracia. Las caricias de sus afiladas pinzas abrieron arterias y amputaron extremidades con cada golpe.

Bequa Kynska fue la primera en morir. Una garra monstruosa la empaló por detrás y le reventó el pecho en un estallido de sangre. Sonrió de placer mientras moría por la maravilla que había creado. El resto de la orquesta fue despedazado cuando las bellas criaturas la atravesaron con una velocidad y una malicia sensual que Julius apenas fue capaz de captar.

Por fin, la música de *Maraviglia* dejó de sonar cuando todos los músicos cayeron bajo las caricias de las afiladas pinzas, con la vida arrancada de su carne trémula. Julius lanzó un grito en mitad de aquel repentino vado de sonido, ya que la ausencia de música fue igual que un dolor físico en los huesos. Aunque la música había dejado de sonar. La Fenice seguía siendo un lugar resonante. Las cópulas y las muertes continuaron de un modo incesante, aunque los gritos de agonía y de éxtasis se convirtieron en aullidos de angustia cuando el final de la música provocó nuevos brotes de locura sangrienta.

Julius oyó a Marius lanzar un grito aullante de perdida y se dio la vuelta a tiempo de ver a su hermano de batalla bajar de un salto desde el Nido del Fénix hasta el escenario. Fulgrim lo vio marcharse con el cuerpo tembloroso por la emoción y el placer. Julius se puso en pie tambaleándose. Vio como Marius bajaba hasta el ensangrentado foso de la orquesta y tomaba en sus manos uno de los extraños instrumentos creados por Bequa Kynska.

Marius empuñó el largo artefacto tubular y se lo colocó sobre el hueco del codo como si fuera un bólter. Luego pasó las manos a lo largo del tubo hasta que produjo una vibración monstruosa, semejante al rugido de una espada sierra. Otros astartes se apresuraron a imitarlo, mientras Julius seguía contemplando los inútiles intentos de Marius de recrear la música. Cada uno de ellos tomó uno de los instrumentos de la orquesta e intentó a su vez invocar de nuevo la magia de aquella música.

Julius sintió que le arrancaban el aire de los pulmones y se agarró al borde de la balconada por temor a que las piernas le fallaran.

—Yo… ¿Qué…? —fue lo único que consiguió decir cuando Fulgrim se colocó a su lado.

—Ha sido maravilloso, ¿verdad? —le preguntó el primarca. La piel le brillaba con vigor renovado y tenía los ojos encendidos con un nuevo

propósito—. La señorita Kynska fue un meteoro deslumbrante. Todo el mundo se detuvo a mirarla, y ahora ha desaparecido. Jamás veremos a otra como ella, y ninguno de nosotros podrá olvidarla.

Julius quiso responderle, pero una tremenda explosión de sonido estalló a su espalda. Se dio la vuelta y vio que una parte del escenario estaba envuelta en humo y en cascotes. Marius se encontraba en el centro del foso de la orquesta. Un fuego eléctrico le recomía la piel mientras segura acariciando con las manos el instrumento aullante. Una descarga rugiente y pirotécnica de energía sónica salió disparada y el impacto arrancó una de las balconadas de la pared con una explosión devastadora. Por el aire llovieron trozos de mármol y de yeso, y el sonido del instrumento provocó aullidos de placer en los camaradas de Marius.

A los pocos instantes, cada uno de ellos dominaba su instrumento, y un renovado coro de aullantes descargas de energía comenzó a reventar el teatro. Las monstruosas criaturas femeninas se reunieron alrededor de Marius y añadieron sus antinaturales chillidos de placer a la música delirante que estaba tocando el astartes.

Marius volvió el instrumento hacia la multitud y descargó una resonante nota baja que aumentó hasta un clímax explosivo. Unos armónicos discordantes semejantes a aullidos de éxtasis atravesaron a decenas de mortales con una sacudida atronadora, y cada una de las víctimas de Marius se estremeció indefensa cuando los huesos se le partieron y la cabeza le estalló bajo aquella descarga de sonido.

—Mis Hijos del Emperador —dijo Fulgrim—. Qué dulce música hacen.

Más explosiones de carne y de piedra estallaron por toda La Fenice cuando Marius y los demás la llenaron con una música apocalíptica.

VEINTITRÉS

LA BATALLA DE ISSTVAN V

El capitán Balhaan estaba de pie en su atril de mando, inmóvil, e intentaba mantener controlada su respiración mientras contemplaba a las tres majestuosas figuras que se habían reunido en el puente de mando de la *Ferrum*. El padre de hierro Diederik se encontraba en el control del timón, igualmente impresionado por las gigantescas siluetas de los tres primarcas, que estaban discutiendo el mejor método para destruir a las fuerzas enemigas desplegadas en Isstvan V. En sus lecturas sobre historia se mencionaba el carisma de antiguos héroes de leyenda: el poderoso Hektor, el valiente Alexander y el sublime Torquil.

Los relatos hablaban de cómo los hombres se habían sentido mudos por su increíble majestad, por lo que aquellos héroes habían sido descritos en términos de maravillosas hipérboles que eran evidentes exageraciones, pensadas para magnificar sus reputaciones. Balhaan había dado por sentado que la mayoría de aquellos relatos eran invenciones recargadas hasta que vio por primera vez a un primarca, y entonces supo que tenían que ser verdad. Sin embargo, ver a tres de ellos reunidos no se parecía a nada que él pudiera describir. No había palabras que fueran capaces de transmitir el temor reverencial que sentía ante la visión de los guerreros tan perfectos como los que estaban en el puente de mando de su nave.

Ferrus Manus, equipado con su reluciente armadura negra, les sacaba una cabeza a sus hermanos. Caminaba arriba y abajo como un león níveo medusano que estuviera enjaulado mientras esperaba noticias del resto de su legión. De vez en cuando se golpeaba la palma de la mano plateada con el otro puño, y Balhaan vio en cada movimiento la necesidad urgente que tenía de llevar la lucha a los traidores.

Comparado con el primarca de los Manos de Hierro, de anchas espaldas y tremendos músculos, Corax, el primarca de la Legión de la Guardia del Cuervo, parecía delgado y alto. Su armadura también era negra, pero parecía no reflejar en absoluto la luz, como si absorbiera toda aquella que se atreviera a posarse en ella. El reborde blanco de la armadura era de marfil claro, y unas grandes alas de plumas oscuras se alzaban a cada lado de su rostro de rasgos pálidos y aquilinos. Sus ojos eran unos carbones negros asesinos, y en los guanteletes llevaba desenvainadas unas largas garras de plata reluciente. El primarca de la Guardia del Cuervo no había dicho nada hasta ese momento, pero Balhaan había oído decir de Corax que era un guerrero taciturno que no expresaba su opinión hasta que tenía que decir algo que mereciera la pena.

El tercero de los primarcas era Vulkan, primarca de los Salamandras, un hermano con quien Ferrus Manus tenía una gran amistad, ya que ambos eran forjadores además de guerreros. Vulkan tenía la piel oscura y correosa, y sus ojos mostraban una sabiduría que hubiera hecho sentirse humilde al mayor erudito del Imperio. Su armadura era de un brillante color verde mar, aunque cada placa de la misma estaba decorada con imágenes de llamas creadas a partir de una profusión de fragmentos coloreados de cuarzo. Una de las hombreras estaba fabricada a partir del cráneo de un gran dragón de fuego, que se decía que era la bestia que había cazado en su competición con el Emperador cientos de años antes, mientras que la otra hombrera estaba cubierta por un largo manto de escamas duras como el hierro tomadas del pellejo de otro poderoso dragón de Nocturne.

Vulkan llevaba un arma de manufactura sorprendente, con un cargador superior y un cañón perforado que estaba rematado en la bocacha con la forma de un dragón rugiente. Balhaan había oído hablar de aquella arma

de plata y bronce, que había sido forjada por Ferrus Manus muchos años atrás para su hermano primarca. El capitán había contemplado cómo su primarca se la entregaba de nuevo a Vulkan, y había sentido un enorme orgullo cuando el guerrero de piel oscura había aceptado con elegancia la legendaria arma y había jurado empuñarla en la batalla que se avecinaba.

Estar cerca de unos guerreros tan poderosos era un honor que Balhaan sabía que no volvería a ser igualado. Decidió memorizar cada detalle de aquel momento y anotarlo lo mejor que pudiera, para que los futuros capitanes de la *Ferrum* conocieran el honor que se le había otorgado a su nave en el pasado.

Balhaan había forzado a la tripulación y a la nave hasta sus límites para alcanzar el sistema Isstvan cuanto antes, y al llegar descubrieron que lo habían hecho al mismo tiempo que las Ilotas de la Guardia del Cuervo y de los Salamandras. Una serie de reconocimientos sigilosos habían identificado las posiciones enemigas, y los primarcas habían trazado los mapas de las zonas de desembarco además de los vectores de ataque óptimos. Sin embargo, no podían hacer nada sin el resto de las legiones encargadas de la tarea de acabar con la rebelión de Horus.

Llegar a su destino y ser incapaces de cumplir la voluntad del Emperador era una frustración suprema, pero incluso Ferrus Manus, con toda su rabia, había reconocido que si no disponían de apoyo no podían asaltar y arrollar a las fuerzas del Señor de la Guerra.

Diez compañías de morlock estaban alojadas en la *Ferrum*. Eran los guerreros más letales y más veteranos de la legión, y Balhaan sabía que cualquier fuerza que se atreviera a enfrentarse a esos exterminadores no sobreviviría a su furia. Los Manos de Hierro llevarían a cabo los asaltos iniciales con los veteranos de su legión, y al capitán le pareció apropiado que los mejores guerreros fueran los primeros en entrar en combate. Bajo el mando de Gabriel Samar, los morlock ansiaban, impacientes, enfrentarse a los Hijos del Emperador y hacerles pagar los asesinatos deshonrosos que habían cometido con sus camaradas en el anvilarium de la *Puño de Hierro*.

El resto de la 52.ª Expedición seguía a la *Ferrum*, pero no se sabía con exactitud cuándo llegarían al sistema, y cada segundo que se retrasaba el

asalto proporcionaba más tiempo a los traidores para fortificar sus posiciones.

Las legiones de Corax y de Vulkan ya estaban en posición para comenzar sus ataques contra Isstvan V, pero el astro pata Cistor todavía no había recibido mensaje alguno de los hermanos primarcas de Ferrus Manus de las legiones de los Portadores de la Palabra, los Amos de la Noche, los Guerreros de Hierro o la Legión Alfa.

—¿Ya están todas las unidades listas y en posición? —preguntó Ferrus Manus, sin apartar la vista de la pantalla de observación.

Balhaan asintió.

—Lo están, mi señor.

—¿Seguimos sin saber nada de las demás legiones?

—Nada, mi señor —le respondió el capitán tras comprobar la conexión con las cámaras corales de los pocos astrópatas supervivientes de la legión. Ese mismo ritual se repetía cada pocos minutos, ya que a Ferrus Manus le reconcomía el retraso en dar la orden de ataque. La espera le resultaba interminable a unos guerreros que ansiaban devolver el ataque a aquellos que se habían atrevido a manchar el honor de sus hermanos con su traición.

La compuerta que daba al puente de mando se abrió, deslizándose hacia un lado. Un par de exterminadores morlock entró, seguido de la figura delgada del astrópata Cistor.

Apenas había dado un paso en el interior del puente de mando cuando Ferrus Manus ya estaba a su lado. Tomó de los hombros al astrópata con sus manos plateadas en un apretón aplastante.

—¿Que noticias hay de las otras legiones? —quiso saber el primarca, con los ojos plateados centelleando a centímetros del rostro de Cistor.

—Mi señor, he recibido personalmente mensajes de vuestros hermanos primarcas —le contestó Cistor, retorciéndose levemente bajo la presa del primarca.

—¿Y? ¡Dime! ¿Están ya en camino? ¿Podemos comenzar el ataque?

—Ferrus —le dijo Corax con voz tranquila, pero cargada de autoridad —. Vas a aplastarlo antes de que pueda contestarte. Suéltalo.

Ferrus Manus dejó escapar un suspiro estremecido y se apartó del astrópata tembloroso. Vulkan se acercó a ellos.

—Díganos lo que ha oído.

—Las legiones de los Portadores de la Palabra, la Legión Alfa, los Guerreros de Hierro y los Amos de la Noche están a pocas horas detrás de nosotros, mi señor Vulkan —le contestó Cistor con calma—. Saldrán de la disformidad cerca del quinto planeta.

—¡Sí! —gritó Ferrus Manus alzando un puño en el aire al mismo tiempo que se volvía hacia sus hermanos primarcas—. El honor de verter la primera sangre en esta batalla nos corresponde a nosotros, hermanos. Iniciemos un asalto planetario total.

El entusiasmo de Ferrus fue contagioso, y Balhaan sintió que la sangre se le encendía al saber que tardarían poco en llevar la ira del juicio del Emperador a los traidores. Su primarca volvió a caminar arriba y abajo por el puente de mando mientras daba órdenes a sus hermanos.

—Los morlock y yo iremos en vanguardia —dijo Ferrus—. Corax, tu legión debe asegurar el flanco derecho de la depresión de Urgall y luego avanzar hacia el centro. Vulkan, tú te encargarás del flanco izquierdo.

Los primarcas asintieron al oír las órdenes de Ferrus Manus, y Balhaan notó que hasta Corax, habitualmente reservado, estaba impaciente ante la perspectiva de destruir al enemigo que los esperaba abajo.

—Las demás legiones desembarcarán en cuanto salgan de la disformidad. Aseguraran la zona de desembarco y reforzarán nuestro asalto —exclamó Ferrus Manus con los ojos encendidos como fuegos de magnesio.

Estrechó la mano a sus hermanos y se dio la vuelta para dirigirse a la tripulación de la *Ferrum*.

—Los traidores no esperan que los ataquemos tan pronto, así que disponemos de la ventaja de la sorpresa. ¡Que el Emperador nos maldiga si la desaprovechamos!

* * *

Las fuerzas del Señor de la Guerra no habían desaprovechado los retrasos obligados de Ferrus Manus. Desde que llegaron a Isstvan V ochos días antes, los guerreros de los Devoradores de Mundos, de la Guardia de la Muerte, de los Hijos de Horus y de los Hijos del Emperador se habían desplegado a lo largo de las defensas construidas sobre el borde de la depresión de Urgall y se habían preparado para la inmensa batalla que estaba a punto de librarse. A su espalda, las escuadras de apoyo a larga distancia ocupaban las murallas de la fortaleza, y las piezas de artillería del ejército regular esperaban para hacer caer sobre cualquier enemigo que se acercara una lluvia de muerte explosiva.

El *Dies Irae* se encontraba delante de la muralla, con sus armas colosales preparadas para disparar y causar la destrucción entre los enemigos del Señor de la Guerra. El princeps Turnet en persona había jurado expiar la traición que había ocurrido en su puente de mando durante la batalla de Isstvan III.

Casi treinta mil astartes se agazapaban en el extremo norte de la depresión de Urgall, con las armas preparadas y los corazones endurecidos en la necesidad de lo que había que hacer.

El cielo continuaba siendo un dosel ininterrumpido de nubes de color gris pizarra, y el único sonido que rompía el aullido fantasmal del viento era el roce del metal contra el metal. Una sensación de solemnidad histórica se había apoderado del desierto, como si todos los que estaban allí reunidos supieran que aquéllos eran los últimos momentos de quietud en un lugar que no tardaría en convertirse en un sangriento campo de batalla.

La primera advertencia llegó cuando un brillo rojizo apagado fue aumentando detrás de la capa de nubes y bañó todo el escenario con una luz intensa. Luego llegó el sonido: un rugido que pasó poco a poco de ser un retumbar bajo a un aullido agudo.

Sonaron las alarmas, y las nubes se rasgaron cuando los rayos de luz las atravesaron ardiendo y cayeron en un torrente de fuego. El borde de la depresión se vio sacudido por una oleada de explosiones cataclísmicas y toda la línea de las fuerzas del Señor de la Guerra quedó bajo un bombardeo rugiente y arrasador.

Las fuerzas del Emperador machacaron la zona desde la órbita durante largos minutos. Una tormenta de fuego de ferocidad inimaginable martilleó la superficie de Isstvan V con la potencia del fin del mundo. Por fin, el terrible bombardeo acabó y el eco de su poder se fue dispersando junto al humo acre de las explosiones, pero los Hijos del Emperador habían cumplido a la perfección su tarea de crear un entramado de defensas desde las que enfrentarse a sus antiguos hermanos, y las fuerzas del Señor de la Guerra habían estado bien protegidas.

El propio Horus sonrió desde su puesto de observación en el torreón alienígena. Contempló cómo el cielo se oscurecía de nuevo cuando miles y miles de capsulas de desembarco surcaban ardientes la atmósfera hacia la superficie del planeta.

Se volvió hacia la belicosa figura de Angron y a la de su hermano, el glorioso Fulgrim.

—Recordad bien este día, amigos míos. ¡Los leales al Emperador se dirigen a su muerte!



El sonido era terrible, un aullido ígneo interminable que convertía el interior de la cápsula de desembarco en un horno ardiente y asfixiante. Sólo la ceramita de sus armaduras permitía a los astartes lanzarse al asalto de esa manera, y Santar sabía que aquel ataque relámpago pillaría a los traidores en el momento más vulnerable, cuando todavía estuviesen recuperándose de las consecuencias del bombardeo orbital.

Ferrus Manus estaba sentado enfrente de Santar, con una espada completamente nueva en su regazo. El fuego del descenso se reflejaba en la plata de sus ojos. Otros tres morlock llenaban el espacio que quedaba libre en la cápsula de desembarco. Eran los mejores guerreros de la legión, y la punta afilada de la lanza que se clavaría en los órganos vitales del enemigo.

El cielo que cubría la depresión de Urgall estaba repleto de cápsulas de desembarco, ya que el poder combinado de tres legiones atravesaba el aire en ese momento para cobrarse una venganza sangrienta en sus antiguos hermanos. Santar sentía el poderoso deseo de destruir a los traidores con cada inhalación de aire que tomaba a través del nuevo chasis metálico de su cuerpo.

—¡Diez segundos para el impacto! —gritó una voz automática.

Santar se puso tenso y se apoyó con fuerza en el pivote central de la cápsula de desembarco. Los servomotores de su armadura de exterminador se ajustaron en preparación a la fuerza colosal del impacto. Oyó unas explosiones rugientes y estruendosas procedentes del otro lado de los pétalos blindados de la cápsula, y reconoció el sonido del fuego de artillería. Le pareció inconcebible que algún enemigo hubiera sobrevivido al bombardeo orbital.

El frenazo de los retrocohetes, seguido del tremendo impacto del aterrizaje, tiraron de su arnés de gravedad, pero Santar ya era un veterano en aquella clase de asaltos y estaba más que acostumbrado a la violencia de una desaceleración tan súbita. En cuanto la cápsula chocó con el suelo, unos pernos explosivos hicieron saltar las escotillas y los paneles quemados cayeron hacia fuera. Los arneses de gravedad se soltaron y Santar se lanzó a la carga contra la superficie de Isstvan V.

Lo primero que vio fue que las llamas monstruosas provocadas por el fuego de miles de cápsulas de desembarco habían convertido el cielo gris en un entramado de luz y de humo. La tierra se veía sacudida por explosiones cuando los proyectiles de artillería estallaban contra el suelo. Los cuerpos que albergaban las armaduras quedaban convertidos en pulpa por las gigantescas ondas expansivas. El risco que se alzaba ante él estaba

completamente iluminado por los disparas, ya que eran miles de astartes lo que estaban enfrentados en un feroz tiroteo.

—¡Adelante! —gritó Ferrus Manus, al mismo tiempo que se lanzaba a correr hacía el risco.

Santar, y los morlock lo siguieron hacia el enloquecido torbellino de la batalla, y vio que el grueso de los Manos de Hierro había impactado en todo el corazón de las defensas del enemigo. El desierto negro ardía tras el bombardeo orbital, y los restos retorcidos de búnkeres, de reductos destrozados y de trincheras derrumbadas eran un horripilante recordatorio de su poder.

Casi cuarenta mil astartes leales combatían a lo largo del risco, ante las grandes murallas de la antigua fortaleza. La rapidez y la ferocidad de su asalto habían pillado completamente por sorpresa a los traidores. Incluso con el filtro de los sentidos automatizados de la armadura, el estruendo de la batalla era ensordecedor: disparos, explosiones y aullantes gritos de odio.

Las llamas del combate iluminaban las nubes. Las trazas de fuego formadas por las ráfagas de proyectiles y los disparos de láser cruzaban de forma incesante el campo de batalla. El suelo se estremeció con las pisadas de un leviatán furibundo cuando el *Dies Irae* atravesó las andanadas de misiles y de todo tipo de armas. Sus poderosas armas relucían con cada disparo y abrían inmensos huecos en las filas leales. Varios soles en miniatura brillaron en mitad del desierto cuando las armas de plasma del titán abrieron cráteres de varios cientos de metros de diámetro y vaporizaron a cientos de astartes de un solo golpe al mismo tiempo que convenían la arena en un reluciente vidrio oscuro.

Ferrus Manus era un dios de la guerra. Aplastaba contra el suelo a los traidores con golpes de sus puños relucientes o los abatía con los disparos de una pistola de decoración recargada y enorme calibre. La espada que había llevado consigo seguía al cinto, y Santar se preguntó qué era y para qué la habría llevado.

Un centenar de traidores surgieron de un complejo de trincheras destrozado que se extendía ante ellos. Era un grupo de guerreros de los Hijos de Horus y de la Guardia de la Muerte, y Santar liberó las garras

relámpago de sus vainas en los guanteletes. El capitán disfrutó de la posibilidad de derramar sangre en combate personal en mitad de aquella confusión de disparos. Los traidores mantuvieron la posición y dispararon sus armas desde la cadera un momento antes de que los Manos de Hierro se estrellaran contra ellos. Santar destripó a su primer oponente y se lanzó a por el resto con una velocidad que hubiera hecho sentirse orgulloso a cualquier guerrero equipado con una armadura de la clase Mark IV. Los disparos de bólter y los filos de las espadas sierra se estrellaron contra él, pero su armadura estaba hecha a prueba de aquellas armas.

Ferrus Manus mató a los guerreros enemigos por decenas. Su arrogancia traidora les falló ante semejante avatar majestuoso de la batalla.

Las trincheras y los búnkeres eran un baile de guerreros enfrentados que tenía un trasfondo de explosiones y el tremendo sonido de la matanza. Las órdenes, junto a los gritos de victoria o de desesperación, cruzaron el canal de comunicaciones de su casco, pero Santar hizo caso omiso de todo aquello, demasiado concentrado en la liberación catártica que suponía matar como para prestar ninguna atención.

El capitán fue capaz de ver, incluso en mitad de aquel caos, que la batalla por la depresión de Urgall iba bien. Centenares, quizá miles, de traidores habían muerto en los momentos iniciales del enfrentamiento. Capítulos enteros de Salamandras seguían aprovechando el impulso del ataque con unidades lanzallamas que limpiaban las trincheras y los reductos de enemigos con chorros de promethium encendido. La oscuridad envuelta en humo se veía atravesada de vez en cuando por algunos rayos de sol, y Santar reconoció aquella luz como el disparo del arma que su primarca le había regalado a Vulkan.

Allí estaba. La poderosa figura de Vulkan caminaba entre los Torrentes de disparos, y mataba con cada mandoble de su espada o con cada rayo del arma que su hermano había forjado para él. Una explosión colosal estalló a los pies del primarca y lo envolvió en una nube de llamas mortíferas. Decenas de sus dragones de fuego salieron despedidos por el aire, con la armadura fundida y la carne arrancada de los huesos, pero Vulkan atravesó

aquel fuego sin sufrir daño alguno y continuó matando traidores sin bajar el ritmo en ningún momento.

Ferrus Manus penetró más todavía entre las filas de los traidores. Su entrenamiento jamás los había preparado para la furia de un primarca. Los morlock seguían a su amo y señor y formaban una cuña de combate que se abría, a disparos y mandobles, un camino sangriento a través de los traidores.

Por detrás del tremendo ataque que había supuesto el asalto con cápsulas, los transportes pesados de las flotas leales se esforzaban por atravesar la tormenta de disparos antiaéreos que surgía del interior de la antigua fortaleza. Las naves envueltas en llamas se desplomaban contra el suelo, cayendo en barrena, destrozadas por las ráfagas de los disparos trazadores o reventadas por los torpedos de masa reactiva. Cientos de naves se esforzaban por mantener la posición mientras descendían hacía la zona de desembarco. Llevaban equipo pesado, artillería, tanques y máquinas de guerra a la superficie de Isstvan V.

Las arremolinadas nubes de polvo granulado oscurecieron buena parte de la zona de desembarco cuando los enormes compartimentos de carga dejaron salir decenas de tanques de combate; desde Land Raider hasta Predator. Compañías enteras de vehículos blindados cruzaron, rugientes, la superficie del planeta e hicieron crujir la arena bajo sus cadenas cuando se apresuraron a unirse a la batalla que se estaba librando en el risco.

Los Whirlwind y las unidades artilleras del ejército se desplegaron en la llanura desértica y dirigieron sus armas a las posiciones enemigas para momentos después añadir sus rugidos al constante y ensordecedor estruendo de la batalla. Descendieron naves incluso más pesadas sostenidas por chorros de fuego, y de sus entrañas surgieron los tanques superpesados del ejército. Los gigantescos cañones de sus armas comenzaron a escupir enormes proyectiles contra las vítreas murallas de la fortaleza.

Lo que había comenzado siendo un ataque en masa contra las posiciones de los traidores se convirtió con rapidez en una de las mayores batallas de toda la Gran Cruzada. En total, eran más de sesenta mil los guerreros astartes que se enfrentaban en la llanura oscura de Isstvan V, y

aunque fuera por otras razones, la batalla pasaría a los anales de la historia imperial como uno de los enfrentamientos más épicos jamás librados.

El ataque de los fieles al Emperador estaba haciendo retroceder el centro de la línea enemiga, formando un arco en cuyo centro se encontraba Ferrus Manus. Los aullantes depredadores de la Guardia del Cuervo de Corax estaban destrozando el flanco derecho enemigo. Sus temibles grupos de alas de asalto caían desde el cielo impulsados por los retrorreactores y mataban a sus enemigos con los mandobles aullantes de sus espadas curvas. Corax se abalanzaba contra los guerreros de Horus, como una ave de presa negra, atravesando el aire gracias a su retrorreactor alado y acabando con los traidores con cada golpe de sus poderosas garras. La legión de los Salamandras de Vulkan abrasaba a sus oponentes en el otro flanco, y las columnas de tuesto señalaban la extensión de su avance.

Sin embargo, hasta ese momento, los traidores habían tenido una respuesta para cada éxito de sus enemigos. La terrorífica forma del primarca de los Devoradores de Mundos mató a cientos de astartes leales que intentaron cruzar un sector de disparo establecido por las escuadras de apoyo de su legión. Angron aullaba como un dios de la batalla primigenio, y sus armas gemelas reventaban a cualquiera que se atreviera a acercarse. Los leales caían con tanta facilidad ante el Ángel Rojo como los traidores bajo las armas de Corax, Ferrus Manus y Vulkan.

En contraste con el salvajismo brutal de Angron, Mortarion *el Señor de la Muerte* y mataba con una eficiencia siniestra y cosechaba decenas de guerreros leales cada vez que blandía su terrorífica guadaña de combate. Su Guardia de la Muerte luchaba con tenaz eficiencia. Donde se encontraban los primarcas traidores ningún enemigo podía sobrevivir, y las fuerzas leales se estrellaron contra ellos igual que contra un peñasco inamovible.

Las Hijos de Horus lucharon por toda la línea con un odio amargo en sus corazones. El primer capitán Abaddon dirigía en combate a las mejores tropas del Señor de la Guerra, y era aterrador ver su ira. Mataba con un salvajismo incesante, mientras que Horus Aximand, que luchaba a su lado, golpeaba de un modo mecánico y casi ausente. Sus ojos no dejaban de asombrarse ante la magnitud de la matanza.

Los Hijos del Emperador luchaban en el centro de la línea traidora con una crueldad exacerbada. Sus guerreros aullaban con alegría salvaje cada vez que mataban a sus antiguos camaradas. Provocaron unos horrores antinaturales de degradación y mutilación en los vivos y en los muertos cada vez que la legión de Fulgrim rechazó los ataques, aunque todavía no se había visto a su primarca.

Unos guerreros con armaduras de la clase Mark IV extrañamente modificadas y cubiertos de pellejos daban saltos en mitad de los combates más letales, luchaban sin casco y con las mandíbulas abiertas de par en par mientras lanzaban aullidos repulsivos. Iban equipados con armas desconocidas que disparaban descargas resonantes de sonidos armónicos atonales que abrían unos sangrientos surcos en las filas de los Manos de Hierro. Unos grandes tubos y altavoces fijados en sus armaduras amplificaban las vibraciones aullantes de su música mortífera, y el ensordecedor sonido destrozó por igual a los guerreros y a los vehículos blindados.

Cuando por fin el grueso del equipo más pesado se desplegó en la retaguardia de la feroz batalla, las explosiones aumentaron entre las líneas de los traidores, y hasta Angron y Mortarion se vieron obligados a retirarse para quedar fuera del alcance de la artillería leal. Ferrus Manus avanzó más todavía por el centro de la batalla, y sus Manos de Hierro se adentraron a mayor profundidad en el corazón de las defensas enemigas en su ansia por castigar a los traidores y descargar su ira en los Hijos del Emperador.

Morían miles a cada minuto, y la matanza era una visión impresionante. La sangre corría literalmente en ríos hacia la depresión de Urgall y abría profundos surcos pegajosos en la arena oscura. Una destrucción semejante jamás se había concentrado en un espacio tan reducido, ya que había suficiente poder militar como para conquistar todo un sistema planetario en una línea de unos, únicamente, veinte kilómetros de ancho.

Escuadrones enteros de vehículos se esforzaron por llegar hasta la línea del frente, pero era tal la masa de cuerpos que sus comandantes vieron frustrado su deseo de aplastar a los traidores bajo su peso blindado. Los

Land Raider formaron filas de disparo y las líneas de láser rojo incidieron casi en paralelo en la fortaleza y en la gigantesca figura del *Dies Irae*.

Los escudos de vacío parpadearon y desaparecieron. El monstruoso titán, al darse cuenta del peligro, cambió de objetivo: dejó de disparar contra la infantería y apuntó contra los blindados. Las líneas de vehículos se vieron arrasadas por descargas de plasma, y una docena estallaron de inmediato cuando el calor alcanzó sus células de energía.

La matanza continuó sin cesar, a una escala jamás vista antes, y sin que ninguno de los dos bandos fuera capaz de aprovechar sus ventajas. Los traidores estaban bien atrincherados en unas buenas posiciones defensivas, pero los leales habían aterrizado prácticamente encima de ellos y con una gran superioridad numérica.

El derramamiento de sangre era un espectáculo verdaderamente horrible, ya que guerreros vinculados entre sí por grandes promesas de lealtad luchaban contra sus hermanos, con el corazón lleno de odio. Ninguna legión salió beneficiada con la matanza, ya que las dimensiones del combate hacían que las tácticas no tuviesen sentido, y los dos ejércitos continuaron enfrentados en una lucha feroz que amenazaba con destruirlos a todos.

Julius avanzó bailando entre el combate. Lo que veía y oía en la matanza le provocaba espasmos de placer físico que le sacudían el cuerpo mientras luchaba con una alegría salvaje. Tenía la armadura mellada y abierta en una decena de puntos, pero las heridas únicamente habían provocado que su mortífera danza alcanzase nuevas cotas. Durante los preparativos para el combate había repintado la armadura con una multitud de colores chillones que estimularon su visión recién renacida.

También había mejorado sus armas* y las expresiones de horror y de asco que acompañaban cada uno de sus golpes letales le encendían los sentidos.

—¡Miradme y daos cuenta de lo grises que son vuestras vidas! —gritó, mientras luchaba delirante en el centro de la matanza.

Hacía tiempo que se había quitado el casco para experimentar mejor el caos de la batalla, el rugido de los disparos, el zumbido de las espadas al

atravesar los cuerpos y el brillo de los proyectiles trazadores al cruzar el aire.

Ansiaba tener a su lado a Fulgrim en aquella batalla tan exquisita, pero el Señor de la Guerra tenía otros planes para el primarca de los Hijos del Emperador. En el rostro extático de Julius apareció un gesto petulante y giró sobre sí mismo para lanzar un tajo perfecto que decapitó a un guerrero de los Manos de Hierro. ¡Horus y sus planes! ¿Dónde estaba entre esos planes encontrar el momento para disfrutar de la victoria? Los poderes y los deseos que *Maraviglia* había despertado en él eran para ser utilizados. Negarlos era negar su propia naturaleza.

Julius recogió del suelo el casco del guerrero que acababa de decapitar y sacó de dentro la cabeza. Se tomó un momento para saborear el hedor a sangre y a carne quemada que su espada de energía había cauterizado.

—¡Antes éramos hermanos! —le gritó con gravedad fingida—. ¡Ahora estás muerto!

Se inclinó y besó los labios del muerto antes de echarse a reír y lanzar la cabeza por el aire, donde estalló arrapada por una de las constantes ráfagas de disparos. Unos aullidos enloquecidos de risas maníacas acompañados de explosiones retumbantes bajaron hacia él, y se echó a un lado a tiempo de que una oleada asesina de sonido le pasara rugiente por encima. La música era dolorosamente alta, pero Julius gritó de placer cuando notó que el sonido le recorría el cuerpo.

El capitán se puso en pie y vio un grupo de exterminadores de armadura bruñida que se dirigía hacia él. Sonrió con ferocidad al ver que lo dirigía Gabriel Santar, ya que las insignias de primer capitán de la armadura brillaban como una baliza en la oscuridad.

Un rugido aullante de sonidos enfrentados abrió un tremendo surco a su lado al surgir de la arena negra como una erupción volcánica. Julius vio a su espalda a Marius, cubierto de pieles humanas, y rugió de placer al saber que su camarada seguía vivo y luchando.

Marius Vairosean había añadido pinchos de hierro a su armadura y le había arrancado la piel a los muertos en La Fenice para decorar las placas manchadas de sangre. Al igual que Julius, no había salido de *Maraviglia* sin verse alterado, y la monstruosa distensión de su mandíbula le había dejado

la boca abierta en un grito aullante y continuo. Donde antes tenía las orejas no quedaban más que dos grandes huecos sangrientos abiertos en la piel, y se había cosido los párpados a las cejas para mantener siempre abiertos los ojos.

Todavía llevaba el gran instrumento musical que había tomado de la orquesta de Bequa Kynska, aunque lo había modificado con unas empuñaduras que permitieran utilizarlo como una terrorífica arma sónica. Entre él y sus camaradas lanzaron una descarga de escalas discordantes que provocó que decenas de morlock cayeran al suelo estremeciéndose. Julius lanzó un grito de halago antes de abalanzarse contra Gabriel Santar y apuntarle a la garganta con su espada.

El horror de lo que estaba viendo casi le costó la vida a Gabriel Santar. Los Hijos del Emperador que tenía ante él no se parecían a nada de lo que se hubiera podido imaginar en sus peores pesadillas. Aunque los enemigas a los que se había enfrentado hasta ese momento eran traidores sin honor, al menos se los podía reconocer como astartes. Sus nuevos oponentes eran perversiones degeneradas de ese ideal, unos monstruos deformados que mostraban abiertamente esas perversiones.

Una monstruosidad deformada con una servoarmadura cubierta de trozos sanguinolentos de piel chillaba mientras movía de un lado para otro una extraña arma, y sus letales descargas sónicas destrozaban a los guerreros en unas explosiones de armaduras rotas y carnes licuadas.

En cuanto Santar alzó uno de los puños de combate para bloquear el golpe dirigido contra su cabeza reconoció los rasgos deformados de Julius Kaesoron. El guerrero se había convertido en un bailarín mortífero que se reía y aullaba como un demente mientras daba vueltas alrededor de Santar y le propinaba mandobles. El arma de Kaesoron era una especie de machete de energía que parecía muy capaz de atravesarle la armadura. Santar se dio la vuelta sobre sí mismo con toda la rapidez que pudo para detener el golpe de la hoja, pero ni siquiera alguien tan veloz como él podía esperar igualar la rapidez de serpiente de su enemigo.

Atrapó la hoja del arma de su oponente entre los dedos de su puño de combate envuelto en energía y se produjo una fuerte explosión. Giró la

mano y la hoja de Julius se partió, dejando tan sólo un corto trozo de espada sobresaliendo de la empuñadura.

Santar dejó escapar un gruñido de dolor cuando sintió que la piel de la mano le quedaba unida a las placas fundidas del extremo de la armadura. Vio que Julias había caído de espaldas. En la ceramita de la placa pectoral todavía le borboteaban los restos de la explosión, y la cara le había quedado convertida en un horror de carne achicharrada y de hueso al aire.

A pesar del dolor que sentía en el muñón quemado en que se había convertido su mano, Santar sonrió bajo el casco y avanzó con pasos pesados para darle el golpe de gracia a su traidor enemigo. Alzó un pie para aplastarle el pecho, ya que la potencia de su armadura de exterminador podía partir con facilidad la placa pectoral de Julius.

Luego vio que Julius no estaba aullando de dolor, sino de un tremendo placer orgásmico.

Se detuvo un brevísimo instante del asco que sintió, pero ese instante era lo único que necesitaba Julius. Alzó lo que quedaba de la hoja cargada de energía de su arma y se lo clavó en la entrepierna a Santar.

El dolor fue inimaginable y le recorrió todo el cuerpo en una oleada de agonía. Julius Kaesoron empujó hacia arriba los restos de su arma y los goterones fundidos de la armadura cayeron a la arena oscura en mitad de la lluvia de sangre de Santar. La hoja le abrió el estómago y entró en la placa pectoral a medida que Julius se ponía en pie y acompañaba el movimiento de sierra de su arma.

Todo el cuerpo de Santar se estremeció agónicamente, y ni siquiera las sustancias calmantes bombeadas a toda velocidad en su sistema sanguíneo lograron atenuar el horrible dolor que suponía que le desgarraran por completo el torso. Intentó moverse, pero la armadura se había quedado bloqueada y Julius lo miró directamente a la cara. Su rostro estaba horriblemente iluminado por las llamas del combate, y vio la piel desprendida de la carne que había debajo y el resplandor del hueso que sobresalía en cada mejilla.

A pesar del estruendo de la batalla y de los labios derretidos de su oponente, Santar oyó con espantosa claridad, mientras la vida se le

escapaba a chorros, las siguientes palabras que pronunció Julios:

—Gracias —gorgoteó éste—. Ha sido algo exquisito.

El campo de batalla de Isstvan V era un matadero de proporciones épicas. Los guerreros traidores, transformados por el odio, se enfrentaban a quienes antaño habían sido sus hermanos en un conflicto sin parangón por su ferocidad. Poderosos dioses caminaban sobre la superficie del planeta y la muerte les seguía con paso firme. La sangre de los héroes y de los traidores fluía como ríos, y los adeptos encapuchados del Mechanicus Oscuro entregaban depravaciones creadas a partir de tecnología robada a la Tecnocracia Auretiana, que provocaban el caos más sangriento entre las fuerzas leales.

Cada segundo que pasaba morían centenares en la depresión de Urgall. La promesa de una muerte inevitable era un sudario oscuro que flotaba sobre cada guerrero presente. Las fuerzas traidoras todavía resistían, pero su línea cedía bajo la furia del ataque de las unidades leales. Sólo hacía falta el menor de los giros del destino para que se rompiera.

Y entonces se produjo.

Al igual que cometas centelleantes procedentes del cielo, los cohetes de incontables cápsulas y naves de desembarco acompañadas de transportes atravesaron las nubes de humo salpicadas de fuego y descendieron sobre la zona de desembarco leal, situada en el extremo norte de la depresión de Urgall. Cientos de Thunderhawk y de Stormbird rugieron en dirección a la superficie. Sus fuselajes blindados y relucientes mostraron que el poder de otras cuatro legiones llegaba a Isstvan. Sus nombres heroicos eran legendarios y sus hazañas, conocidas a todo lo largo y ancho de la galaxia: la Legión Alfa, los Portadores de la Palabra, los Amos de la Noche y los Guerreros de Hierro.



VEINTICUATRO

HERMANOS CON LAS MANOS ENSANGRENTADAS

Ferrus Manus golpeaba a su alrededor con los puños, dos bolas gemelas de acero plateado que aplastaban huesos y atravesaban armaduras allá donde impactaban. Había dejado a un lado la pistola ya que no le quedaba más munición, pero no necesitaba armas para ser una máquina de matar. Ninguna espada podía herirlo, y ningún disparo podía penetrar en su armadura. Cada uno de sus golpes era una fluida economía de movimientos. Mataba a cada paso que daba mientras hacía avanzar la cuña de combate de los morlock hacía el corazón de la línea enemiga.

La espada que llevaba al cinto le pesaba como una losa de justicia cósmica, pero no quería desenvainarla, no hasta que se enfrentara a su traicionero hermano y le revelara cuál era su terrible propósito antes de cobrarse su venganza.

Ansiaba dejar atrás a sus guerreros, abrirse paso de un modo sangriento entre los traidores para buscar a Fulgrim, pero mientras la victoria no estuviera asegurada no podía abandonar sus obligaciones de mando y buscar un duelo con su antiguo hermano para resolver de una vez por todas la enemistad que existía entre ellos.

El fuego y el clamor de la guerra lo rodeaban. De los tanques destrozados y de las posiciones defensivas reventadas surgían columnas de humo. Las explosiones de los disparos llenaban el aire con balas, rayos láser y toda clase de proyectiles. Los gritos y el olor a sangre le saturaban los sentidos. La naturaleza caótica de la batalla era una extensión de miles y miles de astartes que se enfrentaban entre sí. Ferrus Manus fue capaz de ver, a pesar de la furia que sentía, la terrible tragedia que estaba teniendo lugar en el escenario de Isstvan V. Nada sería igual después de aquella batalla, ni siquiera en su victoria final.

Aquella traición mancharía para siempre el honor de los astartes, sin importar cuál fuera el resultado.

«Los seres humanos nos temerán a partir de ahora, y tendrán razón al hacerlo», pensó el primarca.

Oyó gritos de júbilo a su espalda, pero pasaron algunos momentos antes de que el motivo de los mismos le llegara a través de la rabia asesina que sentía. Aplastó el cráneo de un guerrero de los Hijos de Horus de un tremendo puñetazo y se dio la vuelta. Lo que vio fue el bienvenido espectáculo de una flota de cañoneras que descendía desde la órbita del planeta.

—¡Mis hermanos! —gritó, triunfante, cuando reconoció los símbolos de sus camaradas leales.

Las Thunderhawk de la Legión Alfa cruzaron aullantes el campo de batalla, y las naves negras como la medianoche de la legión de Curze, los Amos de la Noche, descendieron para posarse en los flancos y así rodear a las fuerzas del Señor de la Guerra, las Stormbird de los Portadores de la Palabra aullaron al descender. Las alas doradas del fuselaje de la nave relucieron como si las hubiera incendiado el brillo de la batalla. Los pesados transportes de los Guerreros de Hierro se posaron en la depresión de Urgall y descargaron miles de guerreros, que se pusieron de inmediato a fortificar la zona de desembarco con barricadas blindadas y rollos de alambre de espino.

Decenas de miles de camaradas astartes desembarcaron en la superficie de Isstvan V de un solo golpe, la fuerza fiel al Emperador logró más que

doblar sus efectivos. Ferrus Manus alzó un puño hacia el cielo en un gesto entusiasta al contemplar cómo el poder y el número de las legiones de sus hermanos llenaban el desierto negro a su espalda, con sus guerreros descansados y dispuestos para el combate.

Su comunicador resonó de forma insistente al mismo tiempo que una oleada de miedo sacudía las líneas de los traidores ante aquella tremenda demostración de poder militar. Su veteranía le indicó que sus enemigos habían perdido las ganas de combatir. Unidades enteras se apresuraban a dejar atrás sus posiciones. Hasta el propio *Dies Irae* se retiraba. El poderoso titán se había amedrentado ante una fuerza tan abrumadora.

Ferrus Manus captó la lejana figura de Mortarion, que estaba ordenando a sus guerreros que se retiraran hacia la fortaleza en ruinas. Incluso Angron retrocedía. Sus Devoradores de Mundos parecían una monstruosa tribu de salvajes cazacabezas. Sin embargo, los Hijos del Emperador…

El humo se disipó delante de él y Ferrus Manus vio lo que había estado buscando desde que había llegado a aquel maldito planeta.

Vio a Fulgrim, con su reluciente armadura púrpura y dorada.

Su antiguo hermano ordenó con señas de su espada plateada a sus seguidores más repugnantes que se reunieran con él a los pies de la muralla negra. Un largo mástil de color ébano con decoraciones doradas y plateadas le sobresalía por la espalda, y Ferrus Manus sonrió con gesto ceñudo cuando se dio cuenta de que Fulgrim también se había dado cuenta de que el destino había ordenado que aquel duelo debía librarse en la superficie de Isstvan V.

Unos engendros retorcidos con las armaduras cubiertas de pellejos rodeaban al primarca de los Hijos del Emperador, y un monstruo con la piel roja y quemada se mantenía a su mano derecha. Sólo en ese momento, al final, se había atrevido Fulgrim a dar la cara.

En cuanto Ferrus vio a Fulgrim supo que éste también se había dado cuenta de su presencia. Sintió que el odio y la rabia se apoderaban de él como una ola imparable.

Los traidores estaban alejándose de las fuerzas leales cada vez con mayor rapidez, dejando atrás miles de cadáveres, tanto suyos como enemigos. A Ferrus Manus no se le escapó la magnitud de la matanza, y aunque la sangre le cantaba por la victoria y por su inminente enfrentamiento con Fulgrim, no pudo evitar pensar en que las legiones leales habían sufrido unas bajas terribles para lograrla.

Contempló la línea enemiga desvanecerse ante sus ojos. Los agotados guerreros leales, exhaustos por el combate, se tambalearon mientras el enemigo huía. Ferrus Manus llamó a sus morlock para que se reunieran con él antes de abrir un canal de comunicación con Corax y Vulkan.

—El enemigo ha sido derrotado. Mirad cómo huye. ¡Avancemos! ¡Que ninguno escape a nuestra venganza!

La respuesta le llegó cargada de estática y casi no logró oír las palabras de Corax, debido a las explosiones que todavía resonaban y al aullido del descenso de más naves aliadas.

—¡Espera, Ferrus! Puede que hayamos vencido, pero dejemos que nuestros aliados consigan parte de la gloria de este combate. Hemos logrado una gran victoria, pero no sin pagar un terrible coste. Mi legión está debilitada, lo mismo que la de Vulkan. No creo que la tuya no haya hecho un tremendo sacrificio para hacernos avanzar tanto.

—Estamos debilitados, pero no vencidos —gruñó Ferrus Manus mientras observaba la lejana figura del resplandeciente Fulgrim.

El primarca de los Hijos del Emperador se subió a un peñasco de roca negra y abrió los brazos de par en par en un gesto de claro desafío. La sonrisa de superioridad burlona era claramente visible incluso a centenares de metros.

—Así estamos todos —apuntó Vulkan—. Deberíamos parar un momento a descansar y a vendarnos las heridas antes de meternos de nuevo de cabeza en una batalla tan terrible. Debemos consolidar lo que hemos conseguido y dejar que nuestros hermanos recién llegados continúen la lucha mientras nosotros nos reagrupamos.

—¡No! —gritó Ferrus Manus—. ¡Los traidores han sido derrotados, y ahora lo único que hace falta para destruirlos por completo es un último

ataque!

—¡Ferrus, no cometas una estupidez! —le advirtió Corax—. ¡Ya hemos ganado!

El primarca de los Manos de Hierro apagó el comunicador y se volvió hacia los morlock supervivientes de su escolta. Media centuria de exterminadores lo rodeaba. Sus cuchillas de combare relucían cargadas de energía, y su porte orgulloso le indicó que cumplirían cualquier orden que les diese, ya fuese retirarse o marchar de nuevo al infierno de la batalla.

—¡Que nuestros hermanos se queden lamiéndose las heridas, si quieren! —gritó—. ¡Los Manos de Hierro no permitiremos que nadie tenga la satisfacción de resolver nuestros asuntos pendientes con los Hijos del Emperador!

Fulgrim sonrió cuando Ferrus Manus retomó su ataque contra el centro de las líneas defensivas situadas sobre la depresión de Urgall. Su hermano, cuya silueta quedaba recortada por el resplandor de la batalla, era una magnífica figura vengativa. Sus manos y sus ojos plateados reflejaban los fuegos de la matanza con un brillo reluciente. Fulgrim creyó por un momento que Ferrus se detendría para reagruparse con los Salamandras y con la Guardia del Cuervo, pero después de desafiarlo desde encima de aquella roca, no habría forma alguna de contener al primarca de los Manos de Hierro.

A su alrededor, los últimos miembros supervivientes de la Guardia del Fénix esperaban el contundente ataque de los Manos de Hierro con las alabardas bajadas y apuntando hacía sus enemigos. Marius y su gemebunda arma sónica aullaban de impaciencia, y Julius, casi irreconocible con toda la piel de la cara achicharrada, se pasó la lengua, cubierta de ampollas, por lo que le quedaba de boca.

Ferrus Manus y sus morlock avanzaron a la carga por las ruinas destrozadas de las defensas con las armaduras negras y sus placas bruñidas quemadas y manchadas con la sangre de sus enemigos. La sonrisa de Fulgrim disminuyó levemente de intensidad cuando se dio cuenta realmente de lo mucho que lo odiaba su hermano. Se preguntó de nuevo

cómo era posible que hubieran acabado de ese modo. Sabía que ya no quedaba oportunidad alguna de recuperar aquella hermandad.

Aquello sólo acabaría con la muerte.

La retirada de las fuerzas del Señor de la Guerra parecía débil y desorganizada, exactamente como lo había planeado Horus. Los guerreros se alejaron de la línea del frente en grupos determinados, con la moral aparentemente perdida, pero se reunieron en bolsas de resistencia detrás de las ruinas que habían dejado los bombarderos y los cráteres ennegrecidos.

Los Manos de Hierro atravesaron las defensas, y los voluminosos exterminadores fueron imparables en su incesante avance. La energía crepitaba en las garras que les sobresalían de los guanteletes, y sus ojos rojos brillaban cargados de furia. La Guardia del Fénix se preparó para recibir la carga, muy consciente del poder de aquellas poderosas armaduras.

Marius emitió un sonido de alearía extática y su extraña arma lo amplificó hasta convertirlo en un aullido de armonía letal que atravesó el suelo en una rugiente oleada sónica que explotó entre las filas delanteras de los morlock.

Los gigantescos guerreros fueron destrozados por el tremendo poder de aquella arma cuando las armaduras no repelieron el sonido y el estampido les licuó la carne. Los Hijos del Emperador chillaron de placer ante el estruendo, ya que sus sentidos modificados y las sondas neurales potenciadas en sus cerebros convirtieron los sonidos discordantes en las sensaciones más vividas imaginables.

—¡Cuando lleguen aquí, dejadme a Ferrus Manus a mí! —gritó Fulgrim.

La Guardia del Fénix respondió con un terrible grito de guerra y se lanzó a por los morlock, provocando un feroz choque de hojas metálicas. Del filo dorado de las alabardas y de las garras saltaron tremendas descargas eléctricas, y una tormenta de luz y sonido surgió de cada enfrentamiento a vida o muerte. La batalla rodeó al primarca de los Hijos del Emperador, pero éste se mantuvo apartado de los combates a la espera del gigante de armadura negra, que pasaba sin ser molestado a través de la entre aquellos hermanos que se atacaban con un odio furibundo.

Fulgrim hizo un gesto de asentimiento a modo de saludo cuando Ferrus Manus se llevó una mano a la espada que llevaba al cinto. Sonrió al reconocer la empuñadura de *Filo de fuego*.

—Has reforjado mi espada —comentó Fulgrim.

Su voz atravesó el tremendo fragor del combate. Aunque a su alrededor los guerreros morlock y los de la Guardia del Fénix combatían con ferocidad, ninguno de los pretorianos de ambos primarcas se atrevió a acercarse a ellos, tal vez conscientes de que interrumpir un enfrentamiento como aquél sería un crimen imperdonable.

—Sólo para poder matarte con una arma forjada por mis propias manos —le replicó Ferrus Manus.

En respuesta, Fulgrim envainó la espada plateada y alargó una mano por detrás de la espada para empuñar el gran martillo de combate que llevaba colgando allí.

—Entonces, yo haré lo mismo.

Le reconfortó sentir en las manos el gran peso de *Rompeforjas*, el arma que había creado con su propia habilidad y energía bajo el monte Narodnya, y se bajó de la roca para acercarse a su antiguo hermano.

—Es apropiado que nos enfrentemos con las armas que nosotros mismos creamos hace tanto tiempo —comentó Fulgrim.

—Llevo esperando este momento desde hace mucho, Fulgrim —le contestó Ferrus Manus—. Desde que viniste a mí con la traición dentro de ti. He soñado desde hace meses con esto. Sólo uno de nosotros saldrá de aquí con vida. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé —admitió Fulgrim.

—Has traicionado al Emperador y me has traicionado a mí —añadió Ferrus, y Fulgrim se sintió sorprendido al notar en la voz de su enemigo que estaba verdaderamente triste.

—Acudí a ti por nuestra amistad, no a pesar de ella —le respondió Fulgrim—. El universo está cambiando. El viejo orden se acaba y llega un nuevo. Te ofrecí la oportunidad de formar parte de ese nuevo orden, y la rechazaste.

—¡Quisiste que me convirtiera en un traidor! Horus está loco. Sólo ansia el poder. ¡Mira la muerte que nos rodea! No hay justificación para esto. Acabaréis colgados de la puerta de los Traidores por vuestros actos, ya que soy un leal siervo del Emperador, y por mi mano, su voluntad y su venganza se cumplirán.

—El Emperador está acabado —le replicó Fulgrim—. Se dedica a tonterías sin sentido en las criptas de Terra mientras sus dominios se deshacen. ¿Acaso ésa es la actitud de alguien que está preparado para gobernar la galaxia?

—No creas que me puedes ganar para tu causa, Fulgrim. Fracasaste una vez y no tendrás una segunda oportunidad.

Fulgrim hizo un movimiento de negación con la cabeza.

—No te estoy ofreciendo una segunda oportunidad, Ferrus. Ya es demasiado tarde para ti y para tus guerreros.

Ferrus Manus se echó a reír.

—¿Es que te has vuelto loco, Fulgrim? Se acabó. El Señor de la Guerra, tu, todos estáis derrotados. Vuestras fuerzas se retiran en desbandada y el poder de otras cuatro legiones no tardará en aplastar por completo vuestra rebelión.

Fulgrim fue incapaz de contener las sensaciones que le bullían dentro de la cabeza y negó con la cabeza mientras saboreaba sus siguientes palabras.

—Hermano, qué ingenuo eres. ¿De verdad crees que Horus sería tan estúpido como para dejarse arrinconar de este modo? Mira hacia el norte y verás que sois vosotros los que estáis acabados.

Las fuerzas de la Guardia del Cuervo y de los Salamandras retrocedieron de forma ordenada hacia la zona de desembarco, donde se estaban desplegando los refuerzos para unirse al combate. Las naves de desembarco de los Guerreros de Hierro, unos bastiones blindados unidos por altas murallas protegidas con pinchos, formaban una línea continua de fortificaciones amenazantes que se extendían por la parte norte de la depresión de Urgall.

En la zona de desembarco había desplegada una fuerza de asalto de mayor tamaño que la que había iniciado el ataque contra Isstvan V, y estaba dispuesta para el combate, descansada y sin baja alguna.

Corax y Vulkan encabezaron el repliegue de sus tropas para que se reagruparan y los guerreros de sus hermanos primarcas pudieran participar en la gloria de derrotar a Horus. Con ellos llevaban a sus muertos y heridos. Habían conseguido la victoria, pero el coste había sido tremendamente elevado, ya que miles de guerreros de las tres legiones habían muerto a consecuencia de la traición del Señor de la Guerra. Las fuerzas de Horus se estaban retirando, pero no habría celebración de la matanza, ningún festín alegre para marcar el acontecimiento ni gloriosos días para recordar, tan sólo otro pergamino triste que añadir a un estandarte que no volvería a ver la luz del día.

Los tanques ennegrecidos, con la munición ya agotada y los cascos marcados por los impactos de proyectiles marchaban al lado de los astartes.

Se pidió ayuda médica y suministros, pero la línea de astartes que se encontraba en el lado norte de la llanura observó en un silencio ceñudo cómo los agorados guerreros de la Guardia del Cuervo y de los Salamandras llegaban a un centenar de metros de sus aliados.

Una única bengala salió disparada hacia el ciclo desde el interior de la fortaleza negra donde Horus había establecido su cubil. Una vez arriba, estalló, y su infernal resplandor rojizo iluminó el campo de batalla que se extendía bajo ella y que parecía la visión del fin del mundo que podría tener un demente.

Y el fuego de la traición rugió en los cañones de un millar de armas.

Fulgrim se echó a reír ante la expresión de sorpresa que apareció en el rostro de Ferrus Manus cuando las fuerzas de sus «aliados» abrieron fuego contra la Guardia del Cuervo y los Salamandras. Cientos de hombres murieron en los primeros instantes, y cientos más en los segundos posteriores cuando una andanada tras otra de disparos de bólter y de cohetes segaron sus filas desprevenidas. En mitad de los guerreros leales estallaron tremendas explosiones que los vaporizaron y abrieron grandes

agujeros en los tanques cuando la potencia combinada de cuatro legiones destrozó la primera oleada.

Ferrus Manus contempló con un horror mudo cómo Corax quedaba envuelto por una tormenta de fuego y una nube con forma de hongo producida por una explosión titánica se elevaba desde el punto donde Vulkan se había quedado mirando inmóvil lo que estaba ocurriendo.

En cuanto aquella tremenda nueva matanza comenzó, las fuerzas en retirada del Señor de la Guerra se dieron la vuelta y apuntaron con sus armas a los enemigos que tenían más cerca. Cientos de guerreros de los Devoradores de Mundos, de los Hijos de Horus y de la Guardia de la Muerte cayeron sobre las compañías veteranas de los Manos de Hierro, y aunque los guerreros de la X Legión continuaron luchando con valentía, los superaban en número de un modo imposible de resistir y acabaron despedazados.

Ferrus Manus se volvió para encararse con Fulgrim, y el primarca de los Hijos del Emperador vio la desesperación grabada en el rostro de su antiguo hermano. Sus ojos plateados estaban apagados, sin vida. Tener una victoria como aquélla al alcance de la mano y que se escapara al instante siguiente debía ser una sensación sublime. Fulgrim casi deseó poder intercambiarse con Ferrus para saber qué se sentía.

—Sólo te esperan una derrota absoluta y una muerte segura, Ferrus —le dijo—. Horus ha ordenado tu muerte, pero le pediré que te perdone en nombre de nuestra antigua amistad si tiras las armas. Tienes que rendirte, Ferrus. No tienes escapatoria.

Ferrus Manus apartó definitivamente la mirada de la matanza de las fuerzas leales y gruñó con la furia volcánica de su planeta natal.

—Puede que no, traidor, pero no le temo a la muerte, ¡sólo al deshonor! —le replicó Ferrus—. Los guerreros leales al Emperador no se rendirán ni ahora ni nunca. ¡Tendrás que matarnos a todos y cada uno de nosotros para vencer!

—Que así sea —respondió Fulgrim, y se lanzó a por su hermano.

El primarca de los Hijos del Emperador blandió el poderoso martillo de combate, que se estampó contra la espada de su oponente. Las armas,

forjadas en hermandad pero blandidas en venganza, chocaron y provocaron una columna de energía centelleante. El campo de batalla quedó iluminado en varios centenares de metros a la redonda por el tremendo poder de ambas.

Los dos primarcas intercambiaron golpes de sus armas de potencia monstruosa con la fuerza suficiente como para derrotar ejércitos o derribar montañas mientras se enfrentaban al igual que dioses obligados a resolver sus diferencias como simples mortales. Ferrus Manus movía la espada llameante dando feroces tajos, pero cada golpe era detenido por el mango de color ébano del martillo que él mismo había blandido en incontables campañas.

Fulgrim movía en grandes arcos amplios el martillo, cuya cabeza era lo bastante potente como para convertir en pasta el blindaje de un titán. Ambos guerreros luchaban con el odio que sólo unos hermanos enfrentados pueden poseer. Las armaduras comenzaron a abollarse, a partirse y a ennegrecerse por la ferocidad del enfrentamiento.

Combatir contra un adversario de tal magnificencia era todo un privilegio, y Fulgrim saboreó cada choque de la espada contra el martillo, cada rasguño llameante que sufría en la piel, cada gruñido de dolor que soltaba su hermano cuando *Rompeforjas* le rozaba la armadura. Lucharon dando vueltas el uno alrededor del otro entre gritos de dolor y un alegre rugido salvaje. Prácticamente todos los morlock de Ferrus Manus habían muerto, salvo unos escasos y desesperados héroes.

Ferrus Manus le partió una hombrera a Fulgrim y se metió dentro de su guardia para lanzarle un tajo letal contra el bajo vientre. El primarca de los Hijos del Emperador se acercó a su vez para hacer frente al golpe y echó a un lado la punta llameante de la espada con el mango del *Rompeforjas* para luego empujar la cabeza del martillo contra el cráneo de Ferrus.

El primarca de los Manos de Hierro recibió el golpe, se dejó caer sobre una rodilla y lanzó una tremenda estocada mientras la sangre le salía con fuerza de la tremenda herida en la sien. La punta llameante de la espada impactó de lleno a Fulgrim en la zona del estómago, le atravesó la armadura y se le clavó en el cuerpo. El dolor fue indescriptible, y Fulgrim

retrocedió tambaleándose. Dejó caer el martillo y se colocó las manos sobre la herida en un esfuerzo por impedir que la sangre le siguiera saliendo a chorros.

Ambos primarcas se quedaron mirándose, envueltos en una neblina rojiza de dolor, y Fulgrim notó de nuevo una oleada de tristeza en su interior. El dolor de sus heridas y la visión de la cabeza de su hermano empapada en sangre le abrieron la mente. La sensación fue igual que si se abriera una ventana a una fuerte corriente de aire fresco, y aquello despejó la niebla que lo envolvía de un modo tan sofocante que no se había dado cuenta de su existencia hasta que hubo desaparecido.

—Mi hermano —susurró—. Mi amigo.

—Hace mucho tiempo que perdiste el derecho a llamarme amigo —le respondió Ferrus Manus, con un gruñido, al mismo tiempo que se ponía en pie. Luego se dirigió tambaleante hacia Fulgrim con *Filo de fuego* en alto, preparado para acabar con él.

A Fulgrim se le escapó un grito, y la mano se le fue de forma involuntaria a la cintura mientras la espada llameante se abría paso por el aire en dirección a su cuello. El acero plateado relució cuando desenvainó la espada que había tomado del templo laer y detuvo el arma de su adversario. La espada de Ferrus Manus siseó y crepitó al chocar contra el arma plateada, y la fuerza del primarca de los Manos de Hierro empujó al metal ardiente centímetro a centímetro hacia la cara de Fulgrim.

—¡No! —gritó Fulgrim—. ¡Esto no debería ser así!

La amatista de la empuñadura de la espada de Fulgrim palpitó con un resplandor maligno e iluminó el rostro de Ferrus Manus con un brillo púrpura burlón. Una extraña energía recorrió la hoja, y un humo cargado de olor almizcleño los rodeó, apagando los sonidos e impidiendo la visión. Fulgrim sintió que una presencia monstruosa crecía a su alrededor, y que su poder y su esencia innombrable eran más embriagadores y temibles que cualquier otra cosa que se hubiera podido llegar a imaginar nunca.

Una fuerza diabólica le recorrió las extremidades y contrarrestó la fuerza de Ferrus Manus. Sintió la sorpresa de su antiguo hermano al ver que se resistía. Fulgrim se puso en pie con un grito de rabia animal, lanzó

de espaldas al primarca enemigo y le propinó un tremendo mandoble con la espada.

El filo plateado cortó profundamente la placa pectoral de la armadura de Ferrus Manus, y el primarca de los Manos de Hierro se desplomó de rodillas cuando la centellante energía de la espada le partió la armadura negra, como un cuchillo cortaría la mantequilla fría. De la herida salió un chorro de sangre caliente, y al primarca se le escapó de la mano *Filo de fuego* por el tremendo dolor que sintió.

¡Acaba con él! ¡Mátalo!, gritó la voz, y a Fulgrim le dio la impresión de que resonaba por el tiempo y por el espacio además de en el interior de su propio cerebro. Se tambaleó por la tremenda fuerza de la orden y se agitó como si ya no tuviera bajo su control sus propias extremidades.

Su gracia y elegancia habituales desaparecieron mientras alzaba a trompicones la espada y se preparaba para darle el golpe de gracia a Ferrus Manus. Una nueva energía desconocida lo recorrió, bajando la desde hoja mellada y, pasando por los brazos, hasta la carne y los huesos de todo su cuerpo.

Fulgrim quedó envuelto en un resplandor de color púrpura. Unos crepitantes arcos relampagueantes lo acariciaron con la ternura de un amante y buscaron sus heridas para lamerlas con aquel fuego infernal mientras intentaban penetrar en su cuerpo.

Fulgrim se quedó de pie delante de Ferrus Manus. El pecho se le movía de forma convulsa mientras todo el cuerpo se le estremecía con la violencia del poder que buscaba hacerse con él.

¡Debe morir! ¡Si no, te matara!

Fulgrim bajó la mirada hacia su oponente derrotado y vio su propio reflejo en los ojos de Ferrus Manus.

En un instante que se alargó una eternidad, vio en lo que se había convertido y en la monstruosa traición en la que había participado de forma voluntaria. Supo en ese instante eterno que había cometido una equivocación terrible al empuñar la espada en el templo laer, y se esforzó por soltar aquella arma maldita que lo había hecho caer tan bajo.

La mano se le mantuvo firmemente cerrada alrededor de la empuñadura, y al mismo tiempo que se dio cuenta de lo bajo que había caído, también se percató de que había llegado demasiado lejos como para poder parar, y a todo eso se unió el darse cuenta de que todo por lo que había luchado en aquella traición era mentira.

Fulgrim vio que Ferrus Manus alargaba una mano, casi a cámara lenta, hacía su espada. Su adversario cerró los dedos alrededor de la empuñadura y las llamas se encendieron de nuevo ante el contacto con su creador.

¡Mátalo antes de que te mate! ¡YA!

La espada de Fulgrim pareció moverse con independencia, pero no necesitaba tales artificios, ya que él la blandió por voluntad propia.

El arma plateada hendió el aire hacia Ferrus Manas, y Fulgrim notó la sensación de triunfo de la presencia que ahora sabía que había habitado en su interior desde el principio. Intentó desesperadamente detener el golpe, pero ya no poseía el control de sus propios músculos.

El acero forjado de un modo antinatural en la disformidad chocó con la piel de hierro de un primarca, y su filo aberrante atravesó la piel, el músculo y los huesos de Ferrus Manus con un chillido aullante que resonó en unas dimensiones más allá de las conocidas por los simples mortales.

De la herida surgieron una catarata de sangre y las monumentales energías unidas a la carne y a la sustancia de uno de los hijos de sangre del Emperador. Fulgrim retrocedió y dejó caer la espada plateada a un lado cuando aquel poder ardiente lo cegó. Oyó un aullido penetrante, semejante al de un coro de espectros, que lo rodeó al mismo tiempo que unas manos fantasmales tiraban de él y un millar de voces gritaban en el interior de su mente.

Unos torbellinos espectrales lo atraparon y lo hicieron girar como un simple trapo al viento amenazando con arrancarle los miembros como castigo. Cuando ya aceptaba aquella oportunidad de olvido, sintió que otra presencia aparecía para protegerlo, la misma presencia que había guiado el brazo de la espada, la misma presencia que había sido su compañía constante desde Laeran, aunque él no lo hubiera sabido entonces.

Fulgrim cayó al suelo cuando los torbellinos lo soltaron y se desvanecieron con un grito aullante de angustia y frustración. Se desplomó y rodó sobre un costado, boqueando para tragar grandes bocanadas de aire frío, mientras volvía a oír el sonido de la batalla. Le llegaron gritos de dolor, disparos, explosiones y el estampido rítmico de los bólters al lanzar una andanada tras otra. Era el sonido de la muerte.

Era el sonido de una matanza.

Le dolía todo el cuerpo por las heridas y por la sensación de pérdida, pero Fulgrim se puso en pie. Estaba rodeado de sangre y de los restos del combate, y las figuras inmóviles de los guerreros con armadura contemplaban inmóviles el cuerpo decapitado que yacía en el suelo negro delante de él.

Fulgrim inspiró de forma profunda y temblorosa y alzó las manos al cielo para gritar su pérdida ante el espectáculo de su hermano tan cruelmente asesinado.

—¿Qué es lo que he hecho? —aulló—. ¡Que el Trono me salve! ¿Qué es lo que he hecho?

Lo que había que hacer.

Fulgrim oyó la voz como un siseo sibilante en el oído, el aliento de alguien pegado a su cuello. Giró la cabeza pero allí no había nadie, ningún interlocutor invisible, ninguna presencia.

—Está muerto —musitó Fulgrim. La sensación de pérdida y de culpabilidad por su crimen era inmensa—. Yo lo he matado.

Si, eso hiciste. Con tus propias manos. Mataste a tu hermano, que siempre pensó bien de ti y que lucho fielmente a tu lado a lo largo de todos esos años.

—Era… era mi hermano.

Eso era, y siempre te honró.

Le dio la impresión de que la presencia ominosa que lo rodeaba y que le hablaba le arañaba los ojos con unos dedos inmateriales, y Fulgrim sintió que su mente era arrastrada al mundo de los recuerdos, y vio de nuevo la batalla contra la Diasporex, y a la *Puño de Hierro* acudiendo en ayuda de la *Pájaro de Fuego*. Vio el resentimiento que había albergado durante meses, y

sólo en ese momento comprendió el altruismo del acto de Ferrus Manus y la pérdida de vidas que había provocado su actitud egoísta. Donde antes sólo había visto ambición de gloria por parte de su hermano, ahora veía el acto realmente heroico que había realizado.

Los comentarios críticos de su hermano, las pullas dirigidas a subestimarlo, no habían sido más que bromas destinadas a restarle orgullo y a que recuperara algo de humildad. Lo que había percibido como fanfarronadas orgullosas y actos temerarios eran hazañas valerosas que él había despreciado con desdén.

El rechazo de Ferrus Manus a su intento de traición era un acto de auténtica amistad, pero sólo en ese momento se dio cuenta de que lo que su hermano había intentado siempre era salvarlo.

—¡No, no, no! —gritó Fulgrim cuando el verdadero horror de lo que había hecho le impacto con toda la fuerza de un rayo.

Miró a su alrededor a través de los ojos llenos de lágrimas y vio los horribles cambios que había provocado en su amada legión, las perversiones que había ocultado tras la fachada de placeres epicúreos.

—Todo lo que he hecho no son más que cenizas —susurró, y empuñó la dorada *Filo de fuego*, la espada que su hermano había empuñado a su vez en un intento por deshacer todo el mal que él había desencadenado.

Fulgrim le dio la vuelta a la espada y sostuvo la hoja llameante contra su cuerpo. El filo le ennegreció las manos y le quemó la piel a través de las grietas de la armadura.

Acabar con todo en ese momento sería lo más fácil del mundo. Eliminar la culpabilidad y terminar con el dolor gracias a un fuerte empujón del acero en sus entrañas. Fulgrim agarró la espada con fuerza y la sangre comenzó a correrle por la palma de las manos allá donde el filo le cortó la piel.

No. Un noble suicidio no es para gente como tú, Fulgrim.

—Entonces, ¿qué lo es? —aulló Fulgrim al mismo tiempo que arrojaba lejos la espada que su hermano había forjado.

El olvido. El dulce vacío de la paz eterna. Puedo otorgarte lo que ansias… y acabar con la culpabilidad y el dolor.

Fulgrim se irguió y se mantuvo así bajo las nubes tormentosas de Isstvan V. Su rostro, antaño bello, estaba cubierto de lágrimas, y armadura llena de manchas de la sangre de su hermano.

Fulgrim levantó las manos y miró la sangre que también la cubría.

—El olvido —murmuró con voz roncan—. Si, ansío el don de la no existencia.

Entonces, ábrete por completo a mí y yo acabaré con todo esto.

Fulgrim echó un último vistazo a su alrededor. Miró a los guerreros que estúpidamente se habían aliado con el Señor de la Guerra: Julios, Marius y los miles más que estaban condenados y que no lo sabían.

A su alrededor oyó los ruidos del futuro, la guerra y la muerte. La idea de que él compartía una parte de la responsabilidad por la destrucción del sueño del Emperador era la mayor vergüenza y pena que jamás hubiera conocido.

Acabar con todo aquello sería un alivio bendito.

—El olvido —susurró. Cerró los ojos—. Hazlo. Acaba conmigo.

Las barreras de la mente de Fulgrim cayeron por completo y sintió el éxtasis de una criatura más antigua que el propio tiempo mientras se derramaba sobre el vacío de su alma. Apenas su contacto se apoderó de su carne, supo que ahora sí que había cometido el peor error de toda su vida.

Fulgrim gritó mientras se esforzaba por mantenerla fuera, pero ya era demasiado tarde.

Su conciencia se vio aplastada contra las esquinas oscuras sin utilizar de su mente, condenada para siempre a ser un testigo mudo de la destrucción que provocaría el nuevo amo de su cuerpo.

Un momento antes, Fulgrim era un primarca, uno de los hijos de sangre del Emperador; al siguiente, era una criatura del Caos.



VEINTICINCO

LA MATANZA
DEMONIO
EL ÚLTIMO FÉNIX

Unas tropas de menor valía se habrían rendido y habrían aceptado su destino ante un enemigo tan abrumador pero los guerreros de la Guardia del Cuervo y de los Salamandras eran astartes, por lo que lucharon como nunca lo habían hecho antes, ya que sabían que su final estaba cerca y deseaban hacer que los traidores pagaran con su sangre cada uno de sus muertos.

Atrapada entre dos ejércitos, la primera oleada de las fuerzas leales fue masacrada de un modo sistemático. Los disparos incesantes de los Guerreros de Hierro en la zona de desembarco y las fuerzas que regresaban a todo lo largo de la depresión de Urgall aplastaron a los Salamandras y a la Guardia del Cuervo en un cepo de fuerza terrorífica, y sus guerreros murieron bajo una tormenta asesina de sangre y fuego.

Los guerreros de la Legión Alfa y de los Portadores de la Palabra siguieron a sus líderes por las llanuras negras de Isstvan V, y con los bólters rugientes y las espadas sierra chirriantes echaron a un lado los últimos

jirones de su supuesta lealtad al Emperador para apuntar con ellos a sus hermanos.

El *Dies Irae* mato a decenas de astartes con cada disparo de sus poderosas armas, y avanzó como un demonio de leyenda entre la matanza nocturna. Múltiples explosiones golpearon a las fuerzas leales, y unas llamaradas letales recorrieron el desierto negro vaporizando guerreros y convirtiendo la arena en cristal, los tanques traidores, rugientes, bajaron desde las colinas de Urgall, sin dejar de disparar con todas sus armas y aplastando a los heridos bajo sus cadenas. Los Manos de Hierro estaban perdidos, y el destino de su primarca era una incógnita, ya que su última posición conocida había sido arrollada por las hordas de aúllantes guerreros enemigos.

Angron regresó de su falsa retirada y abrió un surco sangriento entre los guerreros leales. Sus armas se cobraron innumerables vidas entre las filas de sus enemigos. El Ángel Rojo luchó con un frenesí bárbaro, con la mente puesta únicamente en el ansia asesina que lo impulsaba. Sus guerreros tajaban y descuartizaban a sus adversarios como si fueran simples carniceros, con una rabia asesina que los llevó a cubrirse las armaduras con la sangre de los muertos.

Si el estruendo de la batalla había sido algo increíble antes, en esos momentos ya era ensordecedor. No se oían otras voces que no fueran gritos de dolor o de odio. Los sonidos se perdían en el constante rugir de los disparos o de las explosiones retumbantes, y todo ello se fundía para formar un único e inmenso aullido de asesinato. Lo que había comenzado como una batalla se había convertido en una matanza. Las bolsas de resistencia formadas por guerreros leales eran acribilladas por la tremenda superioridad de potencia de fuego antes de que los destrozados supervivientes fueran despedazados con las espadas sierra ensangrentadas.

Mortarion aniquilaba guerreros leales con grandes barridos de su guadaña. Su capa rasgada aleteaba en el aire sacudida por los vientos calientes alimentados por los incendios. La Guardia de la Muerte aplastó a sus oponentes con el incesante pisoteo de sus botas al marchar y sus disciplinadas ráfagas de disparos.

Al frente de los Hijos del Emperador, el comandante general Eidolon y el capitán Lucius dirigían un contingente de guerreros hacia el corazón del enemigo. Mataban a sus adversarios con maravillosas demostraciones de esgrima y con agudos gritos de poder sónico en estado puro. El espadachín recorría la batalla bailando, y su espada abrió un camino sangriento y aullante mientras reía al compás de una música que sólo él parecía oír.

Marius Vairosean y su orquesta de condenación araron la arena ensangrentada con sus terroríficos sonidos armónicos, que partían el metal y abrían la carne con acordes chirriantes y escalas estridentes. Por contraste, Julius Kaesoron apenas tomó parte en el combate y se dedicó a mutilar y a profanar los cadáveres que su hermano dejaba a su paso. De la armadura le colgaban trofeos de carne, y cada profanación que ejecutaba sobre los cadáveres enemigos era más extrema que la anterior.

El apotecario Fabius se abrió paso entre la matanza como un buitre, parándose aquí y allá sobre un astartes caído para efectuar una repugnante extracción. Un grupo de guerreros lo protegía, y un séquito de horribles homúnculos lo ayudaba en su asquerosa tarea, los frutos de la cual eran transportados detrás de él en una procesión repulsiva de portadores de órganos ensangrentados.

A Fulgrim no se le veía por ningún lado. El primarca de magnífico aspecto estaba perdido entre la destrucción de los morlock de los Manos de Hierro, pero sus guerreros combatieron con una alegría salvaje y exquisita, incluso sin su presencia.

Con la victoria ya al alcance de la mano, el Señor de la Guerra bajó al campo de batalla rodeado por Falkus Kibre y los exterminadores de la Justaerin. Lo que quedaba del Mournival de Horus luchó a su lado, y la magnífica armadura negra con el adorno de color ámbar en el pecho relució rojiza bajo la luz de las llamas.

El campo de matanza de Isstvan V estaba encharcado con la sangre de los leales al Emperador Su valiente intento de detener la rebelión de Horus era ya poco más que un montón de carne desgarrada que luchaba por los últimos retazos de honor que les quedaba.

En algunos puntos, la feroz resistencia venció a los traidores, y grupos de héroes desesperados se abrieron paso para salir de aquella trampa, y arrastraron consigo a los heridos para llegar hasta las pocas naves de desembarco que les quedaban.

Un puñado de guerreros de la Guardia del Cuervo atravesó un cordón de miembros de los Hijos del Emperador, quienes aullaron de placer orgásmico mientras eran despedazados al estar demasiado inmersos en sus propias sensaciones de dolor como para responder a los ataques. Un capitán de armadura negra encabezó la huida, y sus guerreros, que llevaban el cuerpo herido de su primarca, se abrieron paso luchando hasta una Thunderhawk, que milagrosamente estaba intacta, para poder escapar.

No se veía señal alguna de Vulkan. Sus guerreros habían quedado rodeados y aislados por los Amos de la Noche y por la Legión Alfa. Auténticos vendavales de proyectiles de bólter acribillaron a los valientes guerreros de Nocturne y los aniquilaron por completo. No todos los Salamandras murieron de un modo tan cruel. Otros siguieron el ejemplo de la Guardia del Cuervo y se abrieron camino hasta algunas naves con la esperanza de escapar.

Los pocos Manos de Hierro supervivientes, carentes del liderazgo de su primarca, se unieron a los Salamandras y unos cuantos valientes consiguieron escapar de la horrible matanza, pero aquellos éxitos no fueron más que una mínima fracción de la batalla.

A las pocas horas, la matanza se había completado, y casi todos los guerreros de tres legiones completas yacían muertos en las torturadas arenas de Isstvan V.

El cielo hasta entonces gris del planeta relucía con un fuerte color naranja debido al reflejo de un millar de piras. La luz de las llamas bañaba la arena vítrea y ondulada con una calidez radiante. Unas inmensas columnas de humo negro procedentes de los cadáveres que ardían llenaban el aire. Lucius contempló la ventisca de ceniza que caía como nieve del cielo y sacó la lengua para probar el sabor grasiento de los muertos.

A su lado estaba el comandante general Eidolon. Tenía la piel de la cara tensa sobre los huesos y de un color parecido a la cera. Contemplaba la

cremación cono ojos apagados y vidriosos.

—Tenemos que ponernos pronto en marcha —comentó—. No tenemos tiempo que perder en rituales inútiles.

Lucius estaba de acuerdo con aquello, pero se mantuvo callado, lo mismo que los miles de astartes leales a Horus que llenaban el desierto abrupto de la depresión de Urgall. Estaban reunidos delante de una tribuna de desfiles que había sido construida por los sacerdotes oscuros del Mechanicus a una velocidad sorprendente. Cuando el sol comenzó a ponerse detrás del horizonte, las placas negras y lisas de la tribuna relucieron con un brillo rojo sangre.

La tribuna se había construido a partir de una serie de cilindros de diámetro cada vez menor. La base tendría aproximadamente unos mil metros de anchura, y sobre ella se encontraban los guerreros de la Legión de los Hijos de Horus, ya que su posición como las tropas de élite del Señor de la Guerra había quedado clara después de aquella gran victoria. Cada guerrero llevaba en la mano una rama encendida, y las llamas provocaban reflejos intensos en sus armaduras.

Sobre aquel pedestal de llamas se alzaba otra plataforma, ocupada por los oficiales superiores de la legión. Lucius distinguió la fornida silueta de Abaddon, junto a quien se encontraba Horus Aximand. No reconoció a los demás, pero algo atrajo su mirada antes de que pudiera prestarles mayor atención.

Por encima de los oficiales superiores estaban los primarcas.

Incluso a pesar de parecer diminutos en la lejanía, la increíble magnificencia de semejante concentración de poder era algo sobrecogedor. Siete seres de poder inimaginable se encontraban en el penúltimo nivel de la tribuna de desfiles. Sus armaduras todavía estaban manchadas con la sangre de sus enemigos, y sus capas se agitaban movidas por el viento que recorría la depresión de Urgall.

Había conocido a Angron y a Mortarion desde Isstvan III. Le habían mostrado su poder una y otra vez durante esa campaña. Su propio primarca había sido una fuente de inspiración para Lucius durante décadas, aunque

Fulgrim se mantenía curiosamente apartado de sus hermanos en el podio, como si los desdeñara.

Pero a los otros… A los otros no los había conocido hasta ese momento, y su poder y su presencia llenaban la llanura que se extendía ante ellos con un silencio respetuoso.

Lorgar de los Portadores de la Palabra, que había llegado hacía muy poco, se mantenía erguido y orgulloso con una capa roja envolviendo su armadura de color gris granito igual que si fuera un sudario. Alpharius, espléndido en su armadura púrpura y verde, se mantenía en posición de firmes como si quisiera igualar en estatura a los seres que lo rodeaban. Perturabo, con el rostro siempre ceñudo, también se mantenía apartado de sus hermanos. La luz de las llamas se reflejaba en las placas bruñidas de su armadura y en su gran martillo de combate. La armadura del Acechante Nocturno, decorada con relámpagos, parecía más oscura incluso que el podio negro sobre el que se encontraba, y su casco en forma de calavera era una mancha blanca en mitad de las sombras que lo rodeaban.

Finalmente, el último nivel de la tribuna era un cilindro alto de color carmesí que se alzaba un centenar de metros por encima de los primarcas. El Señor de la Guerra estaba en lo más alto, con los guanteletes rematados por garras alzadas hacia el cielo. Una capa de pelo de alguna clase de bestia colgaba a su espalda, y la luz de las piras se reflejaba en el ojo ámbar de su placa pectoral.

El Señor de la Guerra estaba iluminado desde abajo por una fuente de luz oculta que lo bañaba en un resplandor rojizo. Aquello le daba el aspecto de la estatua de un héroe legendario mientras miraba desde lo más alto de la plataforma por encima del interminable mar de seguidores.

Cuando el sol finalmente se ocultó bajo el horizonte, una escuadrilla de aeronaves de ataque pasó rugiente por encima de las colinas de Urgall y balancearon las alas en muestra de saludo a los guerreros reunidos allí abajo. Unas oleadas casi sólidas de aplausos resonaron dirigidas a la tribuna de desfiles acompañadas de aullidos de alabanza procedentes de decenas de miles de gargantas.

Lucius se encontró arrastrado por el momento de gloria y unió su voz al estruendo. Sus sentidos potenciados aullaron de placer por el ensordecedor volumen de los gritos. Las voces agudas y aullantes de los Hijos del Emperador resonaron con un eco extraño por la llanura, chillidos extáticos de placer y de envilecimiento que jamás debieron haber salido de una garganta humana.

Apenas acabaron de pasar las aeronaves por encima de ellos, los astartes allí congregados comenzaron a marchar alrededor de la tribuna de desfiles, con los brazos extendidos y golpeando las placas pectorales en saludo al Señor de la Guerra. En respuesta a una señal invisible, una llama se encendió en las laderas septentrionales de la depresión de Urgall y una ardiente línea de fósforo recorrió el terreno en un arco que acabó trazando la silueta de un enorme ojo que los miraba desde allí.

La adulación alcanzó nuevas cotas cuando el Ojo de Horus se grabó a fuego en las arenas de Isstvan V. Las fuerzas del Señor de la Guerra se quedaron roncas alabándolo. Varios tanques superpesados dispararon salvas en honor a Horus, y la gigantesca figura del *Dies Irae* inclinó la enorme cabeza en un gesto de respeto.

Las cenizas de los muertos cayeron como confeti sobre el poderoso ejército del Señor de la Guerra. Lucius sintió que el corazón se le llenaba con un inmenso sentido de lealtad y juró no dejar nunca de estar al servicio del poder que Horus representaba, Ni siquiera la muerte se lo podría impedir. Agarró con fuerza la empuñadura de la espada cuando unos altoparlantes colocados en el desierto emitieron con fuerza la voz estentórea del Señor de la Guerra por encima de los astartes:

—¡Mis valientes guerreros! —empezó diciendo Horus—. Hemos logrado mucho, pero todavía queda mucho por hacer. Con valor, visión y poder, hemos conseguido derrotar a aquellos que buscaban impedir que cumpliéramos nuestro gran sueño, pero nuestra victoria de hoy no servirá de mucho si no seguimos adelante. —Horus alzó en el aire una garra—. El camino a Terra está despejado. ¡Ha llegado el momento de que llevemos la guerra al Emperador en su fortaleza más inexpugnable! Empezaremos de inmediato los preparativos para la invasión de Terra y el asalto al Palacio

Imperial. ¡Podéis estar seguros de algo, hermanos: acabará siendo nuestro! No será tarea fácil, porque el Emperador y sus engañados seguidores lucharán con todas sus fuerzas para tratar de impedir que interrumpamos sus planes de deificación. Es evidente que todavía se derramará mucha sangre, suya y nuestra, pero el premio es la propia galaxia. —Horus se calló un momento para que el peso de esa promesa calase entre los astartes antes de hablar de nuevo—. ¿Estáis conmigo? —aulló en aquella llanura de Isstvan V.

Lucius se unió a los vítores al mismo tiempo que alzaba los puños hacia el cielo iluminado por las llamas.

—¡Salve, Horus! ¡Salve, Horus! —resonó largo tiempo en la oscuridad.

Las sombras provocadas por las piras funerarias levantadas dentro del torreón destrozado se reflejaban sobre las losas pulidas de basalto. El aire estaba cargado por las motas de polvo arrancadas de los techos y de las paredes por el rugir de los cohetes impulsores que resonaban por doquier mientras el ejército del Señor de la Guerra se marchaba del quinto planeta. Horus contempló como otro escuadrón de Stormbird despegaba envuelto en nubes de polvo iluminadas por chorros de fuego azul. Estaba satisfecho de que todo hubiera salido como él lo había planeado.

Sus hermanos primarcas estaban preparando a sus fuerzas para el asalto al Palacio Imperial, y estaba seguro de que todos y cada uno de ellos comprendía la necesidad de una obediencia inquebrantable a sus órdenes. Como Señor de la Guerra había tenido bajo su control a todas las fuerzas militares del Imperio, desde las poderosas flotas de combate hasta el más humilde soldado de infantería, pero ver tanto poder marcial reunido en un solo lugar era algo realmente inspirador.

No presenciaba semejante reunión de héroes desde Ullanor, y su humor se ensombreció de nuevo al recordar el planeta devastado por los pielesverdes y la última vez que había visto a su padre. Había pasado mucho tiempo, y eso había revelado muchas cosas que permanecían escondidas, pero de todas maneras, la sensación de que todo se movía a demasiada velocidad como para que él lo controlara todo lo seguía reconcomiendo en los rincones más remotos de la mente.

Se apartó de la ventana y se sirvió una copa de vino de una jarra de bronce que tomó de una mesa cercana. Se bebió el vino de un solo trago y se estaba sirviendo otra copa cuando oyó a alguien llamar con unos rápidos golpes en la entrada de la cámara.

Horus levantó la mirada y su humor se ensombreció todavía más cuando vio que quien estaba en la entrada era Fulgrim. El primarca llevaba una caja con incrustaciones doradas.

Antaño habían compartido una sensación de hermandad que era todo lo fuerte que podía ser, pero a lo largo de los años pasados combatiendo juntos, algo fue cambiando en el interior de Fulgrim. Su hermano había sido un guerrero que buscaba la perfección, pero lo único que hacía ahora era disfrutar de las sensaciones de la batalla y del aumento de adrenalina fruto de la ferocidad del combate.

Su hermano llevaba puesta la armadura de combate. Las placas estaban relucientes e indemnes, como si nunca hubiera pasado por el campo de batalla. De los hombros le colgaba una larga capa de brillantes escamas doradas, y por debajo de la placa pectoral tintineaba una cota de malla de plata reluciente. Lo que antaño había tenido el aspecto de una magnífica armadura para la batalla, ahora parecía un disfraz de teatro.

—Mi Señor de la Guerra.

—Me has pedido una audiencia privada, Fulgrim. ¿Qué es tan importante que no me puedes informar delante de tus hermanos?

El primarca sonrió y le hizo una reverencia antes de abrir la caja que llevaba con él.

—Mi estimado señor y amo de Isstvan, os traigo un trofeo.

Fulgrim metió una mano en la caja y sacó un repugnante trofeo obtenido en el campo de batalla. Horus tuvo un momentáneo estremecimiento de horror al ver que era la cabeza cortada de Ferrus Manus.

La carne tenía el color gris de la muerte. A su hermano le habían sacado los ojos plateados y las cuencas oculares se mostraban ensangrentadas y vacías. La mandíbula le colgaba abierta, y de un lado de

la cabeza, donde le habían abierto un agujero, sobresalía un trozo astillado de hueso blanco.

Ferrus Manus se había convertido en su enemigo, pero ver su carne tratada de un modo tan brutal fue algo repugnante para Horus, aunque tuvo buen cuidado de no mostrar lo que sentía.

Fulgrim arrojó con gesto despreocupado el sangriento despojo a los pies de Horus. La cabeza de Ferrus Manus rodó por el suelo negro y acabó puesta en pie, con las cuencas oculares destrozadas mirando a Horus con una acusación ciega.

Horus apartó la vista de la cabeza y miró a Fulgrim. Vio de nuevo la misma despreocupación que lo había enfurecido tanto cuando su hermano regresó con un fracaso después de su intento de ganarse al primarca de los Manos de Hierro para su causa.

Por muy desagradable que fuera aquello, sabía que tenía que felicitarlo.

—Bien hecho, Fulgrim. Has matado a uno de nuestros peores enemigos, tal como me prometiste, pero no entiendo porqué esta presentación requiere una audiencia en privado. ¿No habrías querido que tus hermanos compartieran contigo este triunfo?

Fulgrim se echó a reír, pero había algo en la alegría de su hermano que le provocó un escalofrío en la espalda al recordar dónde había sentido esa misma malicia ancestral…, en la voz de Sarr'Kell, la entidad que Erebus había invocado en el corazón de la *Espíritu Vengativo*.

—¿Fulgrim? Explícate.

El primarca de los Hijos del Emperador hizo un gesto de negación con la cabeza y luego movió un dedo en dirección al Señor de la Guerra.

—Con el mayor de mis respetos, poderoso Horus, me temo que ya no habláis con Fulgrim.

Horus miró con atención los ojos oscuros de su hermano para captar lo que había detrás de aquella arrogancia y superioridad. El interior de Fulgrim estaba lleno de oscuridad, una oscuridad que se había arrancado a sí misma del útero de una raza agonizante con un sangriento grito de nacimiento.

Su existencia era tan antigua como las estrellas y tan fresca como el amanecer. Su vida era inmortal, y su capacidad para la maldad, infinita.

—No eres Fulgrim —murmuró, y de repente desconfió de aquel intruso.

—No —admitió la criatura que tenía el rostro de su hermano.

—Entonces, ¿quién eres? —le exigió saber Horus—. ¿Eres alguna clase de espía o de asesino? Si has venido a matarme, debo advertirte que no soy tan débil como Fulgrim… ¡Puedo partirte en dos antes de que te dé tiempo a ponerme la mano encima!

Fulgrim se encogió de hombros y arrojó la caja al suelo, donde se estrelló con un repiqueteo hasta quedar al lado de la cabeza cortada de Ferrus. Horus hizo salir las garras de sus guanteletes como una advertencia.

—Quizá sea cierto que podéis derrotarme —le dijo Fulgrim, mientras cruzaba la estancia para servirse una copa de vino—, pero no tengo interés en ponerlo a prueba en un combate sin sentido y sin utilidad. Al contrario. He venido a jurar lealtad a vuestra causa.

Horus echó un rápido vistazo al cinto de Fulgrim y se relajó un poco cuando vio que la criatura que había venido disfrazada como su hermano estaba desarmada. Fuesen cuales fuesen sus intenciones, al desvelarse a sí misma de ese modo no parecía que hubiera acudido con un propósito violento.

—Todavía no has contestado a mi pregunta —insistió Horus—. ¿Quién o qué eres?

Fulgrim sonrió y se lamió los labios con la punta de la lengua.

—¿Que quién soy? Pensé que sería evidente para alguien que ya ha tratado con otras criaturas de mi clase.

Horus sintió de nuevo el estremecimiento que experimentó cuando el Señor de las Sombras se había manifestado en la logia de paredes de piedra construida en el corazón de su nave insignia.

—¿Eres una criatura de la disformidad?

—Eso es lo que soy. Lo que vuestro lenguaje insuficiente llamaría un «demonio». Una palabra limitada, pero que tendrá que bastar. Soy un

humilde servidor del Príncipe Oscuro, un emisario que ha venido a ayudaros en esta pequeña guerra.

Horus notó que la ira que sentía hacia aquella criatura insolente crecía con cada palabra condescendiente que le salía de los labios. Había usurpado el cuerpo de uno de sus subordinados, el destino de la galaxia estaba en juego, ¡y se atrevía a llamar a aquel conflicto «pequeña guerra»!

La criatura Fulgrim se apartó de él y comenzó a caminar arriba y abajo por la cámara, como si nunca se hubiera encontrado en una estancia semejante.

—He reclamado como mía esta envoltura mortal, y debo decir que me resulta muy satisfactoria. Las sensaciones de que uno disfruta con una envoltura de carne son bastante particulares, aunque me temo que con el tiempo tendré que realizar algunos ajustes respecto a mi forma.

A Horus se le erizó el vello al pensar en semejante violación.

—¿Qué le ha pasado a Fulgrim? ¿Dónde está?

—No temáis —le contestó la criatura de la disformidad con una sonrisa —. El y yo tenemos una… relación desde hace tiempo, y por supuesto, no le deseo ningún mal duradero. Veréis, he sido su conciencia desde hace cierto tiempo. Le he hablado durante largas noches, le he aconsejado, le he consolado, le he influido con suavidad, le he advertido, he dirigido sus actos.

Horus contempló cómo el demonio pasaba las manos por las paredes desgastadas por la arena. Cerró los ojos como si disfrutara de la textura rugosa de la superficie de piedra.

—¿Dirigido sus actos? —preguntó Horus.

—¡Oh, sí! —exclamó la criatura de la disformidad—. Yo fui quien le hizo creer que no debía dudar de vuestros planes. Por supuesto, se resistió, pero puedo llegar a ser muy persuasivo.

—¿Tú hiciste que Fulgrim se uniera a mí?

—¡Por supuesto! ¿De verdad pensasteis que sois un orador tan bueno? —se burló el demonio—. Debéis agradecerme que le nublara el sentido y que uniera mi fuerza a la vuestra. Si no hubiese sido por mí, habría ido corriendo al Emperador para avisarle a gritos de vuestra traición.

—Y crees que te debo algo, ¿no es así?

—No, en absoluto, porque al final fue débil, demasiado débil para acabar lo que su propio deseo había comenzado —le explicó la criatura—. Su obsesión lo llevó a darle el golpe de gracia a un viejo amigo, pero su debilidad no le permitía hacerlo sin ayuda. Yo me limité a proporcionarle la fuerza para que hiciera lo que tenía que hacer.

—Pero ¿dónde está ahora?

—Creo que ya te lo he dicho, Horus —le advirtió el demonio—. La angustia que Fulgrim sintió por lo que había hecho fue demasiada como para que pudiera resistirla. Me suplicó que lo ayudara a acabar con su propia vida, pero yo no podía destruirlo. Hubiera sido demasiado prosaico. En vez de eso, le di la paz eterna, aunque creo que no del modo que él deseaba realmente.

—¿Está muerto? ¡Contéstame, maldita sea! ¡Contéstame!

—Oh, no —le contestó el demonio, con una sonrisa, al mismo tiempo que se daba unos golpecitos con una uña afilada en la sien—. Está en mi interior, plenamente consciente de todo lo que ocurre, aunque me parece que no se siente muy feliz apretujado en los rincones más recónditos de mi alma.

—Ya te has apoderado de su carne —gruñó Horus, a la vez que daba un paso hacia el demonio Fulgrim—. Si ya no te sirve de nada, déjalo morir.

El demonio negó con la cabeza e hizo un gesto de burla.

—No, Horus, no voy a hacerlo. Sus gritos de angustia son un gran aliento para mí. No me siento muy tentado de dejar que desaparezca, ya que disfruto mucho de nuestras conversaciones, y no creo que jamás me canse de ellas.

Horus se sintió asqueado por el destino que había sufrido su hermano, pero dejó a un lado su disgusto. Después de todo, el demonio Fulgrim ya le había jurado lealtad y era evidente que se trataba de un ser muy poderoso, y difundir que el primarca estaba igual que si hubiera muerto le costaría con toda seguridad la lealtad de la Legión de los Hijos del Emperador.

—Puedes quedarte con Fulgrim, de momento —le dijo Horus—. Pero mantén tu identidad en secreto para los demás, o te juro que haré que te

destruyan.

—Como deseéis, poderoso Señor de la Guerra —le respondió el demonio Fulgrim, asintiendo y haciendo una reverencia innecesariamente ostentosa—. No siento muchos deseos de revelarme a otros. Será nuestro secreto.

Horus asintió, aunque en silencio juró que liberaría a su hermano en cuanto le fuera posible, ya que nadie se merecía soportar un destino tan terrible.

Pero ¿qué poder sería capaz de destruir a un demonio?



El espacio orbital que rodeaba Isstvan V estaba tan ocupado como cualquier instalación de amarre de la flota alrededor de las bases lunares debido a las naves de ocho legiones distintas que asumían las formaciones previas al tránsito hasta el punto de salto del sistema. Más de tres mil naves buscaban su posición sobre el oscurecido quinto planeta, con las bodegas repletas de guerreros que habían jurado lealtad al Señor de la Guerra.

Los tanques y las máquinas de guerra se habían trasladado desde la superficie del planeta con una eficiencia increíble, y una armada de mayor tamaño que cualquier otra reunida en la historia de la Gran Cruzada se preparó para llevar el luego de la guerra al mismo corazón del Imperio.

Las flotas de Angron, Fulgrim, Mortarion, Lorgar y la legión del propio Señor de la Guerra se reunirían en Marte, ya que les habían llegado noticias de Regulus de que el planeta había caído en manos de los seguidores de Horus dentro del Mechanicus. Les habían arrebatado a las fuerzas del Emperador las instalaciones de fabricación de Mondus Gamma y Mondus Occullum, por lo que las forjas de Marte estaban en disposición de suministrarle lo necesario al ejército de Horus.

Las impacientes guerreros de la Legión Alfa recibieron un encargo especial de Horus. Era una misión vital, de la que podría llegar a depender

el éxito de toda la empresa que habían iniciado. Gracias a los engaños del Señor de la Guerra, los Lobos Espaciales de Leman Russ se encontraban operando en la zona de Prospero después de su ataque contra los Mil Hijos de Magnus. En el cercano sistema Chondax estaban los Cicatrices Blancas de Jaghatai Khâm, quien se habría enterado ya con toda seguridad de la rebelión de Horus, por lo que sin duda intentaría unir fuerzas con los Lobos Espaciales. Horus no podía permitir que se produjera una amenaza tan grave, por lo que los guerreros de Alpharius debían buscar a esas legiones y atacarlas antes de que se reunieran.

La flota del Acechante Nocturno ya había partido en dirección al planeta Tsagualsa, un mundo remoto en la frontera oriental que se encontraba oculto en la sombra de un gran cinturón de asteroides. Desde allí, las tropas de los Amos de la Noche comenzarían una campaña de genocidios contra las posiciones defensivas imperiales de Heroldar y Thramas, unos sistemas que si no se tomaban supondrían una amenaza para los flancos del Señor de la Guerra en su ataque a Terra. El sistema Thramas era especialmente importante, ya que incluía un cierto número de mundos forja del Mechanicus que se mantenían fieles al Emperador.

Las naves de los Guerreros de Hierro se prepararon para viajar hacia el sistema Phall donde se sabía que una gran flota de los Puños Imperiales se estaba reagrupando después de un intento fallido de llegar a Isstvan V. Aunque los guerreros de Rogal Dorn no habían participado en la matanza, el Señor de la Guerra no podía permitir que una fuerza enemiga de esa importancia permaneciera libre de toda amenaza. La enemistad entre el amargado Perturabo y el orgulloso Dorn era bien conocida, por lo que los Guerreros de Hierro se pusieron en marcha con gran alegría.

Una vez cubiertos sus flancos, y con las fuerzas imperiales que podían suponer un reforzamiento potencial del corazón del Imperio trabadas en alguna clase de campaña o batalla, las puertas de Terra estaban abiertas de par en par.

Una a una, las flotas del Señor de la Guerra comenzaron su largo viaje hacia el planeta desde el que habían comenzado la Gran Cruzada. Las

naves de cada legión se redujeron a diminutas manchas plateadas en la oscuridad antes de desaparecer por completo.

En muy poco tiempo, sólo los Hijos de Horus se mantenían en órbita alrededor de Isstvan V.

El Señor de la Guerra, que se encontraba en el strategium de la *Espíritu Vengativo*, contemplaba el orbe oscuro a través de la enorme escotilla circular situada sobre su trono. La expresión de su rostro mientras contemplaba alejarse la curva del quinto planeta era indescifrable.

Se dio la vuelta al oír el sonido de unas pisadas a su espalda. Vio que era Maloghurst, quien se le acercaba cojeando con una placa de datos en la mano.

—¿Qué es lo que me traes, Mal? —quiso saber Horus.

—Un mensaje, mi señor —le contestó el palafrenero.

—¿De quién?

Maloghurst son rió.

—Es de Magnus *el Rojo*.



La Fenice estaba en ruinas. El demonio que se había apoderado del cuerpo de Fulgrim caminaba entre los restos de la última y mejor representación de Bequa Kynska. Sonreía mientras recordaba las escenas de destrucción y ansia lujuriosa que se habían producido allí. El brillo de un puñado de focos parpadeaba en la penumbra. El aire apestaba a sangre y a lujuria, y el suelo estaba pegajoso por los fluidos derramados y cubierto de trozos de hueso.

El poder del Príncipe Oscuro se había derramado sobre el enorme teatro y penetrado en todas las criaturas vivas que se encontraban en su interior, derribando así las barreras de inhibición existentes entre el deseo y el acto.

Ciertamente había sido una representación maravillosa, y los avatares de su señor se habían dado un festín con el exceso de sensaciones desatadas antes de desechar la carne que habían tomado prestada y volver a la disformidad.

Todo a su alrededor estaba lleno de señales de que se había desatado el poder de su amo y señor: los restos de un cadáver profanado, una llamativa obra de arte creada a partir de sangre y de heces pintada sobre una pared, o una escultura de carne formada por multitud de partes de diferentes cuerpos.

En su aspecto exterior, el demonio seguía pareciéndose al cuerpo que había poseído, pero ya comenzaban a verse indicios de que la carne no tardaría en tomar nuevas formas, más de su gusto. Un aura de poder sacudía el airea su alrededor, y su piel mostraba un leve resplandor de luminosidad interna.

El demonio tarareó las notas iniciales de la obertura de *Maraviglia* y desenvainó la espada que llevaba al cinto. La empuñadura dorada relució bajo la débil luz de los focos parpadeantes. Había recuperado el anatam del estudio de Ostian Delafour, donde, sorprendido, encontró otro cadáver empalado en la hoja letal. El cuerpo reseco apenas era reconocible como Serena d'Angelus, pero el demonio había honrado su cadáver con los destrozos más sublimes antes de dirigirse a La Fenice.

Se puso la espada delante de la cara y se echó a reír cuando vio el alma torturada de Fulgrim atrapada detrás de sus ojos, reflejada en las profundidades relucientes de la afilada hoja. El demonio oía sus gritos lastimeros, que resonaban en el interior del cráneo. El tormento de cada aullido desesperado era la música más dulce para él.

Aquellas cosas agradaban al demonio, y se quedó quieto por un momento para saborear los frutos de su influencia sobe Fulgrim. Los estúpidos que servían en la III Legión no tenían ni idea de que su amado líder forcejeaba de un modo infructuoso con las cadenas que lo retenían.

Tan sólo el espadachín, Lucius, parecía darse cuenta de que algo iba mal, pero ni siquiera él había dicho nada al respecto. El demonio había notado la presencia de la disformidad en el guerrero y le había entregado la

espada plateada en la que los laer habían enlazado una parte de su esencia. Aunque el arma carecía ya de su espíritu, todavía quedaba poder en su interior, un poder que reforzaría a Lucius en los años de muerte que llegarían.

Acordarse de las matanzas que estaban a punto de cometerse hizo que el demonio sonriera al imaginarse lo que lograría con aquella carne robada. Las sensaciones con las que sólo podía soñar en la disformidad se harían reales en el universo mortal, y toda una galaxia llena de sangre, de lujuria, de rabia, de miedo, de éxtasis y de desesperación lo esperaban en el camino a Terra. Miles de millones de almas estaban a merced del Señor de la Guerra, y con el poder de una legión a su disposición, ¿qué cotas de nuevas sensaciones podría llegar a experimentar?

El demonio se dirigió al escenario y alzó la mirada hacia el gran retrato que colgaba sobre el proscenio destrozado. La majestuosidad del retrato era discernible incluso bajo aquella escasa luz.

Un glorioso marco dorado mantenía atrapado el lienzo en su interior, y el demonio sonrió de nuevo al contemplar la maravillosa perfección de la pintura. Donde antes la imagen había sido un desbordamiento de colores chillones con un aspecto terrible que había horrorizado a los mortales que lo miraban, ahora había una creación de enorme belleza.

Fulgrim estaba retratado con su admirable armadura púrpura y dorada delante de las grandes puertas de la Heliópolis, con las grandes alas llameantes de un fénix desplegadas a su espalda. El resplandor del fuego de aquel pájaro legendario relucía sobre la armadura. Cada placa parecía brillar con el calor del sol y su cabello era una cascada de oro.

El primarca de los Hijos del Emperador estaba representado minuciosamente en cada detalle con gran perfección. Cada matiz de la grandeza y de la vida que hacían de Fulgrim una visión de semejante belleza estaba capturado con pinceladas exquisitas. El demonio sabía que no existía un guerrero de mejor figura, y que jamás existiría, y simplemente el hecho de atisbar un momento ese ejemplo sin defecto alguno del arte de un pintor era comprender que todavía existían maravillas en la galaxia.

El retrato de Fulgrim tenía la mirada puesta en la ruina del teatro y en el monstruo que le había arrebatado su envoltura mortal. El demonio sonrió cuando vio el horror que albergaban aquellos ojos, un horror que no había sido puesto allí por la mano del pintor. Una agonía exquisita y perfecta ardía en la mirada del retrato, y cuando el demonio envainó el anatam e hizo una reverencia hacia el escenario, dio la impresión de que los pozos oscuros de sus ojos pintados seguían todos y cada uno de sus movimientos.

El demonio le dio la espalda al retrato y se encaminó a la salida del teatro mientras el último de los focos parpadeaba hasta apagarse, dejando al último fénix envuelto para siempre en la oscuridad.